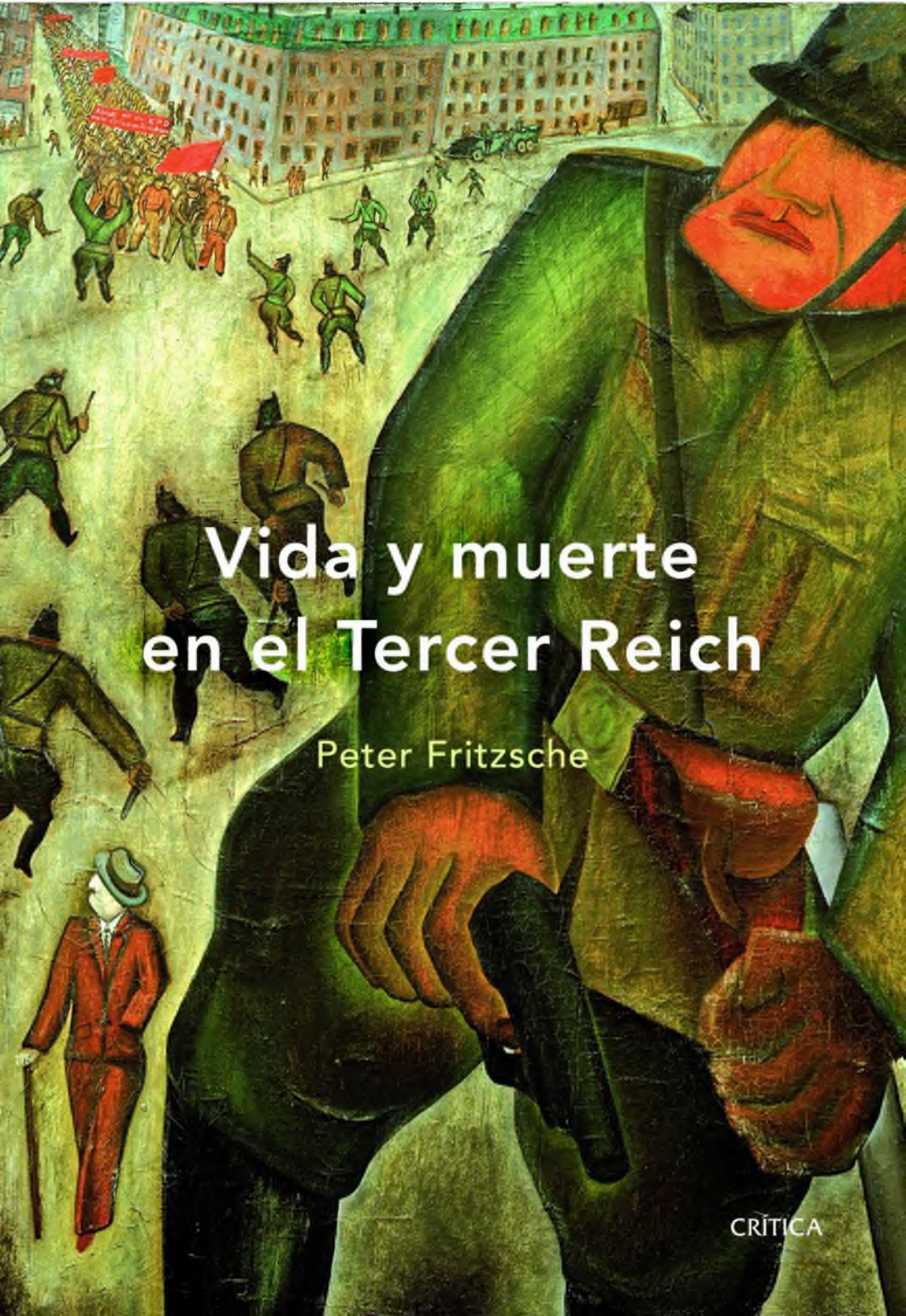

Vida y muerte en el Tercer Reich

Peter Fritzsche

CRÍTICA

Vida y muerte en el Tercer Reich

Peter Fritzsche

«¿Necesitamos otra historia del Tercer Reich?», se pregunta Benjamin Ziemann en *History Today*. Sí, responde, si un historiador riguroso e imaginativo es capaz de captar las dimensiones desconocidas de la vida en la Alemania nazi, como lo ha hecho Fritzsche en ésta, «la más innovadora historia del Tercer Reich que se haya publicado». Peter Fritzsche nos muestra en estas páginas la realidad de la vida cotidiana en la Alemania nazi desde la cercanía de lo vivido, apoyándose en cartas y diarios personales de los dirigentes, de los ciudadanos e incluso de los judíos perseguidos, que nos descubren una sociedad que estaba mucho más integrada en el proyecto nazi de lo que suele creerse. Como ha dicho Thomas Childers, de la Universidad de Pensilvania, «esta visión resulta más terrible que el tópico habitual de un populacho sometido por la propaganda y el terror. Fritzsche no sólo nos ofrece un análisis de una admirable claridad, sino que su libro contiene pasajes de tal intensidad humana que llevan al lector al estremecimiento».

«Con su acostumbrada amenidad y claridad narrativa, Fritzsche nos proporciona gran cantidad de información en esta obra relativamente breve y sumamente legible. Haciendo un magnífico uso de cartas, diarios y todo tipo de testimonios, el autor logra transmitirnos la experiencia de la gente corriente bajo el nazismo de una manera que sólo unos pocos historiadores son capaces de conseguir.»

RICHARD J. EVANS

CC CREATIVE COMMONS

MEMORIA CRÍTICA

PETER FRITZSCHE

VIDA Y MUERTE EN EL TERCER REICH

Traducción castellana
de Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Título original: *Life and Death in the Third Reich*
Harvard University Press, 2008

Diseño de la colección: Compañía
Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © Album
Realización: Ätona, S. L.

© 2008 by the President and Fellows of Harvard College
© 2009, de la traducción castellana para España y América:
CRÍTICA, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-7423-863-1
Depósito legal: B. 53810-2008
Impreso en España
2009. - Impreso y encuadernado en España por Cayfosa (Barcelona)

Prefacio

Comienzo este libro describiendo el modo en que los nazis dividieron comunidades, familias e individuos. En la década de 1930, los alemanes no tuvieron una actitud única frente al nacionalsocialismo, y muchos despreciaban a los nazis, aunque terminaran transigiendo con ellos. Con todo, la mayoría de la población se identificaba con el Tercer Reich y creía que los nazis habían logrado curar las heridas de la historia alemana. Al final de la segunda guerra mundial, a los alemanes les resultaba muy difícil enfrentarse al respaldo político que habían dado a los nazis inicialmente y su sensación posterior de haber sido traicionados por ellos, o evaluar su participación y la de sus conciudadanos tanto en la construcción de la comunidad racial como en el desarrollo de la guerra y el genocidio o, incluso, reconocer las metas fundamentales, revolucionarias, del nacionalsocialismo. Los debates y discusiones de la posguerra preocuparon a las familias alemanas durante décadas y pasaron de una generación a otra. Esto es algo que conozco bien, pues mis propios padres nacieron en el Berlín de la República de Weimar. Estas conversaciones han pasado ahora a formar parte del registro histórico, que reconoce los esfuerzos que los alemanes de todos los contextos sociales y generaciones han realizado, en última instancia, para examinar su pasado. Éste ha sido un trabajo difícil, pero también admirable e incluso ejemplar.

Dados mis propios vínculos familiares con Alemania, este libro es el resultado de muchas décadas. En los últimos años de investigación y escritura, he tenido el honor de contar con el apoyo de la Universidad de Constanza, el Centro para Estudios Avanzados y el Consejo de Investigación de la Universidad de

Illinois. Quiero agradecer a mi ex alumno Jim Wrzosek su ayuda durante la investigación. Asimismo agradezco las críticas del Coloquio Alemán en Illinois, las lecturas a fondo de Jeff Hayton, Joe Perry y Jonathan Huener, así como el compromiso de los estudiantes de pregrado de este último en la Universidad de Vermont durante el invierno de 2007 y, en especial, de las interlocutoras Katherine Rendall y Jessica-Lyn Wagar. Gracias a mis valientes estudiantes, Annamarie Stone, Erin Blaze y Jesse Glim, por dirigir la discusión del borrador de un capítulo frente a su profesor en Urbana. Mi esposa, Karen Hewitt, también leyó el manuscrito e hizo valiosos comentarios. Harvard University Press halló lectores críticos magníficos y me proporcionó una asesoría editorial experta. En general, tengo muchísimas deudas intelectuales, desde Chicago hasta Filadelfia, Tel Aviv, Berkeley y Berlín. Por tanto, dedico esta obra a mis maestros indispensables de los últimos cuarenta años, Ruth Marx, Anne Wheeler, Earl Bell, Thomas Childers y Gerald Feldman.

Introducción

En 1940 se publicó en Alemania un libro popular que casi describía las primeras fases del Holocausto. La obra examinaba la violencia brutal que se estaba ejerciendo sobre los civiles y exploraba las dinámicas psicológicas de los perpetradores. Se situaba en el comienzo de la guerra, después de que las autoridades hubieran puesto los vecindarios bajo vigilancia y dado a la población identificaciones que empleaban un código de colores (rojo, rosa y blanco) para clasificar su fiabilidad política. Mientras una iglesia arde, los soldados llegan y agrupan a hombres, mujeres y niños en el mercado antes de enviarlos al Este. Los guardias confiscan las últimas posesiones de los deportados. Encierran a los civiles en un granero y amenazan con prenderle fuego. En determinado momento, los soldados discuten la moralidad de matar a las mujeres, algo que uno de ellos se niega rotundamente a hacer. A los niños se les mata a tiros: la justificación en su caso es que «en diez años serán hombres». Más tarde, los soldados «liquidan» a los rezagados al final de la marcha. Aterrados, los prisioneros se susurran unos a otros «¡quítate las gafas!», pues el comandante se propone «acabar con toda nuestra clase intelectual» matando a todos los hombres que las llevan. Cuando dos grupos de deportados se encuentran, uno de los prisioneros comenta: «Así es como nos vemos ... pero por desgracia nadie más nos mira»; resulta evidente que en el mundo entero la opinión pública ha ignorado la penosa situación de los deportados. El libro describe de forma detallada cómo otros grupos étnicos maltratan, golpean e insultan a los prisioneros de manera deliberada.

En su reportaje de ficción *Der Tod in Polen* (*Muerte en Polonia*), Edwin Erich Dwinger adelantó muchos elementos del asesinato sistemático de

los civiles judíos que llevarían a cabo las unidades móviles de exterminio, los *Einsatzkommandos*, al mando de la SS a partir del verano de 1941, después de que Alemania empezara la invasión de la Unión Soviética. Dwinger también introdujo en su obra características específicas de la ocupación alemana de Polonia, como el encarcelamiento y ejecución de los intelectuales. Sin embargo, el tema de *Muerte en Polonia* no son los asesinos alemanes en general, sino los alemanes de raza, o «alemanes étnicos» a los que los soldados y paramilitares polacos han deportado o masacrado. Aunque su versión de las atrocidades cometidas por los polacos durante el «domingo sangriento» y después de éste en Bydgoszcz, o Bromberg, el 3 de septiembre de 1939, dos días después de la invasión del país por parte de los alemanes, es casi por completo ficción, Dwinger presentaba la guerra moderna como una empresa caracterizada por el genocidio en la que la población civil se convierte en uno de los principales blancos. En el libro, uno de los alemanes étnicos liberados por la Wehrmacht reflexiona sobre la suerte que le aguarda a Polonia: «ya sea que sus ciudades queden destruidas por completo, que su clase intelectual caiga en el campo de batalla o que una tercera parte de su población perezca bajo una lluvia de balas, no se me ocurre ninguna consecuencia de la guerra que pueda considerar injusta». Por supuesto, antes de que los lectores de Dwinger hubieran tenido siquiera oportunidad de abrir su libro, las fuerzas de ocupación alemanas habían llevado a cabo buena parte de este programa tras la invasión de Polonia.

En determinado nivel, *Muerte en Polonia* proporcionaba una justificación para la destrucción de la nación polaca al transformar las atrocidades específicas en una circunstancia general de la confrontación bélica. La obra de Dwinger se convirtió en uno de los textos estelares de los seminarios y talleres que el cuerpo de élite nazi, la Schutzstaffel (la SS), organizaba para preparar a las unidades que debían desplegarse en Polonia y la Unión Soviética. En un seminario realizado en 1940, los comentarios sobre el libro hacían hincapié en que «detrás de estos crímenes no estaba sólo el populacho; la clase intelectual polaca participó en ellos y los representantes de la Iglesia los toleraron. En conclusión: el verdadero culpable es Inglaterra (el judío). No importa cuán severa sea, toda medida que Alemania adopté en el Este está justificada. Se necesita disciplina para ser inflexibles de pensamiento y sentimiento».[1] El cambio de blanco que supone el salto de los intelectuales polacos a «el judío» anticipaba la escalada de la guerra emprendida por Alemania contra las naciones y pueblos de Europa. El hecho de que los alemanes hubieran adoptado realmente el

cruel papel que Dwinger atribuye a los polacos hace que *Muerte en Polonia* se lea como un manual de instrucciones, uno que se llevó a la práctica casi con total exactitud. Resulta claro que el autor había pensado bastante bien en la dinámica del asesinato de civiles. Desde este punto de vista, había escrito un libro de enorme utilidad para los invasores alemanes.

Sin embargo, *Muerte en Polonia* también se dedicaba con especial cuidado a cultivar una fantasía de victimismo en la que los alemanes se imaginaban como las víctimas de los mismos crímenes que luego cometerían contra los polacos, los rusos y los judíos. Aquí es importante tener muy presente el contexto específicamente alemán. Aunque Dwinger había cosechado sus primeros elogios por los «diarios» en los que relató sus experiencias durante la guerra civil rusa de 1918-1921, *Muerte en Polonia* no reciclaba material previo. De hecho, el autor negaba que las atrocidades que describía tuvieran un origen comunista o bolchevique. Entre los alemanes que aparecen en la obra hay un personaje para el que Dwinger se basó en sí mismo, el «viejo siberiano» que se encarga de diferenciar las deportaciones de las que había sido testigo en la guerra civil rusa de la persecución que veinte años después él mismo sufre en Polonia: los ejércitos rusos habían «matado a miles, pero dejado morir a decenas de miles. La palabra clave aquí es "dejar". Epidemias ... Ésa es la gran diferencia». El viejo continúa diciendo que el «comisario judío» bolchevique había dado órdenes de que se vendara a los «blancos» heridos que había capturado: «¿Habéis oído alguna vez a un polaco decir algo así?».[2]

Dado que en 1940 el pacto de no agresión germano-soviético todavía estaba vigente, la cuestión no es que Dwinger deliberadamente buscara librar a los comunistas de toda culpa, sino que sus esfuerzos estaban dedicados a construir un perpetrador anti alemán. *Muerte en Polonia* recapitulaba la versión nacionalsocialista de la historia posterior a la primera guerra mundial. Los nazis creían que Alemania estaba amenazada de muerte por una serie de peligros militares y geopolíticos, entre los que destacaban Polonia y el Tratado de Versalles (que había redibujado las fronteras alemanas en beneficio del país vecino), pero también por los conflictos políticos y sociales y la degeneración racial que había revelado su inesperada derrota en 1918. El nacionalsocialismo creía que su misión histórica era revitalizar a Alemania como una unidad racial con el fin de hacer permanentes las solidaridades nacionalistas de 1914 y, de ese modo, bloquear la «puñalada en la espalda» que había sufrido en 1918.

Los nazis concebían la vida política como una lucha constante entre pueblos según los crudos términos del darwinismo social. Ésta fue la

premisa para la guerra de conquista y saqueo que libraron a lo largo y ancho de Europa entre 1939 y 1945. No obstante, la noción de la vida como lucha no plasma cabalmente la forma drástica en que los nazis interpretaban el mundo que los rodeaba. Como evidenció *Muerte en Polonia*, el peligro al que los alemanes, tanto dentro como fuera del Tercer Reich, imaginaban estar enfrentándose era extremo y tenía un contexto histórico específico. La derrota de Alemania en la primera guerra mundial y la revolución de noviembre de 1918 obsesionaban a los nazis. Incluso mientras construían un Estado racial militarizado que parecía casi inexpugnable a ojos de sus adversarios, vivían atormentados por la imagen de la destrucción de Alemania a manos de los polacos, los bolcheviques, los judíos y otros enemigos. La idea de que los alemanes podían ser esterilizados o exterminados y reducidos a cenizas aparecía una y otra vez en la propaganda nazi.[3] Esta visión de la historia, que los nazis compartían con muchísimos otros alemanes, ayuda a explicar las fantasías de violencia extrema que abrigaban. Los nacionalsocialistas consiguieron movilizar por completo la tierra que pisaban.

Vida y muerte estaban profundamente imbricadas en el Tercer Reich. Las diversas formas en las que el nazismo fomentó un ideal de vida alemana estaban ligadas inextricablemente a la casi muerte que, según creían sus partidarios, Alemania había experimentado en 1918. Los nazis propinaron a sus enemigos la misma destrucción que, según imaginaban, les aguardaba a los alemanes. La violencia de los nazis fue tan excesiva y su sensación de estar por encima de la moral convencional tan completa que ante ellas cualquier intento de explicación vacila. Con todo, un contexto de premoniciones macabras sobre la muerte de Alemania hace que la mentalidad de los perpetradores resulte más comprensible. Con su invasión de la Unión Soviética en 1941, los nazis libraron una guerra que se adecuaba casi con total exactitud a sus ideas incondicionales, una que planteaba la cuestión de la vida y la muerte, de la supervivencia nacional o la aniquilación, en los términos más radicales. Sin embargo, la dominación y el peligro mantuvieron una relación diabólica a lo largo de los doce años que duró el Tercer Reich. La actividad política se fundaba al mismo tiempo en una confianza suprema y una sensación de vulnerabilidad espantosa; ambos estados mentales coexistían el uno junto al otro y radicalizaban continuamente las políticas nazis. La sensación de «poder hacer» se revistió de «deber hacer». Esta combinación se tradujo en la enorme cantidad de energía liberada por los alemanes en la vida pública en su empeño por renovar, proteger y preservar la nación. Al mismo

tiempo, la urgencia que los nazis sentían hizo que sus políticas fueran más letales, pues estaban convencidos de que la única forma de garantizar la preservación de las vidas «dignas» era destruir lo que a sus ojos eran vidas «indignas», un rótulo que incluía a los «no aptos» desde un punto de vista genético, los «asociales» y los judíos. Las siguientes páginas exploran la ambición de los nazis de regenerar la vida nacional en Alemania y la convicción ligada a ésta de que para hacerlo necesitaban, en una escala cada vez más mayor, aniquilar la vida.

Adolf Hitler y sus seguidores nazis empezaron, intensificaron y combatieron en una guerra mundial brutal hasta su amargo final en mayo de 1945. El nacionalsocialismo había prometido a los alemanes una vida de seguridad y prosperidad e intentó cumplir con esa promesa arrasando otras naciones y condenando a muerte a otros pueblos. Cuarenta millones de personas murieron en Europa como consecuencia de la segunda guerra mundial, casi un 10 por 100 de la población total del continente. Más de la mitad de esas víctimas eran civiles, en su mayoría de Europa oriental. Entre quienes perdieron la vida se encontraban seis millones de judíos, unas dos terceras partes de los que vivían en Europa en 1940. Estas cifras resultan difíciles de concebir, pero evidencian que el enorme imperio alemán que los nazis se propusieron crear descansaba en su intención de rehacer, mediante la violencia, «tierras y pueblos» en términos de «espacios y razas».[4] El nacionalsocialismo fue la empresa asesina que fue, no por haber sido moderno o eficaz o burocrático, sino porque creía ser la resolución de un momento específico de la historia alemana en el que un pueblo en peligro intentaba hacerse inexpugnable.[5]

Como proyecto de renovación social y conquista imperial, el nacionalsocialismo hizo exigencias extraordinarias al pueblo alemán. Y no sólo en términos de impuestos o reclutamiento. El nazismo se propuso animar al pueblo alemán a actuar como una unión étnica consciente de sí misma. Deliberadamente, emprendió una revisión de la forma en que los alemanes se veían unos a otros de manera que reconocieran la comunidad nacional a la que pertenecían como un sujeto activo en la historia mundial. De hecho, un propósito del libro de Dwinger había sido el de afirmar la primacía de los destinos étnicos al denunciar el peligro mortal en el que los polacos habían colocado a los alemanes. En muchos sentidos, el triunfo político del nazismo dependía de que los alemanes individuales terminaran viendo el mundo a través de los lentes de la camaradería racial y el conflicto entre razas. Por tanto, otro propósito inevitable de este libro es explorar las formas en que el pueblo alemán se identificó y

colaboró con el nuevo orden racial creado por el nacionalsocialismo. En otras palabras, ¿hasta qué punto los alemanes se convirtieron en nazis en los años 1933-1945?

La naturaleza de la relación entre los dos nombres colectivos, los «alemanes» y los «nazis», es una cuestión polémica pero crítica desde un punto de vista historiográfico. Durante mucho tiempo los historiadores acostumbraron indicar grados de mutua exclusión en lugar de tipos de equivalencia. Aunque la existencia de un núcleo de partidarios fanáticos del régimen nazi siempre se había reconocido, los estudios históricos hacían hincapié en la superficialidad del respaldo político que los nazis obtuvieron en las elecciones de la era de la República de Weimar y en la vaciedad de su reivindicación de la *Volksgemeinschaft*, la «comunidad del pueblo» o «comunidad nacional», después de 1933. La conclusión de los estudiosos era que grupos de electores claves como los obreros y los agricultores, e incluso ciertas partes de la clase media, exhibieron poco entusiasmo por el nuevo régimen. La popularidad de Hitler era algo que se admitía, pero se argumentaba que el Partido Nazi en sí y muchas de sus políticas sociales y económicas carecían de legitimidad básica.[6] Desde este punto de vista, los nazis aparecían como unos depredadores, mientras que la mayoría de los alemanes resultaban ser políticamente oportunistas o moralmente débiles, pero, en general, nunca ideológicamente cómplices. Los modelos políticos como el del totalitarismo, que nunca cautivaron a los historiadores, llegaban a conclusiones similares desde una dirección diferente. Estudios más recientes sobre la sociedad alemana en el período nazi, en particular las «historias de la vida cotidiana», han mostrado que se produjeron colaboraciones más activas, aunque todavía limitadas, a medida que los ciudadanos buscaron negociar con las autoridades nazis para conseguir beneficios, recursos o espacio para respirar.[7] No obstante, incluso en esta perspectiva, los nazis aparecen como un grupo sorprendentemente autónomo respecto del pueblo alemán; los líderes se dedicaban a desarrollar sus planes bélicos de conquista mientras los ciudadanos normales y corrientes se ocupaban de sus propias vidas.

Sin embargo, en las últimas dos décadas, los historiadores (como parte de un «giro cultural» en el estudio del comportamiento humano) han reconsiderado el tráfico ideológico entre los «alemanes» y los «nazis» para señalar inclinaciones culturales y políticas comunes que se remontan al siglo XIX, la movilización motu proprio de algunos grupos profesionales, en particular en el ámbito biomédico, y la legitimidad general

que se atribuía a la comunidad del pueblo y sus preceptos raciales.[8] Algunos trabajos recientes también prestan más atención a las formas en que el nazismo se construyó de manera activa desde abajo. La participación de sectores amplios de la sociedad alemana en el proyecto nazi creó toda una gama de relaciones cómplices. Hasta cierto punto, el cambio que ha sufrido el debate equivale a pasar de ver el vaso medio vacío a verlo medio lleno. Los límites reales del triunfo de los nazis no deben oscurecer la espectacular transformación política que dirigieron ni las lealtades que consiguieron reorganizar en un breve período de tiempo. Con todo, pocos estudiosos han aceptado la afirmación radical de que la mayoría de los alemanes compartían un consenso antisemita «exterminador» con los dirigentes nazis, los cuales sencillamente se habían atrevido a llevar a la práctica sus ideas preconcebidas.[9]

Mi argumentación se inclina por la segunda línea de interpretación, pero mi objetivo no es simplemente sostener que más alemanes eran nazis y más alemanes eran nacionalsocialistas de lo que antes se pensaba. Considero necesario examinar también cómo en este período los alemanes tuvieron que lidiar con la revolución nazi en diversas claves de deseo, fascinación y consternación. Tratándose de un vasto proyecto de renovación social, política y racial, el nacionalsocialismo ofreció al pueblo alemán todo un abanico de formas de participación. Los alemanes se acercaron a las políticas nazis movidos por el miedo, el oportunismo y la ambición profesional, así como animados por niveles variantes de convicción ideológica. La lista puede ampliarse: los ciudadanos también podían ser perezosos, indiferentes o ignorantes. Estas distintas motivaciones han de ser tenidas en cuenta. No obstante, el nacionalsocialismo ejerció una fuerte presión sobre los ciudadanos para lograr que se convirtieran, para que apreciaran la credibilidad de la comunidad del pueblo y para que se reconocieran unos a otros como «camaradas raciales». Para conseguir esta conversión los nazis diseñaron escenarios institucionales especiales, en particular los campos comunitarios por los que pasaron millones de alemanes en este período. Lo que se logró con ello fue que cada individuo debatiera por sí mismo toda la cuestión del *convertirse*: del convertirse en un nacionalsocialista, un camarada, un alemán con mentalidad racial, de mantenerse fiel a lo viejo o entrar a formar parte de lo nuevo. Los alemanes tuvieron que interrogarse sobre la importancia de encajar, la conveniencia de cooperar y la responsabilidad del individuo para con la colectividad. Por tanto, las cuidadosas diferenciaciones que los estudiosos han elaborado al plantearse el problema de las motivaciones fueron también

objeto de escrutinio en la Alemania nazi. Asimismo, hubo abundantes discusiones acerca de la moralidad de las políticas antisemitas, la eutanasia y la dirección de la guerra. Los resultados de estos exámenes variaron de una persona a otra, pero el *proceso* les dio a todos una inflexión ideológica. Esta lucha es lo que los alemanes terminaron compartiendo en el Tercer Reich.

Además, las penosas circunstancias económicas del país a finales de la República de Weimar, cuando había seis millones de personas que no podían encontrar trabajo o asegurarse un futuro, y las humillaciones infligidas por la derrota militar y el Tratado de Versalles, que en la imaginación popular parecían estar vinculadas con toda una serie de calamidades nacionales recurrentes desde la Gran Inflación de 1922-1923 hasta la Gran Depresión de 1930-1933, hicieron que los alemanes fueran más receptivos a la idea de convertirse a un nuevo conjunto de ideas y estuvieran más dispuestos a aceptar la violencia que los nuevos comienzos pueden requerir. Incluso antes de 1933, un vocabulario catastrofista de comienzos y finales planteaba de manera insistente las nuevas alternativas. Antes de 1933 más de una tercera parte de los votantes alemanes ya habían dado su voto a los nacionalsocialistas; otros habían participado en varias insurrecciones nacionalistas contra la República de Weimar. Millones de personas estaban abiertas a las ideas de la regeneración nacional.

Las cartas y los diarios son un material valiosísimo para entender el esfuerzo que los alemanes hicieron para aceptar el nacionalsocialismo. Es posible que no se trate de fuentes representativas, pero son reveladoras, y las he usado ampliamente porque de algún modo recogen las conversaciones que los alemanes tenían entre sí, dan cuenta de los miedos, los deseos y las reservas de la gente de la época, y nos muestran de qué modo ajustaron las palabras y los conceptos del nacionalsocialismo a la vida cotidiana. Como género, los diarios se corresponden también con la escritura autobiográfica que los propios nazis fomentaron en los campos comunitarios que organizaron a lo largo y ancho del país. La revolución nacionalsocialista promovió e intensificó los exámenes de conciencia. Escribir un diario o una carta privada podía fortificar las convicciones liberales individuales, o justificar y endurecer las ideas nacionalsocialistas.[10] Al ocuparse de los conceptos políticos, los autores de diarios y cartas los llevaban al terreno de la posibilidad. Así, por ejemplo, Karl Dürkefälden bosquejó cómo los trabajadores socialdemócratas de la ciudad de Peine, en Baja Sajonia, se explicaban a sí mismos su «adaptación» al nacionalsocialismo. El diario de Lore Walb discutía lo que significaba

ser un «camarada». La autobiografía de Elisabeth Brasch, escrita en 1940, sopesaba las bondades y los inconvenientes de su experiencia en el Servicio de Trabajo del Reich. En sus cartas, Elisabeth Gebensleben intentó justificar ante su incrédula hija la persecución de los judíos alemanes, al tiempo que su propio hijo, Eberhard Gebensleben, hacía grandes esfuerzos para emparejar sus convicciones nacionalsocialistas y su amor por una *Mischling*, una «medio judía» (alguien con uno o dos abuelos judíos). En las entradas de su diario, Erich Ebermayer explicó la alegría que le produjo el *Anschluss*, la unión política con Austria. El diario de Franz Göll recogió la profunda impresión que le causó el tríptico de Otto Dix *Der Krieg* (La guerra) cuando visitó la exposición sobre «arte degenerado» en Berlín. La visión de *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque en un estante provoca innumerables discusiones acerca de la naturaleza de la guerra. Las cartas escritas desde el frente constituyen un testimonio de las exigencias de la guerra total, incluida la orden de matar civiles inocentes. Hacia el final de la guerra, la diarista Lieselotte G. escribe enérgicamente para impedir que sus reservas acerca de Hitler la superen. Los textos autobiográficos revelan opiniones diferentes y matizadas y evidencian cómo la reflexión activa constantemente estaba poniendo en juego posiciones encontradas. Los diarios transcriben la tensión de la conversión.

Los debates sobre la guerra y la paz que los alemanes acometieron son particularmente interesantes porque les hacían repasar el mismo terreno histórico que ocupaba a los ideólogos nazis sin llegar necesariamente a las conclusiones del nacionalsocialismo. Amigos y familiares tenían desacuerdos radicales acerca de *Sin novedad en el frente*, lo que constituye un indicio de que, pese a la prohibición del autor «pacifista» por parte de los nazis, se sospechaba que el testimonio sobrio de Remarque continuaba siendo relevante y se deseaba hallar algún significado redentor en una guerra que había terminado con la derrota de Alemania. Las celebraciones frenéticas que tenían lugar cada vez que se conseguía arrancar un nuevo puntal al Tratado de Versalles (el Sarre, la Wehrmacht, Austria, los Sudetes) no reducían la enorme aversión que la idea de otro conflicto europeo despertaba en la opinión pública. Durante la segunda guerra mundial, los alemanes querían que la confrontación terminara con rapidez, pero, al mismo tiempo, pelearon con el propósito de evitar lo que creían podía ser un colapso nacional devastador como el de noviembre de 1918. Resulta impresionante con cuanta frecuencia las conversaciones vuelven sobre el espectro de 1918, en particular después

de 1943 y la derrota de las tropas alemanas en Stalingrado. Sin embargo, esta obsesión con 1918 era un producto de la historia nazi, no el efecto persistente de la experiencia traumática original. Uno de los grandes triunfos de los nazis fue el haber conseguido que la leyenda de la «puñalada en la espalda» se convirtiera en la versión estándar de la historia.[11]

Un vistazo al interior de la sala de espera de un dentista en Dresde confirmaba el estado incierto de las opiniones acerca de la historia alemana: «en una estantería de su sala de espera, bajo la obligatoria fotografía de Hitler, todo Heine, *Sin novedad en el frente*, de Remarque, la matrícula de su corporación estudiantil, varias historias de la guerra mundial y la de un determinado regimiento de infantería». Victor Klemperer, el diarista judío que refiere la escena, concluía acerca del dentista: «No es nazi, eso es seguro».* Sin embargo, la disposición podría haber sido más dinámica de lo que Klemperer sugiere, la fotografía de Hitler menos obligatoria, las historias de la guerra mundial tan conmovedoras como la novela de Remarque.[12] O piénsese en el ejemplo del novelista Heinrich Böll. A los veintitantos, siendo soldado de la Wehrmacht, estaba en contra de la eutanasia, pero, no obstante, prefería la obra del escritor nacionalista Ernst Jünger a la novela de Remarque, y aunque odiaba a los nazis por convertirlo en un asesino, deseaba que Alemania ganara la guerra. Noviembre de 1918, Versalles, el rearme alemán, las guerras de Hitler y la perspectiva de la victoria o la derrota perfilaban una especie de *Sonderweg*, un camino especial de tribulación nacional que inquietó a millones de alemanes desde 1933 hasta 1945. Las respuestas que hallaron no siempre coincidieron con las del nacionalsocialismo, pero las preguntas que se plantearon son un indicio de cuán intensamente identificaban sus vidas con el destino colectivo y las pruebas colectivas de la nación. Esta identificación otorgó una legitimidad considerable a las ideas nazis sobre la comunidad del pueblo.

Los comentarios escritos por los alemanes en el año 1933 con frecuencia refieren la violencia nazi, el arresto de sus adversarios políticos y la creación de campos de concentración. Sin embargo, todo ello aparece como algo nuevo pero, de algún modo, lejano en el horizonte; los diarios y las cartas no describen por lo general una atmósfera cargada de miedo.

* Las citas de los diarios de Victor Klemperer provienen, por lo general, de la traducción castellana de Carmen Gauger: V. Klemperer, *Quiero dar testimonio hasta el final*, vol. 1, *Diarios 1933-1941*, vol. 2, *Diarios 1942-1945*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2003. *(N. del t.)*

Estas fuentes no parecen el testimonio de una sociedad aterrorizada. Y aunque los diarios mencionan a Hitler, anotan su cumpleaños el 20 de abril y a menudo se refieren a él como «el Führer», el líder nazi no es en ellos la figura central que uno podría esperar al tratarse de textos escritos por personas que vivían en el *Führerstaat*. En la mayoría de los diarios, la vida política consiste en las actividades locales de los nacionalsocialistas y sus organizaciones auxiliares, la SA, la SS, los grupos femeninos, las Juventudes Hitlerianas y el Servicio de Trabajo del Reich. La principal orientación era el proyecto nazi, no el carisma de Hitler; las máximas guías, las ideas nazis, no las palabras del líder.

Hay otro aspecto que resulta llamativo: la radio siempre estaba encendida. El espectáculo de la revolución nacional arrastró a escépticos y simpatizantes por igual. Los medios de comunicación coreografiaron lo que muchos alemanes deseaban de forma desesperada: la prueba de la regeneración política nacional. Los testimonios contemporáneos indican que los alemanes por lo general se acercaban a sus vecinos como personas que se movilizaban por ánimo propio, que respetaban las posiciones nazis y se inclinaban hacia ellas y que, ocasionalmente, como uno de los personajes malhumorados de una novela de Irmgard Keun, apagaban la radio cuando Göring entraba al aire «porque siempre tengo la sensación de estar siendo regañado».[13] Los diarios no sólo muestran cómo funcionaban las presiones sociales (el nazismo, los judíos y la guerra eran con frecuencia temas de conversación) sino también la forma en que los amigos y parientes se sentían atraídos por el nacionalsocialismo y su activismo social. Los diaristas se alejaban de los dictados de la vida pública en una «emigración interior», pero, al mismo tiempo, adornaban los relatos sobre los sufrimientos de Alemania desde 1918. Estos textos autobiográficos, junto con otros materiales de apoyo, confirman que los alemanes eran individuos conscientes, con capacidad de deliberación, tanto bajo el Tercer Reich como durante la República de Weimar. El nacionalsocialismo no triunfó gracias a la seducción, la parálisis o la hipnosis colectiva. Fue, por turnos, inquietante y significativo para millones de ciudadanos alemanes. De hecho, «la disposición de la mayoría de las personas ... a discutir sus experiencias políticas» sorprendía a quienes visitaban el Tercer Reich.[14]

Los judíos alemanes terminaron siendo espectadores marginados del proceso y en muchos sentidos fueron observadores mucho más perspicaces. Ellos también intentaron entender la naturaleza del nazismo y el atractivo que tenía para otros alemanes. El diario de Victor Klemperer,

un judío alemán convertido en su juventud al protestantismo que enseñaba literatura francesa en la Universidad Técnica de Dresde hasta que los nazis le obligaron a retirarse en 1935, documenta con abundancia de detalles su cambiante evaluación de los nacionalsocialistas. Aunque Klemperer terminó estando cada vez más convencido de que el nacionalsocialismo descansaba sobre una base amplia de respaldo popular, prestó más atención que la mayoría de los diaristas no judíos a los pequeños gestos y giros expresivos que insinuaban que los alemanes no estaban completamente enamorados del nazismo. Si hay un motivo recurrente en sus diarios, es su continuo esfuerzo por ponerse en una posición desde la que fuera posible reconciliarse con Alemania una vez que hubiera caído el régimen. Klemperer reconocía el atractivo de las ideas nazis, pero hacía hincapié en aspectos como el miedo, el conformismo y el escepticismo.

En determinado momento durante la guerra, Klemperer comprendió que la Alemania nazi sería derrotada, sin embargo, como otros diaristas judíos a lo largo y ancho del continente europeo, no estaba seguro de que los judíos fueran a sobrevivir para ver su liberación. El conocimiento que los judíos adquirieron sobre las metas que los nazis pretendían alcanzar con la guerra y sobre el Holocausto era, inevitablemente, mucho más completo que el de la mayoría de los alemanes. No obstante, la guerra atrapó a la mayoría de los judíos del continente. Muchos de los diarios judíos de este período terminan de manera abrupta en un mudo testimonio de la deportación y muerte de sus autores. Los alemanes no judíos tenían más alternativas. Podían incluso empezar a prepararse psicológicamente para el final de la guerra y la caída del nazismo. Al reflexionar sobre el bombardeo que prendió fuego a Hamburgo en 1943, un acontecimiento en el que perdió la mayoría de sus posesiones, el escritor Hans Erich Nossack se negaba a sentir pena por sí mismo. «Los que merecen nuestra compasión —explicó— son aquellos que todavía se encuentran al borde del abismo, dudando de que vayan a ser capaces de superarlo, porque aún siguen pensando como se tenía que pensar en el otro lado, estrujados entre el ayer y el mañana.» Si el resto de Alemania todavía estaba atado al futuro del Tercer Reich, Nossack ocupaba ya otro «presente» o se había escabullido por completo de «los dominios del tiempo».[15] Con todo, en uno u otro momento del último año de la guerra, millones de alemanes cruzaron realmente el abismo de Nossack y dieron por terminada su inversión emocional en el régimen nazi, la comunidad del pueblo y la victoria alemana. Este cambio con frecuencia se vivió como una humillación, pues implicaba anular todos los años de esfuerzo y todas las

energías invertidas en el proyecto nazi. Después de 1945, una combinación de vergüenza y cinismo hizo que fuera mucho menos probable que las memorias de posguerra se ocuparan de reconstruir los caminos de la conversión política que en un principio condujeron a los alemanes a la desastrosa contienda.

El que Nossack opte por hablar de «abismo» constituye un ejemplo del modo en que muchos alemanes terminaron desplazando su conocimiento acerca de la guerra y el Holocausto. Mientras que Klemperer, un autor que elegía las palabras con sumo cuidado, acumulaba conocimiento crítico, Nossack disolvía lo que veía en una catástrofe natural de dimensiones abrumadoras que le dejaba con las manos vacías. La elección, reconocía él mismo, había sido «confesar u olvidar, no hay una tercera opción».[16] El uso de diarios y cartas me permite buscar un último objetivo en *Vida y muerte en el Tercer Reich*, a saber, analizar lo que los alemanes sabían acerca de la campaña genocida contra los judíos y lo que los alemanes y los judíos podían haber conocido y estado en condiciones de comprender acerca de los acontecimientos en los que hoy pensamos como el Holocausto. Al acercarse el final de la guerra, el pueblo alemán se rindió a una sensación de futilidad e impotencia e incluso a cierto victimismo. Los alemanes con frecuencia describieron su derrota en 1945 como un «colapso» total de la vida nacional. Pasarían varias décadas antes de que una comprensión más precisa de la articulación del Estado racial nazi, el Holocausto y la participación activa de los individuos en el nacionalsocialismo pudiera emerger de la imaginería del «abismo». En muchos sentidos, el furioso final de la segunda guerra mundial, desde Normandía hasta Berlín, eclipsó el estudio del Holocausto. Con todo, la solitaria figura de Nossack al otro lado del «abismo» era absolutamente diferente de las víctimas imaginarias de Dwinger, pues Nossack ya no miraba al pasado para redimir la pérdida, mientras que Dwinger sí. Esta perspectiva hizo que los juicios críticos acerca del curso de la historia del país fueran mucho más probables.

Las imágenes que evocan términos como «abismo» o «colapso» son engañosas. Evidencian cuán difícil resulta escribir acerca del Holocausto o intentar comprenderlo, cuán difícil es dar cuenta de la acumulación de acciones individuales que condujeron al asesinato en masa de millones de seres humanos. El nacionalsocialismo propinó un golpe traumático al pensamiento occidental; ni siquiera un pensador tan radical como Friedrich Nietzsche podría haber imaginado el Holocausto. La información sobre la guerra que los nazis libraban contra los judíos se conocía y

acumulaba, pero no era fácil transformarla en conocimiento acerca del genocidio. De hecho, todo el fenómeno del nazismo representa un desafío para quienes intentan explicarlo, pues las categorías políticas y sociales convencionales parecen inapropiadas para dar cuenta de él. Un análisis de relaciones de clase, entornos sociales y privaciones materiales resulta insuficiente. La dictadura y el terror no explican el entusiasmo público y los esfuerzos de conversión individuales. Los nazis mismos sostenían que su movimiento era diferente precisamente porque el nacionalsocialismo tenía su origen en el pensamiento racial colectivo. Mientras que Karl Marx consideraba que el ser (*Sein*) determinaba la conciencia (*Bewusstsein*), los nazis daban por sentado que la proposición válida era la inversa: la conciencia determinaba el ser.[17] En otras palabras, las visiones del mundo podían hacer visible el mundo. En la medida en que los nazis propusieron una nueva descripción del mundo y consiguieron que el pueblo alemán los acompañara parte del camino, los estudiosos han de tomarse en serio la ideología nacionalsocialista y sus conceptos de comunidad, nación y raza. Es importante conocer cómo los alemanes de la época lidiaron con el nuevo vocabulario y qué sentido le dieron. Debido a ello, los intentos de entender el nacionalsocialismo no pueden evitar enredarse en las premisas políticas y las categorías lingüísticas del nacionalsocialismo, lo que no deja de ser inquietante. Los nazis resultan aterradores por la forma en que ampliaron las nociones de lo que era moral y políticamente posible en el mundo moderno.

Mis argumentos descansan en una interpretación anterior según la cual el nacionalsocialismo evolucionó a partir de una dinámica existente en la política alemana desde 1914, en la que la guerra y la revolución movilizaban al pueblo alemán para emprender proyectos de revitalización nacional.[18] Estos proyectos favorecieron a los socialdemócratas y otras fuerzas republicanas al comienzo de la República de Weimar, pero asimismo fomentaron una insurrección ultranacionalista contra, por un lado, las naciones que habían derrotado a Alemania en la primera guerra mundial y, por otro, las viejas élites monárquicas que habían sido incapaces de alcanzar la victoria. El anhelo de un nuevo orden dominaba el horizonte político de Weimar y ello, en última instancia, obró a favor de los nacionalsocialistas, que combinaron el populismo, el racismo y el nacionalismo de un modo juvenil y enérgico. Las emergencias política y económica que se produjeron al final de la República de Weimar contribuyeron a fortalecer la noción de que sólo un nuevo rumbo conseguiría rehabilitar al país.

Entre 1930, a comienzos de la Gran Depresión, y 1933, cuando el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán llegó al poder, la mayoría de los votantes que cambiaron de partido optaron o bien por los nazis, que alcanzaron su apogeo en julio de 1932 con el 37 por 100 de los votos, o bien por los comunistas, que casi superaron a los socialdemócratas con el 17 por 100 de los votos en noviembre de 1932, durante las últimas elecciones libres. Este ascenso paralelo creó el marco para el brutal ataque que los nazis lanzaron contra los comunistas y otros grupos marxistas después de que Hitler llegara al poder el 30 de enero de 1933. La sensación de crisis era apremiante y los nazis tuvieron que apresurarse a cumplir sus promesas electorales de «trabajo y pan». Los primeros pasos encaminados a resolver los graves problemas políticos y económicos de Alemania consistieron en lanzar un violento ataque contra sus enemigos políticos. Sin embargo, es importante recordar que los nazis también habían amasado un capital político considerable. Sus victorias a comienzos de la década de 1930 habían sido abrumadoras y sostenidas gracias a la capacidad del partido para conquistar votos en todos los grupos sociales, incluidos los católicos y los obreros industriales. Millones de alemanes vieron la toma del poder por parte de los nazis en 1933 como una «revolución nacional» que marcaba una ruptura fundamental en la historia alemana, algo que envalentonó a sus simpatizantes y paralizó a sus adversarios. El mejoramiento constante del mercado laboral en 1933 y 1934 otorgó una legitimidad amplia a la ideal nacionalsocialista de una comunidad del pueblo.

Después de 1933, el número de alemanes involucrados en el proyecto racial de renovación nacional promovido por los nazis fue cada vez mayor. Los nacionalsocialistas consiguieron relacionar de forma muy eficaz las desgracias de los alemanes individuales en los años de la República de Weimar con las desgracias de la nación, la cual, aseguraban, había sido vapuleada por varios enemigos internos y externos: los judíos, los comunistas, los Aliados. Este vínculo hizo que fuera creíble la idea de la nación como una unidad orgánica que estaba en peligro y cuya renovación mejoraría las vidas de las personas de todas las extracciones sociales. Así, cada vez más y más alemanes empezaron a creer que sólo la unidad nacional garantizaba la paz social y la estabilidad económica. Un resultado de esto fue que las realidades sociales y políticas pasaron a interpretarse cada vez con mayor frecuencia a través de la lente de la comunidad en lugar de a través de la lente de la clase. A medida que, guiados por el ideal de la comunidad del pueblo, la propaganda nazi y el activismo so-

cial fueron restando legitimidad a las presunciones ligadas al estatus y la cuna, aumentó la sensación de igualdad entre la población. La igualdad social siguió siendo incompleta, pero el puro vigor del bienestar social y otras obras de reconstrucción fortalecieron la noción de que era posible crear de nuevo la vida nacional y de que eso era lo que se estaba haciendo.

Sin embargo, las condiciones de emergencia definieron cada fase del proceso de renovación. Los nazis nunca creyeron que fuera posible guiar a Alemania a un santuario seguro; desde su punto de vista, la vida colectiva siempre corría peligro, tanto desde dentro como desde fuera. El efecto de esta sensación de riesgo fue que la movilización de la sociedad se aceleró. Esto ayuda a explicar la dinámica implacable, destructiva y, en última instancia, autodestructiva de la Alemania nazi. De hecho, con el concepto de raza, los nacionalsocialistas dramatizaron cada uno de los elementos de la ecuación de la renovación nacional. Una vez planteados en términos raciales, los peligros parecían más alarmantes y, por consiguiente, las soluciones se hicieron más drásticas y la movilización que requerían, más completa, con lo que aumentó la probabilidad de que todo terminara en una guerra. Para los nazis, la raza era una fuerza exponencial.

El capítulo 1, «Revivir la nación», explora el atractivo de la comunidad del pueblo y las formas en que las imágenes distorsionadas de la aclamación nacional eran a la vez engañosas y fascinantes. La ambición de los nazis de recomponer la nación como un pacto racial y los esfuerzos de los alemanes por adaptarse a las nuevas identidades raciales son el tema del capítulo 2, «Acicalado racial». Allí, el análisis cambia al modo subjuntivo de la política, la lucha por crear una nueva ética coherente con la camaradería racial: abrazar los nuevos estándares del igualitarismo, segregar a la vida «indigna» y asaltar los intereses y el bienestar de los judíos en Alemania. La realización más completa del nacionalsocialismo ocurrió durante la guerra, a la que los nazis consideraban un estado permanente que debía permitir a la raza alemana expandirse y sobrevivir. El capítulo 3, «El imperio de la destrucción», examina tanto el nuevo orden imperial que los nazis se propusieron establecer en los territorios que conquistaron en Polonia y la Unión Soviética como la dinámica de destrucción incondicional que condujo al Holocausto. Dadas las metas que los nazis perseguían, la vida alemana significaba muerte. El capítulo 4, «Conocimiento profundo», investiga cómo los alemanes y los judíos entendían la guerra, el Holocausto y la perspectiva de la derrota de la Alemania nazi. Se ocupa de cuestiones relacionadas con la comprensión y la interpretación para preguntarse qué pensaban las víctimas que tenían

ante sí. Asimismo, examina la forma en la que la conciencia culpable del crimen de Alemania se entrelazaba con el miedo al colapso total.

Un elemento básico de mi argumentación es el análisis del esfuerzo que los alemanes realizaron para convertirse en nazis. En este sentido, examino el atractivo de las ideas nacionalsocialistas (el deseo de aceptar los estándares de conducta nacionalsocialistas, pero también lo difícil que resultaba hacerlo) y en qué medida los alemanes tomaron decisiones políticas de forma deliberada, consciente e informada durante el Tercer Reich. De hecho, la moralidad de las decisiones y elecciones fue un motivo clave en la vida intelectual de los ciudadanos alemanes durante este período. El objetivo de los nazis era crear una nueva conciencia nacional y racial entre los alemanes y, por tanto, hacerlos cómplices de los nuevos designios raciales. Esta colaboración audaz, homicida y autodestructiva en el nombre de una nueva Alemania rediviva constituye el tema general de las siguientes páginas.

1

Revivir la nación

«HEIL HITLER!»

En septiembre de 1938, mientras se calentaba la crisis de los Sudetes desatada por la exigencia de Hitler de anexionarse los territorios de habla alemana de Checoslovaquia, Victor y Eva Klemperer viajaron desde Dresde a Leipzig. A lo largo de la ruta, se detuvieron en un restaurante para camioneros: «delante unos vehículos enormes, dentro una raciones enormes y baratas». La pareja entró justo en el momento en que la radio empezaba a transmitir los discursos de la asamblea del Partido Nazi en Nuremberg: «Marcha solemne, alaridos de júbilo, después el discurso de Göring, sobre el auge inmenso, el bienestar, la paz y la felicidad de los obreros alemanes ... Pero lo más interesante de todo eso —comenta Klemperer— era el comportamiento de los clientes del restaurante, que todos saludaban y eran saludados al llegar y se despedían y eran despedidos al salir con "Heil Hitler!". Nadie escuchaba. A mí me costaba trabajo entender; porque varias personas jugaban a las cartas, daban puñetazos en la mesa, conversaban a gritos. En otras mesas había menos ruido: uno escribía una postal, otro escribía en su libro de ruta, otro leía el periódico. Y la patrona y la camarera hablaban entre ellas o con los jugadores de cartas. De verdad: ni una sola de aquella docena de personas se ocupó un segundo de la radio, lo mismo podía haber estado apagada o transmitir un foxtrot desde Leipzig». El «comportamiento de los clientes»: éste es el motivo fundamental que Klemperer intentaba comprender al observar la vida cotidiana. Siempre estaba pendiente de que lo que denominaba la «vox pópuli» le proporcionara claves acerca del apoyo po-

pular a Hitler y los nazis, pero las voces, sin embargo, nunca eran rotundas. «¿Cuál es la realidad? ¿Qué está sucediendo?», se preguntaba acerca del Tercer Reich.[1]

Los estudiosos han estado planteándose las mismas preguntas prácticamente desde entonces. Con la publicación en 1995 de los diarios de Victor Klemperer, los historiadores pudieron contar con uno de los testimonios de primera mano más detallados sobre la vida en la Alemania nazi y, no obstante, como le ocurre al propio Klemperer, no están seguros de cómo leer las pruebas. ¿Qué es más revelador, la naturalidad con que los camioneros se saludan diciendo «Heil Hitler!» o su desinterés por la transmisión radial? Klemperer daba cuenta de los nuevos números del Tercer Reich, pero no estaba seguro de si los rituales realmente habían cambiado las actitudes de los alemanes. La escena en el restaurante de camioneros capta a la perfección los dos lados del debate acerca del nacionalsocialismo. Por un lado, los historiadores subrayan el grado en que los alemanes no judíos aceptaron el nazismo como la condición normal de la vida cotidiana e incluso celebraron el nuevo orden. Por otro lado, llaman la atención sobre los testimonios y pruebas que sugieren que los alemanes sencillamente siguieron con sus asuntos, cuidándose, hasta donde les era posible, de no cruzarse con el aparato del Partido Nazi.

Vale la pena examinar más de cerca las interacciones de la vida cotidiana y cómo cambiaron en los años que siguieron al ascenso de Hitler al poder. Unos pocos meses después de enero de 1933, difícilmente había alguna persona que en alguna ocasión no hubiera alzado su mano derecha y exclamado «Heil Hitler!». La mayoría de las personas lo hacían varias veces al día. El «Guten Tag» berlinés, el «Moin» de Hamburgo y el «Grüss Gott» bávaro todavía podían oírse, pero el «Heil Hitler!» logró penetrar de tal forma en el vocabulario de los ciudadanos que el final del nazismo en 1945 con frecuencia se recordaba como el momento en el que «nunca más tuvimos que decir "Heil Hitler!"». En una fecha tan temprana como julio de 1933, se exigió a los funcionarios públicos que usaran el saludo en sus comunicaciones oficiales. Los maestros de escuela «heil hitleraban» a sus estudiantes al comienzo de sus clases, los conductores del Deutsche Reichsbahn «heil hitleraban» a los viajeros al revisar sus billetes y los empleados de correos «heil hitleraban» a los clientes que acudían a comprar sellos postales. En el verano de 1933 el mismo Klemperer refiere su asombro al ver, durante un recorrido por su universidad, que «en las oficinas, he visto que los empleados levantaban siempre la mano». Erika Mann, la hija del novelista Thomas Mann, calculaba que los ni-

ños se saludaban con un «Heil Hitler!» cincuenta o, quizá, ciento cincuenta veces al día, en cualquier caso con «desmesuradamente mayor frecuencia que con los viejos saludos neutrales». Ahora bien, ¿qué significaba decir «Heil Hitler!»? ¿Qué revelan el saludo, el brazo en alto, la referencia ocasional al «Führer» acerca de la relación entre los alemanes y los nazis en el Tercer Reich? ¿Cuánto de nazis tenían los alemanes en realidad?[2]

Que el saludo hitleriano fuera obligatorio para los funcionarios públicos confirma el poder dictatorial del régimen. Después de la guerra, muchos alemanes testificaron que se sentían coaccionados o presionados a decir «Heil Hitler!». Especialmente en los primeros meses del nuevo régimen, los partidarios del nazismo se apresuraron a exigir que los ciudadanos emplearan el saludo en público. En el verano de 1933, quienes visitaban el centro vacacional de Weimar podían ver en las tiendas, los restaurantes y los hoteles carteles con la «alentadora orden: "Alemanes saludaos unos a otros con un 'Heil Hitler!'"». En octubre de 1933, el «saludo alemán» se convirtió en preceptivo en el teatro de Leipzig donde trabajaba Erich Ebermayer. «¿Quién va a negarse a participar?», confió a su diario; para este adversario de los nazis, el «Heil Hitler!» pasó a ser «mi saludo en el trabajo». A medida que más y más alemanes empleaban el «Heil Hitler!» como saludo, más delicado se hizo no responder de la misma forma. Esta dinámica hace que resulte difícil determinar si una gran cantidad de alemanes eran conversos reales o simples conformistas. También está claro que muchos alemanes se negaron por completo a participar. Algunos individuos contaban que cruzaban abruptamente las calles para evitar el saludo o menoscababan las exhibiciones de lealtad públicas con «murmullos inaudibles y gestos endebles de las manos». Quienes visitaban las regiones muy católicas de Alemania meridional o los barrios socialdemócratas y comunistas oían el «Heil Hitler!» con menos frecuencia. Los testigos de Jehová se negaron rotundamente a usar el saludo. «¿Conoces ya el nuevo saludo? —se preguntaba alguien unos pocos meses después del ascenso de Hitler al poder—: «el dedo índice enfrente de tus labios.»[3]

No obstante, además de todas las personas que se sintieron presionadas a conformarse, había otras que ejercían presión e insistían en que se usara el saludo. Con el «Heil Hitler!» los miembros del Partido Nazi intentaron recomponer el cuerpo del pueblo alemán; el arco que describía la mano derecha al ejecutar el saludo amplió de forma drástica las pretensiones de los nacionalsocialistas sobre el espacio público. El gesto de

afirmación iba acompañado por una declaración política inequívoca. A diferencia del «GutenTag» que servía para reconciliar a los vecinos sin más, el «Heil Hitler!» era una exhortación y constituía un intento firme de crear e imponer una unidad política. El saludo expresaba el deseo de muchos alemanes de pertenecer a la comunidad nacional y de participar en la renovación del país. Entre ellos se encontraban sin duda los enfermeros y enfermeras a los que en abril de 1933 una amiga de los Klemperer veía sentarse «en torno al altavoz» en su hospital: «Cuando suena el himno de Horst Wessel* (todas las noches y en más ocasiones) se levantan y alzan el brazo para el saludo nacionalsocialista».[4]

Al reemplazar saludos cotidianos más deferentes, el «Heil Hitler!» también podía emplearse para reclamar reconocimiento social. Cuando el cartero saludaba a los vecinos con un ostentoso «Heil Hitler!», estaba informándoles de que él era un *Volksgenosse*, un camarada racial, y su igual. De forma similar, el jefe que en la entrada de la cantina de la fábrica daba la bienvenida con un «Heil Hitler!» a los trabajadores a los que anteriormente se impedía el ingreso no estaba anulando las diferencias sociales, sino reconociendo el nuevo derecho del que disfrutaban sus empleados. Incluso en el espacio privado del hogar, los amigos y *parientes* se saludaban unos a otros con un «Heil Hitler!», un indicio de hasta qué punto los partidarios del régimen querían reconocer el lugar de la revolución nacional de Hitler en sus propias vidas personales. El saludo hitleriano, con el agresivo movimiento ascendente de la mano con la palma vuelta hacia el exterior, ocupó un nuevo espacio social y político y lo puso a disposición del movimiento nazi. Permitió a los ciudadanos probar nuevas identidades políticas y raciales, demostrar su respaldo a la «revolución nacional» y excluir a los judíos de las interacciones sociales cotidianas. Poner las palabras «Heil Hitler!» únicamente en los labios de los fanáticos es perder de vista en qué medida los alemanes más o menos de forma voluntaria se adaptaron al ideal unitario de la comunidad del pueblo.

Dado que era Hitler a quien se aclamaba, el saludo plantea la cuestión del papel del Führer alemán en la creación del consenso político. La lealtad hacia Hitler sin duda fortaleció al régimen, pero también puso lí-

* El himno de Horst Wessel fue desde 1930 el himno del Partido Nazi y, desde 1933, el segundo himno nacional de Alemania. Su autor, Horst Wessel, un miembro de la SA asesinado en 1930, había sido elevado a mártir de la causa nacionalsocialista por el aparato de propaganda del partido. (*N. del t.*)

mites a lo que los activistas del partido podían lograr, pues respaldar al líder no necesariamente significaba respaldar las políticas nazis. En otras palabras, el saludo hitleriano bien pudo haber servido para ocultar las diferencias que existían entre los alemanes así como para encubrir a quienes no simpatizaban con los nazis. No obstante, precisamente esas personas que decidieron que el «Heil Hitler!» no era más que el saludo normal y corriente de la época o lo usaron para disfrazar sus recelos en realidad contribuyeron a hacerlo más común y, por tanto, a aumentar la sensación de aclamación permanente. Mientras que desde el exterior la generalización del saludo sugería que todo el mundo se había convertido en nazi, lo que a su vez elevaba la presión para que quienes no lo habían hecho se conformaran a la nueva situación, lo cierto es que quienes pertenecían al régimen no podían estar seguros de que tales muestras de apoyo fueran genuinas y no, en realidad, gestos carentes de convicción. Para los judíos, en cambio, la distinción entre nazis auténticos y aparentes no tenía demasiada importancia, pues a diferencia del resto de los alemanes, no tenían la opción de participar para guardar las apariencias. No pudiendo camuflarse, eran todavía más visibles en el Tercer Reich.

Existen abundantes pruebas que sugieren que, después del período inicial de movilización revolucionaria, pocas personas continuaron usando el saludo hitleriano en su vida cotidiana. A mediados de la década de 1930, quienes visitaban Berlín, en particular, manifestaban su sorpresa al no oír con más frecuencia el «saludo alemán». En 1940, William Shirer, un corresponsal de CBS Radio, aseguró que en Múnich los ciudadanos habían «dejado por completo de decir "Heil Hitler!"».[5] No es del todo claro si este cambio debe interpretarse como un indicio de que el apoyo a los nazis había menguado o, sencillamente, como un retorno a convenciones más relajadas. En septiembre de 1941, en el tercer mes de la guerra contra la Unión Soviética, Klemperer anota que en Dresde el uso del «buenos días» o el «buenas tardes» parecía estar en aumento. Para comprobarlo por sí mismo, decidió hacer «el recuento de la gente que dice en las tiendas y los restaurantes "Heil Hitler" y de la que dice "buenos días"». Los resultados: «En la panadería de Zscheischler han dicho cinco mujeres "buenos días", dos "Heil Hitler"... En la tienda de Ölsner dijeron todos "Heil Hitler"». Klemperer no paraba de preguntarse a quién debía hacer caso. Con todo, a medida que crecía la certeza acerca de la derrota de Alemania, la balanza se inclinaba sin sombra de dudas a favor del «buenos días». En febrero de 1944, Franz Göll, un empleado de una imprenta berlinesa, confiaba: «ahora rara vez se oye el saludo "Heil

Hitler"» o «se lo convierte en un chiste» diciendo «Heilt Hitler» («curad a Hitler» en lugar de «Ave, Hitler»). El uso del saludo en contextos domésticos «en realidad se desaprueba», contaba, lo que, por supuesto, constituye un recordatorio de que en el pasado los amigos y familiares de Göll se saludaban unos a otros con un «Heil Hitler!».[6]

El saludo hitleriano ejemplifica al mismo tiempo los aspectos coercitivos y afirmativos de la revolución nacional de enero de 1933. Su uso por parte del común de los alemanes obliga a plantear la cuestión del carácter ilusorio de la aclamación: cuando todos empezaron a decir «Heil Hitler!», el saludo dejó de ser era un indicador fiable del respaldo con que contaba el régimen. Sin embargo, buena parte del poder del nazismo dependía de la apariencia de unanimidad, que abrumaba a los escépticos y los incitaba a examinar sus propias reservas. Cada brazo en alto minaba un poco más las ambiguas relaciones entre los vecinos y fortalecía un poco más el nuevo colectivo racial del nacionalsocialismo. ¿Significa eso que el aumento en el número de personas que volvían a decir «buenos días» en las calles de Berlín era un indicio de que habían disminuido las simpatías por el nazismo? Como Klemperer, los historiadores continúan contando los «Heil Hitler» en la panadería de Zscheischler en Dresde y preguntándose qué implicaciones tiene el que los clientes opten en su lugar por decir «buenos días».

¿CUÁNTO RESPALDARON LOS ALEMANES A LOS NAZIS?

Unos pocos años antes de que los Klemperer pararan en ese restaurante de camioneros en Sajonia, un joven sociólogo estadounidense de la Universidad de Columbia llegó a Berlín en tren. A finales de junio de 1934, Theodore Abel se instaló en su pensión, salió a caminar por la bulliciosa Potsdamer Platz y tomó una copa en Haus Vaterland, un emporio del ocio que ofrecía una selección de restaurantes ambientados con motivos étnicos. Abel también se dedicaba a contar «Heil Hitlers», un saludo que, le pareció, se usaba «sólo en lugares oficiales», mientras que en «los contactos cotidianos» predominaban los «Guten Morgen» y «Auf Wiedersehen».[7] La razón por la que había llegado a Berlín era el lanzamiento de un colosal proyecto de investigación sobre los nazis. Su plan tenía un giro interesante. A diferencia de la mayoría de los sociólogos, que escogerían una muestra del grupo que querían estudiar y la analizarían en términos

de edad, generación y clase social para explicar su comportamiento político a partir de su origen social, Abel quería preguntar directamente a los miembros del partido por qué se habían hecho nazis. Se trataba de aplicar el método del estudio de casos promovido por la Escuela de Sociología de Chicago. Su idea era conseguir que los veteranos del movimiento, esto es, aquellos que se habían unido a él en la década de 1920, escribieran sus autobiografías, para lo cual necesitaba la colaboración del Partido Nazi.

En un primer momento, los funcionarios del Ministerio de Propaganda, que era donde Abel tenía sus contactos, mostraron ciertos recelos. Como anotó el sociólogo en su diario, «temían que no hiciera justicia a los imponderables y la declaración de fe y sólo usara el material fáctico». Sin embargo, Abel les garantizó que «fue con él fin de conocer lo imponderable que concebí la idea de las historias de vida». En otras palabras, quería explorar el fenómeno del nazismo por medio de testimonios individuales en lugar de reducirlo a estadísticas generales. El partido organizó entonces un concurso y reunió centenares de textos autobiográficos que puso a disposición de Abel. La investigación vio sus frutos en 1938 con la publicación del libro *Why Hitler Came to Power*, obra en la que, en su parte final, Abel incluyó seis de las autobiografías que había empleado como material. *Why Hitler Came to Power* sobresale como uno de los mejores intentos de valorar las motivaciones políticas de los nazis. En sus conclusiones, Abel reconoce la importancia de los factores sociales y económicos, pero hace hincapié en la ideología: la función de la experiencia de la guerra, el trauma de la derrota y la decisión de rejuvenecer las estructuras políticas de Alemania. No había sesenta millones de caminos al nazismo.[8]

Quiero adaptar el método de Abel y presentar tres historias de vida, basadas en diarios y cartas personales, para mostrar con mayor detalle de qué modo el «Heil Hitler!» y el «buenos días» se combinaron en el Tercer Reich. Las vidas de los Gebensleben en Braunschweig, en Alemania septentrional, de los Dürkefälden en la cercana ciudad de Peine, y de Erich Ebermayer en Leipzig nos permiten conocer las diversas formas en que los alemanes se apartaron de los nazis o se acercaron a ellos en los años que siguieron a su llegada al poder. En su extraordinario diario Victor Klemperer intentó conjeturar cómo sus vecinos no judíos veían a los nazis. En un primer momento, dio por sentado que el régimen se fundaba en el miedo y el oportunismo; pero más tarde, aunque sin abandonar por completo su anterior postura, consideró que había afinidades ideológicas y culturales más básicas. El Tercer Reich, sugirió, hacía que los «arios»

se sintieran en casa: *unter uns*, «entre nosotros», fue la expresión que usó. Las cartas y los diarios a los que nos referiremos a continuación nos ofrecen la oportunidad de evaluar las ideas de Klemperer y analizar cómo los alemanes se veían a sí mismos, sus relaciones con los judíos y el futuro del Tercer Reich en la década de 1930.

Elisabeth Gebensleben, una mujer activa de cuarenta y nueve años, era la esposa del teniente de alcalde de Braunschweig y una ferviente partidaria de los nazis. Gebensleben y sus hijos habían alentado la «oposición nacional» a la República de Weimar durante más de una década. Como millones de alemanes, ella y su esposo habían abandonado en 1930 el monárquico Partido Popular Nacional Alemán para apoyar a los nacionalsocialistas. Elisabeth se describía a sí misma como el tipo de persona que al coger el periódico se dirige «primero a la sección de política y después a la de ocio». En sus cartas abundaban las observaciones políticas, y las que destina a su hija Irmgard, o Immo, que se había casado y trasladado a Holanda, son especialmente detalladas. Así, Elisabeth intentó transmitirle parte de la excitación del 30 de enero de 1933: «El lunes por la mañana», la doncella de los Gebensleben «de repente avisó: "hay centenares de banderas de Hitler colgadas fuera"»; Frieda podía verlas desde la ventana de su habitación. «Entonces tu padre entró con la edición extra. Su cara era una sonrisa enorme, y yo también sonreía.» Una vez digeridas las noticias, «dejamos escapar un par de lágrimas»: «por fin, por fin», después de años de «lucha», «se había alcanzado la meta». Para Elisabeth, este momento histórico resultaba especialmente conmovedor porque un «hombre sencillo, que había combatido en las trincheras, se sienta ahora donde en otro tiempo lo hacía Bismarck». Según pensaba, Hitler conseguiría la reconciliación social y política de los alemanes.[9]

Para una nacionalista combativa como Elisabeth, el 30 de enero de 1933 fue la culminación de años de trabajo político. Significaba el rechazo de la revolución traidora de 1918 en nombre de la unidad patriótica de 1914. No obstante, a Elisabeth le preocupaban «las batallas que están por venir» e incluso se preguntaba si Hitler había llegado al poder «demasiado tarde» para estar en condiciones de derrotar a los comunistas. En De cierto modo, los decretos presidenciales otorgaron al nuevo gobierno de Hitler poderes policiales sin precedentes, en especial después del incendio del Reichstag en la noche del 27 de febrero de 1933; a lo largo y ancho del país, la policía y las tropas de asalto nazis arrestaron a los activistas socialdemócratas y comunistas y cerraron sus periódicos y sindicatos. «La intervención implacable del gobierno nacionalista quizá parez-

ca extraña a algunos —comentó Elisabeth después de las elecciones del 5 de marzo, en las que la coalición nazi se alzó con la victoria—, pero primero tenemos que realizar una limpieza sistemática.» Más concretamente, los «comunistas tienen que desaparecer, y los marxistas también», una alusión de última hora a los socialdemócratas, la única fuerza en Alemania que se mantenía leal a la constitución republicana. Recelosa de los comunistas que «súbitamente quieren convertirse en nacionalsocialistas», Elisabeth se negaba a dar la bienvenida a los antiguos adversarios en la «comunidad del pueblo» hasta que hubieran pasado «un período de prueba de tres años en los campos de concentración». Dado este terror, no es de extrañar que la «revolución desde la derecha» demostrara «más orden y disciplina» que los que había tenido la «revolución desde la izquierda» en noviembre de 1918.[10]

A medida que los nazis fueron haciéndose más fuertes, las divisiones políticas empezaron a ser menos visibles, con lo que la unidad de la nación, aunque enjuagada en el terror, pareció hacerse evidente. Las grandes celebraciones de la primavera de 1933 —el 21 de marzo, el «día de Potsdam», que coreografió la alianza entre Hitler y Hindenburg con ocasión de la instalación del nuevo Reichstag; el 20 de abril, el cumpleaños de Hitler; y por último el 1 de mayo, recién reconocido oficialmente como día festivo para honrar a los trabajadores y simbolizar su integración en el Estado— fueron revelaciones. Elisabeth veía en todas partes «el entusiasmo nacional» y era testigo de muestras de una «felicidad delirante» y de «la gratitud más profunda». «¿Es posible que un *solo* hombre haya sido capaz de conseguir esto, unir a un pueblo que había estado dividido y empobrecido?»[11] Aunque Hitler era importante, lo que llamaba la atención de Elisabeth era el espectáculo de la unidad del pueblo, los vítores, las marchas, las banderas con la esvástica y las transmisiones de radio, que parecían hacer audible la voz única de la colectividad. En resumen, estaba más interesada en el nacionalsocialismo que en Hitler.

Ahora bien, ¿qué pasaba con la «miserable» y «horrible» «campaña contra los judíos»? La pregunta la planteó Immo desde Holanda, adonde habían empezado a llegar los refugiados judíos procedentes de Alemania. Ésta no era la primera vez que Elisabeth se había visto obligada a reflexionar sobre la violencia nazi. Antes, había atribuido el trato brutal que se dio al alcalde socialdemócrata de Braunschweig a los «excesos» que acompañan a todo movimiento (aunque su hijo admitió «bastantes puntos negros» a medida que los ataques contra la izquierda se intensificaron de forma espectacular después de las elecciones de marzo de 1933).

El hecho de que sólo las «tiendas judías» de Braunschweig hubieran sido blanco de los vándalos permitía a su hija «llegar a la conclusión» de que los nazis tienen la culpa, pero Elisabeth sabía más que ella: quienes habían destrozado las ventanas no eran más que unos «chicos tontos». Sin embargo, el boicot oficial de los negocios judíos del 1 de abril de 1933 exigía una respuesta más considerada. Elisabeth empezó con una concesión al oponer la *felicidad* de los históricos acontecimientos que estaban teniendo lugar en Alemania con su *simpatía* por «la suerte del individuo». Después de esto se sobrepuso y pasó a justificar el boicot: «Alemania está empleando las armas que tiene» para responder a «la campaña de calumnias» del exterior. Dicho de otro modo, los alemanes eran las verdaderas víctimas. La siguiente palabra resulta predecible, pues las discusiones sobre el sufrimiento de los judíos con frecuencia se convertían en discusiones sobre el sufrimiento de Alemania: «Versalles» había arrebatado las «oportunidades para la vida» a los alemanes, y ahora éstos, como era «completamente comprensible», contraatacaban por el bien de sus «propios hijos». El razonamiento de Elisabeth es imperfecto, pero, sostiene, los judíos tienen que compensar en 1933 lo que los Aliados hicieron en 1919 y limitar su representación en las profesiones a su proporción dentro de la población: «la cual es el 1 por 100». Además, explicaba, «los judíos quieren gobernar, no servir». La prueba: «¿has oído hablar alguna vez de una doncella judía o de una lavandera judía?» (Elisabeth le había oído esto a Frieda, una señal de que los empleadores y empleados «arios» podían estar uniéndose en contra de los judíos). La retórica de la carta de Elisabeth resume el trabajo de convertirse en un nazi. La mujer ve de frente el terror nazi, pero tras un momento de vacilación rechaza las pruebas como accidentales o las justifica en nombre del sufrimiento de los alemanes. «Esta noche Hitler habla —comenta al final de su carta—: *definitivamente* tengo que oírlo» en la radio.[12]

Los Gebensleben continuarían pensando acerca de sus identidades como nazis y su relación con los judíos. Elisabeth se dedicó al trabajo como voluntaria en la organización de las mujeres nacionalsocialistas, mientras que su hijo, Eberhard, se unió a las tropas de asalto, la SA. Eberhard fue destinado a campos de adiestramiento en varias ocasiones, primero como un soldado paramilitar y después como abogado del Ministerio de Economía. Una sobrina llegó a ser líder en la Liga de las Muchachas Alemanas. Cursos de liderazgo, campos de adiestramiento, servicio paramilitar: éste era el nuevo ritmo de la vida para los profesionales con ambición en el Tercer Reich. Un armario de uniformes, insig-

nias, certificados y fotografías de recuerdos documentaban sus progresos a lo largo del escalafón administrativo. Durante la guerra, sin embargo, Eberhard puso en peligro su carrera al enamorarse de Herta Euling, una pianista tres años mayor que él que tenía una abuela judía. Si los dos jóvenes se hubieran casado, Eberhard se habría visto obligado a abandonar el Partido Nazi, que en febrero de 1944 rechazó su solicitud e incluso inició una investigación para determinar si su afiliación seguía siendo «aceptable». El dilema de Eberhard, que en el Tercer Reich se veía obligado a decidir entre ser leal al amor, la carrera o la ideología, se discutió abiertamente y por extenso. En última instancia, su familia se oponía a su matrimonio, pero continuaba pensando que Herta era una buena chica.[13] Resulta claro que Eberhard era un nacionalsocialista consagrado; y de hecho, sus convicciones hicieron que uno de sus amigos más antiguos rompiera con él. No obstante, el joven terminaría entendiendo que el Tercer Reich podía verse desde perspectivas muy diferentes, para empezar, la de Herta. Además, como oficial alemán también tuvo ocasión de mirarse a través de los ojos de los civiles holandeses cuando en 1941 Immo consiguió sacarle la promesa de que cuando visitara a su familia nunca luciría el uniforme de los ocupantes alemanes o hablaría alemán en público. No hubo conclusión final para las discusiones entre el nazi leal y su prometida *Mischling*, cuyo rastro se ha perdido por completo, o entre el oficial de la Wehrmacht y sus parientes holandeses. Eberhard Gebensleben murió en Bélgica en septiembre de 1944.

La familia de Elisabeth se identificaba con los nazis y participó en la tarea de construir la comunidad nacionalsocialista. Karl Dürkefälden, en cambio, se opuso al régimen a lo largo de los doce años del Tercer Reich. Nacido en 1902 y nieto del capataz de una fábrica, Dürkefälden empezó a llevar un diario en 1932, el año en que se descubrió desempleado, recién casado y viviendo con su esposa, Gerda, en la casa de sus padres en Peine. Sus entradas exploran minuciosamente los problemas de la época. Documentan los conflictos laborales hacia el final de la República de Weimar y, después de 1933, identifica las motivaciones de los vecinos que se unieron al movimiento nazi o, al menos, hicieron las paces con el nuevo gobierno. Más tarde, recoge las versiones locales sobre el pogromo contra los judíos alemanes de noviembre de 1938. Durante la segunda guerra mundial, registra con sumo cuidado testimonios de testigos presenciales sobre el brutal trato que se daba a los prisioneros de guerra rusos que habían sido enviados a su región como trabajadores esclavos, así como sobre el asesinato de judíos en los territorios soviéticos bajo ocupa-

ción alemana. Karl realiza un retrato atento de su barrio de clase obrera, exponiendo las divisiones políticas entre los partidarios de la izquierda y los de la derecha, que eran tan profundas en Peine como lo eran en Braunschweig, apenas a unos veinticinco kilómetros de distancia. Sin embargo, Dürkefälden consiguió describir algo de lo que Elisabeth Gebensleben no podía dar cuenta, a saber, la historia de cómo las conversiones de la clase trabajadora contribuyeron a crear el nacionalsocialismo.

Mientras que Elisabeth consideraba que los acontecimientos de enero de 1933 eran una triunfante «revolución desde la derecha», Karl se refiere a los hechos de forma más vaga como una *Umwälzung*, una revolución súbita e inesperada, en la que muchos de sus vecinos experimentaron un veloz *Umstellung*, ajuste o conversión, al nazismo. El carácter de esa conversión difería de una familia a otra. Karl estaba consternado por la rapidez con que su padre, su madre y su hermana Emma se habían convertido en partidarios entusiastas de los nazis. Los tres habían incluso ido a la taberna de Kaune para oír la transmisión en vivo de las ceremonias del 21 de marzo en Potsdam. Cuando Karl protestó porque los nazis locales habían arrestado a unos obreros jóvenes en el vecindario y tomado el edificio del sindicato, su padre le replicó en dialecto: «Ordnung mot sein» («hay que tener orden»). Para su padre, «los nazis no podían hacer nada malo». Entretanto, Karl y Gerda viajaron para visitar a los padres de ella, que vivían cerca de Hannover: «por supuesto, también hablamos de la situación política. Ellos todavía no han cambiado de opinión». Su cuñado, Walter Kassler, tampoco se había «ajustado». Sin embargo, los giros expresivos empleados por Karl indican que muchos otros de sus conocidos sí se habían convertido al nazismo. Hans Kinne, el marido de Irma, una amiga de Gerda, por ejemplo, «es ahora un nazi debido a su empleo, pero sólo por guardar las apariencias». El peluquero de Peine pertenecía a la SA, aunque Karl pensaba que lo hacía únicamente «por razones profesionales». Su posterior adición de las palabras «ni tanto» a la entrada del diario constituye un indicio de que inicialmente tenía dificultades para creer que tantísimas personas se convirtieran por cualquier razón distinta del oportunismo. Sólo más adelante le resultó claro que la convicción también había desempeñado un papel. Lo que Karl llamaba *Umstellung* dependía además de la forma en que las personas veían el futuro. Otro amigo de la familia, Hermann Aue (del que Karl aclara entre paréntesis que era «muy de izquierdas»), pensaba que los nazis durarían a lo sumo un año, por lo que se sentía inclinado a seguir con los socialdemócratas. En cambio, varios comunistas que se habían unido al

grupo local de la SA sospechaban que los nazis se mantendrían en el poder durante algún tiempo. Como dijo uno de ellos, «con los lobos tienes que ir con la manada».[14]

El diario de Karl nos ofrece una imagen impresionante de las celebraciones del 1 de mayo en Peine. Karl describe las banderas, las marchas, las canciones, los discursos en honor de los trabajadores alemanes y las alabanzas de Hitler. Como era usual, el coro *Waldesgrün* ofreció una presentación, pero, como recoge Karl, para entonces ya había cortado sus vínculos con las Sociedades Corales de la Federación Alemana de Trabajadores. Casi todos parecían ser partícipes de la excitación general. Las calles estaban repletas de gente. No obstante, Karl y Gerta permanecieron «junto a la ventana de la cocina, porque no queríamos unirnos para gritar aclamaciones de Adolf Hitler. Y no quería tener que quitarme el sombrero cuando se cantara el himno de Horst Wessel». Karl se había quedado en casa y miraba al exterior, pero desde una perspectiva política estaba fuera y miraba al interior, y lo que veía era una comunidad cada vez más convertida al nazismo en la que los vecinos tomaban nota de su comportamiento y los miembros del club adaptaban el suyo. A lo que Karl se resistía mientras se mantenía en la ventana, junto a su esposa, era a la presión para conformarse, así sólo fuera por las apariencias. Su padre se lo dijo al día siguiente. El diario recoge lo que él había entendido del gran discurso pronunciado por Hitler el 1 de mayo: «Hei hatte sagt, wer non ganz un gar nich wolle, vor dän in Deutschland keine Raum» («Dijo que no hay espacio en Alemania para las personas que sencillamente se niegan a participar»). «Nadie puede ser neutral», añadió su padre, hablando esta vez no como un nazi entusiasta exhortando a Karl a unirse al movimiento, sino como el residente de un pueblo advirtiendo a su hijo de los peligros que entrañaba el negarse a hacerlo.[15]

Con la palabra *Umstellung* Karl captó las formas en que los ciudadanos de Peine se coordinaron por sí mismos. La víspera del cumpleaños de Hitler, el padre de Karl colocó una postal con la foto del Führer en el cristal del armario de la cocina; unos cuantos meses después, llegó con un retrato enmarcado del líder por el que había pagado 1,50 Reischmarks, un gasto enorme para una familia grande que sólo tenía una fuente de ingresos. Al mismo tiempo, el hermano de Karl, Willi, que se había unido a la SA, demostró un repentino interés en sus diarios y cartas de la época de la guerra; estaba recreando su autobiografía como un patriota alemán. La única cuestión que resultaba preocupante era la perspectiva de una nueva guerra, un tema que las familias alemanas discutían con fre-

cuencia desde 1933. Un domingo, en su primera presentación a la familia, el nuevo novio de Emma mencionó que en la última guerra recibió un disparo en la cabeza que le dejó temporalmente ciego: «no quiere participar en ninguna otra guerra —nos cuenta Karl—; ha tenido suficiente». Finalmente, con ocasión de otra reunión familiar para celebrar el cumpleaños de Gerda en febrero de 1934, el suegro de Karl admite que ha hecho «las paces» con «la nueva dirección». La fábrica de Hannover estaba en auge, se había vuelto a contratar a los ex empleados, y los trabajadores normales y corrientes como Friedrich Kassler tenían ahora derecho a las vacaciones antes reservadas al personal administrativo de alto nivel. Karl y Gerda se habían quedado solos.[16]

Las divisiones que trascendían la mesa de la cocina de los Dürkefälden alcanzaban de lleno a Erich Ebermayer. El 30 de enero de 1933 este guionista de treinta y dos años había escuchado la transmisión radial de las celebraciones en Berlín en compañía de Klaus Mann, el hijo del novelista Thomas Mann: «marchas, marchas ... ahora el himno de Horst Wessel ... ahora estridentes órdenes de mando, redobles de tambores, cantos atronadores». En su diario, Ebermayer comentaba con amargura: «somos los perdedores, definitivamente los perdedores». Y al igual que Karl Dürkefälden, Erich sentía la enorme fuerza de los nazis, que parecían barrer con todo lo que se les ponía por delante. «En las calles no parece haber otra cosa que muchachas de la BDM* y Juventudes Hitlerianas. La gente joven ya no camina, sino que marcha.» «Por todas partes mis amigos se declaran partidarios de Hitler.» Vivir en la Alemania nazi, escribió Ebermayer, le hacía sentirse «todavía más solitario». Sin embargo, con el propósito de ser «un cronista de estos tiempos», Erich escuchaba regularmente las transmisiones de los discursos de Hitler. Encendió la radio durante la convención del Partido Nazi en Nuremberg de septiembre de 1935 para averiguar «qué cosa satánica traman estos caballeros». En este caso, las Leyes de Nuremberg, que diferenciaban entre los ciudadanos alemanes y los no ciudadanos judíos: «la persecución de los inocentes se ha ampliado mil veces —bramó—; el odio sembrado se ha multiplicado un millón de veces».[17] Erich no era un nazi.

Y sin embargo, hizo algo muy en concordancia con las ideas nazis. Sintiéndose atraído por los ambientes rurales en los que había crecido, llegado el momento se compró una casa de campo en un pequeño pue-

* *Bund Deutscher Mädel*, Liga de las Muchachas Alemanas, la rama femenina de las Juventudes Hitlerianas. (*N. del t.*)

blo bávaro. Ya en abril de 1934 había regresado a su pueblo natal, Landrak, en las montañas Harz, para ver la tradicional hoguera del sábado previo a la Pascua: «Estamos de pie en el jardín ... y alzamos la vista para ver las llamas devorando los leños ... El aire trae el aliento de los campos frescos, el olor de la madera ardiendo en las granjas ... Los chicos y las chicas saltan y bailan alrededor del fuego. Las cancioncillas, el griterío y las risas pueden oírse de un lado a otro del valle». Todo ello le animó a observar que «la Guerra, la Revolución, la Inflación, el Sistema, el Tercer Reich no han alterado para nada estas viejas costumbres».[18] El hecho de que utilice el término nazi «el Sistema» para designar la República de Weimar en esta cronología imaginaria es interesante. En cualquier caso, Erich Ebermayer *no* estaba solo; de hecho, se sentía en casa. Su mundo no había cambiado.

Esta sensación de regreso al hogar ponía a Erich en el mismo registro emocional de millones de simpatizantes del nazismo. Y también se sentía en sintonía con las coreografías del nacionalsocialismo. El «día de Potsdam», mientras los Gebensleben escuchaban juntos la radio y los Dürkefälden se reunían en la taberna de Kaune, los Ebermayer pensaban que «ni siquiera nosotros podemos excluirnos». Tras sacar «la vieja bandera blanca, negra y roja de la guerra mundial» del sótano y guardar en su lugar «la buena, desgraciada, traicionada y nunca suficientemente apreciada» bandera negra, roja y amarilla de la república, concedió que había empezado una nueva era. En el piso de arriba, escuchó la transmisión de la ceremonia con su padre, que estaba «profundamente conmovido», y su madre, que tenía «lágrimas en sus ojos». Justo el día anterior, Erich había hablado de los «grandes campos» que se estaban construyendo en Dachau y Oranienburg. No obstante, el deseo de formar parte de la unidad nacional era tan fuerte que consiguió arrastrar a un antinazi como Erich a la nueva comunidad política. Más tarde, en marzo de 1938, lloraría de alegría con ocasión del *Anschluss* con Austria. «*No* quererlo —escribió— sencillamente porque ha sido un logro de Hitler sería una locura.»[19] A diferencia de Karl Dürkefälden, que mantuvo su alejamiento, en los momentos cruciales Erich se rindió voluntariamente al abrazo de la comunidad nacional. En repetidas ocasiones describe a Alemania como una nación que había vuelto a sí misma. Aunque Erich odiaba a los nazis, el Tercer Reich le encantaba.

¿Qué nos dicen estas historias acerca de la forma en que los alemanes veían a los nazis? Resulta claro que la cuestión del nazismo dividió a los barrios en Peine, a familias como los Dürkefälden e incluso a individuos

como Erich Ebermayer. El diario de Karl Dürkefälden es particularmente instructivo porque revela cómo las reuniones familiares eran ocasiones de constantes conversaciones acerca de la naturaleza del régimen, las modalidades de la conducta individual y la amenaza de la guerra. En el Tercer Reich, las familias debatieron acaloradamente la predicción de que «Hitler significa guerra» o la excusa de que «no se puede hacer una tortilla sin quebrar un huevo» o la concesión «hay que dar el crédito a quién corresponde». Estos desacuerdos confirman que los alemanes respondieron a los nazis de maneras contradictorias. En el entorno de los Dürkefälden, era bastante claro quién respaldaba a los nazis, quién se «ajustaba» y quién no se quitaba el sombrero cuando se cantaba el himno de Horst Wessel. De hecho, los vecinos eran bastante reflexivos acerca del proceso de su propia conversión y los límites de ésta, como indican el comentario de Dürkefälden acerca de la neutralidad o el testimonio de su suegro acerca de hacer las paces. Durante toda la existencia del Tercer Reich, los alemanes también cambiaron sus posturas: fueron muchos los que, como Friedrich Kassler, se dejaron convencer por sus propuestas, pero igualmente hubo quienes se distanciaron aún más de ellos, como fue el caso de la hermana de Karl, Emma, que terminó desconfiando de Hitler. Los propios individuos se sentían ambivalentes, como ilustra el ejemplo de Erich Ebermayer. Incluso un miembro de la SA como Eberhard Gebensleben reconocía la extravagancia de la violencia nazi y se vio obligado a cuestionar su fe en el nacionalsocialismo después de enamorarse de Herta Euling. Immo nos recuerda que simplemente el hecho de trasladarse a Holanda podía alterar drásticamente las perspectivas. Dado que es necesario tener en cuenta las ambigüedades de las convicciones políticas, resulta difícil trazar una distinción rotunda entre los «nazis», por un lado, y los «alemanes», por otro. Al pensar en los «nazis», los lectores han de recordar tanto a Herta Euling como a Elisabeth Gebensleben; y, de igual forma, han de recordar a Erich Ebermayer y a Karl Dürkefälden al pensar en los no nazis y los demás «alemanes».

Todas las conversaciones acerca de los nazis revelaban algo más, a saber, los esfuerzos que los alemanes realizaron para defender sus posturas y justificar sus acciones. Millones de personas adquirieron nuevos vocabularios, se unieron a organizaciones nazis y lucharon por convertirse en mejores nacionalsocialistas. Los diarios y las cartas del período no sólo dan cuenta del enorme número de conversiones que se producían entre los amigos y parientes de sus autores, sino que también refieren el esfuerzo individual de algunos de éstos por convertirse en nazis. En abril de

1933, por ejemplo, Elisabeth Gebensleben sintió la necesidad de explicar el boicot de los negocios judíos patrocinado por los nazis, y ello a pesar de que su correspondencia nunca antes había abordado cuestiones relacionadas con los judíos. Este trabajo ideológico no siempre fue sencillo o agradable, y las nuevas identidades nazis siguieron siendo incompletas, pero el hecho es que de una u otra forma la mayoría de los alemanes intentaron convertirse. Fue el amplio esfuerzo que la población realizó para ajustarse a la coordinación de la vida pública en 1933, a las nuevas normas raciales con relación a los judíos en los años siguientes y a las exigencias de la guerra total después de 1941 lo que de manera constante fortaleció y radicalizó al régimen nazi. Incluso así, la conversión fue un proceso continuo, en el que abundaron las dudas, no tanto un resultado final único.

Los alemanes se convirtieron al nacionalsocialismo movidos por el miedo y por el afán de guardar las apariencias. De hecho, todos los diarios mencionados hacen referencia a los campos de concentración, las detenciones y otras formas de violencia. Además, la presión para que la gente se conformara a las expectativas de los nazis no se desvaneció, un hecho que el padre de Karl intentó subrayar. Como Friedrich Kassler, los alemanes también se convirtieron, porque al final se convencieron de que el nazismo representaba una «nueva dirección» que ofrecía nuevas oportunidades y a la que los ciudadanos sencillamente tenían que adaptarse. Además, hubo innumerables personas que desconfiaban de los nazis, no entendían sus preceptos raciales y resentían su hostilidad hacia las iglesias, pese a lo cual aprobaron la «revolución nacional» de enero de 1933 y la reconciliación política que pareció obrar. En cierto sentido, Erich Ebermayer entra dentro de esta categoría. Por último, los alemanes se convirtieron porque sentían una auténtica fascinación por la visión social y política del nacionalsocialismo y, en particular, por la promesa de una comunidad del pueblo. Al igual que los Dürkenfälden y los Gebensleben, la mayoría de los alemanes llegaron a creer que el nacionalsocialismo había curado la historia alemana. El movimiento parecía ofrecer una versión nueva y mejorada de la vida nacional. La mayoría de los alemanes prefería el futuro nazi al pasado de Weimar. Esa mayoría no coincidía con todos los puntos de la política nazi, y ciertamente no con la deportación y asesinato de los judíos alemanes. Pero millones de alemanes consumieron con entusiasmo las imágenes de la unidad nacional. E identificaron sus propias expectativas de una vida mejor y más rica con la suerte del nuevo orden; la felicidad privada terminó estando profun-

damente entrelazada con el bienestar público del Tercer Reich. Incluso después de la guerra, más personas se identificaban con el programa general del nacionalsocialismo que con Hitler mismo.[20]

Los historiadores siempre se han sentido incómodos con la idea de que la mayoría de los alemanes *deseaba* a los nazis. Y con razón se han mostrado escépticos a la hora de hacer afirmaciones generales sobre tipos de personas diferentes. Como confirman las cartas y los diarios personales, los alemanes con frecuencia miraron con aprensión las políticas de los nazis. Cuando siguieron la dirección que les marcaba el partido o se unieron a sus organizaciones auxiliares, no siempre lo hicieron movidos por la convicción. Las fricciones sociales continuaron contradiciendo las afirmaciones que los nazis hacían acerca de la comunidad del pueblo. Los nazis tampoco deshicieron las lealtades históricas y emocionales que vinculaban a los alemanes con los valores conservadores tradicionales, la socialdemocracia o las comunidades religiosas. Karl Dürkefälden y Erich Ebermayer constituyen un testimonio de ello. Éstos son matices importantes, pero al subrayarlos se corre el riesgo de pasar por alto el asombroso éxito que tuvieron los nazis tanto en la captación de conversos procedentes de todos los campos políticos como al explotar y crear un deseo de renovación de la vida alemana. Lo novedoso, lo que proporcionó al Tercer Reich su legitimidad y energía, fue la experiencia de la conversión, experiencia que aisló a personas como Dürkefälden y Ebermayer. Esto es lo que es necesario explicar.

«VOLKSGEMEINSCHAFT»: LA COMUNIDAD DEL PUEBLO

La duradera popularidad de los nazis descansaba sobre la idea de la *Volksgemeinschaft* o comunidad del pueblo. Ésta no era una idea nazi y no se percibía como algo impuesto o extraño. Por el contrario, se atribuía a los nazis el mérito de haber puesto en práctica por fin la solidaridad nacional que los alemanes habían anhelado durante tantísimo tiempo. Éste es un aspecto importante porque muchos de los logros de la «revolución nacional» de 1933 fueron valorados positivamente por ciudadanos que no necesariamente se identificaban con el nacionalsocialismo. La legitimidad de la que disfrutaban Hitler y su régimen dependía de una base más amplia de buena voluntad. La revolución nacional se anteponía a los nazis, incluso cuando se los consideraba un medio indispensable para su realización.

Desde la primera guerra mundial, la comunidad del pueblo había representado la reconciliación de los alemanes, durante tanto tiempo divididos por razones de clase, región y religión. Ya los primeros días de agosto de 1914, cuando miles de alemanes salieron a las calles para respaldar la causa nacional en tiempos de guerra, revelaron la extraordinaria inversión emocional que el pueblo alemán hacía en la promesa de la unidad nacional. Por supuesto, la política alemana no se deshizo en armonía colectiva, y «1914» fue siempre más una imagen fabricada que una realidad experimentada. No obstante, la idea de la solidaridad nacional resonaba porque parecía ofrecer más igualdad social. Mostraba un camino para integrar a los trabajadores en la vida nacional, demoler la mentalidad de casta de la clase media alemana y desarmar la deferencia que exigían las élites del país. Su tono democrático o populista era crucial para su atractivo. La comunidad del pueblo siempre fue también una declaración de fuerza colectiva, una manifestación de «la paz de la fortaleza» que permitió a los alemanes movilizarse contra sus enemigos externos en la primera guerra mundial. Este aspecto marcial adquirió más importancia después de la derrota de Alemania en 1918. La calamidad de la inesperada rendición, las «fronteras sangrantes» redibujadas en los acuerdos de posguerra de Versalles y el abrumador caos provocado por la inflación a comienzos de la década de 1920 fueron experiencias colectivas que hicieron más comprensible el sufrimiento de la nación. Durante los años de la República de Weimar, la comunidad del pueblo denotaba la condición de pueblo asediado que los alemanes compartían, al tiempo que expresaba la unidad política necesaria para la renovación nacional. Una consecuencia de ello fue que la idea de la *Volksgemeinschaft* siempre tuvo algo de preparación para la batalla.

Los nazis llevaron la noción de la comunidad del pueblo hasta su conclusión más radical. Se aferraron a las pruebas del sufrimiento de Alemania y, al mismo tiempo, renovaron las perspectivas sobre la grandeza futura del país. Insistieron con ahínco en los enemigos internos y externo (los judíos, los usureros, los marxistas, los Aliados), a los que culpaban de obstaculizar la regeneración nacional. El nacionalsocialismo ofreció una visión completa de renovación que muchos alemanes encontraban atractiva, pero la combinaron con el alarmante espectro de la desintegración nacional. Desde el punto de vista de los nazis, 1914 representaba la renovación y la vida, mientras que 1918 era la amenaza de la revolución, el caos y, en última instancia, la muerte.

La oposición entre 1914 y 1918 estructuró el pensamiento político alemán hasta 1945. Los nazis desarrollaron una visión del mundo en la

que prepararse para la batalla era fundamental y únicamente el conflicto garantizaría la preservación de la vida; de hecho, el conflicto era un signo de vida. Desde una perspectiva drástica, la comunidad del pueblo estaba inevitablemente en peligro y era implícitamente violenta. El estado de emergencia permanente declarado por los nacionalsocialistas ayuda a explicar el tremendo esfuerzo que ellos y sus seguidores dedicaron a la reconstrucción del cuerpo colectivo y la satisfacción que hallaban en las imágenes de unidad y solidaridad. Asimismo, contribuye a explicar las exclusiones violentas que aceptaron como parte del proceso de reconstrucción. Elementos básicos de la visión del mundo nazi, incluido el profundo temor al colapso completo de la vida nacional, la resolución de evitar el caos de 1918 y el cálculo moral según el cual para preservar la vida podía ser necesario destruirla, circularon ampliamente en el Tercer Reich. Estos supuestos nunca fueron los únicos componentes de la mezcla, pero los alemanes los elaboraron y debatieron al considerar las políticas nazis y sus propios comportamientos. Sin embargo, sólo los nazis más intransigentes se atuvieron a la lógica de la violencia como vida hasta el amargo final en 1945.

La idea de la solidaridad nacional expresaba los deseos de los millones de alemanes que condenaban la revolución de noviembre de 1918 y que desconfiaban de la República de Weimar por el poder que había otorgado a los socialdemócratas. La idea, además, resultaba atractiva para los ciudadanos que veían con temor la inseguridad económica y la inestabilidad política de los primeros años de la década de 1930. Para muchos partidarios de la República, en particular entre los seis millones de alemanes que durante meses y años no habían encontrado empleo, la comunidad del pueblo ofrecía una respuesta alternativa a la amarga pregunta planteada en 1933 por el novelista Hans Fallada: «Hombrecito: ¿Y ahora qué?». «Algo tenía que hacerse»: ésta fue la respuesta simple y concluyente de un amigo de Karl Dürkefälden, un desempleado recién convertido al nazismo. Sus palabras reflejaban lo que pensaban miles de trabajadores en el invierno y la primavera de 1933; aunque él mismo era socialista, Karl entendía la posición de su amigo: «eso también es cierto», añade entre paréntesis en su diario.[21] Un número incontable de alemanes identificaban su propio empobrecimiento con las desgracias de su país y tenían la esperanza de que un gobierno de mano dura en Berlín pudiera mejorar su suerte. Con todo, el hecho sigue siendo que en ninguna elección libre los nazis recibieron más votos que los socialdemócratas y los comunistas combinados. Los nacionalsocialistas hicieron incursiones

significativas entre los trabajadores y podían contar con el apoyo de simpatizantes en otros partidos, pero la limpieza política que prometían requería acabar con el poder de los socialistas.

En la noche del 30 de enero de 1933, en Berlín, centenares de miles de ciudadanos mostraron su apoyo a los miembros del partido que, uniformados, marcharon por la puerta de Brandeburgo para celebrar la victoria nazi. Los «heils» y «hochs» y «hurras» resonaban entre los coros de «Deutschland über Alles» y el propio himno de los nazis, la canción de Horst Wessel. La multitud, se dijo, era tan grande como la que en 1871 se había congregado para celebrar la unificación alemana. Mirando desde la ventana de la embajada francesa en la Pariser Platz, el embajador francés, André François-Poncet, describió la escena: «De estos hombres vestidos con camisas pardas y botas que marchan con una disciplina y orden perfectos entonando canciones belicosas, emanan un entusiasmo y dinamismo extraordinarios. Los espectadores, de pie a ambos lados de la marcha, estallan en un clamor intenso». «Las columnas estuvieron marchando durante horas», recuerda Melita Maschmann, que había estado en la Puerta de Brandeburgo con sus padres y su hermano gemelo: «Me sentí dominada por un ardiente deseo de pertenecer a esta gente para la que la cuestión era un asunto de vida o muerte». La propia Maschmann se sentía atraída por la «tendencia socialista» del movimiento nazi, por la idea de la comunidad del pueblo, que ella oponía a la reserva conservadora de sus padres. No obstante, éstos también estaban allí. Nacionalistas alemanes antes que nazis, se habían desplazado al centro de la ciudad para ser testigos de este histórico acontecimiento, del mismo modo que se habían sumado a la multitud patriótica para celebrar la partida de los británicos de Colonia en 1925 y para honrar al presidente Paul von Hindenburg en su octogésimo cumpleaños en 1928. Para los Maschmann, así como para los Gebensleben y otros millones de familias alemanas, el triunfo de los nazis era la culminación de un levantamiento nacionalista que había estado incubándose durante años. Como consecuencia de ello, el 30 de enero de 1933 nunca fue por completo patrimonio de los nazis. A lo largo y ancho del país se produjeron escenas similares en las que los nazis y simpatizantes bienintencionados tomaron los lugares públicos. Nadie podía pasar por alto las enormes dimensiones de las congregaciones nacionales de 1933.[22]

Ahora bien, apenas un día antes los socialdemócratas habían celebrado un mitin colosal en el Lustgarten, al otro lado del antiguo palacio de los Hohenzollern. Y una semana antes los comunistas se habían reunido

frente a la Casa Karl-Liebknecht, la sede principal del partido en la Bülowplatz. No había razón para que los observadores pensaran que los nazis representaban a toda la nación. En los días siguientes, los socialistas respondieron con manifestaciones de sentido opuesto por toda Alemania. Sin embargo, el número de participantes se redujo con rapidez. Por un lado, la fuerte presencia de la policía, que tendía a simpatizar con los nacionalsocialistas, redujo la movilidad de los opositores; por otro, mientras los matones nazis asaltaban las sedes socialdemócratas y las oficinas de los sindicatos, los funcionarios del régimen se encargaban de cerrar los periódicos socialistas. Además, la creciente oleada de violencia contra la izquierda recibió sanción oficial en los decretos de emergencia que autorizaron la detención de todo ciudadano del que se sospechara que constituía una amenaza para la paz. Después del incendio del Reichstag del 27 de febrero, los poderes de emergencia de una amplitud sin precedentes, que el presidente Hindenburg otorgó al nuevo gobierno para proteger «al pueblo y el Estado», permitieron a los nazis emprender un ataque monumental contra los comunistas. El terror se amplió todavía más tras las elecciones del 5 de marzo de 1933. Después de una estrecha victoria, en la que los nazis y su socio de coalición, el Partido Popular Nacional Alemán, recibieron el 52 por 100 de los votos, las tropas de asalto del partido lanzaron una violenta ofensiva contra los socialdemócratas, los comunistas y los judíos, que tenía entre sus blancos incluso a funcionarios electos. Miles de opositores fueron encarcelados en prisiones improvisadas y debieron soportar palizas y humillaciones. En 1933 y 1934 más de cien mil alemanes pasaron por Dachau, Oranienburg y otros campos de concentración.

El terror fue una venganza contra la izquierda tras años de peleas callejeras y una forma de cobrarle los acontecimientos de 1918. Sin embargo, la furia de la violencia desencadenada también estaba ligada al hecho de que para los nazis sólo existían *Volkskameraden*, camaradas del pueblo, y *Volksfeinde*, enemigos del pueblo, a los que se sometió deliberadamente a un trato cruel en una «transgresión premeditada de las normas».[23] Nada ilustra mejor la nueva normalidad de la violencia nazi que una serie de fotografías de escenas montadas que publicó la revista nazi *Illustrierter Beobachter*. En ellas aparecen varios niños jugando a una versión de «indios y vaqueros»: «La SA asalta la Casa Karl-Liebknecht». Las fotos muestran a los compañeros de juego en campos de concentración improvisados haciendo las veces de detenidos o de guardianes. En esta movilización imaginaria, los perpetradores se transformaban en las víctimas

infantiles que siempre habían pretendido ser. Tras la construcción de los primeros campos de concentración en marzo de 1933, recogida con bombo y platillo por los medios de comunicación, y la veloz integración de la abreviatura KZ (por *Konzentrationslager*) en el lenguaje ordinario, la opinión pública era muy consciente de que los nazis únicamente distinguían entre amigos y enemigos; como comprendió el padre de Karl Dürkefälden, no había terreno neutral. Este conocimiento hizo que los amigos se conformaran, no fuera a ser que se los considerara enemigos; pero al mismo tiempo sirvió para tranquilizarlos con la idea de que a los campos de concentración sólo se enviaba a los enemigos. La violencia contra los pretendidos enemigos del pueblo seguiría siendo un elemento constitutivo de la política alemana hasta el final del Tercer Reich; el arresto de socialistas continuó a lo largo del verano de 1933 y presagió los ataques nazis contra los «asociales», los judíos, los gitanos y otros enemigos raciales a los que se acusaba de obstaculizar el sano desarrollo de la *Volksgemeinschaft*. Pertenecer o no a la comunidad del pueblo podía ser una cuestión de vida o muerte, pero no siempre una cuestión de elección.

La parálisis de los adversarios del nazismo aumentó con la coreografía de la aclamación nacional, que consiguió hacer a cada vez más alemanes partícipes del espectáculo e incrementar el aislamiento de los escépticos. El respaldo con el que contaban los nazis era bastante real, pero los nazis se esforzaron muchísimo para cuidar la apariencia de una unanimidad casi total. Del mismo modo que el numerito del «Heil Hitler!», estas imágenes tendían a refrendarse a sí mismas y, al crear una ilusión de inevitabilidad, lograban convencer a más y más personas. Además, el hecho de que las imágenes de la unidad fueran de por sí atractivas las hacía todavía más reales. Ya en la noche del 30 de enero el nuevo ministro del Interior, Wilhelm Frick, obligó a las estaciones de radio renuentes a transmitir en directo desde Berlín el *Volksjubel*, la celebración del pueblo, a todo el país. En la transmisión nacional, miembros selectos del partido dieron voz a las reacciones preparadas de antemano en las que «ciudadanos normales y corrientes», de toda condición social, manifestaban su apoyo a Hitler.[24] Este manejo escénico del «hombre de la calle» volvería a ser empleado una y otra vez. Con él se pretendía crear una voz alemana indivisa que pudiera llegar a la nación como el eco mediatizado de su propio deseo.

El espectáculo de la unidad nacional causó una impresión inusualmente fuerte en los alemanes. Los diaristas y corresponsales en Braunschweig, Peine y Leipzig prestaron mucha atención a las celebraciones que

acompañaron el «día de Potsdam» y el 1 de mayo. Tanto los partidarios incondicionales como los Gebensleben y los escépticos como Ebermayer se descubrieron siendo arrastrados por el revuelo.

Celebrado el 21 de marzo de 1933, en la Garnisonkirche de Potsdam, la iglesia en la que reposan los restos de Federico el Grande, el «día de Potsdam» alineó a Hitler con las veneradas tradiciones prusianas, la dinastía Hohenzollern y la fundación del Reich alemán unos sesenta años antes, y los sacrificios de la Gran Guerra, representados por el «héroe de Tannenberg», el presidente Paul von Hindenburg, a quien Hitler se había opuesto de forma tan enérgica en las elecciones presidenciales apenas un año antes. Miles de postales retrataron el apretón de manos de Hitler y Hindenburg con el que se sellaba la unión de la nueva y la vieja Alemania. La pompa de la música militar y las campanas de la iglesia, así como el escenario íntimo de la Garnisonkirche, contribuyeron a una transmisión radial magnífica. Ésta es la relevancia del «día de Potsdam»: las imágenes de la unidad pudieron ser consumidas a nivel nacional. El crecimiento de la venta de radios especialmente en 1933 y 1934 indica cuán grande era el deseo de participar en el espectáculo nazi, si bien el hecho de que los aparatos siguieran siendo muy poco comunes en las zonas rurales también es un indicio de los límites de la movilización. Dos días después del «día de Potsdam», los nazis conseguían la aprobación de la Ley de Plenos Poderes. Apoyada por todas las fuerzas con excepción de los socialdemócratas (los diputados comunistas habían sido proscritos), esta ley proporcionó el marco legal para la dictadura.

El emparejamiento de Hindenburg y Hitler impresionó a los nacionalistas y los conservadores, a los que la campaña presidencial de 1932 había dividido, pero ofreció muy poco a los socialistas. Joseph Goebbels, el principal estratega de Hitler y nuevo ministro de Instrucción Pública y Propaganda, entendía que los nazis no habían ido más allá de la iconografía nacionalista convencional ni proyectado una imagen irresistible del aspecto que debía tener la nueva Alemania. Unos cuantos días después de las ceremonias de Potsdam, Hitler aceptó la propuesta de Goebbels de declarar el 1 de mayo, que en 1933 caía en lunes, día libre pero remunerado y organizar una gran conmemoración en honor de los trabajadores alemanes. Los socialistas de todo el mundo habían celebrado el 1 de mayo como fiesta del trabajo desde la década de 1880, pero en Alemania no habían conseguido el reconocimiento oficial que ahora les ofrecían los nazis. Tan intensas eran las esperanzas de la unidad nacional que los sindicatos libres alemanes acogieron positivamente el gesto nazi y animaron a sus miembros

a participar en las celebraciones. El 1 de mayo de 1933 contrastó radicalmente con anteriores 1 de mayo, en los que los trabajadores se habían manifestado como los adversarios decididos del sistema y no como sus beneficiarios potenciales. Sin embargo, el asombroso espectáculo mediático de los discursos y celebraciones de ese 1 de mayo también contrastó radicalmente con lo ocurrido al día siguiente, cuando tropas de asalto precintaron y se hicieron con el control de las operaciones de los sindicatos socialistas, a los que se incorporó en lo que se convirtió en el Frente Alemán del Trabajo, una parte integral del aparato nacionalsocialista. Esta dramática secuencia de acontecimientos parecía ser una típica combinación nazi de palabras halagadoras y hechos opresivos.

¿Qué consecuencias duraderas tuvo el 1 de mayo de 1933? Sin los trabajadores, los nazis no se creían capaces de desterrar el espectro de 1918 o transformar Alemania en una potencia económica y militar. Los esfuerzos del nacionalsocialismo por ganarse a los trabajadores constituyeron la prueba definitiva de la credibilidad de la comunidad del pueblo. El mayor de los Dürkefälden era ya un creyente y su hijo socialdemócrata siempre sería un escéptico, pero entre las posiciones de uno y otro se encontraban millones de obreros alemanes que sólo de forma gradual terminaron aceptando a los nazis. Con todo, llegado el momento, la mayoría de los trabajadores alemanes concedieron al régimen el mérito de haber restaurado la estabilidad económica, y eran muchos los que se veían a sí mismos como *Volksgenossen*. Ellos pudieron echar un primer vistazo a la comunidad del pueblo el 1 de mayo de 1933. «Sólo entonces el Estado nacionalsocialista descansó sobre cimientos estables», recordaría Goebbels diez años más tarde.[25]

Goebbels dio pautas para las celebraciones del 1 de mayo: «¡Decorad vuestras casas y las calles de vuestras ciudades y pueblos con follaje verde y las banderas del Reich! ¡La insignia del renacimiento nacional debe ondear en todos los automóviles y todos los camiones! ¡No debe haber ningún tren o tranvía en Alemania que no esté adornado con flores y follaje! ¡Las banderas del Reich se agitarán en las torres de las fábricas y los edificios de oficinas! ¡Que ningún niño salga sin llevar una banderita negra, blanca y roja o una con la esvástica!». El propósito era transmitir el mensaje de que «Alemania rinde homenaje al trabajo».[26] Sin embargo, el 1 de mayo no fue un día libre para que cada cual hiciera lo que quisiera. A muchos participantes, como fue el caso de Friedrich Kassler en Hannover, se les exigió reunirse en su lugar de trabajo antes de marchar en formación al desfile. Ahora bien, la idea del régimen de fomentar la

participación de todos los alemanes, independientemente de su condición social, consiguió hacer realidad su deseo de superar la hostilidad entre los trabajadores y los burgueses.

El 1 de mayo fue una celebración descarada del nacionalismo alemán en la que los trabajadores desempeñaron el papel principal. A lo largo de todo el día, mientras los berlineses acudían a los desfiles de Tempelhof, la radio puso las canciones de «los mineros, los granjeros y los soldados», transmitió una «sinfonía del trabajo» y presentó entrevistas con alemanes normales y corrientes (seleccionados especialmente para la ocasión): un estibador de Hamburgo, un trabajador agrícola de Prusia Oriental, un obrero metalúrgico del Sarre (entonces ocupado por los franceses), un minero del Ruhr y un viticultor del valle del Mosela. Ellos eran los eslabones que conformaban la gran cadena del ser alemán. Cuando los «poetas de los trabajadores» leyeron su obra (a las 3.05 de la tarde), lo hicieron reproduciendo la voz «auténtica» del «hombre de la calle» para difundir el nacionalismo alemán en la lengua del pueblo. Más tarde, el ensayista Eugen Diesel, hijo del ingeniero, abrió un cofre de palabras encantadoras para describir el paisaje de tendidos eléctricos, fábricas y campos que atestiguaban la vitalidad del Tercer Reich (eran las 6.20 de la tarde). Mientras tanto, los escuadrones aéreos sobrevolaban Tempelhof. Entre los pilotos se encontraba el popularísimo Ernst Udet, a quien los socialdemócratas habrían reconocido al instante, pues antes acostumbraba a actuar en sus ceremonias. Durante una hora, el nuevo zepelín transatlántico alemán dio vueltas sobre la ciudad como parte de su recorrido de veintiséis horas por el país. El espectáculo aéreo resultó particularmente popular entre las clases trabajadoras porque constituía una exhibición de las destrezas mecánicas de los obreros alemanes en el marco de la gran demostración del poderío nacional. Incluso antes de que Hitler hablara (a las 8.00 de la noche), la coreografía del 1 de mayo había dejado bien atados los vínculos entre los trabajadores y la nación, entre los maquinistas y los sueños de la era mecánica, entre el dominio tecnológico y la gesta nacional.[27] La radio, al cortar constantemente la transmisión de lo que estaba ocurriendo en Tempelhof para informar desde el interior del zepelín, poner las «canciones de los mineros, los granjeros y los soldados» en Turingia o Franconia, pasar las entrevistas encargadas de ampliar la perspectiva hasta las zonas más remotas del Reich, antes de volver de nuevo a las celebraciones en Berlín, logró crear un espacio sonoro único que abarcaba toda Alemania. Los fuegos artificiales pusieron término a la fiesta poco antes de la media noche. Al día siguiente, el *Berliner Mor-*

genpost, anteriormente un periódico izquierdista, pudo informar con feliz entusiasmo que había sido «la manifestación más grande de todos los tiempos».[28]

La mayoría de los participantes no prestaron demasiada atención a las palabras de Hitler, pero su discurso revela la forma en que los nazis intentaron suplantar a los socialdemócratas. Repetidas veces, Hitler se dirigió a los trabajadores describiéndolos como unos patriotas que habían construido la fortaleza industrial de Alemania y servido de forma honorable a su país en la guerra, al tiempo que habían sido injustamente oprimidos por la ortodoxia económica liberal. Empleó una retórica de entendimiento y compasión que reconocía el punto de vista de la clase trabajadora. Y, con sus referencias a la primera guerra mundial, buscó situarse en un punto histórico en el que los nazis podían tener un terreno común con los trabajadores: unas pocas semanas después, Willi Dürkefälden, por ejemplo, recuperó el diario que escribió durante la guerra. Hitler daba a entender que Alemania estaba sintonizando de nuevo con los trabajadores y los ideales de la *Volksgemeinschaft* de la época de la Gran Guerra. E intentó disolver las divisiones de clases en el futuro reconociendo sus bases sociales en el pasado. En este sentido, la socialdemocracia aparecía menos como un adversario del nacionalsocialismo que como una reliquia de otros tiempos que había sobrevivido a su utilidad.[29]

A lo largo de los siguientes años los nazis se preocuparon por alinearse simbólicamente con los trabajadores. Hitler se registró como votante en Siemensstadt, un distrito obrero de Berlín, y se apuntó un triunfo propagandístico cuando habló desde la planta de la fábrica Siemens el 10 de noviembre de 1933 en un discurso que fue transmitido por la radio a todo el país. El éxito de Hitler en Siemens acaso fue lo que dio a Goebbels la idea de colocar a destacados funcionarios del régimen en las fábricas del país. Al menos dos asumieron este papel: el propagandista Wolfgang Diewerge trabajó durante dos meses en la Daimler-Benz, cerca de Stuttgart, y Eugen Hadamovsky, director de programación radial, pasó una temporada en una fábrica de caucho cerca de Hannover e incluso escribió un libro sobre su experiencia allí: *Hilfsarbeiter Nr. 50.000*.[30] Además de ello, Goebbels intentó ganarse a celebridades proletarias. El actor Heinrich George, fácilmente reconocible por su complexión robusta y acento berlinés, había estado vinculado con la izquierda y en 1931 había actuado en la película *Berlin Alexanderplatz*, pero aun así prestó su prestigio a los nacionalsocialistas al participar en importantes producciones como *Jud Süss* y *Kolberg* y aparecer ante la cámara en in-

contables noticiarios cinematográficos. George fue un fichaje extraordinariamente valioso para los nazis.

Con todo, lo que hizo que la comunidad del pueblo fuera cada vez más convincente fue el activismo infatigable de miles de personas que se movilizaron para construir el cuerpo de la nación. En su diario, Karl Dürkefälden refiere los nuevos ritmos de la vida cotidiana. Las notas que escribió en marzo y abril de 1933 acerca de los socialdemócratas y los comunistas arrestados y golpeados por las tropas de asalto nazis dieron paso, en junio y julio de ese año, a relatos sobre el alistamiento de sus vecinos en las organizaciones nazis y su participación en las actividades promovidas por el régimen: «Nadie quiere ser un comunista nunca más». De forma más o menos voluntaria, los habitantes de Peine prepararon bocadillos o recolectaron dinero para la SA y la Cruz Roja, asistieron a los festivales organizados por la SA y se alistaron en la organización femenina nazi o en las Juventudes Hitlerianas. La recaudación de fondos era ubicua y permitió que personas pobres como los Dürkefälden tuvieran una participación más plena en la vida pública: en las veladas del partido había comida o tentempiés y las entradas para las competencias deportivas no tenían coste alguno. De hecho, la hermana de Karl Dürkefälden incluso pudo viajar a precio reducido al congreso del partido en Nuremberg en septiembre de 1933. No obstante, existía una presión inequívoca para que esa participación fuera la prevista por los nazis. Una semana de agosto de 1933 el suegro de Dürkefälden tuvo que salir todas las noches para asistir a determinadas reuniones, pues de lo contrario se arriesgaba a perder su huerto. De forma similar, la directiva del club deportivo al que pertenecía Walter Kassler informó a sus miembros de que debían asistir a las reuniones más a menudo, comprometerse a hacer más ejercicios militares y «portarse bien» y cantar el himno de Horst Wessel.[31]

El diario de Dürkefälden da cuenta del extraordinario proceso de coordinación mediante el cual los nazis infiltraron tanto la maquinaria política como la vida social y cultural, informal y vibrante, de las ciudades y pueblos alemanes. La coordinación, o *Gleichschaltung*, golpeó la vida asociativa de la clase trabajadora con especial dureza. A lo largo y ancho del país, las sociedades gimnásticas, equipos de fútbol y clubes de bicicleta «rojos» sencillamente desaparecieron. Hasta un millón de atletas socialdemócratas y comunistas fueron obligados a abandonar sus campos de entrenamiento y gimnasios. Los coros de la clase trabajadora tenían más posibilidades de sobrevivir si reescribían sus estatus para excluir a los activistas socialdemócratas de las posiciones directivas. En

Hannover-Linden, por ejemplo, los obreros de la industria metalúrgica que conformaban el coro «Teutonia» en un primer momento (junio de 1933) votaron a favor de la disolución de su club, cuyos orígenes se remontaban a 1877, pero luego reconsideraron su posición y, al final, en septiembre decidieron inscribirse en la coordinada Niedersächsischen Sängerbund. En cambio, «Symphonia», otra agrupación de la misma localidad, se negó a ceder y los cantantes tuvieron que separarse durante los siguientes doce años.[32]

Los nacionalsocialistas asaltaron la «cultura alternativa» de los socialistas de la clase trabajadora con el fin de coordinarla, pero asimismo intentaron doblegar la idea misma de lo «alternativo», que estructuraba las divisiones sociales típicas de los barrios alemanes. La mayoría de los lugares no se parecían a Goslar, que tenía dos cuerpos de bomberos voluntarios, uno de clase obrera y otro burgués; pero la separación de las organizaciones socialistas y nacionalistas fracturaba las comunidades alemanas prácticamente en todas partes. Por lo general, las ciudades tenían dos sociedades gimnásticas, dos clubes de fútbol, dos equipos de natación, uno aliado con la izquierda, el otro con la derecha. Durante los años de la República de Weimar, asociaciones de veteranos uniformados, la republicana Reichsbanner y la nacionalista Stahlhelm, se encargaron de mantener el partidismo político básico de las comunidades alemanas. Era este mundo colorido y distinto el que los nazis se propusieron coordinar en nombre de la unidad nacional. Para lograrlo, como señaló Karl Dürkefälden, contaron tanto con la fuerza que podían ejercer desde el poder como con la sumisión voluntaria y, en ocasiones, entusiasta de las bases. El «día de Potsdam» y el 1 de mayo revelaron que existía entre los alemanes un deseo considerable de participar en los rituales de la renovación nacional. Además, la impresión de que los alemanes se estaban uniendo en su respaldo a los nazis tendía a reforzarse por sí sola. Cada vez era más gente la que optaba por ajustarse a la «nueva dirección» al ver que otros lo habían hecho. Para sorpresa de Hitler, Goebbels y otros revolucionarios, «todo está marchando muchísimo más deprisa de lo que nunca nos atrevimos a imaginar».[33]

Apenas tres meses después de las elecciones de marzo, el embajador francés François-Poncet informó sobre lo que los nacionalsocialistas habían «destruido, dispersado, disuelto, incorporado, absorbido. Unos tras otros, han tenido que someterse a su ley los comunistas, los judíos, los socialdemócratas, los sindicatos, los miembros de la Stahlhelm, los nacionalistas alemanes, los veteranos de la Kyffhäuserbund, los católicos en

Baviera y en el resto del Reich y las iglesias protestantes. [Hitler] tiene en sus manos todos los poderes de la policía. Una censura implacable ha domado por completo a la prensa ... La administración de las ciudades está a cargo de alcaldes y concejales provenientes de su movimiento. El gobierno de los estados y los parlamentos estatales están en manos de miembros del partido. Se ha purgado la burocracia. Los partidos políticos han desaparecido ... Todo lo que tuvo que hacer fue soplar y la estructura de la política alemana se derrumbó como un castillo de naipes».[34] Aunque éste es un resumen bastante exacto de la destrucción de la democracia alemana, no consigue dar cuenta del entusiasmo y la energía que acompañaron el establecimiento del nuevo orden. La coordinación fue un proceso de disolución *y* afiliación.

Los ciudadanos entraron a raudales en el inmenso campo de actividad que los nazis habían abierto para cumplir con su compromiso de rehacer el país y mejorar la vida de los alemanes. Provistos de una «retórica muscular de solución de los problemas», emprendieron la limpieza de las fábricas y las calles, de los pulmones cancerosos y los locales repletos de humo, pero también de los indeseables raciales como los «asociales» y los judíos. «La gente veía el nazismo como una cirugía u operación de limpieza radical de enormes dimensiones» y, por tanto, pensaba que el movimiento era «una fuente de rejuvenecimiento» de la vida pública. Detlev Peukert ha hablado al respecto de «Machbarkeitswahn», la embriagadora sensación de lo posible, propia de la modernidad, que caracterizó al nacionalsocialismo en su lanzamiento hacia el futuro. La medicalización de la política arrastró a la Administración pública a miles de nuevos profesionales como enfermeras, maestros y gestores de atención sanitaria. Novísimas oficinas de salud pública surgieron en las ciudades y el campo alemanes aprovechando los logros alcanzados por la República en el ámbito del bienestar social. Millones de voluntarios acudieron en ayuda de alemanes racialmente valiosos pero empobrecidos a través del Bienestar Popular Nacionalsocialista, que supervisaba las actividades benéficas y era la organización cívica más grande del Tercer Reich.[35] Ocho millones de personas se alistaron en la Liga para la Defensa Aérea del Reich.

Lo que resulta particularmente interesante es el modo en que estas organizaciones auxiliares otorgaron a los alemanes responsabilidades semioficiales, ya fuera al encomendarles tareas como la recaudación de donativos o la distribución de carbón o al adiestrarlos como vigilantes para la prevención de ataques aéreos. En la era nazi el servicio voluntario colocó a miles y miles de alemanes en puestos directivos menores en los que

se encargaban de vigilar su pequeña parcela de la comunidad del pueblo. La SA, las Juventudes Hitlerianas, el Frente Alemán del Trabajo funcionaban de la misma forma, esforzándose por identificar a una nueva generación de líderes provenientes de todas las clases sociales; Hitler consideraba que el modelo a imitar era el reclutamiento de sacerdotes en la Iglesia católica. Los líderes perfeccionaban sus habilidades a través de talleres especiales, cursos nocturnos y campos de adiestramiento. Muchos de los autores de diarios y autobiografías que conoceremos a lo largo de este libro ocuparon tales posiciones: Lore Walb, Melita Maschmann e incluso Karl Dürkefälden, que en su fábrica de máquinas herramientas en Celle sirvió como auxiliar de defensa antiaérea. En septiembre de 1933, cuando Eberhard Gebensleben dejó el hogar familiar para ir a un «campamento deportivo militar» en Zossen, cerca de Berlín, su madre escribió a Immo: «Puedes imaginarte cómo estuvimos en casa hasta altas horas de la noche. Empacando todas las cosas, muchas de las cuales eran reglamentarias ... luego telefoneando al médico ... finalmente conseguimos empacar las maletas, y esta mañana, a las 7.15, partió con su pesado equipaje».[36] En los hogares del Tercer Reich se produjeron millones de despedidas nerviosas y excitadas como ésta.

Todo este ajetreo era, en cierto sentido, como librar una guerra en tiempos de paz, y no es sorprendente que los ciudadanos encontraran oneroso el tener que realizar donativos constantes de tiempo y dinero. Sin embargo, la población fue aceptando de forma gradual las nuevas costumbres, y el montón de reglas, consejos y prohibiciones que llevaban aparejadas, como la mejor forma de gestionar la vida de la colectividad. Y todos esperaban que sus vecinos cumplieran con su deber. Las máscaras de gas, los pasaportes «arios», las insignias del Auxilio de Invierno y otros artefactos similares encarnaban los nuevos estándares de cooperación, formación y pericia que los miembros de la comunidad del pueblo debían observar.

Un vistazo al pasillo frontal de un edificio de pisos de alquiler de clase obrera en el Berlín del verano de 1939 revela las técnicas que los ciudadanos alemanes tenían que dominar para manejar sus vidas. Heinrich Hauser nos sirve de guía:

> Lo primero que captará su atención será una serie de carteles coloridos junto a la entrada. Uno pide contribuciones para el fondo «Madre e Hijo», otro para el *Winterhilfswerk*. Un tercero es una exhortación del partido a asistir ya sea a una conferencia antisemita o una película antisemita ... El

> cuarto cartel, de un rojo chillón, plantea con urgencia la siguiente pregunta: «Compatriota, ¿ha comprado ya su máscara de gas?». Un quinto le advierte que no arroje a la basura el papel de estaño, los tubos de dentífrico vacíos y demás desperdicios metálicos, incluso las cuchillas de afeitar, sino que los lleve a un contenedor especial.[37]

Clavados sobre los vanos de las puertas de los pisos, había carteles, etiquetas e insignias que daban fe de que prácticamente la totalidad de los residentes pertenecían al Bienestar Popular o contribuían con el Auxilio de Invierno.

Las manifestaciones más visibles de la comunidad del pueblo fueron las gigantescas campañas del Auxilio de Invierno, el *Winterhilfwerk*, que supervisaba el Servicio de Bienestar Popular. Desde octubre hasta marzo, más de un millón de miembros del partido, personal de las Juventudes Hitlerianas y otros voluntarios se desplegaban con sus características cajas rojas para recaudar millones de marcos y hacer realidad la máxima nazi según la cual «un pueblo se ayuda a sí mismo». Los chicos y sus cajas eran una de las imágenes más familiares del Tercer Reich. Por supuesto, toda esta actividad de recaudación, *Duddelkram*, como sostuvo un ama de casa después de la guerra, era fastidiosa e impertinente.[38] Los guisos del primer domingo de cada mes constituían una oportunidad para que los representantes del partido fueran de puerta en puerta en las noches y fisgonearan al tiempo que recolectaban los *pfennigs* que las familias habían «ahorrado». Sin embargo, en términos generales, el «socialismo de la acción» del régimen gozaba de legitimidad. Los dirigentes nazis consideraban los ingresos sin precedentes alcanzados cada año como un índice de satisfacción política y compromiso social. En el último año antes de la guerra, la sola recaudación de los «guisos dominicales», que se celebraban tanto en los restaurantes y hoteles como en los hogares, ascendió a cincuenta millones de marcos, apenas un poco menos de un marco por cada alemán. En 1943, el Auxilio de Invierno recaudó más de mil seiscientos millones de marcos. *Winterhilfe* era el mayor comprador de carbón de Alemania y el segundo, sólo por detrás de la Wehrmacht, de zapatos y textiles. Con todo, todavía más importante fue su papel a la hora de enseñar a los alemanes a aceptar sus responsabilidades colectivas como guardianes de la raza aria.[39]

El «día de la solidaridad nacional» llevó la campaña del Auxilio de Invierno a su apogeo. El primer sábado de diciembre, la jornada que marcaba el comienzo de la temporada de compras navideñas, miembros des-

tacados del Partido Nazi, además de actores, músicos y héroes militares famosos, salieron a las calles de Berlín para recaudar dinero. El día anterior, los periódicos informaron de dónde se encontrarían, de modo que los berlineses sabían que Goebbels estaría enfrente del Adlon, Ribbentrop enfrente del Bristol y Rosenberg junto a la ópera. Göring recogió donativos en un pretencioso pasaje en Unter den Linden y luego, en un cambio muy eficaz, en Wedding, una localidad de clase trabajadora, donde, dicen los informes de la época, gozaba de una sorprendente popularidad. «Las multitudes crecieron hasta tal punto que en ciertos lugares era imposible avanzar y las mujeres se desmayaban mientras intentaban alcanzar a los encargados de la colecta», informó el *Times* de Londres. En 1938 esta combinación de celebridad y caridad consiguió recoger un millón de marcos en una ciudad de cuatro millones de habitantes en apenas dos horas y media.[40]

Con todo, el Auxilio de Invierno era fundamentalmente una cuestión de comportamiento cotidiano. Los alemanes lucían insignias especiales para demostrar que habían hecho donativos; esas insignias funcionaban en la medida en que hacían que fueran los propios ciudadanos los que daban cuenta de sus actos. «Los domingos —comentaba Hauser—, «cuando tiene lugar la recaudación de fondos para el Auxilio de Invierno, nadie se atreve a salir de casa sin una insignia bien visible en el abrigo.» Al igual que el «Heil Hitler!», las insignias, además de ser una muestra de participación colectiva, contribuían a fomentarla. Estas pruebas de obediente «buen comportamiento» se convirtieron en objetos de colección enormemente populares durante el Tercer Reich. Fabricadas como artículos de fantasía que se vendían a veinte *pfennigs* «las insignias del Auxilio de Invierno siempre ofrecían alguna sorpresa: en ocasiones eran figuritas de porcelana con vestidos tradicionales pintadas con colores brillantes, en ocasiones blasones de las tierras alemanas bordados en seda, o bien retratos de poetas, filósofos y músicos alemanes hechos de plexiglás o resina sintética». Sólo durante la campaña de 1938-1939 se produjeron ciento setenta millones de insignias, suficientes para que cada alemán tuviera dos de ellas, si no tres. La popularidad de las insignias revivió la afligida industria juguetera del país, una historia triunfal por derecho propio que los noticiarios cinematográficos presentaron a los espectadores, quienes tuvieron así la oportunidad de ver cómo las insignias se «modelaban, soplaban, horneaban, cortaban, cepillaban» a una «velocidad vertiginosa».[41] En este sentido, los alemanes recobraban para sí los sacrificios que los nazis exigían de ellos. En el Tercer Reich, la gente siem-

pre se sintió «voluntaria a la fuerza», pero el énfasis ha de hacerse en las implicaciones de ambos términos; en la Alemania nazi las prácticas cotidianas se estructuraban tanto a partir del consentimiento como de la obediencia.

Los carteles del edificio de pisos también instaban a los berlineses a comprar máscaras de gas. Con gran eficacia, los nazis habían conseguido presentarse a sí mismos como los guardianes de la seguridad de Alemania más capaces al exagerar la vulnerabilidad del país a los ataques aéreos. Las exhibiciones propagandísticas de bombas y bombarderos, y la destrucción que podían provocar, revelaban el cuerpo expuesto y tembloroso de la nación alemana, que los nazis pretendían proteger a través de un programa nacional de defensa aérea. Llegado el momento, ocho millones de alemanes recibieron adiestramiento especial en la Liga para la Defensa Aérea. Quienes lo hicieron no sólo aprendieron a organizar brigadas para apagar incendios y a trabajar usando máscaras de gas, sino que aceptaron puestos de responsabilidad en sus edificios y barrios, como hizo Karl Dürkefälden en su fábrica. Para mediados de la década de 1930, cada calle, edificio y fábrica de Alemania estaba obligada a equiparse con las herramientas necesarias en caso de ataque aéreo, una medida que de inmediato suscitó conversaciones sobre los peligros a los que se enfrentaba el país y las medidas de prevención que los nazis proponían introducir en cada hogar del Reich. «La preparación militar ... impregna todos los aspectos de la vida en la Alemania moderna —confirmó un observador estadounidense—: En todas las casas hay carteles de una organización para la defensa contra los ataques aéreos. El lenguaje de la calle, la prensa, la radio, el kiosco e incluso la biblioteca y el salón de clase huelen a guerra.»[42]

Un revoltijo de siglas nazis (WHW, DAF, RAD, HJ), abreviaturas rutinarias (*Bomber*, *Laster*) y un vocabulario por completo militarizado que incluía palabras como *Einsatz*, *Sturm* y *Kampf* (que el resto de Europa también estaba aprendiendo) designaban las nuevas técnicas para recomponer la vida nacional.[43]* Los nazis resaltaban al mismo tiempo el peligro que corrían los alemanes y su capacidad para contenerlo, lo que hacía necesarios los ejercicios de preparación para ataques aéreos que reproducían casi con exactitud las campañas del Auxilio de Invierno y sus

* WHW, *Winterhilfswerk*, Auxilio de Invierno; DAF, *Deutsche Arbeitsfront*, Frente Alemán del Trabajo; RAD, *Reichsarbeitsdienst*, Servicio de Trabajo del Reich; HJ, *Hitlerjugend*, Juventudes Hitlerianas. *Bomber*: bombardero; *Laster*: camión. *Einsatz*: «misión»; *Sturm*: «ataque»; *Kampf*: «lucha». (*N. del t.*)

anuncios, fanfarrias callejeras, colectas puerta a puerta, «guisos dominicales» y «día de la solidaridad nacional». De forma creciente, la opinión pública terminó considerando que tanto la defensa aérea como el Auxilio de Invierno eran formas nuevas y necesarias de hacer frente a la vida moderna. Representaban formas de organización colectiva que iban a permitir a los alemanes sobrevivir y prosperar en el siglo XX. Al entretejer las oportunidades económicas con los peligros que podían arruinarlas, bien fuera la amenaza de un ataque aéreo, la presencia de asociales o el poder de los judíos, el Auxilio de Invierno y las campañas de defensa aérea hicieron que las premisas de la comunidad del pueblo fueran tangibles y convincentes.

CONSUMIR LA NACIÓN

La comunidad del pueblo no habría resultado convincente si el régimen nazi no hubiera sido capaz de mejorar de forma espectacular las condiciones materiales de vida de los alemanes. En 1939, en vísperas de la guerra, la experiencia que la mayoría de los alemanes tenían del Tercer Reich era la de un período de estabilidad política y económica muy apreciado, cuyos logros la población estaba decidida a mantener. Erich Ebermayer describió el estado de ánimo colectivo por la época en que los Klemperer se detuvieron en el restaurante para camioneros. «Nadie quiere la guerra —explicaba Ebermayer a finales de septiembre de 1938, y proseguía con una lista que aunque no se aplicara a la perfección al alemán medio, sí conseguía dar cuenta de la sensación de satisfacción general—: ¡A todo el mundo le está yendo muy bien! ¡Estamos ganando dinero! Tenemos coche, refrigerador, tocadiscos: ¿qué sentido tiene la guerra?».[44] Sin embargo, la popularidad del régimen descansaba en algo más que mejores salarios o mayores perspectivas de negocio. Una sensación más básica de que Alemania había recuperado su futuro fortalecía la confianza de sus ciudadanos en que podían esperar «una mejor vida para ellos mismos y las generaciones futuras». Como sostiene Norbert Frei, el nacionalsocialismo creó la sensación de una «nueva época» en la que los alemanes podían ver un buen número de mejoras, pero ninguna alternativa básica al Tercer Reich.[45]

A largo plazo, la lealtad para con los nazis dependía de la capacidad del nuevo gobierno para crear un futuro económico viable para los ciudadanos alemanes, en especial para los millones de personas que en ene-

ro de 1933 se encontraban desempleadas. Al leer los informes de situación preparados por funcionarios de seguridad del régimen nazi y por agentes clandestinos del Partido Socialdemócrata en el exilio se obtienen dos impresiones. Por un lado, la decepción que producían la lentitud de la recuperación económica, los salarios bajos y los precios altos siguió siendo generalizada. En parte, ésta fue una consecuencia de las elevadísimas expectativas que los nazis mismos habían alimentado. Aunque inicialmente, en 1933 y 1934, el descenso en el número de alemanes inscritos en el paro fue espectacular, al pasar de 4,8 millones de desempleados a 2,7 millones, en 1935 todavía había 2,2 millones de alemanes sin trabajo. La solución del régimen a la crisis laboral fue un gigantesco plan de obras públicas que creó brigadas de emergencia en las que se trabajaba duro, en condiciones inadecuadas y por un salario inapropiado. En 1934 se reclutó a casi cuatrocientos mil parados para trabajos de este tipo, en muchos casos en la construcción de las nuevas *Autobahns*. Incluso entre los trabajadores regulares, las restricciones al derecho de cambiar de empleo que trajo en 1935 la introducción del *Arbeitsbuch* (libro de trabajo), un *Arbeitshetze* (ajetreo) creciente, en el que las horas laborales se incrementaban, y un clima de intimidación hicieron que la resignación fuera el estado de ánimo dominante. Ian Kershaw resume la cuestión: los informes indican que «los trabajadores no sólo no *eran* libres ... sino que la mayoría de ellos *sentían* que no eran libres, que se los explotaba y discriminaba y que eran las víctimas de una sociedad injusta y clasista». Incluso durante los años de auge económico de 1937-1939, «los indicios apuntan a que el nazismo perdía cada vez más terreno entre los trabajadores».[46] Esto probablemente sea una exageración. Pero la propaganda sobre el éxito económico del nazismo no consiguió ocultar la gran cantidad de trabajadores que permanecían en la pobreza o no conciliaban con el régimen.

Por otro lado, los informes confirman que los trabajadores atribuían a Hitler, en particular, el mérito de haber restaurado la estabilidad económica. Para 1937 los alemanes que seguían en el paro eran menos de un millón, y el número de trabajadores de emergencia había caído a sesenta mil. Hacia finales de la década de 1930, la escasez de mano de obra creó oportunidades para las mujeres; aunque ganaban menos que los hombres, las mujeres conformaban el 37 por 100 de la fuerza laboral alemana en 1939, una cifra que incluye a 6,2 millones de mujeres casadas (en 1933 las mujeres casadas que trabajan eran cerca de cuatro millones). Los ingresos nunca crecieron mucho más allá de los niveles alcanzados a finales de la década de 1920, pero el poseer seguridad se consideraba más

significativo. El efecto del fin del desempleo «sobre la estabilización del régimen nacionalsocialista difícilmente puede exagerarse —concluye un historiador—: millones de personas que habían vegetado por debajo del límite de la pobreza, se vieron de repente arrastradas fuera de la crisis de su existencia personal y devueltas a condiciones normales». Victor Klemperer registró en su diario precisamente esa restauración. A finales de noviembre de 1936, mientras caminaba por la Prager Strasse en Dresde, se topó con un hombre joven que radiante de alegría le dijo: «Tengo trabajo: la primera vez desde hace tres años; y estupendo; en Renner; ¡ésos pagan!; ¡durante cuatro semanas!».[47]

En 1937 los hogares alemanes alcanzaron el nivel de vida del que disfrutaban en 1928, antes de la llegada de la Gran Depresión. La vida continuó siendo modesta. «Los alemanes estaban acostumbrados a untar su pan de centeno con margarina y mermelada de cuatro frutos, no a acompañarlo con mantequilla y embutidos —recuerda Frei—; en comparación con los ingleses, los franceses y los estadounidenses, comían de forma más sencilla, incluso durante los "buenos" años del período previo a la guerra, pero siempre tanto como les apetecía.»[48] Los anuncios de los periódicos publicitaban las mercancías brillantes de la economía del consumo, pero la mayoría de los hogares de clase trabajadora carecían de productos básicos como los aparatos de radio y las bicicletas. A medida que el volumen de ventas de las empresas fue mejorando y la burocracia creciendo, las clases medias empezaron a gastar más dinero; y los artículos de consumo entraron en los hogares alemanes: desde insignias del Auxilio de Invierno, productos cosméticos como Nivea y bebidas como la Coca-Cola hasta radios y cámaras fotográficas. Con todo, al comienzo de la guerra los alemanes no podían permitirse tener aspiradoras, mucho menos comprar las máquinas lavadoras y los frigoríficos que encarnaban los beneficios prometidos por la electrificación (y que sólo había adquirido un 1 por 100 de todos los hogares del país).[49] El rearme absorbía una porción exageradamente grande de los recursos del país. Sin embargo, lo que los alemanes consumían no eran tanto los bienes duraderos como la promesa de prosperidad. Las memorias del Tercer Reich antes de la guerra coincidían en gran parte con la representación que los medios de comunicación nazis ofrecían de los «buenos tiempos», tanto los actuales como los por venir.

Los nazis se dedicaron sin parar a vender el futuro. Uno de los proyectos favoritos de Hitler era motorizar a Alemania mediante la fabricación de un Volkswagen, el coche del pueblo, al alcance de todos los ciu-

dadanos normales y corrientes. Aunque la mayoría de las personas habrían preferido la adquisición inmediata de una bicicleta, había algo enormemente seductor en los automóviles y las *Autobahns* construidas para ellos. Un viejo socialdemócrata describió la campaña del Volkswagen como «música del futuro».[50] El sueño del Volkswagen parecía prometer «una era nueva y más feliz» en la que «el pueblo alemán [sería] rico y Alemania, hermosa», según decía Hitler. De hecho, el Volkswagen funcionó como un símbolo de la capacidad, recién conquistada, de soñar con el futuro: en este sentido básico, los nazis se presentaban como «hombres del futuro». Y es prácticamente indudable que los nazis de verdad previeron el advenimiento de la era del automóvil. El gigantesco complejo vacacional que el Frente Alemán del Trabajo casi logró completar en Prora, en la isla de Rügen, en el mar Báltico, incluía un aparcamiento para cinco mil coches, lo bastante grande como para que todas las familias que vacacionaran allí llegaran en el suyo propio.[51] Era desde el asiento del conductor que Hitler imaginaba su imperio, uno en el que las *Autobahns*, construidas por miles de trabajadores esclavos, llevarían a los motoristas alemanes hasta Crimea y el Cáucaso, mientras los rusos «vegetaban en su propia porquería lejos de las grandes carreteras».[52] Incluso tras lo sucedido en Stalingrado, Hitler seguía mirando a un futuro próspero y pacífico en el que Alemania produciría un millón de Volkswagens cada año.[53]

Aunque los trabajadores y empleados se quejaban de la congelación de los salarios, unos y otros celebraron el aumento de las vacaciones de siete a doce días a lo largo de la década de 1930. Así, por ejemplo, lo primero que Friedrich Kassler pudo decir a favor de los nacionalsocialistas estaba relacionado con las vacaciones. Además, la experiencia de viajar aumentó la calidad del tiempo libre adicional; en una fecha tan tardía como 1934, unos veintiocho mil quinientos de los cuarenta y dos mil trabajadores de Siemens en Berlín, nunca habían ido de vacaciones más allá de los bosques y lagos que rodeaban la ciudad.[54] Inicialmente, el Frente Alemán del Trabajo instrumentalizó de forma deliberada el tiempo libre con «Fuerza a través de la alegría», un programa con ecos fascistoides. Pero con el tiempo, «Fuerza a través de la alegría» se amplió y pasó a encarnar el derecho de todo *Volkgenosse* alemán a salir de vacaciones y a ser un indicativo de cómo los alemanes debían ser capaces de vivir. En 1936 el lema de la organización fue «Disfrutar de la vida».

Subsidiado mediante cuotas obligatorias para el Frente Alemán del Trabajo, que ascendían a una deducción de un 1,5 por 100 del salario, «Fuerza a través de la alegría» ofrecía salidas con descuento a teatros y

salas de concierto, excursiones campestres y, para los más afortunados, cruceros a Italia, España y Noruega en embarcaciones especialmente construidas para este fin. Aunque las vacaciones programadas por la organización eran ante todo una alternativa de bajo presupuesto (viajes de tren en tercera clase a Turingia en lugar de a Baviera y comidas frugales en hoteles de segunda fila), lo cierto es que ofrecieron a millones de alemanes la oportunidad de viajar, de conocer el mar o visitar el *Reichshauptstadt*, la capital del Reich (Berlín era uno de los destinos favoritos de «Fuerza a través de la alegría»). En su mejor año, 1937, 1,4 millones de alemanes se beneficiaron de los paquetes vacacionales «Fuerza a través de la alegría» que duraban entre tres y siete días; otros 6,8 millones disfrutaron de fines de semana «Fuerza a través de la alegría»; y ciento treinta mil más se embarcaron en los publicitadísimos cruceros «Fuerza a través de la alegría» de hasta veintiún días de duración; ese mismo año, la organización llevó a 13,5 millones de alemanes a obras de teatro y a 3,5 millones a conciertos.[55] Especialmente populares entre los empleados de oficina y las mujeres solteras, pero también entre los obreros, las vacaciones «Fuerza a través de la alegría» se convirtieron, según un informante socialista, en «el símbolo del "nacionalsocialismo" representado por el NSDAP».[56*] El Frente Alemán del Trabajo trazó planes todavía más ambiciosos para el futuro: veinte hoteles «Fuerzas a través de la alegría», diez centros vacacionales «Fuerza a través de la alegría» como el construido en Prora, y hasta sesenta cruceros transatlánticos «Fuerza a través de la alegría».[57]

El atractivo de «Fuerza a través de la alegría» residía en que ofrecía a los alemanes normales y corrientes cosas muy especiales, como las vacaciones, a las que nunca antes habían tenido acceso. Consejos promocionales como el de llevar un álbum de recortes de sus viajes o el de tomar fotografías de recuerdo indicaban la importancia que los nazis daban a la calidad de la experiencia. El consumo de *Erlebnis*, experiencia, fomentó un mayor sentido de igualdad social entre los alemanes y una permanente sensación de privilegio como *Volksgenossen*. «Fuerza a través de la alegría» no era «una mera ilusión bonita», argumenta Shelley Baranowski; «sus espectáculos turísticos animaban a sus participantes a ver la relación causa-efecto entre su actual bienestar y los intentos del régimen nazi por convertir a los alemanes en la raza dominante».[58]

* *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, Partido Nacionalista Obrero Alemán. (*N. del t.*)

Al hacer hincapié en la felicidad y las necesidades básicas e insistir en cuánto mejor estaban los alemanes en comparación con el resto de los europeos, «Fuerza a través de la alegría» vinculó la «buena vida» con el «nuevo orden» y fortaleció la credibilidad de la *Volksgemeinschaft* racial. De hecho, uno de los artículos de consumo más populares entre los alemanes era Alemania misma. «Fuerza a través de la alegría» ofrecía viajes con descuento al salón anual del automóvil en Berlín o a muestras propagandísticas como la exposición de «arte degenerado». En este período la ciudad de Rothenburg ob der Tauber, en Franconia, adquirió su condición de destino turístico como un acogedor pueblo medieval (del cual los últimos dos residentes judíos habían sido sacados en octubre de 1938 por considerárselos incompatibles con la vida alemana modelo). Los vacacionistas también añadieron a sus itinerarios destinos nacionalsocialistas: en Múnich, la Casa del Arte Alemán y el Templo del Honor, que conmemoraba a los «viejos luchadores» que habían caído en el fallido golpe de Estado de noviembre de 1923; en Nuremberg, el complejo en el que se celebraban los congresos del partido; y en Berlín, el estadio olímpico, el Ministerio de Aviación y la nueva Cancillería, que hasta su finalización en 1938 recibió a miles de visitantes cada día. Cien mil turistas llegaban cada año a Landsberg para conocer la prisión bávara en la que Hitler había escrito *Mein Kampf* en 1924. Cuando los vacacionistas de «Fuerza a través de la alegría» posaban como Hitler o Goebbels para tomarse fotografías de recuerdo no pretendían parodiarlos sino acercarse a ellos.[59]

Los ciudadanos alemanes disfrutaron la *Erlebnis* de la Alemania nazi de forma más vívida con ocasión de los espectaculares triunfos de Hitler en política exterior. Adam Tooze se refiere con acierto a esas felices fechas como artículo de «consumo masivo colectivo». En enero de 1935, se dio la bienvenida con todo bombo y platillo a la incorporación en el Reich del Sarre, donde más del 90 por 100 de la población había votado a favor de reintegrarse en Alemania en un referendo organizado por la Sociedad de Naciones. «El gigantesco desfile de antorchas de la noche recordaba el espíritu del 30 de enero [de 1933]», señaló un testigo socialdemócrata.[60] El diario de un adolescente reprodujo el popular cubrimiento que los medios de comunicación hicieron de este acontecimiento, lo que nos permite hacernos alguna idea de la inversión emocional que los alemanes habían hecho en la rehabilitación del país. En palabras de Lore Walb:

> Los alemanes del Sarre llegaron procedentes de todo el mundo para manifestarse en favor de la Patria alemana. Muchos venían de Estados Unidos; uno, de Bombay; una mujer no rehuyó el largo trayecto y viajó sin interrupción durante dieciséis días. Inició su recorrido en Shanghái, pero perdió su barco y tuvo que tomar un avión hasta el expreso transiberiano, en el que perdió dos días debido a los ventisqueros, finalmente llegó a Berlín el 13 de enero, a las ocho de la mañana, y de inmediato partió hacía Saarbrücken en un aeroplano que el ministro del Reich Göring puso a su disposición ... ¿No fue eso un logro? Escenas de gran emoción tuvieron lugar durante la votación: un anciano de noventa y dos años caminó diez kilómetros hasta el lugar en el que se celebraba la consulta. Los enfermos permitieron que se los cargara en camillas hasta las urnas. Una mujer votó e, inmediatamente después de hacerlo, sufrió un ataque cardíaco debido a la excitación y murió en el acto ... Una vieja viuda estaba tan emocionada que dejó caer su papeleta, por lo que se la declaró sin validez. La mujer, sin embargo, explicó entre lágrimas que sus dos hijos habían muerto en combate y que su voto era la voz de ambos.[61]

El texto consigue reflejar precisamente lo que entonces muchas personas pensaban de Alemania: una nación oprimida pero tenaz, que por fin hacía valer sus derechos.

Dos meses después, las multitudes celebraban el restablecimiento del ejército basado en el reclutamiento masivo, la Wehrmacht, lo que para algunos observadores recordaba lo vivido en los días de agosto de 1914. Una vez más, los socialistas tuvieron que conceder: «Para la abrumadora mayoría de la población, el 16 de marzo constituye el final definitivo de un pasado vergonzoso, mucho más que el 30 de enero de 1933; el día marca el "amanecer de una nueva era"». Todo este alboroto patriótico era importante; Versalles había dejado heridas profundas y, aunque no hubiera sido así, los alemanes tendían a sentir «un orgullo infantil por su ejército». Además, fue en el ejército donde la mayoría de los varones jóvenes de Alemania adquirieron su «primera experiencia directa» con camiones, coches y otra clase de equipos técnicos. Ello movilizó las aspiraciones de innumerables individuos.[62] La popularidad de Hitler y el prestigio general del régimen nacionalsocialista alcanzaron nuevas cimas después del *Anschluss* con Austria en marzo de 1938. Incluso opositores del régimen como Ebermayer no podían ocultar su satisfacción. A través de estos triunfos de política exterior, el nazismo logró presentarse como la resolución de la historia alemana.

Con todo, los alemanes no querían la guerra que Hitler estaba decidido a librar con el fin de obtener espacio vital e imperio para la nación.

En una anécdota reveladora del año 1936, Albert Speer, el arquitecto de Hitler, recuerda el sobresalto que provocó al Führer «el júbilo con el que los berlineses recibieron al equipo francés cuando éste desfiló solemnemente por el estadio olímpico. Habían marchado frente a Hitler con los brazos en alto y con ello dejaron a la multitud transportada por el entusiasmo». Sin embargo, al advertir que los vítores del público no paraban, «Hitler comprendió el estado de ánimo del pueblo, que anhelaba la paz y la reconciliación». Esto también era un indicio de que, en general, los alemanes parecían conformes con las cosas tal y como estaban. Incluso después de las exitosas campañas de guerra relámpago contra Polonia en 1939 y Francia un año después, la guerra era algo que continuaba inquietando a la opinión pública, que ansiaba de forma desesperada volver a los «buenos tiempos» de los años precedentes.[63] La carta que un soldado escribió a su esposa en agosto de 1943, justo antes de morir, transmitía el estado de satisfacción y confianza que la guerra había extinguido: «Sí sólo pudiéramos volver a los buenos tiempos de nuevo, sólo una vez más. ¿Por qué tenemos que vivir esta guerra espantosa, que ha desbaratado nuestras vidas pacíficas, arruinado nuestra felicidad y disuelto en la nada todas nuestras esperanzas, grandes y pequeñas, de tener una casa?». Sin embargo, una vez que resultó claro que Alemania no ganaría con facilidad el conflicto o, de hecho, que podía no ganarlo en absoluto, proseguir con la guerra hasta su amargo fin se convirtió en el único camino posible para salvar algo de la buena vida. La verdadera conmoción se produjo con Stalingrado en el invierno de 1943, pero incluso entonces nada hizo la «comunidad de destino» más irresistible que «la convicción de que Alemania nunca tendría un futuro después de una guerra perdida».[64] La forma en que los alemanes pensaban acerca de la guerra siempre estuvo mediada por la satisfacción con los «buenos tiempos» alcanzados en los últimos años de paz.

Los alemanes que apoyaban a los nacionalsocialistas en 1933 conformaban una minoría (considerable), pero en última instancia la mayoría de la población creía que el régimen era legítimo. Abonaban a los nazis el haber devuelto a la gente al trabajo, el fomentar un mayor sentido de igualdad social con acciones políticas simbólicas como la celebración del 1 de mayo, el Auxilio de Invierno y «Fuerza a través de la alegría», el haber restaurado el prestigio internacional de Alemania. Desde esta perspectiva, 1933 fue «una revolución en las formas de mirar, actuar y percibir: un revolución mental parda».[65] Hitler gozaba de una popularidad inmensa, pero la sensación de una «nueva dirección» y una «nueva épo-

ca» era un indicio de una asociación más profunda de la opinión pública con el nacionalsocialismo. El hecho de que las *Autobahns* y «Fuerza a través de la alegría» continuaran recordándose mucho después de terminada la guerra es una prueba de que las promesas nazis se ajustaban por completo a las expectativas de los alemanes. De forma creciente, los alemanes empezaron a identificar su propio futuro con el futuro del Tercer Reich. Al cabo de apenas unos pocos años, la mayoría de las personas eran incapaces de imaginar una Alemania no nacionalsocialista. La socialdemocracia, la república y todo el *Systemzeit*, como incluso Ebermayer se refería con desdén a la década de 1920, parecían anacronismos. Los mismos nazis ridiculizaban a sus adversarios como «desesperados de antaño». De este modo, los nazis fueron capaces de lograr la toma casi completa del tiempo y el espacio alemanes. Por ello, tanto para sus principales opositores como para los judíos y demás minorías perseguidas por el régimen, no parecía haber muchas alternativas distintas a abandonar el país definitivamente. Y dado que la mayoría de los exiliados nunca volvió, los nazis continuaron estructurando la vida política e intelectual de Alemania mucho después de su derrota.

ENTRE NOSOTROS

«UNTER UNS»: EL ESPACIO AUDIOVISUAL DEL NAZISMO

Elisabeth Gebensleben, Erich Ebermayer y Karl Dürkefälden describieron con cuánta intensidad ellos y sus familias experimentaban el nacionalsocialismo a través de la radio. El «día de Potsdam» y, de nuevo, el 1 de mayo, la radio proporcionó a las ceremonias nazis un vasto telón de fondo acústico que llegaba a toda la nación. La radio ayudó a crear la voz colectiva de Alemania. Las transmisiones, siempre muy bien preparadas, resultaban atractivas en sí mismas y conseguían arrastrar a cada vez más personas a un espacio auditivo en expansión. Mientras que simpatizantes del régimen como los Gebensleben se ponían de forma deliberada al alcance del sonido, aquellos que no estaban interesados en oír terminaban viéndose asaltados por las transmisiones debido a la simple cantidad de puestos de escucha que había en las calles, los restaurantes y los bares. Debido a ello, Victor Klemperer pudo «toparse» en repetidas ocasiones con los discursos de Hitler ante el Reichstag: «No pude librarme de él durante una hora entera: primero por la puerta de la tienda abierta, luego en el banco, luego otra vez al pasar por la tienda».[66] La radio y

el cine convirtieron el nazismo en un espectáculo. Los medios de comunicación masiva reprodujeron e intensificaron el efecto de aclamación nacional.

Con sus estandartes, sus banderas, sus marchas y su «Heil Hitler!», los nazis crearon una coreografía pública característica y una banda sonora que parecía afirmar la unanimidad de la comunidad del pueblo. «En cada calle —anotó un visitante en 1936— es posible ver los uniformes grises de la Wehrmacht, los uniformes negros de la guardia hitleriana, los uniformes pardos de las tropas de asalto y los pantalones cortos de las Juventudes Hitlerianas.» En los congresos del partido, se disponía a los uniformados en bloques apretados en perfecta formación con el fin de demostrar la fortaleza colectiva del *Volk*. Todo ello se filmaba para que el país entero pudiera verlo luego en los noticiarios cinematográficos y en el famosísimo documental de Leni Riefenstahl sobre el congreso del partido de 1934 en Nuremberg, *El triunfo de la voluntad*, que transformó las impresiones visuales en una imagen general de disciplina, unidad e invencibilidad. La exhibición reiterativa de lo que ya era una exhibición fue la imagen en movimiento que acompañó al Tercer Reich. El hecho de que la cámara pudiera verse en el congreso mismo, donde Riefenstahl usó treinta equipos de filmación, pero también en los anuncios de la película, no minaba el mensaje con una alusión al carácter artificial de la composición. Todo lo contrario: centrarse en la cámara, ir al cine, consumir el espectáculo e identificar y reconocer las piezas en el todo eran precisamente las acciones que reproducía la comunidad del pueblo.[67]

«Quizá pueda parecer gracioso, pero cada soldado alemán lleva consigo una cámara fotográfica.»[68] Informando desde los campos de batalla de Francia en la primavera de 1940, William Shirer advirtió la visualización de la guerra como un gran acontecimiento que merecía ser fotografiado. Los alemanes iban a la guerra incluso con diarios en los que se habían dejado espacios en blanco para la colocación de fotografías. Todo esto era un reconocimiento del deseo de compartir y formar parte de la historia alemana que se estaba construyendo. Bastante antes de la guerra, las revistas ilustradas contenían anuncios de cámaras fotográficas y artículos sobre la fotografía como pasatiempo; se calcula que uno de cada diez alemanes poseía una cámara.[69] El crítico de cine Siegfried Kracauer incluso afirmó que el Tercer Reich se representaba para parecer como una película de manera que el régimen pudiera borrar «las fronteras entre la realidad y la ficción».[70] El Tercer Reich era «cinematográfico» en la medida en que los nazis querían que el pueblo alemán entendiera los

acontecimientos que se estaban produciendo como hechos que entraban en el orden de la gran historia cuando escuchaban las transmisiones en la radio, veían las formaciones y las marchas en el cine y tomaban fotografías de su propia participación en la construcción de la comunidad del pueblo.[71] El objetivo era conseguir que los espectadores adoptaran el punto de vista privilegiado de la cámara, desde el cual todo adquiría tintes heroicos. La propaganda nazi no buscaba hacer pasar la ficción como realidad, sino logar que los alemanes percibieran la realidad como historia lista para ser filmada o fotografiada. Ver el Tercer Reich como un régimen en el que los individuos tendían a tomar fotografías para registrar la historia es acaso la mejor forma de entender lo que se proponía la propaganda nazi. El placer visual no era simplemente consecuencia de los fastuosos espectáculos mediáticos ideados por los astutos propagandistas del régimen en Berlín. Era también el efecto de la participación de los individuos en la historia alemana «en construcción».

El carácter memorable del «día de Potsdam» era la razón por la que «todos los tres, padre, madre y Emma» Dürkefälden, habían ido a la taberna de Kaune, pero al mismo tiempo fue lo que ellos mismos produjeron al ir allí. Los nazis realizaron esfuerzos extraordinarios para poner a disposición del pueblo aparatos de radios a precios asequibles precisamente para facilitar la participación de todos en la *Volksgemeinschaft*. En 1933, en lo que se anunció como el triunfo del «socialismo de los hechos» sobre el «capitalismo privado» y el «liberalismo económico», el Ministerio de Propaganda presionó a un consorcio de fabricantes de radios para que diseñara y produjera un *Volksempfänger*, «la radio del pueblo», para el mercado masivo. Con un precio de setenta y seis marcos, el VE 301 fue un éxito instantáneo; un millón y medio de aparatos se vendieron en 1933 y 1934, en parte, por supuesto, porque una radio era algo que proporcionaba entretenimiento, pero también porque muchos alemanes querían oír a Hitler y captar por sí mismos los sonidos del Tercer Reich. Mientras que en 1933 sólo había aparatos de radio en uno de cada cuatro hogares, en 1939 más de uno de cada dos lo tenían. Ahora bien, ni siquiera la guerra y el deseo de tener noticias actualizadas sobre las tropas consiguieron que esa proporción se acercara a la de Estados Unidos, donde había una radio en el 90 por 100 de los hogares. Tanto el precio de los aparatos como la tarifa mensual impidieron que los alemanes más pobres, en especial en las zonas rurales, realizaran la compra. No obstante, en las ciudades prácticamente no había nadie que no oyera la radio.[72]

Los nazis habían criticado la programación radial durante la República de Weimar por ser demasiado intelectual y no ser fiel con el «verdadero espíritu» del medio, a saber, permitir la manifestación de la voz de la comunidad. En este sentido, su objetivo era que los oyentes reconocieran que lo que escuchaban en la radio eran los sonidos de la comunidad del pueblo.[73] En un principio, esta estrategia implicaba establecer la autoridad de Berlín sobre las estaciones de radio regionales, coordinar el contenido bajo la dirección del Ministerio de Propaganda y transmitir en vivo tantas ceremonias nazis y discursos de Hitler como fuera posible. Gracias al «receptor del pueblo» los alemanes estarían en condiciones de escuchar las palabras del Führer directamente; «una radio en cada hogar alemán» era la fórmula de Goebbels. Además, el régimen animó a las escuelas, restaurantes y fábricas a instalar aparatos de radio con el fin de convertir la escucha en una actividad colectiva y pública. Por supuesto, limitarse a verter las palabras de Hitler en las cabezas de los oyentes era imposible, y una vez el interés empezó a reducirse, los programadores buscaron nuevas formas, menos políticas, de poner en el aire a la comunidad del pueblo. Los discursos de Hitler con ocasión de los aniversarios del golpe de 1923 o de su ascenso al poder en 1933 continuaron siendo acontecimientos importantes. En tales oportunidades, los amigos y vecinos sabían que unos y otros estarían delante de la radio y que luego podían compartir sus impresiones (en este sentido, efectivamente se había alcanzado una *Gemeinschaftsempfang*, recepción colectiva). «Acabo de oír el discurso de Hitler; vosotros lo habréis oído en casa, junto a la radio», escribía un soldado a su familia el 30 de enero de 1940, el séptimo aniversario de la llegada al poder de los nacionalsocialistas.[74] Sin embargo, los nazis pronto aprendieron que el valor de la radio no residía en la transmisión de acontecimientos políticos. Después de 1934, una programación radial ampliada se dedicó de lleno al entretenimiento ligero. Con los fragmentos alegres de la vida alemana que emitían y la audiencia nacional que lograban reunir, los dramas radiales recreaban la comunidad del pueblo. Ello producía el efecto de estar *unter uns*, «entre nosotros».

«Heut sind wir unter uns» eran unas palabras que Victor Klemperer había oído en su infancia. En su diario relata haberlas recordado después de haber visto un titular en el periódico nazi *Der Stürmer*: «¡Qué bien estar otra vez entre nosotros!», titular que acompañaba un artículo en el que se señalaba que se había prohibido la presencia de judíos en otro centro turístico de la costa. En ese momento, Klemperer recordó las palabras que, según un compañero de escuela le había contado, había pronuncia-

do un profesor de matemáticas un día de «septiembre de 1900 o 1901, en Landsberg», en que los tres estudiantes judíos, Klemperer incluido, habían faltado a clase por estar celebrando el Yom Kipur: «Hoy estamos *entre nosotros*». Klemperer regresa a esta frase en 1937, cuando la persecución de los judíos hace que su significado resulte patente.[75] Él creía que los alemanes se sentían «entre nosotros» cuando vivían sin los judíos. «Entre nosotros» también expresaba el círculo cerrado en el que los alemanes podían verse y experimentarse a sí mismos tal y como «somos» y como «hemos llegado a ser». Era el espacio en el que el menú diario de entretenimiento ligero producía una alegría egocéntrica, y en el que el desfile de estrellas y éxitos reflejaba la buena vida de la Alemania nazi. Como es obvio, en 1937 Klemperer podía haber encendido la radio y escuchado también, pero la programación estaba diseñada para los miembros tranquilos y despreocupados de la comunidad del pueblo, no para intrusos inquietos. En septiembre de 1939, después de la invasión de Polonia, *unter uns* se convirtió en un espacio ario legalmente impuesto con un decreto que prohibía a los judíos poseer u oír la radio; sus aparatos debían ser entregados a la Wehrmacht, aunque en primera instancia no porque el ejército tuviera necesidad de ellos. «Algo que no se decía, pero que en realidad era evidente, es que el receptor del pueblo estaba destinado a los "arios" alemanes, no a la población en general.»[76]

Para 1935 la programación radial había cambiado para ofrecer cuadros de la vida cotidiana «normal». Las emisiones radiofónicas continuaban permitiendo a los alemanes normales y corrientes hablar por sí mismos, como había ocurrido en las innovadoras transmisiones del 30 de enero y el 1 de mayo de 1933, pero sin el marco político explícito de esas fechas. Los programadores buscaban de forma deliberada transmitir «fragmentos de vida», chistes, canciones y situaciones cotidianas de distintos lugares a lo largo y ancho del país. Un ejemplo de los dramas radiales de la época lo constituye «Un almanaque alemán: noticias de Königswusterhausen», que se ocupaba de un puñado de familias de una ciudad pequeña; al tiempo que las seguía en sus rutinas diarias y aspiraciones vitales, la narración las involucraba en las novísimas experiencias de las campañas del Auxilio de Invierno, los viajes de «Fuerza a través de la alegría» y los preparativos para la guerra con el fin de crear «una larga cadena de familias y parentescos» que representaban una y otra vez la reconciliación de la comunidad alemana.[77]

El programa de más éxito en la radio alemana era un espectáculo de variedades musical que aceptaba peticiones del público, *Wunschkonzert*

für das Winterhilfswerk, que se convirtió en tema de una película enormemente popular estrenada a finales de 1939. Para entender la forma en que el nacionalsocialismo representaba «el pueblo» en sus propios términos, vale la pena examinar tanto el programa de radio como la película. En la radio, *Wunschkonzert* constaba de tres elementos: los músicos de renombre que tocaban las melodías solicitadas por alemanes normales y corrientes, quienes, a su vez, realizaban alguna contribución a la campaña del Auxilio de Invierno; la audiencia presente en el estudio, que proporcionaba el fondo de risas y aplausos; y la *Volksgemeinschaft*, que se reunía alrededor de las radios para oír lo que, básicamente, eran sus propias solicitudes y dedicatorias. El programa, por tanto, hacía realidad la programática directriz nazi «del pueblo, para el pueblo». La selección musical era un popurrí de marchas militares, entre ellas la preferida de Hitler, «Der Badenweiler Marsch», que abría el programa; piezas selectas de Wagner, Beethoven y Mozart; además de coros y bandas, una mezcla de lo viejo y lo nuevo, lo clásico y lo folclórico, con una pizca de jazz (un clarinete, pero no un saxofón) como añadidura. *Wunschkonzert* creó un repertorio nacional de música «popular» que echó abajo las distinciones tradicionales entre la alta cultura y la baja cultura y mantuvo su vigencia y frescura mucho después de 1945. Entre actuación y actuación, el moderador Heinz Goedecke presentaba a los invitados especiales (estrellas de cine como Zarah Leander y Heinrich George; deportistas como el boxeador Max Schmeling; o artistas del mundo del espectáculo como la estrella de cabaré berlinesa Claire Waldoff) y leía la dedicatoria de la persona que había hecho la solicitud y ofrecía el donativo. En su conjunto, el programa era una exhibición fascinante de la *Volksgemeinschaft*: la confirmación, transmitida a toda la nación, del simple axioma de que quienquiera que hiciera un sacrificio por el pueblo obtendría el *Schlager* (el éxito musical) que quisiera.

Emitido cada dos semanas las tardes de los domingos, *Wunschkonzert* con rapidez se convirtió en el programa radial más escuchado de Alemania: se sintonizaba en más del 80 por 100 de las radios del país, motivo por el cual se le atribuyó el mérito de reunir a los alemanes en «una gran familia», con Goedecke como «el tío radial». Una consecuencia de ello era que los alemanes podían imaginarse unos a otros enfrente de la radio escuchando el mismo programa: «el domingo tenemos *Wunschkonzert*», escribió un soldado a su familia; «vosotros sin duda estaréis oyéndolo también». Y: «Bobi, ¿oíste *Wunschkonzert*? ¿Éstas escuchando esa hermosa canción, "Cariño, cariño, cómo te amo"?».[78] Más que cualquier otro

programa, *Wunschkonzert* hacía realidad la «recepción colectiva» que el Ministerio de Propaganda había anhelado desde 1933. Con la guerra, las peticiones de melodías quedaron reservadas a los soldados y, poco después, en vista de su enorme cantidad, a las divisiones. Acompañado por la fórmula «el frente de batalla estrecha la mano del frente interno», el reformado *Wunschkonzert für die Wehrmacht* buscó presentar una versión sentimental del conflicto bélico basada en la cercanía y el amor más que en la separación y la muerte. El programa se suspendió en 1942, cuando las exigencias de la guerra total se hicieron demasiado pesadas para que fuera posible mantener una programación desenfadada.[79]

La película *Wunschkonzert*, estrenada en 1941, es interesante porque presentó la radio como el medio para alcanzar la unidad nacional. No era sólo que los alemanes de toda condición social se sentaran los domingos por la tarde a escuchar el programa, sino que la radio los acercaba y unía. La película se centra en la separación y reencuentro de Herbert e Inge, una pareja que se conoce por azar en 1936, durante los Juegos Olímpicos de Berlín. Ambos se enamoran, pero él, teniente de la Luftwaffe, debe partir inesperadamente en una misión secreta (la Operación Cóndor en España) y no se le permite enviar las cartas que había prometido escribir. Tres años después, los amantes han perdido contacto, Alemania está en guerra y Herbert ha sido destinado a una base aérea cerca de Hamburgo, donde está al mando de los ataques aéreos contra Gran Bretaña. Su propia movilización se asemeja a la de otros alemanes, y una trama secundaria se ocupa de las aventuras en tiempos de guerra de cuatro hombres de un edificio de pisos berlinés. La película introduce de este modo la unidad colectiva de los alemanes a través de sus diferenciaciones: los popurrís musicales del *Wunschkonzert*, de Mozart a Marika Rökk, y los eslabones en la cadena del pueblo, de los toscos acentos del carnicero y el panadero, que desempeñan en la película un papel humorístico, al callado y sacrificado pianista. Gracias a que el programa radial ha creado realmente una audiencia nacional, las dedicatorias leídas en él proporcionan el medio de comunicación que da un giro a la trama, y así, cuando Herbert solicita que se toque la «Fanfarria olímpica», Inge comprende que él todavía sigue pensando en ella. Después de ello, la muchacha acude a Goedecke, que se interpreta a sí mismo en la película, y consigue que éste le dé la dirección *Feldpost* de Herbert, acto que conduce a su reencuentro definitivo. Lo que habían sido los caminos separados del amor y el deber finalmente se funden; la última escena de los amantes se disuelve en los sonidos de un ataque aéreo sobre Inglaterra.

La congruencia entre el amor y el deber se manifiesta de forma todavía más llana en *Die grosse Liebe* (1942), la película más popular del Tercer Reich, la cual, además, incluye una referencia incidental a *Wunschkonzert* que confirma la aceptación cultural del programa. En *Die grosse Liebe*, protagonizada por Viktor Stahl y Zarah Leander, a lo largo de 1941 las exigencias cada vez más gravosas de la confrontación, desde la batalla por el Norte de África hasta la invasión de la Unión Soviética, separan en repetidas ocasiones a la pareja, pero también ofrecen oportunidades de reconciliación; y al igual que ocurría en *Wunschkonzert*, la escena final tiene lugar bajo el zumbido de los escuadrones de bombarderos. El amor en los tiempos de la guerra total se ajustaba con precisión con el conflicto mismo. (Dado que las heridas del teniente empeoran y empeoran, los espectadores más atentos acaso se hayan preguntado si al apuntar cada vez más alto el amor y el deber no conducían a la autodestrucción total.)

Tanto la radio como el cine reprodujeron constantemente el cuerpo colectivo de la nación alemana. En la película *Wunschkonzert*, la reconciliación era el motivo clave: el amor monógamo y heterosexual de Inge y Herbert, junto a la renovación de la amistad y camaradería de ambos con Helmut, el antiguo pretendiente de la muchacha y, por cuestiones del azar, subordinado de Herbert. Estos lazos eran esenciales para que la comunidad del pueblo pudiera reproducirse y movilizarse para la guerra. La película compara brevemente el destino de la feliz pareja con el de la tía de Inge, cuyo romance en la primera guerra mundial inevitablemente tropezó con los prejuicios sociales que en el Tercer Reich habían desaparecido. La conciencia de la pertenencia a la nación se introduce como la diferencia que distingue un conflicto de otro. Asimismo, tanto *Wunschkonzert* como *Die grosse Liebe* dedican considerable espacio a una anticuada generación de tías, abuelas y berlineses con su famosa «jeta» (*Berliner Schnauze*), que sirven no sólo para resaltar la modernidad y mayor capacidad de la gente joven, sino también para confirmar con su benevolente presencia el bienestar general del Tercer Reich. Precisamente el carácter redondeado de las relaciones sociales revelaba la satisfacción y autosuficiencia de la sociedad alemana. En una forma relativamente despreocupada, la película usaba la *Volksgemeinschaft* como medio para alcanzar la felicidad privada. Más de veinte millones de espectadores vieron *Wunschkonzert*, el mayor éxito de taquilla del Tercer Reich después de *Die grosse Liebe*, lo que confirmaba, al menos para el jefe de Propaganda Goebbels, que el arte podía «cautivar a las masas».[80]

El hecho de que en *Wunschkonzert* una de las solicitudes populares provenga de los alemanes de raza en el «distrito rural de Varsovia» que donan sus *zloty* a la campaña del Auxilio de Invierno alemán evidencia uno de los principales propósitos del entretenimiento popular en el Tercer Reich: la creación de una cultura compartida común que defina a los alemanes y les diferencie de otros. Los alemanes se convertían con propiedad en alemanes al consumir los programas que ofrecían los medios de comunicación nacional, y no tanto los motivos religiosos del folclore rural. (Con todo, se produjeron malentendidos y, por ejemplo, los alemanes de Volinia, en la Unión Soviética, encontraban las películas demasiado subidas de tono.) Producir una lengua común de pertenencia cultural era una empresa digna del mayor esfuerzo, y para promover la educación *völkisch* los nazis enviaron cines móviles al campo (sólo en las zonas rurales de Prusia oriental se realizaban cada mes centenares de proyecciones).[81]

En vísperas de la guerra, cinco mil quinientas salas de cine ofrecían a los alemanes un total de 3,4 millones de butacas. Aunque el número de películas de estreno proyectadas en Alemania se redujo, el hábito de ir al cine aumentó, de manera que la posibilidad de tener un repertorio fílmico común creció. Para 1936-1937, la asistencia a las salas de cine alcanzó las cifras de 1927-1928, con cada alemán yendo al cine una media de 6,8 veces al año, y aunque se siguió estando por debajo de los niveles de Gran Bretaña y Estados Unidos, antes del final de la guerra la media de visitas era ya más del doble (14,4).[82] La excitación compartida de los éxitos y las estrellas, el material de segunda mano ofrecido por la publicidad, los conciertos de peticiones y las revistas para aficionados, así como las apariciones de invitados en *Wunschkonzert* crearon una cultura popular alemana distintiva. Esta coordinación más o menos no regulada fue sin duda más importante que la coordinación política de la industria cinematográfica bajo la dirección y censura de Goebbels y sus funcionarios del Ministerio de Propaganda. Las películas abordaban temas nazis como la eutanasia, y la trilogía de películas antisemitas realizadas en 1940-1941, en especial *Jud Süss*, añadió cierta legitimidad a la guerra que libraban contra los judíos. Sin embargo, el mayor efecto de las películas fue que reforzaron la idea del *unter uns*. Precisamente porque los nazis creían que ir al cine moldeaba y fortalecía a la comunidad del pueblo, y que las películas constituían un ejemplo que enseñaba a ver el mundo en términos de historia heroica, las salas de cine y los estudios de filmación se mantuvieron abiertos incluso después del cierre de los cabarés y los teatros en septiembre de 1944 como parte de las medidas de la guerra total.

Unter uns fue una construcción mediática, la meta explícita de la propaganda en el Tercer Reich. Asimismo, fue el fundamento de la legitimidad del nacionalsocialismo, que creó un sentimiento de satisfacción que tenía una amplia base y que, en vísperas de la segunda guerra mundial, abarcaba a la mayoría de los alemanes. No toda la población se sumó a la comunidad nacional, pero la simple fuerza de la imaginería y los ajetreados programas de la aclamación nacional hicieron que la disensión política fuera peligrosa; peor aún: disentir parecía también ser fútil. La casi total ausencia de oposición al Tercer Reich después del ataque contra la izquierda socialista en 1933 no fue consecuencia de la inexistencia de opositores y tampoco el resultado de que éstos estuvieran aterrorizados. En lugar de ello, los adversarios del nazismo aceptaron las pruebas de la aclamación nacional y descubrieron que no veían forma alguna de organizar la disensión política, no después de los primeros meses de los nazis en el poder y tampoco en los últimos meses de la guerra. Una y otra vez, los nazis sacaron fuerzas de la aceptación de sus premisas políticas por parte de la opinión pública: la permanencia de la nueva época de la revolución, la ruptura completa que se había hecho con el pasado político del país y, finalmente, la credibilidad de la que gozaba la comunidad del pueblo como un ideal alcanzable que permitía gestionar las oportunidades y peligros de la vida moderna. De hecho, consumir las imágenes de la aclamación se convirtió en parte de la experiencia de vivir en el Tercer Reich. La propaganda nazi se topó con un número inmenso de consumidores deseosos de aplaudir la nacionalización de la historia alemana y su conversión en gesta heroica. Tanto desde arriba como desde abajo, la historia, lista para ser fotografiada y filmada, favorecía la idea de la comunidad del pueblo, una conciencia de la pertenencia nacional que anulaba muchos de los conflictos sociales de la vida cotidiana. Desde el exterior, desde la perspectiva de los judíos alemanes, por ejemplo, la cultura de la aclamación nacional era muy perceptible y parecía no ser resultado de la coerción. Desde el interior, parecía verosímil, aunque incompleta.

2

Acicalado racial

PASAPORTES ARIOS

Utilizar el saludo hitleriano no era suficiente. Para pertenecer a la comunidad del pueblo, los alemanes también necesitaban probar su autenticidad racial. Cualquier persona que quisiera alistarse en un grupo juvenil nazi, prestar servicio en la Wehrmacht, casarse o participar en un viaje de vacaciones organizado por «Fuerza a través de la alegría» tenía que documentar su identidad aria. Los alemanes tenían que demostrar que eran «arios» para forjarse una vida en el Tercer Reich.[1] Hacia 1936 casi todos los alemanes (al menos todos aquellos que no eran judíos) habían empezado a prepararse para obtener un *Ahnenpass*, o pasaporte racial, que sirvió de cimiento a los archivos raciales creados en todos los hogares alemanes. El pasaporte fue el artefacto ejemplar de la extraordinaria ambición de los nazis de moldear de nuevo a los alemanes en un conjunto racial puro y segregar a los judíos y forzarlos a abandonar el país. Las formas en blanco del *Ahnenpass* podían comprarse en cualquier papelería y un notario se encargaba de certificar los nacimientos, matrimonios y muertes de abuelos, padres e hijos con el fin de probar la identidad aria en la que se fundaba la ciudadanía. El pasaporte obligó a los alemanes a pensar acerca de la raza.

El *Ahnenpass* permitió al régimen nazi poner en práctica las leyes raciales aprobadas en septiembre de 1935 en Nuremberg, de acuerdo con las cuales todos los habitantes del Tercer Reich pertenecían a uno de los siguientes cuatro grupos: alemanes, con cuatro abuelos arios; judíos, con tres o más abuelos judíos; *Mischlinge*, o medio judíos, de «primer grado»,

con dos abuelos judíos; y *Mischlinge* de «segundo grado», con sólo un abuelo judío. Las leyes que regulaban el matrimonio de los medio judíos con otros eran complicadas, pero prohibían los matrimonios entre alemanes y judíos. Además, las Leyes de Nuremberg no reconocían más a los judíos como ciudadanos ni garantizaban su igualdad ante la ley. Mientras que una identidad aria abría el camino para un futuro en el Tercer Reich, una identidad judía lo cerraba.

La mayoría de los alemanes estaban familiarizados con los «árboles familiares» en los que los grupos de parientes organizaban las genealogías desde los ancestros conocidos más remotos hasta los distintos grupos familiares de la generación actual. Sin embargo, la tabla de ancestros que los alemanes elaboraban para preparar sus pasaportes raciales funcionaba de manera muy diferente: iba desde el individuo contemporáneo y se remontaba atrás en el tiempo para incluir todos los parientes de sangre en una pirámide invertida. «Si el árbol familiar es colorido y polifacético, según el número de hijos y la estructura de la familia», resumía un genealogista, la tabla de ancestros se «caracterizaba por su estricta discriminación y uniformidad matemática». Comenzando con el individuo en cuestión, trazaba «la dirección de las líneas de sangre materna y paterna» con el fin de certificar la pureza de sangre de la persona y, con ello, su pertenencia a la *Volksgemeinschaft*.[2] Un hecho significativo era que el Estado no emitía los pasaportes raciales y los alemanes tenían que prepararlos personalmente. El efecto de ello era que cada alemán debía ocuparse de alcanzar por sí mismo su estatus racial como ario. Esta tarea implicaba un trabajo considerable; los individuos tenían que ponerse en contacto con los registros civiles y las rectorías de las iglesias que registraban los nacimientos y matrimonios antes de 1875 con el fin de obtener las validaciones necesarias por una tarifa nominal de sesenta *pfennigs*, que por lo general se pagaba en sellos de correo. En los casos más difíciles, los alemanes necesitaban del «olfato de un detective consumado» para lograr reunir la información. «Era necesario fatigar los archivos y bibliotecas estatales ... [y examinar] clasificaciones, listas de tripulación, listines telefónicos, facturas de fletes, registros gremiales.» Asimismo, tenían que encontrar la forma de llegar a «viejos cementerios donde una tumba derrumbada podía revelar otra pista más». Desencaminado por un pastor de su localidad, un aspirante a ario se embarcó en una búsqueda para identificar a sus abuelos arios que le llevó año y medio y le costó más de ciento cincuenta marcos.[3] No es sorprendente que la demanda de genealogistas profesionales experimentara un crecimiento espectacular durante el Tercer Reich.

Los *Ahnenpässe* invitaban a los alemanes a realizar indagaciones adicionales sobre sus ancestros; de hecho, la genealogía se convirtió en una afición cada vez más popular a medida que la población alemana intentaba rastrear a sus parientes de sangre hasta 1800, sesenta y dos en total, tal y como se les exigía a los soldados de la SS. Incluso quienes no eran nazis exhibían con orgullo su *Sippe*, clan, por el simple gusto de mostrarlo. Los más entusiastas llegaron incluso a elaborar genealogías de los perros alemanes.[4] Los chistes de la época se burlaban de la seriedad de la empresa genealógica, lo que, al mismo tiempo, hacía que pensar en términos de identidades «arias» fuera más corriente. «Soy de origen agrario», empezaba la averiguación de un solicitante confundido. Otro insistía: «He buscado "arios" en la enciclopedia. Son gente de Asia. Nosotros no tenemos parientes allí, somos de Prenzlau». Sin embargo, todo el humor acerca de los judíos en Alemania, el temor de toparse con abuelas judías y el alivio al descubrir sólo una «bisabuela judía», «que ya no puede hacerte ningún daño», no disipaban la sospecha de que los judíos *eran* diferentes.[5] De allí que la distinción semántica entre *alemanes* y *judíos* adquiriera cada vez mayor autoridad. Al mismo tiempo, lo que Christa Wolf describía como «palabras relucientes», «normal», «gen» o «extraño», pasaron a formar parte del vocabulario cotidiano.[6] El diarista berlinés Franz Göll incluso emprendió un «estudio hereditario» de la familia de su tío:

> Esta familia produjo siete hijos, de los cuales uno, una niña, murió en la infancia. En su constitución física y mental, tres de los hijos restantes (Martin, Gertrud, Kurt) evidencian la influencia de los Amboss, mientras que dos (Helmut y Margarete †) tienen una veta de Liskow, y uno (Rudolf) es de tipo mixto (físicamente Liskow; mentalmente Amboss).
>
> El efecto asténico de los Amboss es evidente en el hecho de que Martin y Rudolf han alcanzado la independencia económica; Gertrud ha conseguido un partido magnífico considerando las circunstancias (es la señora del capitán Matthes); y Kurt se esfuerza por hacer algo a nivel profesional. Los otros dos hijos muestran con claridad que han heredado el rasgo de debilidad mental que caracteriza a los Liskow. Helmut, que cuando era niño padecía en silencio, se adiestró para ser panadero pero no ha podido dejar de ser un asistente, esto es, un asalariado sin perspectivas de poder independizarse en el futuro cercano. Siendo mentalmente demasiado débil para resistir de manera eficaz la realidad de las exigencias de la vida, Margarete se suicidó. Su motivo: un corazón roto.[7]

Al introducir a los alemanes a su pasado racial, los *Ahnenpässe* se convirtieron en los cimientos de los archivos personales. Una caja de cartón del Landesarchiv de Berlín contiene pasaportes viejos cuyas páginas impresas incluían listas de nombres aceptables para niños y niñas tanto en formas germánicas (de Adalbert a Wulf para los niños; de Ada a Wunhild para las niñas) como no germánicas (de Achim a Vinzent para los niños; de Agathe a Viktoria para las niñas), así como la «Ley para la protección de la sangre alemana» del 15 de septiembre de 1935, que prohibía a los alemanes contraer matrimonio con judíos. Entre las páginas del *Ahnenpass*, los alemanes reunían sus documentos y papeles privados: un viejo permiso de trabajo; un trébol de cuatro hojas; una factura de restaurante; una licencia matrimonial; anuncios de nacimientos; certificados de bautismo; carnés de vacunación; documentos de divorcio; pólizas de seguro; sellos del Auxilio de Invierno; y también la correspondencia de un padre con su hijo que estaba en el frente; la confirmación oficial de un soldado desaparecido en combate; una carta del camarada de un soldado muerto en la que describe el paradero de su tumba «en Aleksandrwoka (en el centro del pueblo) ... a unos dieciséis kilómetros al sur de Olenin, que se encuentra a unos sesenta kilómetros al oeste de Rshew»; y, desde el año 1945, un «carné de beneficencia para víctimas de los bombardeos» (sobre el que alguien escribió a mano «refugiados del Este»).[8] Los archivos familiares, las categorías raciales y las identidades individuales se calibraron entre sí a lo largo del Tercer Reich.

Para los judíos alemanes, el proceso de reunir los archivos se llevaba a cabo a la inversa. Las leyes del Estado exigían que los judíos y los denominados judíos raciales, esto es, aquellos que se habían convertido al protestantismo o el catolicismo pero eran biológicamente judíos a ojos de los nazis por tener tres o más abuelos judíos, se registraran como judíos ante las autoridades locales y portaran documentos identificativos en los que aparecieran etiquetados como tales. El papeleo que los judíos se vieron obligados a llenar sirvió como preludio a la confiscación de sus bienes y, finalmente, a su asesinato. En Dresde, Victor Klemperer pasó la mañana del miércoles 29 de junio de 1938 «rellenando impresos: declaración de bienes de los judíos». Durante la guerra, Klemperer, como tantísimos judíos más, fue obligado a trasladarse a las habitaciones de una «casa judía», considerablemente más pequeñas que las que hasta entonces había habitado, lo que implicaba tener que deshacerse de montones de libros y papeles: «me he lanzado furiosamente, por así decir, contra mi pasado», escribió en su diario el 21 de mayo de 1940. Al día siguiente su

«actividad principal» consiste en «quemar, quemar, quemar durante horas: montañas de cartas, de manuscritos».[9] Luego, en diciembre de 1941, debería realizar un «inventario del mobiliario y enseres de la casa».

Los *Ahnenpässe* fueron sólo el comienzo de un esfuerzo mucho más amplio para conseguir que los alemanes aceptaran su responsabilidad racial como arios. Los nazis consideraban que había dos tareas de importancia inmediata. En primer lugar, los alemanes necesitaban cultivar sus cualidades genéticas seleccionando parejas saludables en matrimonios amorosos destinados a producir una prole genéticamente apta. Desde el 1 de mayo de 1936, las leyes exigían que las oficinas de registro estatales regalaran a todas las parejas de recién casados una copia de *Mein Kampf* de Hitler. A partir de entonces y hasta el final definitivo del Reich en 1945, se entregaron centenares de miles de copias de la «edición popular» de ocho marcos junto con folletos en los que se ofrecían consejos sobre cómo mantener un buen acervo racial y preparar los *Ahnenpässe*, «Alemanes, prestad atención a vuestra salud y la salud de vuestros hijos», «Manual para las familias alemanas» y «Consejos para las madres». Los recién casados también recibían un cupón para una suscripción de prueba de un mes a un periódico, preferentemente el diario nazi *Völkischer Beobachter*.[10] Esta literatura prescriptiva estaba diseñada para enseñar a los alemanes cómo documentar su condición de arios y el modo adecuado de comportarse como tales.

En segundo lugar, los alemanes necesitaban aceptar una nueva ética social en la cual los individuos debían rendir cuentas a la colectividad. La propaganda nazi instaba a los ciudadanos a abandonar la caridad cristiana y lo que con desprecio etiquetaba como el *Humanitätsduselei* (sentimentalismo humanitario) de los progresistas. En el nuevo orden nacionalsocialista, «la biología se convirtió en destino».[11] El Estado asumió la responsabilidad de eliminar de la población a quienes no fueran aptos. Ya en julio de 1933, el Ministerio del Interior redactó leyes que autorizaban la esterilización de aquellos ciudadanos que, supuestamente, no eran aptos desde un punto de vista genético. Unos pocos años más tarde el mismo ministerio preparó las leyes que exigían a todos los futuros recién casados un certificado de salud genética emitido por los funcionarios de salud pública locales. En la práctica esta ley se suspendió, pero no hay duda de que llegado el momento se habría aplicado. Se otorgó entonces a los registradores civiles la facultad de exigir, en casos particulares, que las parejas aportaran un certificado, lo que podía conducir a la esterilización cuando el informe era negativo, algo que ocurrió con frecuencia.

Más de diez millones de alemanes obtuvieron un certificado de salud genética, que era necesario para tener derecho a ciertos beneficios como los préstamos matrimoniales.[12] Un *Ahnenpass* no garantizaba por sí solo un futuro seguro y próspero para los alemanes en el Tercer Reich.

La abundante circulación de *Ahnenpässe* y certificados genéticos es un indicio del cambio que sufrieron los contornos de la vida cotidiana en el Tercer Reich. La idea de normalidad se había redefinido en términos raciales, de manera que el derecho a la vida y la prosperidad quedó reservado a los arios saludables, mientras que a los recién identificados como extraños genéticos, como los judíos y los gitanos, que hasta 1933 habían sido ciudadanos alemanes normales y corrientes, y a los recién identificados como extraños biológicos, como los individuos genéticamente no aptos y los denominados «asociales», se los expulsó de la comunidad del pueblo y se los amenazó con el aislamiento, la cárcel y la muerte. Esta forma de determinar la pertenencia o no pertenencia al cuerpo social redefinió de forma radical lo que constituía una vida normal y corriente.

Richard Overy concluye que la mayoría de los alemanes tenían pocas razones para pensar que el Tercer Reich fuera particularmente siniestro. «Era posible vivir en Alemania a lo largo de todo el período de la dictadura —escribe— y quizá ser testigo de apenas dos o tres episodios de represión estatal en doce años: un matón de la SA que propina una paliza a un trabajador en marzo de 1933; un antinazi parlanchín que pasa la tarde en la estación de policía para que aprenda a no irse de la lengua en noviembre de 1938; el dentista judío de la ciudad al que se obliga a marcharse para su "reasentamiento" en noviembre de 1942.»[13] Esta observación tiene muy presente el hecho de que el nacionalsocialismo no aterrorizó a la población alemana para someterla, y que la mayoría podía sencillamente «ajustarse», según la expresión de Karl Dürkefälden.

Sin embargo, lo que el resumen de Overy pasa por alto son las formas en que los alemanes «normales y corrientes» terminaron viendo el mundo en términos raciales. Como padres, educadores, voluntarios y soldados, millones de alemanes desempeñaron nuevos papeles en el cultivo de identidades arias y la segregación de las vidas consideradas indignas. No siempre lo hicieron voluntariamente, y sin duda no previeron las consecuencias finales de la guerra total y el genocidio. Al mismo tiempo, miles de otros alemanes, que provenían de los contextos sociales más diversos, de repente se descubrieron siendo vistos como judíos raciales, inferiores genéticos o marginales sociales y, por tanto, sin derecho alguno a participar en el recién reconstituido Estado alemán. La raza definía las

nuevas realidades del Tercer Reich tanto para sus beneficiarios como para sus víctimas: determinaba cómo se consultaba a un médico, a quién se hablaba y dónde se compraba. Después de 1933 había pocas personas en Alemania que no hubieran tenido que enfrentarse de forma inequívoca a las categorías raciales y biológicas con las que se moldeó la vida cotidiana «normal».

LA BIOLOGÍA Y LA REVOLUCIÓN NACIONAL

Cuando Hitler llegó al poder en 1933, los nacionalsocialistas creían que se encontraban en el límite mismo de la historia, abocados a redirigir la nación para que encajara en los surcos de lo que imaginaban como el futuro ario. La revolución acababa de empezar. Todo el itinerario previo de la historia alemana, en el que los ciudadanos interactuaban como individuos soberanos, en el que los partidos políticos y los grupos de interés se encargaban de presentar los reclamos del público y en el que los grupos étnicos y las comunidades religiosas convivían mezclados, había llegado a un abrupto fin. Desde la perspectiva de los nazis, el año 1933 marcó una ruptura radical. En lugar de las disputas partidistas, la competencia entre los grupos de interés y las divisiones de clase, que en opinión de los nazis comprometían la capacidad de la nación para actuar, los nazis proponían la construcción de una comunidad racial unificada guiada por la ciencia moderna. Un esfuerzo semejante proporcionaría a Alemania la «unidad de acción» necesaria para sobrevivir y prosperar en las peligrosas condiciones del siglo XX.

La tarea que tenían por delante era transformar a los alemanes en arios. Este empeño dependió del terror en la medida en que los nazis eliminaron del ámbito de la comunidad del pueblo a las «vidas indignas». Pero su logro fue incompleto, pues lo cierto es que los alemanes nunca abandonaron del todo las enseñanzas éticas y religiosas tradicionales sobre la santidad de la vida humana. Asimismo, tergiversaron los preceptos raciales, y las cuestiones de herencia y genética se mezclaban con ideas enloquecidas acerca de la contaminación de la sangre (a lo que sin duda contribuyó la propia confusión de Hitler sobre la materia). No obstante, miles de «etnócratas» y otros profesionales se movilizaron para construir las nuevas estructuras biomédicas del Tercer Reich. Ellos orientaron sus carreras y ambiciones teniendo en mente los amplios espacios que había abierto la visión racial de la Alemania nazi. Y para muchísimas personas,

dedicarse a mejorar y rehabilitar lo que en su opinión era el cuerpo herido y destrozado del pueblo alemán era algo significativo. Contribuir a hacer realidad las metas sociales y políticas que los nazis habían planteado a los jóvenes en las Juventudes Hitlerianas y el Servicio de Trabajo del Reich llevaba aparejada una gran satisfacción personal. El grado en que los alemanes aceptaron la visión del mundo nazi, se reconocieron a sí mismos como arios y se esforzaron por acicalarse racialmente resulta asombroso cuando se tiene en cuenta el breve período en el que estos desarrollos tuvieron lugar. Los alemanes no se convirtieron en arios perfectos más de lo que se convirtieron en nazis cabales, pero millones de personas intentaron reorientar sus vidas de acuerdo con el futuro racial de la Alemania nazi.

Para los nazis, la biología era la clave del destino del pueblo alemán. Esta ciencia ofrecía una forma de entender la existencia humana completamente nueva, que redefinía qué era necesario y qué era posible, qué era duradero y qué era efímero, qué era virtuoso y qué era peligroso. Al pensar en términos biológicos, los nazis remodelaron la política de forma excepcionalmente intensa. Desde su punto de vista, la esencia biológica de Alemania estaba amenazada de muerte y se hacía necesario tomar medidas de emergencia. El fracaso de la democracia residía precisamente en su incapacidad para promulgar las decisivas medidas preventivas que requería la protección del cuerpo del pueblo alemán. Al mismo tiempo, los nazis creían que una cirugía radical y una limpieza biológica obrarían la rehabilitación que garantizaría la supervivencia de Alemania en las guerras del futuro. En otras palabras, la biología parecía proporcionar al país unas tecnologías en extremo útiles para su renovación. Los nazis consideraban que el racismo era una doctrina con fundamento científico, una forma de organización política moderna y consciente. La responsabilidad del gobierno era fomentar la solidaridad racial superando las divisiones sociales, prohibiendo la mezcla de razas y combatiendo las tendencias biológicas degenerativas. En consecuencia, el pensamiento racial nacionalsocialista era al mismo tiempo pesimista y optimista. Los nazis elaboraron un listado extenso de los peligros internos y externos que amenazaban la nación. Pero a la vez, poseían una confianza extraordinaria en la capacidad de la política racial para transformar la vida social. La dinámica del nazismo, que llegado el momento conduciría al país a la guerra mundial, al genocidio y, en última instancia, a la destrucción misma del Estado racial, derivaba de esta combinación de miedo obsesivo y confianza absoluta.

En su búsqueda por rehacer Alemania como un régimen racial, los nazis pudieron contar con una generación de abogados, administradores, médicos y otros licenciados universitarios que poseían la dosis necesaria de ambición personal y radicalismo ideológico. Esta generación de profesionales de clase media, marcada fuertemente por la primera guerra mundial y la revolución de noviembre de 1918, despreciaba la democracia por haber debilitado la nación y se inclinaba hacia el pensamiento racial y biológico, en el que veía el camino hacia la revitalización del país. Como señala Ulrich Herbert, su perspectiva «radical, *völkisch*» no era simplemente una opinión política entre otras. Se trataba de toda una actitud hacia la vida, y su certeza «categórica» y «espíritu marcial: preparado para la batalla, endurecido, implacable» distinguían a estos radicales de sus padres conservadores. Esta «generación incondicional», de la que formaban parte Joseph Goebbels (nacido en 1897), el gobernador-general de la Polonia ocupada Hans Frank (nacido en 1900), la directora de cine Leni Riefenstahl (nacida en 1902), los jefes de la SS Heinrich Himmler (nacido en 1900) y Reinhard Heydrich (nacido en 1904), el experto racial Walter Gross (nacido en 1904), el arquitecto de Hitler Albert Speer (nacido en 1905) y Adolf Eichmann, uno de los principales arquitectos de la «solución final» (nacido en 1906), emergió como la élite política del Estado racial. Los miembros de esta generación ocuparon muchos de los cargos administrativos más altos de la Oficina Central de Seguridad del Reich, que después de 1939 supervisó todos los aspectos de la seguridad nacional desde el trabajo de la policía criminal corriente hasta la aplicación de las leyes raciales y la implementación de la «solución final». Realmente constituyeron «una dictadura de los jóvenes».[14]

Tres eran las tareas primordiales que aguardaban a los guerreros raciales de Alemania. La primera era la necesidad de aumentar la tasa de natalidad, que se consideraba un índice del vigor colectivo. Los nazis ofrecieron incentivos fiscales y préstamos sin interés como recompensa a los matrimonios que engendraran hijos, sin embargo, se toparon con un problema insoluble: los alemanes saludables y cultos tendían a limitar el número de hijos que tenían con el fin de maximizar su propia calidad de vida, un canje típico de los tiempos modernos; entretanto, los alemanes a los que se consideraba menos saludables y capaces tenían una tasa de natalidad elevada. Ahora bien, aunque los nazis fomentaron servicios sociales para ayudar a las familias menos afortunadas en nombre de la *Volksgemeinschaft*, también persiguieron a los ciudadanos supuestamente no aptos desde un punto de vista genético que continuaban teniendo de-

masiados hijos y, por ende, debilitaban la salud racial de la nación en su conjunto. La segunda tarea de la recuperación racial, por tanto, era escardar esta sección insalubre de la población, principalmente mediante la esterilización. Aunque el Estado asumía la autoridad ejecutiva de ordenar las esterilizaciones, los alemanes normales y corrientes tenían que desempeñar su papel y reconocer la necesidad y moralidad de estas drásticas medidas. Por último, la tercera tarea era la eliminación del material foráneo del acervo racial del pueblo alemán. El pensamiento racial asumía que únicamente la uniformidad esencial de la comunidad étnica alemana garantizaba su fortaleza biológica. Para los nazis, la meta de la pureza racial implicaba la exclusión de los judíos, a los que imaginaban como una población racialmente ajena que había fomentado la revolución y el conflicto civil y dividido al pueblo alemán. Al cabo de unos pocos años, los nazis resolvieron empujar a los judíos fuera de Alemania. Para que estas políticas tan radicales pudieran tener éxito, era fundamental que los propios alemanes opusieran resistencia a los sentimientos de equivocada compasión que pudieran despertar en ellos vecinos y conocidos que en realidad eran peligrosos enemigos raciales. Era necesario convertir a los ciudadanos en cómplices.

Tanto dentro como fuera del Partido Nazi, los activistas políticos y los profesionales de la salud pública emprendieron con gran excitación la tarea de promover una u otra de estas medidas eugenésicas. Según pensaban, sus actos estaban motivados por el mayor idealismo y tenían como fin el bienestar del pueblo alemán. Y a pesar de que los biopolíticos nazis creían estar siguiendo las leyes básicas de la historia, los planes que elaboraron fueron audaces. Más adelante, los nazis compararían el 30 de enero de 1933 y el 14 de julio de 1789, el comienzo de la era liberal, a la que, según creían, la nueva época racial del siglo XX estaba llamada a poner fin.

La velocidad con la que el futuro racial se cristalizó en 1933 es asombrosa. De hecho, los activistas locales entendieron las implicaciones de la política racial incluso antes de que los nazis promulgaran las leyes pertinentes. Los doctores nazis de Dortmund saludaron «la nueva era» con una propuesta, presentada en abril de 1933, para la creación de una «oficina de raza» municipal que se encargaría de preparar, a partir de los ochenta mil expedientes de alumnos escolares, un «archivo racial de toda la población de la gran Dortmund». En mayo de 1933, en Bremen, algunos médicos solicitaron leyes que permitieran al Estado esterilizar a la población no apta desde un punto de vista genético. «¡Manos a la obra!»,

era el eslogan de estos profesionales.[15] Los médicos, así como otros activistas del Partido Nazi e incluso ciertos periodistas, empezaron a usar un vocabulario que evocaba las labores domésticas; la retórica del «limpiar», «barrer», «asear la casa» reforzaron la tendencia a ver la política en los drásticos términos de amigos y enemigos.[16]

A partir de marzo de 1933, los nazis de distintas localidades también pusieron en la mira a los judíos alemanes con boicots de los negocios judíos y ataques a transeúntes de aspecto judío. En lo concerniente a los judíos en particular, miles de alemanes se ajustaron con una rapidez extraordinaria. Las universidades propusieron que se estableciera un número límite de los estudiantes judíos de acuerdo a su proporción en la población general, y las corporaciones, con mayor o menor tacto, pidieron la renuncia a los miembros judíos de sus juntas directivas. Los clubes y las asociaciones añadieron a sus estatus cláusulas que prohibían la aceptación de miembros judíos. Al mismo tiempo, miles de protestantes (como Victor Klemperer), católicos, agnósticos, sionistas, judíos ortodoxos o reformados, nacionalistas alemanes, comunistas e intelectuales liberales de toda condición social descubrieron de repente que se habían convertido en miembros de una única categoría monolítica: «los judíos». El periodista Sebastian Haffner anotó que, en Berlín, las personas de su círculo se habían sentido repentinamente autorizadas a manifestar su opinión sobre la «cuestión judía», hablar con soltura acerca de cuotas de judíos, porcentajes de judíos y grados de influencia judía.[17] El antisemitismo no era en absoluto un monopolio de los miembros del Partido Nazi.

En Berlín, los dirigentes nazis dieron a estas iniciativas locales una forma nacional más permanente con dos actos legislativos que sentaron las bases del Estado racial. El 7 de abril de 1933 el gobierno redactó la «Ley para la restauración de la Administración pública profesional», que además de proporcionar medios legales para la destitución de los adversarios políticos del régimen, expulsó por la fuerza a todos los funcionarios judíos de la Administración. De las palizas y boicots de la chusma se había pasado a la exclusión, sancionada legalmente, de los ciudadanos basada en una definición formal de la raza, en este caso, la existencia de un único abuelo judío. Durante un tiempo, se aceptaron excepciones a la ley por razones de antigüedad y en el caso de los veteranos de guerra, y los mismos nazis se mostraron sorprendidos con el número de veteranos (incluido Klemperer) que se beneficiaron de las excepciones; este historial de servicio patriótico contradecía por completo la concepción nacionalsocialista de los judíos.

Unas pocas semanas más tarde, el ministro del Interior, Wilhelm Frick, confirmó otro aspecto de la política racial: «Tenemos que tener el coraje de estructurar el cuerpo del pueblo según el valor genético con el fin de que el Estado tenga a su disposición a los líderes más apropiados». El ministro realizó estos comentarios en la primera reunión del comité ministerial sobre «población y raza», que se celebró el 28 de junio de 1933 para elaborar un borrador de una ley racial completa que permitiera al Estado esterilizar a ciertos ciudadanos. Las nuevas leyes facultaron a las oficinas de sanidad pública locales para vigilar la salud genética de los ciudadanos, emitir certificados de salud genética y, de ser necesario, ordenar la esterilización de los no aptos; y se reclutó a un amplio abanico de profesionales de la atención sanitaria, desde médicos y enfermeras hasta trabajadores sociales, para la tarea de localizar a los indeseables. Unos pocos días después, Frick apareció en la radio nacional para instar a los alemanes a aceptar estas medidas y abandonar el «anticuado» mandamiento de «amar al prójimo».[18] La realidad genética de la Alemania contemporánea, aseguró, era bastante desoladora, con al menos medio millón de casos graves de discapacidad genética, y otro medio millón de casos menos graves, unas cifras que hipotecaban el futuro de los sesenta y cinco millones de alemanes. Esta horrible situación obligaba al Estado a actuar con valentía. La legislación pertinente buscó promover el nacimiento de alemanes sanos ofreciendo «préstamos matrimoniales» libres de interés a los recién casados que demostraran su ancestro ario y proporcionaran certificados de aptitud racial.

El jurista nazi Hans Frank, que durante la guerra fue gobernador de la Polonia ocupada, consideraría más tarde que esta ley «representa la visión del mundo nacionalsocialista con la mayor claridad». Junto con la ley sobre los funcionarios públicos, demostraba en qué consistía la revolución nazi: la población alemana estaba siendo reordenada según sus supuestos valores genéticos, un proyecto que requería que todos los alemanes examinaran de nuevo a sus parientes, amigos y vecinos. Esta intervención radical en el «derecho de la persona» habría sido imposible sin el poder ejecutivo reunido después de un «giro total como el que se produjo en 1933», admitía Arthur Gütt, un destacado médico nazi que se encargó de preparar el borrador de la ley de esterilización.[19] Con medio millón de fracasados genéticos en los hogares alemanes, más de medio millón de judíos en el país como extraños raciales, y millones de alemanes saludables sin una conciencia suficiente de sus responsabilidades como arios, los nazis tenían por delante una lucha racial que prometía ser prolongada.

La biología racial en la Alemania nazi se tradujo en un extraordinario proyecto de reconstrucción genética que movilizó a miles de activistas. Sin embargo, también supuso una exigencia para los alemanes normales y corrientes, que habían de visualizar al *Volk* como el sujeto racial vital y, en consecuencia, escoger parejas apropiadas y aceptar los «límites a la empatía». «No es una insignia del partido o una camisa parda lo que te hace nacionalsocialista, sino tu carácter y la forma en que conduces tu vida», anunciaron en julio de 1933 los directores de la revista eugenésica *Neues Volk*. Tras los logros de la revolución política, se necesitaba una «revolución espiritual —insistía Walter Gross, el joven director de la Oficina de Política Racial del Partido Nazi—: una remodelación y reforma fundamentales.» La revolución biológica daría la vuelta «incluso a aquellas cosas que hoy parecen completamente sólidas», añadió de manera amenazadora.[20] Gross hacía hincapié en que los alemanes genéticamente deseables debían esforzarse por practicar lo que podría denominarse un acicalado racial.

Algunos historiadores han considerado que el verano de 1933 marca el fin de la revolución nacionalsocialista.[21] A lo largo y ancho de Alemania, se había coordinado en gran medida a los clubes y asociaciones, los estados federados se habían integrado en el régimen con el nombramiento de procónsules que respondían ante Berlín, y todos los partidos políticos con excepción del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán habían sido prohibidos. El mismísimo Hitler reconoció en un discurso a comienzos de julio que «la revolución no es una condición permanente y no puede ser algo que se lleve a cabo a perpetuidad». Luego, prosiguió diciendo que «lo más importante es la educación del pueblo». Hablando poco más de una semanas después de la brutal masacre de los trabajadores arrestados en la localidad berlinesa de Köpenick, Hitler adoptó los primeros pasos para poner freno a los miembros de la SA, que continuaban atacando brutalmente a los comunistas y los socialdemócratas. Unos pocos meses después pidió a los paramilitares «tender una mano a los antiguos adversarios que demuestren su lealtad» para con el nuevo Estado. Revivir constantemente los conflictos del «período de lucha» anterior a 1933 en lugar de concentrarse en las conversiones que habían tenido lugar desde enero impedía la formación de la *Volksgemeinschaft*. El ideal era «infundir en todo el *Volk* un único ideal», una tarea que, como señala Claudia Koonz, «significaba convertir a los antiguos enemigos»; de allí que se subrayara la importancia de la educación.[22]

En realidad, Hitler no puso fin a la revolución nazi sino que la redefinió. En sus comentarios de julio de 1933 el líder nazi había añadido:

«El nuevo Estado alemán será por completo una fantasía si no desarrolla a la persona».[23] Ésta era la declaración verdaderamente revolucionaria: «una nueva persona alemana» que emergería como resultado de la aplicación de las técnicas de la higiene racial. Los nazis estaban cada vez más preocupados por concitar el pacto racial, la forma definitiva de la comunidad del pueblo. El escenario de la revolución se trasladó de los asaltos a los bloques de pisos proletarios a la dotación de personal de los organismos de la sanidad pública, y sus principales guerreros no provenían de las tropas de choque de la SA, cuyo número se redujo después de que Hitler purgara a la organización de sus cabecillas más rebeldes en junio y julio de 1934, sino que eran profesionales educados, inspirados ideológicamente y ubicados en lo más alto del escalafón de la SS, que se veían a sí mismos como la vanguardia racial del nacionalsocialismo. Fue el mundo moderno y científico de los «etnócratas» y los profesionales biomédicos (no los anticomunistas *Freikorps* veteranos de la SA) el que concibió el *Ahnenpässe* y los certificados de salud genética y el que evaluó la valía genética de los individuos.

A lo largo de 1933, Hitler volvió en repetidas ocasiones al tema de la fabricación de un nuevo pueblo y la creación de una nueva comunidad política. Los alemanes sólo tenían que sentarse junto a la radio para pillar retazos de las fantasías utópicas del Führer. En noviembre, en Weimar, prometió que «si en la actualidad hay todavía en Alemania personas que dicen: "Nosotros no vamos a unirnos a vuestra comunidad, permaneceremos aquí siendo lo que siempre hemos sido"; entonces yo les digo: "Moriréis uno detrás de otro, pero después de vosotros habrá una generación joven que no sabrá de otra cosa"». Unos pocos días más tarde aseguró: «Mucho tiempo después que nos hayamos ido, la historia demostrará que logramos dejar un Reich y un Pueblo».[24] Con una visión panorámica del futuro, una seguridad en el veredicto de la historia y una confianza total en su capacidad para viajar de un punto a otro, Hitler introdujo a los alemanes en los preceptos raciales del Tercer Reich.

Los nacionalsocialistas eran revolucionarios en su objetivo proclamado de crear unos nuevos hombres y unas nuevas mujeres que se reconocieran entre sí como camaradas raciales y comprendieran los peligros que planteaban los indeseables raciales. Hacer esto implicaba visualizar a la población alemana de una forma radicalmente diferente. Un ingente esfuerzo reeducativo invitó a los alemanes a prestar atención a la raza y apreciar el valor racial. Asimismo, resultaba necesario educar a los alemanes para que asumieran las responsabilidades físicas y sociales de la ca-

maradería racial y adquirieran destrezas militares. Con este fin, se creó a lo largo y ancho del país una vasta red de *Gemeinschaftlager* o campos comunitarios; en un momento u otro, la mayoría de los alemanes pasaron por ellos. Junto a los campos de concentración y los campos de exterminio, los campos de adiestramiento fueron un componente fundamental del proyecto racial nazi. Por último, era necesario proteger el acervo racial de Alemania de los indeseables raciales, a los que había que encarcelar o esterilizar, y de la amenaza política y moral más amplia que representaba la presencia foránea de los judíos alemanes. Los años posteriores a 1933 constituyeron un período de aprendizaje en los ámbitos de la clasificación y la división.

VER COMO UN ARIO

En 1936 Heinrich Himmler, jefe de la SS y de los organismos de seguridad alemanes y, probablemente, el hombre más poderoso del Tercer Reich después de Hitler, señaló con satisfacción: «el pueblo alemán ... ha aprendido de nuevo a ver el cuerpo» y a juzgarlo basándose en su «mérito o demérito». Un nuevo régimen visual apelaba una y otra vez al cuerpo alemán, con mayor frecuencia en retratos de atletas resplandecientes, familias grandes o soldados marchando, y en ocasiones mediante comparaciones que yuxtaponían primeros planos de individuos deformes y degenerados y masas informes de personas. En «La cámara», una exposición organizada por el Partido Nazi en 1933 que tuvo una buena recepción, las fotografías de la muestra llevaban títulos como «Las filas de los sin remedio», «¿Cómo quieres que sea Alemania?», «¡Nunca más así!» y «¡Sólo así!».[25] Los reportajes fotográficos publicados tanto en los periódicos y revistas como en el material propagandístico del partido empleaban de manera persistente la técnica de juntar lo bueno y lo malo, lo nuevo y lo viejo, lo «genéticamente enfermo» y lo «genéticamente sano», animando a los lectores a echar una vistazo a una imagen y luego a la otra y embarcarse en un viaje de remodelación del pueblo alemán.

Los propagandistas nazis creían que estas imágenes eran bastante más convincentes que los textos escritos. En consecuencia se organizaron exposiciones cada vez más ambiciosas, a las que asistieron millones de personas. La más famosa de todas fue la exposición de «Arte degenerado», que a partir del verano de 1937 y a lo largo de cuatro años recorrió trece ciudades y tuvo más de tres millones de visitantes, que acudían para

ver ejemplos seleccionados especialmente de formas de arte moderno desproporcionadas, antinaturales y escandalosas. Más de cuatrocientas mil personas visitaron la exposición «El judío eterno» en el Deutsches Museum de Múnich entre diciembre de 1937 y enero de 1938. Incluso un pueblo pequeño como Rothenburg montó un salón sobre «Sangre y raza» que visitaron dos mil cuatrocientas personas, una cuarta parte de la población local, en marzo de 1937. Estas exposiciones fomentaban el ejercicio de la mirada. Permitían a los alemanes ver contrastes, hacer distinciones, trazar líneas divisorias. Debido precisamente a que los alemanes habían empezado a pensar en términos de *Feindbilder*, «visiones del enemigo», Goebbels consideró que exhibiciones como éstas constituían un «éxito fantástico».[26] La oposición «¿esto o eso?» (*So-oder-So?*) hacía hincapié en la obra de autocreación, en el hecho de que el logro de la forma ideal dependía de la erradicación de las formas físicas antiguas, en que no hacer el esfuerzo equivalía a retroceder a «las filas de los sin remedio». «¿Esto o eso?» fue el espectáculo que recorrió el país en los años que siguieron a 1933.

La principal figura de la campaña de propaganda estatal fue Walter Gross, el joven médico (tenía apenas veintiocho años en 1933) que dirigía la recién creada Oficina de Política Racial, un órgano del Partido Nazi que debía rendir cuentas a Rudolf Hess, el segundo de Hitler. Gross se veía a sí mismo como un cruzado de la conciencia racial y fue gracias a sus esfuerzos como los ciudadanos pudieron conocer las imágenes gemelas de los nuevos alemanes, saludables y conscientes, y los otros, degenerados y peligrosos. Ya el 14 de julio de 1933, cuando se promulgaron las leyes de esterilización (el día del aniversario de la Revolución francesa, lo que resulta significativo) Gross acudió a la radio nacional para hablar a los alemanes de los «nuevos seres humanos» que el nacionalsocialismo estaba decidido a crear e instó a sus oyentes a que emprendieran ellos mismos una reforma espiritual y pública. Lo que se necesitaba, insistió, era que los alemanes se conocieran a sí mismos («Erkenne dich selbst»), esto es, que se identificaran con los retratos idealizados de los nuevos alemanes y que, con los retratos de los degenerados en mente, siguieran los principios de la biología de la herencia al buscar una pareja adecuada de matrimonio, se casaran sólo por amor y proporcionaran al *Volk* hijos saludables. Eso implicaba aceptar los «límites a la empatía» mientras una Alemania revitalizada se encargaba de erradicar a los indeseables raciales. Las repetidas referencias a la «falsa humanidad» y a la «compasión exagerada» de la era liberal constituían un indicio de qué era exactamen-

te lo que estaba en juego: la necesidad de preparar a los alemanes para la aprobación de lo que desde el punto de vista de la ética universal o cristiana no era otra cosa que una actividad criminal. «Es obvio que las personas que han estado viviendo tranquilamente sus vidas, anidados en la paz y serenidad de la vida cotidiana, se sentirán estremecidos en sus cimientos —admitía en enero de 1934 Helmut Hübsch, uno de los colegas de Gross—; la tragedia de su existencia se revelará y se presentará ante ellos como un abismo. Habrá que tomar decisiones acerca del destino de ciertos individuos. Se harán necesarios sacrificios de dimensiones sin precedentes.»[27]

El esfuerzo por inculcar una «conciencia nazi» se puso a toda marcha en enero de 1934, cuando la ley de esterilización entró en vigor. El mismo Gross presentó la legislación en reportajes cinematográficos en los que se mezclaban «escenas absorbentes» de un «manicomio» con imágenes de «las potentes figuras de nuestros aspirantes olímpicos». Después de éste, vendrían, en entregas regulares, documentales sobre todos los aspectos de la «política poblacional y la higiene racial», una mezcla de, en palabras de Koonz, «glorificación étnica sentimental y profecía sombría». Se calcula que unos veinte millones de alemanes, una tercera parte de la población del país, veía al menos una de estas producciones cada año. Para mediados de 1937, la Oficina de Política Racial había formado a más de dos mil «educadores raciales», que tras un curso de ocho semanas impartido en Berlín, recibían un certificado de orador especial que los autorizaba a dirigirse a los alemanes sobre cuestiones de población y política racial. Esta certificación formaba parte del esfuerzo que se estaba realizando tanto para hacer que el racismo alemán fuera objetivo y científico de acuerdo con las leyes genéticas de la herencia, como para mantener alejados a supuestos expertos como Julius Streicher, el Gauleiter del partido en Nuremberg, conocido por sus teorías sobre el contagio sanguíneo. Los educadores formados por Gross se desplegaron por todo el país para ofrecer conferencias al público en general, realizar talleres con miembros del partido y organizar seminarios en las escuelas. Se calcula que en 1938 unos dos millones y medio de personas asistieron a 25.130 encuentros de este tipo, de los que salían llevando consigo cientos de miles de folletos, calendarios ilustrados con imágenes del «nuevo pueblo» alemán y demás material propagandístico. La revista ilustrada *Neues Volk*, una publicación común en las salas de espera de los médicos y en las oficinas de la sanidad pública, alcanzó una circulación de más de trescientos mil ejemplares en el último año antes de la guerra.[28] Armada con fo-

tografías, gráficos y tablas, la propaganda de la Oficina de Política Racial hacía una distinción crucial entre cantidad y calidad (*Zahl und Güte*) fácil de entender. A diferencia del vulgar periódico antisemita de Streicher, *Der Stürmer*, la *Neues Volk* tenía toda la apariencia de ser una publicación objetiva y seria sobre hechos de la vida difíciles.

Con todo, lo que con más frecuencia dejó una impresión perdurable en el público alemán fueron las representaciones horripilantes de los judíos como asesinos de niños y depredadores sexuales. Con una circulación de medio millón de ejemplares, el periódico de Streicher se exhibía en unas vitrinas especiales, las llamadas «cajas *Stürmer*», que después de 1933 era posible encontrar en toda Alemania. En sus viajes en automóvil por el campo, Victor Klemperer se topaba con ellas constantemente: «La bonita carretera a Oberkips se llama ahora Adolf-Hitler-Strasse, y en la estación tiene su vitrina el *Stürmer*». «Al principio —anotaba un informante socialista— uno lee *Der Stürmer* únicamente por curiosidad, pero al final, algo se queda.»[29] Los transeúntes se detenían para discutir las denuncias fantásticas de la publicación. «Es horrible —oyó decir alguien a un par de mujeres en Fulda— y debe de ser cierto, pues de lo contrario los judíos no lo tolerarían.» El material era tan abrumador que Klemperer llegó a decir que no le «asombraría si dentro de poco me topara en el jardín con el cadáver de un niño». Unos pocos años más tarde, muchos soldados invasores describieron sus impresiones de la Unión Soviética con referencias a *Der Stürmer*.[30]

El material de propaganda racial inundó las escuelas alemanas; e incluso había problemas aritméticos en los que se multiplicaba el número de «idiotas» en Alemania. Los nazis abrieron hospitales y manicomios a las excursiones escolares de manera que los niños en edad escolar pudieran hacer su elección: «¿esto o eso?». «Deambulamos por centenares de corredores —relató Elisabeth Brasch a propósito de una excursión a un hospital en Kreuznach—; de repente estábamos en una habitación enorme en la que había muchas chicas, todas ellas medio locas, inválidas, deformes.» En las paredes, las citas de Hitler y Goebbels se intercalaban con pasajes de la Biblia. Esta combinación probablemente confirmaba, antes que contradecir, el mensaje general de la exaltación racial.[31]

Los pedagogos advertían a los padres que los niños regresarían a sus casas de la escuela con ideas diferentes acerca de lo que era moral y lo que no lo era. A «Hans» y a «Grete», explicaba un educador, no debía considerárseles *gemütsroh*, crueles: «Cuando dejan de burlarse de un niño desgraciado por haber hecho caso a las amonestaciones de sus padres, la

educación materna se ha anotado un triunfo extraordinario. Pero, ¿jugar con él? ... En este caso los niños actúan de acuerdo a un instinto básico que rechaza todo lo que es enfermo o débil o repulsivo». Con todo, al regresar al albergue juvenil tras la salida a Kreuznach, recordaba Brasch, «muchas de las chicas buscaron la compañía de otras y en nuestras conversaciones» acerca de la ley de esterilización «estábamos completamente en contra del líder, que pensaba que cualquier cosa podía solucionarse por medios radicales».[32]

Cuando se trataba del cuerpo alemán, ciertamente no había «límites a la empatía». De las «fronteras sangrantes» desgarradas por el Tratado de Versalles a la amenaza que representaban las fuerzas aéreas que rodeaban Alemania, de las aldeas y pueblos que la *Autobahn* pasaba por alto a las exquisitas fisionomías de sus gentes, que constituían un ingrediente básico de las revistas y los álbumes ilustrados, a las «manos de las madres», que en 1934 fueron tema de un reportaje gráfico en *Neues Volk*, y finalmente a las «manos del propio Führer», el cuerpo alemán fue objeto de interminables caricias, desde la mañana hasta la noche, en incontables ejercicios escolares y reuniones juveniles y viajes «Fuerza a través de la alegría».[33] Se prepararon genealogías, se trazaron linajes y se recontó la participación de los ciudadanos normales y corrientes en la tumultuosa historia de la nación con el fin de hacer que todo fuera una faceta resplandeciente que reflejaba el bienestar del pueblo alemán; incluso la radio popular se designó como la VEB 301 para conmemorar el 30 de enero, cuando Hitler llegó al poder. Ahora bien, pese a todas las excursiones al campo que realizaron los colegios y las Juventudes Hitlerianas, pese a todas las tiendas que se montaron en tales ocasiones, existía una sorprendente falta de interés por las formas naturales de la tierra, su fauna o geología. Lo que monopolizaba la atención no era el lugar que recibía el nombre de Alemania, sino el pueblo que lo habitaba, una unidad de sangre e historia. Este egocentrismo hacía que la exclusión de los judíos y otros no combatientes en el conflicto racial de Alemania fuera todavía más completa.

EL CAMPO

La tarea de esculpir la nueva persona alemana se encomendó a miles de campos comunitarios. Los pedagogos nazis ensalzaban *das Lafger*, «el campo», como el lugar privilegiado en el que la «nueva generación estaba hallando su forma». Cuando pensamos en los campos del período nazi,

tendemos a pensar en la red de campos de exterminio y campos de trabajos forzados satélites que se creó a lo largo del imperio alemán en 1942 y 1943; o bien en los campos de concentración como el de Dachau, donde los nazis encerraron a sus adversarios políticos. Un total de cien mil personas, en su mayoría socialdemócratas y comunistas, pasaron algún tiempo en campos de concentración en 1933, por lo que la amenaza del terror seguía siendo palpable. Sin embargo, para finales de 1934, no había más de tres mil prisioneros en los cuatro campos principales: Dachau, Sachsenhusen, Buchenwald y Lichtenburg (un campo para mujeres que en 1939 sería reemplazado por Ravensbrück). Hasta la guerra, el «imperio de los campos» alemán estaba en realidad abarrotado de «arios», bien fueran alemanes considerados inaceptables desde un punto de vista genético a los que se retiró de la sociedad en los años posteriores a 1935, con lo que los campos de concentración volvieron a llenarse hasta tener a cerca de diez mil internos, o, en una cantidad mayor, muchísimo mayor, niños, jóvenes y profesionales adiestrándose para desempeñar su papel en la comunidad del pueblo.[34]

El campo comunitario «cerrado» fue la institución de formación alrededor de la cual se organizó el Servicio de Trabajo del Reich. La *Fahrt*, excursión, anual a una colonia era el acontecimiento más importante en el calendario de las Juventudes Hitlerianas. Y los campos eran los lugares preferidos para la realización de talleres con el objetivo de formar a los profesionales en ciencia racial y otros aspectos del trabajo «político nacional». «Cuando el sol se pone —escribía extasiado un observador— por toda Alemania el personal de los campos se encuentra en posición de firmes viendo desfilar las banderas.» Según Adolf Mertens, un pionero de la pedagogía de los campos, «una red de campos cubre nuestro país desde el mar hasta las montañas, desde las tierras baldías y los bosques del Este hasta las regiones industriales del Oeste». «Hay campos de tiendas y de casas, campos para treinta participantes y para varios cientos e incluso para un millar.»[35] Los campos más comunes eran los que reunían a funcionarios del partido, a miembros de la SA y la SS o al Servicio de Trabajo del Reich. En los últimos años de la década de 1930, dos mil campos de verano acogieron a más de seiscientos mil niños y niñas alemanes; en vísperas de la segunda guerra mundial, tres mil doscientos campos de estilo militar recibieron a casi cuatrocientos mil jóvenes para cumplir con su servicio laboral; y desde 1933 hasta 1938, medio millón de participantes hallaban cobijo, en su mayoría en tiendas de campaña, durante los diez días que duraban los congresos del Partido Nazi celebrados en Nurem-

berg en el mes de septiembre.[36] Asimismo los campos reunían a «abogados, artistas, doctores, funcionarios públicos y directores empresariales» para su reeducación. Los campos de tránsito reunían a los alemanes de raza antes de su reasentamiento, en los primeros años de la guerra, y a los refugiados alemanes que huían del avance soviético, hacia el final del conflicto. Es probable que la mayoría de la población alemana se hubiera visto obligada a alistarse en un campo en algún momento entre 1933 y 1945.

El campo proporcionaba el escenario institucional para hacer realidad el reto hitleriano de que la tarea de la revolución era la educación del pueblo. Apartados de sus contextos sociales habituales (la familia, el trabajo, la escuela), los campos cerrados estaban diseñados para vencer las identificaciones de los participantes con los entornos sociales de los que provenían y fomentar la *Entbürgerlichung* (purga de los elementos burgueses) y la *Verkameradshaftung* (camaradería) como partes del proceso de *Volkwerdung*, «la construcción del pueblo», según la particular expresión nacionalsocialista.[37] Se esperaba que los uniformes, el compartir la carga del trabajo y el tratamiento igualitario (el «tú» sustituía al «usted», un gesto significativo) convirtieran a los alemanes en camaradas raciales. Según encuestas realizadas en la época, la camaradería que había en los campos tenía un atractivo real, pero las nuevas virtudes sociales exigían imponer disciplina, en especial a los chicos. Campamentos cerrados y marciales, los *Lager* alemanes se asemejaban a «instituciones totales» exigentes y severas tanto en términos físicos como mentales. El Tercer Reich no rehízo por completo a hombres y mujeres, pero su éxito, en la medida que lo fue, se debió en gran parte a los campos.

Para Hitler, la juventud era la garantía del futuro del Tercer Reich. En lo que con facilidad hubieran podido ser las palabras horrorizadas de un opositor liberal del nazismo, Hitler reflexionaba en 1938 sobre la capacidad del régimen para crear nazis a partir de alemanes en su paso de una etapa de la vida a otra: «Estos niños y niñas entran a nuestra organización con diez años de edad, y con frecuencia tienen por primera vez un poco de aire fresco; después de cuatro años en la *Jungvolk* pasan a las Juventudes Hitlerianas, donde los tenemos durante cuatro años más ... E incluso si para entonces no son nacionalsocialistas completos, pasarán al servicio laboral y allí se ablandarán durante otros seis o siete meses ... Y de cualquier conciencia de clase o estatus social que pueda quedar» (Hitler no cree que pueda ser mucho) «se encargará la Wehrmacht».[38] El reclutamiento por cuatro años en las Juventudes Hitlerianas y, después, por seis meses en el Servicio de Trabajo del Reich fue obligatorio para los

chicos desde 1936 y tres años después lo sería para las chicas, lo que proporcionó a Alemania una auténtica *Staatsjugend.*

Junto a los padres y la escuela, las Juventudes Hitlerianas llegaron a ser reconocidas como una de las tres instituciones responsables de la socialización de los niños alemanes. Aunque las Juventudes Hitlerianas eran herederas del legado del movimiento juvenil alemán de comienzos de siglo, que había sido un abanderado pionero de la idea de «juventud guiada por la juventud», éstas constituían una organización mucho más militarizada. Las Juventudes Hitlerianas se deshicieron de la autonomía tradicional y los rituales cultivados de los grupos juveniles para reemplazarlos con los uniformes estándares de una única institución que reclutaba a cientos de miles de niños y niñas y contribuía activamente a reducir la segregación social. Tanto las Juventudes Hitlerianas como el Servicio de Trabajo del Reich buscaban mezclar a los jóvenes burgueses y los de clase trabajadora con el fin de derribar las barreras sociales que podían obstaculizar la formación de la conciencia racial nacional. Este empeño creó oportunidades para la camaradería, algo que muchos jóvenes de clase media apreciaron, pero al mismo tiempo sirvió de marco para el acoso que muchos jóvenes de clase media tuvieron que soportar.

Con sus largas jornadas (miércoles por la tarde, sábados todo el día) e implacable disciplina, las Juventudes Hitlerianas no consiguieron suscitar el entusiasmo ávido y desinteresado de los grupos juveniles de la época de Weimar. Incluso las excursiones parecían expediciones militares: «Todo se hacía de manera totalmente militar, desde el toque de diana, el primer desfile, la izada de bandera, el deporte y las abluciones matinales antes del desayuno hasta los "juegos de exploración", la comida y demás hasta la noche ... todo se hacía en términos de órdenes y obediencia». «Las marchas cerradas eran la fórmula más sencilla para inculcar el sometimiento al orden», anota Hans-Ulrich Thamer; como rezaba un himno de marcha de la era nazi: «en formación cerrada, no tan rápido como quisieras; en formación cerrada, no tan lento como quisieras; en formación cerrada, tienes que adaptarte al todo; en formación cerrada, no puedes pensar sólo en ti; en formación cerrada, y la columna se mantiene unida; en formación cerrada, y serás inatacable». La disciplina de estilo militar y las rígidas estructuras jerárquicas que imponía el esfuerzo de preparar a la próxima generación de soldados alemanes impacientaba a los chicos. El mismo hijastro de Goebbels, Harald Quandt, se quejaba de «la mala comida, el maltrato y el correo censurado». Otros niños consideraban que el servicio era sencillamente aburrido.[39]

Con todo, en 1939 las competencias deportivas nacionales organizadas por las Juventudes Hitlerianas reclutaron a siete millones de chicos y chicas, casi el doble de los participantes de 1935, y proporcionaron a muchos la ocasión de distinguirse. El simple hecho de que se hubiera asignado a los jóvenes una función en la reconstrucción de Alemania otorgaba legitimidad a las Juventudes Hitlerianas. La organización minaba poco a poco la autoridad parroquial de padres y maestros. A pesar de haber sido objeto de burlas por sus gafas y sus libros, un adolescente de clase media asumió el porte de las Juventudes Hitlerianas enfrentándose a sus padres («vosotros los viejos habéis de ser erradicados para que sea posible dar comienzo a la nueva era») y manifestando su veneración por «la lealtad incondicional al grupo y el principio del Führer» (como «todos los demás», añade el periodista suizo que en 1944 relataba esta anécdota).[40] La conciencia generacional, así como la idea de que era necesario reemplazar lo viejo por lo nuevo, sin duda abrieron las mentes de los jóvenes a los principios de la higiene racial, que de forma repetida se analizaban en talleres y conferencias. Los jóvenes, que habían sido el grupo más vulnerable durante la Gran Depresión, terminaron viéndose a sí mismos como la vanguardia de una nueva sociedad que prometía proporcionarles oportunidades y experiencias de las que habían carecido sus padres. Más de un tercio de los graduados escolares de 1938 del Athenaeum Gymnasium de la ciudad de Stade, en el norte de Alemania, esperaban seguir una carrera como oficiales en la Wehrmacht o convertirse en líderes juveniles en las Juventudes Hitlerianas.[41]

El período de seis meses en los campos del Servicio de Trabajo del Reich, al que se presentaba la gran mayoría de los alemanes al cumplir los dieciocho años, revela de forma más clara las ambiciones de los nazis de rehacer a los jóvenes. Bajo el lema «El trabajo ennoblece» o «El trabajo os hará libres», que también se exhibían en los campos de concentración de Dachau, Sachsenhausen y, más tarde, Auschwitz, los campos organizaban a sus residentes en brigadas de estilo militar para fomentar la camaradería y la disciplina; las jóvenes usualmente lo tenían más fácil, pues por lo general se las enviaba a granjas u hogares. A diferencia del trabajo en los campos de la época de Weimar, los centros del Servicio de Trabajo del Reich eran cerrados; los hombres no podían abandonar el campo sin autorización, las vacaciones tenían límites estrictos y el único material de lectura disponible era literatura nacionalsocialista. Los *Arbeitsdienstmänner* (hombres del servicio laboral) trabajaban duro en proyectos de obras públicas y recibían adiestramiento militar, en parte como un

modo de sortear las restricciones impuestas a las dimensiones del ejército alemán. Sin embargo, el principal objetivo de los seis meses de servicio era vencer la identificación de los jóvenes con sus entornos sociales y de ese modo superar la fragmentación de la sociedad alemana.

Cada aspecto del servicio laboral en los campos obligaba a los jóvenes a meterse en cintura y buscar aceptación social. Llegaban en tren a una estación de ferrocarril cercana y luego marchaban en formación hasta el campo, donde cambiaban sus ropas de civil por el uniforme castaño del servicio. En los primeros días, los hombres escribían breves autobiografías, documentos que servían de base a las discusiones acerca de la capacidad de cada uno para servir a la comunidad y convertirse en un buen camarada racial. En la última noche, los residentes también escribían evaluaciones en las que identificaban a los individuos que en su opinión tenían las cualidades necesarias para ocupar posiciones de liderazgo. Estos ejercicios confesionales generaban fórmulas de buena conducta.

Los *Arbeitsdienstmänner* trabajaban juntos como una unidad, marchaban juntos y descansaban juntos, una existencia grupal sin fin diseñada para aunar a la comunidad del pueblo. Durante las comidas predominaba un orden estricto: «Eso de sentarse de cualquier manera y en desorden para comer no tiene lugar aquí. Eso sería como llevar un restaurante», una caída, un retroceso, en las tendencias individualizadoras de la sociedad liberal. Se esperaba que los hombres pusieran las mesas de forma adecuada y las decoraran con flores como parte de la «cultura de la mesa nacionalsocialista», pues el campo de trabajo no era «un bar o una cocina».[42] Aunque los hombres podían formar «grupos de afinidad» después de cenar, el reglamento estipulaba que al menos dos veces por semana «las actividades sociales tenían que incluir a todos».[43] Como advertía el pedagogo Hellmut Petersen, «tu rincón preferido en el bar difícilmente es un lugar apropiado para construir un equipo». Toda la organización del campo de trabajo estaba concebida para crear nuevos espacios colectivos y suplantar los restaurantes, bares y cocinas que mantenían las geografías del origen social y el estatus. La mayoría de los campos consistían en barracones de madera estándares, construidos para albergar a ciento cincuenta o ciento sesenta hombres, de estilo «rústico-militar»: «militar en su rigor, líneas rectas y sencillez; pantalla, lema y banco, todo "en buen orden"». Pero también rústico: «pesado y afianzado en el suelo».[44]

Cincuenta mil *Arbeitsdienstmänner*, sosteniendo sus palas características como rifles, formaron el emocionante coro del comienzo de la película de Leni Riefenstahl, *El triunfo de la voluntad*. Las siguientes escenas

muestran la camaradería campechana de un campamento de las Juventudes Hitlerianas. El congreso mismo era la culminación definitiva de una gigantesca *Fahrt* en la que hasta tres mil trenes adicionales transportaron a quinientos mil participantes al *Lager* temporal en que demostraron su capacidad para vivir de forma colectiva. Año tras año a lo largo de la década de 1930, una porción considerable de la juventud alemana, quizá hasta una quinta parte, participó en este espectáculo extravagante de diez días de duración.

En el cine, las imágenes de la *Volksgemeinschaft* tenían un gran atractivo. Pero en los campos se exigía que los participantes trabajaran duro en su lucha por demostrar su aptitud como camaradas raciales. El trabajo físico era extenuante; y el esfuerzo por encajar, todavía más agotador. El espíritu igualitario animaba a los hombres de clase trabajadora a apretar las clavijas a los graduados escolares. «Su prolongada y sesgada educación intelectual les ha familiarizado poco con la vida real», explicaba Petersen; «ya no recuerdan la forma de pensar y hablar de los camaradas sencillos y sin educación». ¿Cómo conseguir que pensaran y actuaran de forma «simple, llana, directa»? Petersen era franco: «mediante el ejemplo, pero también mediante las reprimendas, las bromas, las tomaduras de pelo, los insultos e incluso, aunque rara vez, la violencia».[45]

Es difícil determinar con exactitud la camaradería que producían los campos realmente. Sin duda, eran los jóvenes de clase media los que hacían el ajuste. Muchos tuvieron en ellos la ocasión de conocer por primera vez a compañeros de clase trabajadora: «Tíos con mujeres desnudas tatuadas en sus brazos, tíos que hablaban de sus aventuras marxistas antes de la toma del poder ... tíos que serían capaces de matarte por el más mínimo insulto al grupo».[46] El hermano de Elisabeth Brasch, un graduado escolar, se presentó a un campo de trabajo en abril de 1937. En las cartas que enviaba a su casa, el chico reconocía que «la vida juntos» en el campo era «muy difícil» porque, por lo general, «los elementos inferiores imperan», sin embargo, en última instancia, «la gente se integra antes de que se dé cuenta». Se enorgullecía de haber encajado y de estar aprendiendo nuevas cosas. Y aplicaba esta actitud de mentalidad abierta, que no obviaba los problemas y dificultades, a muchas otras situaciones en el Tercer Reich: «*Tenemos* que apreciar lo bueno ... tenemos que vivir acorde con los tiempos, incluso a pesar de que haya muchas, muchísimas cosas con las que no estemos de acuerdo. Nadar contra la corriente sólo contribuye a empeorar las cosas». Brasch concluía que «a pesar de todas las dificultades, mi hermano se siente agradecido por su período de servicio laboral, que le ha pro-

porcionado un valioso conocimiento de la diversidad de la vida humana». Un año después, Elisabeth terminó su propio período de servicio. Recordando esos días en 1940, desde el exilio en Estados Unidos, escribió: «No me derrumbé; por el contrario, después de seis meses dejé el campo siendo más fuerte y más saludable de lo que era al entrar en él».[47]

Lager und Kolonne. Según Bernhard Rust, el ministro de Educación, «el campo y la columna» eran los mejores medios para hacer de los jóvenes alemanes nacionalsocialistas; sin embargo, los adultos que se habían socializado en el Reich del Káiser y en la República de Weimar necesitaban un curso intensivo.[48] El Ministerio de Educación autorizó a la Asociación de Maestros Nacionalsocialistas para que organizara campos de readiestramiento con el fin de «equipar», según la expresión de Rust, a los maestros con planes lectivos en «herencia y raza»; se calcula que unos doscientos quince mil maestros, de los trescientos mil que había en Alemania, asistieron a los retiros de dos semanas que se realizaban en los centros de la organización (cincuenta y seis regionales y dos nacionales) y que mezclaban atletismo, ejercicios militares y cursos. La Oficina de Política Racial también certificó a los miles de médicos en cursos de formación que tenían una duración de ocho días. El Instituto de Biología Racial con sede en Hamburgo ofreció cursos especializados para los médicos, jueces y abogados encargados de administrar los nuevos tribunales de esterilización del país. Antes de que fueran destinados a las oficinas de salud pública locales, los trabajadores sociales iban a campos celebrados en residencias del Servicio de Bienestar Popular; «veladas hogareñas», caminatas y excursiones se intercalaban en la rutina de trabajo de los cursos sobre raza y biología. No está claro exactamente cuántos adultos participaron en los ejercicios de readiestramiento político, pero los diarios de Victor Klemperer mencionan a un amigo que asistió a «un congreso de "nivelación" de los farmacéuticos» organizado por el Partido Nazi en junio de 1933, así como a un profesor de literatura al que se envió a un campo en Königs Wusterhausen: «Profesores de instituto entre cuarenta y cincuenta años. Dormían seis en un cuarto, llevaban uniforme, trabajaban en el campo, hacían deporte, asistían a conferencias culturales. Un director de instituto habló sobre el carácter de los franceses: que eran parecidos a los judíos, que no tenían amor a los animales».[49]

Pensar racialmente implicaba movilizar a los ciudadanos para sacudir a los alemanes y sacarlos de la «tranquilidad de la vida cotidiana», según habían advertido los funcionarios de la Oficina de Política Racial; implicaba redefinir a los parientes para verlos como arios saludables que

conformaban una tabla uniforme de ancestros; e implicaba crear nuevos espacios para contrarrestar las lealtades exclusivas que podían advertirse en los hogares o las tradiciones vinculadas a la mesa favorita en el bar del barrio. Los nazis diseñaron la *Fahrt*, el *Lager* y la *Kolonne* para sacar a los alemanes de sus contextos sociales, políticos y religiosos. En este caso, la raza podía fortalecerse cambiando el entorno. *Fahrt*: cada año las ofertas del Reichsbahn se ampliaban, mejoraban los servicios para el transporte de grupos que desplazaban a los vacacionistas de las Juventudes Hitlerianas o de «Fuerza a través de la alegría», se suministraban bicicletas y se introducían trenes adicionales para transportar a los visitantes a los congresos del partido en Nuremberg. El número de «kilómetros-pasajero» en el Reichsbahn se incrementó de forma constante hasta el punto de que a finales de la década de 1930 superaba en más de un tercio las cifras de los años previos a la Gran Depresión. *Lager*: aunque carecemos de estadísticas completas, sabemos que los nazis utilizaron miles de campos de adiestramiento a lo largo y ancho del país. La cantidad de pernoctaciones en los albergues juveniles alemanes, que quedaron bajo el control de las Juventudes Hitlerianas, prácticamente se dobló entre 1933 y 1938 al pasar de 4,6 millones a 8,7.[50] *Kolonne*: cada vez más y más alemanes adaptaban su paso al del régimen nazi.

Seis años no era mucho tiempo para crear una conciencia racial o forjar una nueva élite racial. No obstante, antes de la guerra se había empezado a reunir un nuevo conjunto de líderes entre los guerreros raciales. Con la inmensa expansión de las Juventudes Hitlerianas para incluir tanto a las chicas como a los chicos, más de 765.000 jóvenes tuvieron la oportunidad de ocupar posiciones de liderazgo. Muchos ascendieron desde la tropa y recibieron adiestramiento formal e instrucción ideológica en academias nacionales como la Escuela para Líderes del Reich en Potsdam. Melita Maschmannp tenía veintiún años cuando se inscribió en ella en 1939 para prepararse para la tarea de reasentar y educar a los alemanes de raza en el Este. El Servicio de Trabajo del Reich también necesitaba a miles de jefes de campo, instructores políticos y líderes de brigadas de trabajo. Lore Walb tuvo discusiones intensas sobre «raza, fe, Carlomagno, sangre y herencia» con su primo Fünther, quien esperaba hacer una carrera en el Servicio de Trabajo a pesar de sus «malas experiencias» (muy probablemente una alusión a las novatadas) y cuyo idealismo ella admiraba «porque él es un camarada».[51]

Para los chicos, la experiencia como líderes en las Juventudes Hitlerianas con frecuencia les llevaba a la SS, la vanguardia paramilitar e ideo-

lógica del partido. Bajo el mando de Heinrich Himmler, la SS se consideraba a sí misma el núcleo de una casta de alemanes completamente nueva destinada a dirigir el avance político y racial de la nación. Los miembros normales y corrientes tenían que demostrar una ascendencia aria que se remontara hasta el año 1800; los oficiales de alto rango, hasta el año 1750. Como élite autoconsciente, la SS se impuso la tarea de demoler tanto las filiaciones religiosas como los prejuicios sociales y borrar los principios cristianos del amor y la misericordia, que continuaba abrazando la mayor parte de los alemanes. Además, la SS exigía que sus miembros se adhirieran a códigos de comportamiento privado acordes con una adecuada conciencia racial. La organización presionaba a sus miembros solteros para que encontraran parejas apropiadas, engendraran hijos y se mantuvieran fieles a sus esposas después de casarse. Las futuras esposas tenían que realizar esfuerzos considerables para documentar su propio origen ario y demostrar un comportamiento alemán adecuado. La SS creía estar cultivando un enfoque completamente moderno de la vida, en el que se reconocía que la reproducción biológica estaba vinculada a la realización personal así como a la salud racial. Se manifestaba en favor de las relaciones felices desde un punto de vista sexual y defendía el que las esposas tuvieran sus propias carreras profesionales, por lo que instaba a los maridos a ayudar en las labores del hogar. Una organización moderna, racialmente a la última y mortalmente antisemita, la SS acogió en sus filas a casi ochocientos mil hombres alemanes, más de un 1 por 100 de la población de la «Gran Alemania», entre 1931 y 1945; durante ese mismo período, más de doscientas cuarenta mil alemanas se casaron con miembros de la SS.[52]

Como hemos señalado, la mayoría de los ciudadanos participaban en los rituales de la comunidad racial, en la *Fahrt*, el *Lager* y la *Kolonne*, la pregunta, sin embargo, es si se convirtieron en camaradas raciales. Las señales de pertenencia a la comunidad nacionalsocialista eran claramente visibles: el saludo hitleriano, las banderas nazis, las insignias del partido. El vocabulario racial infiltró el habla cotidiana, es cierto, pero los actos de bondad hacia los judíos no desaparecieron. El Servicio de Trabajo del Reich probablemente favoreció que hubiera más intercambios sociales por encima de las barreras de clase, pero las experiencias de los campos de trabajo también se tradujeron en memorias de humillación. Los entornos sociales dejaron de estar estratificados a medida que grupos muy grandes de personas de la misma generación partían a campos comunitarios, ejercicios de adiestramiento y talleres profesionales. No obstante,

las fidelidades tradicionales a las iglesias protestantes y católica persistían, y durante la guerra incluso se ampliaron. En el cambio de las modas se advierten indicios tentadores que sugieren que la ropa dejó de ser el indicador preciso del origen social que antes había sido. La moda nazi llegó no tanto en forma de trenzas rubias y *dirndls* (traje tradicional de Alemania meridional y Austria) como en el aspecto más deportivo que trajeron consigo las cremas para la piel, los sombreros pequeños, las faldas azul marino y las chaquetas pardas de la Liga de las Muchachas Alemanas. A finales de mayo de 1933, Lore Walb recibió, como regalos por su decimocuarto cumpleaños, «material para una chaqueta hitleriana parda» y un tarro de crema Nivea, presentes que combinaban perfectamente los hábitos de economía caseros y las pretensiones de sofisticación con el atractivo de la independencia y la pertenencia que caracterizaba la vida cotidiana en el Tercer Reich.[53] Los estudiantes de las escuelas secundarias de élite dejaron de usar sus características gorras negras; señalar el propio estatus de esta manera se había convertido en algo mal visto. «Una cultura en la que las chisteras, las gorras de plato y las gorras escolares marcaban jerarquías sociales rígidas» dio paso de forma creciente a una en la que los hombres e incluso las mujeres de todas las clases sociales usaban el mismo sombrero, el sombrero de fieltro.[54]

Los alemanes pensaban más acerca de su herencia racial (Lore discutía sobre el tema con su primo Günther; Franz Göll elaboró un completo diagnóstico de la salud de su familia), pero las probabilidades de que contrajeran matrimonio no aumentaron y no «otorgaron al Führer», según la frase de la época, más hijos. Es verdad que en el primer año del Tercer Reich, hubo más matrimonios con relación a la población que en cualquier año de la década de 1920. La tendencia se mantuvo en 1934, un año en el que hubo unos 11,1 matrimonios por cada mil habitantes, (en 1928 y 1929 hubo 9,2 matrimonios por cada mil habitantes). Los nazis, que habían creado incentivos financieros para los recién casados, creían que los valores familiares que celebraban habían invertido las peligrosas tendencias sociales que habían reducido el número de matrimonios y limitado el tamaño de las familias. Sin embargo, en 1935 la tasa de matrimonios volvió a caer a 9,7 por cada mil habitantes, y unos pocos años más tarde alcanzó el nivel en el que se encontraba antes de la Gran Depresión. El aumento temporal en el número de bodas sencillamente reflejaba el hecho de que muchas parejas habían pospuesto el casarse en tiempos de dificultades económicas. A juzgar por su disposición a casarse y tener hijos, los alemanes no eran en 1938 muy diferentes de lo que

eran en 1928; era muy poco lo que los nazis podían hacer para invertir las tendencias que desde hacía mucho tiempo limitaban el número y las dimensiones de las familias. E incluso las familias de los miembros de la SS no tenían, proporcionalmente, más hijos que las demás. Lo que cambió fue el carácter de las relaciones entre los hombres y las mujeres, que se volvieron más abiertas, un indicio de que el entorno social había perdido importancia y los encuentros sexuales eran más fáciles. Las burlas sobre la supuesta promiscuidad de las miembros de la Liga de las Muchachas Alemanas sugiere no sólo que la «juventud guiada por la juventud» tenía más sexo sino también que las jóvenes se sentían más independientes. (Las burlas se basaban todas en la sigla de la organización, BdM, de manera que Bund deutscher Mädel podía convertirse en *Bund deutscher Matratzen*, «la liga de los colchones alemanes» o *Bald deutscher Mutter*, «a punto de convertirse en madres alemanas», y así sucesivamente.)[55]

Los alemanes también adoptaron el papel de camaradas raciales cuando aceptaron el estatus inferior atribuido a los forasteros, los «asociales», los «no aptos» desde un punto de vista genético y los judíos. La gente chocaba constantemente con la distinción entre dignidad e indignidad. De a pares, los estudiantes de un instituto médico se desnudaban y pasaban al frente de la clase de biología para una demostración de las «características raciales». Cuando llegó su turno, a Gisela Otmar le preocupaba que sus maestros pudieran descubrir en ella alguna característica judía desconocida. Resultó que se le dijo que tenía un «culo oriental» y «hombros caídos».[56] ¿Intentó mantenerse más erguida a partir de entonces? ¿Vio con resentimiento los cuerpos de los demás estudiantes? ¿Simpatizó un poco con las personas a las que no se consideraba dignas? Quizá fuera así, porque Gisela recuerda el incidente en entrevistas realizadas durante la posguerra; pero otros alemanes continuaron buscando el mejoramiento personal acicalándose como arios, sentándose más derechos, llenando su tabla de ancestros y esforzándose por encajar en los campos, lo que daba legitimidad al proceso de selección que había causado la ansiedad de Gisela en primera instancia.

VIDA INDIGNA

Al mismo tiempo que los *Lager* comunitarios se llenaban de hombres jóvenes, algo similar ocurría con las prisiones. En 1933 los nazis respondieron al intenso deseo de orden que tenía Alemania. El miedo a los revo-

lucionarios comunistas se mezclaba con inquietudes más generales acerca del crimen y la delincuencia. Sin embargo, en vista de que millones de alemanes permanecían en el paro, era difícil distinguir el núcleo de criminales peligrosos o el grupo más amplio de lo que los expertos etiquetaron como «asociales», una clase marginada de delincuentes, prostitutas, mendigos y vagos, del conjunto mucho mayor de los ciudadanos desamparados pero virtuosos. Los periódicos publicaban relatos horripilantes de pedófilos, asesinos en serie y pirómanos que recorrían las calles de las ciudades pasando desapercibidos. En un período en el que la mendicidad era común, la incertidumbre acerca de quién era exactamente el que llamaba a la puerta (el «realmente necesitado», el «delincuente», el «vagabundo») hizo que la opinión pública fuera cada vez más receptiva a los esfuerzos por distinguir a los sanos de los enfermizos, los buenos de los malos. Los alemanes atribuirían al Tercer Reich el mérito de haberlos librado de «la lacra de la mendicidad». Los años del régimen nazi con frecuencia se recordaban como una época de seguridad en la que la gente pudo de nuevo volver a caminar por las calles sin ser molestada o dejar sus bicicletas sin encadenarlas. Los observadores atentos también advirtieron que disminuyó la cantidad de músicos itinerantes, entonces personajes típicos de la vida en las grandes ciudades, que recorrían los bloques de pisos con sus organillos tocando de patio en patio. El familiar grito del trapero, «hierro, ropa vieja, papel», nunca volvió a oírse.[57]

Aunque la cantidad de comunistas y socialdemócratas retenidos en los campos de concentración alemanes descendió en 1934 y 1935, el número de ciudadanos alemanes capturados en redadas policiales a gran escala aumentó enormemente. A finales del verano de 1933, la policía arrestó a decenas de miles de vagabundos. Cuando la policía dejó de centrarse en los comunistas para hacerlo en los delincuentes, prestó atención a la creciente preocupación de los nazis por los peligros genéticos y raciales. Para cultivar el cuerpo saludable de los alemanes, el Estado nazi diseñó medidas positivas como los préstamos para los recién casados, mejoró el acceso a los servicios de la sanidad pública y creó los cimientos de un sistema de seguridad social. Asimismo, concibió medidas eugenésicas negativas, que resultaban menos costosas, para erradicar a los ciudadanos indeseables a los que supuestas discapacidades genéticas hacían improductivos o los predisponían a comportamientos criminales, delincuenciales o «asociales». «En el lenguaje empleado tanto por los nazis como por los científicos de la época, esta política se denominó: *Aufartung durch Ausmerzung*», mejoramiento a través de la exclusión.[58] A diferencia del

trabajo de rehabilitación llevado a cabo por millones de activistas en las Juventudes Hitlerianas, la Liga de las Muchachas Alemanas, el Servicio de Trabajo del Reich y el Bienestar Popular, grupos más pequeños pero poderosos de profesionales biomédicos supervisaron la identificación y segregación de los «asociales» y la esterilización de los alemanes genéticamente «no aptos». El estamento médico alemán consideró la revolución nacional de 1933 como una oportunidad para abandonar por fin el equivocado esfuerzo del liberalismo para cuidar del cuerpo soberano del individuo, y trabajó muy de cerca con los nazis para promover terapias con el fin de fortalecer el cuerpo colectivo del pueblo alemán. Esta meta implicaba hacer juicios acerca del valor de los individuos y su capacidad para llevar vidas productivas.

En primera instancia, las autoridades operaron dentro del sistema judicial tradicional: a los acusados de la era nazi se les imputaban delitos más graves, a los que se encontraba culpables recibían sentencias más largas y los reincidentes se enfrentaban a un confinamiento de máxima seguridad en prisiones estatales. Se trataba de un enfoque basado en «la ley y el orden», duro, pero popular. Sin embargo, dadas sus ideas acerca de la genética, llegado el momento los nazis avanzaron en una dirección completamente diferente al dejar de hacer hincapié en el castigo y la disuasión y adoptar una política demográfica mucho más amplia para erradicar a los «indeseables» raciales de la comunidad en su conjunto. En la interpretación racial del crimen, el criminal era un producto de la biología, y ello hacía que el castigo y la disuasión fueran estrategias condenadas al fracaso. No obstante, era posible reducir el crimen eliminando el cuerpo peligroso, bien fuera aislando a los «asociales» en campos de trabajo o esterilizando a los individuos considerados «indignos» desde una perspectiva genética. En el sistema jurídico nazi, la genética reemplazó al entorno como lugar de origen del crimen, los expertos biomédicos reemplazaron a los trabajadores sociales y la segregación física reemplazó la política de mejoramiento social o la terapia de detención. Mientras que los campos comunitarios reconocían la importancia del contexto social al intentar contrarrestar sus efectos, los campos de concentración negaban por completo la función del entorno.

Con la reorganización y centralización de las fuerzas policiales alemanas bajo el mando de Heinrich Himmler en 1936, la rama de seguridad, que incluía tanto a la policía secreta del Estado (la Gestapo) como a la policía criminal, estuvo en posición de combatir no sólo a los enemigos políticos del régimen, sino también a los «asociales» y a los elemen-

tos ajenos a la comunidad. Himmler y otros ideólogos de la SS desarrollaron una teoría de la práctica policial cada vez más racista. Confiaron para ello en criminólogos, expertos médicos y funcionarios de bienestar que sostenían que la herencia tenía una enorme influencia sobre la sociabilidad, y rechazaron el concepto de Estado vigilante para justificar una intervención preventiva radical. Como explicó Himmler, «la policía tiene la responsabilidad de salvaguardar la unidad orgánica del pueblo alemán, su energía vital y sus recursos de la destrucción y la desintegración». Esta definición daba a la policía una libertad extremadamente amplia. Cualquier cosa que no se adecuara a los estándares normativos de la comunidad del pueblo o pudiera presentarse como un agente de disolución social caía teóricamente dentro de la competencia de la policía. En muchos sentidos, el padre de Karl Dürkefälden tenía razón: en el Tercer Reich, no había lugar para aquellos que no encajaban o no querían hacerlo. Con todo, en la práctica la policía dejó en paz a antiguos socialistas de izquierda como Karl, que tenía familia y empleo, y se concentró en los «asociales», que no han encontrado su voz en la historia alemana. Como comenta Ulrich Herbert: «El simple número de descriptores ("mendigo", "vagabundo", "vago", "proxeneta", así como "gorrón", "parásito", "buscarruidos") evidencia con claridad que lo que está en juego aquí es un concepto colectivo que abarca toda clase de comportamientos irritantes y anormales pero que carecen de clasificación legal».[59]

Tanto las fuerzas policiales regulares como la Gestapo empezaron a realizar sus redadas en las periferias empobrecidas de las ciudades; entre 1934 y 1937 el número de prisioneros en campos de concentración se multiplicó por más de dos hasta llegar a siete mil; la mayoría de los detenidos eran «asociales». Más tarde, nuevos campos proporcionaron capacidad adicional a las fuerzas del orden y recibieron a los cerca de diez mil «asociales» que fueron arrestados en la primavera y verano de 1938 en dos operaciones a nivel nacional bajo el nombre en clave de «Operación Vago». Para la primavera de 1938, una filial de la SS, la Deutsche Erd- und Steinwerke GmbH, manejaba los campos de Flössenburg en Baviera y de Mauthausen en la recién anexionada Austria. Miles de otros alemanes supuestamente «asociales» o «vagos» terminaron encerrados en campos de trabajo. Los gitanos con frecuencia fueron encerrados en sus propios campamentos, que la policía rodeaba con alambre de espino y colocaba bajo vigilancia. Además, a finales de la década de 1930, la policía criminal empezó a arrestar a miles de hombres homosexuales por ser «auténticos» homosexuales o por estar predispuestos genéticamente a

serlo (el lesbianismo por lo general se ignoraba o se consideraba una moda, no una debilidad biológica). Aunque los homosexuales hubieran podido ser acusados, condenados y encarcelados en prisiones estatales de acuerdo con las leyes existentes contra la sodomía, muchos fueron sencillamente secuestrados en las calles y arrojados en campos de concentración sin pasar por los tribunales. En los campos también se recluyó a cientos de testigos de Jehová, incluido el joven *Arbeitsdienstmann* al que recordaba Günter Grass. Una y otra vez, el hombre se limitaba a insistir «nosotros no hacemos eso» hasta que se lo llevaron: treinta mil testigos de Jehová alemanes se negaron a jurar lealtad a Hitler o a empuñar las armas. Casi una tercera parte de ellos fueron arrestados en algún momento entre 1933 y 1945.[60]

Los campos de concentración, que en gran medida funcionaban de forma paralela a la justicia estatal y el sistema penal, se convirtieron en un vertedero para los *Gemeinschaftsfremde*, los «enemigos de la comunidad», que habían de pasar el resto de sus vidas como desperdicios. La propaganda nazi había ensalzado inicialmente las virtudes rehabilitadoras del trabajo y, por tanto, reconocido la posibilidad de una liberación: «El esmirriado se convierte en un hombre, el descreído encuentra una vida», señaló el *Hamburger Fremdenblatt* en una serie acerca de los campos de trabajo de la cercana Rickling publicada en 1935. Más tarde, sin embargo, los prisioneros dejaron de recibir sentencias y pasaron a ser sencillamente «arrojados» en campos de concentración para alejarlos permanentemente de la comunidad. El nacionalsocialismo no consideraba que los «elementos asociales» fueran lo bastante «dignos» de disfrutar de las «instalaciones públicas de la *Volksgemeinschaft*». Como consecuencia de ello, la mortalidad se disparó, en particular entre los ancianos enfermos o alcohólicos que constituían la mayor parte de los «asociales». En Bautzen, un campo de trabajo cerca de Kassel, la edad media de los internos en 1942 era de cincuenta y nueve años.[61] Estos hombres por lo general ocupaban los peldaños inferiores de las jerarquías que se crearon dentro de los campos a finales de la década de 1930. A los internos se los identificaba mediante triángulos de colores que se cocían sobre su ropa: el rojo designaba a los prisioneros políticos, que eran los que estaban mejor organizados y, en conjunto, recibían un mejor trato; el negro era el color de los asociales; el verde, el de los delincuentes profesionales; el rosa, el de los homosexuales; y el morado, el de los testigos de Jehová. Antes de la redada contra los varones judíos de noviembre de 1938, la mayoría de los judíos que se encontraban en los campos de concentración ha-

bían sido detenidos como prisioneros políticos; no obstante, la Administración les exigía distinguirse de los demás y coserse, bajo el triángulo rojo invertido, un triángulo amarillo para formar una estrella de David.

La presencia física de la Gestapo en la vida alemana en la década de 1930 no debe exagerarse. En 1937, ésta empleaba a sólo siete mil personas, incluidas las secretarias y demás personal administrativo, en una población de unos sesenta millones de habitantes (compárese con el caso de la Stasi en Alemania Oriental, que contaba con noventa mil empleados regulares para controlar a una población de diecisiete millones de habitantes). No obstante, el propósito de la Gestapo, en colaboración con la policía criminal, de limpiar las calles de alemanes «despreciables» era bastante visible. En Hamburgo un tren partía de la principal estación de ferrocarriles cada jueves o viernes para transportar presos al campo de trabajo de Rickling. La intervención rutinaria de la policía en la vida cotidiana de los ciudadanos alemanes explica por qué la Gestapo alcanzó el «estatus casi mítico de una criatura capaz de verlo todo y saberlo todo», que tenía agentes a lo largo y ancho del país dedicados a oír conversaciones con el fin de imponer la conformidad política.[62] Sin embargo, la mayoría de las personas que la Gestapo arrestó eran «asociales», no bromistas o protestones, los cuales, cuando de verdad se metieron en problemas, habían sido denunciados por vecinos o conocidos, por lo general por razones personales y no tanto políticas. De hecho, los dirigentes nazis consideraban que la mayoría de las denuncias eran frívolas.[63] No obstante, abundaban las historias y los rumores; aunque la posibilidad de ser denunciado o arrestado era remota, ello no eliminaba el carácter impredecible de la vigilancia estatal. Ahora bien, un hecho extraordinario es que los alemanes recordaban la acción de la Gestapo, no a las personas arrestadas por ésta, un respaldo silencioso de las operaciones contra los «asociales».

Mientras que a los «asociales» podía identificárselos con relativa facilidad a lo largo de las fronteras de la respetabilidad, encontrar a los «genéticamente no aptos», muchos de los cuales tenían hijos y esposas, resultaba mucho más difícil. Las autoridades nazis ni siquiera estaban seguras de cuántos ciudadanos alemanes encajaban en sus cambiantes definiciones de la degeneración biológica. El ministro del Interior Wilhelm Frick por lo general hablaba de aproximadamente un millón de alemanes debilitados física o mentalmente, cifra que correspondía a los cálculos del afamado eugenecista Friedrich Lenz, si bien Frick también señalaba que otros expertos elevaban esta cantidad hasta los trece millo-

nes, lo que en una población de sesenta y cinco millones de habitantes equivalía a una quinta parte del total. En un discurso de 1929, el mismo Hitler jugó con la posibilidad de eliminar a cuatro de cada cinco niños alemanes; «el resultado final podría incluso ser un aumento de fortaleza».[64] Los nazis esterilizaron a más de cuatrocientos mil alemanes, en su mayoría en los años previos a la guerra, 1934-1939. Y al menos una cantidad igual de ciudadanos se enfrentó a la amenaza de esterilización, por lo que un millón de personas y sus familias se vieron involucradas en este apartado de las políticas raciales del Estado. Se trata de una cantidad extraordinariamente elevada, en especial cuando se la compara con los cuarenta y cinco mil individuos esterilizados en Estados Unidos entre 1907 y 1945 (los comentaristas jurídicos alemanes tranquilizaba a la opinión pública del país mencionando el precedente de los programas estadounidenses y citando a Oliver Wendell Holmes, que en 1927 había sostenido que «tres generaciones de imbéciles eran suficientes»).

A diferencia de las «acciones» contra los «asociales», los procesos judiciales de esterilización suponían una intervención profunda en la sociedad civil. Sin embargo, dada la amplia red social involucrada en este proyecto de recuperación racial, la oposición fue extraordinariamente escasa más allá de la resistencia legal de los mismos acusados. La mayoría de los candidatos para ser esterilizados provenían de familias de clase baja, y dado que eran hombres educados de clase media los que realizaban los juicios normativos acerca del comportamiento decente, eran más vulnerables ante la acción del Estado y, al mismo tiempo, tenían menos probabilidades de despertar compasión. Las cartas, diarios y memorias de los judíos alemanes, una población que estaba muy alerta al racismo en el Tercer Reich, pero conformada de forma desproporcionada por individuos de clase media, no se ocupan de las leyes raciales contra los alemanes no judíos; y lo mismo se aplica a los círculos de la resistencia alemana. Las víctimas mismas, así como sus familias, sin duda se sentían avergonzadas por ser consideradas oficialmente «indignas». Todo esto indica hasta qué punto los alemanes absorbieron las ideas nazis acerca de la normalidad física y mental. Incluso el *Volkssturm*, la milicia nacional que constituía la última línea de defensa desesperada en la segunda guerra mundial, se abstenía de reclutar alemanes que hubieran sido esterilizados; eran «indignos de combatir» (en sentido moral más que físico).[65]

Las causas de esterilización empezaron casi inmediatamente después de que la «Ley para la prevención de la descendencia genéticamente menoscabada» entrara en vigor en enero de 1934. La mayoría de los can-

didatos para las esterilizaciones eran remitidos a una de las setecientas oficinas de salud pública de Alemania por el personal médico de manicomios y hospitales. Los funcionarios de la sanidad también contaban con expedientes sistemáticos de los receptores de la asistencia social, los niños en edad escolar y los criminales convictos, que emplearon para identificar a candidatos potenciales. En Berchtesgarden, en Alemania meridional, los maestros de escuela anotaban las tablas de ancestros preparadas por sus alumnos y las entregaban a los funcionarios de la sanidad pública.[66] Cuando los registradores locales tenían alguna sospecha, el simple intento de casarse podía poner en marcha un proceso de esterilización.

Una vez que las oficinas de salud pública recibían una remisión, asignaban el caso a un médico que poseyera una certificación en biología racial. He aquí el testimonio de una mujer joven que acudió, en compañía de su prometido, al despacho de un doctor:

> El doctor leyó mi expediente y me recriminó que mis hermanas habían estado en el reformatorio y que mi madre había sido condenada anteriormente, algo que yo ignoraba. Fue muy vergonzoso. En la habitación del lado ... todos podían oír mis respuestas. El doctor estaba todo el tiempo entrando y saliendo del consultorio hasta que de repente se detuvo enfrente de mí y me dijo algo así como: si una libra cuesta siete *pfennigs*, ¿cuánto cuestan siete libras? Con mucha timidez yo dije: 1,05 marcos. ¡Qué! Gritó el doctor: si media libra cuesta quince *pfennigs*, ¿cuánto cuestan siete libras? Setenta *pfennigs* dije en voz baja. También me planteó preguntas acerca de ciudades y ríos, de éstas pude responder a casi todas.

La objeción a esta especie de pruebas de inteligencia era que excluían una valoración más general de cómo las personas llevaban sus vidas. En 1937, Gerhard Wagner, jefe de la Asociación de Médicos Nazis, escribió un extenso memorándum en el que recomendaba que fueran las sucursales del partido, en lugar de las oficinas de salud pública, las que supervisaran las causas de esterilización con el fin de impedir que camaradas virtuosos pero sin educación cayeran en las garras de burócratas raciales demasiado entusiastas. Los funcionarios del Ministerio del Interior, por su parte, descartaron como «excepciones» los flagrantes casos que Wagner mencionaba y defendieron la autoridad de la biología de la herencia y la necesidad de que las oficinas de salud pública se encargaran de su aplicación, un argumento ganador, en línea con el cambio general que

había otorgado el poder a los profesionales médicos. Con todo, se abandonaron algunas pruebas de inteligencia para favorecer una valoración más general, pero igualmente arbitraria, de la valía racial.[67]

Las cifras con las que contamos para medir el alcance de la vigilancia genética en el Tercer Reich son irregulares, pero indicativas: en el distrito prusiano de Düsseldorf, en Alemania occidental, se evaluó a un 1 por 100 de la población entre 1935 y 1941, y se esterilizó al 40 por 100 de los individuos examinados; en el estado de Turingia, se evaluó al 2,4 por 100 de la población y, de nuevo, se esterilizó a un 40 por 100 de los individuos examinados. En el barrio berlinés de Charlottenburg, los funcionarios exigieron a una de cada nueve personas que aspiraban contraer matrimonio la obtención de un certificado de salud genética; al 5 por 100 de éstos se les impidió casarse.[68] (Sin embargo, al menos en Lippe, de cuarenta y dos apelaciones para que se hiciera una excepción y se autorizara una solicitud de matrimonio que había sido rechazada, treinta y ocho tuvieron éxito.) Muchos aprendieron una dura lección, como le ocurrió a un joven trabajador de una vaquería de Karlsruhe, que al ser entrevistado por los estadounidenses inmediatamente después de la guerra acerca de su esterilización en 1935 insistía «llorando amargamente» en que «nunca volví a llenar ninguna solicitud o cuestionario o nada que tuviera que ver con el partido desde entonces».[69]

Cuando un médico recomendaba la esterilización de alguien, un «tribunal de esterilización» de tres miembros tomaba la decisión final, que casi siempre coincidía con la suya. Era posible apelar el dictamen del tribunal, dentro de un plazo cada vez más reducido, pero estas apelaciones rara vez prosperaban. La esterilización tenía lugar unas pocas semanas más tarde. Sin embargo, en ciertos casos muy poco comunes, un individuo decidido podía conseguir mediante órdenes judiciales posponer la operación durante años. Flora S., una dependienta berlinesa de veinte años de edad, había estado como paciente en un sanatorio privado y, luego, en un manicomio estatal durante parte de 1933. Llegado el momento, su expediente cayó en manos del médico local en la oficina de salud pública del distrito de Tempelhof, en Berlín, que diagnosticó que padecía una «depresión maníaca» y recomendó su esterilización, en particular a la luz del hecho de que Flora quería casarse y su abuelo había cometido suicidio. No obstante, la mayoría de las esterilizaciones se fundaban en un diagnóstico de debilidad metal o esquizofrenia congénitas. Flora y su familia respondieron con una larga serie de apelaciones y protestas, que les permitieron aplazar en varias ocasiones la operación, prevista ini-

cialmente para agosto de 1939, luego programada para mayo de 1944 y, finalmente, fijada para junio de 1945, época para la cual los nazis habían sido derrotados; «para Flora S. el Reich milenario fue un empeño de doce años para evitar su esterilización». Flora tuvo suerte, pues la mayoría de las apelaciones no prosperaban y por regla general las operaciones no se posponían. De hecho, la forma de pensar era «mejor pecar por exceso que por defecto». Cerca de un 10 por 100 de quienes debían someterse a la operación tuvieron que ser llevados a las clínicas de esterilización por la fuerza pública.[70]

En su memorable estudio sobre la esterilización en el Tercer Reich, Gisela Bock señala que las causas de esterilización introdujeron las voces de las víctimas en el registro histórico, un hecho inusual en la Alemania nazi. Las apelaciones, «pidiendo o implorando, suplicando o acusando, animadas por el resentimiento o la indignación, el miedo o la confianza, la resignación o la furia, orales o escritas, con o sin rima», por lo general estaban desprovistas del «condescendiente» lenguaje científico del racismo biológico. Observando que «esta confrontación de dos lenguajes era también una confrontación de dos formas diferentes de pensar», Bock hace hincapié en cuán diferentes eran las víctimas de los nazis que las atormentaban. Ante la perspectiva de su propia esterilización, la «esquizofrénica» Emma P. planteaba la siguiente objeción: «Toda persona es diferente como cualquier otra, y cada caso también».[71] No hay mejor declaración antifascista.

Durante la guerra, la movilización de los médicos al frente y la escasez progresiva de material sanitario redujo la capacidad de los funcionarios de la sanidad pública para esterilizar a «las vidas indignas». Pese a ello, un efecto de los preparativos para la guerra fue que se aceleraron los planes para la eliminación de las «bocas inútiles» o las «existencias lastre» en los hospitales psiquiátricos e instituciones mentales de todo el país. Los nazis llevaron a cabo una eutanasia involuntaria con el fin de «purgar de discapacitados el acervo genético nacional», pero las condiciones durante la guerra proporcionaron al programa legitimidad y cobertura. A lo largo del conflicto, más de cinco mil niños fueron asesinados in situ por los encargados de prestarles atención sanitaria, que por lo general incrementaban la dosis de medicamentos que recibían para que parecieran haber sufrido una «muerte natural». En cambio, a los pacientes adultos se los mataba con gas venenoso en instituciones especiales: buses grises transportaban a las víctimas a Grafeneck en Württemberg, Bernburg cerca de Dessau y Hadamar en Hessen. Como en el caso de los niños, las

víctimas estaban conformadas por individuos discapacitados física o mentalmente, ciegos o sordomudos. Finalmente las acusaciones criminales que los parientes amenazaban con interponer contra los hospitales, la consternación de los lugareños que se preguntaban por qué a los pacientes «nunca se les vuelve a ver» («en una pueblo de Alemania meridional, las campesinas se negaron a vender cerezas a las enfermeras del hospital estatal local») y por último, en agosto de 1941, la explícita condena de la eutanasia involuntaria por parte de Clemens August von Galen, el obispo católico de Münster en Westfalia, impulsaron a Hitler a ordenar que se desmantelaran los centros de exterminio especiales. Más de setenta mil discapacitados alemanes habían sido asesinados en una operación que, según la grotesca estadística elaborada por un funcionario, prometía ahorrar al Estado alemán 885.439.980 marcos y 13.492.440 kilos de carne a lo largo de un período de diez años.[72]

Las «acciones» de eutanasia anticiparon el Holocausto. Al resolver mediante ensayo y error las distintas etapas del proceso de exterminio, de la identificación de los pacientes a la organización de transportes especiales a los centros donde tendría lugar la matanza, la muerte mediante gas venenoso en cámaras especiales, la eliminación de los cadáveres y la movilización de expertos médicos que trabajaban en secreto ocultando lo que hacían bajo una colección de eufemismos engañosos (la operación T-4, una alusión a las empresas fachadas que la Oficina del Canciller estableció en Berlín en el número 4 de la Tiergartenstrasse), los nazis tendieron puentes burocráticos importantes que permitirían la exterminación de los judíos y los gitanos.

El tema de la eutanasia suscitó discusiones intensas entre los alemanes. La denuncia de Galen se difundió como la pólvora en el verano de 1941. Estrenada por esa misma época, la película *Ich klage an* (Yo acuso), que promovía el derecho a morir voluntariamente, dejó a muchos de los dieciocho millones de espectadores que la vieron planteándose preguntas incómodas. En Berlín, Franz Göll estaba de acuerdo en que las personas que padecían enfermedades incurables debían tener la posibilidad de poner fin a sus vidas, pero no era partidario de que se confiara a los nazis la tarea de hacerlo por ellas. «La cuestión es que es muy probable —anotaba con sumo cuidado— que el Estado nacionalsocialista use una ley semejante para convertir el quitarse la vida "voluntariamente" en un deber de aquellos que carecen de medios o dependen de los donativos del Estado.»[73] Los soldados destinados al frente también participaron en los acalorados debates sobre la esterilización y la eutanasia. Uno de ellos fue

Heinrich Böll, que siendo un católico practicante se oponía a ambas. «Los argumentos de nuestra fe son fantásticamente sólidos», escribió a su esposa.[74] Sin embargo, estos argumentos contrastan con claridad con el silencio general acerca del destino de los judíos alemanes, que en esos mismos meses habían sido marcados y deportados públicamente. Galen nunca mencionó a los judíos en sus sermones públicos ni en su correspondencia privada. Saul Friedländer señala que la protesta de Galen fue «la única ocasión en la historia del Tercer Reich en que un representante prominente de las iglesias cristianas en Alemania manifestó públicamente su condena por los crímenes cometidos por el régimen».[75] Los debates sobre la eutanasia revelaron los límites de «límites a la empatía», pero lo hicieron en una cuestión que podría haber afectado a prácticamente cualquier persona. En 1941 los alemanes podían imaginarse muy bien viviendo de una pensión precaria, sufriendo en el campo de batalla heridas que los incapacitaran, o haciéndose viejos y achacosos, pero no podían imaginarse siendo judíos.

EL ATAQUE CONTRA LOS JUDÍOS ALEMANES

Para los alemanes no siempre fue fácil obedecer las directrices nazis relativas a los judíos, pero la mayoría de ellos terminó aceptando la premisa básica de que la vida de Alemania dependía en alguna medida de su capacidad para resolver el «problema judío». Friedländer describe el antisemitismo nazi como «redentor», parte de una larga lucha por proteger lo que tantísimos alemanes veían como el cuerpo herido y sangrante de la nación. Como anota de manera sucinta Koonz, los nazis fomentaron «el amor de lo propio y el odio de lo ajeno» en igual medida e hicieron de cada uno el fundamento del otro. Este vínculo entre la «vida» de Alemania y la destrucción del poder de los judíos dotó de un barniz idealista las políticas antisemitas de los nazis. Además, como sostiene Friedländer, los nazis pensaban que la amenaza judía era «letal» y activa, una perspectiva que revistió su ataque contra los judíos de una sensación de urgencia y necesidad y contribuyó a que los ciudadanos alemanes estuvieran más dispuestos a aceptar sus medidas.[76] Durante la guerra, a los judíos sencillamente se les veía como partisanos anti alemanes. Por supuesto, el antisemitismo tenía raíces profundas en la Europa cristiana. Era una característica familiar de la vida cotidiana en la Alemania guillermina y en la República de Weimar; las asociaciones nacionalistas más grandes, la Stahl-

helm, la Jungdeutscher Orden y el Partido Popular Nacional Alemán, tenían todas «parágrafos arios», estatutos que excluían a los judíos como posibles miembros y que con frecuencia definían al judío en términos raciales, por lo que las conversiones al cristianismo nos borraban su condición judía. No obstante, el antisemitismo estaba limitado por muchos otros tipos de interacciones sociales entre vecinos o colegas.

Fue el antisemitismo estridente de los nacionalsocialistas el que creó la primacía de «los judíos» en las intersecciones de la vida social: «los judíos» cuya influencia en la vida pública alemana se debatió sin cesar después de 1933, «los judíos» que aún mantenían o ya habían perdido sus costumbres, «los judíos» que fueron las víctimas desgraciadas de la violencia nazi; en resumen, «los judíos» que, por la razón que fuera, se habían convertido en un problema. La variedad de posibles acercamientos con relación al prójimo se redujeron casi de un día para otro a la distinción capital entre alemanes y judíos. La etiqueta «los judíos» abarcaba vidas muy diferentes entre sí. Pero después de 1933 el uso del artículo definido pasó a ser más preciso, pues describía una condición social que se había impuesto a una población heterogénea.

Una vez que las acciones contra los judíos se vincularon teóricamente al mejoramiento de Alemania, la mayoría de los alemanes terminó aceptando la validez no sólo de la categoría colectiva «los judíos» sino de la «cuestión judía» y, por ende, su solución de una u otra forma. El antisemitismo no apareció en escena como un elemento completamente nuevo, sino que adquirió un valor simbólico mucho mayor cuando la gente empezó a asociarlo al hecho de ser alemán. El deseo de participar en el proyecto de renacimiento nacional, de convertirse, de deshacer Versalles y 1918, ayuda a explicar por qué, con frecuencia de un día para otro, alemanes tanto prominentes como desconocidos decidieron por sí mismos ser consecuentes en sus relaciones con «los judíos». Fue su «deber como alemana» de adoptar un punto de vista racial lo que impulsó a una conocida de Victor Klemperer a romper todo contacto con él no mucho después de que los nazis ascendieran al poder. Martin Heidegger y el jurista Carl Schmitt hicieron lo mismo.[77] Sencillamente se negaron a tratar con los judíos.

En 1938, Paula Tobias, una médica judía que había dejado su hogar en Bevern, al sur de Hannover, tres años antes y vivía exiliada en Grass Valley, California, una ciudad al norte de Sacramento, reunió las viejas cartas en las que había preguntado a sus amigos y colegas por qué ella no contaba ya como alemana. El director de la escuela secundaria de la que

su hijo se había graduado admitió en 1934 que siempre había sentido que los judíos eran diferentes de los alemanes. Esta enajenación difícilmente podía explicarse «racionalmente», reconocía; era en realidad una cuestión de «sangre e instinto». Una amiga cercana, que siendo enfermera había trabajado a su lado durante la primera guerra mundial, también aprobaba las medidas antisemitas, que en su opinión se adoptaban en «interés del pueblo alemán». Era importante, escribía Elisabeth Sextrohs en septiembre de 1933, intentando ser «tan clara como sea posible», hacer retroceder la «influencia preponderante de la judería en todos los aspectos de la vida alemana». Ahora bien, sin duda era «duro y trágico» que los individuos sufrieran. Elisabeth Gebensleben también sopesó lo bueno y lo malo de las medidas contra los judíos, pero optó por defenderlas porque prometían devolver a Alemania su soberanía. Los alemanes se probaron el antisemitismo y, con frecuencia, descubrieron que les iba bien.[78]

Esta postura deliberada, en la que el antisemita ignora al individuo y sólo es capaz de ver la categoría, y lo hace en nombre de otra abstracción, Alemania, fue el punto de partida de la violencia contra los judíos. El antisemitismo «redentor» podía tornarse en feroz y cruel de un modo que desconocieron las medidas higiénicas contra los «asociales» o los «débiles mentales», pues las acciones contra los judíos se entendían como intentos decididos y certeros de prevenir la desunión y confusión de Alemania. Era desde esta perspectiva, en la que los alemanes se imaginaban a sí mismos como víctimas de los judíos y demás traidores que les habían apuñalado por la espalda, como el «amor por lo propio» podía transformarse en un «odio por lo ajeno» letal.

Para los judíos alemanes, todo cambió en dos meses: marzo y abril de 1933. Después de las elecciones del 5 de marzo, una oleada de violencia se abalanzó sobre ellos. A medida que miles de nuevos conversos se unían a las unidades paramilitares de la SA, cuyo número se multiplicó por nueve con enorme rapidez al pasar de medio millón de miembros en enero de 1933 a cuatro millones y medio un año más tarde, la magnitud de las acciones antisemitas se amplió de forma espectacular. Convertirse en nazi significaba también convertirse en antisemita. Cerca de uno de cada cuatro varones adultos alemanes se había convertido en un *SA-Mann*; y muchos otros se habían sumado a las filas de las Juventudes Hitlerianas o del propio partido. No es de extrañar que en el verano de 1933 los visitantes oyeran «sin cesar el sonido de las botas de la SA arrastrándose por las aceras». En la Kurfürstendamm, la avenida comercial de mayor categoría de Berlín, «unos judíos fueron golpeados por los camisas par-

das hasta que sus cabezas y rostros quedaron cubiertos de sangre», informó el *Manchester Guardian* el 10 de marzo de 1933.[79] Incidentes similares se produjeron en Braunschweig, Hamburgo, Fráncfort, Kassel y Wiesbaden. Los nazis prendieron fuego a la principal sinagoga de Königsberg. Una multitud compuesta por un millar de hombres, mujeres y niños fue testigo de cómo las tropas de la SA pasaban la bandera roja, negra y amarilla de la República por el cuello de Markus Bereisch, una figura prominente de la comunidad judía de Duisburgo, y les obligaban a él y otros dos judíos (que llevaban los extremos de la bandera) a marchar a través de las calles (Charlottenstrasse, Universitätsstrasse, Königsstrasse) hasta el teatro municipal. En Gotinga, los nazis pasearon por las calles a los tenderos judíos encerrados en un carro para ganado; en Breslavia, vistieron a un activista político judío con un disfraz de payaso antes de arrojarlo a un campo de concentración.[80] Las humillaciones públicas de este tipo dependían de la disposición de los transeúntes a participar en el espectáculo. Y aceleraron la división de los barrios en «nosotros» y «ellos».

Los aterradores brotes de violencia, sobre los que la prensa internacional informó ampliamente, crearon el marco para el boicot nacional de las tiendas judías en represalia por la propaganda difamatoria anti alemana que circulaba en el extranjero. El sábado 1 de abril de 1933, apenas dos meses después de que Hitler hubiera sido nombrado canciller, hombres de la SA montaron guardia enfrente de las tiendas judías de todo el país sosteniendo pancartas antisemitas y, en general, intimidando a los transeúntes y los clientes. Aunque no fue particularmente exitoso, el boicoteo confirmó a los judíos que las amenazas que recibían en la calle contaban con la aprobación del gobierno. Cualquier duda acerca del estatus de los judíos como ciudadanos de segunda clase en la Alemania de Hitler quedó sepultada con la «Ley para la restauración de la Administración pública profesional». Esta ley obligó a dejar sus cargos a todos los funcionarios que fueran judíos, una condición que el Ministerio del Interior definió en los términos más restrictivos posibles, a saber, el contar por lo menos con un abuelo judío. Las excepciones, que luego se revelarían temporales, otorgadas a los veteranos, los hijos y padres de veteranos y los funcionarios con un largo historial de servicio al gobierno, beneficiaron a cerca de la mitad de todos los funcionarios públicos judíos, pero la decisión de limitar de manera drástica el futuro de un grupo de ciudadanos por razón de su supuesta identidad racial constituía un precedente escandaloso. Unos pocos meses después del ascenso de los nazis al po-

der, resultaba claro que la raza sería el principio alrededor del cual se organizaría la nación.

De forma descoordinada, los gobiernos locales y estatales habían ya prohibido los contratos con las empresas judías en marzo de 1933, de manera que el boicot en sí no fue el que inició la bancarrota de los judíos alemanes, pero sí aceleró el proceso enormemente. A lo largo y ancho de Alemania, las empresas privadas siguieron el ejemplo de Karstadt, la importante cadena de grandes almacenes, que despidió a sus empleados judíos el 1 de abril de 1933 por no ser ya «iguales como compañeros de trabajo» a los no judíos. Al mismo tiempo, se pidió a los hombres de negocios judíos que abandonaran las juntas directivas de las empresas, en parte en el espíritu de la coordinación, en parte como una cuestión de «comprensión compartida» y en parte por la presión de la competencia, que, por ejemplo, acusó a Beiersdorf, una de las compañías farmacéuticas más grandes de Alemania, de fabricar «crema para la piel judía». Para mediados de mayo, Beiersdorf había «arianizado» su junta directiva y su principal producto, Nivea, que con anuncios de página entera en el *Illustrierter Beobachter* la publicitó con agresividad como el medio para conseguir una belleza natural.[81] (El 23 de mayo, cuando Lore Walb recibió un tarro de esta crema por su decimocuarto cumpleaños, Nivea había dejado de ser «judía».)[82] Los asombrosos acontecimientos de la primavera de 1933, cuando cada vez más y más alemanes se dieron cuenta de que no debían comprar en tiendas judías y cuando las compañías alemanas se sintieron obligadas a despedir a sus empleados judíos y a sacar a los miembros judíos de sus juntas directivas, hicieron que Alemania recorriera una distancia bastante considerable hacia el objetivo último de la «arianización» de la economía del país.

Las relaciones cara a cara entre los alemanes y judíos perdieron por completo su desinhibición cuando los alemanes ajustaron su comportamiento al reconocimiento de la «cuestión judía». «Al cabo de unos días» del nombramiento de Hitler como canciller, los clientes habituales del bar o la cafetería se reagruparon para excluir al jugador de cartas que era judío; en otra parte, un par de jardineros, uno de ellos judío, el otro no, que durante años habían conversado mientras trabajaban, dejaron de hablarse; los niños alemanes confiaron a sus amiguitos judíos que no podrían jugar o caminar de regreso a casa con ellos nunca más.[83] «El caso de los ex amigos constituye la prueba más dolorosa de la "nueva era"», comenta Marion Kaplan. Dondequiera que iban, los judíos alemanes eran recibidos con ojos que se apartaban, miradas hostiles y silencios repenti-

nos en las conversaciones: era como si hubieran interrumpido algo a lo que no pertenecían. «De repente descubrimos que éramos diferentes», recordaba un observador judío. Esta coordinación racial de la vida social fue un fenómeno casi por completo voluntario, tanto que un observador, que escribía a finales de mayo de 1933, manifestaba su esperanza de que esta «moda aria» pasaría pronto. «No todo grupo gimnástico o club de *skat* tiene que estar formado sólo por "arios".»[84]

En todo esto, lo nuevo no era el antisemitismo en sí, sino el fin de las relaciones sociales ambiguas e indeterminadas entre los vecinos. Para muchos alemanes no judíos, ésta era la consecuencia de un comportamiento público extraordinariamente escrupuloso; para los judíos alemanes significaba la «muerte social». Incluso cuando los individuos juntaban «valor cívico» para comprar *beim Juden*, donde el judío, lo hacían teniendo en mente las mismas categorías de quienes boicoteaban a los judíos. Los vecinos de Wedding que comentaron que «los judíos no nos han hecho nada a nosotros» despreciaban el antisemitismo, pero partían de la separación entre «nosotros» y «ellos» que éste imponía.[85] La costumbre y el hábito cedieron el paso a interacciones poco naturales y cohibidas organizadas a partir de un conocimiento inequívoco de la raza. De un momento a otro, los judíos se toparon en un «pogromo frío» cuya extensión coincidía con la de la nación alemana, un acontecimiento extraordinario en las estructuras del sentimiento de la sociedad europea moderna.[86]

Los judíos de Alemania habían dejado de ser no cristianos, para ser no alemanes, una distinción que persistió mucho después de 1945. Cuando se preguntaba a Victor Klemperer si «su mujer es *alemana*», la pregunta se planteaba de un modo que daba por sentado que él no podía ser alemán. Esta sensación de exclusión mutua animó a las personas a aceptar la definición racial de «judío» y, por tanto, también las de «alemán» o «ario». Estas categorías también fomentaron el uso del singular colectivo «el judío» en lugar de palabras que reconocían que había muchas clases de alemanes y, entre ellas, muchas clases de judíos. «No hay diferencia alguna entre judío y judío», insistiría más tarde Goebbels.[87]

El reconocimiento de que había una diferencia fundamental entre los alemanes y los judíos resucitó supersticiones mucho más antiguas según las cuales el contacto físico con los judíos era dañino o que los varones judíos corrompían a las mujeres alemanas. Esta atención a la naturaleza física de la diferencia judía explica por qué los fabricantes de la crema Nivea se tomaron la molestia de lanzar una nueva campaña de *marketing*

para promocionar su producto y por qué los ayuntamientos prohibieron el acceso de los judíos primero a las piscinas y, después, a otras instalaciones. En Múnich y Nuremberg se prohibió nadar a los judíos a comienzos de la temporada de verano de 1933; para 1935 la prohibición había entrado en vigor en Berlín y la mayoría de las ciudades alemanas; en Hamburgo, en cambio, no lo haría hasta 1937. Las escuelas retiraron a los alumnos judíos de las clases de natación. Al principio, hacer que los vecinos fueran conscientes de los nuevos reglamentos antisemitas fue complicado. «Les hablamos a las niñas sin rodeos, pero de manera amable, acerca de la señal con relación a los no arios que había en la piscina», cuenta el padrastro no judío de dos niñas judías a las que se había dado la opción de pasar como no judías: «Todavía siguen sin decidirse, pero la cuestión les preocupa muchísimo. Reni probablemente dejará de ir, pero la piscina no significa tanto para ella como para Brigitte».[88] Al final, tanto alemanes como judíos evitaron renegociar la cuestión racial en cada coyuntura de la vida cotidiana y sencillamente se adaptaron a las nuevas reglas.

Los judíos también optaron por evitar el contacto con los alemanes. No podían evitar sospechar que todos sus vecinos (con excepción de unos pocos buenos amigos) se habían convertido en nazis. Sesenta mil judíos, más de un 10 por 100 de la totalidad de los que vivían en Alemania, emigraron entre 1933 y 1934. Entre ellos estaba Anne Frank, nacida en 1929 en el seno de una familia de judíos de Fráncfort que se trasladó a Ámsterdam, fundó un negocio próspero y luego volvió a verse rodeada por los nazis por segunda vez cuando Alemania invadió Holanda el 10 de mayo de 1940.

Sin embargo, abandonar el país no era fácil. Aparte de las dificultades para encontrar un empleo en el extranjero, aprender un nuevo idioma y obtener los visados necesarios, la mayoría de los judíos no querían marcharse de Alemania. Aunque el interés por la herencia y la teología judías aumentó después de 1933, y el sionismo adquirió un nuevo atractivo, la identificación con las tradiciones alemanas siguió siendo muy fuerte. «Yo, realmente, siempre me he sentido alemán», escribió Victor Klemperer a finales de marzo de 1933; eran los nazis los que eran «no alemanes», añadiría dos años más tarde. «Éramos tan alemanes», «estábamos tan asimilados», «éramos tan clase media»: Kaplan advierte con acierto la conmoción ante el desarrollo de los acontecimientos en Alemania y la equivocada esperanza en que el país recobraría el juicio.[89] De hecho, muchas personas pensaban que el carácter estrafalario de las ideas nazis era una garantía de que tarde o temprano todo el edificio se de-

rrumbaría por su propio peso. La situación tenía que mejorar porque no podía ser peor: en Dresde, los Klemperer debatían sin cesar con sus amigos judíos cuánto apoyo tenía Hitler, cuán sólido era en realidad el régimen y cuánto podían confiar en la cultura alemana. En ocasiones, los alemanes parecían ser todos una sola voz, antisemitas, racistas, ensimismados en su comunidad del pueblo; en otras oportunidades, parecían ocuparse de sus asuntos, sin interesarse mucho por el nazismo, sus estridentes discursos y su fanatismo colectivo. Aquí, un par de viejos conocidos habían dejado de hablarse por completo, pero más allá, las mujeres del barrio continuaban comprando sus telas en las tiendas de las que siempre habían sido clientes, como si los textiles circularan de acuerdo a unos hábitos de sociabilidad más antiguos y duraderos. Esta incertidumbre, que los judíos alemanes compartían con otros testigos presenciales del nazismo, les hacía mantener una actitud de «esperar a ver qué pasa».

Sin embargo, no transcurría un día sin que en algún lugar de Alemania los gamberros nazis lanzaran ladrillos contra los escaparates de las tiendas propiedad de judíos o accedieran a sinagogas u hogares judíos cantando canciones ferozmente antisemitas, como, por ejemplo, «Cuando de mi cuchillo brota sangre judía». Valentin Senger recordaba que la primera vez que oyó la canción en las calles de Fráncfort: «Me quedé helado en la acera. De repente tuve ante mí una imagen: mamá, papá y yo con cuchillos en nuestros vientres y gargantas, la sangre brotando de nuestras heridas». En esa ocasión, «los que marchaban giraron y se encaminaron a la estación», pero «oiría esa canción en muchas ocasiones diferentes».[90] Durante el verano de 1935, los nazis aceleraron las campañas locales contra los judíos. En Ballenstedt, Quedlinburg y Harzigerode, las Juventudes Hitlerianas se desplegaron en los distritos comerciales locales para repartir folletos rojos: «Coma comida judía y morirá», «Los judíos son nuestra desgracia», «Nunca subestime a los judíos». Las cajas del *Stürmer* aumentaron. Cada vez resultaba más difícil evitar el boicot o dejar de poner en la tienda el cartel de «No se aceptan judíos». «¿Qué voy a hacer?», se preguntaba Richard Tesch, propietario de una panadería en el mercado de Ballendstedt: «Israel ha sido mi cliente durante mucho tiempo. ¿Se supone que ahora no debo venderle? Y si a pesar de todo lo hiciera, perdería al resto de mi clientela».[91]

Las bases raciales del antisemitismo nazi tuvieron un efecto tan radical debido a que planteaban la siguiente pregunta: Si los judíos constituyen un elemento peligroso y ajeno a la sociedad alemana, ¿no resulta lógico desterrarlos por completo? Toda la atención prestada a la «cuestión

judía» reveló cuán entrelazados estaban los alemanes y los judíos. El creciente número de matrimonios mixtos en las últimas décadas, en particular en las ciudades, se había traducido en, se calculaba, cerca de setenta mil alemanes «medio judíos» y casi el doble de «un cuarto judíos». Para los nazis, los matrimonios mixtos representaban un peligro por partida doble: amenazaban tanto la pureza del acervo genético ario como la capacidad para distinguir con claridad entre alemanes y judíos. ¿Acechaba la condición judía dentro de aquellos alemanes que tenían un abuelo o un bisabuelo judío? Y si era así, ¿cuánto se remontaba en el tiempo? Las preguntas acerca del carácter judío de quienes se habían convertido al cristianismo o sobre la condición alemana de los judíos rubios de ojos azules también eran persistentes. La «cuestión judía» hizo que hallar una definición práctica del judío y la condición judía fuera más necesario todavía.

Anunciadas durante el congreso del partido en Nuremberg en septiembre de 1935, las conocidas como «Leyes de Nuremberg» reconocieron el estatus de individuos de segunda clase de los judíos al privarlos de su ciudadanía como «alemanes» y prohibir los matrimonios y las relaciones sexuales entre alemanes y judíos. Asimismo, se buscó determinar quién era y quién no era judío en los casos más ambiguos. Se definió como judío desde una perspectiva biológica cualquiera que tuviera tres o más abuelos judíos, cuya condición de judío hubiera sido determinada por filiación religiosa en el momento de nacer y no, como los mismos nazis reconocieron, por criterios biológicos o científicos. A los «arios» que se casaban con judíos y practicaban el judaísmo se los consideraba judíos, pero se decidió que los judíos que se habían convertido al cristianismo seguían siendo judíos.

Los casos de *Mischlinge* revelaron al mismo tiempo las intenciones del régimen y los desacuerdos internos acerca de la política racial. Para aquellos nazis que creían, como Streicher, el editor de *Der Stürmer*, que la sangre de los judíos representaba un riesgo de contagio, cualquier contacto sexual entre judíos y alemanes corrompía a los alemanes y contaminaba el acervo ario. En consecuencia, había que proteger físicamente a los alemanes de los judíos, un razonamiento que explica el que se prohibiera la entrada de los judíos en las piscinas y la atención de pacientes alemanes por parte de médicos judíos. Las Leyes de Nuremberg reflejaron estas perniciosas ideas al ilegalizar la contratación de criadas menores de cuarenta y cinco años en los hogares judíos. Como evidencia este último ejemplo, usualmente eran los hombres judíos a los que se imagi-

naba a la caza de las mujeres alemanas: el género del peligro judío era masculino, el de la vulnerabilidad aria, femenino. Siguiendo la lógica de que la sangre de los judíos era contagiosa, los medio judíos y los un cuarto judíos eran tan judíos como los judíos completos en su capacidad para contaminar el cuerpo alemán. No existía algo así como una «media mácula». Este argumento estaba cargado de una gran cantidad de poder emocional, que nunca perdió. Siendo el virulento antisemita que era, Hitler se inclinaba por esta concepción.

En el otro lado de la cuestión se encontraban biopolíticos como Walter Gross, que se veían a sí mismos como adalides de una visión del mundo más moderna y científica en la que eran los genes los que determinaban y transmitían las características judías. Desde esta perspectiva, los medio judíos y los un cuarto judíos eran portadores al mismo tiempo de genes malos y buenos y, por tanto, no podían ser considerados completamente judíos. Gross y otros como él sostenían que si se les prohibía casarse entre sí, los judíos mixtos se absorberían dentro de la raza aria llegado el momento. Aunque las características judías podían persistir y mutar con tanta facilidad como podían desaparecer (Hitler terminó creyendo que los judíos mixtos continuaban «flirteando» con el judaísmo hasta la séptima generación, cuando se restauraba la «pureza de la sangre aria») el clasificar a los judíos mixtos como alemanes tenía unas consecuencias prácticas que no debían obviarse. Había miles de alemanes «puros» emparentados por lazos de sangre o matrimonio con personas con abuelos judíos, cuya exclusión de la comunidad racial suscitaría la desaprobación de la opinión pública. Además, se privaría a la Wehrmacht de la posibilidad de reclutar a los *Mischlinge*. Las bases genéticas de las categorías raciales también encajaban con otras políticas nazis como la esterilización y la eutanasia. Al final, Hitler aceptó los argumentos de Gross, pero no dejó de solicitar garantías explícitas de que la descendencia de una mujer alemana que hubiera tenido alguna vez relaciones sexuales con un judío sería pura.[92] El enredo de prohibiciones y permisos se publicó a su debido tiempo en los periódicos. Según los informes de seguridad, la mayoría de los alemanes acogieron de buen grado la legislación que clarificaba la posición de los judíos y esperaban que ello pusiera fin a los grafitos y las ventanas rotas del gamberrismo antisemita. Los informantes socialdemócratas dieron cuenta de voces más críticas, pero concedieron que la propaganda antisemita estaba haciendo efecto; la gente por lo general estaba de acuerdo con la idea de que en Alemania había un «problema judío» que era necesario resolver.[93]

En teoría, las Leyes de Nuremberg establecieron que había dos razas diferentes, una con plenos derechos políticos, la otra con un estatus de población «huésped». Los pasaportes y documentos de identidad apropiados vinieron a continuación. Esto equivalía a una reorganización extraordinaria de los derechos políticos y humanos en un esfuerzo por excluir a un grupo de ex ciudadanos. Con acierto, Yehuda Bauer califica estas acciones de «rebelión total» contra las convenciones del mundo moderno. Para los judíos alemanes, las leyes acabaron con cualquier duda que hubieran podido tener acerca de su exclusión de la nueva nación alemana. Algunos decidieron esperar hasta que Hitler abandonara el poder, pero el statu quo los privó de un futuro significativo. Una ofensiva final también sacó a los judíos de la economía alemana. Con el pleno empleo casi alcanzado para 1936, fue mucho más fácil «arianizar» los negocios judíos, que cayeron en manos cristianas ávidas, o sencillamente liquidarlos para reducir la competencia. Aunque no hubo una sincronización de la política de «arianización», ésta se había completado en gran medida hacia 1938. «De los aproximadamente cincuenta mil pequeños negocios judíos que estaban en funcionamiento a finales de 1932 —escribe Kaplan— sólo nueve mil seguían existiendo en julio de 1938», esto es, antes del pogromo de noviembre.[94]

El proceso de arianización estuvo acompañado por una descarga atronadora de propaganda antisemita y anticomunista. Reportajes, películas documentales, exposiciones y manuales diseminaron los últimos «hallazgos académicos» sobre la «cuestión judía». Las exposiciones sobre «Arte degenerado», bolchevismo («El enemigo número uno del mundo») y «El judío eterno» visitaron una ciudad tras otra en 1937. En el contexto de la guerra civil española, que estalló en julio de 1936, los «juicios farsa» contra los viejos bolcheviques celebrados en Moscú en agosto de ese mismo año y el pacto Antikomintern entre Alemania y Japón, firmado en noviembre, los nazis se empeñaron en vincular a los judíos alemanes con la amenaza comunista. El «terror bolchevique» fue uno de los aspectos centrales del congreso del partido de 1937 en Nuremberg, en el que Goebbels demonizó a los judíos como el principal enemigo del mundo occidental: «mirad, éste es el enemigo del mundo, el destructor de las culturas, el parásito entre las naciones, el hijo del caos, la encarnación del mal, el fermento de la descomposición, el demonio visible de la decadencia de la humanidad». Hitler se hizo eco de sus palabras: «nunca desde el ascenso del cristianismo, la difusión del islam y la reforma protestante, había experimentado el mundo una conmoción semejante»; el

culpable no era otro que «el bolchevismo judío de Moscú».[95] Esta campaña aprovechó un miedo al comunismo profundamente arraigado que no debe subestimarse, un miedo fundado en los recuerdos de las huelgas generales de 1919 y 1920 y en las espantosas historias sobre las atrocidades cometidas durante la guerra civil rusa; y, por otro lado, fortaleció la imagen del judío como un peligro intratable e inmediato. Incluso algunos observadores que de forma explícita rechazaban la «deificación de la sangre y la raza» se mostraban «completamente de acuerdo con todas las ideas acerca de los terribles peligros del bolchevismo».[96]

En enero de 1938, la exigencia de que los judíos añadieran a sus nombres legales un «Sara» o un «Israel» hizo todavía más evidente que la meta de los nazis era registrar a los judíos como preludio de su expulsión física. (Los «arios» también se cambiaban el nombre durante el Tercer Reich, pero ellos lo hacían voluntariamente, como fue el caso del joven recluta de la SS que germanizó su Günter como Günther o el del sacerdote de la novela de Günter Grass *El gato y el ratón*, que convierte su Gusewski en Gusewing.)[97] «¿Adónde deben ir los judíos?», bramaba el titular de *Das Schwarze Korps*, el periódico oficial de la SS. En febrero de 1938, la respuesta era «¡fuera!».[98]

En los tres años siguientes a la aprobación de las leyes de Nuremberg, más de una tercera parte de los judíos de Alemania emigraron. Vendieron sus propiedades, dividieron sus pertenencias personales y obtuvieron visas con la ayuda del *Philo-Atlas*, una guía de los lugares del mundo en los que podían refugiarse, «una auténtica Baedeker de la huida» que era el equivalente judío de los horarios de trenes que el resto de los alemanes utilizaban para organizar sus vacaciones «Fuerza a través de la alegría» y paseos de las Juventudes Hitlerianas.[99] Los caminos de unos y otros se cruzaban en las estaciones ferroviarias de todo el país, con los judíos partiendo hacia una vida nueva e incierta, por lo general en Palestina, Gran Bretaña y Estados Unidos, y sus vecinos alemanes dedicados con energía a su misión de reconstruir y fortalecer la *Volksgemeinschaft*.

En marzo de 1938 el *Anschluss* con Austria aceleró inmensamente el proyecto de limpieza racial. La unión añadió proporcionalmente más judíos al Reich alemán ampliado y provocó al mismo tiempo celebraciones delirantes del éxito del Führer, que había conseguido reconstruir el cuerpo alemán, y crueles escenas contra los judíos austríacos, a los que la turba obligó a limpiar las calles a cuatro patas y entretener de otras formas a los transeúntes. «¡Quéee bien estamos, cuáaanto amamos tooodos al Führer!», se burlaba Victor Klemperer en el verano de 1938. Los nazis

austríacos dejaron atrás a sus camaradas alemanes y promulgaron una legislación racial que se ocupaba de los pormenores más mezquinos: cien días después del *Anschluss*, la ley prohibía a los judíos austríacos entrar en los parques públicos, caminar por las playas y vestirse con el tradicional *Tracht*.[100] Después de que la policía arrestara sumariamente a dos mil judíos prominentes y les enviara a Dachau, los campos de concentración empezaron a llenarse de personas encarceladas simplemente por el hecho de ser judías. Para finales de 1938, la mayoría de las propiedades judías de Viena habían sido «arianizadas». Los burócratas raciales de los servicios de seguridad a los que se destinó a Austria, en particular Adolf Eichmann, un joven alférez de la SS, aceleró la emigración de los judíos, que se había convertido en el objetivo explícito del Tercer Reich. La SS llevó esto a cabo mediante la centralización de los trámites de emigración, la estandarización del proceso para desplumar a los judíos y la exigencia de que los judíos ricos subvencionaran la partida de los judíos pobres. Al cabo de seis meses, más de una cuarta parte de todos los judíos de Austria habían abandonado el país, un logro para el que el *Altreich* había necesitado cinco años. El desarrollo de los acontecimientos en Austria fue una prueba de la utilidad del terrorismo de Estado.

La etiqueta popular, al menos en Berlín, de *Reichskristallnacht*, o «noche de los cristales rotos», para designar lo que debería considerarse un pogromo nacional contra más de trescientos mil judíos alemanes en noviembre de 1938, se acuñó con humor sardónico para imitar la pretenciosidad del vocabulario nazi, que con sus *Reich*-esto y *Reich*-aquello se envanecía del momento histórico del régimen.[101] Sin embargo, dado que alude a los escaparates rotos de las tiendas judías y no a las decenas de víctimas mortales, a los cientos de sinagogas incendiadas o a los miles de judíos que fueron arrastrados a los campos de concentración y encerrados por semanas o meses, el término *Reichskristallnacht* resulta inadecuado para indicar el horror que se vivió en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938. Y, además, al designar explícitamente lo ocurrido como un asunto del Reich, pasa por alto el papel que desempeñaron los alemanes comunes y corrientes en las calles de los pueblos y ciudades del país. El pogromo confirmó que en Alemania los judíos no eran simplemente una minoría perseguida sino un enemigo racial al que los nazis estaban dispuestos a asesinar como animales si se negaban o no podían emigrar por cuenta propia. Asimismo, el pogromo demostró que los nazis estaban en condiciones de llevar a la práctica sus políticas más extremas con la ayuda de la policía, los funcionarios municipales y otros ciudadanos. En una

de las mayores operaciones policiales de la historia del país, las policías locales, los jefes del partido y los funcionarios de la SS cooperaron entre sí para arrestar a uno de cada cinco varones judíos, cerca de unos veinticinco mil en total. Por último, el pogromo intensificó la creencia de que los judíos eran «diferentes», de que tenían un «karma malo» y de que todo estaría mejor si se marchaban.[102] El 9 de noviembre ha resultado ser un día muy cargado en la historia alemana: marca el estallido de la revolución de 1918, el fracasado intento de golpe de Hitler en 1923, el pogromo contra los judíos en 1938 y, más de cincuenta años después, la caída del Muro de Berlín en 1989.

El pogromo no fue la respuesta espontánea de los nazis y otros alemanes indignados por la noticia del asesinato en París de Ernst vom Rath, un diplomático menor, a manos de Herschel Grynszpan, de diecisiete años. Apenas se enteraron de la muerte de Rath, Hitler y Goebbels ordenaron la destrucción de las sinagogas y el arresto de miles de hombres judíos. Las órdenes se transmitieron a los representantes del partido y la SA a lo largo de la noche del 9 al 10 de noviembre. Sin embargo, la veloz y uniforme respuesta de los miembros del partido locales constituye un indicio de su disposición básica para emprender acciones antisemitas. El contenido de las órdenes no escandalizó a sus destinatarios. De hecho, al leer los testimonios de los pogromos que tuvieron lugar en las distintas ciudades se tiene la impresión de que todos los nazis uniformados sabían qué hacer, no porque hubieran leído las mismas órdenes, sino porque compartían la misma imagen de los judíos. Hogares que hasta entonces contaban con todas las comodidades de la época fueron saqueados y se atormentó a quienes antes eran ciudadanos prominentes porque se pensaba que los judíos eran usureros y aprovechados, y su fortuna y estatus social, una afrenta a la probidad de la *Volksgemeinschaft*; se aterrorizó a niños y ancianos porque ambos eran «el judío» cuya sola existencia amenazaba el renacimiento moral, político y económico de Alemania; se destruyeron los objetos domésticos más íntimos con el fin de hacer patente el mensaje de que los judíos no tenían lugar en el Tercer Reich.

Algún tiempo después de la medianoche, en las primeras horas del jueves 10 de noviembre de 1938, los miembros del Partido Nazi, la SS y la SA de cada localidad recibieron la orden de prender fuego a las sinagogas y destruir (pero no saquear) los hogares y comercios judíos. Se instruyó a la policía y los bomberos de que no debían intervenir a menos que la vida o bienes de los alemanes corrieran peligro, lo que tuvo como consecuencia que las sinagogas separadas de otros edificios, como la ubi-

cada en la Fasanenstrasse de Berlín, se consumieran, mientras que las que estaban rodeadas por bloques de pisos, como la de la Rykestrasse, no lo hicieran. Además, se ordenó a los funcionarios del partido que arrestaran a una cuota de hombres judíos, preferiblemente ciudadanos prominentes y ricos. Previamente se había alertado al personal de los campos de concentración de Dachau, Sachsenhausen y Buchenwald con el fin de que estuvieran preparados para recibir a diez mil prisioneros adicionales en cada uno. Casi en todas partes el ataque contra la comunidad judía empezó por las sinagogas: se destruyeron un total de 267 a lo largo y ancho del país. Durante toda la noche, Goebbels estuvo recibiendo información actualizada sobre la marcha del pogromo mientras veía, desde su habitación de hotel en Múnich, el resplandor «rojo sangre» en el cielo: «las sinagogas arden». «La información fluye desde todas partes del Reich: cincuenta, luego setenta sinagogas han sido incendiadas ... En Berlín, cinco, luego quince sinagogas se consumen por completo.» Personal de la SA y miembros del partido recorrieron las calles, «de paseo» según señalaron a la policía en una comunidad, para desvalijar las tiendas judías. Casi la totalidad de los comercios judíos que todavía estaban en funcionamiento en Alemania para esa fecha fueron arrasados. «Mientras me llevan al hotel —anotó Goebbels— se rompen escaparates. ¡Bravo! ¡Bravo!»[103] Más tarde, en la mañana, los escenarios del terror estaban a la vista de todos. Un berlinés «miró a sus compañeros de vagón mientras pasaban ante la sinagoga de la Fasenenstrasse, entre las estaciones del S-Bahn de Savignyplatz y Zoologischer Garten, a la mañana siguiente: "sólo unos pocos alzaron la vista para mirar por la ventana, se encogieron de hombros y volvieron al periódico. No hubo ninguna manifestación de sorpresa, nadie tenía nada que preguntar"».[104]

Hacia las cinco o seis de la mañana, los hombres de la SA dirigieron su atención hacia las casas y los pisos de los barrios judíos. El incendio de sinagogas y la destrucción de las tiendas no eran hechos desconocidos, aunque nunca se habían producido en una escala tan extraordinaria, pero la invasión de los hogares para aterrorizar a las familias y destruir sus bienes no tenía precedentes. «Grupos organizados recorrieron Colonia yendo de un piso judío a otro», escribió el cónsul suizo unos pocos días después de los acontecimientos. «Se ordenó a las familias que abandonaran sus residencias o se las dejó en un rincón mientras veían cómo sus pertenencias eran arrojadas por las ventanas. En las calles quedaron los gramófonos, las máquinas de coser y las máquinas de escribir destartalados ... Aún es posible ver la ropa de cama colgando de los árboles y los arbus-

tos.» No lejos de allí, en el pueblo de «Sonderburg», cuando los vecinos vieron «tirar el mobiliario y posesiones de una familia judía desde la ventana de una segunda planta (y contemplaron con horror las plumas de los edredones que flotaban en el aire), reforzaron sus contraventanas, aseguraron sus puertas, corrieron las cortinas y temblaron pensando en su propia suerte». Una muchacha cuenta que a los «cinco jóvenes» que a las seis de la mañana llegaron con un hacha para arrasar su hogar, les siguieron después unos escolares que les arrojaron piedras; la consecuencia de este ataque fue que «mi padre tuvo un ataque cardíaco en la cocina». En el pueblo de Treuchtlingen, en Franconia, del que se ha ocupado Michael Wildt, el empresario Moritz Mayer recordaba que entre ocho y diez hombres de la SA entraron por la fuerza en su casa entre las cuatro y cinco de la mañana: «En la cocina, destrozaron los platos contra el suelo hasta hacerlos añicos; en el sótano ... obligaron a las mujeres a hacer añicos las botellas de vino y los tarros de conservas. Después de la SA llegó la plebe, luego los escolares; cada grupo continuaba con la destrucción y los robos». Los judíos huyeron de la población y, dejando atrás sus pertenencias, corrieron a la estación de tren «por un corredor formado por la turba, acompañados por una risa burlona».[105] En otras partes, jóvenes y adolescentes incondicionales de Hitler propinaron palizas a ancianos judíos, los tiraron escaleras abajo y los dejaron cubiertos de sangre.[106]

Dondequiera que los miembros de la SA echaron a los judíos de sus residencias, los incidentes fueron todavía peores porque los antisemitas convirtieron las calles en el escenario de distintos rituales de degradación y humillación. Enfrente de las sinagogas envueltas en llamas, los matones nazis obligaron a los judíos a destruir copias de la Torá o les hacían cantar y bailar. En Leipzig, el cónsul estadounidense dejó un espantoso testimonio sobre cómo se empujó a hombres, mujeres y niños hasta la orilla de un riachuelo que fluía por el parque zoológico de la ciudad para que los transeúntes les molestaran y escupieran.[107] En total, noventa y un judíos fueron asesinados en Alemania durante los desmanes; muchos más se vieron impulsados a cometer suicidio, fallecieron víctimas de ataques cardíacos o murieron estando bajo custodia de guardias nazis.

En todas las ciudades, los ciudadanos alemanes conocían a los principales perpetradores y estaban en condiciones de identificar a los escolares que les imitaron. Fueron testigos de actos escandalosos de saqueo, humillación y arresto. Los vecinos estuvieron hablando durante semanas acerca de incidentes horribles como el de la muerte de Dora Stern, cuya muerte pudo deberse o no al hecho de que un hombre de la SA la arrojó

por la ventana de su casa. Pero los habitantes de Arheiligen, una pequeña población en las afueras de Darmstadt, sí sabían que el padre de Dora se había colgado junto al lecho de muerte de su hija.[108] Parece claro que sin las órdenes dadas por la cúpula del partido, el pogromo nunca habría tenido lugar; pero una vez se puso en marcha, se convirtió en un acontecimiento público que los transeúntes se vieron obligados a presenciar. ¿Cómo se explicaban esos testigos presenciales a sí mismos lo que habían visto?

La mayoría de los alemanes se sentían avergonzados por los pogromos que habían tenido lugar en sus barrios. Las críticas por la perturbación del orden público fueron generalizadas, aunque no deben tomarse al pie de la letra. Tales críticas sin duda alguna encubrían objeciones morales profundas que de otro modo resultaban difíciles de expresar en la Alemania nazi. «La gente decente por lo general está dormida entre las dos y cinco de la mañana», fue el comentario de una secretaria berlinesa a la tesis de los nazis de que las acciones antisemitas eran expresión de la indignación popular: «No puedes prender fuego a una iglesia antes de levantarte».[109] En Peine, en la Baja Sajonia, Karl Dürkefälden, para entonces el único miembro de su familia que seguía resistiéndose a convertirse en nazi, dio cuenta de la conmoción que lo ocurrido produjo en su entorno. La destrucción de las casas de Dios había afectado profundamente a su hermana Emma, que dejó de creer en las declaraciones de paz de Hitler y declaró que sencillamente no podía soportar oír su lengua viperina. Su suegra, a la que los pronunciamientos del régimen le habían resultado convincentes durante mucho tiempo, se preguntaba ahora si los nazis procederían a continuación a prender fuego a las iglesias cristianas. El hecho de que las historias acerca de las atrocidades cometidas, como la de Dora Stern, se transmitieran de unos vecinos a otros mediante el cotilleo ciertamente constituye un indicio de la indignación que provocaba la brutalidad de los nazis, pero al mismo tiempo revela un sorprendente desconocimiento de las condiciones, por lo general lamentables, en que los judíos vivían en el Tercer Reich. Quienes cotilleaban eran básicamente individuos pasivos, capaces de hablar sobre los dramáticos acontecimientos, pero no de intervenir en ellos. El padre de Karl, en cualquier caso, sacó a colación el argumento acerca de la botella de sangre que supuestamente se había encontrado en las ruinas de la sinagoga de Peine.[110] Representaba a un gran número de ciudadanos que consideraba a los judíos de Alemania como forasteros que no merecían ninguna clase de compasión. De acuerdo con Fritz Stern, la incapacidad de las

iglesias protestantes y católica alemanas para decir algo acerca de «la destrucción de los lugares sagrados» evidencia «una bancarrota moral total, casi imposible de creer».[111]

El 10 de noviembre casi una quinta parte de todos los varones judíos que vivían en Alemania fueron arrestados y pasaron semanas en los campos de concentración de Dachau, Buchenwald y Sachsenhausen en unas condiciones espantosas. La forma en que se humilló a los judíos permite distinguir la violencia que los nazis ejercían contra los judíos de la que ejercían contra los socialdemócratas o los «asociales». En Saarbrücken, se sacó a los hombres de sus hogares, estando todavía en pijama, se los agrupó y luego se los bañó con el agua de un hidrante municipal. En Kiel, se los obligó a marchar de dos en dos por las calles gritando: «Somos los asesinos». A los judíos de Erfurt se los llevó al gimnasio local, donde fueron detenidos, atormentados y obligados a realizar ejercicios de calistenia para divertir a los guardias hasta que llegaron los buses que debían llevarlos a Buchenwald.[112] Una vez en los campos, los prisioneros tuvieron que pasar largas horas formando de pie sin que se les diera agua o comida suficiente, una privación extrema que dio pasó, después de varios días, a una rutina de duro trabajo físico. Los guardias aterrorizaban sin piedad a los judíos que en otro tiempo habían sido sus conciudadanos y a los que ahora se dirigían como «vosotros, sacos de mierda; vosotros, cerdos judíos; vosotros, cerdos patéticos; vosotros, gentuza de la peor calaña».[113] En unos campos de concentración en los que por término medio había tres o cuatro fallecimientos al mes, centenares de judíos murieron entre noviembre y diciembre de 1938; en total, quizá más de un millar de prisioneros judíos perecieron en este período.[114] Pasarían dos o tres meses antes de que se permitiera a los sobrevivientes regresar a sus hogares y negocios, o lo que quedaba de ellos.

Dado que el propósito del pogromo era forzar a los judíos alemanes a emigrar y facilitar la expropiación de sus bienes, la consecuencia del ataque físico no fue una paz incómoda sino una campaña jurídica y financiera feroz. En primer lugar, se los consideró responsables de los desordenes públicos que siguieron al asesinato de Rath. El día del pogromo, a Goebbels se le ocurrió la idea de una *Sühneleistung*, o «multa expiatoria», cuyo monto, mil millones de marcos, estipuló un consejo de ministros. Se exigió a los contribuyentes judíos la entrega de más de un 20 por 100 de sus activos en cuatro plazos, el último de los cuales se fijó para agosto de 1939. Estos beneficios inesperados elevaron un 6 por 100 los ingresos anuales del Estado en 1939. Además, el gobierno confiscó

225 millones de marcos en pagos de seguros.[115] Todos los negocios judíos fueron arianizados o liquidados. Por último, una Oficina Central de Emigración Judía, creada como una rama adicional del aparato de seguridad del Estado, se encargó de facilitar la emigración de los judíos, pero no antes de desplumarlos obligándolos a depositar sus valores, dinero y joyas en cuentas bloqueadas. Dado que los judíos pobres tenían menos posibilidades de poder emigrar, los planificadores de la SS reconocieron que se quedarían con lo que en su imaginación era una clase marginada de delincuentes empobrecidos. De hecho, el periódico de la organización, *Das Schwarze Korps*, se apresuró a publicar algo semejante a una colección de fotografías de criminales para uso de la policía: «una pequeña selección» de fotos de médicos, abogados y otros profesionales, todos igualmente empobrecidos, cuyas cabezas recién afeitadas creaban los «rostros eternos» en los que los judíos se disolvían en meros delincuentes.[116] «Cuando lleguemos a esa etapa de desarrollo —anunciaba *Das Schwarze Korps* bajo el titular "Los judíos, ¿ahora qué?"— nos enfrentaremos a la difícil necesidad de exterminar el hampa judía como exterminamos a todos los criminales en nuestro Estado respetuoso de la ley: ¡con el fuego y la espada! El resultado será el fin real y definitivo de la judería en Alemania, su completa destrucción.»[117]

Atendiendo el llamado de Hermann Göring, los altos cargos nazis se encontraron en el Ministerio de Aviación el 12 de noviembre para continuar el pogromo con leyes encaminadas a erradicar a los judíos del espacio nacional alemán. La reunión se desarrolló con cierto sadismo. Una vez se establecieron los términos para el robo financiero de los judíos alemanes, Goebbels encaminó la discusión a las propuestas que había estado promoviendo desde hacía meses: prohibir la entrada de los judíos alemanes a los teatros, salas de cine, cabarés y museos. Unas pocas semanas más tarde, un borrador completo de la ley prohibía el acceso de los judíos a los parques de diversiones, los circos y las pistas de patinaje. Goebbels intentó además segregar a los pasajeros de los ferrocarriles, prohibiendo la presencia de judíos en los compartimentos utilizados por el resto de los alemanes y forzándolos a usar unos especialmente diseñados para ellos. Asimismo solicitó medidas legales que obligaran a los judíos a permanecer de pié en el transporte público hasta que todos los alemanes presentes hubieran encontrado un sitio donde sentarse. Göring no estaba de acuerdo en este particular: «Créame: si surgiera una situación como la que usted menciona y el tren estuviera atestado de pasajeros, no habría necesidad de ninguna ley. Le sacaríamos a patadas y tendría que sentar-

se solo en el retrete todo el camino». En cualquier caso, en la cuestión de los asientos las opiniones de Göring y Goebbels no estaban muy alejadas y, al final, se prohibió a los judíos el uso de los coches cama y los vagones restaurante. Göring pasó a la expulsión de los judíos de los parques de Alemania, aunque consideró que podía dejárseles unas cuantas parcelas pobladas por animales de aspecto judío: «el alce tiene una nariz torcida como la tienen ellos». Entretenidos, los estadistas continuaron recorriendo la lista para expulsar a los niños judíos de las escuelas alemanas y facultar a las policías locales para ampliar de acuerdo con sus necesidades las prohibiciones relativas a la presencia física de judíos en los espacios públicos. Finalmente, se prohibió a los judíos transitar por las principales calles del distrito del gobierno en Berlín, la Wilherlmstrasse y Under den Linden. Los periódicos publicaron las nuevas leyes «de inmediato», como había insistido Göring, «esta semana los judíos van a recibir palmadas en las orejas, una después de otra».[118] Aunque ni Göring ni Goebbels pensaban en el exterminio masivo en esta reunión, el carácter excesivo de sus comentarios y la facilidad con que eran capaces de deshumanizar a las personas ya apuntaban en esa dirección.

En abril de 1939, una nueva legislación federal privó a los judíos de la protección que les ofrecían las leyes de control de los alquileres. Ahora los caseros podían echar a sus inquilinos judíos si los municipios les garantizaban otra forma de alojamiento. Con el fin de aislar a los judíos y liberar pisos, los representantes locales del partido concibieron la organización de «casas judías» y otros centros de detención. Aunque la mayoría de las «casas judías» no se crearían hasta la guerra, en Detmold los funcionarios del gobierno hacinaron a un centenar de judíos en seis casas, en Sachsenstrasse 4 y 25, Paulinenstrasse 6 y 10, Hornsche Strasse 33 y Gartenstrasse 6, en abril de 1939.[119]

Las leyes aprobadas en los seis meses posteriores a los pogromos prepararon la destrucción física de la infraestructura de las comunidades judías. Ello puso a Alemania completamente fuera de la órbita de la política europea. En lo que respecta a los nazis, los judíos de Alemania habían pasado a ser absolutamente desechables y su eliminación física era algo que podía considerarse: ésta fue la consecuencia revolucionaria de los pogromos de noviembre de 1938. El 30 de enero de 1939, menos de tres meses después de esos acontecimientos, con ocasión del aniversario del ascenso al poder de Hitler, el líder profetizó «la aniquilación de la raza judía en Europa» en caso de que «la judería financiera internacional» consiguiera «precipitar de nuevo a las naciones a una guerra mun-

dial».[120] Esta retórica genocida no debe confundirse con la decisión real de Hitler de proceder al exterminio de los judíos, decisión que probablemente no tomaría hasta el otoño de 1941, o con su implementación en la primavera de 1942, pero constituye una prueba clara de que Hitler manifestó su intención de matar a los judíos en caso de una guerra mundial.

«Poco a poco, todos han ido regresando —escribió Ruth Andreas-Friedrich en su diario berlinés en enero de 1939—: los que fueron enviados a Buchenwald y los que fueron enviados a Sachsenhausen, con sus cabezas afeitadas y sus ojos llenos de demasiado sufrimiento.» Este regreso fue el preludio de la emigración y partida final. Los amigos sacaron el *Philo-Atlas*: «¿Dónde está La Paz? Oh, sí, en Bolivia ... El globo se va encogiendo: Brasil parece a un tiro de piedra, Londres como una excursión en la tarde a Wannsee». Sin embargo, no era para nada como un viaje a Wannsee. Se despojaba a los emigrantes de sus activos y se los obligaba a liquidar sus hogares y marcharse dejando atrás todo lo que poseían, con excepción de las escasas pertenencias mundanas que se permitía llevar consigo a los refugiados. «Dividimos el menaje, subastamos los platos, vendimos en la calle la biblioteca. Siete volúmenes de Heine. Nueve copias de *La montaña mágica*. Once de *Sin novedad en el frente* y nueve biblias.»[121] La emigración significó la dispersión de los testimonios de la vida de los judíos en Alemania, el rastro de los ancestros y los signos de la historia colectiva. Mientras los alemanes «arios» buscaban a sus ancestros en lo profundo del pasado del país, los judíos alemanes se desprendían de su herencia.

En enero de 1939, la hermana pequeña de Hans Winterfeldt se alistó en un *Hachschara*, un campamento en el que se adiestraba a los jóvenes para la exigente vida de los kibutz en Palestina. Quienes «lo conseguían» recibían en Berlín su visa unas pocas semanas después. «La fecha exacta la determinaba la Oficina Palestina, en el número 10 de la Meineckestrasse. Entretanto, los Chaverim y Chaverot, que era como los futuros habitantes de los kibutz se llamaban unos a otros, se invitaban mutuamente a sus casas para pequeñas celebraciones. Sólo se cantaban canciones hebreas ... y se bailaba el *hora* en un gran círculo.» Para muchos judíos alemanes, el sionismo se convirtió en un destino cultural e histórico atractivo, y en Berlín, Fráncfort y Breslavia, cada vez más palabras hebreas ingresaban en la vida cotidiana para reemplazar a los términos alemanes: *bevakasha* en lugar de *bitte*, «por favor», y *boker tov* en lugar de *guten Morgen*. Éstas también eran palabras nuevas, como las «palabras relucientes» de los nazis. La situación era más fácil para los judíos jóve-

nes, y las familias se separaban en direcciones diferentes a medida que los sionistas adolescentes como Winterfeldt partían hacia Palestina, o los varones adultos emigraban por delante de sus familias a Gran Bretaña o Estados Unidos con el fin de conseguir un empleo, o los niños (para finales de 1939 más de cuatro de cada cinco) eran enviados a vivir con sus tíos y tías en el extranjero, con lo que «los niños se volvían cartas».[122] La hermana de Hans partió de la estación Anhalter de Berlín a la diez de la noche del 9 de marzo de 1939. Del día de su partida recordaba: «El tren empezó a moverse sin apenas tambalearse. Casi no te dabas cuenta de ello porque la gente caminaba a su lado ... con el fin de mantener el contacto con los niños que partían, tanto tiempo como fuera posible. Hacían señas con la mano, primero con sus pañuelos, y luego sin ellos». Cuando su madre perdió de vista el tren, «lanzó un grito de animal salvaje ... ese alarido era la expresión de la impotencia ... al mismo tiempo, era una reacción espontánea al sentimiento de que nunca volvería a ver a su hija. Estuve oyendo ese grito en mis oídos durante mucho tiempo».[123] Pasó mucho tiempo antes de que también lo oyeran otras personas, en Alemania o en cualquier otro lugar del mundo.

3

El imperio de la destrucción

ESCRIBIR CARTAS

En *Historia*, la novela de Elsa Morante, Ida Ramundo, la maestra de escuela que la autora utiliza para hablar de Roma en tiempos de la segunda guerra mundial, camina a través del gueto después de que los alemanes hubieran empezado a deportar a los judíos de la capital italiana a mediados de octubre de 1943: «había sido despojado por completo de toda su carne judía y sólo quedaba el esqueleto». Luego, la mujer pasa junto a los patios de carga de Tiburtina, una estación de tren cercana. Allí «un horrible zumbido» la lleva a acercarse. El sonido es parecido al barullo de los «jardines de infancia, los hospitales, las prisiones», sólo que «revueltos todos juntos, como fragmentos de vidrio arrojados en la misma máquina». El ruido proviene de los vagones para el transporte de ganado, cerrados, pero repletos de hombres, mujeres y niños. Los vagones carecían de ventanas más allá de una rejilla abierta en un extremo, donde Ida, que es medio judía, puede ver las manos asomarse entre los barrotes. Uno de los prisioneros le arroja un trozo de papel. Cuando Ida se detiene a recogerlo, ve que «dispersos por el suelo junto a los coches ... había otras notas arrugadas similares entre la basura y los desperdicios». No tuvo «fuerzas para quedarse allí y recogerlos».[1]

Menos de dos años antes, en diciembre de 1941, un policía anotó en su breve informe sobre un «transporte» de judíos alemanes desde Düsseldorf hasta Riga que siempre que el tren se detenía los prisioneros llamaban a los viajeros que esperaban en las estaciones y les pedían que enviaran por ellos unas cartas. Esas cartas eran los últimos testimonios de

vida que los deportados judíos podían dejar antes de que se los encerrara en los guetos cuando llegaran a su destino unos pocos días más tarde. Las postales en blanco y los sellos de correo formaban parte de los artículos que con mayor frecuencia se confiscaban a los judíos alemanes que debían abordar los trenes de deportación; el 24 de marzo de 1942 las autoridades de Wurzburgo decomisaron 358 postales de seis *pfennig*, 142 sellos de seis *pfennig* y 273 sellos de doce *pfennig* antes de permitir a los deportados partir.[2]

Una fotografía tomada en el límite del gueto en Lodz, en Polonia, probablemente en el año 1942, muestra a una mujer joven inclinándose para escribir lo que debió de ser su última carta antes de que se la forzara a subir al tren que la conduciría a la muerte en el centro de exterminio de Chelmno. Muy pocas de estas últimas cartas llegaron a sus destinatarios. En una fecha tan tardía como agosto de 1944, mientras vivía en peligro en Dresde, Victor Klemperer cuenta que «nunca se ha sabido con claridad *quién* de los que están en Theresienstadt puede mantener correspondencia con *quién*». Pese a lo cual, de «los Hirschel y de otros, a menudo han llegado noticias aquí y allá, nos hemos enterado de la muerte de Jon Neumann». Mediante cartas de contrabando, diarios privados y archivos secretos, las víctimas judías realizaron esfuerzos enormes para dejar testimonios de las atrocidades que los nazis estaban cometiendo. El mismo Klemperer consiguió escribir furtivamente en las páginas de su diario, que Eva, su esposa no judía, consiguió salvaguardar ocultándolo en la casa de campo de un amigo. Los miembros de la resistencia judía en Varsovia y los prisioneros de Auschwitz organizaron archivos valiosos en lugares escondidos.[3] Textos secretos han salido a la luz en Berlín al igual que en las principales áreas de exterminio, en Polonia, Rusia y Ucrania, pero la mayoría de los que debieron de escribirse no han sido encontrados. Estos textos conservan las voces de las víctimas.

La nota que Ida Ramundo, el personaje de *Historia*, recibe en la estación de tren era un indicio de la violencia de la expulsión. Pero, al mismo tiempo, revelaba vínculos con el gueto aún vigentes. «Si ve a Efrate Pacificho dígale que todos estamos bien», lee Ida en el trozo de papel que tiene en su mano: «Irma Reggina Romolo y todos van Alemania toda la familia bien la factura paga Lazarino otras ciento veinte liras deuda porq»: «porq», los autores de estos textos con frecuencia eran interrumpidos. Escribir no era fácil, y la posibilidad de enviar las cartas era impredecible. Millones de otras cartas nunca llegaron a escribirse; en los guetos, las autoridades prohibieron la correspondencia o prohibieron las cartas para

favorecer las postales. Además, las víctimas que sobrevivieron a los procesos de selección en los campos de exterminio de Alemania y Polonia después de 1942 no contaban con papel y lápiz. En Berlín, Ruth Andreas-Friedrich, una alemana no judía, fue testigo de la deportación de sus amigos, uno a uno, a lo largo de 1941, 1942 y 1943, y nunca volvió a saber de ellos. Y las cartas que las víctimas empujaban por las rendijas de los vagones para ganado, o las que conseguían pasar en momentos robados en las estaciones de tren, rara vez llegaban a Efrate Pacificho o a cualquier otro destinatario. Durante unas pocas horas permanecieron tiradas en las vías férreas de la historia alemana y luego desaparecieron.[4]

Sin embargo, los alemanes no judíos escribieron cartas, las enviaron, las leyeron y las guardaron. En tiempos de guerra y separación, las cartas dirigidas a, y escritas por, los soldados que prestaban servicio en el frente eran pruebas de vida valiosísimas. Eran declaraciones de amor y expresiones del anhelo de estar en casa. Describían el campo de batalla y las condiciones de la ocupación militar y llegado el momento proporcionaron a los historiadores documentos cruciales acerca de las actitudes populares hacia la guerra y el conocimiento que se tenía del Holocausto. Fue la dislocación producto de la guerra lo que animó a las personas a expresar sus pensamientos acerca de la vida y la muerte en la década de 1940. «Nunca antes tantísimos obreros, artesanos y granjeros se habían dedicado a escribir cartas privadas regularmente» o a comentar los acontecimientos históricos; un panadero de mediana edad escribió más de trescientas cincuenta cartas antes de morir en el verano de 1945.[5]

En Alemania, cuarenta mil millones de envíos postales fueron y vinieron entre el frente interno (que aportó la parte del león de esta correspondencia) y el frente de batalla en los años 1939-1945, aproximadamente el mismo volumen de correspondencia que produjo la primera guerra mundial; durante la segunda guerra mundial, el servicio postal militar de Alemania empleaba a doce mil trabajadores. En mayo de 1942 una sola división, que se encontraba en Bielorrusia, recibió 2.192 sacos de correo y envió otros 1.004. En vista de que en algún momento a lo largo del conflicto tres de cada cuatro alemanes se vieron desplazados de sus hogares, la mayoría de esta correspondencia no ha sobrevivido. Las cartas del frente interno son las más raras pues por lo general sus destinatarios no las conservaban: los soldados estaban en constante movimiento y casi la mitad de ellos murieron en la confrontación. Aun así, los alemanes escribieron millones de cartas cada día, y a pesar de los bombardeos aéreos y las evacuaciones, las familias, sociedades históricas y archivos es-

tatales lograron preservar miles de las cartas escritas durante la guerra. Los alemanes perdieron la guerra, pero salvaron buena parte del testimonio de sus esfuerzos y sacrificios.[6]

Albert Neuhaus, un propietario de una *delicatessen* de Münster que había sido destinado al frente oriental, valoraba enormemente la llegada regular de correo: «¡Eres sencillamente grandiosa! Una carta ayer en la tarde, una carta esta mañana y otra carta más esta misma tarde», escribió a su esposa Agnes en septiembre de 1941, prometiéndole ser un corresponsal fiel. Neuhaus pidió a su joven esposa papel para escribir, sobres y película, confió a sus compañeros que volvían de permiso a Alemania cartas para poner al correo y envió de vuelta a su casa las cartas que había recibido para que estuvieran a buen recaudo: «Incluyo el correo que llegó hace ocho días; por favor, cuídalo».[7] En tiempos de guerra, era frecuente que las familias crearan archivos con el fin de documentar su participación en la historia nacional.

Por tanto, para la época en que los nazis empezaron a deportar a los judíos alemanes, en otoño de 1941, el simple acto de escribir una carta o ponerla al correo diferenciaba a los alemanes de los judíos. Esta distinción afectó la capacidad de las personas para dejar un testimonio, enviar noticias o dar sentido a los acontecimientos extraordinarios que estaban teniendo lugar, y es un indicativo de la destrucción de la memoria de una comunidad y la supervivencia de otra. Aunque los alemanes dejaron declaraciones conmovedoras acerca del combate y la muerte, por lo general lo hicieron desde la perspectiva del espectador, el soldado o el perpetrador, no de las víctimas. En la segunda guerra mundial, al horror del genocidio se suma la destrucción del testimonio sobre él, de allí que resulte tan difícil (aunque no imposible) hallar voces no nazis en los documentos y pruebas que los historiadores han de utilizar para explicar, de forma tentativa, las acciones de los asesinos y los asesinados. El hecho de que el imperio alemán favoreciera e impidiera al mismo tiempo la producción de textos por parte de la población normal y corriente tuvo como consecuencia la fragmentación y la distorsión de las perspectivas tanto en su momento como en la actualidad.

Durante las grandes campañas ofensivas en Polonia, en septiembre y octubre de 1939, en el Oeste, en la primavera de 1940 y, de nuevo, en la Unión Soviética un año más tarde, los alemanes no podían separarse de la radio. «Los acontecimientos son increíblemente tremendos —confirmaba un hombre desde Görlitz a finales de junio de 1940—: lo mismo nos pasa a nosotros; no apagamos la radio en todo el día.» «Todo el mundo

está pegado a la radio», anotó un diarista el 24 de junio de 1941, justo después del comienzo de la Operación Barbarroja contra la Unión Soviética. Millones de soldados redactaron cartas excitadas destinadas a sus familias en el espacio auditivo de la radio e imaginaban a sus seres queridos en una situación similar. «Uno no puede hacer otra cosa que reconocer —concluye un historiador— hasta qué punto los discursos de Hitler servían de orientación a los soldados y los llenaban de entusiasmo y energía. En las cartas resulta claro que su influencia no se reduce a la de un propagandista, y un examen más detenido revela que les servía como portavoz.»[8] Las transmisiones radiales facilitaban la sensación de vínculo con la epopeya histórica del nacionalsocialismo; «al escuchar la radio, se tiene una mejor idea de los acontecimientos porque tienes una imagen global».[9]

Después de escuchar las palabras que Hitler dirigió a los soldados el 1 de octubre de 1941 («bueno, mis camaradas») para anunciarles «el comienzo de la última gran batalla decisiva de la guerra», Albert Neuhaus escribió a su esposa una carta explícitamente documental con la intención de «ofrecer una idea de nuestra experiencia». De esta forma, el «afecto y entusiasmo» con el que las órdenes de Hitler fueron recibidas se transmitió al frente interno. Albert también dejó a su esposa instrucciones detalladas sobre la conservación de recuerdos de la guerra. «Querida Agnes, te estoy enviando seis rollos de película. No tengo que decirte cuán importantes son estas fotografías para mí. Permíteme que te pida que reveles estas fotos con *total cuidado* en formato 6 × 9. Preferiblemente, en un suave acabado mate.» Después, Albert solicitará ampliaciones más grandes, de 12 × 18 centímetros para «decorar nuestro piso».[10] Las cartas y fotografías, y los esfuerzos realizados para guardarlas, indican hasta qué punto los soldados se situaban de forma deliberada en la historia mundial y adoptaban para sí mismos la heroica posición estratégica del Tercer Reich.

En el arrebato de la victoria, las cartas que los soldados enviaban a casa transmitían las nuevas experiencias de los ejércitos victoriosos en su avance por países extranjeros, realzando, página tras página, la «experiencia colectiva» del nacionalsocialismo. El conocer nuevas tierras producía una excitación embriagadora; en ocasiones, los soldados compararon la campaña en Francia con una «gran excursión de Fuerza a través de la alegría».[11] En los primeros dos años de la guerra, existía un sentido de superioridad desprovisto de complicaciones que compartían incluso los *Landser* (el nombre que los soldados alemanes se daban a sí mismos) nor-

males y corrientes. En las cartas se describen las mercancías refinadas robadas en Francia o la situación de pobreza de las tierras ocupadas en el Este, donde sabían con toda confianza «qué población es alemana y cuál es polaca». Al igual que en la primera guerra mundial, en la segunda guerra mundial los soldados clasificaban a los amigos y los enemigos en términos de limpieza relativa, pero en este conflicto la tendencia a hacer generalizaciones burdas acerca de la población y a encasillar a las personas en jerarquías biológicas rígidas fue mucho mayor. Incluso soldados de infantería ordinarios adoptaron un punto de vista racial, de manera que «los rusos» contra los que los alemanes habían peleado en 1914-1918 se transformaron en un peligro indiferenciado, «el ruso», al que se consideraba «lerdo», «tonto», «estúpido» o «depravado» y «de aspecto apenas humanoide». Estas palabras hacen que «el vocabulario de la primera guerra mundial parezca casi inofensivo».[12]

Las cartas de la guerra proporcionaron a los nazis confirmaciones valiosas de la eficacia de su propia propaganda. Los soldados ridiculizaban las pretensiones del comunismo, el «supuesto paraíso de los "trabajadores"», y juraban de la exactitud de los estereotipos antisemitas más maliciosos: «lee el *Stürmer* en Alemania y mira las fotografías —escribía un suboficial de servicio en Rusia en julio de 1941— y podrás hacerte una pequeña idea de lo que hemos visto aquí y de las atrocidades cometidas por los judíos».[13] Desde la perspectiva del régimen, las cartas remitidas desde el frente servían para justificar la guerra y mantener unida a la nación alrededor de una meta común. Los oficiales militares subrayaban la importancia de escribir a casa; las cartas desde el campo de batalla proporcionaban «una especie de vitamina espiritual» al frente interno y reforzaban su «actitud y valor».[14]

Si las cartas de la guerra evocaban al enemigo con la imaginería gastada del nacionalsocialismo, también revelaban los límites de la movilización ideológica. Ya en diciembre de 1941, con el final de la *blitzkrieg*, Goebbels reconocía que las cartas que llegaban desde el campo de batalla no se correspondían con la campaña de propaganda del régimen en Berlín. «En realidad, el impacto de las cartas remitidas desde el frente, que se había visto como extraordinariamente importante, ha de ser considerado en la actualidad como algo más que nocivo —anotaba—: los soldados son bastante directos a la hora de describir los severos problemas de las condiciones bajo las cuales están combatiendo, la falta de ropa de invierno ... la insuficiencia de comida y munición.» Por consiguiente, los oficiales al mando de las unidades distribuyeron instrucciones sobre «El

arte de escribir una carta» en las que se instaba a los soldados a escribir «cartas viriles, duras y claras». Había muchas impresiones que era «mejor mantener enterradas en lo profundo del corazón porque conciernen sólo a los soldados en el frente ... Quien se queja y lloriquea no es un verdadero soldado».[15]

Hacia febrero y marzo de 1942, con la llegada tardía de los paquetes navideños, las cartas fueron más optimistas, pero incluso así los soldados escribieron acerca del enorme esfuerzo que realizaban para endurecerse física y emocionalmente. Unas pocas semanas después de las feroces batallas de invierno alrededor de Moscú, Hans Olte reconocía en una carta a sus padres que «ya he llorado y he intentado intensamente reprimir mis miedos. Es terrible ... Hasta ahora lo he conseguido y continuaré arreglándomelas». De manera similar, Albert Neuhaus confía a su esposa: «para serte honesto, de vez en cuando me entra la morriña. Son momentos de agobio interior, una lucha entre el deseo y el deber. Pero he de resistir». Los soldados intentaban con fuerza seguir las instrucciones de la Wehrmacht, pero lo cierto era que querían volver a casa. Después de recibir una medalla conmemorativa como condecoración por su servicio durante la «batalla de invierno» de 1941-1942, Albert anotó que hubiera preferido que lo enviaran de regreso a Alemania. En octubre de 1943 Agnes le envió «galletas saladas, jabón, cuchillas de afeitar, pasta de dientes y mezcla para preparar pudín», pero no película fotográfica, y Albert no volvió a referirse a las fotografías en sus cartas.[16] Albert Neuhaus murió en Rusia en marzo de 1944.

«El comienzo y el final de la transformación de Olte —comenta Klaus Latzel— puede ilustrarse perfectamente mediante dos cartas de su correspondencia familiar: "Oh, me encantaría estar ahí fuera con los soldados", en mayo de 1940, y "¿Cuándo acabará esta matanza sin fin?", en mayo de 1944.»[17] Los soldados como Albert Neuhaus y Hans Olte continuaron combatiendo y matando, en su mayor parte por su sentido del deber y su deseo de proteger a su país, pero habían dejado de pensar en sí mismos como la vanguardia del nacionalsocialismo.

La capacidad de librar una guerra racial no era algo que se alcanzara con facilidad. Hannes Heer hace hincapié en el momento de «conmoción» y el posterior proceso de «renormalización», algo que se produjo de forma repetida a lo largo del conflicto. «El relato que cuenta las cartas escritas por la mayoría de los soldados que invadieron la Unión Soviética en el verano de 1941», explica, es el de «una experiencia que los convirtió "en una persona diferente", de un proceso de "cambio interior", de ha-

berse visto obligados a "reajustarse por completo" y, también, de tener que "tirar por la borda varios principios"». Heer reconoce que para una minoría de los hombres este «ajuste» fue un proceso angustioso de «"conciencia dividida" que finalizó bien en un retraimiento resignado» o en una soledad desafiante; sin embargo, la mayoría de los soldados se adaptaron: «se volvieron "duros", "indiferentes" y "desalmados"». En estas condiciones resultaba posible identificar a un «hombre nuevo». Según Kleo Pleyer, una fuente sobre el frente oriental, «el soldado alemán, con su uniforme gris de batalla, lo ha conocido todo en la Unión Soviética. No sólo realizó un ataque ofensivo triunfal, como en Francia, sino que también tuvo que mantener su cabeza en medio de un fuego de artillería enemigo que se prolongaba durante horas, días, semanas. Ha visto a un compañero tras otro caer ensangrentado al suelo, ha visto el cadáver hecho trizas de un amigo. Durante meses ha vivido en el infierno ... Pero todo ello sólo le ha hecho más fuerte, más tenaz». Lo que emergió del frente oriental fue una nueva especie de heroísmo brutal que se había incubado ideológicamente en la década de 1920, pero que sólo se había llevado a la práctica en la de 1940; de forma creciente, el soldado de combate asumió las virtudes de la fuerza despiadada e implacable. «Aquí la guerra se libra en su forma pura —reflexionaba un soldado en julio de 1941—; cualquier signo de humanidad parece haber desaparecido de las obras, los corazones y las mentes.» Otro soldado concluía en noviembre de 1943: «Con los sentidos de un depredador reconocemos que el resto del mundo será harina entre las piedras de molino de esta guerra».[18]

Entre la primavera y el verano de 1942, cuando los soldados de la Wehrmacht destinados a Rusia recibieron su primera licencia, Goebbels advirtió a la población civil que los combatientes que regresaban a casa podían parecerles extraños. Esto se debía a que estaban participando «en una confrontación gigantesca de visiones del mundo». «Es comprensible» que «el pensamiento inflexible acerca de la guerra, sus causas, sus consecuencias y sus metas» produjera «puntos de fricción» con «la vida hogareña». Era necesario que las familias supieran estar a la altura de la «cara brutal de la guerra».[19] Goebbels estaba preparando a los alemanes para lo que los soldados que regresaran del frente les contarían acerca del asesinato de judíos inocentes.

Los soldados pudieron transmitir a sus familias información sobre el desarrollo de la guerra y la destrucción de los judíos de una forma tan natural porque, precisamente, aceptaban los términos implacables de la guerra racial como simples hechos. Los testimonios más espantosos son

las fotografías que los soldados tomaban. Entre las fotografías que Albert Neuhaus envió y Agnes reveló en el verano y otoño de 1941 había una («rollo XII, 7») en la que aparecía un «espía ruso» al que habían colgado «por robar los pantalones de ejercicio del teniente Gödecke». Dado que los espías no se dedican a robar pantalones, resulta claro que Neuhaus había internalizado por completo las medidas desproporcionadas de la confrontación, acaso un «punto de fricción» con Agnes, quien, después de la guerra, corrigió la redacción de las cartas tachando «espía» y escribiendo en su lugar «chico». En junio de 1942, de camino a casa para disfrutar de su licencia, Albert tomó una fotografía («rollo XII, 16») de unas mujeres judías trabajando bajo la vigilancia de guardias armados en un patio de ferrocarriles en Stolpce: «es una imagen única».[20] La mayoría de estas prisioneras serían asesinadas un mes más tarde. Albert no mencionó la cuestión de cómo había llegado a tomar esta foto o si estaba involucrado en los hechos. Otros soldados tomaban fotografías de partisanos colgados en plazas de mercado y de civiles judíos fusilados en las afueras de los centros urbanos. El que en muchas de las fotografías de las masacres aparezcan soldados con cámaras en la mano es un indicio del intenso interés que tenían en documentar su participación en la guerra. La cámara permitía establecer una relación fría y distante con los acontecimientos y, por tanto, proporcionaba a los testigos una especie de armadura emocional. Con todo, las fotografías siguieron siendo básicamente conmemorativas: la mayoría de las imágenes del Holocausto que existen se conservaron debido a que los soldados alemanes que las tomaron se aseguraron de que fueran reveladas y preservadas en archivos privados. De hecho, los pormenores de las atrocidades cometidas por los alemanes resultaron patentes cuando el movimiento clandestino polaco logró infiltrarse en Foto-Rys, una tienda fotográfica de Varsovia frecuentada por soldados de la Wehrmacht, y pasar a los Aliados copias de las espantosas imágenes.[21]

Las cartas, como es obvio, incluían más explicaciones que las fotografías, pero pese a ello contienen declaraciones claras acerca de la complicidad del ejército alemán en la matanza de civiles. En septiembre de 1941, «Ludwig B.», un soldado raso que había sido destinado a Kiev o cerca de allí, se refirió a la masacre de civiles judíos de Babi Yar: «Las minas que se han puesto hacen que todavía sea peligroso. En Kiev, por ejemplo, hubo una explosión después de otra. Durante ocho días la ciudad ha estado envuelta en llamas: todo es obra de los judíos. Por consiguiente, se ejecutó a los hombres judíos de entre catorce y sesenta años,

y también a las mujeres; de otro modo, esto nunca terminará».[22] Ludwig enmarca la masacre táctica e ideológicamente al vincularla, al mismo tiempo, a las explosiones provocadas por los partisanos en Kiev y a la idea general de que era necesario matar a las mujeres judías con el fin de destruir a los judíos como pueblo en nombre del futuro. El soldado adopta el doble papel de víctima del terrorismo urbano y de victimario que acepta las duras responsabilidades de la historia.

Las noticias sobre la matanza de civiles judíos en la Unión Soviética se difundieron con rapidez a través de las cartas enviadas en el otoño de 1941. Y llegaron a oídos de la mayoría de los alemanes preocupados por estar enterados. Para citar sólo un ejemplo de cómo en el frente interno se hablaba abiertamente del tema: en noviembre de 1941, el empleado municipal que llegó para leer el contador de agua de la residencia de Anna Haag en las afueras de Stuttgart le contó «acerca de un pariente, un miembro de la SS, que decía que había matado a tiros a quinientos judíos, incluidos mujeres y niños, en Polonia, que aunque muchos no estaban muertos, se tiraba a otros encima de ellos, y que él no podía soportarlo más».[23]

Los sucesos dejaban a otros soldados conmocionados y sin palabras; muchos reconocían que habían visto cosas terribles sin precedentes, pero insistían en reservarse los detalles para cuando estuvieran de regreso en casa. Las cartas contienen también expresiones de una desesperación terrible y una tristeza insoportable. Los soldados escribían a sus familias firmando sus cartas como «Bocky», «Pitt» o «Kurdelbumbum».[24] Las noticias de las ejecuciones en masa de judíos llegaban al frente interno en una mezcla de horror, reportaje y sentimentalismo.

En cualquiera de sus registros, las cartas y las conversaciones que éstas generaban en el frente interno indicaban algo más. La mayoría de los alemanes se aferraron a su capacidad para dar testimonio y narrar sus experiencias, en los primeros años como parte de un imperio alemán nuevo y más grandioso, lo que se reflejaba en las historias bélicas relatadas por los veteranos y las fotografías del campo de batalla que adornaban el cuarto de estar, y más tarde como parte de una nación, sufriente y cumplidora del deber, en armas contra adversidades abrumadoras. Por su parte, las víctimas de los nazis se encontraban hundidas en un desastre que les resultaba difícil de comprender. La aniquilación de las comunidades judías estuvo acompañada por la destrucción de fotografías, cartas y diarios (los documentos de los deportados alimentaban permanentemente un fuego en Austerlitz, un campo satélite de Drancy, cerca de París, en el que los

prisioneros judíos se encargaban de clasificar los bienes robados) y, por ende, la destrucción de las pruebas de su ajuste, de los intentos de huir u oponer resistencia a los invasores, así como los testimonios documentales de los crímenes cometidos y del consuelo que ofrecían a familiares y amigos.[25] Esta asimetría en el registro histórico persiste en los testimonios escritos después de la guerra. Como es evidente, era imposible escribir una historia triunfal del Tercer Reich, pero sí se publicaron relatos cargados de admiración sobre la Wehrmacht, a la que se distinguía con cuidado de los líderes nazis que supuestamente la habían engañado y traicionado, relatos que durante muchas décadas conservaron su autoridad. La investigación histórica sobre el Holocausto se quedó muy atrás con respecto a las investigaciones académicas sobre la historia militar de la segunda guerra mundial. Y dado que la destrucción de los testimonios de las víctimas fue tan vasta, aún en la actualidad resulta difícil imaginar cómo podría ser un relato completo de la Shoah. El hecho excepcional del asesinato de la mayoría de los judíos europeos creó silencios que difícilmente pueden medirse. Esta disparidad en la capacidad para dejar testimonio era, también, un elemento del imperio alemán.

EL PROYECTO IMPERIAL

Pese a lo mucho que los alemanes odiaban el Tratado de Versalles y la posición central que ocupaba en sus historias de la posguerra, Hitler no tenía como meta una revisión del arreglo político de la primera guerra mundial. En los meses de preparativos previos a la invasión de Polonia en septiembre de 1939, Hitler reconoció con bastante franqueza que la guerra no era por Danzig, que había sido una «ciudad libre» bajo mandato de la Sociedad de Naciones desde 1919, o el «corredor polaco», que dividió Prusia oriental del resto de Alemania después de la primera guerra mundial; éstos eran pretextos, sentimentales y eficaces ante el tribunal de la opinión pública y mundial, pero, en última instancia, de importancia secundaria para su propósito auténtico. La guerra se pelearía para que los alemanes obtuvieran espacio vital en el Este. A mediados de la década de 1930, Hitler había dejado de centrarse en Francia y Versalles para ocuparse de Polonia, la Unión Soviética y el imperio alemán que podría crearse allí. «Rusia es nuestra África», diría más tarde. Hitler confirmó cuál era su ambición a los generales de más alto rango del *Reichswehr* apenas tres días después de haber ascendido al poder en 1933: la recons-

trucción de las fuerzas armadas alemanas y la conquista de espacio vital. Hitler pensaba explícitamente en términos raciales; él y los jefes de la SS imaginaban un futuro en el que cientos de millones de alemanes, liberados de los apretados confines urbanos del «viejo Reich», fundarían colonias a lo largo y ancho de Europa oriental, cosecharían una riqueza inmensa pero subutilizada y obtendrían para sí mismos seguridad y prosperidad. Los nazis ligaban esta «nueva visión utópica de una Europa dominada por los arios» a la destrucción de los pueblos eslavos indígenas, cuyos miembros supervivientes quedarían reducidos a trabajadores indiferenciados y esclavos, y a la erradicación de las comunidades judías, cuyos habitantes habían de ser trasladados a reservas lejanas o aniquilados. Los nazis convirtieron en sus metas inmediatas lo que habían sido las consecuencias más extremas de cuatro siglos de imperialismo europeo: la desaparición de naciones enteras y la dominación de otras.[26]

En 1941, Hitler insistió en que «los alemanes», y «esto es fundamental», subrayó, «tendrán que crear entre sí una sociedad cerrada, como una fortaleza». La fortaleza era su idea rectora. Incluso cuando los alemanes se encontraban en el apogeo de su poder, Hitler rechazó cualquier intento de forjar alianzas con potencias subordinadas. A diferencia de otros líderes nazis, Hitler no tenía ningún interés en reestructurar Europa occidental en formas que pudieran extender alguna medida de independencia a la Francia de Vichy. Asimismo, se opuso a colaboraciones significativas con otros movimientos fascistas del continente, siendo su alianza con Italia la única excepción. En el Este, nunca se planteó la cuestión de construir alianzas anticomunistas con los Estados del Báltico o Ucrania. La SS movilizó contingentes de soldados extranjeros, pero esta estrategia no significó una rehabilitación de las redes imperiales tradicionales. El modelo de Hitler no era la India británica y la autonomía limitada, sino Estados Unidos, donde, en su opinión, los colonos europeos habían conquistado el continente, acabado con los nativos y creado por encima de ellos una nueva sociedad cimentada en la superioridad racial.

La guerra fue la génesis y la meta de las acciones nazis. Fue el vislumbre de una *Volksgemeinschaft* unificada al comienzo de la primera guerra mundial lo que proporcionó al nacionalsocialismo el modelo social que constituía el núcleo de su ideología. Así como los «días de agosto» de 1914 supuestamente habían unido al pueblo alemán, en la década de 1940 la guerra estaba llamada a hacer realidad la utopía racial de los alemanes y a afirmar su superioridad como un pueblo capaz de hacer historia y determinar su destino. Al mismo tiempo, sólo la determinación de una co-

munidad del pueblo militarizada permitiría a Alemania librar con éxito las peligrosas guerras que vislumbraba en el siglo XX. En este sentido, lo que los nazis consideraban las lecciones del derrumbamiento de 1918 era lo que determinaba cómo debía usarse el legado de 1914. Para Hitler y la generación de activistas de la posguerra que moldearon el movimiento nacionalsocialista, Alemania podía triunfar en una futura guerra. Ésta era una idea crucial para conciliar a un país profundamente perturbado por su derrota. Sin embargo, eso era algo que Alemania sólo podría conseguir gestionando la comunidad del pueblo de acuerdo con principios raciales. En concreto esto significaba la destrucción del poder económico y político de los judíos; la implementación de medidas eugenésicas tanto positivas como negativas, incluidas la esterilización y la eutanasia, con el fin de fortalecer el *Volkskörper*; y la explotación implacable de los territorios recién conquistados en Europa oriental. Además, se requería una labor tanto de propaganda como de política social para ligar emocionalmente a los trabajadores alemanes con la colectividad en su conjunto. Los nazis volvieron a pelear el drama existencial de la primera guerra mundial pero a la inversa, y procedieron a eliminar los peligros que encarnaba 1918 con el fin de alcanzar la unidad de 1914.

Los nazis no tenían un plan maestro para adquirir el espacio vital que creían necesario para garantizar la supervivencia de Alemania. Lo que parece claro es que los nazis planeaban un conflicto de grandes proporciones en Europa occidental con el propósito de quebrar el poder del statu quo antes de lanzar una guerra dinámica para hacerse con un imperio en Europa oriental. Una vez Alemania hubo adquirido Austria y Checoslovaquia en 1939, el orden en que Hitler planeaba librar sus guerras era primero contra Francia y Gran Bretaña y después contra Polonia y la Unión Soviética. No obstante, con la «crisis» checoslovaca resuelta, Hitler carecía de un desencadenante para la confrontación. En este contexto, la ruptura de las negociaciones estratégicas con Polonia acerca de otras cuestiones, en la primavera de 1939, puso la guerra contra este país en el centro de atención. Fue de este modo como Polonia terminó proporcionando la excusa para una guerra general contra Francia y Gran Bretaña. El pacto de no agresión entre la Alemania nazi y la Unión Soviética de agosto de 1939 sirvió para proteger el flanco este, pero no alteró la intención de Hitler de conquistar las tierras del antiguo imperio ruso después de hacerse con la victoria en el Oeste. Sin embargo, tras la caída de Francia, a finales del verano de 1940, Hitler pospuso la invasión de Inglaterra y se preparó en cambio para la invasión de la Unión Soviética de

junio de 1941. Lo que Hitler y sus estrategas militares habían dado por sentado que sería una guerra difícil e incluso prolongada en el frente occidental resultó un triunfo brillante, si bien no se consiguió dejar a Gran Bretaña fuera de combate. Hitler tenía una confianza extrema en la capacidad del poderío alemán y, al mismo tiempo, era muy cauto en lo que respecta a Gran Bretaña. Por consiguiente, surgió un nuevo marco estratégico en el que Alemania podía doblegar a la Unión Soviética, considerada un blanco «fácil», antes de emprender la invasión de Gran Bretaña. La idea era que la victoria de Alemania en el verano de 1941 acabaría con uno de los dos aliados potenciales de Gran Bretaña y animaría a Japón a concentrar su capacidad ofensiva contra Estados Unidos, lo que, en última instancia, minaría al otro aliado potencial de Gran Bretaña. Entretanto, Alemania se aseguraría el espacio vital que buscaba y adquiriría los recursos necesarios para derrotar a Gran Bretaña y tomar posesión de los viejos imperios coloniales en 1941 y 1942. La confianza de los dirigentes alemanes, y en particular de Hitler, en el verano de 1940 produce vértigo. Ahora bien, este historial general de improvisaciones a lo largo de 1938-1941 no significa que Hitler fuera un puro oportunista, algo que erróneamente da por sentado el historiador británico A. J. P. Taylor; la meta a largo plazo de un gran imperio alemán organizado de acuerdo con criterios raciales nunca se perdió de vista.[27]

Dado que no existía un plan preciso para la creación del imperio alemán, tampoco había un límite o final preconcebido para las ambiciones alemanas, una frontera del imperio. Así, mientras en 1939-1940, las fronteras orientales de la Polonia ocupada parecían una barrera enorme entre los alemanes y los soviéticos, un año después estos territorios periféricos se habían convertido en el centro de los esfuerzos de colonización alemanes, después de que la Wehrmacht se adentrara en la Unión Soviética y corriera la frontera de la Europa bajo dominación alemana todavía más lejos hacia el este, en dirección a los Urales, y hacia el sur, en dirección al Cáucaso. Algunos estrategas preveían la conquista de todo el planeta.[28]

Por último, el ritmo de la guerra influyó sobre la política imperial. El supuesto imperante en 1939-1941 de que la guerra que los alemanes estaban peleando sería rápida y tendría un final, el año «próximo» a más tardar, permitió a los estrategas nazis posponer la solución completa del «problema judío». Las victorias sucesivas también tuvieron el efecto de ampliar y radicalizar la solución propuesta: la creación de una «reserva» en algún lugar de la ocupada Polonia para que los judíos alemanes y po-

lacos se pudrieran en 1939-1940; la deportación de todos los judíos de Europa a Madagascar, entonces bajo dominio francés, en 1940; y, finalmente, el traslado de todos los judíos de Europa al «este» de la derrotada Unión Soviética. La anticipación de la victoria final justificaba el posponer estos planes, cada vez más ambiciosos, para el futuro próximo. Y lo contrario también es cierto: los reveses en el conflicto tuvieron el efecto de acercar al presente la «solución final». Así, para la época en que los nazis comprendieron que la guerra con la Unión Soviética se prolongaría, en algún momento a finales del verano o comienzos del otoño de 1941, el «problema judío», según el punto de vista nazi, se había ampliado para abarcar a todos los judíos europeos y soviéticos, y la «solución final» propuesta había dejado de ser territorial (embarcar a los judíos y llevarlos más allá de las fronteras del imperio) para plantearse en términos de exterminio: se trasladaría a los judíos sólo para matarlos dentro de los límites del imperio. Hitler y su círculo más cercano probablemente discutieron la deportación de todos los hombres, mujeres y niños judíos de Europa desde Creta hasta Noruega en el verano de 1941, acordaron en su mayoría llevar a cabo semejante campaña a comienzos del otoño de ese mismo año y confirmaron esta decisión a los líderes del partido a mediados de diciembre; sin embargo, la «solución final» sólo se implementó en una escala completa cuando el material móvil y los campos de exterminio estuvieron disponibles en la primavera de 1942. Con todo, los orígenes del Holocausto se encuentran en la determinación de Alemania de librar una guerra racial en Polonia en septiembre de 1939.

Los alemanes invadieron a su vecino oriental el 1 de septiembre de 1939 sin ninguna idea precisa sobre qué iban a hacer con los territorios conquistados. Una semana antes de la invasión, Hitler dejó en claro que preveía una campaña implacable llevada a término con «la mayor brutalidad y sin piedad». La meta, dijo a sus generales el 22 de agosto, era «la destrucción de Polonia» y «sus fuerzas vivas» con el fin de proteger los derechos de la potencia «más fuerte», los ochenta millones de alemanes (incluidos los austríacos). Ni siquiera el inicio de las hostilidades con Francia en el frente occidental debía disuadir a los invasores alemanes de su propósito en el Este, reiteró Hitler. En ese momento, el líder nazi probablemente confirmó el papel que desempeñarían las unidades de la SS tras las líneas militares. Su tarea sería destruir a las «fuerzas vivas» de Polonia mediante el encarcelamiento o el asesinato de la élite intelectual polaca, la nobleza, los maestros, los funcionarios públicos y el clero.[29] Esta división del trabajo entre las fuerzas militares convencionales y las

políticas se convertiría en el modelo de las operaciones nazis, pero ello no significa que la Wehrmacht haya luchado «de forma convencional» o que se haya mantenido «limpia» mientras la SS se encargaba de realizar el «trabajo sucio», como insinúan los mitos de la posguerra. La Wehrmacht fue un componente integral de la guerra racial librada por los nazis. Su tratamiento de los civiles y prisioneros de guerra polacos fue cruel, su colaboración con los pelotones asesinos de la SS, rutinaria.

La invasión alemana de Polonia fue brutal y veloz. Alexander Rossino ha examinado la «marcha asesina» del XII Cuerpo del 8.° Ejército en su avance desde Silesia, al noreste, en dirección a Lodz. Los soldados disparaban al azar contra quienes aparecían a su paso, prendían fuego a casas y establos y dirigían sus fusiles contra los aterrorizados polacos cuando éstos intentaban huir. Desde el principio, las tropas alemanas tuvieron que librar varias batallas intensas y, después de que las fuerzas regulares polacas se retiraran, se toparon con la resistencia de civiles armados, lo que se tradujo en represalias severas contra los habitantes de los centros urbanos por parte de la Wehrmacht y los regimientos de la SS; los polacos, a los que los alemanes ya estaban preparados para ver como gente peligrosa y taimada, fueron acorralados, golpeados y matados a tiros. Cuando los soldados alemanes eran atacados, sonoras descargas de fuego de ametralladora limpiaban el área; uno de ellos intentó reproducir en su diario los sonidos del asalto en el que había participado: «Tak tak tak s s s s s sühhhsühhhh tak taktak f f f f tak tak tak». Aunque la SS los consideraba demasiado lentos, los consejos de guerra llevados a cabo en la retaguardia por la Wehrmacht para juzgar a los polacos sospechosos de ser guerrilleros llegaron a producir hasta doscientas órdenes de ejecución diarias. La Wehrmacht también ejecutó a miles de soldados polacos capturados y deportó a los judíos polacos a Polonia oriental, un territorio que los soviéticos ocuparon el 17 de septiembre.[30]

En Polonia occidental, donde miles de polacos y alemanes de raza, o «alemanes étnicos», vivían codo con codo, el trato que se dio a los civiles polacos y judíos desarmados fue particularmente severo. A los alemanes étnicos se los movilizó en unidades paramilitares auxiliares llamadas *Selbstschutz* y trabajaron de cerca con la SS tanto para identificar a los polacos que después de la primera guerra mundial habían peleado contra los alemanes en levantamientos guerrilleros como para arrestar y ejecutar a los líderes locales. En el breve intervalo que hubo entre la retirada de las tropas polacas y el avance de las unidades alemanas, los polacos también cometieron atrocidades contra los civiles alemanes. Así, por ejemplo, varios

centenares de alemanes fueron asesinados en Bydgoszcz, antiguamente la ciudad prusiana de Bromberg, el 3 de septiembre. En las versiones de los propagandistas nazis, la cantidad de alemanes muertos en Bromberg se elevó a muchos miles; el mismísimo Hitler fijó el número total de víctimas alemanas en Polonia en sesenta mil, pese a que la Wehrmacht había inicialmente calculado (por lo alto) unas cinco mil. Una vez que las horribles exageraciones sobre la «pasión» de los alemanes étnicos en el «domingo sangriento» pasaron a ser un hecho, los *Einsatzgruppen* (las unidades móviles de exterminio de la SS) y las *Selbstschutz* se encargaron de las virulentas represalias y a lo largo de diez días mataron a mil doscientas personas, entre ellas las personalidades más destacadas de la ciudad y toda su población judía (el padre de Victor Klemperer había sido rabino de Bromberg en la década de 1880). Que los judíos pagaron con sus propias vidas por la muerte de los civiles alemanes fue claro para todos los lectores de *Der Angriff*, el periódico berlinés de Goebbels, que a finales de octubre de 1939 informó que Bromberg era ahora una ciudad «judenfrei».[31]

El «domingo sangriento», que más tarde sería recreado de manera infame por Edwin Erich Dwinger en su popular novela *Muerte en Polonia*, sirvió como justificación para la guerra misma. «Al estallar la guerra yo estaba absolutamente convencida de la superioridad de nuestra posición moral —recordaba Melita Maschmann, que en esa época tenía veintiún años y era una joven líder de las Juventudes Hitlerianas—; las noticias del "domingo sangriento" ... justificaban por completo una guerra contra Polonia desde mi punto de vista.» Además, la versión que se difundió sobre lo ocurrido encajaba muy bien con los estereotipos establecidos, en los que los polacos aparecían como seres inferiores y, al mismo tiempo, como una amenaza mortal para el bienestar del pueblo alemán; retorciendo la historia, la película *Heimkehr*, éxito de taquilla en 1941, presentaba a los polacos como agresores y a los alemanes como víctimas indefensas. La convicción de que Alemania estaba en la guerra con el fin de recuperar la soberanía y la libertad perdidas en la primera guerra mundial era generalizada. En el sur de Polonia, un teniente contó a su compañía que «mi padre cayó aquí, en el San, no sé dónde, quizás aquí ... Cuando al día siguiente —continúa el informe del regimiento— otro hombre de la compañía encontró un casco de acero alemán, grande y oxidado, los reservistas se lo pasaron de mano en mano mirándolo en silencio. Para todos resultó evidente que estábamos en un terreno sagrado, sagrado porque ya había bebido la sangre de una generación antes de la nuestra».[32]

Al mismo tiempo, la velocidad con que se produjo la victoria alemana confirmó las ideas sobre la superioridad aria. En el Este, los alemanes se pavoneaban. «Ahora sois la raza dominadora —informó el general de la SS Ludolf von Alvensleben a sus reclutas alemanes étnicos—; no seáis blandos: sed despiadados.» La importancia de tratar a los polacos como un pueblo inferior fue algo que las autoridades se esforzaron por meter en la cabeza de todos los representantes de la ocupación alemana, desde los funcionarios públicos con experiencia hasta las Juventudes Hitlerianas. «Todo alemán que viaja al Este es en primera instancia "el señor" con relación al "extranjero"», rezaban las instrucciones de la Organización Femenina Nacionalsocialista, encargada de enviar voluntarias a Polonia. Para los judíos polacos, todo esto se tradujo en un trato cruel y humillante. En Zamosc, un médico local, Zygmunt Klukowski, fue testigo de la llegada y el establecimiento de los nuevos gobernantes. El 14 de octubre anotó en su diario: «los alemanes exigieron que todos los judíos trabajen en la limpieza de las calles, incluso a pesar de que es una festividad judía. Los alemanes están tratando a los judíos de forma muy brutal. Les cortan las barbas; en ocasiones les quitan el pelo». Al siguiente día: «Han ordenado que los judíos realicen al menos media hora de ejercicios gimnásticos agotadores antes de empezar cualquier trabajo». Y al siguiente: «Los alemanes están golpeando a los judíos sin razón alguna, sólo por diversión».[33]

La «libertad» alemana se basaba en la no libertad de los polacos y, en especial, de los polacos judíos. Los alemanes emprendieron una «limpieza del hogar», según la expresión de un general en septiembre de 1939, con el fin de destruir a la nación polaca, sus «fuerzas vivas» y su identidad cultural. En los meses que siguieron, los *Einsatzgruppen* acorralaron y mataron o encarcelaron a miles de maestros, intelectuales, funcionarios y sacerdotes. Mil setecientos sacerdotes polacos fueron enviados a Dachau; la mitad de ellos murieron antes de que terminara la guerra. La SS también se esforzó por exterminar a la nobleza polaca; Alvensleben incluso disparó contra sus propios parientes, a los que dijo que «si no los mataba ahora, tendría que enfrentarlos de nuevo en la próxima guerra». Sólo para finales de 1939 ya habían sido asesinados cincuenta mil civiles polacos.[34]

Los nazis prepararon planes de más largo alcance para Polonia en octubre de 1939. A diferencia de Bohemia y Moravia, que tenían estatus de protectorado, y el estado cliente semiindependiente de Eslovaquia, que se había escindido de Checoslovaquia en marzo de 1939, Polonia iba a

desaparecer como entidad administrativa y cultural. En opinión de Himmler, el país no era más que «papilla étnica».[35] Mientras la Unión Soviética se incorporó Polonia oriental, Alemania se anexionó los territorios occidentales para crear dos nuevas subdivisiones políticas, el *Reichsgau* de Danzig-Prusia Occidental y el del Wartheland, que se convirtieron en parte del Reich alemán. El resto de Polonia, incluidos los distritos de Varsovia, Lublin y Cracovia, se disolvió en una entidad imperial alemana, el Gobierno General, de cuya administración se encargó a Hans Frank, un destacado jurista nazi de treinta y nueve años. Aunque Polonia desapareció en el papel, los polacos no lo hicieron, y de repente millones de ellos se encontraron viviendo dentro de las nuevas fronteras del Reich alemán. Su destino se decidiría en los audaces planes para Europa oriental que Hitler esbozó con sus referencias a «un nuevo orden en las relaciones étnicas», «el asentamiento de grupos nacionales» y «el arreglo del problema judío» en su discurso de la victoria ante el Reichstag el 6 de octubre de 1939. El Führer nombró a Himmler «Comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Germanidad» y dejó los detalles en manos de sus militantes ideológicos.

Con el fin de sentar las bases de un Reich alemán eterno, Himmler buscó alcanzar tres metas interrelacionadas. En primer lugar, la comisión propuso rastrear la población polaca en los territorios anexionados en búsqueda de individuos valiosos desde una perspectiva racial que pudieran ser germanizados, y deportar al resto, la mayoría, al Gobierno General, donde vivirían como una «reserva de mano de obra» del Reich. En segundo lugar, los administradores alemanes tenían que encargarse del asentamiento de los alemanes étnicos cuyo regreso de la Unión Soviética y los Estados del Báltico los nazis habían negociado en octubre de 1939. Y, finalmente, los planificadores de la SS concibieron la creación de una «reserva» judía alrededor de Lublin a la que se deportarían tanto los judíos alemanes como los polacos. Este enorme plan demográfico contemplaba el desplazamiento de millones de personas, incluidos los ochos millones de polacos que vivían en los territorios anexionados de Wartheland y Prusia Occidental. La escala del plan diseñado en unas pocas semanas en el otoño de 1939 era impresionante. Los territorios se convirtieron en «un campo de experimentación» de «las capacidades de reestructuración imperial».[36] Ahora bien, aunque el contenido preciso y las dimensiones de los planes sufrieron modificaciones, dos metas permanecieron inalteradas: la perspectiva de una germanización a gran escala y la «solución final» del «problema judío».

Una serie de puntos guiaron la construcción del imperio alemán:

1. En lugar de derecho a la autodeterminación, derecho a existir;
2. en lugar de soberanías arbitrarias, jerarquías naturales;
3. en lugar de Estados y fronteras estatales, etnias y fronteras étnicas, y
4. en lugar de zonas de fricción en Europa central-oriental, un orden alineado nacional y socialmente.

Ésta era una tarea «no para una, sino para todas las generaciones futuras». En este sentido, la guerra estaba llamada a hacer época. Ofrecía al movimiento nacionalsocialista su «segunda gran oportunidad» de realizarse.[37]

Aunque los historiadores han fatigado los archivos de distintos lugares del mundo para armar el rompecabezas de la política racial del imperio nazi, el diseño general era claro y su promesa fue celebrada y divulgada por los principales escritores alemanes de la época. El novelista Hanns Johst acompañó a Himmler durante dos inspecciones de la Polonia ocupada con el fin de escribir una saga moderna sobre el ascenso al poder de Alemania. En *La llamada del Imperio, el eco del pueblo*, el autor describió el segundo viaje, que le llevó a todas las estaciones más importantes del imperio. Partió a finales de 1940 de la estación de tren Berlin-Friedrichstrasse, a bordo del coche privado de Himmler, «que se enganchó al expreso regular a Cracovia». Los constructores del imperio llegaron a Przemysl, sobre la nueva frontera germano-soviética, a tiempo para dar la bienvenida a miles de alemanes étnicos procedentes de Volinia. «Escucharon la voz de la patria, la voz de su sangre, la voz de sus ancestros», escribió Johst experimentando con el estilo épico. Como «niños grandes», continuó, cambiando de registro, «se portan bien ... bajo la mirada de su Führer». Himmler y el grupo que le acompañaba regresaron recorriendo Polonia, «a través de un paisaje hundido, de un tiempo antediluviano», hasta Cracovia: «las locomotoras silban y braman, chillan y rechinan. Los centinelas caminan con paso pesado de un lado para otro bajo la ventana del compartimiento ... de un lado para otro oscila el péndulo del nuevo tiempo de Alemania en este mundo». Al siguiente día Johst acompañó a Himmler en una visita a los barracones de los *Einsatzgruppen*, a los que el jefe de la SS instó a: «no ser nunca blandos ... no ser nunca brutales». El escritor añadió: «me encantan los pioneros de este nuevo Estado, que de forma tan evidente demuestran las cualidades vinculantes de nuestra

raza». Durante una comida de despedida, el autor estuvo sentado entre el gobernador general Hans Frank y Friedrich Schmidt, el jefe de distrito de Lublin, «en cuyos dominios se reunirá a los judíos del Reich para darles su primera reserva territorial en Europa». Josh, tan señor colonial en su casa como en la literatura, recibió como recompensa un suministro constante de sirvientes domésticos procedentes de los campos de concentración alemanes; cuando una muchacha polaca no funcionó, se le envió a un joven testigo de Jehová prisionero en Ravensbrück.[38]

Con todo, en 1939 y 1940 los alemanes carecían de la capacidad física para trasladar a millones de personas o mejorar las «nuevas provincias». Mientras las oportunidades de la guerra fomentaban ambiciosos planes de largo alcance, las exigencias de la guerra forzaron a los dirigentes nacionalsocialistas a adoptar enfoques más modestos. La llegada a finales de 1939 y comienzos de 1940 de decenas de miles de alemanes étnicos procedentes de la Unión Soviética, Letonia y Estonia reorganizó las prioridades operativas. Además, la escasez de mano de obra en Alemania interfería con los planes de deportación de los polacos, muchos de los cuales fueron trasladados al *Altreich* como trabajadores esclavos en lugar de ser expulsados al Gobierno General como proscritos. Las circunstancias obligaron también a posponer en repetidas ocasiones las deportaciones de judíos a Lublin, mientras que el gobernador general Frank se opuso de manera enérgica a los intentos de otros dirigentes de deshacerse de sus «desperdicios» en lo que él deseaba convertir en un «territorio modelo».[39] Los administradores raciales de Alemania hacían un uso selectivo de la política imperial nazi a la hora de recuperar linajes alemanes, reasentar a los alemanes étnicos, deportar a los polacos o buscar una «solución final» al «problema judío». Sus progresos fueron lentos, pero pese a ello nunca perdieron de vista el conflicto racial global en el que creían su país estaba inmerso.

Desde octubre de 1939 hasta febrero de 1940, unos ciento noventa mil alemanes étnicos llegaron a Alemania en dos grandes oleadas migratorias desde los territorios que la Unión Soviética había ocupado en septiembre de 1939 y se anexionaría un año más tarde. Cerca de un tercio de estos inmigrantes, en su mayoría alemanes de clase media, provenían de Letonia y Estonia; el resto, casi ciento treinta mil campesinos y artesanos, tenían sus hogares en Galicia y Volinia, en lo que había sido Polonia oriental. En el otoño de 1940, otros treinta mil alemanes étnicos fueron repatriados desde el Gobierno General. Al mismo tiempo, una tercera oleada compuesta por ciento treinta y siete mil inmigrantes de las regio-

nes soviéticas de Bucovina septentrional y Besarabia, cerca de la frontera rumana, y setenta y siete mil alemanes rumanos de Dobruja y Bucovina entró al imperio alemán. Para finales de 1940 las autoridades alemanas habían registrado a medio millón de alemanes étnicos, a la mayoría de los cuales se esperaba asentar en los territorios anexionados. En el invierno de 1941 llegaron otros cuarenta y ocho mil alemanes étnicos procedentes de Lituania. Después de la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, los nazis ampliaron sus esfuerzos al buscar alemanes étnicos entre las poblaciones indígenas de Galicia, Bielorrusia y Ucrania. Para finales de 1944 se había identificado en total a más de un millón de alemanes étnicos.

La llegada de tantísimos inmigrantes planteó un límite real a cuán extensamente los colonizadores alemanes serían capaces de reestructurar Europa oriental. Los planificadores demográficos al servicio de Himmler pretendían inicialmente deportar a la mayoría de los ocho millones de polacos de los territorios anexionados tan pronto como fuera posible. Sin embargo, muy rápido resultó claro para los administradores raciales que trajinaban entre Berlín, Cracovia y Lodz que en tiempos de guerra no era factible realizar traslados de población de semejante magnitud. Los trenes apenas podían transportar a mil personas a la vez, y los vagones de ferrocarril eran necesarios para el transporte de tropas para la invasión de Francia, prevista para el invierno de 1940, y luego, de nuevo, para el ataque contra la Unión Soviética en la primavera de 1941. Por tanto, la expulsión de los polacos, judíos y no judíos, de los territorios anexionados terminó teniendo que ajustarse con la necesidad ineludible de ofrecer asentamiento a los alemanes étnicos. Así, una secuencia difícil de manejar de planes de largo alcance cada vez más ambiciosos coexistió con una serie de maniobras cortoplacistas, que se pusieron en práctica con el fin de hacer espacio a los nuevos inmigrantes.

Cuatro planes a corto plazo tuvieron como consecuencia la deportación de doscientos sesenta mil polacos del Wartheland entre diciembre de 1939 y enero de 1941. Para finales de diciembre de 1939, las autoridades alemanas habían deportado a más de ochenta y siete mil polacos hacia el Este, al Gobierno General, donde se les dejó a su suerte. En febrero y marzo de 1940, una operación expulsó a otros cuarenta mil. Con el fin de no interrumpir la producción agrícola o trastornar el suministro de alimentos, otras deportaciones se pospusieron hasta que terminara la cosecha de 1940. Entretanto, los alemanes étnicos repatriados languidecían en campamentos temporales; las autoridades no podían suministrar

suficientes «hogares» polacos al mismo ritmo que llegaban los nuevos inmigrantes. La intención de sacar a seiscientos mil polacos adicionales del Wartheland a lo largo de 1940 se tradujo en la expulsión de sólo ciento treinta y tres mil de ellos. Un hecho adicional que lastró el ritmo de estas deportaciones fue la decisión de identificar y recuperar a los polacos con sangre germánica y seleccionar a los polacos sanos y fuertes para que trabajaran en Alemania. Como comenta Karl Schlögel, la política racial alemana iba de camino a convertir Europa oriental en un «intercambiador de naciones y grupos étnicos entero».[40]

La política nazi con relación a los judíos cambió a medida que el problema de asentar a los alemanes étnicos cobró importancia. La intención de, básicamente, reorganizar la población de Europa oriental mediante la formación de nuevas colonias alemanas en los territorios anexionados y reducir a la nación polaca a un «régimen de trabajo forzoso» invitó a los nazis a idear una «solución final» para el problema judío. El Este proporcionó un espacio al que los nazis podían expulsar a los judíos, cuya cantidad había aumentado de forma espectacular con la incorporación de nuevos territorios al dominio alemán. Además, la expropiación a gran escala de los bienes de los judíos polacos en los territorios anexionados en octubre de 1939 acabó por completo con su independencia económica y confirmó que a los ojos de los alemanes eran una población desechable. Los administradores alemanes reclutaron a los judíos en sus jurisdicciones para usarlos como trabajadores esclavos y, siempre que surgió la necesidad, les privaron de sus propiedades, pero siempre trabajaron bajo el supuesto de que en un futuro muy cercano los judíos desaparecerían en el Gobierno General. La voluntad de privar a los judíos de los medios de subsistencia estaba presente, incluso cuando los recursos para implementar los planes de deportación no existieran. A finales de octubre se produjeron algunas deportaciones dispersas de varios miles de familias judías desde el Wartheland, pero a pesar de todo lo que se decía acerca de una «reserva» judía no hubo ninguna deportación general de los judíos polacos en el otoño de 1939 o el invierno de 1940. En este sentido, la guerra inflamó las ambiciones alemanas al presentar el período después de la confrontación como el momento en que sus grandiosos proyectos se llevarían a la práctica. Las ideas de «después de la guerra» y «el Este» se complementaban entre sí para proporcionar el tiempo y el lugar para hacer realidad unos planes imperiales cada vez más ambiciosos.

La tarea de deportar a los polacos recayó sobre la recién creada Comisión del Reich para el Fortalecimiento de la Germanidad de Himm-

ler, que organizó tanto los centros de reasentamiento (*Umwandererzentralstelle*) responsables de evaluar y expulsar a los polacos como los centros de inmigración (*Einwanderungszentralstelle*) encargados de admitir a los alemanes étnicos. Agrónomos y estudiantes voluntarios destinados a los centros de reasentamiento se encargaron de preparar mapas de aldeas e inventarios de propiedades rurales con el fin de determinar qué granjas polacas debían expropiarse y cuántas podían asignarse a familias de alemanes étnicos; por lo general, cada cabeza de familia alemán recibió dos granjas polacas por respeto a su superioridad racial. Con el ánimo de proteger el ganado y evitar que los polacos se largaran con sus pertenencias, la policía llegaba sin previo aviso a las casas antes del amanecer. De un momento de oscuridad a otro, los polacos perdieron tanto sus hogares como su sustento. A cada deportado se le permitía empacar con rapidez entre veinticinco y treinta kilos de pertenencias personales, pero más allá de eso debían dejar atrás todo lo demás, «de modo que los alemanes de Volinia puedan encargarse del hogar y la granja sin problemas». Para las ocho o nueve de la mañana, se reunía a las familias desposeídas en «campos de detención» locales y a mitad de la tarde se las transportaba a «campos de evacuación» en Lodz, o Litzmannstadt, el nombre con el que los alemanes rebautizaron la ciudad. Entretanto, los voluntarios se dedicaban a preparar las propiedades asignadas a los alemanes étnicos, que llegaban hacia el mediodía, en autobuses procedentes de «campos de tránsito» cercanos. Posteriormente, los colonos organizaban sus nuevas residencias con los muebles, los utensilios de cocina y la ropa blanca de las familias polacas deportadas.[41]

En Lodz, los desgraciados polacos eran encarcelados en «campos de evacuación» con el objetivo de someterlos a un examen médico y racial. A menos que se las juzgara candidatas potenciales a la condición de «alemanes», las familias polacas eran luego despachadas a «campos de reunión», su tercer destino desde que se las había expulsado de los hogares. Allí debían esperar los trenes que las transportaban al Gobierno General. Desde mayo de 1940 hasta enero de 1941, noventa y dos trenes desplazaron a comunidades enteras. Una vez en el Gobierno General, las opciones de esta gente sin suerte eran reducidas: algunos conseguían llegar hasta sus parientes; otros eran enviados a trabajar en el campo; muchos no podían hacer otra cosa que pasar hambre en las calles. Entretanto, los «etnócratas» alemanes identificaron un reducido número de polacos susceptibles de ser germanizados a los que destinaron a «campos de selección». A quienes se consideraba «capaces de volver a ser alemanes» se los enviaba a

Alemania como trabajadores, independientemente de si querían ir o no, pero sin verse sometidos a las severas restricciones que padecían los trabajadores polacos «puros» en el país. Debido a la creciente demanda de mano de obra durante la guerra, miles de muchachas polacas a las que se clasificó como racialmente asimilables terminaron en Alemania trabajando en el servicio doméstico o en labores del campo sin control alguno sobre su futuro.[42]

La Comisión también examinó a los alemanes étnicos que ya vivían en los territorios anexionados. De esta forma, se los clasificó en una de cuatro categorías y se los incluyó en un completo *Deutsche Volksliste*, una especie de registro étnico alemán. Mientras los criterios raciales determinaban si un individuo aparecía en el registro como alemán, lo que le salvaba de la expulsión, sus lealtades políticas y filiaciones culturales determinaban la categoría con que se lo clasificaba. A los «asociales» y otros alemanes «genéticamente inferiores» se los identificaba de antemano y pasaban a disposición de la SS, que se encargaba de encerrarlos en campos de concentración. La Categoría 1 estaba reservada a los alemanes que habían promovido de forma activa la causa alemana en Polonia en 1939; la Categoría 2 incluía a los individuos que hablaban alemán y se sentían alemanes. Tanto quienes pertenecían a la Categoría 1 como a la 2 recibían de forma automática la ciudadanía alemana. La Categoría 3 y la 4 otorgaban una «ciudadanía alemana en período de prueba» a aquellos individuos a los que se consideraba alemanes desde un punto de vista racial, pero hablaban polaco como lengua materna y enviaban a sus hijos a escuelas polacas. El «período de prueba» consistía en una temporada de trabajo en Alemania como forma de completar su «germanización». Dado que los polacos en los territorios anexionados carecían de derechos jurídicos y corrían el riesgo de perder sus propiedades, las ventajas de solicitar la inscripción en el *Volksliste* eran considerables; con todo, muchos de los polacos que reunían los requisitos para hacerlo rechazaron intentarlo. Después de 1945, fueron muchas las personas que se encontraron dentro de categorías raciales alemanas que habían perdido toda su utilidad.[43]

Con la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, el centro del imperio alemán se trasladó todavía más lejos hacia el Este. Trabajando en el marco del «Generalplan Ost», los planificadores raciales de Alemania prepararon la construcción de colonias en 1942 y 1943 en los mismos lugares en los que antes, en 1939 y 1940, habían recuperado a los alemanes étnicos y abandonado a su suerte a los polacos. Frank deseaba hacer que

el Gobierno General fuera «tan alemán como Renania» y aceleró las medidas orientadas a su germanización. Incluso llegó a proyectarse la creación de un monumento a los soldados caídos en Varsovia. «Nuestros últimos días en Stanislau», el título de un relato sobre la emigración hacia el Oeste escrito por un joven alemán étnico en 1939, dejaron de ser «últimos» una vez que Stanislau y el resto de Galicia (y Ucrania y Crimea) reaparecieron en el mapa imperial de Alemania apenas unos años después.[44]

Después de 1941, cuando pasó a operar en un territorio mucho más grande, la Comisión del Reich para el Fortalecimiento de la Germanidad creó centros móviles de inmigración en trenes especiales con el fin de hallar alemanes o tipos germánicos (con el paso del tiempo las definiciones fueron haciéndose menos estrictas) susceptibles de recuperación racial y, por ende, en condiciones de ser empleados en el ejército o el Servicio de Trabajo del Reich. Dado que el propósito de la recuperación racial en 1942 y 1943 no era llevar a los alemanes de vuelta a su «patria», sino encontrar a cualquiera que fuera racialmente aceptable con el fin de reforzar el asediado *Volkskörper*, los funcionarios de la Comisión pescaron a muchos individuos a los que no se consideraba alemanes étnicos y devolvieron al agua a aquellos que sí entraban dentro de esta categoría pero eran más viejos y menos productivos; por lo general, los individuos mayores de cuarenta y cinco años no eran susceptibles de germanización. En lo que respecta a la Comisión, la «selección de los elementos considerados "superiores"» debilitaba a los grupos étnicos no germanos al tiempo que fortalecía la raza dominante. «Toda la sangre germana para nosotros, o la aniquilación», resumió Himmler. De hecho, mientras que los polacos y ucranianos a los que no se seleccionaba para la germanización tenían posibilidades de terminar siendo enviados a Alemania como trabajadores, sus antiguos vecinos se convertían en colonos de novísimas «aldeas alemanas», las avanzadillas remotas del imperio alemán, y se descubrían sitiados, bajo el asedio de la guerra de guerrillas que libraban aquellos a los que este sistema inclemente había convertido en personas sin nada que perder.[45]

Por último, los alemanes étnicos que llegaban de Letonia, Estonia y la Unión Soviética, a los que se había recibido con bombo y platillo como los protagonistas de «la mayor migración de los tiempos modernos», con rapidez se desperdigaron en un archipiélago de campos de reubicación remotos a lo largo y ancho del imperio alemán. En los territorios anexionados, unos diez mil polacos que se encontraban en asilos para enfermos mentales o discapacitados fueron eliminados con el fin de liberar espacio

para los alemanes procedentes del Este. Los administradores de los campos con frecuencia sometieron a los alemanes étnicos a un régimen militar; los recién llegados eran separados por sexos y tratados como niños, si no como prisioneros. Los inmigrantes refirieron la brusquedad de los funcionarios y sus palabras amenazadoras, en las que se advertía el eco del destino que habían tenido los antiguos residentes de los edificios que ahora ocupaban los alemanes étnicos. Una vez que se terminó de evaluar a los alemanes del Báltico para determinar sus atributos físicos, su nivel social y cultural y sus capacidades profesionales, se los dividió en dos categorías: a la gran mayoría se les asignó una «O», lo que garantizaba su integración como nuevos colonos alemanes en la economía comercial, artesanal y de servicios de los territorios anexionados en el Este (de allí la designación *Ost*, oriente), o una «A», lo que era mucho menos favorable, pues implicaba una temporada de trabajo en el antiguo Reich (de allí la designación *Alt*, antiguo). Incluso así, la subdesarrollada economía del Wartheland dejaba a miles de personas sin un empleo significativo y, para aquellos que habían superado la cuarentena o la cincuentena, ante la perspectiva de un internamiento permanente en residencias para la tercera edad.[46]

Los alemanes procedentes de Volinia y Galicia eran campesinos, lo que, en principio, facilitaba su asentamiento, siempre y cuando las autoridades encargadas de ello consiguieran expropiar suficientes granjas, algo que se llevaba a cabo siguiendo un plan para crear las poblaciones cohesionadas que habían de formar la infraestructura de las nuevas colonias alemanas. Las sucesivas oleadas migratorias de los años 1939-1941, sumadas a la escasez de transportes y las dificultades para llevar a cabo las expropiaciones deseadas, terminaron dejando a cientos de miles de alemanes étnicos abandonados en más de mil quinientos campos de «observación», donde languidecieron durante años. Como en el caso de los alemanes del Báltico, los de Volinia y Galicia y, más tarde, los de Besarabia y Rumanía fueron clasificados por las autoridades de los centros de inmigración como «O» o «A» según su destino; cuando había granjas polacas disponibles, se trasladaba a los colonos «O» a campos de «tránsito» en el Wartheland y, en las mañanas en las que la policía conseguía evacuar con éxito aldeas polacas, se los llevaba a sus nuevas granjas en autobuses de «Fuerza a través de la alegría».[47] Para finales de 1940, setenta y un mil colonos alemanes habían sido asentados en el Warthegau. No obstante, en 1941 más de doscientos cincuenta mil alemanes étnicos, la mayoría de ellos asignados a la categoría privilegiada «O», continuaban

en campos de «observación» a la espera de un destino en el Este; en 1942, todavía había ciento treinta mil en esta situación. A pesar de las banderas con la esvástica y los retratos de Hitler que las autoridades de los campos ordenaban por camionadas, los informes indican que los alemanes recluidos en estos campos vivían deprimidos. Muchos estaban dispuestos a regresar a sus antiguos hogares. Y aunque la Oficina de Enlace para la Raza Alemana por lo general rechazaba las solicitudes de quienes querían volver a sus lugares de origen, aprobaba el regreso de quienes «carecen de valor para nosotros» y «tenemos interés en deportar» (esto es, los viejos, los muy jóvenes, los improductivos), en este caso a Rumanía.[48]

El trabajo real de colonización en los territorios anexionados empezaba una vez que los alemanes de raza recibían sus haciendas. Miles de voluntarios se desplazaron hacia la nueva frontera del imperio para ayudar a la germanización de los nuevos colonos. «La meta no era», señala Elizabeth Harvey, la asimilación de los polacos, como había sido la intención de los proyectos coloniales de los británicos o los franceses, «sino la erradicación de la "polonidad" y, en última instancia, la eliminación de la población polaca del "suelo alemán"». Arthur Greiser, el Gauleiter del Wartheland, dirigió las siguientes palabras a un grupo de estudiantes voluntarios: «Debemos dar un nuevo rostro a la tierra. La ausencia de cultura debe desaparecer ... Paso por paso, granja por granja, pueblo por pueblo, ciudad por ciudad, el extranjero ha de ser expulsado, hasta que sólo queden los alemanes». Las jóvenes destinadas al Este como parte de su servicio en las Juventudes Hitlerianas o el Servicio de Trabajo del Reich desempeñaron un papel crucial en la tarea de poner en orden lo que los alemanes denominaban con desprecio la «economía polaca». Eran ellas las que se encargaban de preparar las casas recién expropiadas a los polacos para los nuevos colonos que debían llegar a lo largo del día. Según los informes preparados por la Comisión del Reich para el Fortalecimiento de la Germanidad, las voluntarias «limpiaban la granja y la casa, con frecuencia atrozmente sucias, decoraban la mesa con flores para dar la bienvenida a los colonos y cocinaban una comida para que éstos pudieran muy rápido sentirse cómodos en su nuevo hogar».[49] La mención de la decoración y las flores son un indicativo de la importancia que las autoridades concedían a la creación de un estilo de vida característicamente alemán, como ocurría en los campos del Servicio de Trabajo del Reich.

«Lejos de ser un asunto privado, alejado de los asuntos del Estado y la nación, el hogar alemán se elevó para convertirse en el sitio en el que se

generaba y reproducía la nación», argumenta Harvey. Las *Mädel* de las Juventudes Hitlerianas visitaban con regularidad los hogares de los alemanes étnicos para asegurarse de que lucían apropiadamente alemanes, reemplazar las flores de papel que se consideraban de mal gusto con ramitas de abeto y sustituir con retratos de Hitler las imágenes de santos; «realmente puede hablarse de progreso», decían las estudiantes radiantes de alegría. Las mujeres alemanas también advertían a las familias inmigrantes que no debían entablar amistad con los polacos, comer con los peones locales o dejar que sus hijos jugaran con niños polacos. A partir de 1940, la «acción navideña» llevó a centenares de voluntarias a los territorios anexionados para que, durante unas pocas semanas, enseñaran a los alemanes étnicos a hacer obsequios y adornos navideños y a cantar villancicos y, de esta forma, contribuir a la construcción de la cultura alemana. Otras voluntarias trabajaban en colegios y jardines de infancia; sólo en el Wartheland, el Servicio de Bienestar Popular Nacionalsocialista tenía 495 jardines de infancia que funcionaban a lo largo de todo el año y 393 que lo hacían en verano. Los niños de más edad se alistaban en las ramas locales de las Juventudes Hitlerianas o la Liga de las Muchachas Alemanas. En este contexto, la germanización era indistinguible de la nazificación. Ahora bien, como es evidente, había límites: a las amas de casa les molestaban las voluntarias fisgonas; los granjeros alemanes continuaron trabajando con sus vecinos polacos; y los recién llegados con frecuencia vivían dominados por la incertidumbre y la inquietud, primero, cuando la suerte de Alemania en el Este se disparó con la invasión de la Unión Soviética, porque pensaban que obtendrían mejores tierras más al oriente, y después, tras la batalla de Stalingrado, porque daban por sentado que llegado el momento tendrían que trasladarse a algún sitio seguro en el Oeste.[50]

Los planificadores coloniales nazis habían concebido una infraestructura de pueblos y ciudades y carreteras que completaría la germanización de los nuevos territorios. No obstante, la mayoría de estos centros urbanos y vías no se construyeron a menos que contribuyeran directamente al esfuerzo bélico alemán. Lodz, que en 1939 pasó a formar parte del Reich alemán, se convirtió en la capital administrativa del Wartheland, con lo que se erigió en destino de administradores públicos, equipos raciales de la SS, empresarios y estudiantes voluntarios, a los que se alojó en los pisos y casas que antes ocupaban los judíos: «Dos mil llaves están esperado que los alemanes vengan y abran las puertas de sus nuevos hogares», explicaba un periódico.[51] Auschwitz, antes Oswiecim, tam-

bién se amplió para convertirse en un centro administrativo vinculado al campo de concentración y a plantas industriales como la que abrió allí la I. G. Farben después de 1941. Katowice también se convirtió en una ciudad industrial cada vez más importante en la economía del Reich. Aunque se iniciaron las obras de construcción de una *Autobahn* que conectara Berlín, Breslavia y Cracovia, para la que buena parte de los trabajos corrieron a cargo de trabajadores esclavos judíos, la colonización alemana fue más una meta esperada con ilusión que una realidad alcanzada; las vías se rebautizaban para recibir nombres como Glueckaufstrasse, Wikinger Strasse y Kurfürstenstrasse, pero más allá de eso no había un flujo significativo de colonos alemanes transitándolas.

En los primeros días por lo menos, en 1940 y 1941, prevalecía un espíritu de frontera; los voluntarios procedentes del Reich estaban ávidos por contribuir a la causa alemana y se regocijaban en las iniciativas que se les permitía desarrollar. Para los pioneros alemanes del Wartheland, este esfuerzo implicaba a menudo secuestrar a «nuestros esforzados judíos» para realizar reparaciones u organizar jardines, así como seleccionar muebles y otros enseres de entre los bienes robados en los hogares judíos: «Simplemente cogías lo que querías. Fue divertidísimo». ¿Era necesario limpiar las habitaciones de las que se había desalojado a los judíos o los polacos? «Ya han seleccionado a varios granujas judíos de aspecto fuerte para enviárnoslos ... ¿quién más hará todo el trabajo por aquí?»[52] «Por todas partes se ven cuadrillas de judíos trabajando», informó el autor de un popular libro sobre la guerra. Los voluntarios y los administradores compartían una mentalidad «diligente» que «daba por sentado que la población no alemana podía explotarse y eliminarse para dejar paso a los alemanes».[53]

La frontera también atraía a los visitantes deseosos de ver las imágenes del naciente imperio alemán, las más aterradoras y fascinantes de las cuales eran las proporcionadas por los remanentes de las comunidades judías. El gueto de Lodz, «en el que se ha reunido a los miembros de esta raza de nariz torcida», se había creado hacía muy poco tiempo cuando se convirtió en una parada popular de los visitantes procedentes del *Altreich*.[54] Una carretera principal dividía el gueto y, por tanto, permitía el fácil acceso de los visitantes. «Sintiendo que se aventuraban en la "primera línea" de la lucha por la Germanidad —comenta Elizabeth Harvey— se sentían cautivados por el espectáculo de los judíos "de verdad".» Y «habiendo tenido ocasión de ver lo que las películas, libros y cursos de adiestramiento del partido les habían condicionado para ver, luego reprodujeron exactamente esos estereotipos en sus testimonios». En octubre de

1940, una joven estudiante apuntó sus impresiones sobre el gueto: «Lo más horrible que puede verse en la ciudad ... es el gueto, un enorme distrito rodeado por una valla de alambre de espino, en el que las calles y plazas son un hervidero de judíos, muchos de ellos gente verdaderamente criminal. ¿Qué se supone que debemos hacer con esta chusma?».[55] Incluso después de que los judíos hubieron sido deportados y asesinados, las calles desiertas de los barrios judíos seguían ejerciendo un poderoso atractivo. En el verano de 1943, una excursión patrocinada por un campo del programa de «evacuación rural para niños» en el Gobierno General visitó la ciudad de Gorlice. «Apenas terminamos nuestra sopa de patatas nos pusimos en camino —escribió una de las profesoras que participaban en la excursión, una mujer de veintitrés años procedente de Hamburgo—; después caminamos por la ciudad un poco y echamos un vistazo al "antiguo callejón judío".» El guardia que acompañaba al grupo, «tras asegurarse de que nadie más estaba oyendo», contó en su alemán chapurreado que «todos los judíos sin excepción habían sido ejecutados ocho meses atrás». (La masacre, en realidad, se había producido en agosto de 1942.) Aunque la historia real únicamente se contó a los adultos, todos los participantes recorrieron el «callejón judío». Una semana después, profesores y alumnos realizaron una expedición a Biecz. En el camino se toparon con los restos de un campo de trabajo para judíos que había sido abandonado: «¡Hay centenares enterrados aquí!», informó un gendarme polaco. La misma Biecz estaba casi completamente desierta: «Si se mira con cuidado es posible reconocer los nombres de los antiguos propietarios encima de las puertas: Isaac, Moses, Sarah ... En esta desolación, la inmensa iglesia gótica parecía absolutamente irreal». No obstante, «Erika se sentó frente al órgano y tocó para nosotros. Los niños se sentaron en completo silencio en los bancos, escucharon la música y contemplaron reverencialmente la iglesia».[56] Una guía Baedecker de la región describía las ciudades resucitadas por los alemanes como Cracovia o Lublin, añadiendo impasible entre paréntesis «(ahora libre de judíos)», como si la localidad hubiera ascendido de categoría recientemente. Lo que se convertía en alemán dejaba de ser judío, y esta ecuación gozaba de una amplia aceptación; en consecuencia, una funcionaria nazi se limitó a añadir «no se ven ya judíos» a su informe sobre Cracovia, donde «tantísimos alemanes recorren este paisaje urbano que sencillamente uno se siente como en casa».[57]

Como reconocían los mismos colonizadores nazis, muchos alemanes continuaban viendo el Este como *unheimlich*, siniestro, una respuesta

comprensible tratándose del territorio de los deportados judíos y los vengativos polacos. Y, de hecho, la mayoría de los alemanes llegaban atraídos por las primas salariales, las raciones mejoradas y los incentivos fiscales. Con todo, en esta época y en este lugar, una maestra de veintinueve años oriunda de Turingia podía declararse satisfecha del trabajo que había hecho en «su reino» en Galicia; pasear bajo la luz de la luna con el «sargento L.» la noche de la invasión de Francia por las tropas aliadas; ver «en la distancia [que] un pueblo polaco estaba en llamas y una gran nube de humo colgaba en el cielo»; y comentar en su diario antes de irse a la cama que «en verdad es posible olvidarse de todas las preocupaciones —sí, ¿inquietudes?— en este paraíso con flores y caballos». Para esta época, sin embargo, el imperio se estaba desmoronando. Para finales de 1943 ya había sido necesario evacuar las colonias o «perlas de asentamiento» alemanas creadas apenas un año antes en Ucrania; como consecuencia de ello, miles de alemanes étnicos llegaron al Warthegau y añadieron un círculo más a la red de campos del Tercer Reich.[58] En febrero y marzo de 1945, durante la ofensiva final de la Unión Soviética, estos inmigrantes se unirían a quienes huían hacia el Oeste, lo que incitaría a Goebbels a comentar: «Lo que está llegando al Reich bajo la etiqueta "alemán" no es exactamente impresionante. Hay más alemanes abriéndose camino hacia el Reich con violencia desde el Oeste que alemanes entrando pacíficamente desde el Este».[59]

LA EXPANSIÓN DEL IMPERIO ALEMÁN

Al principio, la audacia con que los nazis buscaron enriquecerse a costa del resto de Europa tuvo un éxito espectacular. La invasión de Noruega, tras la ocupación sin obstáculos de Dinamarca en abril de 1940, proporcionó a Alemania acceso al mineral de hierro sueco y una base para operaciones aéreas y marítimas contra Gran Bretaña. Un mes después Alemania invadió Holanda, Bélgica y Luxemburgo, que se habían mantenido neutrales, y atacó Francia, que capituló el 22 de junio de 1940. En apenas seis semanas, los alemanes habían conquistado Europa occidental y destruido la capacidad militar de su enemigo histórico, Francia. Aunque las operaciones militares no se llevaron a cabo con la ferocidad con que se libró la guerra contra Polonia, los alemanes deliberadamente se enfocaron hacia la población civil, primero, mediante una serie de películas de propaganda acerca de la campaña de la Wehrmacht y la Luftwaffe en

Polonia para causar «sorpresa y pavor» entre los europeos, y luego, haciendo realidad sus amenazas, por ejemplo, con la destrucción del puerto de Róterdam mediante bombardeos aéreos el 14 de mayo, y desmoralizando a la población para que colaborara a regañadientes con el nuevo imperio. A ojos de sus enemigos, la Alemania nazi se presentaba como una potencia colosal.

Para Goebbels, la derrota de Francia había barrido con los últimos vestigios de la parálisis y la indefensión alemanas. «Uno se siente renacido», comentó el día de la rendición francesa. La vergüenza de Versalles por fin había sido «amortizada». Los líderes nazis hablaban con dramatismo de un *neue Gründerzeit*, un «nuevo comienzo», en el que, espoleados por la tardía entrada de Italia en el esfuerzo bélico, «la Europa nacionalista estaba en marcha, mientras que el mundo liberal se encontraba al borde del colapso».[60] La victoria parecía confirmar la credibilidad de las ideas racistas del nacionalsocialismo. Y los dirigentes alemanes empezaron a crear un nuevo registro de formas verbales para reorganizar el universo social y político. Prometieron a sus ciudadanos una era de prosperidad económica sin precedentes. Robert Ley, del Frente Alemán del Trabajo, expuso las líneas generales de un «sistema de seguridad social para el pueblo alemán» que debía proporcionar atención sanitaria universal, regular los salarios y ofrecer formación profesional a escala nacional, además de contribuir a la renovación de las viviendas alemanas. Gracias a la victoria de Alemania, «ha llegado el momento de liberar a los alemanes del trabajo pesado», afirmó otro planificador social. En el futuro, explicó Goebbels, el pueblo alemán estaba llamado a asumir «una especie de papel supervisor. Se ha ganado este derecho como raza dominante».[61] Por supuesto, los alemanes nunca llegaron a ver los buenos tiempos que estos líderes prometían, pero hasta el final de la guerra aprovecharon los frutos de la tiranía nazi, al disfrutar de raciones alimenticias notablemente mejores que las del resto de los europeos gracias a los productos agrícolas incautados en Ucrania, Holanda y Dinamarca, y beneficiarse del trabajo bajo coacción de casi ocho millones de trabajadores extranjeros.

La perspectiva del imperio deslumbraba a los nazis. En la Cancillería, Goebbels consultaba con otros altos cargos el modo de deshacerse de la antigua escritura alemana con el fin de convertir el alemán en «una verdadera lengua mundial»; los funcionarios públicos ambiciosos aspiraban a obtener nombramientos como administradores coloniales en África; el director del periódico de Münster informaba con excitación sobre los planes para integrar a los Países Bajos y Escandinavia en el Reich ale-

mán; y los soldados normales y corrientes soñaban con misiones en las fronteras del imperio: «Intentamos adivinar y hacemos apuestas: ¿el sur de Francia?, ¿Holanda o Polonia?, ¿al otro lado de Italia hacia África?, ¿a casa? ¡A casa! Nadie cree que ésa sea una posibilidad. ¿Qué haríamos en casa?», escribía Hans Hoeschen.[62] Esta confianza en el poderío alemán no fue un fenómeno pasajero e incidió profundamente en la concepción que tanto soldados como civiles tenían de sí mismos. Un obrero de la construcción de sesenta y dos años de Detmold siguió creyendo en la victoria final de Alemania hasta el último momento: «No creeré en que Alemania vaya a perder la guerra hasta que no vea un tanque en la puerta de mi casa». ¿Por qué no? «En la última guerra, Verdun fue defendida durante meses. En esta guerra, cayó al cabo de dos días. Polonia cayó en dieciocho días, Francia se vino abajo después de cuatro semanas —explicaba—; mi cabeza da vueltas de asombro ante semejante guerra.» «Desde un punto de vista psicológico», comenta Norbert Frei, «fue durante este período cuando se crearon esas expectativas sin las cuales resulta imposible explicar de forma adecuada el comportamiento o, mejor, la resistencia de los alemanes en la segunda mitad del conflicto.»[63]

La velocidad con que se logró la conquista de Francia aumentó las posibilidades de encontrar una «solución final» al «problema judío». Por primera vez, en la primavera y verano de 1940, los dirigentes políticos alemanes concibieron un proyecto general para la deportación de todos los judíos de la Europa bajo ocupación alemana y acabar así con lo que, en opinión de los nazis, era la mayor amenaza para la seguridad de Alemania en el continente. Aunque el plan inicial de reasentar a los judíos en la isla francesa de Madagascar estaba fuera del alcance de los nazis debido a que los británicos seguían manteniendo el control de alta mar, la intención de «resolver» la «cuestión judía» a escala continental nunca se perdió de vista.

Por último, la rápida victoria sobre Francia hizo que se revisara el calendario de la guerra contra la Unión Soviética. «Estoy convencido de que nuestro ataque los azotará como una tormenta de granizo», aseguró Hitler a sus inquietos generales en enero de 1941. Por tanto, el líder nazi dio marcha atrás a su idea inicial y ordenó a la Wehrmacht «aplastar a la Unión Soviética en una campaña veloz» antes de «terminar la guerra contra Inglaterra».[64] Sin embargo, a medida que avanzaban los planes para la invasión, cuyo nombre secreto era «Operación Barbarroja», en honor del emperador que a finales del siglo XII había dirigido la Tercera Cruzada para liberar Jerusalén, Hitler y otros nazis destacados empezaron

a considerar de forma creciente a la Unión Soviética como una pieza clave para las ambiciones estratégicas, económicas e ideológicas de Alemania. Para la primavera de 1941, los objetivos ideológicos de la guerra, la destrucción definitiva del bolchevismo y la obtención de espacio vital para los alemanes, habían pasado a ser primordiales. Hitler veía la guerra como una confrontación de todo o nada con su mayor adversario ideológico.

La escalada de la guerra contra los judíos ha de entenderse en términos de la inminencia de esta victoria final. Tanto la confianza extrema en la victoria alemana y la realización de los grandiosos planes imperiales en la posguerra como la movilización cada vez más desesperada contra lo que se había convertido en una coalición mundial de enemigos en diciembre de 1941 moldearon la política alemana. La euforia fomentó el desarrollo de medidas antisemitas cada vez más radicales, mientras que la perspectiva de la derrota consolidó su implementación asesina. También resulta importante comprender que los nazis realmente veían a los judíos como una entidad política peligrosa. En una fase posterior de la guerra, Hitler llegó a creer que Alemania de verdad poseía una ventaja estratégica crucial por haber eliminado físicamente a los judíos mientras que los Aliados no lo habían hecho.[65] Mientras que las victorias alemanas hicieron posible concebir soluciones completas para el «problema judío», los reveses sufridos hicieron que la destrucción de los judíos europeos pareciera más necesaria todavía. Dado que el nacionalsocialismo se basaba en la noción de que Alemania había sido la víctima singular de la historia mundial, la resistencia con que los ejércitos alemanes se toparon después de 1941-1942 tendió a reafirmar, más que a socavar, el mensaje ideológico y racial de los nazis, así como a fortalecer, más que a deshacer (al menos hasta el mismísimo final), la identificación de los alemanes con el nazismo.

Los soldados que participaron en la campaña polaca a menudo cruzaban las líneas en las que sus padres habían luchado durante la primera guerra mundial y creían que estaban recuperando intereses alemanes con una larga tradición, pero los ejércitos reunidos para invadir la Unión Soviética se movilizaron para reconfigurar el continente de una forma completamente nueva. Los nazis aspiraban a nada más y nada menos que la destrucción del pueblo ruso, a explotar a gran escala las regiones agrícolas o «zonas de superávit» del sur y sumir en la indigencia las áreas industriales y urbanas del norte, la «zona de déficit». Este acto monumental de jerarquización de las prioridades, conocido como el «plan hambre», había de proporcionar a la Wehrmacht los recursos que necesitaba, pues la

economía alemana no estaba en condiciones de alimentar por sí misma al ejército invasor, y, al mismo tiempo, abastecer de productos agrícolas al Reich. Llegado el momento, se procedería a la repoblación de la antigua Unión Soviética con colonos alemanes que se encargarían de establecer una nueva frontera para la civilización «aria». Los planificadores militares contaban con la muerte de entre veinte y treinta millones de rusos: «No hay duda alguna de que si privamos al país de lo que necesitamos, muchísimos millones de personas morirán de hambre», concluyeron los expertos económicos en mayo de 1941.[66]

Hitler marcó la pauta desde muy temprano. El 30 de marzo de 1941, en un discurso de dos horas y media de duración, el Führer declaró a sus generales que la guerra sería una «guerra de destrucción» cuya meta era demoler los cimientos sociales del comunismo. Era necesario entonces que los soldados actuaran en consecuencia: «un comunista no es ningún camarada antes o después de la batalla», insistió.[67] Las «Directrices para las tropas» redactadas luego se referían al «enemigo mortal» de Alemania y exigían «medidas implacables y enérgicas contra los agitadores bolcheviques, los guerrilleros, los saboteadores y los judíos, y la erradicación completa de cualquier resistencia activa o pasiva». Estas directrices autorizaban con claridad a los soldados a librar una guerra racial contra la población civil. Los comisarios políticos y los líderes comunistas debían ser ejecutados en el acto. «La maquinaría ejecutiva del imperio ruso ha de ser aplastada», ordenó Hitler, con «la mayor brutalidad». Hitler autorizó específicamente a la SS para que llevara a cabo las «tareas especiales» que requería el conflicto entre «dos sistemas políticos opuestos», con lo que amplió enormemente el ámbito de las operaciones tras las líneas.[68] Aunque los nazis asociaban con bastante claridad a los bolcheviques y los judíos, no fue hasta algunas semanas después de iniciada la invasión cuando Hitler y los jefes de la SS decidieron aniquilar de forma sistemática las comunidades judías de la Unión Soviética.

«La invasión empieza a las 3.30 de la mañana. Un total de ciento sesenta divisiones. Una línea ofensiva de tres mil kilómetros de largo.» Con más de tres millones de hombres reunidos a lo largo de un frente que se extendía desde Finlandia, en el norte, hasta el mar Negro, en el sur (una distancia de cerca de mil kilómetros, no de tres mil), la fuerza invasora era, el 22 de junio de 1941, la más grande que había conocido la historia. Esa noche, Goebbels tenía invitados para ver *Lo que el viento se llevó* de David Selznick, una película que aún no se había estrenado en Alemania, pero que él admiraba por su presentación de la fortaleza moral del

ejército confederado. Después de la película, anotó en su diario: «Puedes oír la respiración de la historia». Dado que Alemania y la Unión Soviética habían firmado un pacto de no agresión, la invasión sorprendió a muchos alemanes (a pesar de los rumores al respecto que habían circulado durante la primavera) tanto como a la totalidad del estamento militar soviético hasta Stalin. Después de la guerra, el día 22 de junio de 1941 con frecuencia sería considerado como el momento en que los alemanes empezaron a darse cuenta de que las políticas de los dirigentes nazis entraban en conflicto con los intereses de la nación. «Demasiados perros, y tienes un conejo muerto», recordaban haber pensado acerca de las guerras de Hitler.[69]

Los alemanes dejaron testimonio de la ansiedad que sentían en esa época. «Guerra contra Rusia: ¿Por qué? ¿Cómo?», se preguntaba la escritora Grete Dölker-Rehder en su diario. En Münster, Agnes Neuhaus escribió a su marido, intentando hallar la imagen apropiada para transmitirle su conmoción: «Te juro que quedé helada hasta los huesos, corría como una gallina con su cabeza cortada. Sencillamente no sabía qué pensar, no podía hacer nada». Pero los alemanes también se esforzaron por entender la invasión y alinearse con el nuevo horizonte ideológico. Dölker-Rehder continuaba escribiendo para sí misma: «Así es como lo entiendo ... Necesitamos Ucrania, como el Führer sostenía en *Mein Kampf* ... Además, necesitamos Rusia para llegar a Irak ... Eso es política». De este modo, llegaba a la conclusión: «Algo es muy claro: nadie tiene preocupaciones serias acerca del resultado de la guerra». «Al principio estaba perdida por completo y no sabía qué decir», confirma otra diarista en Porta, pero bastante pronto «empecé a apreciar de verdad cuán grandiosa era en realidad su diplomacia».[70] A lo largo de un solo día, los alemanes buscaron el modo de reajustarse a las nuevas metas del nacionalsocialismo. Como Hitler comprendió, los civiles y los soldados nunca volverían a tener tantísima confianza en el poderío militar de Alemania. Ese domingo por la noche, Victor y Eva Klemperer regresaban a su casa caminando por la Südhöhe: «En la Casa del recaudador la gente bailaba, por doquier rostros alegres. La guerra rusa es para la gente una nueva juerga, una perspectiva de nuevas sensaciones, de nuevo orgullo, sus protestas de ayer están tan olvidadas como lo que decían ayer sobre la "conquista pacífica"».[71]

La propaganda fomentó la sensación de invencibilidad. En Berlín, Ruth Andreas-Friedrich se maravillaba del sentido del espectáculo de Goebbels, aunque el cerebro de esta exhibición particular fue en realidad

Otto Dietrichs, secretario de prensa en la oficina del canciller: «De acuerdo con el principio de economizar siete días por cada día de abundancia, durante una semana ha estado acumulando victorias para verterlas ahora sobre el pueblo como si salieran de una regadera». El 29 de junio, «cada quince minutos un toque de trompetas; unas pocas notas de un preludio de Lizst; boletín especial: Brest-Litovsk. Boletín especial: Bialystok, Grodno, Minsk. Boletín especial ... boletín especial ... boletín especial. Nos tapamos las orejas con nuestras manos. No queríamos oír nada más. Es de un gusto abominable adornar la sangre y la muerte de incontables hombres para una sorpresa dominical. ¿La historia acelerada por acción de la cámara? Pero independientemente de dónde fuéramos, ahí estaban los chillidos de la radio: boletín especial, boletín especial».[72]

Inicialmente, la guerra pareció primero desarrollarse con el ritmo de «un boletín de noticias especial continuo» que unió a los alemanes en una «comunidad de la experiencia».[73] Los tres grupos de ejércitos siguieron muy de cerca el calendario esbozado por Hitler, quien creía que la guerra podía ganarse en cuatro meses («Le calculo aún menos tiempo —añadió Goebbels—; el bolchevismo se derrumbará como una casa de naipes»), razón por la cual la Wehrmacht no necesitaba aprovisionarse con ropa de invierno, una decisión deliberada. El Grupo de Ejércitos Norte avanzó a toda velocidad por el Báltico para capturar los principales puertos marítimos y amenazar Leningrado, mientras que el Grupo de Ejércitos Centro, siguiendo aproximadamente la ruta de la fuerza invasora de Napoleón, avanzó para conquistar Minsk y Smolensk de camino a Moscú. Moviéndose con más lentitud, el Grupo de Ejércitos Sur había rodeado Kiev para mediados de septiembre y capturado más de seiscientos mil prisioneros. Los ejércitos de Stalin «sencillamente desaparecieron de la faz de la tierra», observó Howard K. Smith, el corresponsal de la CBS en Berlín.[74] Desde el comienzo de las operaciones en la Unión Soviética, la Wehrmacht llevó a cabo de forma deliberada una guerra de aniquilación que tuvo como resultado la muerte de millones de prisioneros de guerra soviéticos. Miles de soldados fueron ejecutados directamente en el campo de batalla, como había ocurrido con los prisioneros en Polonia, pero la enorme mayoría de ellos murió en campos de detención superpoblados en los que vivían a merced de los elementos mientras se los dejaba morir de hambre. Los ejércitos alemanes lograron envolver a divisiones soviéticas enteras y realizar un avance tan espectacular que los soldados, que sin duda alguna compartían los prejuicios contra los eslavos y los bolcheviques de su sociedad, se rindieron con facilidad al papel de supe-

riores raciales que los nazis les ofrecían. Para la época en que los dirigentes nazis empezaron a esforzarse por mejorar las condiciones de los campos para prisioneros de guerra con el fin de poder emplear a los soviéticos como trabajadores esclavos, esto es, hacia finales del otoño de 1941, la mayoría de los tres millones de hombres capturados ese año habían muerto. El trato que la Wehrmacht dio a los prisioneros de guerra soviéticos «asiáticos» e «infrahumanos» (a diferencia del que ofreció a los 1,2 millones de prisioneros de los que sí había podido encargarse en Occidente en 1940) fue su singular contribución a la guerra racial alemana.

Los *Einsatzgruppen* de la SS que seguían a los ejércitos también trataban a los varones judíos desarmados como combatientes enemigos, con lo que de hecho abrieron otro frente en la guerra. Fue en el verano de 1941 y en el contexto de la Operación Barbarroja cuando toda la retórica acerca de destruir al enemigo judío se convirtió en una realidad. Para agosto y septiembre, los *Einsatzgruppen* habían empezado a matar hogares y vecindarios enteros, y el número de judíos asesinados cada día pasó de estar en los cientos a estar en los miles.

Sin embargo, las bajas alemanas también fueron elevadas, con más de cien mil soldados muertos en los primeros tres meses de la confrontación, más del doble de los que había habido en total en Polonia y Francia. En Alemania, una nazi joven y ardiente como Lore Walb reaccionó con desconcierto ante los sacrificios que la guerra exigía. Uno de sus primos había caído el primer día de la campaña: «¡Qué ejemplo de hombre murió con él!». «Las pérdidas son duras, incluso a plena luz», añadió. Un mes después, Walb perdió a otro primo, su camarada Günther. Entonces empezó a expresarse con mayor brutalidad contra los rusos y a manifestar más preocupación acerca de los alemanes: «Aunque destruyamos a los rusos, esos infrahumanos, un terror para todas las naciones civilizadas (basta ver los noticiarios en el cine), nosotros también terminaremos desangrándonos hasta morir. Son los más valientes, los más audaces, los de mayor coraje, son los mejores los que tienen que morir». A comienzos de agosto de 1941, el *Völkischer Beobachter* concedió lo que Walb había aprendido por sí misma: «Todo ciudadano alemán sabe ahora que el combate ha sido sangriento y amargo. Hemos reconocido que estamos lidiando con el enemigo más difícil con el que nos hemos topado hasta ahora». En el frente, el jefe del Estado Mayor del ejército, Franz Halder, comprendió que el extraordinario número de bajas que había sufrido la Unión Soviética tenía que ser contextualizado teniendo en cuenta la reserva de recursos humanos del «coloso ruso»: «al comienzo de la guerra

calculábamos que el enemigo contaba con doscientas divisiones. Ahora hemos contado ya trescientas sesenta». Sólo unas pocas semanas después del comienzo de la invasión, los observadores empezaron a preguntarse si «ganamos tanto que nos vamos a matar», un coloquialismo que cuajó.[75]

Las divisiones entre los dirigentes políticos y militares también emergieron en agosto, cuando Hitler exigió que Alemania concentrara sus energías hacia el sur, en dirección a Ucrania, mientras sus generales insistían, inútilmente, en continuar el ataque contra Moscú. En octubre, sin embargo, la victoria militar parecía estar muy cerca. En un discurso público transmitido el 3 de octubre, el líder nazi habló de un enemigo «ya aniquilado» que «nunca volverá a levantarse». Algunas personas que visitaron Berlín en esta época advirtieron que en las librerías se vendían diccionarios de ruso y oyeron por casualidad conversaciones excitadas acerca de la «nueva y rica colonia» de Alemania.[76] De hecho, un soldado de la Wehrmacht estacionado en Colonia, Heinrich Böll, el futuro novelista, había estado tomando lecciones de ruso desde comienzos de julio. En los primeros días de octubre, los titulares del periódico del Partido Nazi, el *Völkischer Beobachter*, elevaban cada vez más las expectativas de los alemanes, «un único grito de triunfo», en palabras de Victor Klemperer, que culminó en la declaración en grandes letras de que «La hora de la verdad ha llegado: ¡La campaña en el Este está decidida!», el 10 de octubre de 1941. No obstante, una semana después, los titulares habían vuelto a informar sencillamente de la continuación de las operaciones.[77]

Las operaciones ofensivas se estancaron en noviembre, y en diciembre una devastadora contraofensiva soviética contra el Grupo de Ejércitos Centro adquirió ímpetu. «A finales de noviembre los rusos finalmente empezaron a responder», anotó con satisfacción Lili Hahn, una medio judía que vivía en Fráncfort. Los efectos del frío extremo, los suministros insuficientes y las numerosas bajas hicieron mella en las divisiones alemanas. A finales de diciembre, las lamentables circunstancias de las tropas obligaron a Goebbels a apelar al público en búsqueda de donativos: «prendas de lana calientes, calcetines, medias, chalecos, camisas o jerséis, y ropa interior caliente de lana, camisetas, calzoncillos, tirantes, calentadores, sobreros, orejeras, rodilleras y muñequeras, pieles de cualquier tipo ... guantes gruesos y calientes ... bufandas de lana de toda clase». La lista pormenorizada concedía muchísimo.[78] Las pérdidas sufridas por los soviéticos eran igualmente catastróficas; para finales de 1941, más de cuatrocientos sesenta mil soldados habían muerto en combate y 3,3 millones habían sido hechos prisioneros, dos tercios de los cuales, según las cifras

de la Wehrmacht, murieron antes de terminar el año. Más de seiscientos mil soldados fueron ejecutados de inmediato por ser considerados enemigos políticos o «asiáticos» inferiores. En el mismo período, las unidades de la SS y la Wehrmacht que operaban en los territorios ocupados de la Unión Soviética asesinaron a medio millón de civiles judíos. En los primeros seis meses de la Operación Barbarroja, las fuerzas alemanas acabaron con la vida de una de cada quinientas personas en el planeta.

SOLUCIONES FINALES DEL «PROBLEMA JUDÍO»

La guerra contra la Unión Soviética puso la meta del imperio al alcance de los invasores alemanes. El nacionalsocialismo estaba al borde de crear una vastísima zona de ocupación alemana en la que las naciones de Europa oriental habían de ser destruidas y sus pueblos explotados o aniquilados sin piedad. Además, las colonias alemanas en los territorios antes pertenecientes a la Unión Soviética proporcionarían al gran Reich la base militar y económica necesaria para emprender conquistas globales adicionales. El imperio también permitió a los nazis cumplir su meta de eliminar a los judíos, cuya existencia en Europa, estaban convencidos, era incompatible con el renacimiento de Alemania. Sin embargo, la naturaleza de la guerra contra los judíos cambió a lo largo de 1940-1941 a medida que las soluciones territoriales (que eran ambiciosas, inauditas y, de todas formas, letales) dieron paso a proyectos completos de exterminación y los nazis superaron las fronteras de Alemania y Polonia para capturar y asesinar a los judíos de toda Europa. «En último análisis», explicó el ministro de Aviación y jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring, durante un discurso pronunciado en octubre de 1942 ante miles de auténticos fieles, la guerra «es acerca de si los alemanes y los arios prevalecerán o si, en cambio, los judíos dominarán el mundo, y es por eso que estamos peleando allí». Con la campaña en la Unión Soviética, los nazis encontraron la última pieza de su proyecto racial, la solución final del «problema judío», que prácticamente se había dejado de lado desde el final de la guerra contra Polonia casi dos años antes.[79]

La guerra contra Polonia en el otoño de 1939 terminó con la determinación de deportar a los judíos que vivían en Alemania, los territorios recién anexionados y el Gobierno General, a una reserva especial que había de organizarse alrededor de Lublin. El calendario propuesto era de un año, pero la Oficina Central de Seguridad del Reich, el órgano

central de la SS en el que se habían organizado las fuerzas policiales regulares y las fuerzas de seguridad, presionaron para que se realizaran deportaciones inmediatas desde Austria y el protectorado de Bohemia y Moravia, en octubre de 1939, y desde Alemania, en noviembre de ese mismo año. De hecho, dos trenes partieron de Viena con destino a Lublin en octubre, antes de que los traslados se suspendieran debido a «dificultades técnicas», primero, y luego se cancelaran por completo. Sin embargo, los planificadores de la SS continuaron considerando Lublin como el emplazamiento futuro de la reserva judía. Y lo hicieron pasando por encima de las crecientes objeciones del gobernador general Hans Frank, que se oponía a las deportaciones «precipitadas y sin planificación» y tenía ya que lidiar con los miles de polacos, tanto judíos como no judíos, que llegaban a su territorio procedente del Wartheland para dar cabida a los colonos alemanes. Hilter rechazó las protestas de Frank, que regresó a Cracovia a finales de febrero de 1940 y pocos días después informó a sus socios con sarcasmo: «Dado que no tenemos suficientes judíos aquí, podemos ubicar todavía a muchos más, esto es sólo el comienzo. En realidad, estamos padeciendo una falta de judíos. Seremos capaces de acoger por lo menos entre cuatrocientos mil y seiscientos mil. Después podemos empezar a hablar de lo que les ocurrirá».[80]

Es posible que se planeara que la deportación sistemática de judíos alemanes empezara en febrero de 1940, cuando la SS deportó a más de un millar de judíos alemanes desde Settin y Schneidemühl a algunos poblados en los alrededores de Lublin. En otras partes, las oficinas locales de la Gestapo recibieron instrucciones para que empezaran a reunir a los judíos en ciudades grandes seleccionadas. El 29 de febrero, Himmler confirmó a los Gauleiter nazis que aunque sus oficinas seguirían animando a los judíos a emigrar, el Gobierno General tendría que aceptar a la mayoría de los que se quedaran. No obstante, las inminentes acciones militares en Europa occidental alteraron los planes de deportación; a mediados de marzo de 1940, las oficinas de la Gestapo suspendieron los preparativos adicionales. Después de octubre de 1939, expectativas potentes, pero poco realistas, y objetivos contradictorios obligaron a revisar, suspender y revivir los esfuerzos por deportar a Lublin a los judíos alemanes en lo que para los nazis fue una «cronología de fracasos» frustrante.[81] Unos pocos meses más tarde, la derrota de Francia creó nuevas posibilidades para el proyecto, lo que elevó las esperanzas de hallar una «solución final» completa.

El veloz triunfo de los ejércitos alemanes en la invasión de Europa occidental dejó a cientos de miles de judíos más en control de los alema-

nes, pero también envalentonó a los planificadores raciales nazis. A finales de mayo de 1940, Himmler presentó a Hitler un memorándum completo sobre «El tratamiento de las poblaciones extranjeras en el Este» en el que se recomendaba «examinar y cribar» a estas poblaciones en búsqueda de elementos racialmente valiosos con miras a su germanización y educar a la «masa» restante sólo hasta el nivel necesario para la realización de trabajo esclavo. En lo referente a los judíos, Himmler proponía «borrar completamente el concepto de los judíos mediante la posibilidad de una gran emigración de todos ellos a una colonia en África u otro lugar». Éste fue el origen del Plan Madagascar. Tanto en Alemania como en otros lugares, los antisemitas fanáticos habían mencionado antes la colonia francesa frente a la costa de África oriental, pero, de repente, en la primavera y verano de 1940 la idea se «propagó como la pólvora».[82] Alemania imaginaba que sería capaz de deportar a todos los millones de judíos de la Europa ocupada, para los cuales no eran apropiadas ni la política de emigración ni la reserva de Lublin (el destino previsto en 1939-1940 para aproximadamente 2,3 millones de judíos alemanes, austríacos y polacos). El plan también resultaba atractivo para Hans Frank, que, como hemos visto, se oponía a más deportaciones de judíos a su distrito, y satisfacía a los Gauleiter de Alemania y Austria que, ante la oposición de Frank, tenían ahora otro lugar al que deportar a los judíos indeseables. Además, Madagascar era lo bastante grande como para permitir a los planificadores nazis añadir a sus cálculos los judíos de Europa occidental, Europa suroriental y las colonias francesas en el norte de África. En un abrir y cerrar de ojos, los encargados de la seguridad del Estado empezaron a trabajar con un total previsto de 5,5 millones de judíos, los cuales conformaban en 1940 el «problema judío» para el que acaso se había hallado una «solución final».

Hitler y su ministro de Exteriores, Joachim von Ribbentrop, presentaron la propuesta de Madagascar a sus homólogos italianos, Mussolini y Galeazzo Ciano, en conversaciones bilaterales celebradas el 18 de junio en Múnich con el fin de discutir el futuro del Imperio francés. Poco después de ese encuentro, el ministro alemán de Exteriores preparó un plan más detallado. Según los informes de los expertos, Madagascar no poseía recursos valiosos, lo que hacía que la isla fuera prescindible, y no obstante, gracias a un gran salto imaginativo, era lo suficientemente grande y fértil para mantener una colonia judía de las dimensiones previstas. Hojeando el *Meyers Lexicon*, Franz Rademacher, el funcionario para asuntos judíos del Ministerio de Relaciones Exteriores, se enteró de que las mon-

tañas de Madagascar ofrecían un respiro frente a las calurosas áreas de la costa, que eran «muy insalubres para los europeos» y respaldó plenamente el proyecto: «La solución deseable es: todos los judíos fuera de Europa».[83] Incluso antes de que Rademacher entregara sus primeros hallazgos, la Gestapo informó a la Organización del Reich de los Judíos en Alemania que la guerra terminaría pronto y entonces podría contar con una «reserva colonial».[84] Los rumores sobre las deportaciones a Madagascar incluso llegaron a oídos de Victor Klemperer en Dresde.

Ocurrió sin embargo que el Plan Madagascar se descartó casi con la misma velocidad con que se había adoptado. El proyecto no sólo requería, según un cálculo, ciento veinte buques para transportar a un millón de judíos al año durante cinco años, con lo que estaba lejos de ser la solución rápida que deseaban los estadistas nazis, sino que era impracticable mientras los británicos tuvieran el control de las rutas marítimas. Con todo, el plan marcó una etapa importante en el pensamiento nazi. En primer lugar, equivalía a un genocidio, porque preveía la destrucción de las comunidades judías tradicionales a lo largo y ancho de Europa y la inanición de los supervivientes en lo que prácticamente sería una colonia penal. En segundo lugar, fijó de forma permanente los parámetros continentales de la «solución final», que en el Plan Madagascar pasó a incluir a todos los judíos de la Europa bajo ocupación alemana. Y, por último, reveló el enorme interés que tenían las autoridades alemanas en librarse de los judíos en sus territorios. El Plan Madagascar consolidó la inversión política en una solución final global que librara a Europa de los judíos.

Mientras los preparativos para la invasión de la Unión Soviética iban tomando forma en el otoño de 1940 y el invierno de 1941, Adolf Eichmann, un experto en asuntos judíos de la jerarquía de la SS, adoptó las propiedades formales del Plan Madagascar en un informe que presentó a Himmler y que éste expuso en la conferencia anual de los Gauleiter nazis celebrada el 10 de diciembre de 1940 en Berlín. Eichmann abordó la necesidad de reasentar a 5,8 millones de judíos europeos «en un territorio aún por determinar». Era claro que ese destino no podía ser Lublin o cualquier otro lugar del Gobierno General, pues los cálculos de Eichmann incluían a los 1,5 millones de judíos que vivían allí. En este sentido, únicamente podía haber pensado en los territorios conquistados en la Unión Soviética, que en la imaginación nazi se extendían indefinidamente. Una vez que resultaron claras, las gigantescas dimensiones de los planes de Hitler para la Unión Soviética empujaron lo que se encontraba al otro lado de las fronteras del imperio alemán muchísimo más allá

de los Urales, hacia «el Este» y «el Norte». Fue a ese más allá al que Eichmann propuso deportar a los judíos europeos inmediatamente después de que se hubiera ganado la guerra con la Unión Soviética. Su informe también mencionaba de manera deliberada a los judíos «en la esfera económica europea del pueblo alemán», esto es, los que vivían en países aliados como Rumanía, Eslovaquia y Hungría, no ocupados por tropas alemanas.[85]

Dado que los estrategas militares alemanes contaban con la muerte de muchos millones de rusos, existe la posibilidad de que el territorio sin identificar del informe de Eichmann fuera sencillamente un eufemismo para referirse al exterminio masivo. Aunque los cuatro *Einsatzgruppen* de la SS a los que Hitler y Himmler habían encargado de los aspectos «administrativos» (en oposición a los militares) del nuevo orden no entraron a la Unión Soviética con órdenes precisas de matar a los judíos, los «comisarios políticos», los «saqueadores» y los «guerrilleros», las muertes de las que informaron fueron en su mayoría de judíos. En apenas unas pocas semanas quedó claro que la principal tarea administrativa de los *Einsatzgruppen*, cada uno de los cuales se componía inicialmente de entre setecientos y mil hombres, era la erradicación completa de la vida judía en los territorios ocupados de la Unión Soviética.

Desde los primeros días de la invasión, los *Einsatzgruppen* intentaron destruir a las comunidades judías de los territorios ocupados organizando a apoderados locales de no judíos para instigar pogromos como el estudiado por Jan Gross en su importante libro *Neighbors*.* El 10 de julio de 1941, la mitad de los habitantes de Jedwabne, una población de Polonia oriental, se levantó contra la otra mitad; en las calles, los polacos de la localidad golpearon hasta la muerte a sus vecinos judíos, hombres y mujeres por igual, los mataron a tiros junto a tumbas recién abiertas y, finalmente, encerraron a los supervivientes en un granero y le prendieron fuego. Escenas tan horribles como éstas se vivieron durante varios días a finales de junio de 1941, cuando las tropas alemanas entraron en Kovno (Kaunas), Lituania, donde tres mil ochocientos judíos fueron asesinados brutalmente por bandas civiles ansiosas por vengarse de un grupo al que consideraban responsable de haber colaborado con la Unión Soviética cuando ésta había ocupado Lituania un año antes. Por lo menos sesenta pogromos de este tipo tuvieron lugar en Polonia oriental, que los sovié-

* Hay traducción castellana: *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Crítica, Barcelona, 2002. (*N. del t.*)

ticos se habían anexionado en septiembre de 1939 y que el ejército alemán ocupó en junio y julio de 1941. Es un hecho que entre los líderes comunistas había una cantidad desproporcionada de judíos, pero ello no impidió que los soviéticos expropiaran bienes judíos y deportaran a Siberia a los judíos ricos y educados: en los centros urbanos los judíos tendían a ser gente de clase media y, por tanto, tenían más probabilidades de convertirse en blanco de los comunistas. En cualquier caso, fueran cuales fueren los resentimientos que los lituanos albergaran contra los judíos, los alemanes descubrieron que no era fácil instigar los pogromos contra ellos («sorprendentemente», como comentó Walther Stahlecker, el comandante del *Einsatzgruppe* A). En Polonia oriental, la experiencia del *Einsatzgruppe* C fue similar: «Por desgracia, los intentos realizados hasta el momento para fomentar con cuidado pogromos contra los judíos no han dado los resultados esperados». El hecho era que «el antisemitismo fundado en criterios raciales o idealistas no se entiende». Mostrar a los locales una película propagandística antisemita como *Der ewige Jude* tampoco fue de mucha utilidad.[86]

Lo que los pogromos sí evidenciaron fue cuál era el objetivo último de los *Einsatzgruppen* de la SS, a saber, el exterminio de los judíos. Los veinte, treinta o cincuenta judíos ejecutados por fusileros de la SS acusados de ser guerrilleros, *intelligentsia* o dirigentes comunistas, pronto se convirtieron en centenares asesinados en represalia por las masacres como la perpetrada a comienzos de junio en Lwow, donde los soviéticos mataron a miles de nacionalistas ucranianos antes de retirarse. Una vez que los alemanes descubrieron las dimensiones de la destrucción en Lwow (o Lemberg en lo que fuera el Imperio austrohúngaro), la SS acabó con la vida de siete mil judíos en una orgía homicida que se prolongó durante dos días, el 2 y 3 de julio de 1941. La propaganda alemana sacó todo el provecho que pudo de las atrocidades perpetradas por la policía secreta de Stalin, de las que responsabilizó públicamente a «los judíos». Al igual que Bromberg en la campaña de Polonia, Lemberg sirvió como justificación de una guerra que ya estaba en curso. Proporcionó la espantosa imaginería de las masacres que, según aseguraban los nazis, los comunistas y los judíos habrían perpetrado contra los civiles alemanes si Hitler no hubiera lanzado un ataque preventivo. En las semanas que siguieron, el *Einsatzgruppe* C informó con regularidad de sus «medidas deliberadas de represalia contra los saqueadores y los judíos», acciones contra decenas y, después, cientos de varones judíos que, como señala Peter Longerich, eran «sistemáticamente independientes de la situación

sobre el terreno».[87] En agosto la SS comenzaría a matar también a las mujeres y los niños.

No es probable que la dinámica de la periferia impulsara el desarrollo de los acontecimientos o que Hitler sólo estuviera vagamente al tanto de la política genocida que estaba siendo aplicada sobre el terreno. Hitler siempre había desempeñado un papel activo en la determinación de las políticas alemanas con relación a los judíos. Autorizó la definición precisa de quién era judío en 1935, consintió el pogromo de noviembre de 1938 y pospuso y puso en marcha las primeras deportaciones de judíos desde las ciudades alemanas en el otoño de 1941. Parece entonces probable que él mismo autorizara la matanza de comunidades judías enteras con el fin de despejar territorio con miras a su colonización. Por su parte, no hay duda de que altos cargos de la SS como Himmler, Kurt Daluege, el jefe de la Ordnungspolizei (la policía regular alemana), y los comandantes de distrito Friedrich Jeckeln y Erich von dem Bach-Zelewski recorrieron ampliamente el territorio en que tenían lugar estas operaciones y animaron a sus subordinados a emprender acciones todavía más contundentes. «¡Tomad las decisiones sobre el terreno!», exhortó Himmler a sus oficiales en 1942: «Yo no tomo decisiones en Berlín, sino que viajó a Lublin, Lemberg, Reval, etc., y allí, en el lugar de los hechos, en la noche, tomo ocho, diez o doce decisiones de envergadura.» Adaptados perfectamente a la estructura de mando de la SS, pero al mismo tiempo partícipes del celo ideológico de la élite militar, los oficiales al mando de las unidades demostraron una capacidad extraordinaria para cumplir órdenes en clave o implícitas. Su «obediencia anticipatoria» se ponía a punto mediante talleres, directrices e informes de progreso obligatorios. Los oficiales de la SS no se limitaron a cumplir sin pensar las órdenes que recibían de Berlín, como sostuvieron con frecuencia en los juicios por crímenes de guerra de la posguerra. Hitler y Himmler desempeñaron un papel central al sancionar los asesinatos y las masacres, pero dependían de un amplio consenso entre sus subordinados para conseguir que se llevaran a cabo.[88]

A lo largo de julio de 1941, Hitler siguió el avance de sus ejércitos invasores con una sensación de euforia cada vez mayor al sentirse prácticamente en posesión de las tierras conquistadas. Su lenguaje perdió toda ofuscación: preveía que Leningrado y Moscú serían «borradas», según dijo en una conversación que mantuvo con Goebbels el 9 de julio, y se imaginaba nuevas provincias en Crimea, «nuestra Riviera». Nuevas autopistas conectarían el Reich con su imperio recién conquistado y, según

imaginaba el Führer la noche del 5 de julio de 1941, los alemanes conducirían sus Volkswagen para conocer y colonizar las tierras por las que habían luchado. El gran error de la política imperial hasta el momento, comentó Hitler, había sido restringir el disfrute del botín a los ricos. El imperialismo nazi, en cambio, beneficiaría al pueblo alemán. Unos pocos días más tarde, el 16 de julio de 1941, Hitler expuso sus intenciones a los jefes del partido reunidos en Berlín. En esa ocasión, prometió no abandonar nunca los territorios que Alemania había capturado y transformarlos en un «jardín del Edén», una promesa que contrastaba radicalmente con la forma en que se concebía los territorios del imperio apenas dos años antes, cuando se describía al Gobierno General como una «reserva de mano de obra» y se lo utilizaba como vertedero. En 1941, Hitler se mostró muchísimo más decidido a deshacerse de las poblaciones indígenas de los territorios ocupados. «Todas las medidas necesarias: fusilamientos, evacuaciones» eran admisibles con el fin de tomar posesión de las nuevas colonias.[89] Himmler, a quien Hitler nombró responsable de la seguridad de los nuevos territorios el 17 de julio, aceleró enormemente la conquista del «jardín» del Führer al multiplicar por once la fuerza de los *Einsatzgruppen* en el verano de 1941, desplegar batallones de policía adicionales y autorizar la creación de unidades de policía auxiliares formadas por nacionalistas ucranianos, bielorrusos y lituanos.

Himmler pasaba revista a las unidades regularmente, y el 14-15 de agosto, durante una visita a Minsk, fue testigo de una acción de exterminio y transmitió las órdenes verbales de Hitler por las que se mandaba a los *Einsatzgruppen* que mataran a todos los judíos. Dos días después, el 17 de agosto, Himmler informó a Hitler, muy probablemente para confirmarle la viabilidad de los fusilamientos a gran escala; y, al día siguiente, Hitler aseguró a Goebbels que los judíos alemanes serían deportados al Este poco después de la esperada victoria sobre la Unión Soviética.[90] La orden de matar a todos los judíos soviéticos llegó hasta los comandantes sobre el terreno. A comienzos de septiembre de 1941, cuando August Rosenbauer llegó para hacerse cargo del Batallón de Policía 45 en Rusia meridional, sus superiores le explicaron sus instrucciones. De acuerdo con el testimonio que proporcionó en la posguerra, «Jeckeln dijo que contábamos con la orden del SS *Reichsführer* Himmler mediante la cual debía resolverse la cuestión judía. Nacidos para ser siervos, los ucranianos trabajarían para nosotros. Pero no teníamos ningún interés en ver aumentar el número de los judíos; por esa razón la población judía debía ser exterminada».[91] Además, Berlín exigía con regularidad informes ac-

tualizados sobre el progreso de la matanza: el 1 de agosto de 1941, el SS-*Brigadeführer* Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, informó a los oficiales al mando de los cuatro *Einsatzgruppen* que «desde este momento el Führer ha de recibir informes regulares sobre el trabajo de los *Einsatzgruppen* en el Este». Hitler había solicitado «en especial, material visual interesante» como «fotografías, pancartas, folletos y otros documentos» acerca de las operaciones de la SS tan pronto como fuera posible.[92]

En agosto de 1941, las dimensiones de la matanza se ampliaron de forma dramática. Hasta mediados de ese mes, los cuatro *Einsatzgruppen* habían acabado con la vida de cerca de cincuenta mil judíos, una cifra enorme en comparación con lo ocurrido en Polonia dos años antes, pero apenas una décima parte del total de judíos que las unidades de la SS iban a matar en los siguientes cuatro meses. En Lituania, el Comando 3 del *Einsatzgruppe* A «mató a 115 mujeres entre los 4.239 judíos "ejecutados" durante el mes de julio», pero acabó con la vida de 26.243 mujeres y 15.112 niños de un total de 56.459 judíos asesinados en septiembre.[93] La idea era ahora que debía matarse a *todos* los judíos. La matanza de judíos en curso, la previsión de una victoria completa sobre la Unión Soviética y la perspectiva embriagadora de una serie de colonias nuevas y limpias en el Este estaban estrechamente entrelazadas. «Las muertes de judíos», sostiene Sybille Steinbacher, se habían convertido en «un valor numérico calculado dentro de los planes para "crear espacio para los alemanes"».[94] En la Unión Soviética, el genocidio fue el producto de la ambición alemana, no un síntoma de la «barbarización» del conflicto bélico. De hecho, en 1941 las fuerzas alemanas mataron a más civiles judíos en la retaguardia del frente que soldados soviéticos en el campo de batalla. Hacia el final de la guerra, casi dos millones de judíos habían perecido en los territorios del Báltico y la Unión Soviética, la mayoría de ellos asesinados en 1941 y 1942 por *Einsatzkommandos* alemanes no lejos de sus hogares.[95]

«Pueblo por pueblo» y «ciudad por ciudad», según decían los nazis, las «grandes campañas» del otoño de 1941 acabaron con los judíos en regiones enteras del oeste de la Unión Soviética: Smolowicze, y luego Mogilev; Borisov, Bobruisk, Vitebsk, y luego Gomel. «Ucrania sin judíos»: así fue como el Vasily Grossman, que en la posguerra escribiría la novela *Vida y destino*, resumió la situación cuando regresó tres años después a su región natal.[96] En esos mismos lugares, los *Einsatzgruppen* de la SS recibieron a Himmler y otros dignatarios, enviaron a Berlín informes regulares acerca de sus progresos y lograron por sus propios medios lo que no habían conseguido los pogromos que instigaron. A finales de sep-

tiembre de 1941, el Sexto Ejército alemán entró en Kiev, la capital de la República Socialista Soviética de Ucrania. Los alemanes habían sitiado la ciudad durante semanas, y buena parte de la población, incluidas dos terceras partes de sus doscientos veinte mil judíos, había huido para salvar la vida. No obstante, algunos guerrilleros continuaron actuando en la clandestinidad, y entre el 2 y el 26 de septiembre volaron varios edificios grandes, incluido el Hotel Continental, donde la Wehrmacht había establecido su cuartel general. Como consecuencia de estas acciones murieron varios centenares de soldados alemanes y el centro de la ciudad quedó en ruinas. El 26 de septiembre, los jefes de la Wehrmacht y de la SS se reunieron con el oficial al mando de la ciudad, el general de división Kurt Eberhard, y resolvieron matar «a por lo menos cincuenta mil judíos» como represalia.[97] Según se pensaba entonces, «dondequiera que hay guerrilleros, hay judíos, y dondequiera que hay judíos, hay guerrilleros».[98]

Asumir el mando de la operación de exterminio era un asunto rutinario para la SS, pero el coronel Paul Blobel y su Sonderkommando 4a contaron con el apoyo del Sexto Ejército, con el que Blobel había trabajado de manera eficaz en su avance asesino por Ucrania. La Wehrmacht imprimió carteles en los que se ordenaba a la población judía de Kiev reunirse en un lugar público la mañana del 29 de septiembre y se encargó de vigilar la ruta hacia el barranco de las afueras de la ciudad donde se ejecutó a los judíos. Dado que difícilmente se las podía confundir con combatientes, la mayoría de las víctimas cayeron en el engaño de que se las trasladaría a otro lugar; a las ocho de la mañana se habían reunido en el lugar indicado más de treinta mil miembros de la comunidad judía de la ciudad, en su mayoría ancianos o personas muy jóvenes y, en particular, mujeres. Sin embargo, en contra de lo que esperaban no se los condujo a la estación de tren, sino al cementerio judío y al barranco de Babi Yar. «Todavía recuerdo el horror que invadió a los judíos cuando llegaron al borde del barranco y pudieron ver por primera vez los cuerpos que había abajo —relató Kurt Werner, un tirador de la SS, en su testimonio sobre la masacre—. Muchos de ellos empezaron a gritar dominados por el miedo. Nadie puede imaginarse los nervios que había que tener para continuar con una labor tan desagradable.»[99] Los guardias dirigían a los judíos hacia «diferentes lugares, donde primero tenían que dejar su equipaje, luego sus abrigos, zapatos y demás prendas, y finalmente su ropa interior».[100] Después de unos cuantos minutos las víctimas quedaban desnudas. A continuación, miembros de la policía ucraniana los empujaban al borde del barranco. En el testimonio que ofreció después de termina-

da la guerra, Werner recordaba así lo ocurrido: «Tenían que acostarse boca abajo. En el barranco había tres grupos de soldados, cada uno de los cuales estaba formado por unos doce hombres. Constantemente llegaban nuevos grupos de judíos. Los recién llegados tenían que echarse encima de los cadáveres de los judíos que acaban de ser ejecutados». «Los rostros de los jóvenes palidecían ante mis ojos», recordaba en 1967 otro testigo, Dina Proniceva. Los disparos de pistola y el fuego de las ametralladoras estuvieron oyéndose a lo largo de todo el día. Más tarde, se consignó la masacre en la bitácora del Sonderkommando 4a: «En colaboración con el *Einsatzgruppe* HQ y dos comandos del regimiento de policía sur, el Sonderkommando 4a ejecutó a 33.771 judíos el 29 y 30 de septiembre».[101]

Las dimensiones de este intento de acabar con todos los judíos de una ciudad en dos días por parte de la Wehrmacht y los *Einsatzgruppen* de la SS, los esfuerzos realizados dos años después para borrar las pruebas de lo ocurrido desenterrando e incinerando los cuerpos, y el gran número de participantes que semejante operación requirió y los numerosos testigos que dejó hacen que la masacre de Babi Yar destaque sobre otras. Las noticias de lo ocurrido se difundieron con rapidez a través del Alto Mando del ejército; en Breslavia, Willy Cohn, un maestro de instituto judío, se enteró de que en Kiev había tenido lugar un «gran baño de sangre» en una fecha tan temprana como el 11 de octubre. Los soldados mencionaron lo ocurrido en sus cartas o hablaron sobre ello al regresar a casa de permiso. En los últimos días de 1941, el cuñado de Karl Dürkefälden, Walter Kassler, escribió una carta a sus padres desde Kiev en la que les contaba que «aquí ya no hay judíos; tendré que contaros yo mismo lo que les ocurrió». En junio de 1942, cuando regresó de permiso a su casa en Celle, pudo por fin referirles los detalles de lo ocurrido según la información de la que disponía: «se acorraló a cincuenta mil judíos en un foso y se los hizo volar en pedazos para poder enterrarlos de inmediato». En abril de 1942, Eva Klemperer se topó con el carpintero que había construido su cochera en 1936 y quien ahora lucía un uniforme de alférez. El hombre, «ante un vaso de cerveza», le contó historias del tiempo que pasó en Rusia, incluida una sobre «una colina dinamitada y la masa de cadáveres enterrada bajo la tierra que se levantó con la explosión» en Kiev. Los juicios celebrados en la posguerra aclararon los detalles, produjeron testimonios como el de Werner y terminaron con la condena y ejecución de los principales jefes de la SS, incluido Paul Blobel. «Del mismo modo en que el nombre "Auschwitz" se ha convertido en un símbolo del exterminio masivo de judíos mediante gas venenoso en un proceso

cuasi industrial —escribe Wolfram Wette— "Babi Yar" representa las ejecuciones en masa realizadas por las unidades móviles de la SS en los primeros dos años de la guerra contra la Unión Soviética.»[102]

La Unión Soviética fue escenario de miles de masacres como la de Babi Yar, y cada una tuvo como blanco una comunidad de personas inocentes y una forma particular de entender el mundo. Los judíos de Kiev no podían imaginar que los alemanes considerarían a las mujeres, los niños y los ancianos de su comunidad responsables de la voladura del Hotel Continental. Como tantísimos judíos en la Europa bajo ocupación alemana, dieron por sentado que los invasores no desaprovecharían la oportunidad de utilizar sus habilidades y mano de obra durante la guerra. Es imposible caminar junto a los judíos de Kiev e imaginar el miedo, el ruido y la inquietud por los niños y los padres que se tambaleaban mientras los soldados los empujaban a lo largo de las calles e, independientemente de su edad o sexo, les ordenaban desnudarse y les obligaban a correr hasta el borde del barranco. Dado que los perpetradores mataron a toda una comunidad, las víctimas no pueden hablar por sí mismas; sus historias se dispersaron, sus memorias fueron aplastadas. Babi Yar continúa siendo un barranco.

Los historiadores con frecuencia se preguntan acerca de la compostura de las víctimas judías en el momento de enfrentarse a la muerte. En los juicios celebrados en las décadas de 1950 y 1960, los fusileros alemanes mencionaron la pasividad o la dignidad de las víctimas, como si el comportamiento de los débiles pudiera aliviar la culpa de los fuertes. Sin embargo, testigos como Kazimierz Sakowicz, en Ponary, Lituania, dejaron tras de sí un testimonio diferente. Sakowicz vivía en una casa en el campo situada a unos pocos centenares de metros del escenario de una masacre. En los fragmentos de diario que escondió en botellas de limonada que enterró en el campo antes de morir él mismo en 1944, Sakowicz registró las palabras de los inocentes que exclamaban «¿Qué estáis haciendo?» o «¡Yo no soy comunista!». Oyó a los judíos gritar a los guardias alemanes, vio a algunos escupir a los soldados y fue testigo de cómo alguien «clavó un cuchillo en la cabeza de un alemán». Desde su ventana, Skowicz pudo ver que muchos judíos intentaban escapar, y que cuando salían corriendo por los campos y los bosques, los soldados alemanes o lituanos corrían detrás de ellos hasta atraparlos.[103] Sabemos que las víctimas intentaban escapar de los trenes de deportación rompiendo los tableros clavados que los aprisionaban; y también que había quienes huían corriendo de las filas en las que se los obligaba a marchar. Además, es im-

portante entender que la mayoría de las personas no morían solas e intentaban ocultar el horror de la anticipación de la muerte a los niños de los que eran responsables.

La masacre que tuvo lugar en Kiev ejemplifica la forma de proceder rutinaria de los *Einsatzgruppen* de la SS: los carteles engañosos; el destino no revelado; las pilas diferentes para los artículos de valor y las prendas de vestir, lo que hacía más fácil recogerlos luego y donarlos a la Cruz Roja o al Bienestar Popular; la delegación de ciertas tareas a unidades auxiliares de la policía local; y la cooperación con la Wehrmacht. Resulta importante tener en cuenta el papel que desempeñó la Wehrmacht en el proceso de exterminio en Babi Yar porque después de la guerra distinguir entre los antisemitas fanáticos de la SS y los soldados y oficiales fundamentalmente honorables de la Wehrmacht se convirtió en algo común en Alemania y Estados Unidos, una distinción que es insostenible y que obliga a plantear la cuestión de hasta qué punto un ejército de dieciocho millones de hombres y, con él, la sociedad alemana en general compartían los objetivos ideológicos del nacionalsocialismo. Sabemos que la Wehrmacht hizo mucho más que imprimir carteles o vigilar las rutas que, a través de los bosques, conducían a los lugares elegidos para la matanza. Durante la guerra, el diario de Richard Heydenreich, un soldado raso de la Wehrmacht, cayó en manos de los soviéticos, que ya en 1943 publicaron algunos extractos de él en los que se detallaba la participación del ejército alemán en el asesinato de civiles judíos. En una fecha tan temprana como julio de 1941, tras la captura de Minsk, «se encomendó a nuestro batallón la misión de ... matar a todos los judíos de la ciudad».[104] Muchos regimientos tenían la orden permanente de matar a todos los judíos que encontraran en las áreas por las cuales avanzaban. Además, las divisiones de seguridad de la Wehrmacht tenían la tarea de despejar la retaguardia de guerrilleros, lo que equivalía a perseguir judíos y matarlos en el acto o entregarlos a los *Einsatzgruppen*. Como ocurrió en Serbia, donde en el verano y otoño de 1941 la Wehrmacht mató a casi todos los varones judíos adultos en represalia por los continuos ataques guerrilleros de que era objeto, se etiquetó colectivamente a los judíos como los «enemigos mortales» del ejército y el pueblo alemanes.

Muchos soldados de la Wehrmacht se sentían atraídos por las operaciones de exterminio de los *Einsatzgruppen*, en las que participaban como espectadores, incluso tomando fotografías, o como tiradores voluntarios. Para agosto de 1941, el mando del Sexto Ejército consideró necesario emitir una orden en la que se prohibía la participación de los

soldados individuales en las ejecuciones llevadas a cabo por la SS a menos que sus superiores se lo mandaran. No obstante, la puesta en escena de las operaciones de exterminio por parte de los fotógrafos aficionados, los comentarios sobre el sucio y ruinoso «paraíso de los trabajadores» consignados en las cartas familiares y el desprecio general por los soldados soviéticos «infrahumanos», al menos en los primeros meses de la confrontación, cuando millones de prisioneros débiles, desaseados y sin afeitar confirmaban los estereotipos raciales populares, no dejan duda alguna de que «el racismo era un hecho de la vida cotidiana de las tropas». En una unidad del ejército estacionada en Pinsk, una «animada discusión» acerca de los acontecimientos del día reveló que la mayoría de los soldados de la Wehrmacht aprobaban la matanza de civiles varones judíos, como la que acababa de producirse.[105]

Sería equivocado rebatir el argumento de que la Wehrmacht era un ejército «limpio», mientras que las instituciones del partido no lo eran, con la afirmación contraria de que los soldados de la Wehrmacht y la SS eran básicamente iguales o, también, con la idea de que en todas partes los soldados, independientemente de su uniforme, asumen el papel de asesinos. Jürgen Matthäus y Christopher Browning han realizado un cuidadoso estudio de la dinámica de las unidades de exterminio. Siempre había en ellas «unos cuantos asesinos entregados, de dedicación plena» así como «una provisión suficiente» de verdugos que garantizaban la realización del «trabajo», y esto «permitía que una pequeña minoría se abstuviera regularmente sin tener que afrontar consecuencias severas».[106] Richard Heydenreich se ofreció como voluntario («por supuesto») cuando su teniente de la Wehrmacht solicitó «quince hombres con nervios templados». Otros soldados disfrutaban con las cacerías de judíos que el ejército dirigía: «siempre hay algún tejemaneje salvaje aquí ... justo lo que te gusta», escribía en octubre de 1941 el oficial al mando de una compañía a su hermano en Alemania. Sin embargo, como Browning ha sostenido en su estudio clásico, *Ordinary Men*, en el caso de la mayoría de los hombres, la dinámica propia de los grupos pequeños, el deseo de no parecer cobardes y la idea de que se tenía la responsabilidad de cooperar en la realización de una labor desagradable explican mejor el comportamiento de los tiradores que el compromiso ideológico. «Participar siempre» (*immer mitmachen*) constituía la ética de la camaradería.[107]

Con todo, la muestra estudiada por Browning acaso le haya hecho subestimar la función de la ideología. Mientras los hombres de mediana edad que conformaban el Batallón de Reserva de la Policía 101 parecen

haber sido empujados de un lado a otro de la Polonia ocupada por acontecimientos que no comprendían plenamente, los *Einsatzgruppen* y los batallones auxiliares de policía que participaron en las masacres de civiles en la Unión Soviética reclutaban voluntarios más jóvenes y con mayor sensibilidad ideológica. La mayoría de estas unidades estaban dirigidas por policías profesionales ambiciosos, formados en las doctrinas raciales del nazismo, y no por comandantes flexibles como «Papá Trapp».[108] La mayoría de los miembros de los *Einsatzgruppen* compartían una visión del mundo en la que los judíos perjudicaban a Alemania y en la que los alemanes habían entrado de nuevo en la historia como guerreros superiores llamados a establecer un nuevo orden. Sin un sentido de moralidad «el exterminio masivo no podría haber sido llevado a cabo», concluye Harald Welzer.[109]

El que el pueblo alemán se identificara con el nazismo y sus metas no significa que matar fuera fácil. «Algunas veces sencillamente hay que llorar. Esto no es fácil si se es una persona a la que le encantan los niños, como me sucede a mí», se quejaba Fritz Jacob, un inspector de policía, a su superior de la SS en Hamburgo. Pero los soldados fueron endureciéndose, superaron la conmoción inicial y se adaptaron a las nuevas condiciones. Unas pocas semanas más tarde, Jacob escribía: «Agradezco su llamada de atención. Estaba usted en lo cierto. Nosotros, los hombres de la nueva Alemania, tenemos que ser duros con nosotros mismos». Por supuesto, era extraordinario «exterminar a una familia entera cuando sólo el padre es el perpetrador», vacilaba de nuevo en medio de una frase. Jacob incluso reconocía que «esto no sería posible según el curso normal de la acción de la justicia». Sin embargo, se recomponía apelando a las obligaciones que la historia había impuesto a los alemanes: «Despejaremos el camino sin remordimientos de conciencia, y después —añadía— el mundo estará en paz».[110] Los tiradores de la SS juzgados en 1958 también recordaban haber apelado a la historia para animarse unos a otros a aceptar sus obligaciones: «¡Hombre vivo! Maldita sea otra vez», es el tipo de cosa que se decían en el escenario de la matanza; «esto es lo que nuestra generación ha de soportar para que nuestros hijos tengan un mejor futuro».[111] Asumir el papel de asesinos era un conflicto constante pues las nociones morales y jurídicas «normales» continuaban estando en conflicto con la ideología nacionalsocialista.

LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS ALEMANES

La decisión de despejar de judíos los territorios ganados a la Unión Soviética mediante su exterminio con el fin de preparar la llegada de los colonos alemanes, tomada a finales de julio de 1941, no adoptó la forma de una orden global de destruir a todos los judíos europeos. No fue hasta el otoño cuando estas dos partes de la política nazi, la destrucción de la supuesta amenaza judía-bolchevique en la Unión Soviética y la «solución final» del «problema judío» en la Europa bajo ocupación alemana, se unieron para formar una única política de exterminio. Reunidos en Berlín a mediados de agosto, los principales ideólogos de Hitler confirmaron que el Führer había rechazado de nuevo cualquier propuesta de deportación de los judíos alemanes hasta que la guerra no hubiera terminado, lo que se esperaba ocurriera muy pronto. Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, tuvo la impresión de que en poco tiempo se autorizarían algunas evacuaciones, pero el mensaje general era que había que esperar hasta que terminara la guerra. Esto difícilmente suponía un respiro para los judíos; para esa fecha Hitler ya había ordenado el exterminio en masa de los judíos soviéticos en el mismo lugar al que se proponía enviar después a los judíos del resto de Europa. En una conversación que mantuvo con Goebbels el 18 de agosto de 1941, repitió las palabras de la profecía que hiciera ante el Reichstag al vaticinar la «aniquilación» de los judíos en caso de una guerra mundial. «Eso se está haciendo realidad en estas semanas y meses», resumió Goebbels. Hitler y Goebbels empezaron a dejar que los acontecimientos que tenían lugar en la Unión Soviética forjaran su idea de lo que había de hacerse con los judíos en general: «En el Este los judíos están pagando el precio, en Alemania lo han pagado ya en parte y tendrán que pagar todavía más en el futuro», explicó Goebbels.[112] Sin embargo, un mes más tarde, Hitler ordenó la evacuación inmediata de sesenta mil judíos desde Alemania, Austria y el protectorado de Bohemia y Moravia. El 18 de septiembre de 1941, los archivos nos muestran a Himmler ocupadísimo, dedicado a poner en marcha el proceso de deportación antes del fin de la guerra. ¿Qué había cambiado?

Hay dos explicaciones posibles. Una hace hincapié en el reconocimiento de las nuevas circunstancias. En agosto era cada vez más claro que la guerra estaba infligiendo a Alemania un número de bajas muy elevado y que no sería posible ganarla en 1941. Más aún, con el compromiso de buscar «la destrucción final de la tiranía nazi» alcanzado el 14 de agosto de 1941 por estadounidenses y británicos en la Carta del Atlánti-

co, los dirigentes alemanes aceptaron el hecho de que Estados Unidos entraría en la guerra de una forma u otra, lo que, en opinión de Hitler, revelaba el poder internacional del capital judío para controlar los acontecimientos: polarizado de esta forma, el mundo se había convertido en el escenario de una lucha total por la supervivencia entre los judíos y los arios, todo lo cual confirmaba su profecía de enero de 1939 ante el Reichstag. De acuerdo con la lógica del antisemitismo nazi, los judíos habían de hecho logrado instigar una nueva guerra mundial y, por consiguiente, cada judío europeo era más peligroso que nunca, razón por la cual dar a los judíos alemanes la oportunidad de emigrar, como todavía era teóricamente posible, o permitir que una minoría endurecida sobreviviera a los rigores de los campos de trabajo era contraproducente. Desde este punto de vista, los sucesos de las últimas semanas de agosto y primeras de septiembre sirvieron para fortalecer la idea de que era necesario asestar un golpe preventivo contra los judíos alemanes y europeos. Ello hizo que los nazis estuvieran más dispuestos a comenzar un engorroso proceso de deportación en dos etapas, y enviar a los judíos a «los territorios orientales» en el otoño de 1941 antes de deportarlos «todavía más al Este» en la primavera del año siguiente.[113]

Por otro lado, el momento en que se redactaron las órdenes de deportación en septiembre es coherente con el argumento de que «un segundo nivel máximo de euforia» animó a Hitler a proceder con las deportaciones, del mismo modo en que el primer nivel máximo, en julio, se había traducido en una escalada de las operaciones de la SS en la Unión Soviética. En contraste con la atmósfera de cautela de agosto, a mediados de septiembre, después de la captura de Kiev, los alemanes parecían estar al borde de la victoria.[114] Sin embargo, es posible que el hecho de que Hitler y Himmler hubieran ligado estrechamente la fundación de colonias alemanas al asesinato en masa de los civiles judíos sea más importante que las variaciones de estado anímico de un mes a otro, siempre difíciles de medir. La imagen utópica de un «jardín del Edén» excluía las estructuras improvisadas del Gobierno General, con sus reservas de mano de obra y sus guetos. Como consecuencia de ello, la ofensiva contra los judíos escaló con rapidez después de junio de 1941. Los *Einsatzgruppen* concentraron sus actividades casi por completo en el exterminio de los judíos; la SS amplió la definición de saqueador y guerrillero para abarcar a todos los varones judíos y, finalmente, convirtió en blanco de sus acciones a comunidades judías enteras. Con el paso de cada semana, la guerra contra los judíos estaba más cerca de hacer realidad la profecía de Hitler.

En este contexto, posponer la «solución final» hasta que hubiera acabado la guerra pronto resultó innecesario. Tanto el número creciente de judíos muertos, en agosto y septiembre de 1941, como la comprensión de que la guerra no habría concluido para final de ese año, en octubre y noviembre, se combinaron para promover más y más la implementación de la política antisemita «durante» el conflicto y, llegado el momento, en el presente. Esta aceleración hizo que la solución genocida pareciera mucho más viable que la solución territorial.

Desde septiembre de 1941 en adelante, los acontecimientos se sucedieron con rapidez. A finales del verano de ese año es posible observar una radicalización fundamental de la guerra de Alemania contra los judíos, y ello a pesar de que la decisión de capturar y exterminar de inmediato a todos los judíos de Europa todavía no se había tomado. El 17 de septiembre, Hitler consultó con Ribbentrop y luego con Himmler y muy probablemente tomo la decisión de empezar lo que apenas un mes antes había pospuesto: la deportación de los judíos alemanes. El 18 de septiembre, Himmler informó a Arthur Greiser, Gauleiter del Warthegau, que «el Führer desea que el Antiguo Reich y el Protectorado se vacíen y liberen de judíos de oeste a este tan rápido como sea posible». Originalmente Himmler pretendía empezar con el reasentamiento de sesenta mil judíos alemanes en el gueto de Lodz, pero ante la oposición de los funcionarios locales, a los que sermoneó apelando al «interés del Reich» y «la voluntad del Führer», optó por reducir la cantidad de personas que se enviarían al gueto a veinte mil judíos y cinco mil gitanos y organizó planes alternativos para enviar a veinticinco mil judíos a Minsk, en Bielorrusia, veinte mil a Riga, en Letonia, y cinco mil a Kovno, en Lituania.[115] Dado que las autoridades locales de los nuevos destinos de los deportados recibieron con sorpresa las órdenes y no tuvieron tiempo suficiente para preparar la llegada de tantísimos judíos, resulta claro que el desarrollo de los acontecimientos estaba siendo dirigido desde el centro. Las autoridades del Reich también promulgaron leyes complementarias que legalizaban la incautación de las propiedades abandonadas y, finalmente, en octubre de 1941, prohibieron la emigración de los judíos alemanes: las puertas se habían cerrado, los procedimientos se aclararon. «Los judíos deben marcharse, los judíos no quieren marcharse», había descrito la situación antes de 1938; en 1941 las circunstancias habían cambiado: «no se permite a los judíos marcharse, los judíos quieren marcharse».[116]

Con la decisión de matar a los judíos soviéticos y deportar a los judíos alemanes, los nazis reajustaron las coordenadas espaciales y temporales

de la «solución final» de manera que gradualmente pasó de ser un suceso que tendría lugar «allá» en el futuro cercano a ser una realidad «aquí y ahora». Desde 1939, cada «solución final» que los nazis habían concebido, desde la creación de una reserva judía cerca de Lublin hasta el asentamiento de una colonia judía en Madagascar y, después, las expulsiones al «lejano Este» en la Unión Soviética, se basaban en conseguir la ausencia de judíos. Mientras el objetivo general de alcanzar la «ausencia» de judíos continuara vigente, el abandono de una solución territorial «allá» implicaba la adopción de una solución genocida «aquí». El otoño de 1941 marca el momento en el que la meta de librar a Europa de judíos se convierte en un plan para librarse de los judíos europeos. Este cambio no se produjo de forma repentina. Es improbable que la orden de septiembre sobre la deportación de los judíos alemanes, cuya implementación comenzó a mediados de octubre de 1941, estuviera acompañada por una decisión explícita de destruir físicamente a todos los judíos de Europa. Aunque los judíos alemanes enviados a Kovno fueron asesinados una vez llegaron allí, esto no fue lo que ocurrió con la mayoría de los deportados, que tuvieron que vivir en unas condiciones terribles en guetos cuyos habitantes originales, según se enteraron con horror, habían sido eliminados para dejar espacio a los nuevos ocupantes: once mil quinientos en Minsk el 7 de noviembre; veinticinco mil en Riga en dos operaciones separadas, el 30 de noviembre y el 8 de diciembre de 1941.[117] En esa época, tanto la Oficina Central de Seguridad del Reich como las autoridades locales seguían distinguiendo entre los judíos alemanes y los judíos del Este. Para el año nuevo, la SS había completado en gran medida la primera oleada de deportaciones; cincuenta y tres mil judíos alemanes y austríacos habían sido expulsados de sus hogares y trasladados al otro lado del imperio alemán para afrontar un destino incierto y macabro.

El proceso de cambiar el «allá» en el futuro cercano por el «aquí y ahora» trajo consigo una multitud de problemas nuevos. Tan pronto como se dio comienzo a las deportaciones, los funcionarios del partido y el gobierno recibieron una avalancha de peticiones en las que se recurrían expulsiones particulares y se presentaban quejas por la inclusión arbitraria en los transportes de judíos mixtos, parejas arias de judíos deportados, veteranos de guerra condecorados y otros judíos importantes. Éstos eran los judíos de «primera clase», la excepción a la regla, a los que incluso los partidarios del régimen nazi intentaban salvar, algo que en octubre Himmler recordó con desprecio a los dirigentes del partido y la SS en sus infaustos discursos de Posen de octubre de 1943. Las peticiones pronto

se convirtieron en un enorme dolor de cabeza para los dirigentes del partido pues amenazaban con abrir la política antisemita a un escrutinio semipúblico y obligar a que se negociara cada caso de forma individual. Fueron probablemente estas preocupaciones las que, el 30 de noviembre de 1941, llevaron a Himmler a ordenar a las autoridades locales en Riga la retención de un millar de judíos procedentes de Berlín. La orden, sin embargo, llegaba demasiado tarde: los judíos ya habían sido ejecutados. La nota que el dirigente nazi apuntó después de una conversación telefónica con Heydrich, «Transporte judíos procedente de Berlín: no liquidar», sugiere cuán rutinaria se había vuelto la posibilidad del exterminio masivo para los planificadores de la Oficina Central de Seguridad del Reich. Además, las diferentes respuestas de las autoridades de la SS en Lodz, Kovno y Riga, así como las inquietudes planteadas por la Wehrmacht después de la masacre de Riga, evidenciaban la necesidad de, como sostiene Browning, «acostumbrar a la burocracia alemana a la idea de asesinatos masivos sistemáticos».[118] El principal objetivo de la Conferencia de Wannsee, programada inicialmente para el 9 de diciembre de 1941 pero pospuesta un día antes, el 8 de diciembre, tras el ataque de Japón contra Estados Unidos, para el 20 de enero de 1942, era informar de que la SS, bajo la dirección de Reinhard Heydrich y Heinrich Himmler, pretendía organizar deportaciones a escala europea. La reunión resolvió la definición de judío que se utilizaría para determinar quiénes serían deportados y abordó en líneas generales el uso de trabajo esclavo en el Este. La preocupación por el surgimiento de una casta de superjudíos, «los más resistentes», capaces de sobrevivir de algún modo al encierro en los campos de trabajo o la deportación al otro lado de los Urales, constituye un indicio de que la solución territorial estaba dando paso a una genocida; pero para la época de la Conferencia de Wannsee este cambio no se había completado todavía.[119]

Al mismo tiempo, en noviembre de 1941, Heydrich autorizó el uso de la fortaleza amurallada de Theresienstadt, en el protectorado de Bohemia y Moravia, como campo de concentración para los judíos alemanes ancianos, veteranos de guerra inválidos o condecorados y «casos dudosos». Una vez pudieron apuntar a Theresiendstadt, las autoridades alemanas tuvieron una respuesta aceptable a las incontables preguntas que recibían acerca de si «un judío de ochenta y siete años tiene que ser deportado, o si no podría dejarse solo a algún otro octogenario». Esto permitió a los nazis «salvar las apariencias ante el mundo exterior», concedió Adolf Eichmann.[120] Más tarde la Oficina Central de Seguridad del

Reich pudo enviar a los residentes de Theresiendstadt a los campos de exterminio sin provocar un escándalo entre la opinión pública. Las deportaciones con destino a Auschwitz empezaron en enero de 1943; el último transporte dejó Theresiendstadt el 30 de octubre de 1944. «Los transportes llegaban, los transportes partían, las camas se vaciaban y volvían a llenarse», recordaba Ruth Kluger, que pasó por el campo en 1942-1943. Por tanto, Theresiendstadt no era en absoluto un *Endlager*, sino «el establo que proveía al matadero».[121]

El cambio de tono general en el otoño de 1941 es inconfundible. La campaña rusa había costado la vida a cien mil soldados alemanes, y Estados Unidos había anunciado con claridad su intención de entrar en la guerra. En este contexto, Hitler volvió en repetidas ocasiones a su profecía de 1939 ante el Reichstag para acercarla más y más al presente: «nos estamos librando por completo de los destructivos judíos —aseguró a sus cómplices el 17 de octubre de 1941—; me ocupo de estos asuntos con frialdad. Me siento el único albacea de la voluntad de la historia». El gran propósito histórico que justificaba las decisiones y soluciones finales reaparecería de nuevo una semana más tarde, el 25 de octubre, en una conversación de Hitler con Heydrich y Himmler, en la que sostuvo que los alemanes estaban «escribiendo la historia de nuevo, desde la perspectiva racial».[122]

Hitler empleó el mismo vocabulario apocalíptico en su reunión con los Gauleiter nazis el 12 de diciembre de 1941, un día después de que hubiera declarado la guerra contra Estados Unidos. Es probable que fuera en esta reunión cuando el líder nazi confirmó su intención de deportar y matar a todos los judíos de Alemania y el resto de Europa. No existe una transcripción de las palabras de Hitler, pero los testimonios dejados por Goebbels y Frank coinciden en los puntos clave.

«Con relación a la cuestión judía —escribió Goebbels al día siguiente— el Führer está decidido a realizar una limpieza total. Había anunciado a los judíos que si de nuevo causaban una guerra mundial, el resultado sería su propia destrucción. No se trataba de una figura retórica. La guerra mundial ha llegado; la destrucción de los judíos debe ser la consecuencia inevitable. Esta cuestión ha de ser considerada sin sentimentalismos.» Unos pocos días después de la reunión del 12 de diciembre, Hans Frank regresó al Gobierno General e informó a sus asociados en Cracovia que «debemos poner fin a los judíos, eso es algo que quiero decir abiertamente». De nuevo, Frank se hizo eco de la insistencia de Hitler en que «sólo debemos tener compasión por el pueblo alemán», pues «hemos sacrifi-

cado nuestra mejor sangre» por el futuro de Europa. Nada de esto sería fácil, recordó Frank a sus subordinados: «En Berlín se nos dijo: ¿por qué todo este lio?; nosotros no podemos usarlos ... ¡liquidadlos vosotros mismos!». El gobernador general acompañó este reconocimiento de una exhortación: «Caballeros, debo pediros que os arméis contra cualquier pensamiento compasivo»; sus hombres tenían que fortalecer su determinación de «destruir a los judíos, dondequiera que los encontremos y siempre que sea posible, con el fin de preservar la estructura íntegra del Reich».[123] Ésta es la prueba de que la orden de Hitler era matar a los judíos.

Los encargados de planear el exterminio masivo se refirieron en repetidas ocasiones a la necesidad de ser francos e inflexibles: una vez tomada la decisión de deportar a los judíos, los miembros del partido tenían que tener nervios de acero. Después de semanas de titubeos, en las que los dirigentes de la SS y el Partido Nazi habían tenido que responder a las preguntas de la Wehrmacht y los recursos en nombre de judíos individuales, Hitler había establecido como meta del partido el exterminio de los judíos. Al hablar de «limpieza total», de «frialdad», de economía severa de los sentimientos y la compasión, apelaba a la ética del trabajo de los revolucionarios políticos.

La lucha de los nacionalsocialistas con la compasión es un recordatorio importante de con cuánta seriedad los dirigentes del partido previeron las dificultades que tendrían los alemanes normales y corrientes e, incluso, los partidarios incondicionales del nazismo para aceptar la deportación de los judíos. Aun en los niveles más altos de la jerarquía, los nazis tuvieron que realizar esfuerzos para defender la rectitud moral de su actividad asesina y erradicar cualquier escrúpulo o reserva que pudieran albergar. Esta labor de fortalecimiento requirió de una campaña de difamación que demonizaba a los judíos como enemigos de Alemania y, en consecuencia, los amenazaba con el «exterminio», pero que ocultaba los pormenores específicos de su deportación al Este y su destino allí.

La estridencia de la propaganda antisemita aumentó con la introducción de la estrella judía en septiembre de 1941. La intención de Goebbels era poner al enemigo señalado enfrente de los alemanes, que habían visto afectadas sus vidas de forma más directa tras la ampliación de la guerra contra la Unión Soviética. Obligada a trabajar en una fábrica de Berlín, Elisabeth Freund dio cuenta del material que «una horrible oleada de propaganda antisemita» había dejado tras de sí: «A lo largo de la Kurfürstendamm prácticamente todas las tiendas tenían carteles de "No se admiten judíos" o "No se atiende a judíos". Si caminas por la calle

ves "judío", "judío", "judío" en cada casa, en cada cristal, en cada negocio. Es difícil explicar por qué los nazis, esos devoradores de judíos, quieren pegar esta palabra por toda la ciudad». El discurso nazi se difundió por los edificios y en los buzones de correo: «Por la mañana, temprano, había folletos en el hueco de la escalera que abiertamente pedían un pogromo. ¡Las noticias que informan de que un soldado ha caído en combate acusan a los judíos de su muerte!». Según Howard K. Smith, «el folleto era negro azabache y tenía en la cubierta una brillante estrella amarilla bajo la cual estaban las palabras: "¡Camaradas raciales! ¡Cuando veis este emblema, veis a tu enemigo mortal!"».[124] «No hay diferencia entre un judío y otro», recordaba Goebbels en un artículo feroz publicado en noviembre en *Das Reich*: «los judíos son culpables».[125] Y, prometía, los judíos pagarían por la muerte de cada alemán. El artículo no mencionaba las deportaciones, pero las declaraciones del partido no ocultaban que el régimen se proponía atacar a los judíos en tanto enemigo colectivo del pueblo alemán.

Goebbels no estaba seguro de si la introducción de la estrella judía beneficiaba al régimen. Reconocía que los intelectuales berlineses no habían aprendido a juzgar desde un punto de vista racial, y criticaba «el sentimentalismo y la piedad falsos».[126] Los activistas nazis habían estado tratando de erradicar esta idea de decencia normal, mínima, prácticamente desde 1933. La mayoría de los alemanes reconocían que había un «problema judío», pero al mismo tiempo les resultaba difícil culpar de la situación a sus vecinos empobrecidos y perseguidos. Los dirigentes del partido locales reconocieron esta dificultad al recordar a los miembros del partido de sus deberes como camaradas raciales y ofrecerles consejos para acallar los sentimientos de compasión: «Un medio efectivo para mantener a raya la falsa piedad y los falsos sentimientos de humanidad es el hábito que tengo desde hace mucho tiempo de ni siquiera ver al judío, de ver a través de él como si estuviera hecho de vidrio o, mejor, como si fuera aire», escribió un atento miembro del partido a su periódico de Stuttgart.[127]

Si una persona se negaba a ver, otra miraba para otro lado y una tercera veía sólo lo que quería ver. El 25 de septiembre de 1941, Paulheinz Wantzen, el director de un periódico de Múnich, se topó por primera vez con un judío marcado con la estrella amarilla: «El hombre la llevaba puesta en el costado izquierdo de su abrigo; permanecía cerca del lado de las casas con gran timidez». En esta descripción se atisba todavía un destello de compasión, sin embargo, pronto los judíos empezaron a parecerle

a Wantzen cómplices de su propio destino. En Berlín, observó, los judíos «siguen yendo extraordinariamente bien vestidos» y no daban la impresión de «andar por ahí muertos de miedo». Una vez que Wantzen decidió que había judíos que llevaban la estrella amarilla de forma «muy despreocupada, casi ostentosa», consiguió purgarse de toda compasión. Los «caballeros» podían tener comentarios negativos que hacer acerca de las vulgares políticas de los nazis, pero la «voz del pueblo» les seguía la corriente. «Se dice», continuaba Wantzen recogiendo los chismes que se contaban en la calle, que «los judíos tienen ahora predilección por llevar sus maletines o bolsos bajo el brazo izquierdo para poder ocultar la estrella tanto como sea posible». Y «además», añadía Ursel, una joven que escribe desde Berlín a su esposo en el frente oriental, «se dice que los alemanes en Estados Unidos tienen que llevar una esvástica en el pecho y la espalda». (Lo del pecho y la espalda era cierto, pero no acerca de los alemanes en Estados Unidos, sino de los judíos en el gueto de Lodz y en el resto del Warthegau anexionado, un indicio de lo enrevesada que era la transmisión de la información política en la Alemania nazi.[128]) De los judíos obviamente se hablaba en la forma difusa pero revestida de autoridad en que los extranjeros salían a colación en las conversaciones de la comunidad del pueblo, pero éstas con rapidez volvían a los propios alemanes, a la carga que habían sido obligados a soportar y al curso de la guerra en general.

Goebbels intentó organizar a escala internacional el mismo juicio que, a pequeña escala, pretendía que se escenificara cada vez que un alemán se topaba con un judío en la calle. Las pruebas indican que lejos de ocultar la guerra contra los judíos, los dirigentes alemanes intentaron llevar a cabo un juicio «grande y bien organizado» de Herschel Grynszpan, que al asesinar a un funcionario de la embajada alemana en París había proporcionado a los nazis el pretexto para el pogromo de noviembre de 1938 y a quien las autoridades de Vichy habían entregado a los alemanes ilegalmente en julio en 1940. ¿Qué otra cosa diferente de la deportación de los judíos habría permitido justificar un juicio semejante? Goebbels se encargó personalmente de los preparativos a finales de enero de 1942 (después de la Conferencia de Wannsee). El hecho de que Grynszpan asegurara que tenía una relación homosexual con el diplomático asesinado le frustraba, pero por lo demás planeó un proceso que al menos en parte había de ser público, si bien indicó que Hitler tendría la última palabra al respecto. (El Führer, es evidente, seguía atento a la política antisemita.) En febrero de 1942, Wolfgang Diewerge, delegado especial de

Goebbels, regresó de París, donde había entrevistado al ex ministro de Exteriores francés Georges Bonnet, quien, según Goebbels, estuvo de acuerdo en testificar que a la luz de «el caso Grynszpan» los judíos habían presionado a los estadistas franceses para que declararan la guerra a Alemania en 1939. Al final, por supuesto, no hubo juicio, y Grynszpan murió (casi con absoluta certeza asesinado) en poder de los alemanes; sin embargo, las razones por las que se abandonó el proyecto no son claras. La incómoda cuestión de la homosexualidad probablemente era un obstáculo, y las declaraciones de Bonnet no parecían tan adecuadas. En abril de 1942 los nazis desmantelaron el escenario mundial en el que pretendían anunciar la «solución final».[129] No obstante, a pesar de que el juicio no se celebró, el fallo de Hitler sobre los judíos, su profecía de enero de 1939, se exhibió en la propaganda del partido y se difundió en declaraciones públicas. La deportación de los judíos de la Europa bajo ocupación alemana a los campos de exterminio no se produjo en silencio, sino en medio del estruendo de lo que Hitler elogió como «una eficaz propaganda antisemita».[130]

EL HOLOCAUSTO

La Alemania nazi asesinó a los judíos europeos con el fin de hacer realidad su proyecto utópico de reorganizar el continente de acuerdo con criterios raciales. Los nazis no consideraban sencillamente que los judíos fuera diferentes o inferiores desde un punto de vista racial, sino que les temían como un factor de descomposición social que amenazaba la salud moral, política y económica de la nación y su imperio. Según los nazis, no se debía permitir que los judíos comprometieran la capacidad de Alemania para pelear la guerra, que era lo que supuestamente había ocurrido en 1914-1918. Asimismo, se consideraba que los judíos eran la principal base en la que se apoyaba el bolchevismo y, al mismo tiempo, el capitalismo financiero internacional, una posición contradictoria cuya falta de lógica no impedía que se la sostuviera con firmeza. Esto convertía a los judíos de toda Europa en nada más y nada menos que en combatientes enemigos que era necesario capturar y eliminar. Es importante entender que Hitler realmente creía que los judíos, tanto en Alemania como en el resto de Europa, constituían un peligro directo para el nuevo Reich. Sin «el exterminio del pueblo judío», reconoció Himmler en 1943, «probablemente nos encontraríamos donde estábamos en 1916-1917».[131]

Mientras Alemania empezaba a perder la guerra, los nazis ampliaban sin descanso su alcance asesino y difundían el conocimiento de la matanza de judíos de manera que los alemanes y sus aliados comprendieran que habían quemado las naves. En otras palabras, la propaganda nazi redefinió el crimen en términos morales convencionales y sugirió a los perpetradores cómo les veían los Aliados con el fin de alimentar su determinación de pelear hasta el amargo final. En consecuencia, en la primavera de 1944 los nazis no escatimaron esfuerzos para matar a cientos de miles de judíos húngaros que hasta entonces habían sobrevivido a la guerra. A lo largo del desarrollo de la confrontación, el exterminio de los judíos se convirtió en una medida cada vez más desesperada en la que la «solución final» no seguiría a la victoria final, sino en la que la victoria final dependía de la «solución final». En el verano de 1941, fue la megalomanía del imperialismo nazi lo que animó a Hitler y Himmler a abandonar la idea de que la «solución final» tenía que esperar hasta que acabara la guerra e implementarla de inmediato en la Unión Soviética. Poco después de eso, la comprensión de que la guerra no habría terminado para «la próxima primavera» y de que las autoridades alemanas no serían capaces de deportar a los judíos a los que se había empobrecido y encerrado en guetos obligó a los planificadores nazis a contemplar el exterminio de los judíos bajo su control. Cuando la guerra entró en su tercer año y se amplió para convertirse en un conflicto mundial, los nazis se convencieron de que la destrucción inmediata de los judíos europeos era necesaria para que Alemania pudiera emerger victoriosa de la confrontación. Y, finalmente, en 1943 y 1944 la «solución final» pasó a considerarse la única forma en que Alemania podía conservar una posición de fuerza que estaba desmoronándose. La lógica del antisemitismo nazi llevó a los dirigentes alemanes a una posición ultrarrevolucionaria «de la cual no hay escapatoria».[132]

Una vez que la Alemania nazi consiguió sobrevivir a la crisis militar del invierno de 1941-1942 y retomó las operaciones de avance contra la Unión Soviética en la primavera, las deportaciones de judíos se reanudaron. Los administradores de la SS empezaron ahora a deportar a judíos alemanes a los guetos de Izbica, Piaski y Zamosc en los alrededores de Lublin, si bien cuando los trenes se detenían en esta ciudad se seleccionaba a un reducido número de hombres para enviarles al campo de trabajo de Majdanek. El Gobierno General se había reinsertado en el proceso porque los campos de exterminio de Belzec y Sobibor se habían construido como garantía de que, al final, sería un territorio «libre de judíos», no un vertedero. Los nazis empezaron a despejar decenas de gue-

tos en el Gobierno General con una brutalidad aterradora, incluso mientras añadían más deportados. En marzo y abril de 1942 transportaron a treinta mil judíos del gueto de Lublin a las cámaras de gas de Belzec. Al mismo tiempo, en la primavera y verano de 1942, deportaron a setenta mil judíos del gueto de Lodz a Chelmno, una cabeza de línea a unos cincuenta kilómetros de distancia, donde se los asesinó utilizando las tristemente célebres «camionetas de gas». En el primer intento general de deportación de judíos extranjeros, los nazis empezaron a transportar a miles de judíos eslovacos a Lublin. En un momento en que las autoridades todavía estaban resolviendo los problemas de capacidad ferroviaria y decidiendo el proceso de selección en los campos de exterminio, el desalojo y repoblación periódicos de los guetos era un procedimiento operativo estándar. Sin embargo, muy pronto, menos de cuatro semanas después del comienzo de la nueva oleada de deportaciones, en algún momento de abril de 1942, Hitler parece haber tomado la decisión de enviar los transportes directamente a los campos de exterminio de Belzec y Sobibor y, más tarde, Treblinka o a las instalaciones que para este fin había en Auschwitz (en el Wartheland). A finales de julio de 1943, los agradecidos funcionarios de la SS felicitaron a los de los ferrocarriles por haber desenredado los nudos ferroviarios del Gobierno General y hacer posible que trenes con cinco mil «representantes del pueblo elegido» llegaran a Treblinka cada día.[133]

Con la decisión de detener a los judíos de toda Europa para matarlos de inmediato (salvo a la pequeña fracción de «judíos de trabajo»), «la solución final, tal y como la entendemos en la actualidad, se había puesto en marcha». La «maquinaría asesina estaba desconectada del esquema "evacuación-reasentamiento-trabajo forzoso"», el cual sobrevivió sólo como un vocabulario de camuflaje y engaño. A lo largo de 1942 la meta genocida básica de la «solución final» se hizo más clara, pero también más insondable, en especial para las víctimas, que eran incapaces de creer que detrás de las políticas nazis no hubiera ninguna lógica utilitaria o económica y que nada limitaba su intención «política» de encontrar y asesinar a todos los judíos de los territorios bajo su control, hombres, mujeres y niños. Las víctimas llegaban a Auschwitz esperando lo peor, pero «no lo impensable», escribió Charlotte Delbo, una prisionera no judía.[134]

Para la época en que un tren cargado de judíos eslovacos llegó al complejo de Birkenau en Auschwitz el 4 de julio de 1942, el campo había refinado el proceso de exterminio. Al lado de los ferrocarriles, oficiales de la SS dividían a los recién llegados, elegían a pequeños grupos de

«judíos de trabajo», a los que se registraba como prisioneros, se les tatuaba un número en su antebrazo izquierdo y, durante unos pocos meses antes de morir en circunstancias que los nazis denominaban «destrucción mediante el trabajo», se los obligaba a trabajar en condiciones miserables en las fábricas que las compañías alemanas había establecido en Auschwitz. Durante la guerra Auschwitz se convirtió en una gigantesca obra, una localidad en auge en la que trabajaban decenas de miles de trabajadores extranjeros así como prisioneros judíos. Sin embargo, a la mayoría de los judíos que llegaban a Birkenau no se los seleccionaba para ser trabajadores. Y tampoco se los registraba. Viejos o demasiado jóvenes en una proporción abrumadora, y muchos de ellos mujeres, las cuales constituían el 60 por 100 de las víctimas de los campos de exterminio, llegaban al campo para ser eliminados. Mediante ensayo y error, el personal de la SS diseñó todo el proceso: el disfrazar la operación con instrucciones sobre duchas; el robo de las últimas prendas y pertenencias personales de los judíos, y su clasificación y almacenamiento posterior; el envío de las víctimas desnudas a la muerte en la cámara de gas; y la recuperación de los cadáveres y su incineración en fosos de fuego. Los crematorios especialmente construidos para este fin se instalarían más tarde. El 17 de julio de 1942, casi exactamente once meses después de haber observado a los tiradores de la SS en Minsk, Himmler visitó Auschwitz. Inspeccionó las distintas etapas del proceso, desde la llegada de dos mil judíos procedentes de Holanda (se trataba del primer transporte de judíos de ese país, a los que se había reunido inicialmente en Ámsterdam y luego deportado desde el campo de tránsito de Westerbork dos días antes) hasta la selección en la rampa de 1.531 trabajadores (una proporción inusualmente alta) y, finalmente, el asesinato de los 449 judíos restantes en la cámara de gas del Búnker 2 y la incineración de los cadáveres. Después de ver la operación, Himmler ordenó el «reasentamiento» de más de un millón de judíos del Gobierno General para finales de 1942. Esa misma noche la SS, con la ayuda de la policía parisina, completó una serie de redadas en las que se capturó a 12.884 judíos; dos días después partía del campo de detención organizado en el velódromo de Drancy el primero de los diez transportes que llevarían a los judíos franceses a Auschwitz, un viaje arduo y aterrador de más de tres días de duración.[135] El exterminio nazi de los judíos europeos había cambiado de marcha y ahora avanzaba a toda velocidad.

Himmler se aseguró de que los alemanes étnicos recibieran las ropas robadas a los judíos asesinados. Para la navidad de 1942, dispuso, debía

equiparse a cada alemán «con un vestido o traje, un abrigo y un sombrero y, hasta donde lo permitan las existencias, tres camisas y ropa interior adecuada». Después de que se tendieran líneas férreas directamente hasta el campo, se ampliaran las cámaras de gas y se construyeran los crematorios, el complejo de Auschwitz-Birkenau tenía capacidad suficiente para matar a diez mil personas diariamente, con lo que se acumuló en el campo una cantidad ingente de prendas y otros bienes pertenecientes a las víctimas. En los almacenes, a los que los internos llamaban «Canadá» por las riquezas que supuestamente contenían, «los liberadores encontraron cerca de trescientos setenta mil trajes de hombre, ochocientos treinta y siete mil abrigos y vestidos de mujer, cantidades enormes de ropa infantil, unos cuarenta y cuatro mil pares de zapatos, catorce mil tapetes, además de prótesis, cepillos de dientes» y otras pertenencias de las familias que habían sido asesinadas en el complejo. En determinado momento, las autoridades alemanas se llevaron los cochecitos para bebé que se habían confiscado; según un testigo, «una columna, de cinco coches de lado, tardó más de una hora en pasar».[136]

Auschwitz no era el único campo de exterminio con que contaban los nazis. La mayoría de los judíos polacos fueron asesinados en Sobibor, Belzec y Treblinka, donde para finales de septiembre de 1942 se había gaseado a doscientos cincuenta mil judíos, en su mayoría provenientes del gueto de Varsovia. Aunque los alemanes desmantelaron estos campos en 1943, una vez que los guetos del Gobierno General habían quedado desalojados y se había eliminado a sus ocupantes, Auschwitz siguió funcionando hasta enero de 1945 y se cobró más víctimas que ningún otro campo: aproximadamente un millón de judíos, setenta y cuatro mil polacos no judíos, veintitrés mil gitanos, quince mil prisioneros de guerra soviéticos y veinticinco mil civiles de otro tipo. Resulta difícil comprender semejantes cifras. Y, no obstante, Auschwitz era un lugar concreto, dentro de los límites del recién anexionado Wartheland y, por tanto, dentro de las fronteras del Reich alemán. Estaba en el centro de los ambiciosos planes del régimen para industrializar y germanizar la frontera oriental. Durante la ocupación alemana, Oswiecim, una localidad a la que antes de la guerra se conocía como la pequeña «Jerusalén» (de los catorce mil habitantes que tenía en 1939, ocho mil eran judíos) y a la que las nuevas autoridades rebautizaron como Auschwitz, se convirtió en gran medida en una ciudad industrial modelo, con residencias unifamiliares y garajes y una colonia alemana cada vez más grande formada por industriales, oficinistas y oficiales de la SS con sus esposas e hijos. Surgieron

tiendas, escuelas, consultorios médicos y odontológicos para atender las necesidades de los alemanes. La población tenía un campo de fútbol y una piscina propios. Un tabernero de Wuppertal manejaba el Gasthaus Ratshof, en el mercado de Auschwitz, y la guía Baedecker recomendaba el Hotel Zator a los visitantes que fueran a pasar una noche en la localidad. «Es importante mencionar —escribe Sybille Steinbacher— que Auschwitz se convirtió en una ciudad alemana precisamente en el momento en que el asesinato de judíos en el campo había pasado a ser sistemático.»[137] No hay duda alguna de que los residentes de Auschwitz sabían con exactitud qué era lo que estaba ocurriendo en el campo. Hacia el final del discurso con que dio la bienvenida a los recién llegados, el alcalde de Auschwitz sacó a colación el campo de concentración: «hacia allá, detrás de los prados», señaló. «¡Cada semana llegan más prisioneros, pero el total siempre permanece igual!», consideró necesario explicar. Y lo repitió una vez más para que todos los que le escuchaban pudieran hacer sus cálculos y entender que un número igual de prisioneros debía restarse cada semana.[138]

Cerca de la mitad de los judíos que los nazis y sus colaboradores de otros países asesinaron en los años 1939-1945 perdió la vida en 1942, el año más desastroso de la «solución final», que se implementó de forma rápida y completa en un período en el que los ejércitos alemanes continuaban manteniendo la ofensiva. Más de un millón de judíos, en su mayoría soviéticos, habían sido masacrados en 1941, y más de 2,6 millones de judíos alemanes, polacos, eslovacos, franceses, holandeses y belgas tuvieron un destino similar en 1942. «Sin duda completaremos la migración de los judíos en el lapso de un año; después no habrá más migraciones», afirmó Himmler en julio de 1942.[139]

En comparación con los años precedentes, 1943 y 1944 fueron años de operaciones de barrido caracterizados por la frustración creciente de los nazis cuando sus propios aliados dejaban de entregarles a sus judíos al advertir la nueva dirección que tomaba el conflicto, y por las deportaciones implacables que se producían cuando los ejércitos alemanes ocupaban sus antiguos estados clientes, como fue el caso de Italia en septiembre de 1943, Hungría en marzo de 1944 y Eslovaquia en agosto de 1944, o marchaban sobre áreas antes ocupadas por los italianos; así, a finales de la primavera y comienzos del verano de 1944, las tropas alemanas no escatimaron esfuerzos para buscar y encontrar a los judíos en las islas griegas de Rodas, Corfú y Creta, los territorios remotos del imperio nazi. Los levantamientos judíos en el gueto de Varsovia, en abril de 1943, y

Sobibor, en octubre de ese mismo año, así como un aumento de la actividad guerrillera en la retaguardia, hicieron que los alemanes aceleraran sus esfuerzos por llevar a término la destrucción de la judería polaca y dieran comienzo al desmantelamiento de los campos; Sobibor y Treblinka fueron cerrados en el otoño de 1943; Belzec ya había sido desmantelado a finales de 1942. Un millón y medio de judíos polacos fueron asesinados con gas en estos tres lugares en aproximadamente dieciocho meses. En los últimos dos años de la guerra, la SS también ejecutó de forma deliberada a los judíos que habían sobrevivido como trabajadores esclavos en Polonia o Ucrania. En junio de 1944, los alemanes deportaron a los últimos «judíos de trabajo» del gueto de Lodz. La última operación de envergadura en el marco de la «solución final» fue la captura de más de cuatrocientos treinta y siete mil judíos húngaros en la primavera y verano de 1944, justo por la misma época en que los Aliados desembarcaban en Normandía. Los doscientos mil judíos de Budapest se salvaron debido a la intervención tardía del gobierno húngaro, que se enfrentaba a los ataques aéreos de los Aliados, el 6 de julio de 1944. Los nazis asesinaron a tres cuartas partes de los judíos deportados desde Hungría inmediatamente después de su llegada a Auschwitz; el resto, en su mayoría adultos jóvenes, fueron utilizados como trabajadores esclavos (una línea telefónica directa conectaba el Ministerio de Guerra en Berlín con la rampa de selección de Auschwitz) y más de la mitad sobrevivieron a la guerra.[140]

En Hungría, como en otras partes, comunidades judías enteras fueron aniquiladas de un solo golpe. Los asesinos de la SS y los colaboradores locales destruyeron pueblos y barrios; acabaron con clases escolares, cohortes juveniles y familias extendidas; con equipos de fútbol, camarillas, audiencias, coros, orquestas y congregaciones religiosas; arrasaron «jardines de infancia, hospitales, prisiones» y todas las demás asociaciones fundadas en el interés y las inclinaciones personales que conforman la vida colectiva. En Europa oriental, los siete millones de hablantes de yidis que había en la década de 1920 habían quedado reducidos veinte años después a menos de setecientos mil; una lengua (y una cultura) entonces tan robusta como el checo o el griego pasó a ser más minoritaria que el estonio o el euskera.[141] Entre los supervivientes judíos en el continente difícilmente había viejos o jóvenes. En este sentido los nazis estuvieron muy cerca de alcanzar su meta exterminadora.

La «solución final» estaba casi completa antes de la derrota de Alemania en Stalingrado a finales de enero de 1943. El Holocausto no fue llevado a cabo por un ejército alemán acosado, sino por las fuerzas victo-

riosas de la SS que creían estar ejecutando la sentencia de la historia. Además, dado que la deportación de los judíos alemanes y austríacos había concluido más o menos cuando la guerra realmente golpeó el frente interno, en la primavera de 1943, las memorias de guerra alemanas se centran en los bombardeos aéreos, el éxodo de los alemanes desde el Este y la destrucción de su poderío militar, pero omiten a los judíos casi por completo. Mientras que el avance de los ejércitos alemanes en los años 1939-1942 estuvo acompañado por el extraordinario diseño biopolítico que dio lugar al reasentamiento, la deportación y el asesinato de millones de civiles, la larga retirada de los alemanes y su enfrentamiento con las fuerzas soviéticas y angloamericanas en los años 1943-1945 fue más convencional, por lo que ni siquiera los Aliados entendieron nunca la verdadera naturaleza de la guerra racial que los alemanes habían desencadenado en un principio. Durante mucho tiempo, la segunda guerra mundial terminó oscureciendo el Holocausto, que sólo en los últimos treinta años ha pasado a ser un acontecimiento central para la comprensión de la historia moderna.

Ha de quedar claro que las doctrinas de la guerra racial guiaron las políticas alemanas desde el comienzo. La Alemania nazi estaba decidida a consolidar un imperio para garantizar el poderío y la soberanía de la nación alemana. Los responsables de los crímenes cometidos en este conflicto justificaron en repetidas ocasiones la destrucción de naciones y el asesinato de civiles apelando a la libertad alemana. Proteger el cuerpo de la nación alemana de peligros exteriores, proveerlo de recursos suficientes y conquistar un imperio eran tareas primordiales. Menos de cuatro semanas después de la invasión de Polonia, Hitler, Himmler y el resto de los jerarcas nazis se propusieron hacer realidad un futuro bien definido en el que el gran Reich alemán se transformaría en un imperio continental fundado no en la administración de «tierras y pueblos» sino en la dominación implacable de «espacios y razas», como ha anotado Vegas Gabriel Liulevicius.[142] Inicialmente, los nazis dedicaron sus esfuerzos inmediatos al reasentamiento y desnacionalización de los polacos y a la colonización de los territorios recién anexionados con alemanes étnicos. Los judíos polacos siempre fueron objeto de los peores tratos y las mayores arbitrariedades, pero una política global para resolver el «problema judío» a escala europea sólo tomaría forma con la guerra en el Oeste y el Plan Madagascar en 1940. A partir de entonces la implementación de la «solución final» fue ganando importancia, al igual que los intereses vinculados a ella. Con la invasión de la Unión Soviética en ju-

nio de 1941, la destrucción de los judíos como enemigo más peligroso de la nación y mayor obstáculo para los sueños coloniales de Alemania en el Este se convirtió en una prioridad de primer nivel que consumió valiosos recursos militares y operacionales. Es imposible separar los objetivos bélicos de Alemania de las metas raciales de los nazis. Esta imbricación inextricable es lo que hace que la segunda guerra mundial sea fundamentalmente diferente de la primera y explica la terrible cifra de víctimas civiles. Casi el 60 por 100 de las bajas de la segunda guerra mundial fueron civiles; en la primera guerra mundial las bajas civiles apenas constituyeron un 5 por 100 del total. La segunda guerra mundial fue ante todo acerca de la vida y muerte de los civiles en el imperio alemán.

La destrucción de «tierras y pueblos» devastó a Europa. Los alemanes aplastaron la sociedad en Polonia, el terreno central de su experimento demográfico y racial: más de cinco millones de polacos, incluidos tres millones de judíos, perecieron a lo largo del conflicto, aproximadamente un 16 por 100 de la población del país antes de la guerra. En la segunda guerra mundial, Polonia perdió en términos proporcionales más que cualquier otra nación. Además, en la guerra murieron 12,5 millones de ciudadanos soviéticos, incluido un millón de judíos (la mitad de la población judía antes de la guerra), lo que sumado al horrible número de bajas militares equivale a un 13 por 100 de la población soviética antes del conflicto. Lituania y Letonia perdieron más del 10 por 100 de sus habitantes y casi toda su población judía. Las operaciones militares en el sureste de Europa arruinaron a Yugoslavia y Grecia. A lo largo y ancho del continente europeo, los civiles padecieron las extremas privaciones políticas y económicas consecuencia de la ocupación alemana, que se organizó de forma deliberada para explotar las naciones derrotadas con el fin de mantener el bienestar de los ciudadanos alemanes. Ninguna otra confrontación bélica había matado a tantísima gente en tan poco tiempo: entre treinta y cinco y cuarenta millones de europeos entre 1939 y 1945.

La Alemania nazi contó con colaboradores locales, con más o menos éxito según el caso. Hay una razón sencilla para ello: hasta 1943 el nuevo orden de dominio germano parecía destinado a ser permanente y el poderío alemán, invencible; el antisemitismo y las simpatías fascistas eran factores adicionales, pero básicamente secundarios. En este contexto, los nazis implementaron la «solución final» y encontraron socios suficientemente dispuestos a cooperar con ellos en el vasto esfuerzo de deportar a los judíos, en particular en 1942. Sin la colaboración de la policía y las autoridades civiles locales, que no eran cómplices ideológicos,

los nazis no habrían sido capaces de acorralar a más de cien mil judíos holandeses; más del 70 por 100 de los judíos «raciales» de Holanda, ciento siete mil de un total de ciento cuarenta mil, fueron deportados a los campos de concentración, en su mayoría a Auschwitz y Sobibor, para ser exterminados; sólo cinco mil regresaron a sus hogares después de la guerra. La policía francesa ayudó a atrapar a los judíos que residían en Francia, dos terceras partes de los cuales eran de origen extranjero, entre ellos muchos refugiados procedentes de Alemania y Austria que ya habían sufrido el ataque de los nazis; setenta y cinco mil judíos fueron capturados en Francia, deportados y asesinados. Los alemanes capturaron a una proporción menor de los judíos en Bélgica, en especial porque la policía local fue menos eficaz y obediente: en total se deportó a unos veinticinco mil judíos, en su mayoría nacidos en el extranjero, un 43 por 100 de los judíos que había en el país. Los italianos no acogieron con hospitalidad las ideas raciales de los nazis. En consecuencia, de una población total de cuarenta y tres mil judíos, la SS consiguió deportar a menos de ocho mil en 1943 y 1944, la mayoría de ellos, sin embargo, murieron en los campos. Los colaboradores locales también entregaron a los alemanes a cientos de miles de judíos húngaros; cerca de trescientos ochenta mil de ellos, la mitad de la población judía de Hungría, morirían asesinados, en su mayoría en Auschwitz en la primavera y el verano de 1944. Serán necesarias muchas décadas para que los europeos empiecen a examinar su propio papel en el Holocausto o a considerar el Holocausto como un acontecimiento central, definitorio, de la historia europea y no sólo de la historia alemana.[143]

¿Cuál fue el saldo de la «solución final» en el resto de Europa? Más de cinco sextas partes de los setenta y un mil judíos griegos fueron deportados y asesinados, una cifra que incluye a la antigua comunidad judía de Salónica. De los ochenta y dos mil judíos que vivían en Yugoslavia antes de la guerra, no sobrevivieron más de veinte mil a las masacres que llevaron a cabo, principalmente en Serbia y Croacia, las autoridades alemanas y sus cómplices croatas. Tres cuartas partes de los judíos en el protectorado alemán de Bohemia y Moravia fueron asesinados, e igual destino tuvieron dos terceras partes de los judíos de Eslovaquia; en total no menos de ciento cuarenta y cinco mil personas. De los cuarenta y nueve mil judíos deportados desde Austria, sólo sobrevivieron mil setecientos, pero dos de cada tres judíos austríacos habían abandonado el país antes de la guerra. La enorme mayoría de los judíos que todavía vivían en Alemania cuando empezaron las deportaciones en 1941 fueron asesinados, cerca de

un tercio del medio millón de judíos que vivían en el país antes de 1933. En los bordes del imperio alemán, en la isla de Rodas, en Dinamarca y Noruega, los judíos también fueron víctimas de la «solución final». Los nazis asesinaron a algo menos de seis millones de judíos en Europa entre 1939 y 1945.[144]

Los alemanes no fueron los únicos perpetradores, y las drásticas dimensiones del Holocausto con frecuencia oscurecen los asesinatos cometidos por rumanos, polacos, ucranianos y húngaros; sin embargo, es necesario tener en cuenta que el asesinato por imitación fue un fenómeno de la Europa bajo ocupación alemana y la Europa dominada por Alemania. Las circunstancias siempre empeoraban para los judíos europeos cuando los nazis aparecían. Lo que explica el alcance y la magnitud del Holocausto no es una peligrosa dinámica de guerra, colaboración y venganza, sino la decisión de los nazis de librar una guerra contra los judíos y hacer realidad un nuevo orden racial fundado en la total soberanía moral y política del pueblo alemán, un objetivo que casi habían alcanzado en el año 1942. La historia alemana invadió las historias de las naciones europeas, hizo pedazos esas sociedades en formas letales y cambió sus destinos políticos para el resto del siglo XX. En Alemania, en cambio, la «solución final» no fue una imposición de tropas extranjeras o colaboradores oportunistas o intrusos políticos y marginados sociales, sino algo que llevaron a cabo los propios alemanes, la SS, los miembros del Partido Nazi, los cuadros profesionales y con formación universitaria de las organizaciones del partido y el Estado e incontables civiles de burocracia administrativa de grandes proporciones. Los berlineses podían caminar, con tanta facilidad como lo hacen en la actualidad, por la Grosse Hamburger Strasse hasta el hogar de ancianos judío que en 1943 sirvió como punto de reunión de los judíos que iban a ser deportados. La estación del S-Bahn se llamaba entonces Börse, hoy Hackescher Markt. El capítulo final del libro explorará qué sabían los alemanes acerca de las matanzas y cómo respondieron los alemanes y los judíos al conocimiento de la catástrofe de las deportaciones y los asesinatos.

4

Conocimiento profundo

ESTACIÓN DE TREN

«De nuevo, en el tren, y las difíciles vidas de todas estas personas a mi alrededor. La pareja evacuada de Colonia con sus niños, el marido de permiso desde África esperando en el andén en Kassel. Junto a él, un soldado que ha quedado ciego y se dirige a la escuela para ciegos de Marburgo fuma con ansias el cigarrillo que su compañero le ha puesto en la boca. Después un soldado grande y gordo, en muletas, sin zapatos, sus pies envueltos en vendas, los dedos congelados amputados. A continuación, dos soldados que vienen de los alrededores de Viazma; han estado viajando durante siete días, sus hogares en Colonia han sido consumidos por las llamas, sus familias no tienen un techo sobre sus cabezas. Niños de ciudades del Oeste evacuados al campo. Miembros de las Juventudes Hitlerianas, llamados a un campo de adiestramiento militar, estudian con detenimiento en una guía el uso apropiado de las metralletas. Un oficial de la SS echa una cabezada al lado de su amadísima novia. Un ucraniano que ha estado viajando durante doce días para localizar a sus parientes en su patria pero no ha logrado llegar allí: operaciones de campo, guerra de guerrillas. Está completamente agotado, débil, tiene hambre, trabaja en una fábrica de munición.»[1]

La periodista Lisa de Boor bosquejó así apenas una escena del agitado paisaje de movilización que veía a su alrededor. Desde la posición estratégica de un tren local detenido en la ciudad de Marburgo en marzo de 1943, resultaba claro que la guerra había perseguido a la gente de un lugar a otro a lo largo y ancho del imperio. Los reclutas de las Juventudes

Hitlerianas y del Servicio de Trabajo del Reich entraban y salían de las estaciones de tren con destino a los campos de adiestramiento. Los soldados iban y venían del frente aprovechando sus licencias. Los viajes eran largos, pues Alemania se había hecho muy grande. Cuando Willy Reese regresó al frente («Lodz, Varsovia, Orsha, Smolensk») rara vez estaba sobrio: «Bebía día y noche: brandi, vodka, ginebra». En el camino, se cruzó con los trenes ambulancia que regresaban al Oeste. La guerra continuaba sin descanso y los civiles se topaban con soldados heridos cada vez con más y más frecuencia. El daño causado por la guerra apenas un mes después de la derrota de las tropas alemanas en Stalingrado también era patente en el desplazamiento de los refugiados, en este caso, las familias evacuadas de Colonia, que en mayo de 1942 se había convertido en blanco del primer bombardeo con más de mil aviones lanzado por Gran Bretaña y continuaba siendo uno de los principales objetivos de los ataques aéreos de los Aliados, y ello sin tener en cuenta que los mayores bombardeos contra las ciudades alemanas todavía no se habían producido. Mientras algunas personas luchaban por conseguir llegar a sus casas para localizar a sus familias, la organización del Partido Nazi sacó de sus hogares a miles de niños alemanes y los envió al campo para ponerlos a salvo. La enorme mayoría de los alemanes tuvieron que cambiar de lugar de residencia en algún momento de la guerra en lo que Goebbels describió como un «movimiento colosal de la población alemana».[2]

Al mismo tiempo, la Alemania nazi necesitaba cada vez más trabajadores extranjeros, el número total de los cuales ascendía a 7,6 millones hacia mediados de 1944, la mayor parte de ellos personas capturadas en Polonia y la Unión Soviética y enviadas en trenes para realizar trabajos pesados como mano de obra esclava en las plantas industriales y campos agrícolas del imperio alemán. La mayoría de estos trabajadores, que durante la guerra llegaron a conformar una cuarta parte de la mano de obra de Alemania, laboraban en condiciones terribles, a menudo bajo la vigilancia de guardias armados y teniendo como sustento raciones escasas. Su presencia inquietaba a los observadores, que no siempre advertían su cautiverio. Muchos trabajadores tenían el día libre los domingos, cuando se arremolinaban en las estaciones de tren y las tabernas. «Franceses, polacos, ucranianos, muchachas también, se amontonan enfrente de la estación central de ferrocarriles. Sucios, tiritando de frío, la mayoría sin ningún abrigo, las chicas con vestidos de verano y pañuelos en la cabeza», escribió de Boor: «Una sensación de tristeza interminable ronda a esta gente tan lejos de sus hogares».[3]

Ir y venir. En muchos sentidos, la estación de tren era la expresión del nuevo tipo de organización social constantemente en marcha que buscaban los nazis: la estación conectaba a la gente con los campos y con el frente y era el punto de llegada y de partida para miles de deportados judíos y polacos, prisioneros, trabajadores extranjeros y alemanes reasentados. Los ferrocarriles del Reich transportaron a más de tres millones de judíos hasta el lugar de su muerte. Los trenes representaban el punto de partida de lo familiar hacia lo desconocido. «Casi siempre, al comienzo de la secuencia del recuerdo, aparece el tren que ha marcado la partida hacia lo desconocido», escribió Primo Levi.[4] Los trenes y las estaciones de tren ofrecían tanto a los alemanes como a sus víctimas un vistazo aterrador a las diferentes esferas de la vida y la muerte en el Tercer Reich.

Al comienzo de la guerra, en enero de 1940, el «bardo» de la SS Hanns Johst recorrió la Bahnhof Friedrichstrasse en Berlín de camino a los puestos de avanzada del imperio alemán y describió la experiencia con versos triunfales en «Escenas de la guerra»:

Trenes llegan del frente oriental ...
Trenes ruedan hacia el Este ...
Trenes ruedan hacia el Oeste ...
Trenes llegan de Polonia ...
Sin interrupción ... día y noche ...
Un pulso acerado empuja un tren tras otro en este cobertizo atronador ...
empuja un tren tras otro al frente ...
Al frente hoy ... al frente mañana ...
Los soldados descienden ... los soldados suben ...[5]

Sin embargo, desde esa fecha, las estaciones ferroviarias habían empezado a deshacerse bajo la tensión de la guerra. Las exigencias de la movilización bélica destrozaron los horarios, de modo que los civiles tenían que esperar durante más tiempo para abordar trenes más repletos. «Tres horas de espera» en Kassel dejaron a los viajeros «embotados, grises, deprimidos». Incluso los trenes locales se llenaban hasta el último asiento; el equipaje se amontonaba en los corredores, «Los compartimentos están sucios; los cojines de los asientos, hechos jirones; las ventanas, oxidadas», resumía un visitante suizo de «la Alemania secreta», según tituló su reportaje sobre esa época. René Schindler también advirtió los incómodos encuentros que se producían en las estaciones: «es posible oír todos los dialectos alemanes, así como bastante italiano y francés, e incluso las len-

guas de los Balcanes están bien representadas». Las conversaciones entre extraños, aun en el caso de trabajadores extranjeros como el ucraniano que viajaba en el tren a Marburgo, se centraban en la guerra. «La gente termina conversando entre sí en todas partes, en las calles, en las tiendas, en la estación de tren —escribió Lisa de Boor—, hablando sobre cómo las cosas no pueden continuar "así" por más tiempo.» Sin embargo, la guerra continuó precisamente «así». «Los informes de bajas, los bombardeos, el miedo mortal, la huida de las ciudades al campo, el terror por lo que pueda pasar mañana y pasado mañana, ésos son los temas de conversación.»[6]

No obstante, en este punto, en la primavera de 1943, cada vez eran menos y menos las personas que discutían sobre los judíos alemanes, por no hablar de la posibilidad de que se toparan con ellos en las estaciones de tren. De hecho, si la guerra no hubiera ido tan mal para Alemania después de Stalingrado, las víctimas de los campos de exterminio se habrían mantenido invisibles para siempre. Sin embargo, ocurrió lo que ocurrió y las dificultades de la guerra pusieron a la vista de todos tanto a los prisioneros no judíos como a los trabajadores extranjeros obligados a trabajar para un Reich alemán que se desmoronaba. Los ataques aéreos llevaron los campos satélites de los campos de concentración principales directamente a las ciudades alemanas, donde las brigadas de prisioneros trabajaban, bajo estricta vigilancia, como cristaleros, techadores y peones en la reparación de los daños causados por las bombas. El campo de concentración de Sachsenhausen proporcionó a Düsseldorf una brigada de seiscientos trabajadores, y a Duisburgo, una de cuatrocientos; Neuengamme envió setecientos cincuenta hombres a Bremen y doscientos cincuenta a Osnabrück; mientras que Buchenwald suministró un millar de trabajadores a Colonia. Fueran prisioneros de guerra o prisioneros políticos, estos hombres trabajaban doce horas diarias, siete días a la semana, y dormían en prisiones temporales, con frecuencia organizadas en medio de barrios, a la vista de los edificios de pisos y las escuelas. Los civiles alemanes recelaban de estos presos uniformados, a los que tenían por delincuentes, y reservaban sus muestras de agradecimiento para los miembros de la SS que los vigilaban, mientras que eran los trabajadores belgas o franceses los que pasaban caramelos o cigarrillos a los prisioneros. Sólo en la ciudad de Múnich había ciento veinte campos de trabajo para prisioneros de guerra y otros 268 para trabajadores extranjeros; en Düsseldorf había un total de 155; en Berlín había por lo menos 666.[7]

Charlotte Delbo, una prisionera política francesa en Auschwitz, relató el recorrido que realizó en enero de 1944 por las estaciones de tren

de la Alemania de la guerra. Una no judía con formación científica, Delbo tuvo la fortuna de que se la trasladara de Auschwitz a Ravensbrück con el fin de trabajar en una estación de investigación agrícola. Dado que formaba parte de un grupo de apenas unas pocas docenas de prisioneros, el traslado se realizó en un tren regular bajo la custodia de guardias de la SS. En las ciudades por las que pasaron, Delbo observó brigadas de trabajadores extranjeros desplegadas alrededor de las estaciones de tren, y al aproximarse a Berlín vio la ruinas de la ciudad. «Sentimos la misma satisfacción que experimentamos en Auschwitz al ver pasar trenes ambulancia interminablemente largos, con sus techos blancos pintados con una gran cruz roja, regresando desde el Este con su carga de soldados heridos.» En la capital alemana era necesario cambiar de tren, así que los guardias de la SS los dirigieron al subterráneo, donde vieron el cartel de unos lavabos. Las mujeres pidieron permiso y entraron en ellos. Pasar de Auschwitz al servicio de damas de la Schlesischer Bahnhof era un acontecimiento completamente fuera de lo ordinario: «La encargada, una mujer vieja, nos vio entrar al palacio decorado con mosaicos y olor a desinfectante, sin que nada evidenciara que estuviera sorprendida. Como es obvio, en esa época se veían toda clase de cosas en Berlín, y el rostro curtido de la mujer no reflejaba ya ningún asombro. "¡Pobres niñas!", dijo, con una voz tan gastada como sus rasgos, y nos abrió las cabinas accionadas por monedas». En el subterráneo, sin embargo, los viajeros se mantuvieron distanciados de los prisioneros, que iban de pie vestidos con sus uniformes a rayas y sus zuecos de madera; ellos, por su parte, les susurraban a los asustados pasajeros: «Somos prisioneros políticos franceses; no somos delincuentes». Varias paradas más adelante, llegaron a lo que debía de haber sido la Bahnhof Zoo. Fuera de la estación, el grupo volvió a ver a los trabajadores extranjeros recogiendo escombros. «Resultó que eran italianos, estaban muy delgados, delgadísimos —anotó Delbo—, aunque no tan flacos como los deportados.»[8] Estos encuentros entre prisioneros de los alemanes y civiles alemanes eran una cuestión cotidiana, si bien por lo general se producían sin mucho contacto o comunicación.

Los judíos, sin embargo, habían desaparecido en gran medida, y si Alemania no hubiera perdido la guerra, nunca se los habría vuelto a ver en el Tercer Reich. A lo largo de 1942, los soldados alemanes que combatían en la Unión Soviética dejaron de mencionar a los judíos, que en su mayoría habían sido ya asesinados o habían conseguido escapar al otro lado de las líneas rusas. En las primeras fases de las deportaciones, los oficiales alemanes destinados a Polonia todavía podían oír los sonidos fa-

miliares del *schwäbisch* de Alemania meridional o una «jeta berlinesa» en los guetos, pues en un primer momento se «evacuó» a miles de judíos alemanes a Lodz o a los alrededores de Lublin sin matarles. Sin embargo, después de la primavera de 1942, cuando deportación empezó a significar exterminio, los encuentros se hicieron menos frecuentes. Con todo, aún había ocasiones en las que el personal uniformado tenía la posibilidad de hablar con judíos alemanes, pues la Oficina Central de Seguridad del Reich desplegó batallones de reserva de la policía para deportar y matar a los judíos en el Gobierno General en el verano y otoño de 1942, cuando los campos de exterminio no siempre estaban funcionado plenamente. Eso permitió, por ejemplo, que el 13 de julio de 1942, en la aldea polaca de Jozefow, un policía de Hamburgo terminara conversando con una madre y una hija oriundas de Kassel o que otro oficial escoltara a un veterano condecorado de la primera guerra mundial de Bremen al bosque antes de matarlo a tiros. En Komarowka, en septiembre de 1942, un policía que participaba en el traslado de unos judíos al «gueto de tránsito» de Miedzyrzec, un lugar que los policías llamaban *Menschenschreck*, horror humano, antes de su envío al campo de exterminio de Treblinka, incluso reconoció a la mujer que dirigía el Millertor-Kino, un cine de Hamburgo. Y hasta el final de 1942, las deportaciones de judíos desde Alemania eran sucesos visibles, públicos incluso, que suscitaban toda clase de respuesta, desde el asombro a la satisfacción. Sin embargo, hacia mediados de 1943, Alemania estaba más o menos *judenrein*. En esa época los «carteles públicos que prohibían a los judíos usar los bancos de los parques, las cabinas telefónicas, las piscinas y los restaurantes» se habían convertido en innecesarios y fueron «retirados gradualmente».[9]

En los dos últimos años de la guerra, los judíos sólo aparecían como una abstracción, una fuerza que se invocaba para explicar los feroces bombardeos a los que los Aliados sometían a las ciudades alemanas. Por tanto, los vecinos judíos desaparecieron en el momento mismo en que las dificultades y privaciones de la guerra empezaban a sentirse en el país, el momento en que las memorias de los alemanes se volvieron más densas y los civiles comenzaron a pensar en sí mismos más como víctimas que como vencedores. Para los alemanes, los horrores de la guerra no incluían el sufrimiento de los judíos. A comienzos de 1943, cuando la guerra golpeó Alemania después de Stalingrado, los judíos ya no estaban allí.

Lilli Jahn, prisionera en un campo de trabajo alemán, intentaba de forma desesperada ver a sus hijos. Un soplo de un vecino la había llevado a ser arrestada por no haberse identificado de manera apropiada en la

tarjeta de visita que había pegado en la puerta de su piso: debería haber rezado «Lilli Sara Jahn», no «Dra. med. Lilli Jahn». Tras su arresto a finales de agosto de 1943, Lilli fue encarcelada en un campo de trabajo de Breitenau, cerca de Kassel, a pesar de que para entonces ya estaba en una posición en extremo vulnerable, pues su marido se había divorciado de ella un año antes, lo que la había privado de la protección legal de que gozaban los judíos con un «matrimonio privilegiado». Sus cinco hijos quedaron entonces solos. La hija mayor, Ilse, que tenía quince años, se dedicó a trabajar para sostener el hogar y escribió a su madre con tanta frecuencia como le fue posible. Fue Ilse la que le transmitió la noticia del tremendo bombardeo aéreo que arrasó Kassel el 22 de octubre de 1943:

> Así que seguimos: Bahnhofstrasse, Kurfürstenstrasse, Ständeplatz, Hohenzollernstrasse, Kronprinzenstrasse, Motzstrasse, Mietskaserne, Luisenstrasse, Hindenburgplatz, Stadthalle, la estación de tren de Harleshäuser y de vuelta a casa. No queda ninguna tienda. Kassel sencillamente no está allí. De verdad, no estoy exagerando. También las bocacalles han quedado reducidas a pilas de escombros ... Decenas de miles de personas han muerto de forma muy, muy triste. Mamá, ni siquiera sabes dónde te encuentras en medio de tantas ruinas.

Aunque únicamente se le permitía enviar una carta al mes, Lilli Jahn consiguió enviar más a escondidas. Fue la tormenta de fuego en Kassel, la llegada de la guerra al frente interno, lo que creó la posibilidad de un encuentro entre la madre prisionera y sus hijos. Lilli lo explicó en una carta escrita el 14 de noviembre de 1943:

> Ahora prestad atención, queridos niños, pero no digáis absolutamente nada sobre esto. Desde el bombardeo no hay un vagón separado para nosotros, así que nos sentamos junto a otra gente en los compartimentos normales. Si lo hacemos bien, podemos vernos una vez ... pero tenéis que ser muy cuidadosos en los andenes de la estación para que no os delatéis vosotros ni me delatéis a mí. Una vez en el tren, podemos hablar entre nosotros.

Es improbable que este encuentro se hubiera producido alguna vez, y las cartas posteriores no lo mencionan. Lilli Jahn fue deportada de Breitenau a Auschwitz el 17 de marzo de 1944, donde murió tres meses después; tenía cuarenta y cuatro años.[10]

Lo que es extraordinario en el intercambio entre Lilli, una judía, y su hija mayor, una *Mischling*, es la radical diferencia de perspectiva. Ilse es

comunicativa, se pasea por la ciudad y, atenta, ofrece un mapa del alcance de la destrucción, simpatiza («muy, muy triste») con los alemanes víctimas del bombardeo; Lilli, en cambio, se encuentra por accidente entre los judíos alemanes, con los cuales no tenía trato, es circunspecta y hace hincapié en el peligro omnipresente que existe en los lugares públicos alemanes. Las ondas expansivas de la guerra resultan evidentes en ambos testimonios, pero el de Ilse anuncia las historias sentimentales y ensimismadas que los alemanes, convertidos en un pueblo asediado, se contarían unos a otros, algo que Lilli intenta traspasar: «Ahora prestad atención, queridos niños». Los dos flujos narrativos se estaban separando poco a poco, pero hoy no conoceríamos la angustiosa correspondencia entre Ilse y Lilli en el verano de 1943 si un guardia alemán anónimo que trabajaba en el campo no hubiera sacado a escondidas todas las cartas que los niños enviaron a Lilli antes de su deportación a Auschwitz para devolverlas a la familia, que las redescubrió en 1998. El hecho de que las cartas hubieran permanecido olvidadas durante tantísimos años constituye un ejemplo de con cuánta fuerza un conjunto de memorias traumáticas es capaz de desplazar otro y, asimismo, de cómo las narrativas particulares envuelven por completo a las personas.[11]

Al final de la guerra, la destrucción de Alemania incluso permitió que algunos pocos judíos escaparan de su cautiverio y se hicieran pasar por alemanes que habían perdido sus documentos en los bombardeos aéreos o durante su evacuación desde el Este. El día antes de que los Aliados bombardearan Dresde, el 13 de febrero de 1945, Victor Klemperer había recibido una citación para presentarse a una brigada de trabajo allí, pero después de que las bombas arrasaran la ciudad y destruyeran con ella los documentos de identificación y las cartillas de racionamiento de miles de supervivientes, pudo marcharse por decisión propia al campo, donde se registró como «"Victor Klemperer", *senz'altro*». «He comido en restaurantes, he viajado en tren y en tranvía: en el Tercer Reich, todo ello se castiga con la pena de muerte.» A finales del invierno de 1945, la llegada a Berlín de los miles de refugiados que habían huido de Alemania oriental durante la ofensiva final de los soviéticos permitió a Inge Deutschkron y su madre salir de su escondite, mezclarse entre la multitud y hacerse pasar por «arias».[12]

De forma similar, Ruth Kluger, su madre y otra acompañante más lograron escabullirse de una marcha forzada de prisioneros judíos y, poco tiempo después, integrarse en un grupo de refugiados: «La oleada de vuestros refugiados nos sobrepasó —escribió para el público alemán mu-

chos años más tarde—, y seguimos a los desposeídos, que ahogados por sus propias desgracias ya no se preguntaban llenos de sospechas de dónde venía este o ese extraño». Las marchas de la muerte ofrecieron a los alemanes una última oportunidad de dar un vistazo a los prisioneros de los campos de concentración, a los que se había obligado a viajar hasta puntos de reunión atestados hasta la desesperación en medio de Alemania, en Buchenwald y Bergen-Belsen. En determinado momento, algunas semanas antes de que la guerra terminara, Kluger fue a la localidad bávara de Sträubing para realizar algún recado y allí pudo ver a una columna de prisioneros vigilada por soldados de la SS. No está claro si éstos eran prisioneros judíos (podían haber sido judíos en tránsito de Auschwitz a Dachau) pero, anota Kluger, «yo nunca "nos" había visto desde el exterior. Lo que me separaba de ellos eran apenas unas cuantas semanas, después de haber estado juntos durante años». Kluger también pudo ver que los alemanes miraban a las víctimas, como relató en sus memorias, publicadas en 1992:

> Caminaron directamente por el medio de la ciudad, a plena luz del día, y a mi derecha y mi izquierda había lugareños que miraron para otro lado. O cerraron sus rostros para que nada pudiera penetrar en ellos. Nosotros tenemos nuestros propios problemas, por favor ahorradnos los vuestros. Esperamos en la acera hasta que el tren de «infrahumanos» hubo pasado. Unas pocas semanas después, cuando los estadounidenses ocuparon la ciudad de Sträubing, ninguno de sus habitantes había visto nada. Y en cierto sentido, nadie lo había hecho. Pues no se ve lo que no se percibe y absorbe. En ese sentido, yo era la única que los había visto.[13]

Los judíos regresaron después de que Alemania perdiera la guerra; salvo en contadas excepciones, no lo hicieron como los antiguos vecinos y deportados, sino como una parte de la historia del conflicto que, básicamente, era diferente de las memorias alemanas del período, una historia difícil que los alemanes tendrían que esforzarse por entender a lo largo de las siguientes décadas. En 1943, sin embargo, las historias que los alemanes contaban acerca de los judíos se habían apagado, superadas por las historias, mucho más voluminosas, que contaban sobre sí mismos, sobre Stalingrado, sobre el bombardeo de las ciudades alemanas, el inmenso temor a la catástrofe que supondría la derrota y el derrumbamiento de la nación, la desesperada evacuación desde el Este. En 1945 estos relatos no dejaban espacio a las revelaciones acerca del Holocausto.

Mientras que la capacidad de los judíos para dar cuenta de su destino se había desvanecido casi por completo con las deportaciones a los campos de exterminio, los alemanes continuaban testimoniando y escribiendo acerca del suyo y cantando himnos sobre milagros. Como resulta obvio, las dos catástrofes, la que los alemanes echaron sobre los judíos y la que trajeron sobre sí mismos, estaban relacionadas entre sí; sin embargo también eran inconmensurables y asimétricas, y cada uno moldeó las memorias y las narrativas de los contemporáneos en la posguerra de formas básicamente diferentes y, en un comienzo, mutuamente incomprensibles.

TESTIGOS JUDÍOS

La exigencia de que los judíos se identificaran llevando una estrella de David a partir del 19 de septiembre de 1941 supuso un impacto terrible para los judíos alemanes. La estrella era, escribió Victor Klemperer, «negra sobre tela amarilla, y en ésta, con caracteres hebraizantes, la palabra *Jude*, hay que llevarla en el pecho a la izquierda; tamaño de la palma de la mano». «Por mi parte, estoy hecho trizas, no consigo serenarme.» Durante algunos días, Klemperer no salió de su casa, a pesar del «tiempo espléndido». El martes 23 de septiembre escribe: «Ayer, efectivamente, atravesé la ciudad en las plataformas delanteras y compré en las tiendas de Heckert, Paschky y Güntzel. No hubo vejaciones por ninguna parte: pero la sensación no puede ser más torturante y amarga». Sus compañeros en la «casa judía» intentaban consolarse: «estamos en el último acto. Creo también que es el quinto. Pero algunos dramas de la literatura universal ... tienen *seis actos*». Como señalan muchos de los judíos que dejaron su testimonio de testigos presenciales, los transeúntes alemanes simpatizaban con quienes portaban la estrella. Algunos incluso se dirigían a los judíos marcados para criticar el régimen: «Qué bien, vuestra insignia, así sabe uno a quién tiene delante, así puede uno decir por fin lo que piensa», le dijo el conductor de un tranvía a Klemperer cuando el vehículo se quedó vacío.[14] No obstante, en los chismes de la época aparecen judíos que evitaban mostrar la estrella o, por el contrario, que la exhibían con ostentación. Una historia que le contaron a Elisabeth Freund acerca de un encuentro en el tren elevado de Berlín suscitaba respuestas radicalmente divididas entre los alemanes: «Una madre vio a su pequeña hija sentarse junto a un judío; "Lieschen, siéntate aquí, no debes sentarte al lado de los

judíos". De repente, un obrero ario se puso de pie: "¡Y yo, yo no tengo que sentarme al lado de Lieschen"».[15] Al cabo de un mes, el 15 de octubre de 1941, los nazis habían empezado la deportación de los judíos alemanes, cumpliendo con la orden de Hitler de no seguir posponiendo más el «reasentamiento» en el Este hasta después de que hubiera terminado la guerra. Fue en este punto cuando la mayoría de las congregaciones protestantes y católicas dieron la espalda a aquellos fieles que llevaban la estrella; la incautación de las campanas de las iglesias causó más protestas que la captura de sus miembros. Identificados mediante la estrella, los judíos alemanes fueron más visibles justo antes de desaparecer.

La posición oficial era que se estaba deportando a los judíos a campos de trabajo en Polonia y otros lugares en el «Este» en cumplimiento del deseado objetivo político de hacer de Alemania un país «libre de judíos» y aprovechar los beneficios económicos de la mano de obra judía durante la guerra. Como es evidente, los dirigentes nazis no tenían intención alguna de ofrecer a los judíos deportados una vida sostenible, aunque pobre, incluso durante el período que va de octubre de 1941 a junio de 1942, cuando por lo general no se ejecutaba a los judíos alemanes a su llegada. En agosto de 1941, Goebbels describió así el destino que, imaginaba, esperaba a los judíos deportados: «Las inclemencias del clima los harán polvo».[16] Sin embargo, el ardid de las deportaciones, al menos en los años 1941 y 1942, hizo más fácil sacar a los judíos de entre sus vecinos no judíos, a los que tranquilizaba la idea del reasentamiento. La idea facilitó el transporte de las víctimas, que aún tenían la esperanza de sobrevivir; también hizo que fuera más fácil obtener la cooperación de las autoridades judías; y, por último, facilitó el robo de las víctimas, que tenían que poner sus asuntos en orden antes de partir. La SS perfeccionó estas maniobras arteras, pero ¿qué sabían los judíos alemanes, y sus vecinos no judíos, acerca de las condiciones que esperaban a los deportados en el Este?

Las familias judías usualmente recibían una carta de la policía o de la comunidad judía en la que se les anunciaba su «transporte de evacuación al Este».[17] «La alarma es increíble —informaba Elisabeth Freund a propósito de las deportaciones inminentes que los nazis habían ordenado en octubre de 1941—. ¿Qué va a pasar con esas personas? ¿Se las llevan al campo, a vivir en barracones, o a Polonia?». Victor Klemperer también intentaba encontrar algo de sentido en las noticias sobre las deportaciones con el fin de adivinar qué era lo que iba a ocurrir al final del viaje: «Diariamente noticias de distintas ciudades, salida de grandes convoyes,

intervalos, otra salida, con sexagenarios, sin sexagenarios: todo parece arbitrario. Múnich, Berlín, Hannover, Renania... El ejército necesita los trenes, el ejército deja libres los trenes».[18] Los judíos que iban a ser deportados también recibían notificaciones en las que se les informaba de que todos sus bienes y posesiones habían sido expropiados y se les ordenaba mantener sus hogares limpios y sus enseres en buen estado hasta que llegara el momento de marcharse. Una lista especificaba qué artículos de uso personal, ropa y herramientas se les autorizaba a llevar con ellos, pero no era larga: cucharas («no cuchillos o tenedores»), un tiesto o un cubo y quizá un cazo, algunas prendas; no mucho más.[19] Las últimas horas antes de la partida resultaban insoportables. Ingrid Wecker, que vivía en Hamburgo, recordaba al respecto: «La gente tenía que llevar todas esas cosas. Y luego ponerlas en las maletas: era todo tan terrible. ¿Qué llevar? ¿Las fotografías de los parientes? Luego pensabas que no y las sacabas: mejor llevar un abrigo cálido o una bufanda».[20] En la mañana, los deportados cortaban el gas y la electricidad, cerraban la puerta delantera y enviaban por correo las llaves de su casa a las autoridades locales o las entregaban a la policía en los puntos de reunión.

En Berlín, Inge Deutschkron vio de hecho cómo una mañana, temprano, recogían a su tía y su tío, otrora un empresario de Spandau. Su tía fue la primera en salir del edificio, «con una mochila demasiado grande a su espalda, deprisa, afanada por terminar rápido con todo. Mi tío salió después, tambaleándose. Ninguno miró atrás, ni una sola vez, cuando los hombres cerraron la parte de atrás de la camioneta». Los judíos creían (y se los hacía creer) que serían deportados a campos de trabajo autosuficientes. Las fotografías de la llegada de los judíos a los campos de reunión muestran que iban cargados con ropa extra, mochilas abarrotadas e incluso colchones. «Dábamos por sentado que tendríamos que realizar trabajos pesados bajo circunstancias difíciles», recordaba un sobreviviente de Kassel, pero no «teníamos pruebas de que el objetivo de nuestro viaje fuera nuestra destrucción física».[21]

Algunas veces los judíos pasaban días enteros en los campos de reunión, donde quedaban a merced de los tormentos a los que los sometían los guardias de la SS, como les había ocurrido a los hombres que fueron arrestados después del pogromo de noviembre de 1938. En Nuremberg, los judíos que habían sido seleccionados tuvieron que esperar su deportación en el estadio en el que hasta 1938 los nazis habían celebrado los congresos del partido; los guardias tuvieron la precaución de quitarles los costales para que los desgraciados tuvieran que dormir directamen-

te sobre la tierra. En la mañana, los hombres de la SS obligaron a los judíos a realizar humillantes ejercicios de calistenia, *Frühsport*, mientras las cámaras los filmaban. Con bastante frecuencia, la SS, que era la encargada de subirlos a los trenes, obligaba a los judíos a renunciar a sus maletas con el fin de ganar espacio en los coches o desenganchaban el vagón de equipaje antes de que el tren partiera, pero es probable que tales acciones no fueran todavía la regla en 1941, cuando la idea de alguna clase de vida en la frontera alemana no era todavía un simple disfraz del exterminio. Los judíos alemanes consiguieron llegar a Lodz y los guetos de los alrededores de Lublin con posesiones suficientes como para provocar resentimientos entre los judíos polacos, que, incluso en las horribles condiciones de pobreza imperantes, no dejaron de advertir la riqueza relativa de los recién llegados.[22]

Entretanto, las humillaciones que se infligían a los judíos alemanes que todavía permanecían en sus pisos o, como era cada vez más frecuente, en alojamientos exiguos en «casas judías» se volvieron más aterradoras. Aunque se obligaba a muchos judíos a trabajar en fábricas o servir como bestias de carga, se les prohibía usar el transporte público excepto, según detallaban las instrucciones elaboradas por el Ministerio del Interior, cuando los trabajadores tuvieran que caminar más de una hora o siete kilómetros para ir al trabajo o cuando los escolares tuvieran que caminar más de una hora o cinco kilómetros para ir a la escuela. En cualquier caso, a finales de junio de 1942 se clausuraron todas las escuelas judías.[23] Para llegar a su brigada de trabajo en Berlín, «Nanny tiene que caminar cinco kilómetros y medio en la mañana y en la tarde, esto es, una hora y media para llegar allí, una hora y media para volver: ¿no es eso terrible?», contaba su madre Selma; «te levantas una hora más temprano, alrededor de las cinco, y regresas a casa una hora más tarde, alrededor de las siete o siete y media, si tienes suerte». Los burócratas se dedicaban con encarnizamiento a la eliminación de pequeñas comodidades; así, «quien sigue teniendo permiso para utilizar el tranvía ... ya no puede sacar tarjetas de doce trayectos o carnets de correspondencia, sino sólo los billetes sueltos, más caros».[24]

Dado que la policía estaba ahora en condiciones de identificar a los judíos gracias a la estrella, se hizo cumplir el toque de queda de las nueve de la noche (ocho de la noche en invierno) que se había impuesto a todos los judíos desde el comienzo de la guerra. Las autoridades prohibieron la presencia de cualquier judío en los espacios públicos en general durante las vacaciones navideñas de 1941. Desde el 24 de diciembre has-

ta el 1 de enero sólo se les permitía estar en las calles entre las tres y las cuatro de la tarde para que hicieran sus compras. Desde 1942, se prohibió que los judíos tuvieran mascotas y, dado que los animales en cuestión eran «judíos», tenía que sacrificárselos incluso cuando sus propietarios tenían amigos no judíos dispuestos a cuidar de ellos. El 19 de mayo de 1942 los Klemperer llevaron su gato Muschel a la consulta del veterinario en la Grunaer Strasse de Dresde, donde Eva hizo que le mataran con un narcótico: «el animal no ha sufrido. Pero *ella* sufre».[25]

Lo peor era la falta de noticias del Este. «Siete transportes más en enero —anotaba Selma Fleischer en diciembre de 1941— y los primeros ni siquiera han escrito aún.» «Todavía no sabemos nada de nuestros seres queridos —confirmaba casi un año después de que las deportaciones desde Berlín hubieran empezado—, ¿siguen todos con vida? Hemos empezado a dudarlo.» La ausencia de correspondencia era una señal ominosa en este país maniático del correo. «Han desaparecido de la faz de la Tierra.»[26] Unas cuantas postales sí llegaron desde los guetos de los alrededores de Lublin, adonde habían sido llevados miles de judíos alemanes durante la primera oleada de deportaciones en el invierno de 1941-1942. Cuando la prohibición del correo se levantó brevemente en Lodz en diciembre de 1941, los residentes compraron más de veinte mil postales. Aunque sus mensajes revelaban poco sobre su suerte, representaban al menos una señal de vida. La prohibición volvió a entrar en vigor el 5 de enero de 1942. En Minsk el correo estaba prohibido por completo. La mayoría de los deportados sencillamente abandonaron Alemania sin dejar huella. El silencio posterior obligó a los judíos que se habían quedado en el país a considerar la conclusión desesperada de que los convoyes que salían de Alemania conducían a la muerte. Además, cuando empezó la segunda oleada de deportaciones en marzo de 1942, las autoridades alemanas se preocuparon mucho menos por tratar a los deportados como futuros colonos: los interrogatorios policiales fueron más brutales; se redujeron las herramientas que los deportados podían llevar consigo; cada vez era menos frecuente que el equipaje acompañara a los transportes. En esta época no era inusual que las autoridades despojaran a los judíos de los últimos vestigios materiales de su identidad legal, al confiscar los anillos de boda y los documentos personales.[27]

Al mismo tiempo, la SS invadía las «casas judías». Los diarios de Victor Klemperer constituyen un testimonio detallado sobre los saqueos de los hogares judíos por parte de los soldados de la SS, que destruían reservas de alimentos muy valiosas, escupían en la cara de los residentes y for-

zaban a los ancianos a humillarse. (Estas visitas se terminaron después de 1942, cuando la deportación de los judíos alemanes se había en gran medida completado.) De forma gradual, los judíos entendieron que habían pasado a ser por completo desechables. En 1942, Klemperer ciertamente no era el único que sentía que «la muerte acecha»; con angustia, advertía que cada vez quedaban menos judíos a los que pudiera acorralarse, lo que le hacía más vulnerable, y también que cada vez era más claro que la deportación significaba la muerte.[28]

El conocimiento acerca de la «solución final» continuaría siendo fragmentario hasta el final de la guerra. Klemperer estaba inusualmente bien informado: en 1940 le llegan rumores acerca del Plan Madagascar, y un año más tarde, sobre la masacre de Babi Yar y la matanza de judíos berlineses en Riga. Sin embargo, no fue hasta su liberación cuando se enteró de que en la mayoría de las deportaciones que se habían producido después de 1941 los judíos habían sido conducidos directamente a los campos de exterminio. Incluso mientras registraba las pruebas de que se estaban cometiendo asesinatos en masa durante la guerra, continuaba pensando que sus vecinos deportados desde Dresde estaban vivos. Albergaba sospechas aterradoras, pero tenía suficientes dudas como para mantener la esperanza. Esto fue posible principalmente porque Klemperer, como la mayoría de los observadores, ligaba la calamidad de los judíos a acontecimientos específicos, como escribía en enero de 1944: «¿Y los asesinatos de Kiev? ¿Y tanto, tanto más...?». Después de la derrota de los alemanes en Stalingrado, comentaba «ahora ya no hay que suponer que haya judíos que retornen vivos de Polonia. Los matarán antes de la retirada de los alemanes. Por lo demás, hace mucho tiempo que cuentan que muchos evacuados ni siquiera llegan vivos a Polonia. Dicen que durante el viaje los gasean en los vagones de ganado y que el vagón se detiene en las fosas comunes ya preparadas».[29] En su mente, la mayoría de los judíos, muchos judíos, bien podían estar vivos aún; su muerte se consideraba usando el tiempo futuro.

A medida que la derrota de la Alemania nazi empezaba a ser más evidente, los judíos supervivientes no dejaban de preguntarse «cuántos judíos quedarán con vida en Polonia». Aunque Klemperer era pesimista, todavía ligaba el asesinato de millones de judíos «fusilados y gaseados», a acciones de represalia emprendidas por el ejército alemán bajo el acoso del enemigo. La pregunta sobre quién seguía con vida iba acompañada de una inquietud más abierta: «¿Quién sobrevivirá?».[30] Durante la guerra, Klemperer no imaginó que los nazis estuvieran exterminando a los

judíos de forma deliberada y sistemática en instalaciones industriales. No podía comprender los horribles acontecimientos que se estaban produciendo sin algún tipo de causa inmediata como la derrota, y ello a pesar de que sabía que el «reasentamiento» era un esfuerzo a escala europea. En el otoño de 1944 la circulación de informes cada vez más autorizados acerca del genocidio que estaba teniendo lugar (informes filtrados por el círculo de allegados de los Klemperer a partir de comentarios de los soldados alemanes, periódicos suizos y la BBC) distorsionaron su concepción de la matanza de los judíos, que desde su perspectiva era algo que se estaba produciendo en el momento actual en respuesta a la desesperada situación militar de Alemania y no, como era desgraciadamente cierto, algo que se había llevado a cabo en gran medida en 1942 y 1943 con la intención de construir un imperio alemán fundado en principios raciales.

La crueldad de las autoridades alemanas y el ritmo implacable de las deportaciones en la primavera y el verano de 1942 no equivalían a una certeza sobre el exterminio masivo. En estos años terribles, muchos judíos también reprimían sus peores temores con el fin de no hacer intolerables los días que les restaban en Alemania. «Por consideración con mis padres, evitaba hablar a propósito de la situación en Polonia mientras estaba con ellos», recordaba un joven berlinés que tenía planes para pasar a la clandestinidad. Las últimas cartas remitidas a los familiares que estaban fuera de Alemania tendían más a consolar que a informar, aunque existe el caso extraordinario de Erich Frey, que dejó información detallada para que después de la guerra sus hijas, que se encontraban en Estados Unidos, pudieran exigir una compensación por el asesinato de su padre, que no sólo preveía su muerte, sino también la de Hitler.[31] Fuera de las ciudades más grandes, los judíos, ancianos en su mayoría, estaban aislados y tenían prohibido escuchar la radio o comprar los periódicos. Su conocimiento de lo que ocurría era todavía menor.

La mayoría de los judíos que en 1942 todavía estaban en Alemania pensaban en el futuro desde una combinación de «no saber, saber, no querer creer». Sin embargo, también es probable que en determinado momento se hiciera tangible «el conocimiento, lleno de malos presentimientos, del peligro mortal que corrían».[32] El alarmante incremento del número de suicidios en la comunidad judía constituye un indicio de que eran muchos los que estaban decididos a evitar morir asesinados a manos de los nazis. Como consecuencia de la persecución, la tasa global de suicidios entre los judíos alemanes después de 1933 ya era desproporcionadamente elevada, un suicidio por cada cien personas, pero durante el

período de las deportaciones se duplicó. En Berlín, donde los judíos todavía ocupaban sus propios pisos, la tasa de suicidios en 1942 y 1943 fue todavía más elevada. En Württemberg, en los años 1941-1942, uno de cada diez judíos que recibía la orden de deportación cometió suicidio, en su mayoría tomando el barbitúrico Veronal (Klemperer llamaba al Veronal el «caramelo judío»). Los últimos cuatrocientos cincuenta judíos de Wiesbaden fueron deportados el 1 de septiembre de 1942; en los cinco días anteriores otros treinta se habían quitado la vida.[33] Walter Schindler, un abogado de Berlín, describió el ánimo depresivo que embargaba a los judíos a comienzos del año 1942: «En la Pensión Bernhard vivían cerca de cuarenta personas, de las cuales cerca de quince se quitaron la vida en un lapso de seis semanas. Se despedían después de cenar como si se fueran de viaje, luego subían a sus habitaciones; a la mañana siguiente oíamos la ambulancia, que llegaba y se llevaba para siempre los cuerpos sin vida». Según Raul Hilberg, «la "pregunta perpetua" entre los judíos que tenían amistad era: "¿vas a quitarte la vida o dejar que te evacuen?"».[34] Una de esas personas que tomaron Veronal fue Martha Liebermann, la octogenaria esposa del pintor expresionista Max Liebermann, que en marzo de 1943 pudo ver desde su piso en Pariser Platz a los miembros de la SS que llegaban con una camilla para llevársela.

El suicidio era más fácil para quienes vivían solos o para las parejas de ancianos, pero era una alternativa que provocaba discusiones angustiosas en los hogares en los que había niños o padres. Jochen Klepper, que no era judío, su esposa Hanni, que sí lo era, y Renate, la hija judía de un matrimonio anterior de ésta, empezaron a hablar sobre el suicidio en octubre de 1941, unos pocos días después de que los primeros deportados salieran de Berlín. Jochen, que en 1937 había publicado una novela sobre Federico el Grande que gozó de una buena recepción, tenía una vena melancólica y ya antes había contemplado la posibilidad de quitarse la vida, por lo que persistentemente se manifestaba a favor del suicidio. Hanni no estaba segura; sin embargo, sí afirmaba que cometería suicidio en caso de que los nazis la obligaran a divorciarse de su marido y la enviaran «fuera del país». Renate, en cambio, tenía diecinueve años, quería vivir y está claro que veía con inquietud los pensamientos fúnebres de su padrastro, que le había informado de que, en caso de que quisiera suicidarse, él y su madre estaban dispuestos a morir con ella. En su momento, la joven había respondido que sus padres no tenían que continuar viviendo por ella aunque los nazis la deportaran, pero evidentemente ésta no fue su última palabra. Klepper anotó en su diario que «Renerle cada

vez está más decidida a cometer suicidio si no puede emigrar y no puede escapar a la deportación, pese a lo cual todavía tiene esperanzas». Lo que hacía las conversaciones entre los tres particularmente dolorosas era la conciencia de que ni los padres ni la hija habían sido capaces de separarse cuando Renate había tenido la oportunidad de viajar con su hermana mayor a Inglaterra en mayo de 1939. Al final, los tres acabaron con sus vidas la noche del 10 de diciembre de 1942, después de que fracasara el intento de Klepper de apelar personalmente a Adolf Eichmann para que permitiera a Renate emigrar a Suecia.[35] En este caso, el suicidio fue un pacto ambiguo para permanecer juntos.

Otros judíos alemanes consideraban la posibilidad de vivir en la clandestinidad, y cerca de quince mil intentaron hacerlo. Sin embargo, sin cartillas de racionamiento o documentos de identidad ésta era una estrategia en extremo difícil. Obligaba a los «submarinos», como se los llamaba, a abandonar a sus parientes, cuyo destino verían desde la distancia y la incomunicación, como le sucedió a Inge Deutschkron cuando vio que se llevaban a su tía y su tío. En una ciudad como Berlín, donde los judíos tenían recursos y contactos y podían moverse con mayor facilidad, la resistencia a las deportaciones fue considerable. Entre cinco mil y siete mil judíos berlineses pasaron a la clandestinidad como «submarinos», casi uno de cada doce judíos que quedaban en la ciudad en 1943, y de ellos al menos mil quinientos consiguieron sobrevivir hasta el final de la guerra. Es importante aclarar que todo aquel que vivió en la clandestinidad en esa época lo hizo gracia a los valientes esfuerzos de alemanes particulares. No marcados ya por la estrella, unos pocos «submarinos» «visitaban bares, teatros y locales similares», algo que como judíos les estaba prohibido, y recogían información sobre las masacres que estaban teniendo lugar en el Este. Kurt Lindenberg contaba al respecto: «Ocasionalmente me topaba con soldados o civiles que, sin saber con quién estaban hablando, relataban lo que habían visto en sus viajes a los territorios ocupados, cómo se mataba a los judíos deportados de forma en ocasiones brutal, en ocasiones elaborada. Oí esta clase de historias cada vez con más y más frecuencia».[36]

Más de cincuenta mil judíos fueron deportados de Alemania en la primera oleada de deportaciones, que finalizó en enero de 1942 (a la que hay que sumar dos convoyes adicionales en febrero). Para finales de 1942 los nazis habían deportado a otros cincuenta mil hombres, mujeres y niños, en esta ocasión principalmente a Theresienstadt, con lo que el número de judíos que vivía en Alemania se redujo a cerca de cuarenta mil.

A pesar de la terrible tasa de mortalidad debida a las enfermedades, Theresienstadt no era un campo de exterminio, sino una fortaleza militar convertida en gueto. Desde septiembre de 1942 se autorizó a los judíos que estaban encerrados allí a escribir postales mensuales, por lo que poco a poco las noticas moderadamente buenas fueron llegando a Alemania. Estas señales de vida entraban en conflicto con los rumores sobre las masacres. Sin embargo, Theresienstadt no era lo que los nazis llamaban de forma eufemística un *Endlager* o «destino final». Desde enero de 1943 hasta octubre de 1944, la enorme mayoría de los judíos llevados a Theresienstadt fueron deportados a Auschwitz y asesinados.[37]

A lo largo de 1943, los nazis deportaron a los judíos que aún permanecían en Alemania. En las llamadas «operaciones fabriles» de enero y febrero la Gestapo atrapó a miles de judíos que trabajaban en industrias bélicas básicas. Una mañana, de repente, «las camionetas de la policía aparecieron corriendo por las calles de Berlín», recordaba Inge Deutschkron. «Cuando se detenían enfrente de un edificio, funcionarios civiles y oficiales uniformados se abrían paso a empujones, entraban, sacaban a alguien, le metían en la camioneta y aceleraban rumbo a la siguiente casa ... Les sacaban tal y como los encontraban: en pijama, en bata, sin abrigo.» En Berlín, se arrastró a siete mil individuos fuera de las instalaciones de las fábricas, se los hizo subir a «Minnas verdes», como se llamaba a los furgones policiales, y se los envió directamente a Auschwitz. En Dresde, Victor Klemperer recogió en su diario la detención, después de varios aplazamientos, de los trabajadores judíos de Zeiss-Ikon, la famosa fábrica de lentes, que dejó de luchar contra la Gestapo por su personal judío.[38]

Maltratados a cada paso del proceso de deportación, tanto que las secretarias alemanas que trabajaban en el campo de tránsito que la SS había instalado en el teatro Clou en la Zimmerstrasse de Berlín (donde en 1927 Hitler había hecho su primera aparición en la capital alemana) palidecían de horror, los prisioneros judíos tenías pocas razones para pensar que sobrevivirían.[39] Goebbels, que durante años había combatido las objeciones de la Wehrmacht a la deportación de los trabajadores judíos cualificados, se regocijaba: «Estoy convencido de que al liberar a Berlín de los judíos he cumplido con una de mis mayores tareas políticas —escribió en su diario en abril de 1943—; cuando pienso en cómo era Berlín en 1926 cuando llegue aquí, y qué aspecto tiene ahora en 1943 cuando se ha evacuado a todos los judíos, me doy cuenta de cuánto se ha conseguido en este sector». En junio, los últimos empleados de la Organización

del Reich de los Judíos en Alemania recibieron sus órdenes de deportación. Casi todos los quince mil judíos que todavía se encontraban en Alemania en 1944 vivían en «matrimonios privilegiados», la mayoría confinados en «casas judías», como los Klemperer, y dedicados a realizar labores serviles. Para los judíos supervivientes la vida continuaba siendo peligrosa, pues las autoridades locales intentaron, con cierto éxito, deportarlos cuando la guerra tocaba a su fin. Además, los «privilegios» terminaban con la muerte del miembro ario de la pareja. En el caso del «cáncer ario» y la «estrella judía», una historia referida por Klemperer, los médicos recomendaron a la esposa judía de un hombre ario que se estaba muriendo de cáncer lentamente que intentara aliviar el sufrimiento de su marido, pese a que cualquier esfuerzo que ella hiciera en este sentido aceleraría el momento en que ella, una viuda judía, se vería obligada a ponerse en las listas de deportados en potencia.[40] Desde 1939, se había deportado a ciento treinta y cuatro mil alemanes porque de acuerdo con las Leyes de Nuremberg se los definió como «judíos raciales»; cerca de siete mil sobrevivieron a la arremetida nazi.

A lo largo y ancho de Europa, los campos de tránsito, en los que la Gestapo reunía a los judíos antes de deportarlos a los campos de exterminio, proporcionaban a los testigos una tribuna especial para recopilar información acerca de lo que estaba ocurriendo, como hacía Victor Klemperer desde su «casa judía». Sin embargo, una vez las deportaciones tenían lugar, la recolección de pruebas terminaba. Como observó Philip Mechanicus, que «semana tras semana» había visto «cómo se subía a miles de judíos en vagones para ganado y se los conducía a un destino desconocido», desde Westerbork, Holanda: «Y ni un solo judío ha regresado para darnos noticia de lo ocurrido». Existen testimonios incompletos escritos en Theresienstadt en 1942 y 1943 e incluso en algunos de los guetos del Gobierno General.[41] Sin embargo, lo normal era que las familias y amigos deportados sencillamente desaparecieran en un territorio al que los rumores y las sospechas hacían aterrador, pero que a falta de conocimientos ciertos se mantenía vago e indefinido. Era desde esta *Vorhof zur Hölle*, o «antesala del infierno», como Westerbork era llamado por los internos, desde otros campos de tránsito o Theresienstadt, desde guetos como el de Lodz y el de Varsovia, o desde la seguridad precaria de un «matrimonio privilegiado» como era posible atestiguar y documentar la catástrofe que estaba engullendo a los judíos europeos. En estos peligrosos lugares, miles de judíos adoptaron la función del diarista, el cronista, el archivero o el historiador. Chaim Kaplan describió su «sagrada labor»

como diarista en el gueto de Varsovia hablando de una «llama prisionera en mis huesos, ardiendo dentro de mí, que me grita: ¡escribe!».[42]

Los testimonios de los testigos presenciales describen muchas veces las mismas cosas, como señala Sandra Ziegler:

> Llegada al campo, número, alambre de espino, llamada a lista, selección, transporte, despiojado, duchas, sopa, pan, enfermedad, cielo, infierno, corazón, ojos, naves, árboles, nubes, uniformes de la SS, cascos, botas, pistolas, perros, coches, marchas, órdenes gritadas, tazas, cucharas, cámaras de gas y crematorios, lirios, arena, ferrocarriles, «tren en la vía equivocada», destino final, niños, risa, dolores producidos por el hambre, barbas afeitadas, barracones, deporte, bulevar del campo, listas, policía judía, sopa, pan, maletas, brigadas de trabajo, transportes, aplazamiento, Berlín, Den Haag, Ámsterdam, Estados Unidos, Inglaterra, los Aliados, destino, suplicio, solución final, Dios.[43]

Desde este terrible lugar de la historia europea los judíos discutieron el curso de la guerra, en la que ahora tanto la Unión Soviética como Estados Unidos luchaban contra la Alemania nazi. Algunas personas eran optimistas sobre el desarrollo de la confrontación bélica; otras manifestaban su pesimismo acerca de la fibra moral de las naciones aliadas o su capacidad para derrotar a los alemanes a tiempo para salvar a los judíos. En el gueto de Varsovia, al menos hasta la «gran deportación» del verano de 1942, Chaim Kaplan «describió cómo las personas eran capaces de armar festines de esperanza de los bocados más pequeños».[44] Los diaristas judíos intentaban calcular las intenciones de los alemanes y entender las condiciones extremas en las que ellos mismos se hallaban. Y fue en los puntos de reunión organizados a lo largo y ancho del Reich alemán donde los prisioneros empezaron a debatir si serían capaces de regresar a sus hogares o de perdonar a los alemanes. Por lo general, hasta 1942, la mayoría de las personas que esperaban ser deportadas no podían creer que la intención de los nazis fuera acabar con todos los judíos, incluso cuando la BBC informaba de que hacia junio de 1942 ya habían sido asesinados unos setecientos mil judíos.

Leer y escribir eran actividades que dependían de ciertos recursos: pluma y papel, por supuesto, y un lugar para guardar artículos personales y, asimismo, una zona de privacidad y seguridad más allá del alcance de los carceleros nazis. Estas condiciones existían en los campos de tránsito y en las «casas judías», pero una vez los cronistas eran deportados a bor-

do de vagones de carga a los campos de exterminio escribir se volvía prácticamente imposible. Es en el momento de la deportación cuando los diarios escritos por Philip Mechanicus y Elly Hillesum en Westerbork llegan a su fin; era entonces cuando los diaristas dejaban atrás sus testimonios para vivir en los campos de exterminio días que, para usar la fórmula de Alexandra Garbarini, estaban contados pero no dejaban huella. La incapacidad para informar del asesinato en masa de judíos, gitanos y prisioneros de guerra y, por tanto, para establecer los cimientos de la memoria de la posguerra era casi total. Los testimonios más detallados, como el diario que mantuvo Victor Klemperer con el fin de «dar testimonio, y testimonio exacto», no pudieron dar cuenta de las horripilantes consecuencias de las intenciones genocidas de los nazis con respecto a los judíos europeos. «Quienquiera que escribe, vive», resumía Ruth Kluger en su duro análisis de textos autobiográficos como el suyo propio: «El documento, iniciado en un comienzo para dar testimonio ante la desesperación, se escapa de las manos del autor para transformarse en una "historia de escape"».[45]

Fuera de los campos de exterminio, los judíos que probablemente obtuvieron un conocimiento más claro del Holocausto fueron los habitantes de los guetos polacos. Durante los días de la «gran deportación», entre el 22 de julio y el 12 de septiembre de 1942, cuando los alemanes trasladaron al campo de exterminio de Treblinka a cinco sextas partes de los trescientos mil judíos del gueto de Varsovia, cuando cada día se reunía a entre dos mil y diez mil deportados en la Umschlagplatz, en el límite del gueto, los supervivientes entendieron con claridad que si los nazis mataban a los trabajadores sanos y fuertes era porque pretendían matar a todos los judíos. «¡Dios! ¿En verdad nos van a exterminar hasta el último? —se preguntaba Abraham Lewin el 28 de agosto de 1942—. «Sabemos que comunidades enteras han sido arrasadas de la faz de la Tierra», y a la luz de este nuevo conocimiento hacía un amargo cálculo: «podemos decir que de los dos millones de judíos de *gubernia*», el Gobierno General, «quedan cerca del 10 por 100 ... la judería polaca está acabada, no existe más». Al mismo tiempo, Lewin se enteró de que en los campos de exterminio también se estaba eliminando a los judíos de Europa occidental. El gran número de judíos que permaneció en el gueto de Lodz hasta la deportación final del verano de 1944 también tuvo noticias del Holocausto; muchos habitantes reconocían las ropas de los residentes deportados cuando éstas se reciclaban para su uso en el gueto. En 1942, escribiendo en Varsovia o Lodz, o en algún escondite fuera de los cam-

pos, «un diarista después de otro habían llegado a la conclusión de que ningún segmento de la población judía se salvaría cuando los alemanes empezaron a deportar a los judíos ese año sin importar que se tratara de trabajadores». Para los judíos, «la guerra ya está perdida», comprendió Margarete Holländer.[46]

El hecho mismo de que estos diarios existan es extraordinario. Algunos se salvaron gracias a amigos no judíos del diarista, otros fueron sacados a escondidas de los campos u ocultados en áticos; uno fue hallado con páginas arrancadas encima de una cocina en Lodz, otro al lado de la carretera por la que se había hecho marchar a los judíos de Stanislawow antes de fusilarlos en un cementerio de la periferia. Se trata del mismo «Stanislau» de donde se habían repatriado alemanes étnicos al Reich en 1939 y en el que se los reasentó en nuevas colonias en 1942. Las entradas de estos diarios pueden leerse hoy como fragmentos que demuestran que, como señala Garbarini, «la aniquilación es incompleta cuando se preserva la memoria».[47] Como testimonios de lo ocurrido, estos fragmentos son reveladores, pues los nazis intentaron silenciar a los judíos y hablar en nombre suyo en tanto sus victoriosos señores raciales. Sin embargo, los textos de los judíos perseguidos también evidencian el silencio que finalmente imponían las deportaciones. Entre la época en que Irène Némirovsky escribió las notas para su novela acerca de la guerra de Alemania contra Francia («releer Tolstoi», se recordaba en junio de 1942) o sacaba de contrabando cartas para sus hijos desde el campo de detención de Pithiviers, cerca de Orleans, después de su arresto por la policía francesa en julio de 1942, y la época en que sus hijas hicieron un cartel con sus nombres en él y fueron cada día a esperar la llegada de su madre en la Gare de l'Est de París, adonde los supervivientes de los campos de concentración habían empezado a llegar a finales de la primavera de 1945, es mucho lo que no sabemos. (Némirovsky fue deportada a Auschwitz el 17 de julio de 1943; murió asesinada allí el 17 de agosto.) Los diarios y las novelas se escribieron al borde de la calamidad, donde el conocimiento era incompleto, la precisión imposible y el final desconocido. Sin embargo, la amargura y tristeza que Denise y Elisabeth compartían cuando se dieron la vuelta y abandonaron la Gare de l'Est por última vez también la compartieron los miles de judíos y gitanos a los que se trasladó de lugares como Pithiviers a otros como Auschwitz, un lugar en el que Tolstoi no podía servir de guía.[48]

TESTIGOS ALEMANES

Los alemanes «arios» hablaban a hurtadillas pero con franqueza acerca de los fusilamientos en masa ocurridos en la Unión Soviética en el otoño de 1941. Las cartas que los soldados enviaban a sus casas desde el frente y, después, los relatos que contaban cuando regresaban de permiso difundieron las noticias de lo ocurrido en los hogares alemanes. Hechos alarmantes como el que las operaciones de exterminio incluyeran a mujeres y niños, el que se obligara a las víctimas a desvestirse antes de matarlas y el que los judíos cayeran en fosas ya abiertas dejaron una impresión tan fuerte y aterradora en las mentes de los alemanes que estas imágenes amortiguaron casi por completo la información acerca de la deportación de sus vecinos judíos y su destino en el Este hasta el final de la guerra. Lo que Ruth Andreas-Friedrich escribió en su diario en 1944 fueron historias de 1941 y 1942: «"Les hacen cavar sus propias tumbas", está murmurando la gente. "Les quitan sus ropas: zapatos, camisa. Les envían desnudos a su muerte"».[49] En comparación, el conocimiento acerca del proceso de exterminio industrializado, en el que los judíos de distintas partes de Alemania y Europa eran enviados directa o indirectamente desde campos de reunión como el de Theresienstadt a instalaciones con cámaras en las que se introducía gas hasta que todos los que estuvieran encerrados en su interior hubieran muerto asfixiados, era mucho más impreciso. Circulaban rumores acerca de víctimas gaseadas en trenes o túneles, como los que llegaron a oídos de Klemperer, pero era escasa la información concreta sobre Auschwitz, una población dentro de las fronteras ampliadas de Alemania en la que más de un millón de judíos fueron asesinados entre 1942 y 1945. Los fusilamientos masivos, las fosas, las tumbas cavadas por las propias víctimas seguían siendo las imágenes dominantes. En la medida en que las deportaciones se vinculaban con los fusilamientos en la Unión Soviética en lugar de con el gaseado sistemático en la ciudad de Auschwitz, una ciudad conectada con la red telefónica alemana con el prefijo 2258, resultó más fácil situar el destino de los judíos en otro universo, uno lejano y menos conocible. «Se fueron, desaparecieron en una lúgubre oscuridad», escribió un observador compasivo.[50] Los judíos encarcelados en Westerbork o Lodz también empleaban el vocabulario corrupto de la evacuación y el reasentamiento que proliferaba entonces.

Las noticias de las matanzas con gas se filtraron, primero a través de los eufemismos de los administradores raciales, los cuales mantuvieron el cínico vocabulario de «deportación», «reasentamiento», «migración» y

«servicio de trabajo» a pesar de que la solución territorial del «problema judío» había dado paso al exterminio; y segundo, a través del lenguaje brutal, pero engañoso de la misma SS, que hablaba de «procesar» (*verarbeiten*) las «llegadas», «piezas» y «carga».[51] Asimismo, es probable que los nazis terminaran considerando que el pueblo alemán no estaba preparado para conocer el asesinato sistemático de los judíos europeos. Los nazis y otros alemanes constantemente estaban controlando sus propios sentimientos de humanidad o *Gefühlsduselei* (sentimentalidad barata) y armándose de argumentos acerca de la rectitud de las acciones de Alemania en vista de todo lo que su pueblo había sufrido, pero nunca se liberaron por completo de los juicios morales acerca de la santidad de la vida que antes abrazaban. Esta ambivalencia inhibía el que se hablara abiertamente sobre el exterminio. Auschwitz nunca dejó de ser escandaloso en el Tercer Reich. Incluso cuando Himmler se refirió sin ambages al asesinato de judíos, como en su infausto discurso de Posen ante los dirigentes del partido el 6 de octubre de 1943, las cámaras de gas no se mencionaron. Para los alemanes y judíos por igual, durante la década y por muchas décadas después de terminado el conflicto, lo ocurrido en Auschwitz siguió siendo tremendamente difícil de comprender: la verdad de la cuestión «supera nuestros peores miedos», escribió Ursula von Kardorff el 27 de diciembre de 1944, y continúa haciéndolo en formas que ignoramos.[52]

El conocimiento acerca de la «solución final» también estuvo determinado por el costo cada vez mayor de la guerra. Las deportaciones se produjeron justo cuando los alemanes empezaban a comprender que la confrontación iba a ser un conflicto por la supervivencia entre ellos y los rusos mucho más prolongado de lo que se había previsto y se concentraron en sus propios problemas, también muy graves. Hitler había autorizado el asesinato masivo de los judíos soviéticos en julio y acordado que las deportaciones de los judíos alemanes comenzarían en septiembre de 1941, cuando todavía esperaba una victoria total; sin embargo, los alemanes fueron testigos del desarrollo del proceso de deportación en noviembre y diciembre de 1941, cuando la ofensiva alemana había sido obligada a retroceder. Más aún, el bombardeo aéreo de las ciudades alemanas, que se hizo más grave en la segunda mitad de 1941 y se intensificó de forma espectacular en 1942 y, especialmente, en 1943, con frecuencia se consideró proporcional al asesinato de los judíos o un castigo por ello, un ajuste de cuentas. Con todo, en los meses posteriores a la derrota en Stalingrado, cuando resultó claro que el Tercer Reich estaba perdiendo el

conflicto, los alemanes, llevados por una mezcla de miedo, culpa y vergüenza, buscaron evitar enredarse en la «cuestión judía» por completo. Hacia el término de la guerra, deliberadamente, muchas personas se negaron a conocer la información acerca de los judíos, los campos y el exterminio. Ciertos temas que en 1941 y 1942 podían abordarse en las conversaciones dejaron de hacerlo en 1943 y 1944. Así, en un esfuerzo por no convertirse en cómplices de la muerte de los judíos, los alemanes se convirtieron en cómplices del desmembramiento del conocimiento acerca de su exterminio. El curso de la guerra reguló con firmeza cómo los alemanes almacenaban, seleccionaban y se transmitían el conocimiento sobre el Holocausto.

Es difícil encontrar las voces de los alemanes normales y corrientes en los años de la guerra. Los informes de la policía y la Gestapo se filtraban a distintos niveles y estaban diseñados tanto para transmitir la idea de unanimidad como para evaluar la disconformidad. No obstante, dos informes no oficiales, ambos de la ciudad de Münster, al oeste del país, nos proporcionan pistas sobre las conversaciones que los civiles alemanes tenían acerca de las deportaciones de los judíos alemanes. En una «crónica de la guerra» inédita, un historiador sin identificar dejó su testimonio de diciembre de 1941:

> Hoy fui de esos que visitan dos tabernas más y se mezclan con los clientes en el bar. En el segundo local en la Aegidistrasse, mientras estoy entre funcionarios civiles de nivel medio, artesanos y negociantes, oigo que todos los judíos tendrán que dejar Münster para el día trece de este mes. A esta noticia le sigue una discusión animada. La mayoría de los que beben en el bar apoya la medida por completo. Los judíos serán enviados a grandes campos de trabajo en el Este de modo que pueden trabajar allí y, al mismo tiempo, liberar pisos en Münster, donde se los necesita con urgencia. Eso es cierto, eso es cierto, repite el coro de aprobación de los presentes, quienes ahora saben que la escasez de vivienda va a aliviarse ... En la ciudad incluso las mujeres se interesan activamente por los rumores sobre el traslado de los judíos.[53]

La crónica indica que las deportaciones eran materia de conversaciones cotidianas tanto entre los hombres, en las tabernas, como entre las mujeres, en la calle. Aunque este partidario de los nazis retrata los distintos elementos de la sociedad alemana, «funcionarios civiles, artesanos y negociantes», como gente «muy satisfecha», las discusiones no obstante eran «animadas» y, por ende, potencialmente polémicas. Además, las deportaciones se relacionaban con el problema de la vivienda, la cual se ha-

bía vuelto escasa en las ciudades alemanas del oeste que Gran Bretaña había estado bombardeando desde 1940. La escasez de viviendas sirvió como pretexto para las deportaciones desde Hamburgo, donde en el verano de 1941 el Gauleiter Karl Kaufmann pidió en repetidas ocasiones a las autoridades en Berlín que se llevaran a los judíos para poder proporcionar habitaciones a los alemanes.[54] A medida que los bombardeos se hicieron más intensos, los alemanes empezaron a hablar como víctimas, y veían el destino de los judíos con relación a su propio sufrimiento. Y finalmente está el hecho de la crónica misma de la ciudad. Hubo repetidos intentos de preservar la deportación de los judíos en el archivo de lo que sería una historia triunfal en el Tercer Reich. En Berlín, Goebbels esperaba filmar las deportaciones, y en Stuttgart y Nuremberg las autoridades de hecho filmaron la reunión y subida de los judíos a los trenes en noviembre de 1941. El 22 de abril de 1942, en Bad Neustadt, los nazis locales fotografiaron a los judíos ancianos y desnutridos que se encontraban junto a una fuente en el mercado e incluso organizaron fotos de grupo antes de marchar con sus vecinos a la estación de tren para su deportación. Más tarde ampliaron las fotografías y las colgaron en ventanales del centro de la ciudad para documentar el éxito de la acción.[55]

Paulheinz Wantzen, el director del periódico de Münster, dejó un testimonio similar en su diario. A comienzos de noviembre de 1941, se enteró de los rumores sobre la inminencia de las deportaciones; unas pocas semanas después apuntó un recordatorio: «obtener material y detalles después de los hechos», pues se encontraba en Berlín cuando se deportó a los primeros judíos de Münster. Además, él también ligaba las deportaciones con la asignación de pisos a los alemanes afectados por los bombardeos. Wantzen llegó a asegurar que los nuevos rigores de la guerra con la Unión Soviética hacían que las deportaciones fueran necesarias, aunque nunca explicó la lógica que sustentaba semejante aseveración: «el pueblo alemán, que hasta hace poco todavía tenía un sentido totalmente humanitario de compasión, lo ha abandonado finalmente, a la sombra de los acontecimientos que se están produciendo en el Este. Estamos curados para siempre». El diario también recoge la deportación de los últimos judíos de Münster el 30 de julio de 1942. En esa ocasión los deportados debían de ser en su mayoría judíos de avanzada edad, pues en esta ciudad las primeras deportaciones habían estado restringidas a personas menores de sesenta y cinco años. Resultó que un ex profesor universitario «luchó con manos y pies para evitar su deportación, mientras que otros la aceptaron de buena gana y dieron propinas generosas a los dis-

tintos hombres de la SS que les ayudaron con sus pesadas maletas, pues algunos de estos judíos eran ya demasiado débiles. Se dijo que un hombre de la SD había hecho noventa marcos».[56] Como había hecho en la entrada de su diario sobre lo que «se oye» acerca del marcar a los judíos con la estrella de David, Wantzen transmitía los chismes que circulaban en la época. Este pasaje sobre las deportaciones está enmarcado de un modo que limita la empatía, que él mismo ha descrito como una enfermedad de la que se siente «curado». El chisme introduce el mal comportamiento del ex profesor y la debilidad y engaño del resto de los judíos. No todos los alemanes respondieron a las deportaciones como Wantzen, pero las pruebas sugieren que el comercio diario de noticias compartidas incluía las desgracias de los judíos, pero de un modo tal que impedía cualquier identificación con ellos.

Las deportaciones no siempre fueron visibles, pues muchos judíos estaban ya en campos de reunión en los confines de las ciudades alemanas. Sin embargo, en Berlín y en Münster, los vecinos fueron testigos de la partida de los judíos («"¿la de la segunda planta? La judía, dice usted", dijo el conserje. "Llegaron y se la llevaron. Antier. A eso de las seis"») y vieron cómo se los llevaban. Inge Deutschkron recordaba haber visto a los peatones paseando mientras tenían lugar las «operaciones fabriles» de febrero de 1943 en Berlín: «en la calle la gente se detenía y cuchicheaba. Pero pronto continuaban por su camino, de regreso a la seguridad de sus hogares». Los alemanes acaso consideraban que lo razonable era no hacer nada distinto de mirar para otro lado; en un artículo que gozó de una enorme difusión titulado «¡Los judíos son culpables!» y publicado en noviembre de 1941 para acompañar las deportaciones, Goebbels amenazaba a los alemanes que se relacionaban con «el judío»: «Cualquiera que continúe teniendo contactos personales con él —decía— es su asociado y ha de ser considerado y tratado como un judío». Por la misma época, Klemperer describe como «un acto de valentía» el que una conocida no judía le hable en el tranvía, pues la radio «previno contra todo contacto con judíos».[57] Después del otoño de 1941, los alemanes que hasta entonces tenían palabras amistosas para con un vecino judío o le proporcionaban comida procedieron con más cautela. Por tanto, fue en su mayor parte en silencio como los alemanes, dondequiera que los judíos vivieran, observaron a la policía deportar a sus vecinos.

Con todo, aquí y allá, se juntaron multitudes de alemanes para increpar a la SS y discutir las deportaciones, como revela un informe de la policía secreta sobre Detmold de julio de 1942:

> Es posible señalar que un gran número de amigos de las personas de mayor edad por lo general criticaron la medida de transportar a los judíos fuera de Alemania. Toda clase de justificaciones se dieron, de forma más o menos abierta, para adoptar una posición contraria al traslado. Se dijo que los judíos en Alemania estaban condenados a extinguirse vista la situación ... Incluso aquellos camaradas que habían demostrado sus convicciones nacionalsocialistas se pusieron de parte de los judíos, a pesar incluso de que ello iba en contra de sus intereses. De entre aquellos fieles a la Iglesia vino la advertencia de que «el pueblo alemán tendrá que afrontar un día el juicio de Dios». Los nacionalsocialistas incondicionales intentaron aclarar a aquellos que pensaban diferente que la operación estaba justificada por completo y que se la necesitaba con urgencia, pero se los contradijo con el argumento de que los judíos ancianos no podían hacernos ningún daño ya, pues no podían siquiera «herir a una mosca».[58]

En este caso, parece claro que la mayoría de los espectadores se oponían a la segunda oleada de deportaciones, conformadas mayoritariamente por judíos de avanzada edad, y que algunas personas de la multitud intentaron convencer a las demás utilizando argumentos fundados en principios morales, lo que lleva al informante a pensar que se trata de gente religiosa, sentimental o, en cierto modo, anticuada, o proponiendo ideas más utilitarias sobre la extinción de los judíos ancianos, lo que podría tener más sentido para los partidarios del régimen nazi.

La oposición a las operaciones antisemitas realizadas por las fuerzas de seguridad tuvo que ser en ciertos casos lo bastante intensa como para que éstas, desconcertadas, optaran por falsificar sus informes, como sucedió en Bielefeld, donde la «aprensión» de la población se convirtió en «apreciación».[59] Sin embargo, otros informes indican que en su marcha a las estaciones de tren las columnas de judíos eran recibidas con satisfacción. Los niños los abucheaban (Klemperer refirió que los miembros de las Juventudes Hitlerianas eran los que peor lo atormentaban), pero los adultos también despedían a los judíos con adioses horribles: «¡Mira a esos descarados judíos!»; «Ahora van camino del gueto»; «¡Sólo son un atajo de parásitos inútiles!». Estas sucias frases completaban el cinismo gélido de las autoridades alemanas que los habían acorralado «vosotros Saras e Israeles», se habían reído del destino del «pueblo elegido» y los habían despachado como cargamento humano. Frank Bajohr sostiene que las deportaciones fueron acontecimientos extraordinarios en poblaciones encerradas en su historia local, lo que de algún modo permitió a los residentes transgredir las reglas normales de la interacción social.[60]

No obstante, los sentimientos antisemitas estaban mucho más arraigados de lo que eso sugiere; el hostigamiento racial siempre atrajo a multitudes en el Tercer Reich, desde la humillación de los judíos en las primeras semanas del régimen, a los castigos infligidos a las mujeres alemanas acusadas de acostarse con polacos y otras personas consideradas racialmente inferiores durante la guerra y el abucheo de los deportados. Incluso después de la guerra, cuando el alcance del Holocausto era de conocimiento público, muchos de los alemanes entrevistados por los estadounidenses seguían aferrándose a sus viejas posiciones. Aunque el asesinato de los judíos era un *Kulturschande*, una vergüenza, un estudiante de medicina de Múnich explicaba: «yo sí pienso que durante la guerra habría sido del todo correcto tener a los judíos alemanes *internados*, de otro modo, como es obvio, hubieran obstaculizado el esfuerzo bélico debido al trato que habían recibido antes del conflicto». En otras palabras, la persecución de los judíos antes de 1941 justificaba su deportación después de 1941. «La mayoría de los judíos, como usted sabe —insistía una alemana que había sido enfermera de la Cruz Roja en Kempten—, peleaban contra el nacionalsocialismo, y en época de guerra eso no podía tolerarse.»[61]

Los alemanes no fueron meros espectadores. Como señala Christopher Browning, «en el más alto nivel, los Ministerios de Hacienda, de Relaciones Exteriores y de Transporte habían participado con entusiasmo. En el nivel local, los alcaldes de los pueblos se aseguraron de que su puñado de judíos se incluyera en las deportaciones, las señoras de la limpieza recibieron pagas extra por encargarse de desnudar y registrar a las deportadas» y la Cruz Roja proporcionaba comida y bebidas calientes a los guardias de la SS que acompañaban los transportes.[62] El 29 de noviembre de 1941, en Nuremberg, efectivos de la Gestapo, sus secretarias y las señoras de la limpieza se reunieron para celebrar una fiesta después de despachar con éxito a los primeros mil judíos deportados de la ciudad. Mientras un tabernero local servía las bebidas, el grupo picaba de la comida sustraída a los judíos que habían sido evacuados, se rifaban artículos encontrados en los bolsos robados y bailaban la polca acompañados por música de acordeón.[63] Once judíos de este transporte sobrevivieron al Holocausto. En Detmold, los funcionarios civiles actualizaron los archivos registrando las nuevas direcciones de los antiguos residentes judíos: «partió con destino desconocido», «partió al Este». El expediente de un deudor se cerró en julio de 1942 porque el encargado del caso dio por sentado que «Steinweg nunca regresará a Detmold».[64]

Todavía más asombrosas fueron las subastas públicas en las que se distribuían los bienes expropiados a los judíos alemanes. El conocimiento acerca de estas subastas se suprimió de forma tan completa en los años de la posguerra que apenas en el último decenio los historiadores han empezado a comprender su alcance. Dado que el patrimonio de los judíos que cruzaban la frontera de Alemania pertenecía al Estado, de acuerdo con las oportunas leyes promulgadas en noviembre de 1941, las autoridades locales y federales mantuvieron una correspondencia de ida y vuelta acerca de los bienes con el fin de requisarlos para sus propósitos. Los funcionarios civiles de Württemberg, por ejemplo, estaban interesados en el magnífico botín que repentinamente había quedado disponible en la ciudad de Baisingen: «La cómoda silla del doctor Schmal quizá no sea adecuada para la oficina principal; sugiero en cambio que cojamos la silla de felpa de Wolff así como el diván de Ebert, que es particularmente bonito». Después de que el mobiliario de primera clase perteneciente a Schmal, Wolff y Ebert hubo sido saqueado, se dio a los alemanes normales y corrientes la oportunidad de apropiarse de lo que quedaba. Algunos ciudadanos incluso intentaron adelantarse a las deportaciones y reservar con antelación artículos que les resultaban deseables. Los judíos todavía vivían en Baisingen cuando el 11 de mayo de 1942 funcionarios de Hacienda celebraron una subasta pública, directamente en el exterior de una de las casas más grandes, para ofrecer toda clase de enseres y utensilios domésticos a cambio de efectivo. Dado que los bienes de los judíos por lo general tenían fama de ser de alta calidad y los alemanes tenían dinero pero no mucho en qué gastarlo, en la ciudad abundaban los interesados. Otros habitantes de Baisingen se sintieron horrorizados por el suceso. Muchos años después una mujer recordaba haber pedido a su madre que se fijara en la excelente ropa blanca que había a la venta: «No, no, ella no hubiera podido usarla —contaba la hija cuarenta años después—; no hubiera sido capaz de dormir sobre ella, no hubiera vuelto a tener descanso».[65]

Pese a este ejemplo, las multitudes se apiñaban alrededor de las pertenencias de los judíos. «Hay que cerrar con llave las puertas —anotaba Victor Klemperer en diciembre de 1942— porque esto es un hervidero de gente que recorre la casa viendo las cosas.» Las «cosas» eran las pertenencias de los Jacoby, que acababan de ser deportados de la «casa judía» en la que también vivían los Klemperer. Las obras de arte y las antigüedades propiedad de los Jacoby eran apenas una fracción de los bienes robados por las autoridades alemanas. Se necesitaron treinta mil vagones de carga para transportar a Alemania los bienes requisados a los judíos de Europa

occidental. La mayoría de éstos se destinaron a las ciudades que habían sido bombardeadas por los Aliados. Una nota en la *Oldenburger Staatszeitung* anunciaba una venta a celebrarse en la taberna de Strangmann el domingo 25 de julio de 1943: «Porcelanas, artículos esmaltados, camas y ropa blanca a la venta». Los ciudadanos víctimas de los bombardeos tenían el privilegio de ser los primeros en elegir, a las cuatro de la tarde, luego venían «las familias numerosas y los recién casados», a las cuatro y media, y para terminar el resto de la población, a partir de las cinco. Dado que gran parte del botín procedía de Holanda, los habitantes de Oldenburger se referían a los artículos como «enseres holandeses».[66] ¿Cuántas personas participaban en estas subastas? Frank Bajohr calcula que, nada más en Hamburgo, los enseres de treinta mil hogares judíos de Alemania y Europa occidental terminaron repartidos en unos cien mil hogares arios.[67] Un número considerable de alemanes, aunque sin duda no la mayoría, descansó en sillas y durmió sobre sábanas que alguna vez pertenecieron a sus vecinos judíos.

La terrible destrucción provocada por los bombardeos aliados hizo que fuera más fácil desposeer a los judíos de sus pertenencias, una acción justificable tratándose de quienes, se decía, eran parcialmente responsables de los ataques. Las subastas ofrecían una oportunidad inesperada para adquirir artículos de alta calidad difíciles de conseguir en una economía de guerra cada vez más espartana, pero también constituían una manifestación de la sensación de derecho que los alemanes terminaron sintiendo con relación a los judíos que, creían a medias, acababan de bombardearles. Sin embargo, el que los alemanes prolongaran estas fantasías y redujeran a los judíos al crudo estereotipo racista del conspirador internacional era un indicio de que estaban enterados de las deportaciones y las masacres por las que los judíos, en este escenario retorcido, buscaban ahora vengarse.

Es necesario desmontar la asociación de los judíos con los bombardeos aéreos aliados. En 1941, la destrucción relativamente leve que causaron los primeros ataques aéreos realizados por los británicos había servido como punto de partida para que algunas ciudades del oeste de Alemania solicitaran que se deportara a sus judíos. Para mediados de 1942, cuando más de la mitad de los judíos del país ya habían sido deportados y se habían producido los primeros bombardeos de gran envergadura contra Hamburgo y Colonia, el argumento se invirtió, y se culpó a los judíos de los bombardeos, lo que a su vez sirvió para justificar su desposesión y deportación. Ahora bien, lo que resulta interesante es que

mientras que la propaganda del régimen se limitaba a acusar de los ataques a la judería internacional, en la calle las conversaciones iban más lejos y acusaban a los judíos que, desde sus posiciones de poder en el extranjero, se estaban vengando de Alemania por el trato cruel del que habían sido objeto. O si no, se decía que los Aliados estaban castigando a Alemania, o que Alemania estaba siendo castigada en alguna especie de ajuste de cuentas divino, por perseguir a los judíos. Con esta idea de represalia, la opinión pública estableció un vínculo entre lo que había ocurrido a los judíos y lo que estaba pasando a los alemanes. Incluso circularon rumores de que ciudades como Wurzburgo no habían sido bombardeadas porque en 1938 se había respetado las sinagogas locales (lo que no era cierto: todas las siete sinagogas de Wurzburgo habían sido destruidas o dañadas durante el pogromo) o de que la ciudad había pasado a ser vulnerable desde el momento en que había deportado a su último residente judío, el cual, se decía, se había pronunciado en este sentido antes de partir.[68] Estas leyendas urbanas podían ser el vehículo de críticas de las deportaciones, y en algunos casos efectivamente lo fueron. Y a pesar de que los ataques aéreos se intensificaron y causaron cada vez peores daños, el crimen de Alemania con el que implícitamente se los relacionaba siguió siendo lo bastante grande como para mantener la equivalencia hasta el final de la guerra. En este escenario enloquecido, nunca nadie dijo que los judíos estaban exagerando al infligir tanta destrucción. Sin embargo, aunque las reacciones populares a los bombardeos aliados revelaban una conciencia culpable del trato dado a los judíos, la relación establecida entre la persecución y los bombardeos también permitía a los alemanes aliviar su culpa, pues ellos también se habían convertido en víctimas. Cuando se trataba de los judíos, muchos alemanes se dejaban bombardear para tener la conciencia tranquila.

En otras versiones, los alemanes culpaban a los judíos de trabajar directamente en su contra, creyéndolos tan poderosos que no eran otra cosa que las caricaturas nazis de la conspiración judía mundial. En sus «entrevistas de salida» del Tercer Reich, los informantes alemanes constantemente sacaban a colación el poder del capital judío. «La razón por la que Alemania perdió la guerra —sostuvo un ama de casa de treinta y ocho años de Hamburgo a la que los entrevistadores estadounidenses habían clasificado como "anti nazi"— es que Alemania persiguió a los judíos ... y los judíos tienen el Capital. Todo el mundo lo sabe.»[69] La fórmula final fue una creación del Tercer Reich. «No podíamos ganar esta guerra», insistía un carpintero de Múnich al comenzar su larga lista de

explicaciones, la primera de las cuales era que «hubo una persecución contra los judíos que volvió en nuestra contra a todos los judíos del mundo». Según un ama de llaves que se declaraba nazi, el partido había cometido un error táctico: «¿Usted cree que los estadounidenses, que siempre se han mantenido unidos a los judíos, habrían bombardeado nuestras ciudades si hubieran sabido que había judíos viviendo en ellas?».[70] Su idea implícita era que los alemanes debían haber mantenido a los judíos en las ciudades como rehenes, una idea que estuvo en circulación a lo largo de todo el conflicto. Sin embargo, pese a todos sus errores garrafales, si algo supieron hacer los nazis fue, evidentemente, enseñar bien sus lecciones racistas pues, en la mente de incontables civiles, los judíos alemanes aparecían como una poderosa y amenazadora fuerza, internacional, casi americanizada. Los vecinos judíos se habían convertido en una abstracción peligrosa y aterradora, «el judío», una percepción que los nazis habían buscado inculcar todo el tiempo. Entre los centenares de entrevistas almacenadas en College Park, Maryland, la fuente más próxima a hablar acerca de un judío particular es un individuo de apellido Rothschild, quien reconoce simpatizar con los judíos por el hecho de que constantemente se le confundía con uno: «por esto terminé compadeciéndome del sufrimiento de los judíos más de lo que quizá hubiera hecho en otras circunstancias».[71]

Una vez que se deportó a los judíos alemanes y sus bienes se subastaron, los alemanes en gran medida se olvidaron de ellos excepto, quizá, como el coco de la guerra aérea. Después de 1943, la propaganda antisemita del régimen se redujo, pues el «problema judío» había sido resuelto en términos generales. Sólo contadas personas intentaron imaginar o precisar el destino de sus vecinos como Ruth Andreas-Friedrich hizo en Berlín. Su honesto deseo de humanizar el destino de sus amigos se tradujo en una honesta incapacidad para entender el alcance del crimen que los nazis habían cometido. «Este horror es tan inconcebible que la imaginación se rebela a aceptarlo como una realidad», escribió en febrero de 1944:

> Alguna especie de contacto se ha roto aquí; alguna conclusión sencillamente resulta imposible de alcanzar. No es a Heinrich Muehsam al que están enviando a la cámara de gas. No pueden ser Anna Lehmann, Margot Rosenthal o Peter Tarnowsky los que cavan una tumba en algún descampado remoto bajo el látigo de la SS. Y ciertamente no la pequeña Evelyne, que con cuatro años de vida estaba orgullosísima de haberse comido una pera. No, Evelyne Jakob murió de una manera diferente de esos tormentos; murió de manera más humana, más comprensible, más imaginable.[72]

Con su negativa a aceptar lo que estaba pasando apelando al hecho de que no debería estar pasando, esta entrada del diario es clara como cualquier otro texto escrito por alemanes no judíos sobre lo que significaba la «solución final» en el momento en que estaba teniendo lugar. Andreas-Friedrich habla directamente de cámaras de gas, no de camionetas de gas o túneles. Pero al mismo tiempo vincula este conocimiento específico con el cavado de tumbas y, por ende, con las ejecuciones en masa perpetradas en campos y bosques. Las noticias del frente oriental en el verano y otoño de 1941 y los rumores sobre la matanza de los judíos berlineses en Riga en noviembre de ese mismo año estructuraban lo que la mayoría de los alemanes sabían acerca del Holocausto antes de 1945. Los alemanes se imaginaban Babi Yar, pero no Auschwitz, a pesar de las referencias directas a los campos de exterminio en las transmisiones de la BBC en junio de 1942 y, de nuevo, en junio de 1944. (Karl Dürkefälden fue una excepción: en vista de lo que su cuñado había contado sobre las masacres que se estaban cometiendo en Rusia en 1941 y lo que el mismo Hitler había dicho sobre el «exterminio» de los judíos en 1942, él sí creía en los informes de la BBC sobre las muertes con gas.)[73] Este marco cognitivo mantuvo las acciones antisemitas ligadas a sucesos o masacres específicas, no a un proceso centralizado de exterminio como el que realmente estaba teniendo lugar.

Incluso una periodista tan informada como Ursula von Kardorff, atenta a los crímenes del régimen y con conexiones en los círculos de la resistencia, no había oído nada de Auschwitz hasta que finalmente se enteró de la enormidad del genocidio a través del *Journal de Genève* en diciembre de 1944. Encerrada en un lavabo, pronunció el nombre poco familiar: «Se dice que el campo se encuentra en un lugar llamado Auschwitz». Cribando las pruebas, señaló que «el artículo parece serio, no sonaba como un intento de hacer propaganda con las atrocidades». Lo que había leído era un informe de segunda mano basado en el testimonio de dos judíos checos, Rudolf Vrba y Alfred Wetzler, que en abril de 1944 escaparon de Auschwitz con detalles concretos sobre el proceso de exterminio y una etiqueta de una lata del gas Zyklon B. Aunque los prisioneros de Auschwitz esperaban que la ayuda de los Aliados llegara durante la primavera y verano de 1944 («había pasado casi un mes desde la fuga»), lo que habría sido una confirmación de que Vrba y Wetzler habían logrado su cometido, el informe no llegó al Congreso Mundial Judío y la Cruz Roja Internacional en Suiza hasta el mes de junio. El periódico suizo que Kardorff leyó en Berlín seis meses más tarde propor-

cionaba detalles sobre el exterminio (la BBC había difundido un resumen a finales de junio de 1944): «Es evidente que se está gaseando de forma sistemática a los judíos. Se les conduce a un gran cuarto de baño, supuestamente para ducharse, y luego se introduce el gas a través de conductos invisibles, así hasta que todos han muerto. Luego los cuerpos se incineran». Kardorff escribió después en su diario: «¿Tengo que creer ahora en este horrible reportaje?».[74] Su comentario es al mismo tiempo extraño y típico de la actitud de sus compatriotas. La periodista parece haberse detenido para considerar las consecuencias que el conocimiento acerca de Auschwitz tendrá para ella, en tanto alemana, es de suponer. Incluso para esta antinazi, resultaba aterrador contemplar el modo en que debía repensar su autobiografía, el servicio militar de sus hermanos y la historia de su prominente familia y el país en general. (Llegado el momento esta dificultad daría lugar a la observación de que los alemanes nunca perdonaran a los judíos por Auschwitz.)

Al viajar por Alemania en el otoño de 1944, René Schindler detectó una sensación creciente de vergüenza, que atribuyó no sólo a las derrotas militares de la nación sino a las transmisiones radiales extranjeras sobre el destino de los judíos europeos. No obstante, era posible lavar esa vergüenza con maniobras defensivas. «En las discusiones sobre este tema una y otra vez se hace hincapié en el papel primordial del partido —comentó Schindler—; se diferencia con claridad a la SS y la SD, la Gestapo ... de la Wehrmacht, por ejemplo.»[75] Incluso antes de que la guerra hubiera terminado, las preguntas acerca de la complicidad se respondían con una distinción insostenible, pero que servía para tranquilizar conciencias, entre los alemanes buenos y los nazis malos, entre los virtuosos esfuerzos de los patriotas y las acciones secretas emprendidas en «la noche y la niebla». El conocimiento acerca del Holocausto se percibía como un ataque directo contra la identidad alemana.

En resumen, había un conocimiento general acerca de las deportaciones ligado a informes de primera mano sobre las masacres generalizadas de civiles desarmados en la Unión Soviética. En consecuencia, el conocimiento sobre el Holocausto estaba en gran medida contenido por el conocimiento sobre las ejecuciones en masa en el frente militar. En los primeros años de la década de 1940 muchos alemanes conocían algunos hechos brutales: la inclusión de mujeres y niños en las filas de los judíos inocentes asesinados, el procedimiento de dejar a las víctimas desnudas al borde de las fosas y, asimismo, las dimensiones de masacres como la de Babi Yar. También entendían que había «alemanes normales y co-

rrientes» involucrados en las matanzas debido a que prestaban servicio en la Wehrmacht. Sin embargo, a falta de un conocimiento específico sobre Auschwitz, era posible considerar las masacres como acontecimientos y episodios puntuales, estallidos similares a pogromos en una guerra brutal que no tenían el carácter de un exterminio sistemático o estandarizado y que, era de esperarse, dejarían con vida a muchos de los judíos deportados. Fuera de Polonia, los observadores judíos de la época tendían también a ver la matanza de judíos como pogromos, los cuales, como demostraba un historial de siglos de persecución, podían destruir comunidades enteras pero no extinguir una civilización. Incluso Victor Klemperer nunca llegó a la conclusión definitiva de que el principal objetivo de la deportación de judíos desde Dresde era su eliminación. Los rumores sobre el uso de gas venenoso eran demasiado vagos para desplazar la imagen dominante de los fusilamientos que tenían lugar en territorios remotos del Este.

Una segunda cuestión: la mayoría de los alemanes probablemente se oponía a la deportación de sus vecinos judíos, pero esa oposición terminó siendo acallada por el surgimiento de la imagen abstracta del judío como una fuerza monolítica y peligrosa precisamente en el momento en que los reveses militares y los bombardeos aéreos empezaban a ocupar sus pensamientos. El efecto de ello fue una indiferencia creciente hacia el destino de los judíos. Las dificultades que marcaron el desarrollo de la guerra después de 1941 también contribuyeron a facilitar la participación de los civiles en las subastas de bienes procedentes de hogares judíos, pues habían empezado a verse como víctimas de una guerra en la que los judíos bien podían estar desempeñando algún tipo de papel nefasto. Las opiniones sobre los judíos muy probablemente cambiaron a lo largo de la confrontación bélica, de modo que los alemanes que en 1941 se oponían a la captura de sus vecinos judíos en la calle posiblemente terminaron aceptado los crudos estereotipos raciales del nazismo e, incluso, aprobando el traslado de la población judía una vez que la guerra aérea empezó a infligir graves daños al país después de 1943. Una vez terminada la guerra, las encuestas confirmaron que un segmento grande de la población alemana había terminado estando de acuerdo con las premisas básicas en las que se fundaban las políticas nazis sobre los judíos.[76]

En junio de 1942, cuando Walter Kassler regresó a su hogar en Celle disfrutando de un permiso tras prestar servicio en la Unión Soviética, su cabeza era un enredo de ideas contradictorias sobre las operaciones genocidas de las que había sido testigo en el Este. «Walter subrayaba de

forma repetida: "Podemos alegrarnos de no ser judíos".» Así hablaba el guerrero victorioso y arrogante, pero Kassler se encontraba ahora en casa con su hermana y su cuñado y, probablemente, necesitaba ofrecer algo más cercano a una justificación moral. «Al principio no lo entendía —explicó—, pero ahora lo sé; es una cuestión de existir o no existir.» No obstante, su cuñado, Karl Dürkefälden, el viejo socialdemócrata, insistió: «Pero eso es asesinato». No había duda alguna de que el resto del mundo consideraba un crimen el fusilamiento de civiles desarmados, y el comprenderlo obligo a Kassler a evaluar brevemente las acciones de los alemanes desde la perspectiva del enemigo. Ésta fue su respuesta: «Ciertamente se ha llegado tan lejos que, en caso de que perdamos la guerra, ellos nos harán a nosotros lo que nosotros les hemos hecho a ellos».[77] El perpetrador comprendía su crimen al considerar la posibilidad de ser derrotado y, por tanto, tenía que comprometerse con la consecución de la victoria para que el crimen no fuera a ser revelado y poder así escapar al castigo.

En los últimos y terribles años de la guerra, la tenacidad extraordinaria de los soldados alemanes se fundaba en parte en este compromiso. Goebbels llegó a la misma conclusión después de la derrota en Stalingrado. El asesinato de tantísimos judíos hacía que no hubiera marcha atrás: «Y eso es algo bueno. La experiencia demuestra que cuando un movimiento y un pueblo han quemado las naves tras ellos luchan con una determinación mucho mayor que aquellos que todavía pueden retirarse».[78] En otras palabras, los crímenes contra los judíos proporcionaban a los alemanes la voluntad para alcanzar la victoria que los propagandistas británicos habían descrito de forma apropiada, en un juego sobre el movimiento «Fuerza a través de la alegría», como «Fuerza a través del miedo». El conocimiento del Holocausto se vio reforzado por el intento de los nazis de que la población alemana entendiera que se habían quemado las naves y que no había otra alternativa que luchar.

PERPETRADORES Y VÍCTIMAS

«¿¿¿Qué clase de destino nos aguarda a nosotros y a Alemania??? ¿Hemos de ser derrotados por completo de nuevo? ¿¿¿Puede el cielo permitir nuestra destrucción??? A un pueblo tan fiel y valiente sencillamente no puede *permitírsele* hundirse, incluso aunque se hayan cometido errores, pues los otros también han cometido errores ... No ha habido nunca

un pueblo que haya acometido logros tan grandiosos; sencillamente no podemos ser aniquilados. Tenemos el mismo derecho de vivir que cualquier otro pueblo. ¿Por qué hemos de ser los únicos subyugados?»[79] Lore Walb, ahora una mujer de veintitrés años, confiaba así su desesperación a su diario a finales de noviembre de 1942, después de que las tropas alemanas hubieran entregado Tobruk, en el Norte de África, y se hubieran descubierto sitiadas en Stalingrado. El hundimiento que temía no era la destrucción física que amenazaba a los deportados judíos, quienes también se preguntaban por qué estaban condenados a morir y no podían vivir. Lo que la abrumaba era la perspectiva del derrumbamiento de la nación. Walb volvía sobre el relato de la redención de Alemania desde el desastre que, creía, se había abatido sobre el país en 1918, cuando, según la versión nazi, el frente interno había cedido, hasta el renacimiento que los alemanes habían alcanzado gracias al nacionalsocialismo. Alemania era al mismo tiempo una víctima acosada, tanto en 1942 como en 1918, y el sujeto redimido de su propia historia, que había conseguido dominar mediante la fe y el valor. En medio de la conmoción provocada por la derrota, Walb y millones de alemanes más intentaban de forma desesperada evitar que se repitiera la catástrofe de 1918, que acechaba como un peligro persistente y cercano.

En Francia, donde estaba apostado con su unidad, el soldado Heinrich Böll, que diez años después emergería como un novelista dotado, había llegado a conclusiones similares. Sin mencionar Stalingrado, Böll escribió a su esposa, Annemarie, bajo la sombra de la batalla en diciembre de 1942: «La guerra está adoptando gradualmente una forma gris, despiadada, no ya tan victoriosa ... o emocionante como al principio; se ha hecho dura y encarnizada». Como muchos otros soldados, proseguía contemplando la posibilidad de la derrota. «Dios mediante —esperaba—, todo saldrá bien. Sería terrible si una vez más es por nada ... si en un sentido puramente político todo ha sido en vano para nuestro pueblo. Ya hemos tenido por lo menos veinte años amargos, pobres e infelices desde Versalles.» Böll no era un nazi, pero amaba su país y no podía imaginar a Alemania perdiendo «la libertad» que los nazis habían ganado para ella: «hemos llegado a conocer la libertad ... pero la paz, la paz no la conocemos todavía». Después de Stalingrado, tenía la impresión aterradora de que los franceses volvían a verle como uno de los vencidos; meditaba sobre su propia desintegración. «Los franceses han inventado una nueva treta —contaba— que, cuando la vi por primera vez, me golpeó como una tonelada de ladrillos. El efecto realmente es asombroso; simplemente es-

criben 1918 sobre los muros, sólo esa combinación de números sin ningún comentario, apenas esa cifra opresiva»: 1918.[80]

En estos planteamientos, los nazis y los alemanes no eran iguales, pero los nazis aparecían como aquellos que habían hecho posible que la nación se recuperara, una recuperación que continuaba siendo el objeto de los cuidados y deseos de sus ciudadanos. El contraste resultante de comparar el derrumbamiento producido en 1918 y la situación actual mostraba la legitimidad básica de la revolución nacional de 1933 y la «nueva época» que había inaugurado. Los soldados querían que la guerra terminara, y al igual que los civiles manifestaban la consternación que les producían muchos aspectos del régimen nazi, pero ni los soldados ni los civiles podían imaginar la pérdida de la Alemania que, según creían, los nazis habían recuperado. El año 1918 representaba no sólo la derrota militar, sino el total caos político y moral, el fin de la vida nacional colectiva. El año 1933, en cambio, representaba la recuperación de la vida nacional gracias a las virtudes de la disciplina, la unidad y la autoridad. Dicho de otra manera, después de años de confrontación bélica, es posible que los años anteriores a 1939 se terminaran viendo como una época prospera, normal y tan profundamente alemana que en 1942 los alemanes podían amar el Tercer Reich al tiempo que despreciaban a los nazis. En este sentido, la idea de Alemania se había nazificado y arianizado de forma encubierta. La mayoría de los alemanes prefería ganar la guerra y mantener a los nazis en el poder que perder tanto la guerra como a los nazis. Eran muy pocos los que ponían sus esperanzas en la derrota de Alemania. (Un mordaz sastre berlinés, Hugo B., era una excepción: «Todos los días la misma mierda. Nada para comer, nada adecuado para beber, no *schnapps*, no cigarrillos, no placer, no variedad. Y la guerra simplemente prosigue... Antes de que esta estúpida raza humana entre en razón hay que sacrificar a los obligatorios millones. Así es como ocurrió en la primera guerra mundial. Pero entonces, mataos vosotros. ¡Y besadme el culo!». Otra, el teólogo Dietrich Bonhoeffer: «Rezo por la derrota de mi país», escribió en 1944.)[81]

En su lamento, Lore Walb habla de «errores». En un diario en el que no aparece nunca la palabra «judío», no resulta claro en qué consisten esos errores, pero es difícil creer que puedan ser algo distinto de la deportación de los judíos alemanes o el trato infligido a las poblaciones de los territorios ocupados en general. Los «errores» aparecen cuando exclama que la nación alemana «sencillamente no puede» hundirse. Walb invoca un tribunal divino de la historia en el que los alemanes no deben hundir-

se a pesar de sus errores. En otras palabras, abraza tanto la nación como el conocimiento culpable que la acompaña. En los últimos años de la guerra, muchos alemanes terminaron dándose cuenta de que Alemania había cometido un crimen enorme (y fueron más claros al respecto que Walb) y empezaron a preocuparse por la posibilidad de que si Alemania se hundía lo haría como consecuencia de ese crimen. En la medida en que los alemanes no querían ver la derrota de su país, y como hemos señalado muy pocos lo querían, escogieron vivir con Alemania y con el conocimiento de sus crímenes. Walb no estaba en absoluto sola: en el Tercer Reich, en lo que Susanne zur Nieden denomina un «pacto autobiográfico» con el nacionalsocialismo, los diaristas por lo general optaron por evitar el tema de los judíos.[82] Si el término responsabilidad colectiva es apropiado en algún sentido, y mi opinión es que huimos de él con demasiada rapidez, es apropiado no porque todos o la mayoría de los alemanes fueran perpetradores sino porque, en la conmoción de la derrota, se revelaron dispuestos a enterrar el conocimiento de los crímenes contra los polacos, los rusos, los judíos y los gitanos con el fin de que la Alemania nazi pudiera sobrevivir. La vergüenza venció a la culpa.

La conmoción de la derrota no era el temor a la derrota militar en sí, que fue absoluta e incondicional en mayo de 1945, sino la comprensión, después de que las victorias relámpago terminaran en la caída de 1941, de que Alemania podía perder la guerra y ser destruida. Cuándo exactamente se experimentó esta conmoción fue algo que varió de una persona a otra. Walb empieza a inquietarse en una fecha tan temprana como diciembre de 1942, cuando los alemanes se estancaron enfrente de Moscú. «Todavía creo en la victoria; la victoria será nuestra porque tiene que ser nuestra, pues, a fin de cuentas, ¡queremos vivir!»[83] Para la mayoría de los alemanes, la conmoción llegó con la Batalla de Stalingrado, donde el Sexto Ejército alemán fue aniquilado y noventa mil soldados fueron hechos prisioneros en el invierno de 1943. Fue en esta época cuando los alemanes empezaron a considerar la posibilidad de la derrota y a cuestionarse su lealtad a Hitler. Algunos pensaban que Hitler ya no estaba mentalmente bien. En el verano de 1943, los acontecimientos empeoraron: los Aliados habían desembarcado en Sicilia, Mussolini había sido derrocado y los bombardeos angloamericanos golpeaban sin descanso las ciudades alemanas. Dejó de ser posible contener historias enloquecidas acerca del «suicidio de Goebbels» o la «caída de Göring» que circulaban a lo largo y ancho del imperio.[84] Para el otoño de 1944, cuando las tropas soviéticas habían alcanzado las fronteras orientales del imperio alemán y

las fuerzas británicas y estadounidenses estaban acercándose a las occidentales, el pueblo alemán se había vuelto profundamente pesimista. La confianza en la supervivencia de Alemania se erosionó con rapidez hasta desmoronarse por completo después de la ofensiva final de los soviéticos el 12 de enero de 1945. Sin embargo, en medio de todos estos problemas, prácticamente no hubo oposición política al régimen hasta el final de la guerra. La legitimidad básica del Tercer Reich se mantuvo intacta porque los alemanes no podían imaginar una alternativa deseable al nacionalsocialismo. Las inestables e inconfundibles fluctuaciones de pesimismo y optimismo después de Stalingrado daban cuenta del ánimo del pueblo alemán, pero no socavaron el respaldo de la mayoría de éste al esfuerzo bélico. Más aún, la mayoría de los alemanes se involucraron todavía más con el sistema una vez se aceptaron los dictados feroces de la guerra total. Apostaron por la supervivencia de la Alemania nazi, enterraron su conocimiento de los crímenes cometidos por ésta y prendieron fuego a sus naves morales e intelectuales.

El compromiso de proseguir la lucha antes que perder la guerra se marchitó finalmente a lo largo el invierno y la primavera de 1945, cuando nazis fanáticos exhortaban al pueblo alemán a combatir hasta la muerte para que la idea de una nación alemana erguida perdurara en la historia. No obstante, sin llegar a este sacrificio suicida y pretendidamente redentor, los alemanes en su conjunto demostraron un compromiso extraordinario con el nacionalsocialismo en la guerra. Ni siquiera las pruebas del descontento existente en los más altos niveles del estamento militar, descontento evidente en el intento fallido de asesinar a Hitler el 20 de julio de 1944, lograron resquebrajar la legitimidad del régimen. De hecho, el complot benefició más al régimen de lo que lo dañó. Los dos colectivos, los alemanes y los nazis, estaban tan enredados entre sí que después de la guerra las personas normales y corrientes nunca trataron a los asesinos como tales; ni purgaron sus vecindarios de perniciosos funcionarios nazis locales. En lugar de ello, la mayoría de los alemanes optó por amnistiarse. La conciencia de que «los criminales están *unter uns*» en todos los niveles de la sociedad explica por qué en el Bundestag una mayoría abrumadora votó a favor de una amnistía judicial a comienzos de la década de 1950 y por qué esta ley encontró un respaldo tan amplio entre la opinión pública alemana. A fin de cuentas, ¿qué iba a hacer la familia después de 1945 con el padre repatriado que durante la guerra había estado escribiéndole a sus hijos: «Podéis confiar en vuestro papito. Él piensa en vosotros todo el tiempo y no se la pasa disparando de forma in-

discriminada»?[85] Los veteranos regresaron a sus hogares con un conocimiento espeluznante, tóxico, que volvió a salir a la superficie en la posguerra en la carrera por amnistiarlos a todos, con excepción de un reducido grupo de criminales nazis en lo más alto de la jerarquía.

Cuando los alemanes finalmente cortaron con Hitler, los nazis y el Tercer Reich, no lo hicieron movidos por una valoración sobria de la imposibilidad de la victoria, algo que para la mayoría de la población debía de ser bastante claro en 1944. Los alemanes se distanciaron del Tercer Reich animados por la sensación de haber sido traicionados. En las «entrevistas de salida» que los estadounidenses llevaron a cabo en la primavera y el verano de 1945, los informantes alemanes por lo general describían su relación con los nazis de dos formas. Quienes se oponían al régimen, en particular los trabajadores de edad avanzada y los católicos, hacían hincapié en sus diferencias ideológicas radicales con el nacionalsocialismo, que ciertamente eran mucho más acusadas en 1945 que en 1940. Con frecuencia sonaban irónicos y resultaba claro que habían estado pensando en estas cuestiones durante algún tiempo. «En lugar de seis millones de desempleados ahora hay aproximadamente quince millones de muertos», escribió con lucidez Franz Göll.[86] El otro tipo de respuesta de los sujetos entrevistados por los americanos era el de quienes se quejaban de haber sido traicionados por los dirigentes nazis y engañados por la propaganda y las mentiras. Éstos constituyen las voces vagas, melodramáticas, casi histéricas de los antiguos partidarios del régimen que conformaban la mayoría de la población alemana. Su sensación de haber sido traicionados descansaba en una intensa identificación con el Tercer Reich hasta el momento del abandono final, cuando quedó expuesta la incapacidad de los nazis para estabilizar los frentes y defender el país, vengar los ataques aéreos de los Aliados con algún superarmamento y contar, en la última etapa de la guerra, con algo diferente del ejército andrajoso de muchachos y ancianos que se movilizaron en el *Volkssturm*, las unidades defensivas formadas bajo el mando de la SS. La rabia ante el hecho de que la insistencia de los nazis en la invencibilidad de Alemania hubiera causado la pérdida de miles de vidas contribuye a explicar por qué tantísimos alemanes fueron capaces de apoyar al régimen durante tanto tiempo y luego, en un instante, ya fuera en marzo, abril o mayo de 1945, empezaron a rechazar a los dirigentes nazis. En consecuencia, los alemanes terminaron percibiéndose como las víctimas de una historia cruel, en la que una serie de catástrofes, desde Stalingrado hasta los bombardeos aéreos contra las ciudades alemanas, el despla-

zamiento de millones de personas desde Alemania oriental y, finalmente, la ocupación del país por los ejércitos extranjeros, se combinaban para destruir la existencia cotidiana.

Esta sensación de traición, la percepción de que habían sido engañados y manipulados por completo, dificultó el que los alemanes examinaran más tarde sus propias historias de los años 1918-1945. Era difícil que los engañados se vieran a sí mismos como colaboradores. Sus críticas se dirigían a una cantidad relativamente pequeña de «criminales» nazis de alto nivel, los titiriteros, de modo que ellos mismos, las marionetas, quedaran absueltos. Los sentimientos de traición también explican por qué en la posguerra la afirmación de los logros del nazismo, desde las *Autobahns* hasta «Fuerza a través de la alegría», perduró más que la lealtad a dirigentes nazis individuales como Goebbels, Göring o Himmler, todos los cuales, con la posible excepción de Hitler, dejaron de interesar a los alemanes después de la guerra (una actitud que contrasta con la de los estadounidenses y británicos aficionados a la historia). Lieselotte, una joven de dieciséis años, maldecía en abril de 1945 a la cúpula nazi: «¡Qué os jodan, criminales de guerra y asesinos de judíos!»; pese a lo cual seguía sin poder creer que todo fuera para nada; no podía ser «el fin de Alemania, aunque sea el nuestro». Al igual que tantos otros alemanes, culpaba a los nazis de haber destruido el nazismo. Como explicó un oficial del servicio de espionaje estadounidense: «se culpa a Hitler por haber perdido la guerra, no por haberla empezado».[87] Al final, incluso cuando la gente se sintió liberada del carisma de Hitler, seguían lamentando la muerte del nacionalsocialismo que habían ayudado a establecer con sus acciones y sus deseos. Para examinar la transformación de los alemanes victoriosos en los alemanes víctimas, es necesario regresar por última vez al frente oriental en los últimos meses de 1941.

IMAGINAR EL FINAL DE LA GUERRA

Hitler creía que la campaña militar contra la Unión Soviética de 1941 estaría terminada al cabo de cuatro meses. Dado que los nazis no esperaban un conflicto prolongado, los estrategas militares no planearon o prepararon una operación que se extendiera hasta el invierno. Estos fallos de previsión propinaron un doble golpe a los soldados alemanes, que en el invierno de 1941-1942 se encontraron estancados en el frente sin equipamiento apropiado en unas condiciones inesperadamente severas y

teniendo delante a unas tropas soviéticas cada vez más tenaces. Para noviembre, los rusos habían logrado detener la arremetida final de los alemanes en su avance hacia Moscú. «Los rusos no han cedido un centímetro.»[88] El elevado número de bajas rompió la cadena de mando. En su diario de guerra, el teniente Gerhardt Linke, un oficial de Estado Mayor en el 185º Regimiento de Infantería, describió así a «nuestros hombres»: «se encuentran en extremo desanimados. Muchos de ellos no están en condiciones de pelear, bien sea por estar heridos o por estar enfermos, y no hay nadie que cubra las vacantes. Cada día nuestra fuerza de combate disminuye. Hace dos semanas había setenta hombres en la compañía, hoy sólo quedan cuarenta y mañana serán sólo treinta y cinco ... Los comandantes de las unidades recién nombrados carecen del adiestramiento necesario y son incapaces de lidiar con las dificultades de la tarea que se les ha impuesto». Luego, a comienzos de diciembre de 1941, los soviéticos lanzaron su primer contraataque, confiando en que contaban con una reserva que los alemanes no podían igualar. Hasta enero de 1945 las divisiones alemanes no volverían a estar tan reducidas y en riesgo como llegaron a estarlo en diciembre de 1941.[89]

De forma gradual, los soldados alemanes se dieron cuenta de que no estaban combatiendo contra hombres inferiores a ellos. En noviembre de 1941 un soldado de infantería planteaba la pregunta: «¿Por qué luchan los rusos hasta el amargo fin? Eso es lo que nos preguntamos. ¿Por qué hay tantísimos mártires dispuestos a morir por la idea bolchevique, que debe tener un poder enorme?».[90] Un interrogador de la Wehrmacht que mandó a la muerte a un número desconocido de guerrilleros rusos también se cuestionaba al respecto: «¿Qué es, en cualquier caso, lo que les hace hacerlo? ¿El amor a su país? ¿O el comunismo que ha entrado en su sangre e inundado todo el sistema? En algunos casos tiene que ser eso, en particular en las chicas, que no derraman una sola lágrima cuando se las golpea ni se echan para atrás cuando se las conduce al patíbulo». Es evidente que las categorías raciales y sexuales con las que los mandos alemanes habían enfocado el desarrollo del conflicto eran engañosas, si no limitantes. Bastante después de la derrota de Stalingrado, casi dos años después del primer contraataque ruso, Goebbels no podía entender por qué, si «cada soldado que regresa del frente oriental se siente completamente por encima de los soldados bolcheviques», los alemanes estaban «batiéndose en retirada».[91] Al final, consideraba, era posible que los rusos contaran con los mejores nazis. Los generales soviéticos, concedía, «son bolcheviques convencidos, figuras extraordinariamente enérgicas ...

en sus rostros se puede advertir que tienen un buen linaje. En su mayoría se trata de hijos de obreros, zapateros, granjeros», las mismas clases en las que, según creía Goebbels, se cimentaba el nazismo. «Bien —finalizaba— hemos de llegar a la dolorosa conclusión de que el mando militar soviético proviene de una clase mejor que la nuestra.»[92]

Ante estos problemas, la única respuesta posible dentro de esta concepción racial era producir mejores alemanes para librar una guerra total implacable. «Ya no se habla mucho acerca del fin de la guerra», reconoció Goebbels a finales de 1941 a propósito del estado de ánimo de la gente en Berlín, «porque todos saben que éste se encuentra lejos en el futuro.» Sin embargo, al mismo tiempo, la guerra prolongada contra Rusia encajaba con las ideas nazis de que la existencia nacional era una cuestión de lucha constante y de que la superioridad racial se definía por la voluntad de perseverar y sacrificarse. La guerra pasó a verse «al mismo tiempo como la "expresión más elevada de la vida" de un pueblo y como la única oportunidad de supervivencia de la nación».[93] Dado que la existencia misma de la nación era lo que estaba en juego, la conclusión inevitable era la guerra total, que había que librar con todos los medios necesarios. Lo único que garantizaba la seguridad de la patria era el exterminio del enemigo y la ocupación de su espacio vital. La guerra total no era otra cosa que la puesta en práctica del nacionalsocialismo.

En diciembre de 1941 y enero de 1942, los mandos militares alemanes exigieron el máximo a sus soldados, a los que ordenaron mantener sus posiciones a toda costa. Con este fin, impusieron una disciplina militar severa. Willy Reese, un empelado bancario de veintiún años de Duisburgo, dio cuenta de la desesperación en la que estaban sumidos los soldados que se encontraban en el frente oriental a comienzos de 1942. «A un centinela que se derrumbó en un almiar y se quedó durmiendo se le formó consejo de guerra y se le fusiló. Otro hombre fue incapaz de encontrar el camino» en la oscuridad. El resultado: «condenado a muerte por cobardía ante el enemigo». No menos de quince mil soldados alemanes murieron ejecutados durante la guerra, la mayoría de ellos en 1944 y 1945. Esta versión de la justicia militar sirvió para mantener la disciplina; y de hecho, la situación no era diferente entre los soviéticos. Reese se sentía «perdido» por completo en estas circunstancias, y nunca volvió a encontrar el camino de regreso a su viejo yo, una separación que continuó rastreando con remordimiento hasta su muerte en junio de 1944. Con todo, terminó aceptando una nueva identidad, impresionante y aterradora, como guerrero: «Estamos en guerra —escribió— porque somos

soldados.»[94] Y la guerra que los alemanes llevaban consigo dondequiera que iban fue haciéndose peor y peor. Los ataques guerrilleros contra los alemanes se intensificaron considerablemente durante 1942, en especial en Bielorrusia, donde para el mes de octubre tres cuartas partes de los bosques estaban controlados por grupos guerrilleros. Para Goebbels su actividad era «sobrecogedora». Aterrorizados, los soldados alemanes veían «guaridas guerrilleras, campos guerrilleros, búnkeres guerrilleros» por todo el territorio que atravesaban y en vano intentaban recuperar el control aplicando una política de tierra quemada. Para finales de 1944 la Wehrmacht había destruido más de cinco mil pueblos y asesinado a 2,2 millones de civiles, casi una cuarta parte de la población de Bielorrusia.[95]

En 1943, Willy Reese escribió un poema, «Carnaval», en el que reconocía lo que había hecho y en qué se había convertido. La composición empieza con una acción terrible que muchísimos soldados llevaron a cabo o presenciaron en este período:

Masacrados los judíos,
marchamos sobre Rusia
como una horda rugiente,
tiranizando al pueblo,
cortándolo en pedazos,
liderados por un payaso,
furioso de sangre,
todos saben
lo que traemos.

Reese estaba horrorizado, pero se había convertido en un soldado. «He renunciado a luchar contra lo inevitable», escribió a su familia en 1943.[96] Otros soldados fueron igualmente directos acerca de los nuevos hombres que habitaban sus viejos cuerpos. Como Walter Kassler, que acabó por comprender: «ahora lo sé; es una cuestión de existir o no existir». El soldado raso Alfred G. empleó la misma expresión de intransigencia en marzo de 1942: «Se trata del conflicto de dos visiones del mundo: somos nosotros o los judíos». En el frente de batalla no había forma de escapar de las nuevas prioridades vitales. «Debes esperar, sentarte, planear y hacer las peores cosas —reflexionaba Harry Mielert en marzo de 1943— actuar de forma mecánica y dura, mirar y observar lo inhumano sin pestañear.»[97] A pesar de cuánto anhelaban la llegada de una licencia para visitar sus hogares, la mayoría de los soldados alemanes

se esforzaron por adecuarse al tipo nuevo y severo que les imponía la guerra total, la guerra existencial.

El espacio privado de los diarios revela hasta qué punto los alemanes intentaron estar a la altura de este desafío, aceptaron las duras realidades de la guerra y mantuvieron a raya los recelos acerca de su proceder o las dudas sobre la victoria final. Aunque la escritura permitía a los individuos ventilar sus incertidumbres sobre el nacionalsocialismo, también les proporcionaba una oportunidad para fortalecer su decisión y reforzar su lealtad para con la nación y el Führer. Lore Walb, por ejemplo, utilizó su diario para mantener un control de sí misma y fortalecer su moral («!!!»). Otras observadoras se ponían como ejemplo a sus hermanos, hijos o padres: «Las experiencias de los hombres en el frente con frecuencia se convirtieron en una brújula para el comportamiento de las mujeres».[98]

La guerra total liberó energías enormes. La campaña del Auxilio de Invierno de 1941-1942 se desarrolló a toda marcha para ayudar a los soldados que combatían en «el Este». En su llamamiento a participar en la campaña, Goebbels pidió a sus compatriotas que donaran artículos como guantes, jerséis y calcetines; tales detalles hicieron que fuera bastante claro para la opinión pública cuán seriamente había fallado el esfuerzo militar. Para mediados de enero dos millones de voluntarios repartidos por todo el país habían reunido más de sesenta y siete millones de prendas.[99] La campaña del siguiente año, bajo la sombra de Stalingrado, fue todavía más grande. En la primavera de 1942, el Ministerio de Propaganda de Goebbels organizó una gran exposición para mostrar a los alemanes contra qué, supuestamente, estaban luchando. Inaugurada el 8 de mayo de 1942 en el Lustgarten de Berlín, en el centro de la ciudad, «el Paraíso soviético» exhibía enormes ampliaciones fotográficas en las que se retrataba la pobreza de la Unión Soviética y el terror político de los comunistas con un detalle horripilante. En el primer mes, más de setecientas cincuenta mil personas acudieron a verla, casi uno de cada cinco berlineses. Unos cuantos visitantes debieron de haberse preguntado por qué los alemanes estaban teniendo tantas dificultades para derrotar a un régimen tan incompetente y autodestructivo, pero la mayoría probablemente fue a la exposición para comprender la naturaleza del conflicto: «amigo» o «enemigo», «yo» o «tú». Por otro lado, para los opositores del nazismo, la guerra total fue la primera señal de debilidad del régimen. Lili Hahn, siempre alerta al racismo alemán debido a que su madre era judía, no pudo contener su sarcasmo cuando oyó el nuevo tono de los discursos: «¿Amenazados con el exterminio? ¿Nosotros? ¡Ésas sí que son palabras

nuevas en la boca del Führer! ¿Susurró algo acerca de o lo uno o lo otro? ¿No era él quien aseguraba hasta ayer que Alemania era el país más fuerte del mundo, triunfante e inatacable?». Para finales de la guerra el «o lo uno o lo otro» adoptaría la forma de «Friss, oder du wirst gefressen!» (¡Devorad, u os devorarán!).[100]

Los propios nazis no estaban muy seguros de hasta dónde podían presionar a los civiles alemanes. El espectro de 1918, cuando, según sostenían, los judíos y los socialistas habían «apuñalado por la espalda» a Alemania, pendía sobre todas las decisiones políticas de importancia. «No se puede ser suficientemente cauto», advertía Hitler. En conjunto, los nazis hicieron la pelota a los alemanes alimentándolos con raciones más abundantes que las que recibían las poblaciones de las naciones aliadas contra las que estaban peleando. Impuestos de guerra bajos para la clase media y ninguno para la clase trabajadora, y subvenciones generosas para los soldados y sus familias, mantuvieron a las familias del frente interno relativamente contentas. No hubo ninguna de esas corrosivas quejas políticas que las mujeres y los niños se habían transmitido mientras hacían cola fuera de las tiendas durante la primera guerra mundial. Las entrevistas realizadas por el ejército estadounidense inmediatamente después de terminada la guerra evidenciaban que la mayoría de las personas consideraban que el sistema de racionamiento había sido justo. Los alemanes normales y corrientes eran plenamente conscientes de que se habían librado de padecer las severas condiciones de época de guerra que habían vivido en 1916 y 1917 porque el Reich había impuesto exactamente esas condiciones a todas las demás naciones de Europa en 1943 y 1944. Un gerente oriundo de Münden lo expresó de forma sucinta en julio de 1945: «la comida, robada en otros países, era abundante».[101]

Observadores situados en todas partes del espectro político revisaban constantemente el cuerpo de la nación en búsqueda de señales de descontento, esto es, de síntomas de 1918. Resulta difícil penetrar la unanimidad aparente que el gobierno se había esforzado tanto por crear. En público, la gente podía actuar de una forma pero pensar de otra, una discrepancia que también acompañó la difusión del saludo hitleriano. No obstante, la tendencia a palmear el cuerpo popular en búsqueda de signos de malestar es reveladora porque evidencia el impacto a largo plazo de la derrota de Alemania en la primera guerra mundial. Como muchos alemanes en este período, Victor Klemperer estudió atentamente el vocabulario patriótico de los anuncios de defunción en la prensa. Durante la campaña de Rusia, advirtió que «la fórmula "Por el Führer y por la Pa-

tria" se va empleando menos». Su uso no era «poco frecuente, no, sólo menos frecuente que antes, pero no excepcional», se corrige en marzo de 1942. En Münster, el director del periódico local, Paulheinz Wantzen, reconoció la misma tendencia y anotó que sus lectores consideraban que los anuncios que utilizaban una redacción religiosa o empleaban sencillamente la fórmula «por el *Volk* y la Patria» como señales de descontento con las políticas del régimen. Después de los bombardeos a gran escala, los nazis se aseguraban de estudiar el estado de ánimo de los barrios de clase trabajadora. Wantzen se preguntaba si la región del Ruhr, gravemente dañada por los bombardeos de los Aliados desde el comienzo de la guerra, aguantaría; y en Berlín, Goebbels visitaba el proletario barrio de Wedding para reforzar la moral de la población, que él, invariablemente, encontraba siempre en buena forma.[102] El resquebrajamiento de la moral fue algo que siempre se esperaba, pero la preocupación inicial por lo general se aliviaba con demostraciones de solidaridad nacional, para satisfacción de Goebbels y Wantzen y desesperación de Victor Klemperer y Lili Hahn.

Stalingrado cambió la segunda guerra mundial. Después de la derrota del Sexto Ejército a comienzos de febrero de 1943, las fuerzas alemanas nunca recuperarían la ofensiva estratégica. En pie de guerra contra el mundo, Alemania no podía ganar la segunda guerra mundial bajo ninguna circunstancia, pero la certeza de la victoria aliada sólo empezó a ser más clara después de Stalingrado. Incluso así, la guerra se prolongaría durante más de dos años, porque los ejércitos alemanes pelearon con una tenacidad extraordinaria. Aunque los alemanes cubrieron una gran cantidad de territorio en su avance en el Cáucaso en el verano de 1942, las líneas de suministro y las tropas se extendieron en exceso a lo largo de centenares de kilómetros. Después de las extenuantes batallas por el control de Stalingrado, los rusos desplegaron sus fuerzas de reserva que fueron capaces de flanquear, aislar y atrapar al Sexto Ejército en lo que se llamó una *Kessel*, caldera, a finales de noviembre de 1942. Confiado por haber sobrevivido a la crisis invernal del año anterior y, al mismo tiempo, ansioso por demostrar a sus aliados que Alemania podía ganar la guerra, Hitler reafirmó repetidas veces su orden de no retirarse, con lo que selló el destino del ejército en Stalingrado, que tuvo que pelear en condiciones cada vez más degradadas hasta que, finalmente, hecho pedazos, se rindió entre el 30 de enero y el 2 de febrero de 1943.

A la derrota en Stalingrado le siguieron la derrota en Túnez («Tunisgrado», en la que doscientos cincuenta mil alemanes fueron hechos pri-

sioneros, algo que los patriotas polacos celebraron con un vodka casero al que bautizaron «Tunisowka» para conmemorar la ocasión) y la invasión de Sicilia por los Aliados. «Sencillamente no podremos nunca superar estas crisis», reconoció Goebbels. Y a finales de 1943, anotaba: «miramos atrás ... y en realidad sólo vemos derrotas». Stalingrado, a la que los soldados que combatían allí llamaban *Stalingrab*, «Stalintumba», acabó con la vida de casi ciento cincuenta mil soldados alemanes, y noventa mil más fueron hechos prisioneros. El Ejército Rojo perdió cerca de medio millón de soldados en los setenta y dos días de combates. (Una victoria alemana habría sido todavía más catastrófica, pues Hitler tenía la intención de aniquilar a la población civil de la ciudad.)[103] Pese a ello, el enorme número de bajas alemanas hizo que toda la tesitura de la guerra empezara a cambiar en Alemania. Tanto los soldados como los civiles dejaron de considerarse la vanguardia del gran imperio alemán, para empezar a verse cada vez más como defensores de Alemania contra Rusia y defensores de la cultura europea contra la tiranía comunista. El agresor alemán se colocó con mayor frecuencia en la posición del oprimido, la víctima de un desastre titánico que había robado a la nación alemana su destino histórico. Una consecuencia de esto fue que los alemanes comenzaron a usar la voz pasiva para describir la catástrofe que se cernía sobre ellos. Sus tragedias privadas se magnificaron ante la posibilidad de que la vida nacional colectiva fuera destruida y se adornaron con redes de memoria que daban significado a los muertos. Por tanto, si bien la derrota en Stalingrado tuvo un efecto corrosivo sobre la moral alemana e hizo que surgieran inquietudes acerca de los dirigentes del país, al mismo tiempo fortaleció los sentimientos de solidaridad nacional en una «comunidad de destino».

Torrentes de palabras siguieron a la derrota en Stalingrado a pesar de que el régimen había sido circunspecto mientras la batalla todavía continuaba con furia. La situación era fatal, pero los nacionalsocialistas se esforzaron por darle una nueva forma y presentarla como una epopeya en la que la lucha encarnizada de los soldados de la Wehrmacht representaba la vida duradera de la nación alemana. Hitler y Goebbels entendían con exactitud qué era lo que estaba ocurriendo en Stalingrado. «Las tropas no tienen nada que comer, nada que disparar y nada con qué hacerlo»: fue el resumen de Goebbels tras su reunión con un joven comandante que había logrado salir de la caldera. Pero a continuación el ministro de Propaganda daba un paso atrás: «Una escena de auténtica grandeza, clásica». Esta fue la misma imagen que Göring compuso en su primera

respuesta pública de relevancia sobre los hechos de Stalingrado, que ofreció en un discurso el 30 de enero de 1943, el décimo aniversario del ascenso de los nazis al poder. En lo que los hombres que se encontraban luchando en la ciudad soviética oyeron como la oratoria de sus propios funerales, Göring comparó a los alemanes que peleaban en el Volga con los espartanos en las Termópilas, cuyo sacrificio había asegurado un lugar para Esparta en la historia. Como sostiene Michael Geyer, «Stalingrado se recordaría debido a la grandeza de la derrota, que es lo que la inscribiría en la historia. Una batalla a muerte haría a quienes combatían en Stalingrado inmortales: he aquí por qué la propaganda nazi quería que los soldados murieran allí y por qué Göring los declaró públicamente muertos la víspera de la rendición».[104] «Murieron para que Alemania pudiera vivir» anunció el titular del *Völkischer Beobachter*. Hasta cien mil soldados se rindieron, pero el régimen nunca reconoció su existencia y prefirió difundir la versión épica de la batalla en la que los soldados habían peleado «hasta la última bala». En los siguientes meses, se interceptarían las cartas de los prisioneros para que la noticia de que habían sobrevivido no perturbara el mito de su heroica muerte (con todo, la noticia terminaría filtrándose). La rendición alemana llevó a Goebbels a hablar con desprecio del general Paulus, a quien Hitler había ascendido a mariscal de campo en el último minuto en un gesto claro de que se esperaba que continuara luchando hasta el fin o se suicidara: había tenido la alternativa de «vivir quince o veinte años más o alcanzar de inmediato una vida eterna de fama por muchos miles de años».[105] Friedrich Paulus terminó sus días como inspector de policía en Alemania Oriental y murió en 1957.

El mito de Stalingrado estuvo cerca de constituir un reconocimiento de que Alemania no podía ganar la guerra, pero implícitamente también sirvió como ejemplo de que la lucha era lo que garantizaba el futuro de la nación, a diferencia del armisticio de 1918. Goebbels continuó presentando el desafío de pelear la guerra en términos épicos hasta el mismísimo fin. En un discurso extraordinario, pronunciado en abril de 1945 en una Berlín en ruinas y dirigido a los funcionarios de su Ministerio de Propaganda, dijo:

> Caballeros, dentro de cien años, se estará mostrando otra excelente película a color sobre los días terribles en los que estamos viviendo. ¿Queréis desempeñar un papel en esa película?, ¿volver a la vida en un centenar de años? Cada uno de vosotros tiene ahora la oportunidad de elegir qué papel de-

sempeñará en la película dentro de cien años ... Resistid ahora para que, en un siglo, los espectadores no os abucheen y silben cuando aparezcáis en la pantalla.[106]

Con el fin de rescatar la historia alemana según la concepción que los nazis tenían de ella, y de evitar la mácula de una derrota como la de la primera guerra mundial, Hitler no consideró la posibilidad de negociar con la Unión Soviética, como algunos de sus consejeros le sugerían, y en lugar de ello ordenó a los ejércitos alemanes que continuaran combatiendo. «Lo que nos resultaba tan desalentador —recuerda Paul Fussell, un soldado británico herido en Alemania en marzo de 1945— era la terrible necesidad de los alemanes de, literalmente y con pedantería, *representar* su derrota.»[107]

El costo de este drama fueron las vidas de millones de soldados y civiles. La mayoría de los alemanes no se alistaron en la epopeya que Hitler y Goebbels bosquejaron. Cuando todo estaba perdido, no sacrificaron sus vidas, sino que se rindieron, si bien miles de nazis incondicionales se mataron junto con sus familias en abril y mayo de 1945 con el fin de no tener que hacer frente a la derrota de Alemania.[108] Con todo, antes de romper finalmente con el régimen, los alemanes libraron una lucha intensa por mantenerse fieles a la causa, lo que les exigía aceptar el sacrificio continuado de las vidas de los soldados alemanes. Las noticias sobre lo ocurrido en Stalingrado y otros desastres como el ataque aéreo contra Hamburgo de julio de 1943 supusieron un duro golpe, tanto psicológico como físico, para los partidarios del régimen, que enfermaron, perdieron la capacidad para concentrarse e incluso cometieron suicidio.[109] En el desmoralizante otoño de 1943, Lieselotte G., entonces una escolar berlinesa de quince años, se preguntaba si la victorial final era imposible. Si lo era, confiaba la muchacha a su diario, «entonces quizá sería mejor: antes de que miles más mueran, antes de que más desgracias caigan sobre Alemania, sería mejor; pero no, eso no puede y no debe pasar nunca. Veo a todos caer ante mí. Y si tenemos que hundirnos, al menos no tendremos otro 1918. Adolf Hitler, yo creo en ti y en la victoria de Alemania». Lieselotte comienza a plantearse la rendición de Alemania, pero al final es incapaz de pensar en esa posibilidad y, como miles de alemanes como ella, elige, al menos en este momento, continuar en guerra contra el mundo antes que arriesgarse al olvido total de una Alemania derrotada en dos guerras mundiales.[110] Stalingrado planteó a los alemanes un conflicto de fe muy difícil de resolver.

Bastante después de 1945, Stalingrado sirvió para rehabilitar a la nación, en este caso como revelación de un ejército, básicamente virtuoso, de soldados normales y corrientes, heridos, sufrientes. La derrota los humanizaba y santificaba. La memoria de posguerra transformó al ejército «de culpable a salvador, de motivo de odio y miedo a uno de simpatía y compasión, de victimario a víctima».[111] El conocimiento acerca del avance asesino del Sexto Ejército en la Unión Soviética en el verano y otoño de 1941 y sobre su presencia en Kiev durante la masacre de Babi Yar en septiembre de ese mismo año quedó anulado por la narrativa del desastre que se desarrolló dieciocho meses después en Stalingrado. Pasaría mucho tiempo antes de que los historiadores empezaran a preguntarse de qué modo y por qué había llegado el ejército a esa ciudad.[112]

Para muchos alemanes, la declaración de la guerra total que Goebbels anunció el 18 de febrero de 1943 en su famoso discurso en el Sportpalast de Berlín fue mucho más convincente que el llamamiento al sacrificio total en una lucha épica. Delante de diez mil incondicionales del partido, que las cámaras encargadas de filmar el acontecimiento para el noticiario cinematográfico recorrieron en tomas panorámicas para identificar entre ellos a figuras destacadas como el actor Heinrich George, el ministro de Propaganda buscó ajustar el esfuerzo bélico a las nuevas y difíciles circunstancias que la derrota en Stalingrado planteaba. La premisa de la guerra total era la posibilidad de la derrota, que Goebbels describió como una proyección exacta, aplicada a los alemanes, de lo que ellos ya habían hecho a los civiles judíos, polacos y soviéticos: «el exterminio de nuestra élite cultural y política», «batallones de trabajadores forzosos en la tundra siberiana» y «comandos de exterminio judío». Este destino únicamente podía evitarse mediante la pura fuerza de voluntad y la movilización de la sociedad al completo. Dado que los alemanes querían la victoria, necesitaban adaptarse a una «forma de vida espartana» y aceptar el reclutamiento de «millones de las mejores mujeres alemanas» en la industria bélica. Con su eficaz retórica populista, Goebbels atacó a las élites privilegiadas y a los burócratas poco colaboradores en nombre de la «comunidad del pueblo». A lo largo de su discurso, Goebbels aunaba más y más al pueblo alemán, con sus ojos claros, su humildad, su voluntad de sacrificio, al dirigirse de forma directa, e íntima, a quienes le escuchaban: «Somos todos hijos de nuestro pueblo, nos hemos forjado juntos». Y una y otra vez preguntó: «¿Estáis de acuerdo? ¿Estáis preparados?». Los gritos atronadores y ensordecedores en favor de la guerra total con los que se lo aclamó proporcionaron la respuesta.

El discurso fue seguido de una descarga de «llamamientos, instrucciones, decretos, discursos, conferencias y publicaciones». Se distribuyeron catorce millones de copias de «¿Quiere usted la guerra total?» a las oficinas del partido.[113] El espacio audiovisual también dio cuenta de las difíciles condiciones. El periodista suizo Konrad Warner describió las imágenes que podían verse en los lugares públicos en el otoño de 1943: «Judíos con chisteras y bolsas de dinero sacan la cabeza por detrás de la Hoz y el Martillo, la bandera del Reino Unido y las barras y estrellas de la insignia estadounidense a lo largo de un paisaje de catedrales destrozadas, niños huérfanos y la carnicería del frente». Su colega René Schindler dio cuenta de las mismas escenas: «"¡La victoria o el caos bolchevique!" proclamaban los carteles pegados en los muros de todas las ciudades alemanas».[114] En la radio los «boletines especiales» y las fanfarrias de la victoria fueron reemplazados por la fórmula «¡Una guerra recia requiere espíritus recios!», que se repetía sin cesar.

Con sus coros e himnos y aplausos ininterrumpidos por parte del auditorio, el discurso de Goebbels sobre la «guerra total» con frecuencia se ha considerado un puro espectáculo. Ahora bien, aunque en esa ocasión el público estaba formado por miembros del partido leales, lo cierto es que las premisas básicas de la intervención del ministro de Propaganda tuvieron eco en la opinión pública alemana: el horror de la derrota militar, que amenazaba con provocar un derrumbamiento social y político más terrible que el de 1918; la ocupación directa del país por los Aliados y la «bolchevización» de la sociedad; por ende, la necesidad de continuar luchando a toda costa a pesar de los reveses de la fortuna; y, finalmente, el respaldo de políticas encaminadas a distribuir de forma más equitativa los costos de la confrontación bélica. Con todo, las críticas sobre la dirección de la guerra siguieron siendo intensas. Los civiles alemanes despreciaban a los funcionarios nazis locales por no servir en el frente, y siguieron viendo con inquietud la gran cantidad de extranjeros que se reclutaban para trabajar en el Reich. Pero incluso así, la mayoría de las críticas a las políticas nazis se planteaban en nombre de la comunidad del pueblo, sin cuestionar la legitimidad del régimen o la sensatez de sus metas.

La empresa de la guerra total insensibilizó a la sociedad alemana. Cientos de bombardeos aéreos aporrearon a los civiles y destruyeron sus casas, al tiempo que las autoridades nazis impusieron una disciplina implacable en las fábricas y castigaron el derrotismo con sentencias de muerte, que antes de 1939 habían sido bastante raras en los tribunales civiles. Sin embargo, el brutal trabajo de la institución nazi, el Tribunal Popular, en

especial en 1944 y 1945, dependió de la voluntad de los ciudadanos para denunciar a sus vecinos por comprar o vender artículos en el mercado negro, escuchar las transmisiones de radio del extranjero o quebrantar las leyes contra el mestizaje racial. Más y más personas expresaron entonces sus miedos y sed de venganza en el vocabulario racista del nacionalsocialismo. Incluso los alemanes que eran críticos con el régimen culpaban de los bombardeos a los «plutócratas» angloamericanos y a un «capital» judío indefinido, pero poderosísimo, y ponían sus esperanzas en el despliegue de armamento para la venganza y las represalias. Los civiles también desataron su rabia sobre los trabajadores extranjeros, cuyas condiciones de trabajo, ya de por sí bastante severas, se vieron agravadas por el miedo y aborrecimiento que los rodeaba. Nicholas Stargardt señala que «aunque el régimen se propuso transformar los valores de sus ciudadanos, no fueron sus triunfos, sino sus fracasos, los que desempeñaron un papel decisivo en este proceso».[115]

Fue en las condiciones de la guerra total como las palabras nazis empezaron a corresponderse con la realidad a medida que cada vez más y más alemanes entendían el conflicto como una lucha apocalíptica en la que Alemania sólo tenía dos alternativas, la supervivencia o la aniquilación. Sin embargo, lo que hacía que dicotomías como «nosotros o ellos» o «todo o nada» resultaran tan irresistibles no era sencillamente el que los acontecimientos parecieran confirmar la proposición general de que la guerra se había convertido en un conflicto fundamental por la existencia, sino también el reconocimiento específico de que Alemania había cometido un gran crimen. El ideólogo nazi Alfred Rosenberg visitó las oficinas del partido para explicar la situación a los líderes locales. Paulheinz Wantzen, el director del periódico de Münster, asistió a una de esas reuniones en Tréveris, el 8 de mayo de 1943. La charla fue muy franca. Liberar a Europa de la «lepra judía», según lo describía Rosenberg, había sido «no algo brutal, sino una labor humanitaria de limpieza biológica. Mejor que desaparecieran ocho millones de judíos que ochenta millones de alemanes. Se han quemado las naves y no hay vuelta atrás».[116] Cuando Himmler se dirigió a los oficiales de la SS y los dirigentes del partido en reuniones separadas en Posen a comienzos de octubre de 1943, su propósito no era guardar un secreto, a pesar de sus referencias a «la página gloriosa de nuestra historia que nunca ha sido escrita y que nunca se escribirá», sino despejar cualquier duda sobre los hechos del exterminio: «Ahora vosotros sabéis», señaló a modo de conclusión. En otras palabras, «Himmler quería privar a los Gauleiter de "cualquier excusa"».[117] En no-

viembre de 1943, Goebbels hizo pública la imagen de las naves quemadas: «En cuanto a nosotros», escribió en *Das Reich*, una publicación con una circulación de 1,4 millones de ejemplares, «hemos quemado nuestras naves. No podemos volver atrás y no queremos hacerlo más. Pasaremos a la historia como los estadistas más grandes de todos los tiempos o como los mayores criminales», concluyó.[118]

Al retratar a los nacionalsocialistas como criminales, los nazis pretendían fortalecer al pueblo alemán con el conocimiento de los asesinatos; de este modo fomentaban la intimidad que produce la complicidad, en lugar de la distancia resultado de la ignorancia. Resulta claro que los nazis quería administrar, pero no ocultar por completo, los hechos del Holocausto. Y mientras habían apelado a una «conciencia nazi» específica para motivar a los asesinos y justificar la matanza en 1941 y 1942, ahora apelaban a conceptos de la moral tradicional para conseguir que los alemanes se vieran a sí mismos como los veían los Aliados. Para aunar la «fuerza a través del miedo», la propaganda nazi confió en la capacidad de los alemanes para reconocer la naturaleza criminal del régimen y decidirse a luchar con el fin de evitar el ajuste de cuentas definitivo.

Para el verano de 1943, después del bombardeo masivo de Colonia y Hamburgo por las fuerzas aéreas de los Aliados, la guerra había llegado a las puertas de los civiles alemanes. No obstante, los estrategas británicos y estadounidenses estaban equivocados al dar por sentado que el bombardeo indiscriminado de las ciudades alemanas detendría la economía o quebrantaría la moral de los alemanes. En realidad, la guerra aérea vino a confirmar las afirmaciones de los nazis de que los Aliados se proponían acabar con la nación alemana y durante un tiempo fortaleció, en lugar de socavar, la resolución de Alemania. Mientras que cerca de cien mil aviadores británicos y estadounidenses perdieron sus vidas en la campaña, la mayoría de ellos en las fases iniciales, las víctimas mortales entre los civiles alemanes fueron más de seiscientos mil, la mayoría de ellos mujeres y niños, y en gran parte al final (una mala ratio para los Aliados). Como descubrió el «Estudio sobre el bombardeo estratégico», realizado por Estados Unidos después de la guerra, la moral de los alemanes se mantuvo y los nazis incluso obtuvieron el reconocimiento de la población por haber proporcionado asistencia social con eficacia inmediatamente después de los bombardeos. Hitler llegó a creer que la destrucción del frente interno había acercado a los alemanes todavía más al régimen, lo que en muchos sentidos era cierto.[119] En última instancia, sin embargo, los bombardeos sí rompieron la espalda de la economía de guerra y conven-

cieron a los alemanes de que realmente habían perdido la guerra. Estos resultados sirvieron como la justificación más convincente de la guerra aérea, pero es un hecho que las bombas no fomentaron una rebelión interna. Aunque ante el espectáculo de las ciudades arruinadas los adversarios de los nazis recordaron con desprecio la famosa promesa de Hitler el día de su elección en 1933 de que «dentro de cuatro años no reconoceréis Alemania», una alusión que metió a unas cuantas personas en problemas con la Gestapo, otros chistes evidenciaban que la capacidad de recuperación no se había agotado. El arrasado distrito berlinés de Charlottenburg se rebautizó como «Klamottenburg» (ciudad de harapos), por ejemplo, y Steglitz, «Steht-Nichts» (nada en pie). En el Tercer Reich había comediantes profesionales que se ganaban la vida burlándose de la guerra aérea hasta que ellos mismos se convirtieron en víctimas de los bombardeos y se quedaron sin chistes.[120] Estos graciosos, ¿eran víctimas o partidarios del régimen?

Los civiles hablaban interminablemente acerca de los bombardeos, que hacia 1942 se habían convertido en la experiencia dominante de la guerra para los residentes de las zonas urbanas. Las memorias de la guerra regresan de forma repetida, obsesiva incluso, a la guerra aérea y el sufrimiento de los civiles alemanes, como sabe cualquier historiador oral. Un enorme número de alemanes terminaría recordando el conflicto como si lo hubiera pasado escondido en un refugio antiaéreo. Sin embargo, lo que resultaba significativo no eran simplemente las horas pasadas aguantando las bombas, sino la sensación de «pertenencia» que se desarrollaba cuando la gente compartía los cotilleos, los sentimientos de miedo y alivio y la expectación renovada del próximo ataque. Geyer habla de la «tiranía de la virtud juvenil» al considerar el modo en que los jóvenes soldados, voluntarios de la defensa antiaérea, trabajadores municipales y otros civiles «mantuvieron la infraestructura de la burocracia y la vida cotidiana en las ciudades bombardeadas». Las películas realizadas durante la guerra, entre ellas *Die grosse Liebe*, otorgaban un valor elevado a la comunidad de destino forjada en los refugios antiaéreos; las tramas secundarias se ocupaban de contrastar el espíritu de cooperación generalizado entre la gente común con la actitud remilgada de unos cuantos burgueses gruñones. Los alemanes estaban todos en «el mismo barco» y cada refugio antiaéreo formaba un grupo que tenía sus propios chistes, tabúes y trucos. El panadero, la joven esposa cuyo marido había desaparecido en combate, la muchacha refugiada llegada de Königsberg, el anciano vendedor de cortinas, los libreros del final de la calle, el concejal estatal y su

hijo, que ha perdido una pierna y ha sido desmovilizado, el farmacéutico y, para terminar, el conserje con sus dos hijas y su nieto huérfano: en grupos tan disímiles como éste de un edificio de pisos de Berlín, los alemanes se las apañaban lo mejor que podían. Estas personas seguían las instrucciones de los vigilantes de la defensa antiaérea, dependían del Bienestar Popular y, estuvieran a favor o en contra de los nazis, empleaban las expresiones propagandísticas «terrorismo aéreo» o «ataque terrorista» para describir lo que estaba ocurriendo.[121] En cambio, los judíos que se encontraban en la clandestinidad a duras penas mencionaban los bombardeos: aunque ellos también tenían que soportarlos, no se sentían parte de la acosada comunidad alemana.[122] Se trataba de una rareza, como el portero con el que los estadounidenses se toparon en las ruinas de Kassel después de la guerra: el individuo, que resultó ser un miembro del Partido Nazi, contó que «había guardado una fotografía del Londres bombardeado que el periódico había publicado unos años antes. Y se la mostraba a mis amigos cuando nos bombardeaban y cuando ellos hablaban de cuán terribles eran los Aliados». No era una persona «demasiado brillante», añadía su entrevistador, pero poseía «esa objetividad literal que pone límites al autoengaño».[123] A diferencia de él, la mayoría de los alemanes (brillantes) pensaban en sí mismos como víctimas inocentes de los ataques aéreos de los Aliados.

Asimismo asumían el papel de combatientes. Como revelan sus cartas y diarios personales, los soldados y los civiles otorgaban una importancia considerable a los «cohetes de represalia» que el régimen prometía disparar contra la población civil de Gran Bretaña y que en la expectativa ellos veían volar por encima de sus cabezas, tanto literal como figuradamente. La opinión pública alemana y el propio Hitler tenían muchísima fe en el alcance y la eficacia del armamento, como quedó claro durante 1944, cuando la población tuvo ocasión de sopesar la difícil posición de Alemania sin por ello dejar de creer que una ofensiva final podía permitirles evitar la derrota. Sin embargo, como ya había admitido Goebbels en enero de 1944, las masas exageraban considerablemente la capacidad de Alemania para tomar represalias.[124] Una consecuencia de la incapacidad de los nazis para tomar represalias contra Gran Bretaña fue que en 1945 los alemanes se convencieron de forma generalizada de que sus dirigentes les habían engañado. No obstante, había señales que evidenciaban que la comunidad del pueblo continuaba funcionando: los comedores comunitarios del Bienestar Popular; los chistes sobre Charlottenburg; los éxitos musicales, desde las tristes notas de *Lili Marleen*, de Lale Ander-

sen, al registro consolador de *Sé que un día ocurrirá un milagro* o *No es el fin del mundo* de Zarah Leander, canciones favoritas del público desde la película *Die grosse Liebe* que en 1942 batió todos los récords, y el valor de *Berlín, Berlín, te quiero incluso en la oscuridad* una melodía sobre los ataques aéreos; el deseo de venganza; la esperanza de milagros; el guión de la victimización; y el parloteo propagandístico que se movía sin control entre el escapismo, el aliento y la resistencia. La guerra generó cultura popular; la Shoah, no.

Dos periodistas suizos, Konrad Warner y René Schindler, recorrieron Alemania de un lado a otro en los años 1943 y 1944. Sus conversaciones les permitieron confirmar que la población por lo general aceptaba las severas premisas de la guerra total. En una mesa, los clientes habituales de un local berlinés, oficiales de la Wehrmacht, científicos e ingenieros criticaban «alegremente» al partido. Sin embargo, al final, se contenían; charlas semejantes eran «improductivas» porque «nadie conoce ... un camino que lleve a algo mejor». La rendición incondicional exigida por los Aliados era inconcebible. «¿Qué va a pasarnos cuando los rusos lleguen? —reflexionaban los participantes en la discusión—. Mejor perderlo todo que echarnos para atrás ahora ... El terrible sacrificio de nuestros soldados no ha de ser en vano. ¡Tenemos que ganar!» El «Reich milenario» no era más que «una frase propagandística», decía en confianza un empresario. No obstante, «resulta claro que Inglaterra no nos concederá nada. Y como han demostrado los acontecimientos en el frente oriental, el peligro ruso debe ser erradicado. No tenemos elección; nuestra única meta debe ser la victoria». Desde este punto de vista, la guerra era algo que se había impuesto a Alemania. Un soldado de permiso lo tenía muy claro: las alternativas eran la victoria o la deportación a Rusia, y en casa «de nuevo inflación, de nuevo hambre», que es lo que había traído consigo el armisticio tras la primera guerra mundial. «¡1918 no va a repetirse y no debe repetirse!», insistía otro informante. Como explica Geyer, una mayoría de los alemanes «no quería otra cosa que el fin de la guerra», pero «otra mayoría ... no podía imaginarse viviendo en la derrota», y fue esta segunda mayoría la que peleó en los últimos años del conflicto. Un chiste triste, repetido incontables veces a lo largo de 1944 y 1945, supo captar el estado de ánimo general: «¡Chicos, disfrutad de la guerra! ¡Quién sabe cómo vaya a ser la paz!».[125] (El «chicos» reproduce aquí el efecto de *unter uns.*)

Las reacciones ante el fallido complot para asesinar a Hitler el 20 de julio de 1944 confirmaron la identificación de la opinión pública con el

régimen y su determinación de continuar con la guerra. El complot se interpretó de forma generalizada en términos del derrumbamiento de 1918, esto es, como una intencionada «puñalada por la espalda», obra en esta ocasión de oficiales reaccionarios y no de trabajadores revolucionarios. Una oleada de manifestaciones en respaldo del Führer, que recordaba el ánimo plebiscitario de 1933, recorrió todo el país. En Viena, trescientas cincuenta mil personas se reunieron en la plaza Schwarzenberg la noche siguiente al intento de asesinato. Congregaciones espontáneas en los espacios públicos también tuvieron lugar en Hamburgo, Stuttgart, Kassel, Weimar, Breslavia, Münster y Fráncfort; muchas de estas ciudades habían sido blanco de intensos bombardeos. En Paderborn, el 20 por 100 de la población, según se informó, se reunió para demostrar su apoyo al régimen. «En muchos sentidos, la situación es diferente de la de 1918 —reflexionaba en Berlín dos semanas después de los hechos Hans-Georg Studnitz, un funcionario de alto rango del Ministerio de Relaciones Exteriores que no era amigo de Hitler—: La moral en el frente interno, pese al agobio de los ataques aéreos, se ha mantenido intacta.»[126] Las cartas de los soldados, textos que sus superiores no les dictaban, demostraban que el apoyo al Führer en la tropa era casi unánime.[127] El hecho es que en el verano de 1944 la mayoría de los alemanes no podía imaginarse un futuro sin Hitler.

La expansión de la guerra total después de 1943 fue horriblemente letal. El Ejército Rojo sufrió un número extraordinario de bajas al adentrarse en Alemania; en la etapa final de la ofensiva soviética, en enero-mayo de 1945, más de ochocientos mil soldados murieron o fueron capturados; en el ataque final por Berlín cayeron otros trescientos mil. En términos generales, la mayoría de las bajas soviéticas en combate se produjeron en 1943, 1944 y 1945.[128] Estados Unidos y Gran Bretaña también sufrieron un gran número de bajas en el campo de batalla en 1944 y 1945. Más de ciento treinta y cinco mil soldados estadounidenses murieron en los once meses que separaron el desembarco de Normandía, el día D, del día de la victoria en Europa, el día V-E, incluidos los diecinueve mil que cayeron en la batalla de las Ardenas en el frente occidental, entre diciembre de 1944 y enero de 1945, la más mortífera de la historia de Estados Unidos.

La mayoría de las bajas militares y civiles de Alemania también fueron consecuencia de la determinación de luchar hasta el final. No fue Stalingrado sino la etapa final de la guerra en 1944-1945 la que aplastó a la Wehrmacht, guiada entonces por el temor a que se repitiera un derrumbamiento como el de 1918. «En términos generales, más soldados ale-

manes murieron en combate entre el 20 de julio de 1944 ... y el 8 de mayo de 1945», cuando el Tercer Reich se rindió, anota Geyer, «que en los cinco años anteriores de la guerra. Enero y febrero de 1945 fueron los meses más letales de toda la segunda guerra mundial».[129] Sólo en los últimos noventa y ocho días de la confrontación en 1945 murieron cerca de 1,4 millones de soldados alemanes, unos catorce mil cada día. Además, la mayoría de las bajas civiles consecuencia de los bombardeos aéreos se produjeron en 1945, cuando los ataques británicos y estadounidenses arrasaron una ciudad alemana tras otra en un implacable intento de forzar la rendición alemana. El mes en el que más bombas se arrojaron fue marzo de 1945. Una media de 127 civiles alemanes murieron diariamente víctimas de los bombardeos en 1944, pero en 1945 esa cifra se elevó a más de mil.[130] Vale la pena releer estas cifras. Desde el otoño de 1944, el número de bajas entre los adolescentes y ancianos reclutados en el *Volkssturm* fue terrible siempre que éstos se enfrentaron al enemigo. La violencia continuó mientras los civiles de Alemania oriental huyeron hacia el Oeste para escapar del veloz avance de las tropas soviéticas. Los soldados soviéticos violaron a miles de mujeres y muchachas alemanas a medida que los rusos invadían los asentamientos alemanes, en un horroroso proceso de venganza que se prolongó incluso después de la derrota de Alemania. Bombardeos, violaciones, evacuaciones: éste es el horrible castigo que los alemanes recordarían luego, mientras que, al mismo tiempo, tendrían dificultades para recordar su determinación de un año o más antes, en el verano de 1943 o en el otoño de 1944, cuando frente a la duda y el miedo decidieron continuar luchando. Los alemanes tendieron a recordar la guerra como una serie de desastres súbitos y dramáticos que desgarraron el orden de comunidades pacíficas cuando las bombas empezaron a caer, o cuando los refugiados de las ciudades bombardeadas llegaron a raudales o cuando las tropas Aliadas hicieron su aparición.[131]

Las memorias alemanas tampoco se extienden en los ataques feroces que los funcionarios nazis lanzaban contra sus propios ciudadanos cuando se sospechaba que eran culpables de realizar actos de sabotaje, participar en saqueos o haber desertado. Los cadáveres de los soldados fusilados o colgados por haberse negado a combatir no eran una imagen infrecuente en las últimas semanas de la guerra. El que, como se comentaba con desprecio, «ahora Adolf nos ha declarado la guerra incluso a nosotros» fue una de las razones por las que los alemanes finalmente rechazaron a los nazis (aunque no necesariamente las ideas que éstos defendían). Con todo, pese a toda la violencia de 1945, hubo sorprendente-

mente pocos incidentes de venganza contra los partidarios del régimen después de la rendición, a diferencia de lo que ocurrió en Francia, donde se masacró a más de diez mil sospechosos de haber colaborado con los alemanes.[132] A los trabajadores extranjeros, sin embargo, empezó a considerárselos una quinta columna de enemigos potenciales, y se los sometió a un trato en extremo severo. Los guardias nazis ejecutaron a los trabajadores extranjeros retenidos en campos de detención y a los trabajadores esclavos de los campos de trabajo satélites antes de la retirada final del ejército alemán. En un incidente espantoso, las autoridades alemanas ejecutaron a más de doscientos individuos, la mayoría de ellos italianos, en un ahorcamiento público por haberse apropiado de comida en las ruinas de Hildesheim en marzo de 1945. Las masacres de este tipo se producían en espacios semipúblicos y los civiles alemanes fueron con frecuencia, sin proponérselo, testigos de ellas, pero dejaron escasas huellas en las historias de la posguerra.[133]

Los más de setecientos mil prisioneros que todavía estaban vivos en los centenares de campos de concentración y de trabajo que había por todo el imperio alemán supieron en enero de 1945 que el momento de su liberación finalmente estaba cerca. Los internos de Auschwitz pudieron oír el impacto de los cañones rusos en una fecha tan temprana como el 17 de enero de 1945. Sin embargo, lo que separaba de la libertad a los prisioneros de guerra, a los prisioneros políticos polacos, franceses o alemanes y a los judíos que habían sobrevivido al exterminio como trabajadores esclavos era la determinación de los nazis de llevarse tantos rehenes como fuera posible a los confines menguantes del Reich. No está claro por qué razón las autoridades alemanas realizaron semejantes esfuerzos por conservar a las víctimas de los campos de concentración, y los oficiales subordinados de la SS participaron animados por diferentes motivos. Una razón ciertamente era que los nazis no preveían el final definitivo y pretendían retener la máxima cantidad de mano de obra esclava. Asimismo, no querían que el Ejército Rojo tropezara con las pruebas de la «solución final», algo que habría complicado las relaciones futuras de Alemania con sus Estados clientes y los países neutrales en caso de que el curso de la confrontación bélica diera un giro favorable a sus intereses. No obstante, los testigos que dejaron atrás en Auschwitz ofrecieron un testimonio condenatorio. Dado que los nazis consideraban que los judíos eran peligrosos, era importante impedir que cayeran en manos de los Aliados, una concepción que resulta difícil de conciliar con la imagen de los supervivientes, débiles, demacrados y famélicos. En un esfuerzo ma-

sivo pero descoordinado, el servicio de seguridad de Himmler envió a miles de prisioneros desde Auschwitz, sus satélites y otras instituciones a campos de tránsito en Buchenwald y Bergen-Belsen en Alemania central. Estos campos quedaron totalmente atestados. Las enfermedades y el hambre hicieron estragos entre los internos y centenares de personas murieron en ellos diariamente hasta el momento de la liberación. Otros transportes se encargaron de llevar a la gente hasta Theresienstadt después de que el campo hubiera quedado en gran medida vacío por las deportaciones a Auschwitz del otoño de 1944.

Anne Frank, por ejemplo, la quinceañera que había huido de Fráncfort siendo una niña en 1934 y cuyo escondite en Ámsterdam la policía alemana había descubierto en 1944, fue enviada en enero de 1945 desde Auschwitz a Bergen-Belsen, donde ella y su hermana murieron de tifus en marzo, apenas unas semanas antes de que los soldados británicos liberaran el campo. Su madre, Edith, murió en Auschwitz en enero. De los demás judíos que se escondían con los Frank, Hermann van Pelt murió en las cámaras de gas de Auschwitz en octubre de 1944, después de que una herida lo incapacitara para el trabajo; su esposa, Auguste, fue llevada a Auschwitz, luego a Bergen-Belsen y finalmente murió en Theresienstadt; y su hijo, Peter, de quien Anne creía estar enamorada, murió en Mauthausen en mayo de 1945 después de una «marcha de la muerte» desde Auschwitz. El dentista Fritz Pfeffer fue deportado a Auschwitz y luego a Sachsenhausen y Neuengamme, donde murió de hambre a finales de diciembre de 1944. De los ocho judíos alemanes arrestados en el «anexo secreto» el 4 de agosto de 1944 sólo sobrevivió el padre de Anne, Otto Frank, que después de la guerra encontraría el diario de la joven.

Miles de prisioneros tuvieron que viajar a pie en las llamadas «marchas de la muerte», en esta ocasión hacia la miseria que había en el Oeste. Fueron estas columnas las que los civiles alemanes, y también Ruth Kluger, vieron en marzo y abril de 1945 en Alemania meridional. Todo el proceso de trasladar, vigilar y matar a los judíos no terminó hasta mayo. Al final, las marchas de la muerte se cobraron la vida de cerca de doscientas cincuenta mil personas, la mayoría de las cuales probablemente eran judías.[134]

En las últimas semanas de la guerra, una nueva oleada de deportaciones fortuitas tuvo como blanco tanto a los *Mischlinge* como a los judíos que tenían «matrimonios privilegiados»; los prisioneros de Theresienstadt informaron de la llegada de varios grupos de deportados el 25 de abril de 1945: «En la mañana, temprano, doscientas treinta mujeres procedentes de Dresde. En la tarde, hombres procedentes de Dresde, Polo-

nia y Hungría». A mediados de febrero Dresde había quedado destruida debido a los ataques aéreos, pero dos meses después las autoridades aparentemente habían reanudado las evacuaciones de judíos. «Seiscientas cincuenta mujeres húngaras y eslovacas procedentes de Leipzig» entraron en el campo el 29 de abril de 1945, un día antes de que Hitler se quitara la vida en Berlín. Incluso llegaron unos cuantos transportes procedentes de Auschwitz, en esta ocasión vía Buchenwald. Petr Ginz registró la llegada del primero de estos el 23 de abril de 1945: «Corrí directamente hacia el gueto (en ese momento estábamos trabajando fuera), rumbo a la estación de ferrocarril. Apenas estaban bajando del tren, si es que a eso puede llamársele bajar. Muy pocos podían mantenerse en pie (puros huesos, apenas cubiertos por la piel), otros estaban echados en el suelo completamente exhaustos. Habían estado viajando durante dos semanas prácticamente sin nada que comer. Venían de Buchenwald y Auschwitz (Oswiecim) ... La mayoría de ellos eran húngaros y polacos. Me sentí tan trastornado que pensé que iba a desmayarme». Fue sólo en este momento cuando los supervivientes que permanecían en Theresiendstadt entendieron por primera vez las dimensiones fantásticas y horribles de la «solución final». Ginz explicó lo que acababa de conocer acerca del funcionamiento del campo cuando aún estaba plenamente operativo en 1944: «A todos los transportes que llegaban a Birkenau se los despojaba de todo y se los dividía inmediatamente. Los niños menores de catorce años y las personas mayores de cincuenta eran enviados directamente a las cámaras de gas y luego los incineraban. Además, de los que quedaban, siempre se seleccionaban algunos más para morir gaseados. Y la comida era pésima». «Las noticias cayeron sobre nosotros como una catarata —escribió Alice Ehrmann al día siguiente, el 24 de abril—. Es imposible intentar comprenderlo todo. Escribiré deprisa, sin orden, como en un tartamudeo de espanto y desesperanza. La palabra clave: Auschwitz, alias campo de trabajo de Birkenau (campo de exterminio de Auschwitz, bloque de matanza internacional, criba).»[135] En Theresienstadt, la liberación final, que se produciría dos semanas más tarde, estuvo acompañada por un conocimiento pleno de la muerte.

El final de la guerra posibilitó una clara visión de la devastación que los alemanes habían causado desde 1939: la demoledora comprobación de que las comunidades en las que habían crecido los supervivientes judíos antes de la guerra y que ellos recordaban de forma tan viva, los niños y los padres y los amigos que habían querido, y los lazos de lealtad, confianza y memoria forjados a lo largo de tanto tiempo, habían quedado

destruidos por completo. El mundo se enteró de que los judíos húngaros y eslovacos que los alemanes capturaron en 1944, cuando ocuparon los territorios de sus aliados recalcitrantes, habían sido sólo los últimos grupos nacionales dispersados y asesinados en un proceso que se había cobrado las vidas de los judíos griegos e italianos, polacos, franceses y holandeses, alemanes, austríacos, checos y rusos, así como las vidas de decenas de miles de gitanos de toda Europa y de patriotas y prisioneros de guerra polacos. Gran parte de esta información había estado disponible durante la guerra, pero los Aliados no habían obrado «la transición necesaria de la información en conocimiento».[136] En resumen, la segunda guerra mundial no fue un contexto espantoso para una serie de pogromos y crímenes atroces. Fue algo todavía peor: una guerra existencial librada por los nacionalsocialistas con el fin de construir un nuevo orden racial en el que el cultivo saludable del cuerpo de la nación alemana dependía de la aniquilación física de los judíos europeos y la destrucción de las naciones no germanas a lo largo y ancho de Europa oriental. Lo que conocemos como el Holocausto es lo que hace a la segunda guerra mundial tan terriblemente diferente de otros conflictos y socava cualquier intento de establecer una simetría moral entre los vencedores y los vencidos como en confrontaciones anteriores.

LEER LA CATÁSTROFE

Una forma de entender la guerra consistió en teorizar, esto es, ver la catástrofe que encarnó como un ejemplo de una tendencia o una pauta más grande. El deseo de teorizar era un deseo de comprensión, consuelo y perdón; y fue un intento de hallar una alternativa a las explicaciones nacionalsocialistas del conflicto. Sin embargo, mediante la creación de paralelos y comparaciones, la teoría usualmente ensombreció en lugar de aclarar la comprensión de cómo exactamente y por qué los nazis habían enyuntado la vida y la muerte. La teoría permitía intercambiar los verbos activos de los perpetradores por la voz pasiva de las víctimas.

Al parecer un número considerable de alemanes estaba leyendo a Ernst Jünger, conocido especialmente por sus memorias sobre su experiencia en la primera guerra mundial, *Tempestades de acero*, cuando la guerra cayó sobre ellos con toda su violencia. Leían sus libros, que entrelazaban motivos tecnológicos, naturales y mitológicos, por diversas razones, pero compartían el deseo de intentar entender la guerra mundial. El entendi-

miento que adquirían en ellos no siempre resultaba del todo coherente con el nazismo. Jünger ofrecía un lectura espectacularmente moderna en la que el nacionalsocialismo se reducía a un síntoma de una reforma del universo mucho mayor. Leer a Jünger era reformular la confrontación como una tragedia épica que dejaba al descubierto un acercamiento existencialista a los acontecimientos. Los soldados encontraban en él a un autor que reconocía el carácter implacable de la guerra que estaban librando y les infundía valor para aceptar la brutalidad de la confrontación. «Lo que él había visto en su personaje del trabajador se había convertido en realidad», comentó Willy Reese, un combatiente que realizó grandes esfuerzos para aceptar su destino de trabajador-soldado en el frente oriental. «He conseguido montones de libros acerca de la guerra —escribió a su esposa Heinrich Böll cuando tenía veintiséis años—: De Binding, Wiechert, Beumelburg»; pero *Tempestades de acero* de Jünger era el que le parecía más impresionante. Para el futuro novelista, Jünger conseguía transmitir la visión del soldado de infantería con absoluta claridad: «real y sobrio, lleno de la pasión de un hombre que lo ve y lo experimenta todo con ardor y dificultad». La conjunción de la «agonía de la guerra» con el reconocimiento de «las ansias elementales de los hombres en el combate» certificaban la autenticidad de lo que decía Jünger, quien daba cuenta de las condiciones inalterables, «elementales», del momento presente. «En Jünger uno encuentra verdades que han sido forjadas en hielo o hierro», explicaba Böll. Éste era el equipamiento mental de los ricos y poderosos, admitía, y en última instancia él mismo se identificaba con los personajes «pobres e indefensos en extremo» a los que Dostoievski prestaba su voz. «Está claro adónde pertenecemos», le contó a Annemarie (adelantándose a su distinción entre los búfalos nazis y los corderos antinazis de su novela de posguerra *Billar a las nueve y media*). No obstante, Böll se sentía atraído por Jünger, a quien menciona repetidas veces en sus cartas. Esto no se debía a que Jünger se le pareciera; «no creo que él conozca el éxtasis humano, el éxtasis del vino o del amor o de las palabras». En lugar de ello, Jünger describía las circunstancias en las que Böll se encontraba y que tenía que aceptar. El soldado reconocía a su esposa: «¿No es una ley increíblemente difícil y misteriosa el que incluso los más pacíficos de los hombres deban convertirse en asesinos cuando la ley se lo exige? La guerra no tiene nada de paradisíaco».[137]

Esta combinación de abismo e impotencia, de Jünger y Dostoievski, resultaba irresistible porque permitía adoptar una postura moral y, al mismo tiempo, proporcionaba una explicación al hecho de que el juicio

moral no pudiera traducirse en una acción rehabilitadora. Confortaba a los débiles, que se veían obligados a matar como los fuertes. Esta lectura de la guerra no era coherente con la determinación nacionalsocialista de reclutar a soldados y civiles en un conflicto específicamente alemán por la supremacía. A la vez, sin embargo, los términos existencialistas en los que se describía la guerra evitaban las cuestiones de la responsabilidad y revestían de una dimensión estética la impotencia y la pasividad. Ello otorgó a Böll y a muchos otros como él una cubierta filosófica. Finalmente, este *Jüngerschaft* (discipulado) sacaba la guerra del contexto específico del nacionalsocialismo. Los lectores naturalizaban la guerra convirtiéndola en una cuestión de hielo y acero, en la que no se distinguía entre los perpetradores y las víctimas. Todos eran víctimas porque la guerra los había posicionado para ser perpetradores. En este mundo temible a los nazis no se los mencionaba, sus uniformes no se veían; todas las diferencias se difuminaban con las potencias terribles dedicadas a hacer cabriolas en la era moderna.

Lisa de Boor, una periodista en la cuarentena, la observadora del tren citada al comienzo de este capítulo, también leía a Jünger. Constantemente se sentía atraída por aquello que rechazaba, lo que hacía que sus propias elecciones estuvieran subordinadas a un vigor más irresistible que el que advertía en la acción que la rodeaba. En junio de 1942 anotaba en su diario: «*Jardines y carreteras. Páginas de un diario, 1939-1941* de Ernst Jünger, lo mejor que he leído recientemente». A final de mes, está impresionada con «el patetismo fascinante» de *Sobre los acantilados de mármol*; pero después de unos cuantos días consigue distanciarse un poco: «sopla un viento gélido, "poco cristiano", no hay calor humano, el título "acantilados de mármol" es apropiado». En octubre de 1942 Marburgo se había quedado sin electricidad, pero de Boor se mantiene cerca de la luz que le ofrece un cabo de vela para leer «el libro de Ernst Jünger *El corazón aventurero*, un texto helado». En enero de 1944 se encuentra inmersa en *El trabajador* y «las entidades demoníacas, trascendentales, que dominan al género humano». Se trataba de criaturas para nada cristianas, pero no menos poderosas e irresistibles por ese hecho. ¿Cuál era el atractivo de todo este hielo? Hasta cierto punto, era la estética de la guerra total sin el abrazo del nazismo, el fascismo alemán sin Hitler. De Boor dramatizaba su propia pasividad con el fin de aceptar tanto la necesidad de la guerra total como el rigor de la probable derrota.[138]

De Boor citaba luego a «un camarada de Ernst Jünger», Gerhard Nebel, que se preparaba para el triunfo de la muerte colectiva sobre la vida:

«El otoño es superior a la primavera por la misma razón que el valor delante de la muerte es más valioso que la pura lozanía». En mayo de 1944, Ursula von Kardorff evocaba el mismo sentimiento de despedida y partida al citar, esta vez, las primeras líneas de *Sobre los acantilados de mármol*: «Todos vosotros conocéis la profunda melancolía que nos sobrecoge al recordar los tiempos felices. Esos tiempos que se han alejado para no volver más y de los cuales estamos más implacablemente separados que por cualquier distancia». Como el «abismo» de Nossack, éste era un lugar en el que una catástrofe sin nombre pero potente había arrasado el pasado y dejado encallados a los supervivientes. El mismo Jünger observó que el hundimiento del *Titanic* proporcionaba la clave para entender «nuestro tiempo». Esta destrucción del pasado era un alejamiento del nacionalsocialismo. No había ya ninguna conexión íntima con la raza o la soberanía o la libertad alemana. Y, no obstante, las fuerzas destructoras carecen por completo de un lugar de procedencia: según de Boor, no eran «ni los judíos ni los masones ni los jesuitas».[139] Uno tras otro, los lectores de Jünger naturalizaron la calamidad de manera que dejaron de reconocer a los protagonistas o los perpetradores y ya no veían a los judíos, los nazis o los rusos. Lo que estos alemanes habían terminado viendo era la condición general de dispersión o naufragio que creían compartir con todos sus contemporáneos en un universo nuevo.

Es posible encontrar lecturas y pasajes sorprendentemente similares en los textos escritos por las víctimas de los nazis. Dostoievski, por ejemplo, no sólo interesaba a Jünger y Böll sino también a Etty Hillesum, una judía prisionera en Westerbork, el campo de tránsito holandés. Hillesum, que escribe primero en Ámsterdam y luego en Westerbork, observaba cómo los transportes hacia Auschwitz iban vaciando gradualmente el campo. En sus diarios, los nazis son con claridad los perpetradores y los judíos las víctimas. Y, sin embargo, ella intenta proponer una interpretación existencialista para dar sentido a todo lo que está ocurriendo a su alrededor. En repetidas ocasiones, sumerge a los alemanes y los judíos en un destino más general: «En un momento es Hitler, en el siguiente, Iván el Terrible; en un momento es la resignación, y en el siguiente, la guerra, la peste, el terremoto o el hambre». Hillesum se dirige al nuevo sujeto universal en primera persona. «Dios no es responsable del daño sin sentido que nos causamos unos a otros —se dice a sí misma—: ¡Nosotros somos responsables ante él!» Ésta fue su respuesta a la noticia, transmitida en junio de 1942 por la BBC, de que los nazis ya habían asesinado a centenares de miles de judíos en Europa oriental.[140] Es como si el sentimiento de

impotencia fuera tan abrumador que consiguiera absorber, desde la perspectiva de las víctimas, la participación activa de los mismos perpetradores.

La enorme escala del cambio trascendental que, en la imaginación de los observadores, estaba experimentando el mundo en 1945 recuerda la determinación con que los nazis creían estar instaurando después de 1933 una «nueva era» milenaria en la que las cuestiones de política entre los nazis y los socialdemócratas quedarían absorbidas por necesidades mucho más amplias que requerirían un «mundo transformado» de regímenes, sistemas y gobiernos en el que la vieja república no sería tanto indeseable como obsoleta.[141] La idea de una nueva época explicaba retrospectivamente el ascenso al poder en 1933. Asimismo, anunciaba todo el abanico de comparaciones que se harían en la posguerra entre regímenes del siglo XX que eran similares debido a su carácter totalitario, por haber eliminado al individuo para concentrarse en la dirección de las masas o por su habilidad probada para la gestión de los objetos y las técnicas.

Esta lectura de la catástrofe en clave de «civilización» fue adquiriendo más y más autoridad a lo largo de las décadas de 1950 y 1960. Fue la escogida por los observadores estadounidenses que intentaban entender la subordinación del individuo a las gigantescas operaciones tecnológicas de la guerra en formas que parecían sugerir equivalencias entre las máquinas bélicas modernas. Una vez que Estados Unidos arrojó las bombas atómicas sobre Japón, la catástrofe de Auschwitz con frecuencia se combinó con la de Hiroshima para crear «Auschwitz-Hiroshima», una doble amenaza existencial que acechaba en el futuro a la civilización mundial. De este modo, se subordinaba la especificidad histórica del nazismo o del Holocausto a los desarrollos tecnocráticos y las capacidades militares que al operar en una escala global daban lugar al tipo de modernidad épica de la que la segunda guerra mundial era representante. La continuidad que sugería la serie creada al denominar los conflictos primera guerra mundial y segunda guerra mundial tuvo el mismo efecto.[142] Narrar los años 1914-1945 como treinta años terriblemente autodestructivos de guerra o guerra civil también fue una forma de confiscar las causas políticas de la segunda guerra mundial y las implacables ambiciones utópicas de los nazis. Ello creó equivalencias entre los estados beligerantes y, en consecuencia, hizo que se tendiera a pasar por alto el papel central que el racismo y el antisemitismo tuvieron en el Tercer Reich. Independientemente de cuáles puedan ser sus méritos, esas interpretaciones permitieron que en el período de la posguerra los alemanes (pero no sólo ellos) vieran el nazismo como una parte de procesos históricos mucho más prolongados

ocurridos en Europa y Estados Unidos. Retaban a los contemporáneos para que hallaran mecanismos políticos más humanos y cooperativos para la dirección del futuro, pero no siempre planteaban el difícil problema del carácter de las decisiones y juicios políticos del pasado reciente. Se introdujeron nuevas figuras como el partisano, el superviviente o el administrador para explicar las jerarquías de poder de la posguerra. Esto tuvo el efecto de allanar las cuestiones relacionadas con el compromiso ideológico. La interpretación estructural del nazismo y el comunismo como sistemas totalitarios o la concepción del Holocausto como un ejemplo extremo de proceso de determinación de prioridades típicamente moderno operaban de forma similar.[143] Leer a Jünger en Alemania en 1945 era al mismo tiempo espeluznante y consolador.

Después de 1945 los lectores alemanes desarrollaron también explicaciones históricas específicas de la catástrofe que supuso el nazismo. De forma progresiva fueron concibiéndose más y más como las víctimas de una guerra brutal impuesta por una minoría política fanática que había engañado y traicionado a la mayoría patriótica y abusado de las tribulaciones que, según sentía la mayor parte del pueblo alemán, les habían sido infligidas después de la primera guerra mundial. Lo que les horrorizaba era cómo la guerra había terminado, más que cómo había empezado; se concentraban en Stalingrado y los prisioneros de guerra alemanes en la Unión Soviética, en Dresde y la guerra aérea contra los civiles y la expulsión de los alemanes de Europa oriental en 1945. Esta perspectiva, resulta obvio, era eficaz desde un punto de vista político, pues no sólo restaba importancia al papel activo que los alemanes habían desempeñado en los crímenes de los nazis sino que, en primer lugar, convertía a los alemanes en víctimas. Concedía que los alemanes podían haber sido cómplices, pero su complicidad era consecuencia de su debilidad moral, no de una motivación criminal. La imaginería de las víctimas permitió asimismo que los alemanes de la posguerra recuperaran un pasado utilizable en el que el nazismo no comprometiera por completo la historia y la cultura del país. Así, pasó a verse a la Wehrmacht en términos generales como una fuerza «limpia» y a sostenerse que la guerra de Hitler contra la Unión Soviética había sido un conflicto de una naturaleza fundamentalmente diferente del de guerras más convencionales como las libradas contra Polonia (justificada por el Corredor y Danzig) e incluso Francia (el enemigo hereditario). Esta versión de la historia no era exacta, pero apuntaba en la dirección antifascista correcta. Mi intención es examinar la lucha por rescatar el relato de la historia alemana desde un

ángulo inesperado con el fin de subrayar el inmenso deseo de un pasado alemán utilizable. El ejemplo proviene de una historia real que Victor Klemperer relata en su diario en enero de 1944. A partir de esa historia, hago extrapolaciones con el propósito de iluminar el trabajo de la memoria, mucho más amplio, que realizó Alemania en los veinticinco años posteriores a la guerra.[144]

Un año después de Stalingrado, Klemperer intentaba imaginar cómo se podría representar la guerra una vez que hubiera terminado. El filólogo transcribió en su diario la historia de Horst Weigmann, cuya muerte se había anunciado en el periódico local el 19 de enero de 1944, con una esquela en la que «la Cruz de Hierro lleva a un lado la cruz gamada». El texto del anuncio era el siguiente: «El destino ha querido que mi hijo único y bienamado, el cabo primero Horst-Siegfried Weigmann, estudiante de química, voluntario de guerra, condecorado con la Cruz de Hierro de segunda clase, ex combatiente de las campañas de Polonia y de Francia, haya muerto súbita e inesperadamente a la hermosa edad de veinticuatro años». La nota la firmaba, «profundamente afligido», el padre, Bruno Weigmann, un músico de cámara de Múnich. Resulta que algunos amigos de los Klemperer conocían a la familia del finado; «su madre, divorciada del padre, era judía». La mujer había sido detenida recientemente durante lo que Klemperer llama «la última *acción*» realizada en Dresde. Por ser un *Mischling*, Horst Weigmann había sido licenciado del ejército, pero, al parecer, su distinguido historial militar había servido para que se hiciera una excepción y se le permitiera estudiar en la universidad. Cuando el joven descubrió que su madre había sido arrestada, se hizo pasar por un comisario de la Gestapo y consiguió sacarla de prisión. Su intención era que ella pasara a la clandestinidad. («Parece que hay muchos judíos escondidos, sobre todo en Berlín», anota Klemperer.) Sin embargo, a la entrada de la jefatura de policía, madre e hijo tropezaron con un oficial de la Gestapo que reconoció a Weigmann y descubrió el ardid. Los nazis enviaron a la madre a Theresienstadt; el hijo se ahorcó en la cárcel. Klemperer llama la atención sobre la extraña combinación del suicidio y la Cruz de Hierro que adorna la esquela para luego comentar que Weigmann «ha caído verdaderamente en el campo del honor y ha dado pruebas de más valentía que ningún soldado en la batalla». El ejemplo de su osada acción, concluye, «entrará en la historia de la literatura»: Weigmann «será el héroe de dramas y novelas».[145]

El episodio es extraordinario; ¿cómo podría haber sido el drama inspirado en él? Incluso en medio de la preocupación por su propia super-

vivencia, Klemperer no puede evitar considerar el modo en que después de la guerra los «dramas y novelas» se ocuparán del Tercer Reich, el frente oriental y el destino de los judíos alemanes. Como revelan sus diarios, Klemperer no estaba en absoluto seguro acerca de la naturaleza de la influencia del nazismo sobre los alemanes. Prestaba mucha atención a la «vox pópuli» en las calles de Dresde. Pero al relatar los pormenores de la historia de Weigmann, por ejemplo, proyectaba líneas de continuidad que se remontaban al pasado pre-nazi. Lo que Klemperer imaginaba, en un momento en que la gran mayoría de los judíos de Dresde y de Alemania en general ya habían sido asesinados, no era otra cosa que un drama de reconciliación nacional. El hijo *Mischling* ocupa el centro de unas nuevas relaciones entre alemanes recién negociadas, lo que restaura la herencia de los matrimonios mixtos entre judíos y cristianos incluso aunque la madre no pueda salvarse. Que el héroe muera y su madre judía sea deportada, mientras el padre «ario» sobrevive, es una ecuación coherente con las realidades del período bélico: la enorme cantidad de personas deportadas y asesinadas. No obstante, con su sacrificio, el hijo ofrece la posibilidad de que el daño infligido a los judíos de Alemania pueda curarse. En las novelas y dramas de la posguerra, el *Mischling* será el héroe al que el público alemán aplaudirá y honrará. Todo el episodio no es obra del destino, como quiere el padre: Weigmann actuó deliberadamente y en una forma digna de elogio desde un punto de vista moral. Incluso cuando la historia da un giro horrible con la coincidencia del reconocimiento a la entrada de la jefatura de policía, la insinuación de que hay otros lugares (lugares ocultos) al cuidado de otras personas (que ayudan a los judíos) indica la existencia de una Alemania que realmente no es nazi. La acción virtuosa del hijo representa esta área no contaminada. Sin embargo, el precio de la reconciliación es el rechazo del padre. El drama que Klemperer imaginó trabaja ligando la degradación moral del padre con la deportación de la madre. Miles de judíos alemanes están muertos, pero también lo está el nacionalismo militarista de Alemania.

Es importante que Klemperer no tenga necesariamente que rechazar el servicio militar en la guerra; le basta con recurrir a su imaginería. Para funcionar como un drama de reconciliación, el relato se abstiene de desafiar el honor de los soldados alemanes en Francia o Polonia, y en lugar de ello censura la representación unidimensional propuesta por el padre. No es el hijo soldado el que es un hipócrita, sino el padre civil que se equivoca al colocar la cruz gamada junto a la Cruz de Hierro. De hecho, una vez borrados los garabatos nazis del padre, la Cruz de Hierro y el sa-

crificio del hijo por la madre se refuerzan mutuamente de manera espectacular. Lo que aúna al público de posguerra al que Klemperer implícitamente evoca en esta victoria literaria es la combinación triunfal de la Cruz de Hierro y el valor judío. Es el cabo primero Horst-Siegfried Weigmann, el *Mischling* judeo-alemán, quien se convierte en símbolo de la nueva Alemania.

A pesar de las matanzas de las que tenía noticia, en Riga, Kiev y otros lugares, Klemperer podía imaginar la reconciliación y lo hizo en 1944 en un formato que confiaba en una narrativa nacional y en una historia cultural cohesionada: el drama de Weigmann «entrará en la historia». De hecho, dentro del diario el episodio se etiqueta como una *Köpenickiada*, una referencia a un farsa de la era guillermina.[146] Es imposible no reconocer la brutalidad implacable de los nazis. Sin embargo, el comportamiento despreciable del padre actúa como un pararrayos que apacigua preguntas más amplias sobre la complicidad de los alemanes normales y corrientes; la maldad del padre se encarga de contenerlas. La disposición de Klemperer a imaginar un público alemán capaz de abrazar la historia de Weigmann subraya todavía más la naturaleza básicamente buena de la mayoría de la población. En la versión de Klemperer, los alemanes de la posguerra reconocerán de inmediato al hijo como un héroe y excluirán al padre de la nación. Aunque tanto la madre como el hijo mueren, el drama da por sentado que si vivieran serían aceptados por el público de posguerra y se sentirían cómodos entre ellos. Tal es la Alemania de posguerra en la que Klemperer quería vivir, una en la que los nazis no habían contaminado del todo la cultura alemana ni comprometido por completo la continuidad de la historia alemana.

El deseo de Klemperer fue hecho trizas por los millones de alemanes que en los años de posguerra construyeron sus propios dramas de rehabilitación en los que se contrastaba a los alemanes buenos con los nazis malos, a la Wehrmacht «limpia» con la SS criminal, al hijo con el padre. La historia alemana después de 1943 (después de Stalingrado, las bajas, las ciudades bombardeadas, los soldados prisioneros en Rusia, la expulsión de los alemanes de Polonia y Checoslovaquia en los años 1945-1947) reveló las cicatrices de lo que los alemanes habían soportado durante la guerra y, llegado el momento, se convirtió en el cimiento de la memoria colectiva de la nación de posguerra. En estas historias populares de sufrimiento colectivo (a diferencia de la versión imaginaria de Klemperer) no había espacio para los judíos, que sencillamente no estaban allí; y de hecho los textos de la posguerra con frecuencia se fundaban

en la supresión del conocimiento sobre el destino de los judíos y de su patrimonio en Alemania. No obstante, tales historias sí conceptualizaban la Alemania de posguerra como una nación transformada, rehabilitada, en la que se había repudiado el militarismo del pasado y la crueldad de los padres. Esto contrastaba fundamentalmente con las memorias revanchistas que había dejado la primera guerra mundial: en 1945 los alemanes no tenían ninguna pretensión de volver a pelear la guerra para obtener ventajas de cualquier tipo; buscaban escribir una nueva página y añadirla a un libro viejo.

Los relatos populares, y tendenciosos, sobre la sufriente nación alemana siempre estaban filtrándose. Las ciudades alemanas incendiadas salían a colación asociadas a las sinagogas incendiadas. La violencia que los alemanes habían sufrido no podía ocultar todo el conocimiento que se tenía de la violencia que los alemanes mismos habían infligido; sin embargo, el reconocimiento por parte de Alemania de la violencia que habían sufrido todas las partes con frecuencia parecía demostrar la creencia de que al final de la guerra las cuentas morales habían quedado básicamente saldadas. Las huellas de la culpa se manifestaban en la urgencia misma con la que los alemanes se defendían y declaraban su inocencia o su desconocimiento de las acciones antisemitas. «No sabíamos» era una declaración de conocimiento porque esquivaba lo que la población había intuido o conjeturado e, incluso, lo que los nazis le habían invitado a sospechar. Lo que se filtró en las décadas de 1950 y 1960 finalmente se convertiría en la base de las evaluaciones críticas del pasado y de los intentos serios, sustentados en la investigación, de explorar los parámetros de la complicidad que advertimos en Alemania en la actualidad.[147]

Tanto el *afán* de invocar las fuerzas anónimas y demoniacas de la era moderna como el *deseo* de un cierre narrativo revelaban lo inadecuado de cierto conocimiento acerca de la guerra, el programa racial de los nazis o el Holocausto. Las interpretaciones de la catástrofe distraían y evitaban las cuestiones centrales. Envolvían a la gente en el peligroso presente, pero oscurecían los silencios y las ausencias del pasado. Los asesinos y los asesinados se contaban, pero pocas veces se les daba un nombre. Incluso el drama sobre Weigmann imaginado por Klemperer, al igual que el de Alemania acerca de Stalingrado o Dresde o el *Wilhelm Gustoff* (el barco repleto de miles de refugiados alemanes que un submarino torpedeó en enero de 1945), pasa por alto el Holocausto. Con todo, de una forma indirecta e involuntaria, el trabajo inmenso dedicado a producir comprensibilidad apuntaba a la incomprensibilidad esencial que sentían tantísi-

mos supervivientes. El potente testimonio de los judíos supervivientes estuvo acompañado del temor a que el mundo no entendiera lo que estaban diciendo y la sospecha de que las palabras empleadas no estaban en condiciones de expresar de manera adecuada lo que querían decir o lo que habían padecido. Alice Ehrmann escribió en una especie de tartamudeo que revelaba su conmoción. La capacidad de expresión limitada perfilaba lo que Charlotte Delbo consideraba que era «un mundo más allá del conocimiento» y lo que más tarde los historiadores denominarían «los límites de la representación».[148] Aunque no por primera vez en la historia, y acaso no por última vez, es indudable que el Holocausto destruyó las expectativas acerca del funcionamiento del mundo. Muchos años después de los hechos un superviviente judío reflexionaba así: «me parece que Hitler tronchó una parte del universo y creó zonas de aniquilación y áreas de tortura y matanza. ¿Sabe?, es como si el planeta hubiera sido cortado en dos, una parte normal (supuestamente normal: nuestras vidas no son en realidad normales) y ese otro planeta, y que nos hubieran arreado a ese planeta desde éste y luego nos hubieran traído de vuelta».[149] Las teorías y los relatos intentan colocar estas vidas en una órbita en la que resulten comprensibles, pero los hechos escapan a su control, y producen sobresalto y consternación. Parte del conocimiento acerca de la vida y la muerte en el Tercer Reich es el carácter siempre incompleto de las explicaciones.

Notas

En las notas se utilizan las siguientes abreviaturas:

BAB: Bundesarchiv Berlin
NARA: National Archives and Record Administration, College Park, Maryland
RG: Record Group
USSBS: U.S. Strategic Bombing Survey

INTRODUCCIÓN

1. Edwin Erich Dwinger, *Der Tod in Polen*, Jena, 1940, pp. 36-37, 69, 90, 123, 136, 153. Jürgen Matthäus, «Die "Judenfrage" als Schulungsthema von SS und Polizei: "Inneres Erlebnis" und Handlungslegitimation», en Matthäus, Konrad Kwiet, Jürgen Föster, y Richard Breitman, eds., *Ausbildungsziel Judenmord? «Weltanschauliche Erziehung» von SS, Polizei, und Waffen-SS im Rahmen der «Endlösung»*, Fráncfort, 2003, p. 85. Dos años después se dijo a la prensa alemana que considerara las atrocidades cometidas en Lwow (Lemberg) como «básicamente un estado de cosas judeo-bolchevique normal» [*Normalzustand*]». Citado en Peter Longerich, «*Davon haben wir nichts gewusst!*», *Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Berlín, 2006, p. 159. Sobre la función política de las atrocidades, véase John Horne y Alan Kramer, *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven, 2004; e Isabel Hull, *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, 2004.

2. Dwinger, *Der Tod in Polen*, pp. 113-115.

3. Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Cambridge, 2006, pp. 79, 113.

4. Vegas Gabriel Liulevicius, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity, and German Occupation in World War I*, Cambridge (Inglaterra), 2000, p. 8.

5. Zygmunt Bauman, *Modernity and the Holocaust*, Ithaca, 1989 [hay traducción castellana: *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 1997]; Peter Fritzsche, «Nazi Modern», *Modernism/Modernity* 3 (enero de 1996), pp. 1-21.

6. Thomas Childers, *The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill, 1983; Richard J. Evans, *The Third Reich in Power, 1933-1939*, Nueva York, 2005 [hay traducción castellana: *El Tercer Reich en el poder, 1933-1939*, Península, Barcelona, 2007]; Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, 1983; y Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987 [hay traducción castellana: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003].

7. Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, 1973 [hay traducción castellana: *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid, 1999]; Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition, and Racism in Everyday Life*, New Haven, 1989.

8. Norbert Frei, *1945 und Wir: Das Dritte Reich im Bewusstsein der Deutschen*, Múnich, 2005; Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: The Years of Persecution, 1933-1939*, Nueva York, 1997; Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Nueva York, 2001 [hay traducción castellana: *No solo Hitler: la Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Crítica, Barcelona, 2002]; Ludolf Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945*, Fráncfort, 1996; Claudia Koonz, *The Nazi Conscience*, Cambridge, 2003 [hay traducción castellana: *La conciencia nazi: la formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2005].

9. Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*, Nueva York, 1996 [hay traducción castellana: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, Madrid, 1998].

10. Lothar Bluhm, *Das Tagebuch zum Dritten Reich: Zeugnisse der Inneren Emigration*, Bonn, 1991; Gustav René Hocke, *Das europäische Tagebuch*, Wiesbaden, 1963; y también Ursula von Kardorff, «Vom Tagebuch», *Deutsche Allgemeine Zeitung*, n.º 535 (8 de noviembre de 1942).

11. Tim Mason, *Social Policy in the Third Reich: The Working Class and the «National Community»*, Oxford, 1993.

12. Entrada correspondiente al 24 de abril de 1941 en Victor Klemperer, *I Will Bear Witness, 1933-1941: A Diary of the Nazi Years*, Nueva York, 1998, p. 383 [hay traducción castellana del original alemán: *Quiero dar testimonio hasta el fi-*

nal, vol. 1, *Diarios 1933-1941*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2003; la cita proviene de la p. 626].

13. Irmgard Keun, *Nach Mitternacht*, Ámsterdam, 1937, p. 92.

14. Theodore Abel, *Why Hitler Came to Power*, Nueva York, 1938, p. 1.

15. Hans Erich Nossack, *The End: Hamburg 1943*, Chicago, 2004, p. 61.

16. *Ibid.*, p. 55.

17. David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*, Nueva York, 1966, p. 72.

18. Véase Peter Fritzsche, *Germans into Nazis*, Cambridge, 1998.

CAPÍTULO I

1. Entrada correspondiente al 11 de septiembre de 1938 en Victor Klemperer, *I Will Bear Witness, 1933-1941: A Diary of the Nazi Years*, Nueva York, 1998, pp. 267-268 [hay traducción castellana del original alemán: *Quiero dar testimonio hasta el final*, vol. 1, *Diarios 1933-1941*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2003; pp. 444-445].

2. Lieselotte G., entrada correspondiente al 22 de abril de 1945, en Ingrid Hammer y Susanne zur Nieden, eds., *Sehr selten habe ich geweint: Briefe und Tagebücher aus dem Zweiten Weltkrieg von Menschen in Berlin*, Zúrich, 1992, p. 311; entrada correspondiente al 28 de julio de 1933, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 27 [trad. cast. vol. 1, p. 43]; Erika Mann, *School for Barbarians*, Nueva York, 1938, p. 21. Sobre el saludo en la vida cotidiana en general, véase Andrew Bergerson, *Ordinary Germans in Extraordinary Times: The Nazi Revolution in Hildesheim*, Bloomington (Indiana), 2004.

3. Entradas correspondientes al 8 de julio y el 30 de octubre de 1933 en Erich Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland...*, Hamburgo, 1959, pp. 155, 195-196; Klaus P. Fischer, *Nazi Germany: A New History*, Nueva York, 1995, p. 343; entrada correspondiente al 6 de mayo de 1933 en Karl Windschild, *Mit Finger vor dem Mund: Ballenstedter Tagebuch des Pfarrers Karl Fr. E. Windschild, 1931-1944*, edición de Günther Windschild y Helmut Schmid, Dessau, 1999, p. 75.

4. Entrada correspondiente al 10 de abril de 1933, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 13 [trad. cast. vol. 1, p. 20].

5. Ian Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987, pp. 75, 202 [hay traducción castellana: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003]; entrada correspondiente al 25 de octubre de 1940 en William L. Shirer, *Berlin Diary, 1934-1941*, Nueva York, 1942, p. 436.

6. Entradas correspondientes al 2 de septiembre de 1941 y el 17 de marzo de 1940, Klemperer, *I Will Bear Witness*, pp. 428, 329 [trad. cast. vol. 1, p. 695];

entrada correspondiente al 19 de febrero de 1944, «Tagebuch Nr. 8, 18. Nov. 1943-1947. April 1945», Nachlass Franz von Göll, Landesarchiv Berlin, E. Rep. 200-43, Acc. 3221, Nr. 8.

7. Entradas correspondientes al 24 y el 26 de junio de 1934 en Theodore Abel, *The Columbia Circle of Scholars: Selections from the Journal, 1930-1957*, edición de Elzbieta Halas, Fráncfort, 2001, pp. 178, 181.

8. Entrada correspondientes al 12 de junio de 1935, *ibid.*, p. 226; Theodore Abel, *Why Hitler Came to Power*, Nueva York, 1938, p. 174.

9. Elisabeth Gebensleben a Irmgard Brester, 15 de septiembre de 1930 y 3 de febrero de 1933, en Hedda Kalshoven, ed., *Ich denk so viel an Euch: Ein deutschholländischer Briefwechsel, 1920-1949*, Múnich, 1995, pp. 99, 160.

10. Elisabeth Gebensleben a Irmgard Brester, 3 de febrero y 2, 10 y 22 de marzo de 1933, *ibid.*, pp. 160-161, 168-169, 184.

11. Elisabeth Gebensleben a Irmgard Brester, 22 de marzo y 4 de mayo de 1933, *ibid.*, pp. 182, 197.

12. Eberhard Gebensleben a Karl Gebensleben, 15 de marzo de 1933; Irmgard Brester a Elisabeth Gebensleben, 3 de abril de 1933; y Elisabeth Gebensleben a Irmgard Brester, 14 de marzo y 6 de abril de 1933, *ibid.*, pp. 175-178, 188, 190-191.

13. Minna von Alten a Irmgard Brester, 29 de agosto de 1940; Irmgard Brester a Minna von Alten, 5 de septiembre de 1940; y Chef der Kanzlei a Eberhard Gebensleben, 25 de febrero de 1944, *ibid.*, pp. 353-354, 421.

14. Entradas correspondientes al 20 de marzo, el 20 y el 28 de abril, y el 21 de mayo de 1933 en Karl Dürkefälden, «*Schreiben wie es wirklich war...*» *Aufzeichungen Karl Düerkefäeldens aus den Jahren 1933-1945*, edición de Herbert y Sibylle Obenaus, Hannover, 1985, pp. 37-38, 43, 52. Los diarios de Karl Windschild, *Mit Finger vor dem Mund*, llegan a conclusiones similares con relación a Ballenstedt.

15. Entrada correspondiente al 2 de mayo de 1933, Dürkefälden, «*Schreiben wie es wirklich war*», p. 46.

16. Entradas correspondientes al 24 de abril, el 24 y el 29 de mayo, el 1 y el 26 de junio y el 18 de julio de 1933; y «Januar bis zum 7. Februar 1934», *ibid.*, pp. 42, 44, 53-54, 57, 64, 70, 77-78.

17. Entradas correspondientes al 30 de enero, el 9 de mayo y el 18 de julio de 1933, el 10 de septiembre de 1934 y el 15 de septiembre de 1935, Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland*, pp. 14, 75, 155, 382-383, 595.

18. Entrada correspondiente al 4 de abril de 1934, *ibid.*, pp. 288-289.

19. Entradas correspondientes al 20 y el 21 de marzo de 1933, *ibid.*, pp. 44, 47; entrada correspondiente al 9 de marzo de 1938 en Erich Ebermayer, ... *Und morgen die ganze Welt: Erinnerungen an Deutschlands dunkle Zeit*, Bayreuth, 1966, p. 244.

20. Véase Karl-Heinz Reuband, «Das NS-Regime zwischen Akzeptanz

und Ablehunung. Eine retrospektive Analyse von Bevölkerungseinstellungen im Dritten Reich auf der Basis von Umfragedaten», *Geschichte und Gesellschaft* 32 (2006), pp. 315-344.

21. Hans Fallada, *Little Man, What Now?*, 1933; reimpresión: Chicago, 1992 [hay traducción castellana del original alemán: *Y ahora, ¿qué?*, Juventud, Barcelona, 1951]; entrada correspondiente al 23 de abril de 1933, Dürkefälden, «*Schreiben wie es wirklich war*», p. 40.

22. André François-Poncet, *The Fateful Years: Memoirs of a French Ambassador in Berlin, 1931-1938*, traducción de Jacques LeClerq, Nueva York, 1949, p. 48; Melita Maschmann, *Account Rendered: A Dossier on My Former Self*, edición de Geoffrey Strachan, Londres, 1964, pp. 10-14.

23. Berel Lang, «The Nazi as Criminal», en *Post-Holocaust: Interpretation, Misinterpretation, and the Claims of History*, Bloomington (Indiana), 2005, p. 13.

24. Ralf Georg Reuth, *Goebbels*, traducción de Krishna Winston, Nueva York, 1993, p. 164.

25. Entrada correspondiente al 2 de mayo de 1943 en Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich, Múnich, 1994, pt. 11, vol. 8, p. 197.

26. Michael Schneider, *Unterm Hakenkreuz: Arbeiter und Arbeiterbewegung 1933 bis 1939*, Bonn, 1999, p. 92; Hans Wendt, *Der Tag der Nationalen Arbeit. Die Feier des 1. Mai 1933*, Berlín, 1933, p. 11.

27. Peter Fritzsche, *A Nation of Fliers: German Aviation and the Popular Imagination*, Cambridge, 1992, pp. 162-170.

28. *Berliner Morgenpost*, n.º 104 (2 de mayo de 1933). Véase también Reinhard Döhl, *Das Hörspiel zur NS-Zeit: Geschichte und Typologie des Hörspiels*, Darmstadt, 1992, pp. 132-133.

29. Eberhard Heuel, *Der umworbene Stand: Die ideologische Integration der Arbeiter im Nationalsozialismus 1933-1935*, Fráncfort, 1989.

30. «Wolfgang Diewerge», Berlin Document Center, A2242 SS-153, NARA; Eugen Hadamovsky, *Hilfsarbeiter Nr. 50,000*, Berlín, 1938.

31. «Nach dem 21. Juli bis zum 14. September 1933», en Dürkefälden, «*Schreiben wie es wirklich war*», pp. 64-66.

32. Detlef Schmiechen-Ackermann, *Nationalsozialismus und Arbeitermilieus: Der nationalsozialistische Angriff auf die proleatrischen Wohnquartiere und die Reaktion in den sozialistischen Vereinen*, Bonn, 1998, pp. 487-491, 536-537.

33. Hans-Ulrich Thamer, *Verführung und Gewalt: Deutschland 1933-1945*, Berlín, 1986, p. 233. Véase también Vernon L. Lidtke, *The Alternative Culture: Socialist Labor in Imperial Germany*, Nueva York, 1985.

34. Hans-Ulrich Thamer, *Der Nationalsozialismus*, Stuttgart, 2002, p. 14.

35. Robert N. Proctor, *The Nazi War on Cancer*, Princeton, 1999, pp. 7- 8, 114; Detlef Peukert, *Max Webers Diagnose der Moderne*, Gotinga, 1989, pp. 69,

110-111. Véase también Claudia Koonz, *The Nazi Conscience*, Cambridge, 2003 [hay traducción castellana: *La conciencia nazi: la formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2005].

36. Elisabeth Gebensleben a Irmgard Brester, 15 de septiembre de 1933, Kalshoven, *Ich denk so viel an Euch*, p. 208.

37. Heinrich Hauser, *Battle against Time: A Survey of Germany of 1919 from the Inside*, Nueva York, 1939, pp. 11-12.

38. N.º 61074, 17 de junio de 1945, «Schedule B interviews», USSBS, RG 243, caja 536, carpeta 21, NARA.

39. Entrada correspondiente al 4 de septiembre de 1943, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. 11, vol. 9, p. 421; Herwart Vorländer, *Die NSV: Darstellung und Dokumentation einer nationalsozialistischen Organisation*, Boppard, 1988, pp. 51, 59.

40. *The Times* (Londres), 10 de diciembre de 1934, citado en Thomas E. de Witt, «"The Struggle against Hunger and Cold": Winter Relief in Nazi Germany, 1933-1939», *Canadian Journal of History* 12 (1978), p. 369, una excelente exposición general sobre el Auxilio de Invierno. *Völkischer Beobachter*, n.º 334 (30 de noviembre de 1938); y *BZ am Mittag*, n.º 298 (3 de diciembre de 1938), ambos en R431I/564a/86-88, BAB.

41. Hauser, *Battle against Time*, pp. 11-12; Eva Sternheim-Peters, *Die Zeit der grossen Täuschungen. Mädchenleben im Faschismus*, Bielefeld, 1987, p. 86; Vorländer, *Die NSV*, p. 54; Hans Dieter Schäfer, *Das Gespaltenes Bewusstsein: Über deutsche Kultur und Lebenswirklichkeit 1933-1945*, Múnich, 1984, pp. 140-141.

42. Clifford Kirkpatrick, *Nazi Germany: Its Women and Family Life*, Indianápolis, 1938, p. 26. En general, Peter Fritzsche, «Machine Dreams: Airmindedness and the Reinvention of Germany», *American Historical Review* 98 (1993), pp. 685-709.

43. Victor Klemperer, *The Language of the Third Reich: LTI, Lingua Tertii Imperii. A Philologist's Notebook*, traducción de Martin Brady, 1957; reimpresión: Somerset (Nueva Jersey), 2000, pp. 5, 226-227 [hay traducción castellana del original alemán: *LTI: la lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Minúscula, Barcelona, 2007].

44. Entrada del diario correspondiente al 28 de septiembre de 1938, Ebermayer, *Und morgen die ganze Welt*, p. 299. Véase también la entrada correspondiente al 9 de agosto de 1939, *ibid.*, p. 405. Kershaw encuentra la misma actitud en una informe de la Wehrmacht de septiembre de 1938; *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, 1983, pp. 151-152.

45. Norbert Frei, «People's Community and War: Hitler's Popular Support», en Hans Mommsen, ed., *The Third Reich between Vision and Reality: New Perspectives on German History, 1918-1945*, Oxford, 2001, p. 64.

46. Kershaw, *Popular Opinion*, p. 108. Las cifras provienen de Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, p. 284.

47. Ludolf Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945*, Fráncfort, 1996, p. 90; entrada correspondiente al 24 de noviembre de 1936, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 201 [trad. cast. vol. 1, p. 334]. Para las cifras sobre empleo femenino, véase Jill Stephenson, *Women in Nazi Germany*, Londres, 2001, p. 54.

48. Norbert Frei, *National Socialist Rule in Germany: The Führer State, 1933-1945*, 1987, traducción de Simon B. Steyne, Oxford, 1993 [1987], p. 78. Véase también Thamer, *Verfolgung und Gewalt*, p. 489.

49. Wolfgang König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft: «Volksprodukte» im Dritten Reich. Vom Scheitern einer nationalsozialistischen Konsumgesellschaft*, Paderborn, 2004, p. 137.

50. Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Nueva York, 2007, p. 135; Richard J. Evans, *The Third Reich in Power, 1933-1939*, Nueva York, 2005, p. 327 [hay traducción castellana: *El Tercer Reich en el poder, 1933-1939*, Península, Barcelona, 2007].

51. König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft*, pp. 18, 178.

52. Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, Nueva York, 2000, p. 434 [hay traducción castellana: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002].

53. Entrada correspondiente al 25 de junio de 1943, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. 11, vol. 8, p. 528. Véase también la entrada correspondiente al 25 de enero de 1944, *ibid.*, vol. 11, p. 166.

54. Tim Mason, *Social Policy in the Third Reich: The Working Class and the «National Community»*, Oxford, 1993, p. 159.

55. Franz Janka, *Die braune Gesellschaft: Ein Volk wird formatiert*, Stuttgart, 1997, p. 380.

56. Bernd Stöver, *Volksgemeinschaft im Dritten Reich. Die Konsensberetischaft der Deutschen aus der Sicht sozialistischer Exilberichte*, Düsseldorf, 1993, p. 271.

57. König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft*, p. 206.

58. Shelley Baranowski, *Strength through Joy: Consumerism and Mass Tourism in the Third Reich*, Cambridge (Inglaterra), 2004, p. 177.

59. Kristin Semmens, *Seeing Hitler's Germany: Tourism in the Third Reich*, Nueva York, 2005, pp. 120, 46-47, 68; Joshua Hagen, «The Most German of Towns: Creating an Ideal Nazi Community in Rothenburg ob der Tauber», *Annals of the Association of American Geographers* 94 (2004), pp. 207-227. Sobre los álbumes fotográficos, Nachlass Franz von Göll, Landesarchiv Berlin, E. Rep. 200-43, Acc. 3221, Nr. 89.

60. Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 163; «Dezember/Januar—Bericht über die Lage in Deutschland (Abgeschlossen am 21 Januar 1935)», en Bernd Stöver, ed., *Berichte über die Lage in Deutschland. Die Meldungen der Gruppe Neu Beginnen aus dem Dritten Reich 1933-1936*, Bonn, 1996, p. 335.

61. Entrada correspondiente al 17 de enero de 1935 en Lore Walb, *Ich, die Alte, ich, die Junge: Konfrontation mit meinem Tagebüchern 1933-1945*, Berlín, 1997, p. 51.

62. «April [1935] Bericht über die Lage in Deutschland», en Stöver, *Berichte über die Lage in Deutschland*, pp. 429-430; Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 165.

63. Albert Speer, *Inside the Third Reich*, traducción de Richard y Clara Winston, Nueva York, 1970, p. 86; Götz Aly, ed., *Volkes Stimme. Skepsis und Führervertrauen im Nationalsozialismus*, Fránkfort, 2006; Norbert Frei, *1945 und Wir: Das Dritte Reich im Bewusstsein der Deutschen*, Múnich, 2005, pp. 116-117.

64. Carta fechada el 7 de junio de 1943, citada en Joachim Dollwet, «Menschen im Krieg, Bejahung-und Widerstand?» *Jahrbuch für westdeutsche Landesgeschichte* 13 (1987), p. 289; Stöver, *Volksgemeinschaft im Dritten Reich*, p. 125.

65. Klaus-Michael Mallmann y Gerhard Paul, *Herrschaft und Alltag: Ein Industrierevier im Dritten Reich*, Bonn, 1991, p. 162. Véase también David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*, Nueva York, 1965, pp. 77, 286-288.

66. Entrada correspondiente al 8 de marzo de 1936, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 155 [trad. cast. vol. 1, p. 262].

67. Kirkpatrick, *Nazi Germany*, p. 26; Leni Riefenstahl, *Hinter den Kulissen des Reichsparteitagfilms*, Múnich, 1935.

68. Transmisión radial desde Francia, 17 de junio de 1940, en William L. Shirer, «*This Is Berlin*»: *Radio Broadcasts from Nazi Germany, 1938-1940*, Nueva York, 1999, p. 328. Véase también Gustave Flocher, *Marching to Captivity: The War Diaries of a French Peasant 1939-1945*, edición de Christopher Hili, Londres, 1996, p. 128.

69. Schäfer, *Das Gespaltenes Bewusstsein*, p. 84; *Illustrierter Beobachter*, 6 de julio de 1939; Klaus Hesse y Philippe Springer, *Vor alle Augen: Fotodokumente des nationalsozialistischen Terrors in der Provinz*, Essen, 2002, p. 15.

70. Peter Reichel, *Der schöne Schein des Dritten Reiches: Faszination und Gewalt des Faschismus*, Múnich, 1991, p. 189.

71. Eric Rentschler, *The Ministry of Illusion: Nazi Cinema and Its Afterlife*, Cambridge, 1996, p. 1.

72. König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft*, pp. 83-85; Heinz Pohle, *Der Rundfunk als Instrument der Politik*, Hamburgo, 1955, p. 249.

73. Hans Richter, «Neuland des Hörspiels», *Rufer und Hörer* 3 (1933), citado en Döhl, *Das Hörspiel zur NS-Zeit*, p. 137; Kate Lacey, *Feminine Frequencies: Gender, German Radio, and the Public Sphere, 1923-1945*, Ann Arbor, 1996, pp. 97-98.

74. Goebbels en König, *Volkswagen, Volksempfänger, Volksgemeinschaft*, p. 82; Ortwin Buchbender y Reinhold Sterz, eds., *Das andere Gesicht des Krieges: Deutsche Feldpostbriefe 1939-1945*, Múnich, 1982, p. 47.

75. Entrada correspondiente al 17 de agosto de 1937, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 233 [trad. cast. vol 1, pp. 389-390]. Véase también su *Curriculum Vitae*, Berlín, 1989, p. 247. Goebbels también utilizaba esta expresión. Véase Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: The Years of Persecution, 1933-1939*, Nueva York, 1997, p. 143.

76. Adelheid von Saldern, Inge Marssolek, Uta C. Schmidt, Monika Pater, y Daniela Münkel, «Zur politischen und kulturellen Polyvalenz des Radios: Ergebnisse und Ausblicke», en Inge Marssolek y Adelheid von Saldern, eds., *Zuhören und Gehörtwerden I. Radio im Nationalsozialismus*, Tubinga, 1998, p. 370.

77. Véase el excelente análisis de Monika Pater, «Rundfunkangebote», en Marssolek y von Saldern, *Zuhören und Gehörtwerden I*, pp. 143-146, 185-186.

78. Las citas provienen de Uta C. Schmidt, «Authentizitätsstrategien im nationalsozialistischen Spielfilm "Wunschkonzert"», en Daniela Münkel y Jutta Schwarzkopf, eds., *Geschichte als Experiment*, Fráncfort, 2004. Véase también Hans-Jörg Koch, *Das Wunschkonzert im NS-Rundfunk*, Colonia, 2003, p. 172.

79. Pater, «Rundfunkangebote», pp. 225-238.

80. Diario de Goebbels, entrada correspondiente al 15 de diciembre de 1941, citada en Gerd Albrecht, *Nationalsozialistische Filmpolitik*, Múnich, 1982, p. 469.

81. «Meldungen aus dem Reich», 8 de marzo de 1940, en Heinz Boberach, ed., *Meldungen aus dem Reich 1938-1945*, Múnich, 1986, vol. 3, p. 856; Foerster, «Kriegsgeschichte der EWZ» (1941), R69/40/41 BAB. Véanse también los informes mensuales preparados por el Gaupropagandaleitung Ostpreussen, NS18/996, BAB.

82. David Welch, *Propaganda and German Cinema, 1933-1945*, Nueva York, 1983, p. 31. A lo largo de la década de 1930, la asistencia a las salas de cine en Gran Bretaña aumentó de diecinueve millones a treinta millones por semana en una población de aproximadamente cuarenta y cuatro millones. En Estados Unidos, con una población de ciento treinta millones, unos noventa millones de personas asistían semanalmente a las salas de cine en tiempos de guerra. En Alemania, en cambio, nunca hubo más de veinte millones de espectadores semanales en una población de cerca de setenta millones.

CAPÍTULO 2

1. Como designación racial, «ario» es un término absurdo, y las comillas me permiten señalarlo. Sin embargo, se trata de una designación que creó una división fundamental en la sociedad alemana y en este sentido los «arios», de hecho, sí existieron. Con el fin de mostrar cuán comunes se hicieron las identidades raciales en la Alemania nazi, he decidido no emplear las comillas cada vez que la palabra aparece en el texto.

2. Oscar Robert Achenbach, «Eine Viertelstunde Familienforschung», *Illustrierter Beobachter* 9 (19 de mayo de 1934), pp. 812, 814.

3. Udo R. Fischer, «Familienforschung. Ein Gebot der Stunde», *Neues Volk* 1 (julio de 1933), pp. 20-21; Herbert Fuhst a Reichsstelle für Sippenforschung, 8 de enero de 1937, R1509/565a, BAB. Véanse también los problemas estudiados por Andrej Angrick, *Besetzungspolitik und Massenmord. Die Einsatzgruppe D in der südlichen Sowjetunion 1941-1943*, Hamburgo, 2003, pp. 440-441.

4. Véase Nachlass Walter Helfenstein, Landesarchiv Berlin, E. Rep. 200-48/6/108; y *Das Schwarze Korps*, contra los intentos de aplicar los principios raciales a los perros, «Grenzen der Kunst, zu organisieren», 28 de septiembre de 1940.

5. «Anfragen beim Kusteramt», *Neues Volk* 4 (julio de 1936); «Gedanken um den Ahnenpass», *Völkischer Beobachter*, n.º 176 (24 de junio de 1936). Sobre la bisabuela judía, véase Barbara Sevin, «Mein Leben in Deutschland vor und nach dem 30. January 1933», 1940, p. 158, «My Life in Germany», Biblioteca Houghton, bms Ger 91, Universidad de Harvard.

6. Christa Wolf, *Patterns of Childhood*, Nueva York, 1980, pp. 57-58, 60 [hay traducción castellana del original alemán: *Muestra de infancia*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1985].

7. Entrada correspondiente al 28 de septiembre de 1934 en «Tagebuch 16 Jan 1933-12 März 1938, 4. Buch», Nachlass Franz von Göll, Landesarchiv Berlin, E. Rep. 200-43, Acc. 3221, Nr. 4. Véanse también las entradas correspondientes al 30 de julio de 1933 y al 11 y el 15 de noviembre de 1934.

8. «Ahnenpässe», Sammlung F. Rep. 240/1, Landesarchiv Berlin.

9. Entradas correspondientes al 29 de junio de 1938, el 21 y el 22 de mayo de 1940 y el 4 y el 7 de diciembre de 1941 en Victor Klemperer, *I Will Bear Witness, 1933-1941: A Diary of the Nazi Years*, Nueva York, 1998, pp. 260, 338-339, 447-449 [hay traducción castellana del original alemán: *Quiero dar testimonio hasta el final*, vol. 1, *Diarios 1933-1941*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2003; pp. 432, 554, 555 y 726].

10. «Dienstleistungen für die Standesbeamten und ihre Aufsichtsbehörden», 1938, Reichsministerium des Innern, R1501/127452, BAB. Véase también Nancy R. Reagin, *Sweeping the German Nation: Domesticity and National Identity in Germany, 1870-1945*, Cambridge (Inglaterra), 2007, p. 117.

11. Renate Bridenthal, Atina Grossmann y Marion Kaplan, eds., *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, 1984.

12. Con base en la cantidad de «revisiones de herencia biológica» preparadas por las oficinas de la sanidad pública entre 1935 y 1939. Véase Johannes Vossen, *Gesundheitsämter im Nationalsozialismus. Rassenhygiene und öffentliche Gesundheitsfürsorge in Westfalen 1900-1950*, Essen, 2001, p. 226; Gisela Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus. Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, 1986, p. 192.

13. Richard Overy, *The Dictators: Hitler's Germany, Stalin's Russia*, Nueva York, 2004, p. 209 [hay traducción castellana: *Dictadores: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, Tusquets, Barcelona, 2006].

14. Ulrich Herbert, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989*, Bonn, 2001, p. 69; Michael Wildt, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgnao, 2002, p. 45; Götz Aly, *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg, und natioler Sozialismus*, Fránkfort, 2005, p. 14 [hay traducción castellana: *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*, Crítica, Barcelona, 2006].

15. Vossen, *Gesundheitsämter im Nationalsozialismus*, p. 209; Asmus Nitschke, *Die «Erbpolizei» im Nationalsozialismus: zur Alltagsgeschichte der Gesundheitsämter im Dritten Reich. Das Beispiel Bremen*, Wiesbaden, 1999, p. 84; Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus*, p. 94.

16. Claudia Koonz, *The Nazi Conscience*, Cambridge, 2003, pp. 43-44 [hay traducción castellana: *La conciencia nazi: la formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2005]; Reagin, *Sweeping the German Nation.*

17. Sebastian Haffner, *Geschichte eines Deutschen*, Stuttgart, 2000, p. 138.

18. Wilhelm Frick, *Bevölkerungs- und Rassenpolitik*, Langensalza, 1933, p. 16; Koonz, *The Nazi Conscience*, p. 104.

19. Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus*, pp. 79, 89.

20. *Neues Volk* 1 (julio de 1933); Walter Grass, «Von der äusseren zur inneren Revolution», *Neues Volk* 2 (agosto de 1934).

21. Véase, por ejemplo, Ludolf Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945*, Fráncfort, 1996, p. 111.

22. *Völkischer Beobachter*, n.º 189, 8 de julio de 1933; Koonz, *The Nazi Conscience*, pp. 84-85.

23. *Völkischer Beobachter*, n.º 184 (3 de julio de 1933).

24. Entradas correspondientes al 2 y el 6 de noviembre de 1933 en Erich Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland...*, Hamburgo, 1959, pp. 197-198, 200. Véase también *Völkischer Beobachter*, n.º 307, (3 de noviembre de 1933) y 310 (6 de noviembre de 1933).

25. Karl Ludwig Rost, *Sterilisation und Euthanasie im Film des «Dritten Reiches»*, Husum, 1987, p. 43.

26. Christoph Zuschlag, *«Entartete Kunst»: Ausstellungen im Nazi-Deutschland*, Worms, 1995, pp. 313, 329; Joshua Hagen, «The Most German of Towns: Creating an Ideal Nazi Community in Rothenburg ob der Tauber», *Annals of the Association of American Geographers* 94 (2004), p. 219; entrada correspondiente al 1 de septiembre de 1937 en Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich, Múnich, 1994, pt. I, vol. 3, p. 251.

27. Gross, «Von der äusseren zur inneren Revolution»; Walter Gross, *Volk und Rasse*, Berlín, 1936, p. 333; Helmut Hübsch, «Kein Grund zum Verzagen»,

Neues Volk 2 (enero de 1934). Sobre «Erkenne dich selbst», véase también Hans F. K. Günther en Charlotte Köhn-Behrens, *Was ist Rasse?*, Múnich, 1934, p. 83.

28. Rost, *Sterilisation und Euthanasie*, pp. 42-43, 40, 45; Koonz, *The Nazi Conscience*, pp. 125-126.

29. Entrada correspondiente al 24 de mayo de 1936, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 166 [trad. cast. vol. 1, p. 279]; «Deutschland-Bericht der Sopade», enero de 1936, en *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (Sopade) 1934-1940. Dritter Jahrgang 1936*, Fráncfort, 1980, p. 26. Véase también el informe de octubre de 1936, *ibid.*, p. 1248.

30. Marion Kaplan, *Between Dignity and Despair: Jewish Life in Nazi Germany*, Nueva York, 1998, p. 37; entrada correspondiente al 20 de marzo de 1938, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 252 [trad. cast. vol. 1, p. 419]. Sobre las impresiones de los soldados alemanes sobre la Unión Soviética, véase, por ejemplo, Stephen G. Fritz, *Frontsoldaten: The German Soldier in World War II*, Lexington (Kentucky), 1995, pp. 196, 199-200.

31. Elisabeth Brasch, «Mein Leben in Deutschland vor und nach dem 30. January 1933» (1940), «My Life in Germany», Biblioteca Houghton, bms Ger 91, n.º 35, Universidad de Harvard. Véase también Hans Bender, «Willst du nicht beitreten?», en Marcel Reich-Ranicki, ed., *Meine Schulzeit im Dritten Reich: Erinnerungen deutscher Schriftsteller*, Múnich, 1984, pp. 37-38.

32. Wilhelm Möller-Crivitz en Rudolf Benze y Gustav Gräfer, eds., *Erziehungsmächte und Erziehungshoheit im Grossdeutschen Reich als gestaltende Kräfte im Leben des Deutschen*, Leipzig, 1940, p. 43; Brasch, «Mein Leben in Deutschland vor und nach dem 30. January 1933». Véase también Bender, «Willst du nicht beitreten?» pp. 37-38.

33. «Mutterhände», *Neues Volk* 2 (febrero de 1934), pp. 30-31; sobre Hitler, véase la entrada correspondiente al 20 de abril de 1939, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 299 [trad. cast. vol. 1, p. 493].

34. Albrecht Erich Günther, «Das Lager», *Deutsches Volkstum* (1934), p. 810. El capítulo catorce de Overy, *The Dictators*, se titula «El imperio de los campos» y se ocupa de los campos de concentración, no de los campos comunitarios. Véase también Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Nueva York, 2001, pp. 58, 62, 65 [hay traducción castellana: *No solo Hitler: la Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Crítica, Barcelona, 2002].

35. Günther, «Das Lager», p. 809; Mertens citado en Jürgen Schiedeck y Martin Stahlmann, «Die Inzenierung "totalen Erlebens": Lagererziehung im Nationalsozialismus», en Hans-Uwe Otto y Heinz Sünker, eds., *Politische Formierung und soziale Erziehung im Nationalsozialismus*, Fráncfort, 1991, p. 173.

36. Jutta Rüdiger, ed., *Die Hitler-Jugend und ihr Selbstverständnis im Spiegel ihrer Aufgabengebiete*, Lindhorst, 1983, p. 150; Manfred Seifert, *Kulturarbeit*

im Reichsarbeitsdienst. Theorie und Praxis nationalsozialistischer Kulturpflege, Münster, 1996, p. 120.

37. Schiedeck y Stahlmann, «Die Inzenierung "totalen Erlebens"», p. 194.

38. Hans-Ulrich Thamer, *Verfolgung und Gewalt. Deutschland 1933-1945*, Berlín, 1986, pp. 407-408.

39. Informe del Sopade de 1938, citado en Richard J. Evans, *The Third Reich in Power, 1933-1939*, Nueva York, 2005, p. 277 [hay traducción castellana: *El Tercer Reich en el poder, 1933-1939*, Península, Barcelona, 2007]; Thamer, *Verfolgung und Gewalt*, p. 407; entrada correspondiente al 2 de julio de 1936, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. I, vol. 2, p. 636.

40. Konrad Warner, *Schicksalswende Europas? Ich sprach mit dem deutschen Volk* ..., Rheinfelden, 1944, p. 41.

41. Hartmut Lohmann, «*Hier war doch alles nicht* so *schlimm*»: *Der Landkreis Stade in der Zeit des Nationalsozialismus*, Stade, 1991, p. 198. Véase también Dieter Rossmeissi, «*Ganz Deutschland wird zum Führer halten*»: *Zur politischen Erziehung in den Schules des Dritten Reiches*, Fráncfort, 1985, p. 68.

42. Adolf Mertens, *Schulungslager und Lagererziehung*, Berlín, 1937, pp. 62-63; Reagin, *Sweeping the German Nation*, p. 123.

43. Kiran Klaus Patel, «*Soldaten der Arbeit*»: *Arbeitsdienste in Deutschland und den USA*, Gotinga, 2003, p. 220.

44. Hellmut Petersen, *Die Erziehung der deutschen Jungmannschaft im Reichsarbeitsdienst*, Berlín, 1938, pp. 51, 59. Véase también Paul Seipp, *Formung und Auslese im Reichsarbeitsdienst. Das Ergebnis des Diensthalbjahrs 1934*, Berlín, 1935, pp. 30, 97.

45. Petersen, *Die Erziehung der deutschen Jungmannschaft im Reichsarbeitsdienst*, pp. 53-54.

46. «Entrevistas de salida» citadas en Seipp, *Formung und Auslese im Reichsarbeitsdienst*, pp. 61-62.

47. Brasch, «Mein Leben in Deutschland vor und nach dem 30. January 1933», pp. 55-62, 71. Véase también Oskar Rummel, «...*Kein held!*» *Tagebuch Aufzeichnungen 1939-1947*, Wurzburgo, 1996, pp. 3-24, sobre su agotador período de servicio en 1939.

48. Sobre *Lager und Kolonne*, véase Hans-Ulrich Thamer, *Der Nationalsozialismus*, Stuttgart, 2002, pp. 266-267; y Peter Dudek, «Nationalsozialistische Jugendpolitik und Arbeitserziehung: Das Arbeitslager als Instrument sozialer Disziplinierung», en Otto y Sünker, eds., *Politische Formierung und soziale Erziehung*, p. 152.

49. Entradas correspondientes al 17 de junio 1933 y el 11 de febrero de 1937, Klemperer, *I Will Bear Witness*, pp. 19, 212 [trad. cast., vol 1, p. 29 y 353]. Véase también Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus*, pp. 196-197; Koonz, *The Nazi Conscience*, pp. 115, 123; Evans, *The Third Reich in Power*, p. 444; y Vossen, *Gesundheitsämter im Nationalsozialismus*, p. 258.

50. Alfred Mierzejewski, *The Most Valuable Asset of the Reich: A History of the German National Railway*, vol. 2, Chapel Hill, 2000, p. 37; Rüdiger, *Die Hitler-Jugend und ihr Selbstverständnis*, p. 147.

51. Entrada correspondiente al 6 de febrero de 1936 en Lore Walb, *Ich, die Alte, ich, die Junge: Konfrontation mit meinem Tagebüchern 1933-1945*, Berlín, 1997, p. 58. Véase también Gerhard Remper, *Hitler's Children: The Hitler Youth and the* SS, Chapel Hill, 1989, p. 67; Michael Kater, *Hitler Youth*, Cambridge, 2004; y Melita Maschmann, *Account Rendered: A Dossier on My Former Self*, edición de Geoffrey Strachan, Londres, 1964, pp. 57-58.

52. Véanse los siguientes artículos en *Das Schwarze Korps:* «Frauen sind keine Männer», 12 de marzo de 1935; «Hier steht die deutsche Frau!», 9 de julio de 1936; «Vom Umgang mit Frauen», 23 de diciembre de 1937; «Wir wollen uns kennenlernen», 3 de marzo de 1938; «Aus Alt nach Neu», 26 de enero de 1939; e «Ist das unmännlich?», 10 de agosto de 1939, con fotografías de hombres de la SS poniendo pañales, alimentando bebés y empujando cochecitos infantiles. Véase también Gudrun Schwarz, *Eine Frau an seiner Seite: Ehefrauen in der «SS-Sippengemeinschaft»*, Hamburgo, 1997.

53. Entrada correspondiente al 23 de mayo de 1933, Walb, *Ich, die Alte, ich, die Junge*, p. 31. En general, Irene Guenther, *Nazi Chic: Fashioning Women in the Third Reich*, Oxford, 2004.

54. Andrew Bergerson, *Ordinary Germans in Extraordinary Times: The Nazi Revolution in Hildesheim*, Bloomington (Indiana), 2004, pp. 40-43. Véase también Günter Gaus, «Der Eigensinn der Erinnerungen», en Reich-Ranicki, ed., *Meine Schulzeit im Dritten Reich*, p. 260; Eva Sternheim-Peters, *Die Zeit der grossen Täuschungen. Mädchenerleben im Faschismus*, Bielefeld, 1987, p. 99.

55. Jill Stephenson, *Women in Nazi Germany*, Londres, 2001, pp. 24, 32; Kater, *Hitler Youth*, pp. 107-111; y Gisela Miller-Kipp, ed., *«Auch Du gehörst dem Führer»: Die Geschichte des Bundes Deutscher Mädel (BDM) in Quellen und Dokumenten*, Weinheim, 2001, p. 12.

56. Gisela Otmar, «Ich will mich jetzt nicht davon freisprechen, aber ich habe mich eigentlich wirlich hauptsächlich sportlich betätigt», en Gabriele Rosenthal, ed., *Die Hitlerjugend Generation: Biographische Thematisierung als Vergangenheitsbewältigung*, Essen, 1986, p. 111.

57. Sternheim-Peters, *Die Zeit der grossen Täuschungen*, p. 52; Wolfgang Ayass, *«Asoziale» im Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1995, p. 39.

58. Henry Friedlander, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill, 1995, p. 20.

59. Herbert, *Best*, pp. 167, 175.

60. Ayass, *«Asoziale» im Nationalsozialismus*, p. 41; Günter Grass, *Peeling the Onion*, traducción de Michael Henry Heim, Nueva York, 2007, p. 92 [hay traducción castellana del original alemán: *Pelando la cebolla*, Alfaguara, Madrid, 2007]. Sobre las lesbianas, véase lo que Goebbels dice a propósito de la opinión

de Hitler en su diario: entrada correspondiente al 4 de marzo de 1944, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 11, p. 408.

61. Ayass, «*Asoziale» im Nationalsozialismus*, pp. 46, 65, 69.

62. Evans, *The Third Reich in Power*, p. 96. Véase también Aly, *Hitlers Volksstaat*, p. 27; Ayass, «*Asoziale» im Nationalsozialismus*, p. 62.

63. Holger Berschel, *Bürokratie und Terror. Das Judenreferat der Gestapo Duüsseldorf 1935-1945*, Essen, 2001, p. 147; Tim Mason, *Social Policy in the Third Reich: The Working Class and the «National Community»*, Oxford, 1993, pp. 26-27. Véase también Robert Gellately, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy, 1933-1945*, Oxford, 1990 [hay traducción castellana: *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*, Paidós, Barcelona, 2003].

64. Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, Nueva York, 2000, p. 382 [hay traducción castellana: *El Tercer Reich*, Taurus, Madrid, 2002].

65. Uwe Mai, «*Rasse und Raum»: Agrarpolitik, Sozial- und Raumplanung im NS-Staat*, Paderborn, 2002, p. 57. Véase también Christopher Dipper, «20 July and the "Jewish Question"», en David Bankier, ed., *Probing the Depths of German Antisemitism: German Society and the Persecution of the Jews*, 1933-1941, Nueva York, 2000, p. 497.

66. Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus*, pp. 189-190.

67. Vossen, *Gesundheitsämter im Nationalsozialismus*, pp. 286-303.

68. *Ibid.*, pp. 423, 448, 334. Stephenson, *Women in Nazi Germany*, p. 34, interpreta mal las estadísticas en el caso de Berlín al señalar que la tasa de rechazos era del 50 por 100 en lugar del 5 por 100.

69. N.º 62203, 10 de julio de 1945, «Schedule B interviews», USSBS, RG 243, caja 505, carpeta 9, NARA; Johannes Vossen, «Das staatliche Gesundheitsamit im Dienst der Rassenpolitik», en Hermann Niebuhr y Andreas Ruppert, eds., *Nationalsozialismus in Detmold: Dokumentation eines stadtgeschichtlichen Projekts*, Bielefeld, 1998, p. 358.

70. Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus*, pp. 216-219, 281.

71. *Ibid.*, pp. 285, 209. Sobre el debate acerca de las víctimas y los perpetradores, véase también Gisela Bock, «Claudia Koonz: *Mothers in the Fatherland*», *Bulletin* (German Historical Institute, Londres) 2 (1989), pp. 16-24; Atina Grassmann, «Feminist Debates about Women and National Socialism», *Gender and History* 3 (1991), pp. 350-358.

72. Friedlander, *The Origins of Nazi Genocide*, pp. XI-XII, 54, 107, 110, 188.

73. Entrada correspondiente al 4 de noviembre de 1941, Göll, «Tagebuch 17. Febr. 1940-5. Juli 1942, 6. Buch», Landesarchiv Berlin, E. Rep. 200-43, Acc. 3221, Nr. 6. Véase también la entrada correspondiente al 21 de octubre de 1941 en Lisa de Boor, *Tagebuchblätter. Aus den Jahren 1938-1945*, Múnich, 1963, p. 88.

74. Carta a Annemarie Böll, 29 de abril de 1943, en Heinrich Böll, *Briefe aus dem Krieg 1939-1945*, edición de Jochen Schubert, Colonia, 2001, p. 735.

75. Saul Friedländer, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939-1945*, Nueva York, 2007, p. 202. Véase también Jill Stephenson, *Hitler's Home Front: Württemberg under the Nazis*, Londres, 2006, p. 149.

76. Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: The Years of Persecution, 1933-1939*, Nueva York, 1997, p. 3; Koonz, *The Nazi Conscience*, p. 10; Friedländer, *The Years of Extermination*, p. xix.

77. Victor Klemperer, *The Language of the Third Reich: LTI, Lingua Tertii Imperii. A Philologist's Notebook,* traducción de Martin Brady, 1957; reimpresión: Somerset (Nueva Jersey), 2000, p. 105 [hay traducción castellana del original alemán: *LTI: la lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Minúscula, Barcelona, 2007]; Koonz, *The Nazi Conscience*, pp. 55-60.

78. Véanse las cartas de Hegrebe, del 4 de abril de 1934, y Elisabeth Sextrohs, del 25 de septiembre de 1933, en los papeles de Paula Tobias, «My Life in Germany», Biblioteca Houghton, bms Ger 91, n.º 235, Universidad de Harvard.

79. Entrada correspondiente al 18 de julio de 1933, Ebermayer, *Denn heute gehört uns Deutschland*, p. 155; Michael Wildt, «Violence against Jews in Germany, 1933-1939», en Bankier, *Probing the Depths of German Antisemitism*, p. 181.

80. Günter von Roden, *Geschichte der Duisburger Juden*, Duisburgo, 1986, p. 797; Fritz Stern, *Five Germanys I Have Known*, Nueva York, 2006, p. 94.

81. Raul Hilberg citado en Koonz, *The Nazi Conscience*, pp. 10-11; Frank Bajohr, *«Aryanisation» in Hamburg: The Economic Exclusion of Jews and the Confiscation of Their Property in Nazi Germany*, Nueva York, 2002, pp. 22-24. Véanse los anuncios en *Illustrieter Beobachter*, 27 de mayo, 24 de junio y 26 de agosto de 1933.

82. Entrada correspondiente al 23 de mayo de 1933 en Walb, *Ich, die Alte, ich, die Junge*, p. 31. En general, Guenther, *Nazi Chic.*

83. Frances Henry, *Victims and Neighbors: A Small Town in Germany Remembered*, South Hadley (Massachusetts), 1984, p. 56; Kaplan, *Between Dignity and Despair*, p. 37; Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: Persecution*, p. 38.

84. Kaplan, *Between Dignity and Despair*, p. 40; Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: Persecution*, p. 38; entrada correspondiente al 27 de mayo de 1933 en Karl Windschild, *Mit Finger vor dem Mund: Ballenstedter Tagebuch des Pfarrers Karl Fr. E. Windschild, 1931-1944*, edición de Günther Windschild y Helmut Schmid, Dessau, 1999, p. 81.

85. «Deutschland-Bericht der Sopade» (julio de 1935), en *Deutschland Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (Sopade) 1934-1940. Zweiter Jahrgang 1935*, Fráncfort, 1980, p. 812.

86. La expresión es de *The Times* (Londres), en un comentario sobre las Leyes de Nuremberg del 8 de noviembre de 1935, citado en Gellately, *Backing Hitler*, p. 122. Jochen Klepper describió estas primeras semanas como un «pogromo silencioso». Véase la entrada correspondiente al 27 de marzo de 1933 en

Jochen Klepper, *Unter dem Schatten Deiner Flügel: Aus den Tagebüchern der Jahre 1932-1942*, Stuttgart, 1955, p. 45.

87. Entrada correspondiente al 3 de mayo de 1944, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 312 [trad. cast. vol. 2, p. 519]; Joseph Goebbels, «Die Juden sind schuld!», *Das Reich*, 16 de noviembre de 1941.

88. Entrada correspondiente al 2 de agosto de 1935, Klepper, *Unter dem Schatten Deiner Flügel*, p. 273. Véase también Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: Persecution*, pp. 122, 138; Bajohr, «*Aryanisation*» *in Hamburg*, p. 85; Inge Deutschkran, *Ich trug den gelben Stern*, Múnich, 1985, p. 24.

89. Entradas correspondientes al 30 de marzo de 1933 y al 21 de julio de 1935, Klemperer, *I Will Bear Witness*, pp. 9, 129 [trad. cast., vol. 1, pp. 14 y 217]; Kaplan, *Between Dignity and Despair*, pp. 5-6.

90. Valentin Senger, *N.º 12 Kaiserhofstrasse*, traducción de Ralph Manheim, Nueva York, 1980, p. 73; Peter Longerich, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Múnich, 1998, p. 53; «Lagebericht des hannoverschen Regierungspräsidenten an den Reichsminister des Innern für die Monate Dezember 1934/January 1935», 4 de febrero de 1935, en Klaus Mlynek, ed., *Gestapo Hannover meldet...: Polizei- und Regierungsberichte für das mittlere und südliche Niedersachsen zwischen 1933 und 1937*, Hildesheim, 1986, p. 315.

91. Entradas correspondientes al 12, 19 y 26 de agosto de 1935, Windschild, *Mit Finger vor dem Mund*, pp. 267-273.

92. Koonz, *The Nazi Conscience*, p. 185. Para un estudio completo de las leyes y las teorías raciales en las que se sustentaban, véase Cornelia Essner, *Die «Nürnberger Gesetze» oder die Verwaltung des Rassenwahns 1933-1945*, Paderborn, 2002.

93. David Bankier, *The Germans and the Final Solution: Public Opinion under Nazism*, Oxford, 1992, pp. 76-77; Langerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 106-110. Véase también la entrada correspondiente al 15 de septiembre de 1935, Windschild, *Mit Finger vor dem Mund*, p. 279.

94. Yehuda Bauer, «Overall Explanations, German Society, and the Jews or: Same Thoughts about Context», en Bankier, *Probing the Depths of German Antisemitism*, p. 16; Kaplan, *Between Dignity and Despair*, p. 24.

95. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: Persecution*, p. 184.

96. Entrada correspondiente al 30 de enero de 1937, Klepper, *Unter dem Schatten Deiner Flügel*, p. 419.

97. Sternheim-Peters, *Die Zeit der grossen Täuschungen*, p. 20, sobre su hermano. Según los registros del personal de la SS conservados en el Berlin Document Center, veintitrés oficiales de la organización se apellidaban Israel.

98. «Wohin mit den Juden?», *Das Schwarze Korps*, 10 de febrero de 1938.

99. Karl Schlögel, *Im Raume Lesen wir die Zeit*, Múnich, 2003, p. 127 [hay traducción castellana: *En el espacio leemos el tiempo: sobre historia de la civilización y geopolítica*, Siruela, Madrid, 2007].

100. Entrada correspondiente al 11 de septiembre de 1938, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 268 [trad. cast., vol. 1, p. 445]; Jonny Moser, «Depriving Jews of Their Legal Rights in the Third Reich», en Walter H. Pehle, ed., *November 1938: From «Reichskristallnacht» to Genocide*, traducción de William Templer, Oxford, 1991, p. 128.

101. Sobre los orígenes populares del término, Dieter Obst, *«Reichskristallnacht»: Ursachen und Verlauf des antisemitischen Pogroms vom November 1938*, Fráncfort, 1991, p. 1.

102. Sobre el karma, véase la entrada correspondiente al 28 de diciembre de 1941 en de Boor, *Tagebuchblätter*, p. 94.

103. Goebbels citado en Hermann Graml, *Anti-Semitism in the Third Reich*, traducción de Tim Kirk, Oxford, 1992, p. 120; y en Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: Persecution*, p. 274. Las entradas del 10 y el 11 de noviembre que se creían perdidas fueron redescubiertas recientemente.

104. Heinemann Stern, citado en Hans Dieter Schäfer, *Das Gespaltenes Bewusstsein: Über deutsche Kultur und Lebenswirklichkeit 1933-1945*, Múnich, 1984, p. 146.

105. Cónsul suizo citado en Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: Persecution*, p. 277; sobre «Sonderburg», Kaplan, *Between Dignity and Despair*, pp. 124-125; y Henry, *Victims and Neighbors*, p. 117; sobre Treuchtlingen, véase Wildt, «Violence against Jews in Germany, 1933-1939», pp. 197-198, 200.

106. Para detalles de estos incidentes, véase Obst, *«Reichskristallnacht»*.

107. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: Persecution*, p. 277.

108. Georg Hensel, «Der Sack überm Kopf», en Reich-Ranicki, ed., *Meine Schulzeit im Dritten Reich*, p. 120.

109. Entrada del diario correspondiente al 9 de noviembre de 1938 en Ruth Andreas-Friedrich, *Berlin Underground, 1938-1945*, Nueva York, 1947, p. 22. Esta entrada, sin embargo, parece haber sido un compuesto de materiales diferentes y probablemente fue redactada después de los acontecimientos del 10 de noviembre de 1938. En general, Wolf-Arno Krapat, *«Reichskristallnacht»: Der Judenpogrom vom 7-10 November 1938-Urheber, Täter, Hintergründe*, Wiesbaden, 1997, pp. 156-165.

110. Entrada correspondiente al 22 de enero de 1939 en Karl Dürkefälden, *«Schreiben wie es wirklich war...»: Aufzeichungen Karl Dürkefäldens aus den Jahren 1933-1945*, edición de Herbert Obenaus y Sibylle Obenaus, Hannover, 1985, pp. 88-91. Sobre la circulación de historias acerca del pogromo, véanse también las entradas correspondientes al 18 de noviembre y al 6 y 16 de diciembre de 1938, Windschild, *Mit Finger vor dem Mund*, pp. 459-465.

111. Stern, *Five Germanys I Have Known*, p. 135.

112. Sobre Saarbrücken, Wildt, «Violence against Jews in Germany, 1933-1939», p. 201; sobre Kiel, entrada correspondiente al 22 de enero de 1939, Dürkefälden, *«Schreiben wie es wirklich war»*, p. 92; sobre Erfurt,

Wolfgang Benz, «The Relapse into Barbarism», en Pehle, *November 1938*, p. 30.

113. Véanse los testimonios de Hans Berger, «Erinnerungen an die Kristallnacht und meine Erlebnisse im KZ Buchenwald», manuscrito de 1939, en Monika Richarz, ed., *Jüdisches Leben in Deutschland. Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte 1918-1945*, Stuttgart, 1982, pp. 323-335; y del esposo de Annemarie Wolfram, que está incluido en su «Mein Leben in Deutschland vor und nach dem 30. Januar 1933» (1940), Biblioteca Houghton, bms Ger 91, n.º 247, Universidad de Harvard.

114. Wildt, «Violence against Jews in Germany, 1933-1939», p. 204.

115. Aly, *Hitlers Volksstaat*, p. 61.

116. Véase «Eine kleine Auswahl», *Das Schwarze Korps*, 24 Nov. 1938; «Zweite Auswahl», 8 de diciembre de 1938; «Dritte Auswahl», 15 de diciembre de 1938. Véase también Eric Rentschler, *The Ministry of Illusion: Nazi Cinema and Its Afterlife*, Cambridge, 1996, p. 160.

117. «Juden was nun?», *Das Schwarze Korps*, 24 de noviembre de 1938.

118. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: Persecution*, p. 282.

119. Jürgen Hartmann, «Die Deportation Detmolder Juden 1941-1945», en Niebuhr y Ruppert, *Nationalsozialismus in Detmold*, p. 661.

120. Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, Nueva York, 2000, p. 153 [hay traducción castellana: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002].

121. Entradas correspondientes al 16 de enero y 2 de febrero de 1939, Andreas-Friedrich, *Berlin Underground*, pp. 35-36. Véase también Deutschkran, *Ich trug den gelben Stern*, p. 45.

122. Citado en Kaplan, *Between Dignity and Despair*, p. 117. La frase pertenece a una carta del 6 de febrero de 1937 de Kurt Rosenberg a Grete y Rudolf Eichenberg. Véase Oliver Doetzer, «*Aus Menschen werden Briefe*»: *Die Korresondenz einer jüdischen Familie zwischen Verfolgung und Emigration 1933-1947*, Colonia, 2002, p. 1.

123. Hans Winterfeldt, «Deutschland. Ein Zeitbild 1920-1945», manuscritos de 1969, fragmentos en Richarz, *Jüdisches Leben in Deutschland*, pp. 344-345.

CAPÍTULO 3

1. Elsa Morante, *History: A Novel*, Nueva York, 1977, pp. 261, 268-269, 272 [hay traducción castellana del original italiano: *La historia*, Alianza, Madrid, 1991].

2. Paul Salitter, «Bericht über die Evakuierung von Juden nach Riga vom 11.12-17.12.1941», 26 de diciembre de 1941, reimpreso en Günter von Roden, *Geschichte der Duisburger Juden*, vol. 2, Duisburgo, 1986, p. 872; Hans G. Adler,

Der verwaltete Mensch. Studien zur Deportation der Juden aus Deutschland, Tubinga, 1974, pp. 581-582.

3. Entrada correspondiente al 14 de agosto de 1944 en Victor Klemperer, *I Will Bear Witness 1942-1945: A Diary of the Nazi Years*, Nueva York, 1998, p. 344 [hay traducción castellana del original alemán: *Quiero dar testimonio hasta el final*, vol. 2, *Diarios 1942-1945*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2003; la cita proviene de la p. 571]; la foto se encuentra reproducida en Doris L. Bergen, *War and Genocide: A Concise History of the Holocaust*, Lanham (Maryland), 2003, p. 177. Véase también Samuel D. Kassow, *Who Will Write Our History? Emmanuel Ringelblum, the Warsaw Ghetto, and the Oyneg Shabes Archive*, Bloomington (Indiana), 2007.

4. Ruth Andreas-Friedrich, *Berlin Underground, 1938-1945*, Nueva York, 1947. En algunos casos sucedió realmente que las cartas fueron halladas y puestas al correo. Véase, por ejemplo, la postal de Etty Hillesum en la que dice que ella y sus compañeros de cautiverio partieron hacia Auschwitz «cantando», en Etty Hillesum, *An Interrupted Life: The Diaries of Etty Hillesum, 1941-1943*, Nueva York, 1983, p. 13 [hay traducción castellana del original neerlandés: *Una vida conmocionada: diario, 1941-1943*, Anthropos, Barcelona, 2007]; o la carta de Alice Licht encontrada en el ferrocarril entre Theresienstadt y Auschwitz, en Inge Deutsehkrart, *Ich trug den gelben Stern*, Múnich, 1985, p. 131.

5. Martin Humburg, *Das Gesicht des Krieges. Feldpostbriefe von Wehrmachtssoldaten aus der Sowjetunion 1941-1944*, Opladen, 1998, pp. 18, 88.

6. Ortwin Buchbender y Reinhold Sterz, eds., *Das andere Gesicht des Krieges: Deutsche Feldpostbriefe 1939-1945*, Múnich, 1982, p. 13; Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, 2000, p. 33 n. 89; Walter Bähr y Hans W. Bähr, eds., *Kriegsbriefe gefallener Studenten 1939-1945*, Tubinga, 1952.

7. Albert Neuhaus a Agnes Neuhaus, 8 de septiembre de 1941 y 9 de febrero de 1942, en Karl Reddemann, ed., *Zwischen Front und Heimat: Der Briefwechsel des Münsterischen Ehepaares Agnes und Albert Neuhaus 1940-1944*, Münster, 1996, pp. 304, 409.

8. Carta de A. N., Görlitz, 27 de junio de 1940, citada en Buchbender y Sterz, *Das andere Gesicht des Krieges*, p. 62; entrada correspondiente al 24 de junio de 1941 en Paulheinz Wantzen, *Das Leben im Krieg. Ein Tagebuch*, Bad Homburg, 2000, p. 407; Klaus Latzel, *Deutsche Soldaten—nationalsozialistischer Krieg? Kriegserlebnis—Kriegserfahrung 1939-1945*, Paderborn, 1998, p. 297.

9. Carta de A. N., Görlitz, 27 de junio de 1940, citada en Buchbender y Sterz, *Das andere Gesicht des Krieges*, p. 62.

10. Albert Neuhaus a Agnes Neuhaus, 25 de septiembre y 30 de noviembre de 1941 y 1 de marzo de 1942, Reddemann, *Zwischen Front und Heimat*, pp. 323, 362-363, 433.

11. Latzei, *Deutsche Soldaten—nationalsozialistischer Krieg?* p. 134. Véase también la carta del 12 de julio de 1940 en Marlies Tremper, ed., *Briefe des Soldaten Helmut N., 1939-1945*, Berlín, 1988, p. 70.

12. Carta del 12 de abril de 1941, citada en Latzei, *Deutsche Soldaten—nationalsozialistischer Krieg?* p. 46; *ibid.*, p. 177.

13. Cartas del 9 y 10 de julio de 1941, Buchbender y Sterz, *Das andere Gesicht des Krieges*, pp. 73-74. Véase también Stephen G. Fritz, *Frontsoldaten: The German Soldier in World War II*, Lexington (Kentucky), 1995, pp. 199-200.

14. Buchbender y Sterz, *Das andere Gesicht des Krieges*, p. 26. Véase también Klara Löffler, *Aufgehoben: Soldatenbriefe aus dem Zweiten Weltkrieg. Eine Studie zur subjektiven Wirklichkeit des Krieges*, Bamberg, 1992, p. 61.

15. Entrada correspondiente al 12 de diciembre de 1941 en Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente*, edición de Elke Fröhlich, Múnich, 1994, pt. II, vol. 2, p. 483; *Mitteilungen für die Truppe*, citado en Marlis G. Steinert, *Hitler's War and the Germans: Public Mood and Attitude during the Second World War*, edición y traducción de Thomas E. J. de Witt, Athens (Ohio), 1977, p. 152.

16. Hans Olte (seudónimo), carta del 26 de febrero de 1942, Latzel, *Deutsche Soldaten—nationalsozialistischer Krieg?* p. 92; Albert Neuhaus a Agnes Neuhaus, 4 de abril y 11 de agosto de 1942 y 23 de mayo de 1943, Reddemann, *Zwischen Front und Heimat*, pp. 485, 759, 851.

17. Latzei, *Deutsche Soldaten—nationalsozialistischer Krieg?* pp. 273, 290.

18. Hannes Heer, «How Amorality Became Normality: Reflections on the Mentality of German Soldiers on the Eastern Front», en Heer y Klaus Naumann, eds., *War of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944*, Nueva York, 2000, pp. 331-332; Kleo Pleyer, *Volk im Feld*, Hamburgo, 1943, p. 227; carta de julio de 1941 citada en Omer Bartov, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and the War in the Third Reich*, Nueva York, 1991, p. 26; y Hanns Wiedmann, *Landser, Tod, und Teufel: Aufzeichnungen aus dem Feldzug im Osten*, Múnich, 1942, p. 11.

19. Joseph Goebbels, «Gespräche mit Frontsoldaten», *Das Reich*, 26 de julio de 1942.

20. Notas fechadas el 23 de abril y el 24 de junio de 1942, Reddemann, *Zwischen Front und Heimat*, pp. 500-501, 548-549.

21. Janina Struck, «My Duty Was to Take Pictures», *The Guardian*, 28 de julio de 2005. Véase también Dieter Reifarth y Viktoria Schmidt-Linsenhoff, «Die Kamera der Täter», en Hannes Heer y Klaus Naumann, eds., *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, Hamburgo, 1995; Wendy Lower, *Nazi Empire-Building and the Holocaust in Ukraine*, Chapel Hill, 2005, pp. 79-82.

22. Carta del 28 de septiembre de 1941, citada en Sven Oliver Müller, «Nationalismus in der deutschen Kriegsgesellschaft 1939 bis 1945», en Jörg

Echternkamp, ed., *Die Deutsche Kriegsgesellschaft 1939 bis 1945*, 2 vols., Múnich, 2004, vol. 2, p. 84.

23. Entrada correspondiente al 26 de noviembre de 1941 en Anna Haag, «Kriegstagebuch», en *Leben und gelebt werden*, Tubinga, 2003, pp. 252-253. Véase también David Bankier, *The Germans and the Final Solution: Public Opinion under Nazism*, Oxford, 1992, pp. 108-111, 115; Hans Mommsen, «What Did the Germans Know about the Genocide of the Jews?», en Walter H. Pehle, ed., *November 1938: From «Reichskristallnacht» to Genocide*, traducción de William Templer, Oxford, 1991, pp. 187-221.

24. Walter Kempowski, *Das Echolot: Ein kollektives Tagebuch 16.2-28.2.1943*, Múnich, 1997, pp. 271, 127; Uwe Timm, *In My Brother's Shadow: A Life and Death in the* SS, traducción de Anthea Bell, Nueva York, 2005, p. 25 [hay traducción castellana del original alemán: *Tras la sombra de mi hermano*, Barcelona, Destino, 2007].

25. Sobre Austerlitz, Jean-Marc Dreyfus, «"Almost Camps" in Paris: The Difficult Description of Three Annexes of Drancy-Austerlitz, Lévitan, and Bassano, July 1943 to August 1944», en Jonathan Petrapoulos y John K. Roth, eds., *Gray Zones: Ambiguity and Compromise in the Holocaust and Its Aftermath*, Nueva York, 2005, p. 228.

26. Alexander Rossino, *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology and Atrocity*, Lawrence (Kansas), 2003, pp. 2-9; Lower, *Nazi Empire-Building and the Holocaust*, pp. 3, 6.

27. A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Nueva York, 1996; Gerhard Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War II*, Cambridge (Inglaterra), 1994, especialmente pp. 54-55, 176-181 [hay traducción castellana: *Un mundo en armas. La segunda guerra mundial: una visión de conjunto*, Grijalbo, Barcelona, 1995, 2 vols.].

28. Norman Goda, *Tomorrow the World: Hitler, Northwest Africa, and the Path toward America*, College Station (Texas), 1998 [hay traducción castellana: *Y mañana: el mundo. Hitler, África noroccidental y el camino hacia América*, Alianza, Madrid, 2002].

29. Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 9-10.

30. Entrada correspondiente al 5 de septiembre de 1939 en el diario de guerra de Gerhard M., en Heinrich Breloer, ed., *Mein Tagebuch: Geschichten vom Überleben 1939-1947*, Colonia, 1984, p. 34; Rossino, *Hitler Strikes Poland.*

31. Peter Longerich, «*Davon haben wir* nichts gewusst!» *Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Berlín, 2006, p. 149, sobre Der Angriff, 24 y 26 de octubre de 1939; Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 72, 154-169; Christopher R. Browning, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Lincoln (Nebraska) 2004, p. 17. Muy usado como manual de adiestramiento, *Der Tod in Polen: Eine volksdeutsche Passion* (Jena, 1940) de Edwin Erich Dwinger es el ejemplo clave de la propaganda.

32. Melita Maschmann, *Account Rendered: A Dossier on My Former Self*, edición de Geoffrey Strachan, Londres, 1964, p. 59; Rossino, *Hitler Strikes Poland*, p. 202.

33. La cita de Alvensleben proviene de Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, Nueva York, 2000, pp. 242-243 [hay traducción castellana: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002]; las órdenes se citan en Elizabeth Harvey, *Women and the East: Agents and Witnesses of Germanization*, New Haven, 2003, p. 80; entradas correspondientes al 14, 15 y 16 de octubre de 1939 en Zygmunt Klukowski, *Diary of the Years of Occupation 1939-1944*, Urbana, 1993, pp. 40-42. Véanse también las entradas correspondientes al 12 de septiembre y el 3 y el 4 de octubre de 1939 en Alan Adelson, ed., *The Diary of David Sierakowiak: Five Notebooks from the Łodź Ghetto*, Nueva York, 1996, pp. 37, 46-47.

34. Entrada correspondiente al 19 de septiembre de 1939 en Franz Halder, *The Halder War Diary, 1939-1942*, edición de Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen, Morato (California) 1988, p. 57; Alvensleben citado en Richard Breitman, *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*, Nueva York, 1991, p. 95; Martin Cüppers, *Wegbereiter der Shoah: Die Waffen SS, der Kommandostab Reichsführer-SS und die Judenvernichtung*, Darmstadt, 2005, p. 53; Czeslaw Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands in Polen 1939-1945*, Berlín, 1987, p. 15.

35. Browning, *Origins of the Final Solution*, p. 69.

36. Entrada correspondiente al 5 de noviembre de 1940, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. I, vol. 4, p. 387; y Goebbels en *Das Reich*, 5 de enero de 1941. Véase también Michael Wildt, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002.

37. Documento sin título, probablemente de comienzos de 1940, R49/3073/21, BAB; Brawning, *Origins of the Final Solution*, p. 13.

38. Hanns Johst, *Ruf des Reiches, Echo des Volkes*, Múnich, 1940, pp. 8, 24, 33, 37, 61-63, 68-69; Pohl a Brandt, 23 de noviembre de 1944, expediente de Hanns Johst, Berlin Document Center, A3343, SSO-140A, NARA.

39. Entrada correspondiente al 5 de noviembre de 1940, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. I, vol. 4, p. 387.

40. Karl Schlögel, *Im Raume Lesen Wir die Zeit*, Múnich, 2003, p. 54 [hay traducción castellana: *En el espacio leemos el tiempo: sobre historia de la civilización y geopolítica*, Siruela, Madrid, 2007]; Götz Aly y Susanne Heim, *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*, 1991; reimpresión: Princeton, 2002, p. 81.

41. «Merkblatt für den Polizeibeamten zur Durchführung der Evakuierungen von polnischen Hofbesitzern», 9 de mayo de 1940, R75/3/7, BAB; «Verlauf der Evakuierung und Ansiedlung am 30.3.40», R75/3/5, BAB. Véanse los recuerdos cargados de miedo de una mujer polaca que había trabajado como doncella en Posen para una familia de Riga: «Franziska E.», en Anneka-

trein Mandel, *Zwangsarbeit im Kinderzimmer: «Ostarbeiterinnen» in deutschen Familien von 1939 bis 1945*, Fráncfort, 1994, pp. 20-21.

42. Isabel Heinemann, *«Rasse, Siedlung, deutsches Blut»: Das Rasse-und Siedlungshauptamt der* SS *und die rassenpolitische Neuordnung Europas*, Gotinga, 2003, p. 289.

43. Memorándum preparado por el Reichsführer SS y Reichskommissar für die Festigung deutschen Volkstums, 16 de febrero de 1942, R5/6774, BAB; Harvey, *Women and the East*, p. 84.

44. Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands*, pp. 77-78, 80; Sophie Jaki, «Unsere letzten Tagen in Stanislau», R69/161/15-18, BAB. En general, véase Mechthild Rössler y Sabine Schleiermacher, eds., *Der «Generalplan Ost»: Hauptlinien der nationalsozialisten Planungs- und Vernichtungspolitik*, Berlín, 1993.

45. Himmler citado en Aly y Heim, *Architects of Annihilation*, pp. 86, 82-83; Harvey, *Women and the East*, p. 239.

46. Götz Aly, *«Final Solution»: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, Londres, 1999, pp. 76, 123; «Auszüge aus Briefen und Karten baltendeutscher Rückwanderer», R69/1223/12-18, BAB.

47. Aly y Heim, *Architects of Annihilation*, p. 89.

48. Aly, *«Final Solution»*, pp. 207-208.

49. Harvey, *Women and the East*, pp. 90, 155.

50. *Ibid.*, pp. 31, 190; y en general R49/3046, /3057, /3062, BAB. Véase también Martha Wegmann, «Allgemeine Stimmung der Siedler», Kreis Grätz, 9 de noviembre de 1942, R49/3062/4, BAB, así como los informes sobre Kreis Samter de Herrine Bungerberg, 2 de septiembre de 1942, R49/3062/11; sobre Ostrowo de Else Reichert, enero de 1943, R49/3062/12; y sobre Kreis Litzmannstadt-Land de Erna Berg, 1 de marzo de 1943, R49/3062/111. Véase también «In der neuen Heimat», *Der Arbeitsmann*, 20 de diciembre de 1941, NS5VI/19298, BAB.

51. «Eine moderne Völkerwanderung», *Der Neue Tag*, Praga, 27 de mayo de 1940, citado en Adler, *Der verwaltete Mensch*, p. 171.

52. Irene Körner, «Bericht über meine Kindergartenarbeit im Kreise Leslau Warthegau», 1940; y Anni Klingel y Annerose Eberhardt, «Bericht über die Tätigkeit im Kindergarten zu Krosniewice», quizá 1941, R49/3051/1-11, /109-110, BAB; Wilhelm Hess, «Erlebnisbericht für die Kriegsgeschichte der EWZ», 25 de mayo de 1942, R69/40/60, BAB.

53. Helmut Koschorke, *Polizei greift ein! Kriegsberichte aus Ost, West, und Nord*, Berlín, 1941, p. 30; Harvey, *Women and the East*, p. 245.

54. Körner, «Bericht über meine Kindergartenarbeit»; Walter Hebenbrock, *Mit der NSV nach Polen*, Berlín, 1940, pp. 23-24.

55. Harvey, *Women and the East*, pp. 131-132.

56. Entradas correspondientes al 13 y el 20 de julio de 1943 en Annemarie Landenberger, *Als Hamburger Lehrerin in der Kinderlandverschickung: Tagebuch 1943*, Hamburgo, 1992, pp. 42, 46.

57. *Das Generalgouvernement: Reisehandbuch von Karl Baedeker*, Leipzig, 1943, pp. 50, 129; entrada correspondiente al 10 de enero de 1943 en Liselotte Orgel-Purper, *Willst Du meine Witwe werden? Eine deutsche Liebe im Krieg*, Berlín, 1995, p. 65.

58. Maestra de citada en Harvey, *Women and the East*, p. 278; Lower, *Nazi Empire-Building and the Holocaust*, p. 201; Andrej Angrick, *Besatzungspolitik und Massenmord: Die Einsatzgruppe D in der südlichen Sowjetunion 1941-1943*, Hamburgo, 2003, p. 292.

59. Entrada correspondiente al 8 de marzo de 1945, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 15, p. 450.

60. Entradas correspondientes al 2 y el 22 de junio de 1940, *ibid.*, pt. I, vol. 4, pp. 187, 213; «Eine neue Gründerzeit?», *Das Schwarze Korps*, 25 de julio de 1940.

61. Ulrich Herbert, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, tranducción de William Templer, Cambridge (Inglaterra) 1997, p. 107; entrada correspondiente al 30 de noviembre de 1941, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 2, p. 402.

62. Entrada correspondiente al 13 de diciembre de 1940, *ibid.*, pt. I, vol. 4, p. 431; entrada correspondiente al 7 de octubre de 1940, Wantzen, *Das Leben im Krieg*, p. 269; y Hans Hoeschen, *Zwischen Weichsel und Volga*, Gütersloh, 1943, p. 8.

63. N.º 62792, 25 de julio de 1945, «Schedule B interviews», USSBS, RG 243, caja 512, carpeta 32, NARA; Norbert Frei, *1945 und Wir: Das Dritte Reich im Bewusstsein der Deutschen*, Múnich, 2005, p. 118.

64. Kershaw, *Hitler* 1936-1945, pp. 345, 335.

65. Entrada correspondiente al 25 de febrero de 1944, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 11, p. 348.

66. Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Nueva York, 2007, pp. 476-480. Véase también Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 49-50.

67. Jörg Echternkamp, «Im Kampf an der inneren und äusseren Front. Grundzüge der deutschen Gesellschaft im Zweiten Weltkrieg», en Echternkamp, *Die Deutsche Kriegsgesellschaft*, vol. 1, p. 58.

68. Peter Longerich, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Múnich, 1998, pp. 299-301.

69. Entrada correspondiente al 22 de junio de 1941, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. I, vol. 4, pp. 710-711, 719-720. Sobre la película, véase la entrada correspondiente al 30 de julio de 1940, *ibid.*, p. 259; y «Vom Winde verweht», *Das Reich*, 29 de octubre de 1944. Sobre las reacciones de los alemanes, véanse las entrevistas recopiladas en USSBS, RG 243, NARA.

70. Dölker-Rehder y A. N. fragmentos del diario correspondientes al 22 de junio de 1941, Kempowski, *Das Echolot*, pp. 20-21, 46; Agnes a Albert Neuhaus, 6 de julio de 1941, Reddemann, *Zwischen Front und Heimat*, p. 253.

71. Entrada correspondiente al 22 de junio de 1941, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 390 [trad. cast. vol. 1, p. 637]. Véase también Angrick, *Besetzungspolitik und Massenmord*, p. 37.

72. Entrada correspondiente al 29 de junio de 1941, Andreas-Friedrich, *Berlin Underground*, p. 69. Sobre Dietrich, véase Aristotle A. Kallis, «Der Niedergang der Deutungsmacht. Nationalsozialistische Propaganda im Kriegsverlauf», en Echternkamp, *Die Deutsche Kriegsgesellschaft*, vol. 2, p. 209.

73. Christa Wolf, *Patterns of Childhood*, Nueva York, 1980, p. 172 [hay traducción castellana del original alemán: *Muestra de infancia*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1985]. Sobre *Erlebnisgemeinschaft*, véase Birthe Kundrus, «Totale Unterhaltung? Die kulturelle Kriegführung 1939 bis 1945 im Film, Rundfunk und Theater», en Echternkamp, *Die Deutsche Kriegsgesellschaft*, vol. 2, p. 116.

74. Entrada correspondiente al 16 de junio de 1941, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. I, vol. 4, p. 695; Smith citado en Ernest K. Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda, 1925-1945*, East Lansing, 1965, p. 246.

75. Entradas correspondientes al 17 de agosto y el 8 de septiembre de 1941 en Lore Walb, *Ich, die Alte, ich, die Junge: Konfrontation mit meinem Tagebüchern 1933-1945*, Berlín, 1997, pp. 227-228; Harry W. Flannery, *Assignment to Berlin*, Nueva York, 1942, p. 380; entrada correspondiente al 11 de agosto de 1941, Halder, *War Diary*, p. 506. Los alemanes usaban con frecuencia la frase «wir siegen uns todt» (ganamos tanto que nos vamos a matar) para describir su difícil situación en Rusia. Véanse las entrevistas realizadas en la posguerra por el USSBS, RG 243, NARA.

76. Discurso citado en Ian Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987, p. 174 [hay traducción castellana: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003]; Howard K. Smith, *Last Train from Berlin*, Nueva York, 1942, pp. 88-90.

77. *Völkischer Beobachter*, 10 de octubre de 1941; entrada correspondiente al 9 de octubre de 1941, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 439 [trad. cast. vol. 1, p. 713]. Véase también la entrada correspondiente al 24 de septiembre de 1941, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 1, p. 481.

78. Entrada correspondiente al 1 de enero de 1942 en Lili Hahn, *...bis alles in Scherben fällt. Tagebuchblätter 1933-1945*, Colonia, 1979, p. 430; Goebbels citado en *Völkischer Beobachter*, 21 de diciembre de 1941.

79. Göring citado en Jost Dülffer, *Deutsche Geschichte 1933-1945: Führerglaube und Vernichtungskrieg*, Stuttgart, 1992, p. 125.

80. Longerich, *Politik der Vernichtung*, p. 269.

81. Aly, «*Final Solution*», p. 59. Véase también Wolf Gruner, «Von der Kollektivausweisung zur Deportation der Juden aus Deutschland (1938-1945): Neue Perspektiven und Dokumente», en Birthe Kundrus y Beate Meyer, eds., *Deportation der Juden aus Deutschland: Pläne, Praxis, Reaktionen 1938-1945*, Gotinga, 2004, pp. 39, 40.

82. Browning, *Origins of the Final Solution*, pp. 69, 83.

83. Aly, «*Final Solution*», p. 92; Browning, *Origins of the Final Solution*, pp. 85-86.

84. Longerich, *Politik der Vernichtung*, p. 274.

85. Aly, «*Final Solution*», pp. 109, 125.

86. Longerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 324, 342-343; Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 536-537.

87. Longerich, «*Davon haben wir nichts gewusst!*» pp. 159-160.

88. Himmler citado en Lower, *Nazi Empire-Building and the Holocaust*, pp. 8, 76; Wendy Lower, «"Anticipatory Obedience" and the Nazi Implementation of the Holocaust in the Ukraine: A Case Study of Central and Peripheral Forces in the Generalbezirk Zhytomyr, 1941-1944», *Holocaust and Genocide Studies* 16 (primavera de 2002), pp. 1-22.

89. Browning, *Origins of the Final Solution*, p. 309; Kershaw, *Hitler* 1936-1945, p. 400; entrada correspondiente al 5 de julio de 1941 en H. R. Trevor-Roper, ed., *Hitler's Secret Conversations, 1941-1944*, Nueva York, 1972, p. 4.

90. Longerich, *Politik der Vernichtung*, p. 372; Saul Friedländer, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews 1939-1945*, Nueva York, 2007, pp. 238-239.

91. Longerich, *Politik der Vernichtung*, p. 385.

92. Gerlach, *Kalkulierte Morde*, p. 574.

93. Kershaw, *Hitler 1936-1945*, p. 468. Véase también Wolfgang Scheffler, «Die Einsatzgruppe A 1941/42», en Peter Klein, ed., *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941/42. Die Tätigkeits- und Lageberichte des Chefs der Sicherheitspolizei und des SD*, Berlín, 1997, p. 35; Christian Gerlach, «Die Einsatzgruppe B 1941/42», *ibid.*, pp. 58-59.

94. Sybille Steinbacher, «In the Shadow of Auschwitz: The Murder of the Jews of East Upper Silesia», en Ulrich Herbert, ed., *Nationalsocialist Extermination Policies: Contemporary German Perspectives and Controversies*, Nueva York, 2000, pp. 287-288.

95. Longerich, *Politik der Vernichtung*, p. 391; G. F. Krivosheev, *Soviet Casualties and Combat Losses in the Twentieth Century*, Londres, 1997, p. 96.

96. Véase también John Garrard y Carol Garrard, *The Bones of Berdichev: The Life and Fate of Vasily Grossman*, Nueva York, 1996.

97. Hartmut Rüss, «Wer war verantwortlich für das Massaker von Babij Jar?», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* 57, 1998, pp. 483-508; «Operational Situation Report USSR N.º 97», entrada correspondiente al 28 de septiembre de 1941, en Yitzchak Arad, Shmuel Krakowski y Shmuel Spector, eds., *The Einsatzgruppen Reports: Selections from the Dispatches of the Nazi Death Squads' Campaign against the Jews, July 1941-January 1943*, Nueva York, 1989, p. 165.

98. De hecho, ésta era la premisa explícita de un taller sobre cómo combatir guerrilleros organizado por la SS y celebrado a finales de septiembre de 1941. Véase Gerlach, *Kalkulierte Morde*, p. 566.

99. Citado en Wolfram Wette, *The Wehrmacht: History, Myth, Reality*, traducción de Deborah Lucas Schneider, Cambridge, 2006, pp. 117-118 [hay traducción castellana del original alemán: *La Wehrmacht: los crímenes del ejército alemán*, Crítica, Barcelona, 2007].

100. Testimonio del conductor Höfer en Michael Berenbaum, ed., *Witness to the Holocaust*, Nueva York, 1997, pp. 138-139.

101. Longerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 378, 377.

102. Entrada correspondiente al 11 de octubre de 1941 en Willy Cohn, *Als Jude in Breslau 1941*, edición de Joseph Walk, Gerlingen, 1984, p. 106; Karl Dürkefälden, «*Schreiben wie es wirklich war ...* » *Aufzeichungen Karl Dürkefäldens aus den Jahren 1933-1945*, edición de Herbert Obenaus y Sibylle Obenaus, Hannover, 1985, pp. 107, 110; entrada correspondiente al 19 de abril de 1942, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 41 [trad. cast. vol. 2, p. 67]; Wette, *The Wehrmacht*, p. 112.

103. Entradas correspondientes al 23 de julio de 1941 y el 5 de abril de 1943 en Kazimierz Sakowicz, *Ponary Diary 1941-1943: A Bystander's Account of a Mass Murder*, New Haven, 2005, pp. 13, 81. Véase también Christopher R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, 1992, p. 152 [hay traducción castellana: *Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la solución final en Polonia*, Edhasa, Barcelona, 2002]; Scheffler, «Die Einsatzgruppe A 1941/42», p. 36.

104. *True to Type: A Selection from Letters and Diaries of German Soldiers and Civilians Collected on the Soviet-German Front*, Londres, s. f. [1943], p. 29.

105. Bernd Boll y Hans Safrian, «On the Way to Stalingrad: The 6th Army in 1941-1942», en Heer y Naumann, *War of Extermination*, p. 249; Hannes Heer, «Killing Fields: The Wehrmacht and the Holocaust in Belorussia, 1941-1942», *ibid.*, p. 66; Erich Mirek, «Enthüllung Faschistischer Grausamkeiten», en *In den Wäldern Belorusslands: Erinnerungen sowjetischer Partisanen und deutscher Antifaschisten*, Berlín, 1977, p. 126.

106. Jürgen Matthäus, «Operation Barbarossa and the Onset of the Holocaust, June-December 1941», en Browning, *Origins of the Final Solution*, p. 297.

107. Heydenrich citado en *True to Type*, p. 31; oficial al mando de la compañía citado en Heer, «Killing Fields», p. 62; Thomas Kühne, *Kameradschaft: Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert*, Gotinga, 2006, p. 174. Además, véase Browning, *Ordinary Men.*

108. Angrick, *Besatzungspolitik und Massenmord*, pp. 79-80; Scheffler, «Der Einsatzgruppe A 1941/42», p. 30; Longerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 304-310; Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 27-57; y Jürgen Matthäus, Konrad Kwiet y Jürgen Förster, eds., *Ausbildungsziel Judenmord?* «*Weltanschau-*

liche Erziehung» von SS, Polizei, und Waffen-SS im Rahmen der «Endlösung», Fráncfort, 2003.

109. Harald Welzer, *Täter: Wie aus ganz normalen Menschen Massenmörder werden*, Fráncfort, 2005, p. 40.

110. Fritz Jacob a Rudolf Quener, 5 de mayo y 21 de junio de 1942, citado y comentado en Frank Bajohr, «"...dann bitte keine Gefühlsduseleien." Die Hamburger und die Deportationen», en Forschungsstelle für Zeitgeschichte (Hamburgo), ed., *Die Deportationen der Hamburger Juden 1941-1945*, Hamburgo, 2002, pp. 20-21.

111. Kempowski, *Das Echolot*, p. 88. En general, Hannes Heer, *Tote Zonen: Die deutsche Wehrmacht an der Ostfront*, Hamburgo, 1999, pp. 120-123.

112. Diario de Goebbels, entrada correspondiente al 19 de agosto de 1941, citado en Christopher R. Browning, *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Cambridge (Inglaterra), 2000, p. 35.

113. Himmler a Greiser, 18 de septiembre de 1941, NS19/2655, BAB. Véase Tobias Jersak, «Entscheidungen zu Mord und Lüge. Die deutsche Kriegsgesellschaft und der Holocaust», en Echternkamp, *Die Deutsche Kriegsgesellschaft*, vol. 1, pp. 304-310; Philippe Burrin, *Hitler and the Jews: The Genesis of the Holocaust*, Londres, 1994; Peter Witte, «Two Decisions concerning the Final Solution to the Jewish Question», *Holocaust and Genocide Studies* 9, 1995, p. 330.

114. Browning, *Origins of the Final Solution*, p. 371; Witte, «Two Decisions concerning the Final Solution», pp. 321, 329.

115. Himmler citado en Browning, *Origins of the Final Solution*, p. 325; Himmler a Uebelhoer, 9 de octubre de 1941, NS19/2655/38-39, BAB.

116. Así comienza Adler, *Der verwaltete Mensch*, p. 3.

117. Gustavo Corni, *Hitler's Ghettos: Voices from a Beleaguered Society, 1939-1944*, Londres, 2002, pp. 35, 37; Max Kaufmann, *Churbn Lettland. Die Vernichtung der Juden Lettlands*, 1947; reimpresión: Constanza, 1999, pp. 93-116.

118. Christian Gerlach, «The Wannsee Conference, the Fate of German Jews, and Hitler's Decision in Principle to Exterminate All European Jews», *Journal of Modern History* 70 (1998), pp. 769-771; Browning, *Origins of the Final Solution*, p. 399; Jersak, «Entscheidungen zu Mord und Lüge», pp. 335-337.

119. Gerlach, «The Wannsee Conference, the Fate of German Jews», p. 798; Longerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 467-471. Véase también la entrada correspondiente al 30 de mayo de 1942, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 4, p. 406.

120. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, New Haven, 2003, pp. 448, 628 [hay traducción castellana: *La destrucción de los judíos europeos*, Akal, Madrid, 2005]; Eichmann citado en Aly, «*Final Solution*», p. 265.

121. Ruth Kluger, *Still Alive: A Holocaust Girlhood Remembered*, Nueva York, 2001, p. 70 [hay traducción castellana del original alemán: *Seguir vivien-*

do, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 1997]. Véase también Sybille Steinbacher, *Auschwitz: A History*, Nueva York, 2005, p. 109.

122. Browning, *Origins of the Final Solution*, p. 370.

123. Entrada correspondiente al 13 de diciembre de 1941, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 2, pp. 498-499; Browning, *Origins of the Final Solution*, pp. 407-409.

124. Elisabeth Freund, «Zwangsarbeit Berlin 1941» (manuscrito fechado en La Habana, diciembre de 1941), en Monika Richarz, ed., *Jüdisches Leben in Deutschland. Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte 1918-1945*, Stuttgart, 1982, p. 381; Smith, *Last Train from Berlin*, p. 197. Véase también Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Cambridge, 2006.

125. Goebbels, «Die Juden sind schuld!», *Das Reich*, 16 de noviembre de 1941.

126. *Ibid.*; entrada correspondiente al 28 de octubre de 1941, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 2, pp. 193-195.

127. Periódico citado en la entrada correspondiente al 3 de octubre de 1941, Haag, *Leben und gelebt werden*, p. 245.

128. Entradas correspondientes al 25 y el 28 de septiembre y el 19 de octubre de 1941, Wantzen, *Das Leben im Krieg*, pp. 551, 567, 594; Ursel, carta del 23 de septiembre de 1941 en Jürgen Reulecke y Anatoly Golovchansky, eds., *«Ich will raus aus diesem Wahnsinn»: Deutsche Briefe von der Ostfront 1941-1945*, Wuppertal, 1991, p. 35. Según Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!»*, p. 197, rumores similares circularon en Minden. Este «conocimiento local» se convertiría muy pronto en propaganda. Véase Maurer, «Wie sich die Juden tarnen», *Der Stürmer*, 20 de noviembre de 1941.

129. Entradas correspondientes al 24 de enero, el 13 de febrero y el 24 de marzo de 1942, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 3, pp. 177-178, 298, 535; y entradas correspondientes al 2 y el 17 de abril y el 14 de mayo de 1942, *ibid.*, vol. 4, pp. 40-41, 117-118, 288. Véase también Georges Bonnet, *Dans la tourmente 1938-1948*, París, 1971, pp. 241-243; Ron Roizen, «Herschel Grynszpan: The Fate of a Forgotten Assassin», *Holocaust and Genocide Studies* 1 (1986), pp. 217-228; y Gerald Schwab, *The Day the Holocaust Began: The Odyssey of Herschel Grynszpan*, Nueva York, 1990.

130. Entrada correspondiente al 10 de mayo de 1943, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 8, p. 261. En general, Herf, *The Jewish Enemy*.

131. Heinrich Himmler, «Rede des Reichsführer-SS bei der Gruppenführertag in Posen am 4. Oktober 1943», NS19/4010, BAB.

132. Hilberg, *Destruction of the European Jews*, p. 423.

133. «Hitler and the Beginning of the Systematic Murder of European Jewry in Spring 1942», «Holocaust Denial on Trial», *http://www.hdot.org/trial/defense/pl1/18.asp;* Wolf a Ganzmüller, 13 de agosto de 1942, NS19/2655/64, BAB.

134. Browning, *Nazi Policy, Jewish Workers*, p. 57; Longerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 488-489; Charlotte Delbo, *Auschwitz and After*, traducción de Rosette C. Lamont, New Haven, 1995, p. 4 [hay traducción castellana del original francés: *Auschwitz y después*, Turpial, Madrid, 2004, 3 vols.].

135. Longerich, *Politik der Vernichtung*, pp. 497, 508; Danuta Czech, *Auschwitz Chronicle, 1939-1945*, Nueva York, 1990, pp. 198-199.

136. Himmler al Chef des SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamtes Obergruppenführer Pohl y el Chef des Hauptamtes Volksdeutsche Mittelstelle SS-Obergruppenführer Lorenz, 24.10.42, NS19/1801/175, BAB; Steinbacher, *Auschwitz*, p. 128; Andrezj Strzelecki, «The Plunder of Victims and Their Corpses», en Yisrael Gutman y Michael Berenbaum, *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Bloomington (Indiana), 1994, p. 256.

137. Sybille Steinbacher, «*Musterstadt» Auschwitz: Germanisierungspolitik und Judenmord in Ostoberschlesien*, Múnich, 2000, p. 240, y también pp. 185-187, 242, 245; Gudrun Schwarz, *Eine Frau an seiner Seite: Ehefrauen in der «SS-Sippengemeinschaft»*, Hamburgo, 1997. Véase también *Das Generalgouvernement*, p. 10.

138. Norbert Frei, «Auschwitz und die Deutschen», en *1945 und Wir*, p. 157, citando una entrada del diario de Marianne B de septiembre de 1943 (el subrayado es del original).

139. Himmler citado en Longerich, *Politik der Vernichtung*, p. 506.

140. Christian Gerlach y Götz Aly, *Das letzte Kapitel: Realpolitik, Ideologie, und der Mord an den ungarischen Juden 1944/45*, Stuttgart, 2002. Sobre la línea telefónica directa, véase Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 671.

141. Peter Steinberg, *Journey to Oblivion: The End of the East European Yiddish and German Worlds in the Mirror of Literature*, Toronto, 1991, pp. 9-10.

142. Vegas Gabriel Liulevicius, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity, and German Occupation in World War I*, Cambridge (Inglaterra), 2000, p. 8.

143. Tony Judt, «From the House of the Dead», en *Postwar: A History of Europe since 1945*, Nueva York, 2005 [hay traducción castellana: *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, Taurus, Madrid, 2006].

144. Véase Wolfgang Benz, ed., *Dimensionen des Völkermordes: Die Zahl der jüdischen Opfer des Nationalsozialismus*, Múnich, 1991.

CAPÍTULO 4

1. Entrada correspondiente al 10 de marzo de 1943 en Lisa de Boor, *Tagebuchblätter. Aus den Jahren 1938-1945*, Múnich, 1963, p. 135.

2. Willy Peter Reese, *A Stranger to Myself. The Inhumanity of War: Russia, 1941-1944*, traducción de Michael Hofmann, Nueva York, 2005, p. 108 [hay

traducción castellana del original alemán: *Un extraño para mí mismo: diarios de un soldado alemán. Rusia, 1941-1944*, Debate, Barcelona, 2005]; entrada correspondiente al 6 de septiembre de 1943 en Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente,* edición de Elke Fröhlich, Múnich, 1994, pt. II, vol. 9, p. 435.

3. Entrada correspondiente al 1-3 de enero de 1943, de Boor, *Tagebuchblätter*, p. 127. Véase también la entrada correspondiente al 30 de noviembre de 1944 en Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen: Aus den Jahren 1942 bis 1945*, edición de Peter Hartl, 1962; reimpresión: Múnich, 1992, p. 264; y las entradas correspondientes al 11 de septiembre de 1943 y el 30 de noviembre de 1944 en «Tagebuch 6. Juli 1942-17. Nov. 1943.7. Buch», Nachlass Franz von Göll, Landesarchiv Berlin, E. Rep. 200-43, Acc. 3221, Nrs. 7, 8. Sobre la mano de obra extranjera, véase Ulrich Herbert, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, traducción de William Templer, Cambridge (Inglaterra), 1997.

4. Alfred Mierzejewski, *The Most Valuable Asset of the Reich: A History of the German National Railway,* 2 vols., Chapel Hill, 2000, vol. 2, p. 127; Primo Levi, *The Drowned and the Saved*, Nueva York, 1988, p. 107 [hay traducción castellana del original italiano: *Los hundidos y los salvados*, El Aleph, Barcelona, 2002; el pasaje citado aparece en la p. 140 de esta edición].

5. Hanns Johst, *Ruf des Reiches, Echo des Volkes*, Múnich, 1940, pp. 5-6.

6. Entrada correspondiente al 2-5 de febrero de 1941, de Boor, *Tagebuchblätter*, p. 70; René Schindler, *Ein Schweizer erlebt das geheime Deutschland*, Zurich, 1945, pp. 7-8; entradas correspondientes al 27-30 de julio y «finales de agosto» de 1943, de Boor, *Tagebuchblätter*, pp. 149, 152.

7. Karola Fings, «Sklaven für die "Heimatfront". Kriegsgesellschaft und Konzentrationslager», en Jörg Echternkamp, ed., *Die Deutsche Kriegsgesellschaft 1939 bis 1945*, 2 vols., Múnich, 2004, vol. 1, pp. 220, 248, 260; Gerald Reitlinger, *The Final Solution*, Nueva York, 1953, p. 486 [hay traducción castellana: *La solución final*, Grijalbo, Barcelona, 1973]; Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Nueva York, 2007, p. 519.

8. Charlotte Delbo, *Auschwitz and After*, traducción de Rosette C. Lamont (New Haven, 1995, pp. 182-184 [hay traducción castellana del original francés: *Auschwitz y después*, Turpial, Madrid, 2004, 3 vols.].

9. Christopher Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, 1992, pp. 67, 105 [hay traducción castellana: *Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la solución final en Polonia*, Edhasa, Barcelona, 2002]; Marlis G. Steinert, *Hitler's War and the Germans: Public Mood and Attitude during the Second World War*, edición y traducción de Thomas E. J. de Witt, Athens (Ohio), 1977, p. 145.

10. Martin Doerry, «*Mein verwundetes Herz*»: *Das Leben der Lilli Jahn* 1900-1944, Stuttgart, 2002, pp. 156, 216, 242-243 [hay traducción castella-

na: «*Mi corazón herido*»: *la vida de Lilli Jahn, 1900-1944*, Taurus, Madrid, 2003].

11. Otro ejemplo de narrativas divergentes es el caso de Hertha Feiner, quien intentó hacer entender a sus hijas medio judías, las cuales se declaraban cristianas y vivían en un internado en Suiza, que el único modo de que su madre pudiera salvarse era que ellas regresaran a Berlín, pues entonces viviría en un hogar «mixto». Véase la carta del 19 de junio de 1942 en Hertha Feiner, *Vor der Deportation. Briefe an die Töchter Januar 1939-Dezember 1942*, Fráncfort, 1993, p. 114. En *Pawels Briefe. Eine Familiengeschichte* (Fráncfort, 1999), Monika Maron manifestó su asombro ante la rapidez con que su familia había olvidado sus orígenes judíos en Polonia a comienzos de siglo, las tristes cartas de los abuelos deportados en los años 1939-1942, y, en términos generales, la pobreza de la vida en un bloque de pisos de Berlín antes de 1933.

12. «Piskowitz, February 19, Monday afternoon», en Victor Klemperer, *I Will Bear Witness* 1942-1945: *A Diary of the Nazi Years*, Nueva York, 1998, p. 415 [hay traducción castellana del original alemán: *Quiero dar testimonio hasta el final*, vol. 2, *Diarios 1942-1945*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2003; «Piskowitz, 19 de febrero, lunes tarde», p. 690]; Inge Deutschkron, *Ich trug den gelben Stern*, Múnich, 1985.

13. Ruth Kluger, *Weiter leben*, Gotinga, 1992, p. 171; *idem*, *Still Alive: A Holocaust Girlhood Remembered*, Nueva York, 2001, p. 146 [hay traducción castellana del original alemán: *Seguir viviendo*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 1997].

14. Entradas correspondientes al 15, 22, 23 y 25 de septiembre de 1941, Klemperer, *I Will Bear Witness*, pp. 429, 433, 435-436 [trad. cast. vol. 1, pp. 697, 703 y 706-708].

15. Elisabeth Freund, «Zwangsarbeit Berlin 1941», en Monika Richarz, ed., *Jüdisches Leben in Deutschland. Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte 1918-1945*, Stuttgart, 1982, p. 381. El relato del 3 de marzo de 1943 de Ursula von Kardorff es similar. Cuenta que un obrero cedió su asiento a un judío en el tranvía dicéndole «siéntate vieja estrella fugaz» y que «cuando un miembro del partido se quejó, le dijo: "Yo decido dónde pongo mi culo"». Véase *Berliner Aufzeichnungen*, p. 72.

16. Entrada correspondiente al 19 de agosto de 1941, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 1, p. 266.

17. Ésta fue la fórmula vaga que usó la Unión de Comunidades Judías en Württemberg en noviembre de 1941. Véase Karl Heinz Mistele, *The End of the Community: The Destruction of the Jews of Bamberg, Germany 1938-1942*, traducción de Jacob Feuchtwanger, Hoboken, 1995, pp. 116-117.

18. Freund, «Zwangsarbeit Berlin 1941», p. 383; entrada correspondiente al 28 de noviembre de 1941, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 446 [trad. cast. vol. 1, p. 724].

19. Cita de una nota sin fecha (probablemente de 1942) escrita por la comunidad judía de Berlín, en Hans G. Adler, *Der verwaltete Mensch. Studien zur Deportation der Juden aus Deutschland*, Tubinga, 1974, p. 403. Véase también p. 399.

20. Angelika Eder, «Die Deportationen im Spiegel lebensgeschichtlicher Interviews», en Forschungsstelle fur Zeitgeschichte (Hamburgo), ed., *Die Deportationen der Hamburger Juden 1941-1945*, Hamburgo, 2002, p. 48.

21. Deutschkron, *Ich trug den gelben Stern*, pp. 99-100; Alfred Kaufmann citado en Monica Kingreen, «"Wir werden darüber hinweg kommen": Letzte Lebenszeichen deportierter hessischer Juden. Eine dokumentarische Annäherung», en Birthe Kundrus y Beate Meyer, eds., *Deportation der Juden aus Deutschland: Pläne, Praxis, Reaktionen 1938-1945*, Gotinga, 2004, p. 99.

22. Beate Meyer, «Handlungsspielräume regionaler jüdischer Repräsentanten (1941-1945): Die Reichsvereinigung der Juden in Deutschland und die Deportationen», en Kundrus y Meyer, *Deportation der Juden aus Deutschland*, pp. 76-77; entradas correspondientes al 16, el 17 y el 19 de octubre de 1941 en David Sierakowiak, *The Diary of David Sierakowiak: Five Notebooks from the Łodź Ghetto*, Nueva York, 1996, pp. 141-142; Saul Friedländer, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews 1939-1945*, Nueva York, 2007, p. 312.

23. Ministerio del Interior, Schnellbrief para todos los Staatspolizei(leit)stellen, 24 de marzo de 1942, R58/276/332, BAB.

24. Carta de Selma Fleischer, 27 de abril de 1942, en Hanne Hiob y Gerd Keller, eds., «*Wir verreisen...*» *In die Vernichtung. Briefe 1937-1944*, Hamburgo, 1993, p. 81; entrada correspondiente al 26 de junio de 1942, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 87 [trad. cast. vol. 2, p. 146].

25. Entradas correspondientes al 22 de diciembre de 1941 y el 19 de mayo de 1942, Klemperer, *I Will Bear Witness*, pp. 451 [trad. cast. vol. 2, p. 90].

26. Cartas de Selma Fleischer del 7 de diciembre de 1941 y el 18 de agosto 1942, y carta de Nanny Fleischer del 14 de octubre de 1941, en Hiob y Keller, «*Wir verreisen*», pp. 68, 96, 100.

27. Kingreen, «"Wir werden darüber hinweg kommen"», pp. 87-88, 95; Alexandra Garbarini, *Numbered Days: Diaries and the Holocaust*, New Haven, 2006, p. 65; sobre Leipzig, Marion Kaplan, *Between Dignity and Despair: Jewish Life in Nazi Germany*, Nueva York, 1998, p. 187; Adler, *Der verwaltete Mensch*, pp. 408, 581.

28. Véanse, por ejemplo, las entradas correspondientes al 23 de mayo y el 11 de junio de 1942 en Klemperer, *I Will Bear Witness*, pp. 57-58, 73; y la entrada correspondiente al 16 de octubre de 1942, *ibid.*, p. 155.

29. Entradas correspondientes al 17 de enero de 1944 y el 27 de febrero de 1943, *ibid.*, pp. 290, 203-204 [trad cast. vol. 2, pp. 482 y 339].

30. Entradas correspondientes al 15 de septiembre y el 24 de octubre de 1944, *ibid.*, pp. 358, 371 [trad. cast. vol. 2, pp. 595 y 616].

31. Kurt Lindenberg citado en Beate Kosmala, «Zwischen Ahnen und Wissen: Flucht vor der Deportation, 1941-1943)», en Kundrus y Meyer, *Deportation der Juden aus Deutschland*, p. 154; Garbarini, *Numbered Days*, p. 114.

32. Kosmala, «Zwischen Ahnen und Wissen», p. 136.

33. Kaplan, *Between Dignity and Despair*, pp. 180, 184; Lothar Bembenek y Horst Dickei, *Ich bin kein deutscher Patriot mehr, jetzt bin ich Jude: Die Vertreibung jüdischer Bürger aus Wiesbaden (1933-1947)*, Wiesbaden, 1991, p. 128. Véase también Monika Richarz, «Einführung», en Richarz, *Jüdisches Leben in Deutschland*, p. 65.

34. Schindler citado en Kosmala, «Zwischen Ahnen und Wissen», p. 142; Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, New Haven, 2003, p. 483 [hay traducción castellana: *La destrucción de los judíos europeos*, Akal, Madrid, 2005].

35. Véanse las entradas correspondientes al 20 de octubre y el 25 de noviembre de 1941 y el 25 de enero y el 10 de diciembre de 1942 en Jochen Klepper, *Unter dem Schatten Deiner Flügel: Aus den Tagebüchern der Jahre 1932-1942*, Stuttgart, 1955, pp. 969-970, 992, 1029, 1133.

36. Kosmala, «Zwischen Ahnen und Wissen», pp. 138-139; Lindenberg citado en *ibid.*, p. 150.

37. Kingreen, «"Wir werden darüber hinweg kommen"», p. 109. Cuando Suecia, Suiza y Dinamarca empezaron a cuestionar las políticas antisemitas de los nazis a finales de 1943, después de que los judíos daneses hubieran sido deportados a Theresienstadt, los nazis llevaron a representantes y funcionarios de la Cruz Roja Internacional a un campo especialmente ordenado el 23 de junio de 1944. Creyendo la mentira de que Theresienstadt era un *Endlager*, no un campo de tránsito, e impresionados por la imagen de los niños jugando en el *kindergarten*, los investigadores tomaron fotografías y regresaron a sus países «gratamente sorprendidos». Además, renunciaron a la oportunidad de inspeccionar el «campo familiar» que los alemanes habían organizado en Auschwitz-Birkenau, donde se mantenía a cinco mil internos lejos de las cámaras de gas y el trabajo esclavo y les permitían tanto escribir cartas como recibirlas (la dirección era «Birkenau, bei Neuberun, Ost Oberschlesien»). Este campo servía para engañar a los residentes de Theresienstadt, que tenían más contacto con el mundo exterior, acerca de las deportaciones a Auschwitz. Asimismo, es probable que se creara previendo posibles inspecciones internacionales. El 7 de julio de 1944, cuando el segundo «campo familiar» ya había cumplido con su función, los nazis lo desmantelaron y enviaron a sus habitantes a las cámaras de gas. Véase la correspondencia en R58/89, BAB, y en especial el informe del 27 de junio de 1944 elaborado por el doctor Rossel, R58/89/24. Sobre el campo familiar, véase Nili Keren, «The Family Camp», en Yisrael Gutman y Michael Berenbaum, eds., *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Bloomington (Indiana) 1994; y Mark Roseman, *A Past in Hiding: Memory and Survival in Nazi*

Germany, Nueva York, 2000. Para el dato de la dirección, véase Martin Gilbert, «What Was Known and When», en Gutman y Berenbaum, *Anatomy*, p. 548.

38. Deutschkron, *Ich trug den gelben Stern*, p. 119; entrada correspondiente al 17 de enero de 1943, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 117.

39. Con referencia a las quejas, véase Rissen a Brandt, 4 de marzo de 1943, NS19/3492/6, BAB.

40. Entrada correspondiente al 18 de abril de 1943, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 8, p. 126; entrada correspondiente al 26 de abril de 1943 en Victor Klemperer, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten. Tagebücher 1942-1945*, Berlín, 1995, p. 361 [hay traducción castellana: *Quiero dar testimonio hasta el final*, vol. 2, *Diarios 1942-1945*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2003; pp. 364-365].

41. Véase el extraordinario documento escrito por Ernst Krombach, fechado el 22 de agosto de 1942, que se cita y discute en Roseman, *A Past in Hiding*, pp. 182-196.

42. Citado en Sandra Ziegler, *Gedächtnis und Identität der KZ-Erfahrung. Niederländische und deutsche Augenzeugenberichte des Holocaust*, Wurzburgo, 2006, p. 38.

43. *Ibid.*, p. 214.

44. Garbarini, *Numbered Days*, p. 84. Véase también David Engel, «"Will They Dare?": Perceptions of Threat in Diaries from the Warsaw Ghetto», en Robert Moses Shapiro, ed., *Holocaust Chronicles: Individualizing the Holocaust through Diaries and Other Contemporaneous Personal Accounts*, Hoboken, 1999, pp. 78-79.

45. Entrada correspondiente al 27 de mayo de 1942, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 61 [trad. cast. vol. 2, p. 99]; Klüger, *Weiter leben*, p. 139.

46. Véanse las entradas correspondientes al 28 de agosto, el 21 de septiembre y el 1 de noviembre de 1942 en Abraham Lewin, *A Cup of Tears: A Diary of the Warsaw Ghetto*, Oxford, 1988, pp. 171, 184, 197, y también 38-40; Margarete Holländer citada en Garbarini, *Numbered Days*, p. 91.

47. Garbarini, *Numbered Days*, p. 2; Alexandra Zapruder, ed., *Salvaged Pages: Young Writers' Diaries of the Holocaust*, New Haven, 2002, p. 306.

48. Véanse el prefacio y los apéndices de Irène Némirovsky, *Suite Française*, traducción de Sandra Smith, Nueva York, 2006, pp. 351, 394 [hay traducción castellana del original francés: *Suite francesa*, Salamandra, Barcelona, 2005].

49. Entrada correspondiente al 4 de febrero de 1944 en Ruth Andreas-Friedrich, *Berlin Underground, 1938-1945*, Nueva York, 1947, p. 116.

50. Christel Beilmann citado en Tobias Jersak, «Eintscheidungen zu Mord und Lüge. Die deutsche Kriegsgesellschaft und der Holocaust», en Echternkamp, *Die Deutsche Kriegsgesellschaft*, p. 349. Véase también Sybille Steinbacher, «*Musterstadt» Auschwitz: Germanisierungspolitik und Judenmord in Ostoberschlesien*, Múnich, 2000, p. 190.

51. Sobre *verarbeitet*, véase Hellmuth von Moltke, citado en Peter Longerich, «*Davon haben wir nichts gewusst!*» *Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Berlín, 2006, p. 229; para «piezas», Primo Levi, *Survival in Auschwitz*, Nueva York, 1986, p. 16 [hay traducción castellana del original italiano: *Si esto es un hombre*, Muchnik, Barcelona, 2002; p. 21]; para «carga», Gitta Sereny, *Into That Darkness*, Nueva York, 1974, p. 201 [hay traducción castellana: *En aquellas tinieblas*, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1977, 2 vols.].

52. Entrada correspondiente al 27 de diciembre de 1944, von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, p. 272.

53. Citado en Longerich, «*Davon haben wir nichts gewusst!*», pp. 195-196.

54. Frank Bajohr, «"...dann bitte keine Gefühlsduseleien." Die Hamburger und die Deportationen», en Forschungsstelle fur Zeitgeschichte (Hamburgo), *Die Deportationen der Hamburger Juden*, pp. 15-16; Götz Aly, *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg, und nationaler Sozialismus*, Fráncfort, 2005, pp. 139-140 [hay traducción castellana: *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*, Crítica, Barcelona, 2006].

55. Entrada correspondiente al 27 de abril de 1942, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 4, p. 184; sobre Nuremberg, véase Meyer, «Handlungsspielräume regionaler jüdischer Repräsentanten», p. 77; sobre Stuttgart, Roland Müller, *Stuttgart zur Zeit des Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1988, p. 405; y sobre Bad Neustadt, Herbert Schultheis, *Juden in Mainfranken 1933-1945*, Bad Neustadt, 1980, pp. 467-468.

56. Entradas correspondientes al 6 y el 23 de noviembre y el 15 de diciembre de 1941 y el 8 de agosto de 1942 en Paulheinz Wantzen, *Das Leben im Krieg. Ein Tagebuch*, Bad Homburgo, 2000, pp. 610, 639, 651-652, 916.

57. Entrada correspondiente al 8 de diciembre de 1941, Andreas-Friedrich, *Berlin Underground*, p. 75; Deutschkron, *Ich trug den gelben Stern*, pp. 99-100, 119; Longerich, «*Davon haben wir nichts gewusst!*», pp. 190-191.

58. Citado en *ibid.*, pp. 219-220. Véase también Adler, *Der verwaltete Mensch*, p. 332.

59. Frank Bajohr, «Über die Entwicklung eines schlechten Gewissens: Die deutsche Bevölkerung und die Deportationen 1941-1945», en Kundrus y Meyer, *Deportation der Juden aus Deutschland*, p. 190.

60. Oficial de la Gestapo de Düsseldorf Hermann Waldbillig citado en Holger Berschel, *Bürokratie und Terror. Das Judenreferat der Gestapo Düsseldorf 1935-1945*, Essen, 2001, p. 119; Bajohr, «Über die Entwicklung eines schlechten Gewissens», p. 184. Sobre los ataques verbales en Bad Neustadt, Schultheis, *Juden in Mainfranken 1933-1945*, p. 467.

61. N.º 62147, 4 de julio de 1945, «Schedule B interviews», USSBS, RG 243, caja 505, carpeta 11, NARA; n.º 62136, 11 de julio de 1945, *ibid.*, carpeta 9.

62. Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Lincoln (Nebraska), 2004,

p. 387; Paul Salitter, «Bericht über die Evakuierung von Juden nach Riga vom 11.12-17.12.1941» (26 de diciembre de 1941), en Günter von Roden, *Geschichte der Duisburger Juden*, Duisburgo, 1986, pp. 872-873.

63. Meyer, «Handlungsspielräume regionaler jüdischer Repräsentanten», p. 77; Arnd Müller, *Geschichte der Juden in Nürnberg*, Nuremberg, 1968, pp. 247-248.

64. Jürgen Hartmann, «Die Deportation Detmolder Juden 1941-1945», en Hermann Niebuhr y Andreas Ruppert, eds., *Nationalsozialismus in Detmold: Dokumentation eines stadtgeschichtlichen Projekts*, Bielefeld, 1998, p. 668.

65. Franziska Becker, *Gewalt und Gedächtnis: Erinnerungen an die nationalsozialistische Verfolgung einer jüdischen landgemeinde*, Gotinga, 1994, pp. 77-78, 83.

66. Entrada correspondiente al 11 de diciembre de 1942, Klemperer, *I Will Bear Witness*, p. 173 [trad. cast. vol. 2, p. 290]; Aly, *Hitlers Volksstaat*, p. 150. Véase también Jean-Marc Dreyfus, «"Almost Camps" in Paris: The Difficult Description of Three Annexes of Drancy-Austerlitz, Lévitan, and Bassano, July 1943 to August 1944», en Jonathan Petropoulos y John K. Roth, eds., *Gray Zones: Ambiguity and Compromise in the Holocaust and Its Aftermath*, Nueva York, 2005, pp. 224-225.

67. Frank Bajohr, «*Aryanisation» in Hamburg: The Economic Exclusion of Jews and the Confiscation of Their Property in Nazi Germany*, Nueva York, 2002, p. 279.

68. Longerich, «*Davon haben wir nichts gewusst!*», pp. 284-285.

69. N.º 70, «Schedule B interviews», USSBS, RG 243, caja 502, carpeta 2, NARA.

70. N.º 62040, 3 de julio de 1945, *ibid.*, caja 506, carpeta 14; 28 de abril de 1945, *ibid.*, caja 509, carpeta 29.

71. N.º 60355, 11 de junio de 1945, *ibid.*, caja 533, carpeta 105.

72. Entrada correspondiente al 4 de febrero de 1944, Andreas-Friedrich, *Berlin Underground*, p. 11.7.

73. Karl Dürkefälden, «*Schreiben wie es wirklich war...» Aufzeichungen Karl Dürkefäldens aus den Jahren 1933-1945*, edición de Herbert Obenaus y Sibylle Obenaus, Hannover, 1985, pp. 108-111.

74. Entrada correspondiente al 27 de diciembre de 1944, von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, p. 272; Filip Müller, *Eyewitness Auschwitz: Three Years in the Gas Chambers*, Nueva York, 1979, p. 129. Véase también Nicholas Stargardt, *Witnesses of War: The Third Reich through Children's Eyes*, Londres, 2004, p. 221.

75. Schindler, *Ein Schweizer erlebt das geheime Deutschland*, p. 57.

76. Frank Stern, *The Whitewashing of the Yellow Badge: Antisemitism and Philosemitism in Postwar Germany*, Nueva York, 1992, pp. 117-118, 121.

77. Dürkefälden, «*Schreiben wie es wirklich war*», p. 110. Véase también Browning, *Ordinary Men*, p. 58.

78. Diario de Goebbels, entrada correspondiente al 2 de marzo de 1943, citado en Bajohr, «Über die Entwicklung eines schlechten Gewissens», p. 194.

79. Entrada correspondiente al 29 de noviembre de 1942 en Lore Walb, *Ich, die Alte, ich, die Junge: Konfrontation mit meinem Tagebüchern 1933-1945*, Berlín, 1997, p. 253.

80. Böll a Annemarie, 14 de diciembre de 1942 y 29 de enero de 1943, en Heinrich Böll, *Briefe aus dem Krieg 1939-1945*, edición de Jochen Schubert, Colonia, 2001, pp. 573-574, 599.

81. Diario de Hugo B., entrada correspondiente al 27 de septiembre de 1942, en Ingrid Hammer y Susanne zur Nieden, eds., *Sehr selten habe ich geweint: Briefe und Tagebücher aus dem Zweiten Weltkrieg von Menschen in Berlin*, Zúrich, 1992, p. 333; Jay Winter, *Dreams of Peace and Freedom: Utopian Moments in the Twentieth Century*, New Haven, 2006, p. 142. En general, Michael Geyer, «Endkampf 1918 and 1945: German Nationalism, Annihilation, and Self-Destruction», en Alf Lüdtke y Bernd Weisbrod, eds., *No Man's Land of Violence: Extreme Wars in the Twentieth Century*, Gotinga, 2006, p. 44.

82. Susanne zur Nieden, *Alltag im Ausnahmezustand. Frauen Tagebücher im zerstörten Deutschland 1943-1945*, Berlín, 1993, p. 199. Véase también Norbert Frei, «Auschwitz und die Deutschen», en *1945 und Wir: Das Dritte Reich im Beuwsstein der Deutschen*, Múnich, 2005, p. 158.

83. Entrada correspondiente al 27 de diciembre de 1941, Walb, *Ich, die Alte, ich, die Junge*, p. 238.

84. Carta del 6 de agosto de 1943 en Marlies Tremper, ed., *Briefe des Soldaten Helmut N., 1939-1945*, Berlín, 1988, pp. 171-172; y la entrada correspondiente al 28 de julio de 1943, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 9, p. 186.

85. Karl Kretschmer a su esposa e hijos, 15 de octubre de 1942, reimpresa en Ernst Klee, Willi Dressen y Volker Riess, eds., «*The Good Old Days*»: *The Holocaust as Seen by Its Perpetrators and Bystanders*, traducción de Deborah Burnstone, Nueva York, 1991, pp. 167-168.

86. Entrada correspondiente al 27 de enero de 1945, «Tagebuch Nr. 8, 18. Nov. 1943-7. April 1945», Nachlass Franz von Göll, Landesarchiv Berlin, E. Rep. 200-43, Acc. 3221, Nr. 8.

87. Diario de Lieselotte G., entrada correspondiente al 12 de abril de 1945, en Hammer y zur Nieden, *Sehr selten habe ich geweint*, p. 309. Véase también Saul Padover, *Experiment in Germany: The Story of an American Intelligence Officer*, Nueva York, 1946, pp. 111-118; y Karl-Heinz Reuband, «Das NS-Regime zwischen Akzeptanz und Ablehunung. Eine retrospektive Analyse von Bevölkerungseinstellungen im Dritten Reich auf der Basis von Umfragedaten», *Geschichte und Gesellschaft* 32 (2006), pp. 315-344.

88. Reese, *A Stranger to Myself*, p. 46.

89. Entrada correspondiente al 24 de noviembre de 1941, un extracto de la cual se reproduce en *True to Type: A Selection from Letters and Diaries of German*

Soldiers and Civilians Collected on the Soviet-German Front, Londres, s. f. [1943], p. 35. Véase también Christoph Rass, «Das Sozialprofil von Kampfverbänden», en Echternkamp, *Die Deutsche Kriegsgesellschaft*, vol. 1, p. 664.

90. Carta del 19 de noviembre de 1941, citada en Ortwin Buchbender y Reinhold Sterz, eds., *Das andere Gesicht des Krieges: Deutsche Feldpostbriefe 1939-1945*, Múnich, 1982, p. 87.

91. Entrada correspondiente al 9 de marzo de 1942, diario de Friedrich Schmidt, secretario de la policía secreta de campaña, 626º Grupo, 1er Ejército de Tanques, en *True to Type*, p. 51; entrada correspondiente al 20 de septiembre de 1943, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 9, p. 542.

92. Entrada correspondiente al 16 de marzo de 1945, citado en Wolfram Wette, «Das Russlandbild in der NS-Propaganda: Ein Problemaufriss», en Hans-Erich Volkmann, ed., *Das Russlandbild im Dritten Reich*, Colonia, 1994, p. 72.

93. Diario de Goebbels, entrada correspondiente al 20 de diciembre de 1941, citado en Walter Kempowski, *Das Echolot: Barbarossa '41*, Múnich, 2002, p. 540; «Introduction», en Hannes Heer y Klaus Naumann, eds., *War of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944*, Nueva York, 2000, p. 3.

94. Reese, *A Stranger to Myself*, pp. xv, 53; Omer Bartov, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Nueva York, 1992, p. 6.

95. Entrada correspondiente al 3 de julio de 1942, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 5, p. 47; Wolfram Wette, *Die Wehrmacht: Feindbilder, Vernichtungskrieg, Legenden*, Fráncfort, 2002, p. 130; Hans-Heinrich Nolte, «Partisan War in Belorussia, 1941-1944», en Roger Chickering, Stig Förster y Bernd Greiner, eds., *A World at Total War: Global Conflict and the Politics of Destruction, 1937-1945*, Cambridge (Inglaterra), 2005), p. 275. En general, Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, 2000.

96. Citado en Stefan Schmitz, «"Wir wohnten im Verfall der Seele." Um Umgang mit Leid und Schuld», en Willy Peter Reese, *Mir selbser seltsam fremd. Die Unmenschlichkeit des Krieges. Russland 1941-1944*, Múnich, 2003, pp. 242-244 [hay traducción castellana: *Un extraño para mí mismo: diarios de un soldado alemán. Rusia, 1941-1944*, Debate, Barcelona, 2005]. Para más información sobre Reese, véase Harald Welzer, *Täter: Wie aus ganz normalen Menschen Massenmörder werden*, Fráncfort, 2005.

97. Soldado Alfred G. citado en Müller, «Nationalismus in der deutschen Kriegsgesellschaft», p. 57; Mielert citado en Stephen G. Fritz, *Frontsoldaten: The German Soldier in World War II*, Lexington (Kentucky), 1995, p. 189.

98. Zur Nieden, *Alltag im Ausnahmezustand*, pp. 86 y 149, 200.

99. Ernest K. Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda, 1925-1945*, East Lansing, 1965, p. 250.

100. Entrada correspondiente al 3 de octubre de 1942 en Lili Hahn, *...bis alles in Scherben fällt. Tagebuchblätter 1933-1945*, Colonia, 1979, p. 467; *Das Schwarze Korps*, 22 de febrero de 1945.

101. Albert Speer refiriendo las opiniones de Hitler, *Inside the Third Reich*, traducción de Richard y Clara Winston, Nueva York, 1970, p. 256; n.º 62959, 28 de julio de 1945, «Schedule B interviews», USSBS, RG 243, caja 506, carpeta 30, NARA.

102. Entradas correspondientes al 13 de julio de 1941 y el 27 de marzo de 1942, Klemperer, *I Will Bear Witness*, vol. 1, p. 419; vol. 2, p. 34 [trad. cast. vol. 1, p. 681, y vol. 2, p. 57]; entradas correspondientes al 9 de enero, el 11 y el 29 de agosto y el 3 de septiembre de 1941, y el 9 de julio de 1942, Wantzen, *Das Leben im Krieg*, pp. 331, 477, 496, 526, 891-893; entrada correspondiente al 6 de septiembre de 1943, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 9, p. 434; y entrada correspondiente al 29 de noviembre de 1943, *ibid.*, vol. 10, pp. 381-382. Véase también Ian Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987, pp. 188-189 [hay traducción castellana: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2003].

103. Entrada correspondiente al 23 de marzo de 1943, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 7, p. 631; entrada correspondiente al 24 de diciembre de 1943, *ibid.*, vol. 10, p. 542. Sobre el vodka, véase la entrada correspondiente al 13 de mayo de 1943 en Zygmunt Klukowski, *Diary of the Years of Occupation, 1939-1944*, Urbana, 1993, p. 252. Véase también Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, Nueva York, 2000, p. 534 [hay traducción castellana: *Hitler 1936-1945*, Península, Barcelona, 2002].

104. Entrada correspondiente al 23 de enero de 1943, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 7, pp. 174-175; Geyer, «Endkampf 1918 and 1945», pp. 52-53.

105. Entrada correspondiente al 2 de febrero de 1943, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 7, p. 240; Frank Bjess, *Homecomings: Returning POWs and the Legacies of Defeat in Postwar Germany*, Princeton, 2006, p. 27.

106. Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda*, p. 229.

107. Paul Fussell, citado en Thomas Childers, «"*Facilis descensus averni est*": The Allied Bombing of Germany and the Issue of German Suffering», *Central European History* 38 (2005), pp. 103-104. Véase también Stephen G. Fritz, *Endkampf: Soldiers, Civilians, and the Death of the Third Reich*, Lexington (Kentucky), 2004.

108. Sobre los suicidios, Richard Bessel, «The War to End All Wars: The Shock of Violence in 1945 and Its Aftermath in Germany», en Lüdtke y Weisbrod, *No Man's Land of Violence*, p. 78. Véase también el diario de Lieselotte G., entrada correspondiente al 29 de abril de 1945, en Hammer y zur Nieden, *Sehr selten habe ich geweint*, p. 312.

109. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 603-604.

110. Entrada correspondiente al 8 de noviembre de 1943, zur Nieden, *Alltag im Ausnahmezustand*, p. 148.

111. Bartov, *Hitler's Army*, p. 9. Véase también Joseph B. Perry, «The Madonna of Stalingrad: The (Christmas) Past and West German National Identity after World War II», *Radical History Review* 83 (2002), pp. 7-27.

112. Bernd Boll y Hans Safrian, «On the Way to Stalingrad: The 6th Army in 1941-1942», en Heer y Naumann, *War of Extermination.*

113. Günter Moltmann, «Goebbels' Rede zum Totalen Krieg am 18. Februar 1943», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 12 (1964), p. 22; Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Cambridge, 2006, p. 192.

114. Konrad Warner, *Schicksalswende Europas? Ich sprach mit dem deutschen Volk...*, Rheinfelden, 1944, pp. 23-24; Schindler, *Ein Schweizer erlebt das geheime Deutschland*, p. 63.

115. Nicholas Stargardt, «Opfer der Bomben und der Vergeltung», en Lothar Kettenacker, ed., *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg 1940-1945*, Berlín, 2003, p. 69. Véase también Holger Schlüter, «Terrorinstanz Volksgerichtshof», en Götz Aly, ed., *Volkes Stimme. Skepsis und Führervertrauen im Nationalsozialismus*, Fráncfort, 2006, pp. 88-90.

116. Entrada correspondiente al 9 de mayo de 1943, Wantzen, *Das Leben im Krieg*, p. 1093.

117. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 608-609; Heinrich Himmler, «Rede vor den Reichs- und Gauleitern in Posen am 6.10.1943», en Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson, eds., *Heinrich Himmler. Geheimreden 1933 bis 1945*, Fráncfort, 1974, p. 170.

118. Citado en Hans-Ulrich Thamer, *Verfolgung und Gewalt: Deutschland 1933-1945*, Berlín, 1986, p. 679. Véanse también las reflexiones de Ludolf Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945*, Fráncfort, 1996, p. 453; y el análisis de Tooze sobre Speer y Himmler en la reunión de Gauleiter de octubre de 1943 en Posen, en *The Wages of Destruction*, pp. 605-611.

119. Entrada correspondiente al 25 de enero de 1944, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 11, p. 166.

120. N.º 62859, 7 de julio de 1945, «Schedule B interviews», USSBS, RG 243, caja 509, carpeta 32, NARA.

121. Geyer, «Endkampf 1918 and 1945», pp. 57, 60; Erhard Schütz, «Flieger-Helden und Trümmer-Kultur. Luftwaffe und Bombenkrieg im nationalsozialistischen Spiel- und Dokumentarfilm», en Manuel Köppen y Schütz, eds., *Kunst der Propaganda. Der Film im Dritten Reich*, Berna, 2007, p. 129. Sobre el grupo berlinés, véase la entrada correspondiente al 20 de abril de 1945, en *Anonyma: Eine Frau in Berlin. Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis zum 22. Juni* 1945, Berlín, 2002, pp. 14-17 [hay traducción castellana: *Una mujer en Berlín: anotaciones de diario escritas entre el 20 de abril y el 22 de junio de 1945*,

Quinteto, Barcelona, 2007]. Sobre el «terror» entre los anti nazis, véanse las entradas correspondientes al 6 y el 31 de enero de 1945 en Göll, «Tagebuch Nr. 8, 18. Nov. 1943-7. April 1945»; la entrada correspondiente al 27-30 de julio de 1943 en de Boor, *Tagebuchblätter*, p. 149; las entradas correspondientes al 18 de septiembre de 1944 y el 12 de abril de 1945 en Emilie Braach, *Wenn meine Briefe Dich erreichen könnten. Aufzeichnungen aus den Jahren 1939-1945*, edición de Bergit Forchhammer, Fráncfort, 1987, pp. 199, 226.

122. Véase, por ejemplo, el caso de Marianne Strauss en Roseman, *A Past in Hiding*; así como Ralph Giordano, «Ein Volk von Opfern?», en Lothar Kettancker, ed., *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg 1940-1945*, Berlín, 2003, pp. 166-168.

123. N.º 60898, 21 de junio de 1945, «Schedule B interviews», USSBS, RG 243, caja 537, carpeta 26, NARA.

124. Entrada correspondiente al 1 de enero de 1944, Goebbels, *Die Tagebücher*, pt. II, vol. 11, pp. 33-34. Sobre la excesiva fe de Hitler, véase la entrada correspondiente al 7 de julio de 1944, *ibid.*, vol. 13, p. 56; así como Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 485-486. Véase también Hans Fritsch, 14 de enero de 1945, citado en Walter Kenipowski, *Das Echolot: Fuga Furiosa. Ein kollektives Tagebuch, Winter 1945*, Múnich, 1999, p. 145.

125. Warner, *Schicksalswende Europas?* pp. 46, 93-94; Schindler, *Ein Schweizer erlebt das geheime Deutschland*, pp. 34, 65-66; Geyer, «Endkampf 1918 and 1945», pp. 40-41.

126. Entrada correspondiente al 8 de agosto de 1944 en Hans-Georg Studnitz, *Als Berlin brannte. Diarium der Jahre 1943-1945*, Stuttgart, 1963, p. 192. Véase también Jay W. Baird, *The Mythical World of Nazi War Propaganda*, Minneapolis, 1974, pp. 233-235.

127. Müller, «Nationalismus in der deutschen Kriegsgesellschaft», p. 44. Véase también Kershaw, *Hitler 1936-1945*, p. 699; y Bartov, *Hitler's Army*, pp. 144, 172-173.

128. G. F. Krivosheev, *Soviet Casualties and Combat Losses in the Twentieth Century*, Londres, 1997, p. 96.

129. Geyer, «Endkampf 1918 and 1945», p. 37.

130. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 649-650; Jörg Friedrich, *The Fire: The Bombing of Germany, 1940-1945*, Nueva York, 2006, p. 144 [hay traducción castellana del original alemán: *El incendio: Alemania bajo los bombardeos, 1940-1945*, Taurus, Madrid, 2003].

131. Klaus Naumann, *Der Krieg als Text: Das Jahr 1945 im kulturellen Gedächtnis der Presse*, Hamburgo, 1998.

132. Entrada correspondiente al 23 de abril de 1945, «Tagebuch Nr. 9, 8 Apr. 1945-3 Okt. 1946», Nachlass Franz von Göll, Landesarchiv Berlin, E. Rep. 200-43, Acc. 3221, Nr. 9; entrada correspondiente al 1 de febrero de 1945, Studnitz, *Als Berlin brannte*, p. 243. Véase también Herbert R. Lottman, *The*

Purge: The Purification of the French Collaborators after World War II, Nueva York, 1986 [hay traducción castellana del orignal francés: *La depuración (1943-1953)*, Tusquets, Barcelona, 2007].

133. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Nueva York, 2001, p. 239 [hay traducción castellana: *No solo Hitler: la Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Crítica, Barcelona, 2002]. Véase también Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 361-362.

134. Yehuda Bauer, «The Death Marches, January-May 1945», *Modern Judaism* 3 (febrero de 1983), pp. 1-21.

135. Zapruder, *Salvaged Pages*, pp. 187, 416-417.

136. Bauer, «The Death Marches, January-May 1945», p. 13.

137. Reese, *A Stranger to Myself*, p. 70; Böll a Annemarie, 19 de julio de 1944 y 18 de marzo, 28 de abril y 14 de febrero de 1943, en Böll, *Briefe aus dem Krieg*, pp. 1091-92, 653, 733, 616.

138. Entradas correspondientes a mediados de junio, finales de junio y 10 de octubre de 1942, 11-12 de septiembre de 1943, y 8-15 de enero de 1944, de Boor, *Tagebuchblätter*, pp. 110-111, 119, 154, 167.

139. Entrada correspondiente al 10 de mayo de 1944, von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen*, p. 186; entrada correspondiente al 7 de febrero de 1945, en Ernst Jünger, *Strahlungen*, Múnich, 1955, p. 471 [hay traducción castellana: *Radiaciones: diarios de la segunda guerra mundial (1939-1948)*, Tusquets, Barcelona, 2005, 2 vols.]; entrada correspondiente al 8-15 de enero de 1944, de Boor, *Tagebuchblätter*, p. 167. Véase también Thomas Nevin, *Ernst Jünger and Germany: Into the Abyss, 1914-1945*, Durharn (Carolina del Norte), 1996, pp. 198, 204.

140. Entradas correspondientes al 10 de julio y el 29 de junio de 1942 en Etty Hillesum, *An Interrupted Life: The Diaries of Etty Hillesum 1941-1943*, Nueva York, 1983, pp. 146, 127 [hay traducción castellana del original neerlandés: *Una vida conmocionada: diario, 1941-1943*, Anthropos, Barcelona, 2007]. Véase también la entrada correspondiente al 24 de mayo de 1942, «Frieda and Max Reinach Diary», RG-10.249, Acc. 1999.A.0215, U. S. Holocaust Memorial Museum, Washington, D. C.

141. Edmund Schultz y Ernst Jünger, eds., *Die veränderte Welt: Eine Bilderfibel unserer Zeit*, Breslavia, 1933.

142. Enzo Traverso, *A feu et a sang: De la guerre civile europeenne 1914-1945*, París, 2007); Dan Diner, «The Destruction of Narrativity: The Holocaust in Historical Discourse», en Moishe Postone y Eric Santner, eds., *Catastrophe and Meaning: The Holocaust and the Twentieth Century*, Chicago, 2003, pp. 69, 72.

143. Eva Horn, «"*Waldgänger*", Traitor, Partisan: Figures of Political Irregularity in West German Postwar Thought», *New Centennial Review* 4 (2004), pp. 125-143; Zygmunt Bauman, *Modernity and the Holocaust*, Ithaca, 1989 [hay traducción castellana: *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 1997].

144. Véase Peter Fritzsche, «What Exactly Is *Vergangenheitsbewältigung?* Narrative and Its Insufficiency in Postwar Germany», en Anne Fuchs, Mary Cosgrove y Georg Grote, eds., *German Memory Contests: The Quest for Identity in Literature, Film, and Discourse since 1990*, Rochester (Nueva York), 2006, pp. 25-40.

145. Entrada correspondiente al 23 de enero de 1944, Klemperer, *I Will Bear Witness*, pp. 291-292 [trad. cast. vol. 2, pp. 485-486]. Sobre los soldados medio judíos de la Wehrmacht, véase Bryan Mark Rigg, *Hitler's Jewish Soldiers: The Untold Story of Nazi Racial Laws and the Men of Jewish Descent in the German Military*, Lawrence (Kansas), 2002. En la posguerra, los procesos contra la policía de Dresde arrojaron más luz sobre este incidente. El 8 de enero de 1944 Weigmann sí se hizo pasar por un oficial de la SS, pero fue descubierto antes de que pudiera llegar hasta su madre. Al día siguiente estaba muerto, muy probablemente a causa de las heridas provocadas por la paliza que había recibido. Aparentemente su madre, Toni Weigmann, que fue enviada a Theresienstadt, sobrevivió. Véase *http://www1.jur.uva.nl/junsv/Excerpts/ddr1003004.htm.*

146. Klemperer, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten*, p. 447 [trad. cast. vol. 2, p. 485].

147. Bernd Weisbrod, «Der 8. Mai in der deutsche Erinnerung», *Werkstatt Geschichte* 13 (1996), pp. 72-81; Longerich, «*Davon haben wir nichts gewusst!*».

148. Delbo, *Auschwitz and After*, pp. 230-231; Saul Friedländer, ed., *Probing the Limits of Representation: Nazism and the «Final Solution»*, Cambridge, 1992.

149. Citado en Lawrence L. Langer, *Holocaust Testimonies: The Ruins of Memory*, New Haven, 1991, pp. 53-54.

Índice alfabético

Abel, Theodore, 32-33
Ahnenpässe, véase pasaportes «arios»
alemanes étnicos, 76, 156-158, 161-162, 165, 167-169; Oficina de Enlace para la Raza Alemana, 168; reclamaciones sociales de los, 162-166; reubicación de los, 167-170
Alvensleben, Ludolf von, 158
Andersen, Lale, 275-276
Andreas-Friedrich, Ruth, 139, 143, 177, 240, 250-251
Anschluss con Austria (1938), 17, 41, 67, 130, 131
antisemitismo, 35-36, 72-73, 88-89, 119-140, 146, 249-251; aceptación del, 42-43, 89, 120-121; boicots, 36, 122, 126; y los bombardeos, 248-251, 253-254, 272; y las leyes sobre la administración pública, 89, 122; y 1918, 205; pogromos, 131-137; *véase también* arianización, Leyes de Nuremberg
arianización, 123, 129, 131, 137
«arte degenerado», exposición sobre, 17, 66, 93, 129
«asociales», 84, 109-113
Auschwitz, 169, 191, 201, 207-211, 214, 220-221, 223, 224, 235, 239, 240-241, 251-253, 279-281, 285, 286; campo familiar en, 327 n. 37, *véase también* Oswiecim
Austerlitz, 150
Autobahns, 62, 64, 69, 97, 170, 260

Babi Yar, 149, 190-193, 231, 251, 252, 270
Bach-Zelewski, Erich von dem, 187
Bajohr, Frank, 245, 248
Baranowski, Shelley, 65
Barbarroja, *véase* Unión Soviética, invasión de la
Bauer, Yehuda, 129
Bautzen, *véase* campos de trabajo
Belzec, 207-209, 211
Bereisch, Markus, 122
Bergen-Belsen, 225-280, *véase también* campos de concentración
Biecz, 171
bienestar popular, 58, 88, 97, 104, 275
Birkenau, *véase* Auschwitz
Blobel, Paul, 190, 191
Bock, Gisela, 117
Böll, Heinrich, 18, 119, 180, 255, 283, 284, 285
bombardeos, 60, 173, 218, 222-224, 241-243, 248-249, 253, 257, 272, 273-276, 278
Bonhoeffer, Dietrich, 256

Bonnet, Georges, 205
Boor, Lisa de, 217-218, 220, 284-285
Brasch, Elisabeth, 17, 97-97, 103
British Broadcasting Corporation (BBC), 232, 237, 251-252, 285
Bromberg, 10, 157, 186
Browning, Christopher, 194, 200, 246
Buchenwald, 280-281, *véase también* campos de concentración
Bydgoszcz, *véase* Bromberg

campos, 98-99, 164-165, 166-168; *véase también* campos comunitarios; campos de concentración; campos de exterminio; campos de trabajo
campos comunitarios, 15, 16, 36, 97-105, 110
campos de concentración, 35, 41, 48, 98, 101, 111-113, 131, 133, 136, 158, 200-201, 220
campos de exterminio, 101, 201, 206-211, 221-222, 223, 234-235, 238-241, 250-252, 279-282
campos de trabajo, 112, 220-221, 223
Carta del Atlántico, 196-197
«casas judías», 82, 138, 226, 229, 230, 236, 237, 247
certificado de salud genética, 83-84, 90, 92, 116
Chelmno, 142, 207
Ciano, Galeazzo, 183
cine, 69-71, 76-77, 301 n. 82
Cohn, Willy, 191
colaboración, 214-215
comisarios, 176, 185
Comisión del Reich para el Fortalecimiento de la Germanidad, 159, 165, 166-168
comunidad del pueblo, *véase Volksgemeinschaft*
comunistas, en Alemania, 34-35, 47-49, 54, 91-92, 109; en la Unión Soviética, 129-130, 176, 186, 264
Conferencia de Wannsee, 200, 204
consumo, 63-64, 65, 66
Cracovia, 171
criminalidad, 109-111
Cruz Roja, 246, 251, 327 n. 37

Dachau, *véase* campos de concentración
Daluege, Kurt, 187
Delbo, Charlotte, 207, 220-221, 292
Der ewige Jude, 186
Der Stürmer, 72, 96, 126, 127, 146
Deutsche Volksliste, 165
Deutschkron, Inge, 224, 228, 234, 235, 244
diarios, 16-17, 19-20, 193, 236-239, 256, 264
diaristas: Karl Dürkefälden, 16, 37-40, 54; Erich Ebermayer, 17, 40-42, 61; Joseph Goebbels, 201, 261-262, 267, 275; Franz Göll, 17, 81; Richard Heydenreich, 193-194; Etty Hillesum, 235, 285; Victor Klemperer, 18, 19-20, 27-32, 72-73, 82, 142, 235-236, 238, 288-291; Philip Mechanicus, 232, 238; Lore Walb, 16, 57, 66, 105, 107, 123, 179, 255-257, 264
Die grosse Liebe, 75-76, 274, 276
Dietrichs, Otto, 178
Diewerge, Wolfgang, 53, 204
Dix, Otto, 17
Dölker-Rehder, Grete, 177
Dostoievski, Fyodor, 283, 285
Dürkefälden, Emma, 38, 40, 42, 71, 135
Dürkefälden, Gerda, 37-40
Dürkefälden, Karl, 16, 37-40, 41, 42-44, 46, 49, 54, 55, 57, 60, 69, 84, 111, 135, 191, 251, 254
Dürkefälden, Willi, 39, 53
Dwinger, Edwin Erich, 9-11, 13, 157

Eberhard, Kurt, 190
Ebermayer, Erich, 17, 29, 33, 40-44, 50, 61, 67, 69
Ehrmann, Alice, 281, 292
Eichmann, Adolf, 87, 131, 184-185, 200, 234

Einsatzgruppen, véase SS
elecciones: Reichstag (1933), 35, 48
Eslovaquia, 158, 185, 210, 214, 281, 282
Estados Unidos, 152, 154, 193, 197, 200, 201, 204, 237, 277, 286
esterilización, 83, 88, 90-91, 113-117
«estrella judía» 113, 202-204, 226-227, 229, 236, 244
«Estudio sobre el bombardeo estratégico», 273
Euling, Herta, 37, 42
eutanasia, 16, 77, 117-119, 128, 153
«evacuación rural para niños», 171
exposiciones, 93-94, 129

Fallada, Hans, 46
Feiner, Herta, 325 n. 11
Fleischer, Selma, 229, 230
Flössenburg, *véase* campos de concentración
fotografía, 70, 93, 145-146, 149, 150, 189, 193
Francia: colaboración con, 152; invasión de (1940), 144, 145-146, 172; y el juicio a Grynszpan, 204-205
François-Poncet, André, 47, 55
Frank, Anne, 125, 280
Frank, Hans, 87, 90, 159, 161, 165, 182-183, 201-202
Frank, Otto, 280
Frei, Norbert, 61, 63, 174
Frente Alemán del Trabajo, 51, 57, 64-65, 173, *véase también* «Fuerza a través de la alegría»
Freund, Elisabeth, 202, 226, 227
Frey, Erich, 232
Frick, Wilhelm, 49, 90, 113
Friedländer, Saul, 119
«Fuerza a través de la alegría», 64-66, 68, 69, 73, 97, 195, 145, 167, 254, 260
Fussell, Paul, 269

Galen, Clemens August von, 118-119
Garbarini, Alexandra, 238, 239
Gebensleben, Eberhard, 17, 36-37, 57
Gebensleben, Elisabeth, 17, 34-38, 42, 43, 69, 121
Gebensleben, Irmgard, 34, 35, 37, 42, 57
genealogías, 80-81
«Generalplan Ost», 165
George, Heinrich, 53-54, 74, 270
Gestapo, *véase* policía
Geyer, Michael, 268, 274, 276, 278
Ginz, Petr, 281
gitanos, 49, 84, 111, 118, 176, 198, 209, 217, 238, 239, 257, 282
Gobierno General, *véase* Polonia
Goebbels, Joseph, 59, 87, 100, 257; y el cine, 77; y la guerra total, 180, 270-273, 275; sobre la guerra con Francia, 173; sobre la guerra con la Unión Soviética, 176-178, 187, 261-262, 263, 267-269; y la moral, 146, 266, 268; y la propaganda, 94, 129; y la «solución final», 148, 188, 196, 201-203, 204, 227, 235, 243, 244; y el 1 de mayo (1933) 50-51
Goedecke, Heinz, 74-75
Göll, Franz, 17, 31-32, 81, 107, 118, 259
Göring, Hermann, 19, 27, 59, 67, 137-138, 181, 257, 260, 267-268
Gorlice, 171
Gran Bretaña, 153-154
Gran Depresión, 16, 23, 63, 101, 105, 107
gran imperio alemán, 151-155, 159-160, 175-176, 181, 183, 184-185, 187-188, 197
Grass, Günter, 112, 130
Greiser, Arthur, 168, 198
Gross, Jan, 185
Gross, Walter, 87, 91, 94-95, 128
Grossman, Vasily, 189
Grynszpan, Herschel, 132, 204-205
«guerra total», 147-148, 180-181, 258, 262-263, 270-273
Gütt, Arthur, 90

Haag, Anna, 150
Hadamovsky, Eugen, 53

Haffner, Sebastian, 89
Hahn, Lili, 180, 264, 266
Halder, Franz, 179
Harvey, Elizabeth, 168, 169, 170
Hauser, Heinrich, 57, 59
Heer, Hannes, 147-148
Heidegger, Martin, 120
«Heil Hitler!», saludo, 27-32, 47, 49, 70
Heimkehr, 157
Herbert, Ulrich, 87, 111
Heydenreich, Richard, 193
Heydrich, Reinhard, 87, 196, 200, 201
Hilberg, Raul, 233
Hillesum, Etty, 238, 285
Himmler, Heinrich, 87, 93, 106, 110-111, 159, 160, 166, 182, 183, 185, 187-188, 196-198, 200, 201, 205, 208, 210; discursos en Posen (1943), 199, 241; inspección de Auschwitz (1942), 208; inspección de Minsk (1941), 188
Hindenburg, Paul von, 35, 47-48, 50
Hiroshima, 286
Hitler, Adolf: antisemitismo de, 128, 128-139, 175, 205; complot para asesinar a, 258, 276-277; discursos, 52-53, 69, 72, 91-92, 129-130, 138-139, 145; ideas raciales de, 85, 114, 128; y la invasión de Polonia, 155, 159; y la invasión de la Unión Soviética, 174-176, 185, 187-188; sobre los jóvenes, 99; manos de, 97; nombrado canciller, 47; y el Plan Madagascar, 183; y los pogromos, 132; políticas imperiales de, 151-155; popularidad de, 19, 34-35, 49-50, 145, 260, 269, 276-277; y la revolución nacionalsocialista, 91-92; retratos de, 39, 168, 169; y el saludo «Heil Hitler!», 30-31; y la segunda guerra mundial, 13; y la «solución final», 138-139, 187-188, 196-198, 201-202, 204, 205, 241; suicidio, 281; y los Volkswagens, 63-64, *véase también* nacionalsocialismo
Hoeschen, Hans, 174
Holländer, Margarete, 239
Holmes, Oliver Wendell, 114
Holocausto, *véase* solución final del «problema judío»
homosexuales, 111-112
Hübsch, Helmut, 95

Ich klage an, 118
identidad «aria», 79-85, 124, *véase también* nacionalsocialismo: políticas raciales del; pasaportes «arios»
iglesias, 107, 119, 135-136
Imperio, *véase* gran imperio alemán
Italia, 210

Jacob, Fritz, 195
Jahn, Lilli, 222-224
Japón, 129, 154, 286
Jeckeln, Friedrich, 187, 188
Johst, Hanns, 160, 219
Jozefow, 222
judíos en Alemania: en campos de concentración, 112-113, 130, 131-133, 136; en la clandestinidad, 234; definición nazi de los, 79, 82, 89, 119-120; deportación de, 43, 141-143, 181-182, 196-205, 221-222, 227-229, 233-236, 242-246; emigración de, 125, 130-131, 137, 139-140, 182, 198; y la esterilización, 114; y la «estrella judía», 202-204, 226-227; en matrimonios privilegiados, 236; número de muertos, 214-215, 236; persecución de los, 82, 88-89, 119-140, 158, 229-231; purgados de la administración pública, 89; suicidios de, 232-234; trabajo forzado de los, 229, 235; *véase también Mischlinge*
judíos en Francia, 208, 214, 239
judíos en Holanda, 298, 214
judíos en Hungría, 185, 206, 210-211, 214, 282
judíos en la Unión Soviética: asesinato de, 86, 181, 186-195
judíos en Polonia: asesinato de, 206-207, 209-211, 237, 238; como atracción tu-

rística, 170-171; deportación de, 163; persecución alemana de los, 158-159
Jünger, Ernst, 18, 282-285, 287
Juventudes Hitlerianas, 19, 40, 54, 57, 58, 60, 70, 86, 97-101, 105, 110, 121, 126, 130, 157, 158, 168-169, 218, 217-218, 245; *véase también* Liga de las Muchachas Alemanas

Kaplan, Chaim, 236, 237
Kaplan, Marion, 122
Kardorff, Ursula von, 241, 251-252, 285
Kassler, Friedrich, 40, 42, 43, 51, 64
Kassler, Walter, 38, 54, 191, 253, 263
Katowice, 170
Kaufmann, Karl, 243
Keun, Irmgard, 19
Kiev, 149-150, 178, 191-193
Klemperer, Eva, 27, 142, 177, 191, 230
Klemperer, Victor, 12-13, 160, 233, 248; conocimiento de la «solución final», 142, 184, 230-233, 240, 253; evaluación de la «vox populi» y el apoyo al nacionalsocialismo, 18, 27-31, 33-34, 130; y la identidad alemana, 124, 125; observaciones acerca de la sociedad, 63, 69, 96, 177, 180; sobre la persecución a los judíos, 72-73, 82-83, 89, 120, 126, 226, 227-228, 230, 244, 245, 247; sobre la representación del nazismo, 288-291
Klepper, Hanni, 233
Klepper, Jochen, 233
Klepper, Renate, 233-234
Kluger, Ruth, 201, 224-225, 238, 280
Klukowski, Zygmunt, 158
Koonz, Claudia, 91, 95, 119
Kovno, 185, 198-200
Kracauer, Siegfried, 70
Kristallnacht, véase pogromos

Latzel, Klaus, 147
Leander, Zarah, 74, 76, 276
Lebensraum, véase gran imperio alemán
Lemberg, *véase* Lwow
Lenz, Friedrich, 113
Levi, Primo, 219
Lewin, Abraham, 238
Ley, Robert, 173
Ley de Plenos Poderes (1933), 50
Leyes de Nuremberg, 40, 79-80, 127-130, 236
Liebermann, Martha, 233
Liebermann, Max, 233
Liga de las Muchachas Alemanas, 36, 40, 107, 108, 110, 169, *véase también* Juventudes Hitlerianas
Liga para la Defensa Aérea del Reich, 56, 60
Lindenberg, Kurt, 234
Linke, Gerhardt, 261
Litzmannstadt, *véase* Lodz
Lodz, 142, 162, 164, 169, 170, 198, 200, 204, 207, 211, 218, 222, 229, 230, 236, 238-239, 240
Lo que el viento se llevó, 176
Longerich, Peter, 186
Lublin, 159, 161, 171, 181-184, 199, 206-207, 222, 229, 230
Lwow, 186

Majdanek, 206
Mann, Erika, 28
Mann, Klaus, 40
marchas de la muerte, 225, 280
Maron, Monika, 325 n. 11
Marx, Karl, 22
Maschmann, Melita, 47, 57, 105, 157
matrimonio, 107, 116
Matthäus, Jürgen, 194
Mauthausen, *véase* campos de concentración
Mayer, Moritz, 134
médicos, 88-89, 104, 110-111, 115-116
Mein Kampf, 63, 83, 177
Mertens, Adolf, 98
Miedzyrzec, 222
Mielert, Harry, 263
Minsk, 178, 188, 193, 198, 199, 208, 230
Mischlinge, 17, 37, 79-80, 127-128, 223, 280, 288-290

moda, 107
moral, 83, 91, 93-97, 194-195, 201-202, 203-204, 205-206, 241, 272-273
Morante, Elsa, 141, 142
Müller, Heinrich, 189
Mussolini, Benito, 183, 257

nacionalsocialismo: y antisemitismo, 121; apoyo al, 13-16, 19-20, 22-24, 37-40, 56-69, 252, 258-259; ascenso al poder, 22-23; atractivo del, 44-61; y el cine, 70-71; conversión al, 15, 37-40, 41-44, 91-92; y la coordinación, 54-55; y el derrotismo, 271-272, 278-279; desilusión con el, 259-260, 275-276; y la guerra, 152-153, 262; historiografía del, 14, 28; y el imperio, 159-160, 173; nueva época del, 68-69, 286; nuevos hombres del, 92-93; políticas raciales del, 82-97, 109-111, 212-213; representación del, 21-22, 282-292; resistencia al, 78, 114, 258; teoría de la historia, 11-12; terror del, 34, 48; toma del poder, 34- 42, 46-48; y los trabajadores, 51-55, 62-63, 64-65, 91, 103, 265-266; visión del mundo, 13, 22, 24, 44-46
nazis, *véase* nacionalsocialismo
Nebel, Gerhard, 284
Némirovsky, Irène, 239
Neuhaus, Agnes, 144, 145, 147, 149, 177
Neuhaus, Albert, 144, 145, 147, 149
Nieden, Susanne zur, 257
Nietzsche, Friedrich, 21
Nossack, Hans Erich, 20-21, 285
Nuremberg, congresos del Partido Nazi en, 27, 40, 54, 98-99, 103, 105

Oficina Central de Seguridad del Reich, 87, 181, 196, 199-200, 222; *véase también* policía; SS
Oficina de Política Racial, 91, 94-96, 104
Olte, Hans (seudónimo), 147
Oranienburg, *véase* campos de concentración
Oswiecim, 169, 209; *véase también* Auschwitz
Otmar, Gisela, 108
Overy, Richard, 84

pacto de no agresión germano-soviético, 11, 153
partisanos y guerra partisana, 149, 150, 185-186, 190, 193, 210, 263
pasaportes «arios», 79-84
Paulus, Friedrich, 268
Petersen, Hellmut, 102-103
Peukert, Detlev, 56
«plan hambre», 175
Plan Madagascar, 155, 174, 183-184, 199, 211, 231
Pleyer, Theo, 148
pogromos, 131-138, 185-186
policía, 110-111, 113, 187, 194, 235
Polonia: anexión de, 158-159; Gobierno General, 159, 161, 171, 181-182, 197, 201, 206-207; invasión de (1939), 144, 151-152, 155-156; ocupación de, 154-156, 157-165, 213; reclamaciones raciales en, 162-163, 164-165, supuestas atrocidades contra los alemanes, 9-11, 157
Ponary, 192
Potsdam, día de (21 de marzo de 1933), 35, 38, 41, 50, 55, 69, 71
primera guerra mundial: papel de 1914, 11, 45, 67, 152-153; papel de 1918, 11, 17-18, 45-46, 87, 153, 255-256, 271, 276
prisioneros de guerra, 37, 156, 178-179, 180, 194, 209, 220
profesores, 104
Proniceva, Dina, 191
propaganda, 94-95, 129-130, 172, 177-178, 202-203, 204-205, 244, 264, 270-273
protectorado de Bohemia y Moravia, 158, 182, 214

Quandt, Harald, 100

racionamiento, 173, 265
Rademacher, Franz, 183-184
radio, 19, 36, 40, 41, 49-50, 69-76, 145, 276; *véase también* British Broadcasting Corporation (BBC)
Rath, Ernst vom, 132, 136
Ravensbrück, 98, 161, 221; *véase también* campos de concentración
Reese, Willy, 218, 262-263, 283
registro étnico alemán, 165
Reichsbahn, *véase* trenes y estaciones de tren
Reichstag, incendio del, 34, 48
relaciones sexuales, 106-108
Remarque, Erich Maria, 17-18, 139
revolución de noviembre (1918) 12, 46, 87, 152
Ribbentrop, Joachim von, 59, 183, 198
Riefenstahl, Leni, 70, 87, 102; *véase también triunfo de la voluntad, El*
Riga, 141, 198, 199, 200, 231, 251, 290
Rosenbauer, August, 188
Rosenberg, Alfred, 272
Rossino, Alexander, 156
Rust, Bernhard, 104

SA, 19, 36, 57, 91-92, 121-122
Saar, 52, 66
Sachsenhausen, *véase* campos de concentración
Sakowicz, Kazimierz, 192
Schindler, René, 219, 252, 271, 276
Schindler, Walter, 233
Schlögel, Karl, 163
Schmeling, Max, 74
Schmidt, Friedrich, 161
Schmitt, Carl, 120
segunda guerra mundial: bajas, 178-180, 213, 277-278; balance, 211-215, 281-282; derrota alemana en la, 21, 212, 231, 254-258, 269-270, 276-279; entrada de Estados Unidos en la, 200; invasión alemana de Europa occidental (1940), 144, 172-174; invasión aliada de Europa occidental (1944), 172; invasión de Polonia (1939), 144, 151-152, 155-156; invasión de la Unión Soviética (1941), 12, 144-145, 147, 153-154, 176-181, 260-261; modernidad de la, 286; muertes de civiles, 13, 277-278; orígenes de la, 153-154; perspectiva de la, 17, 39-40, 61, 67-68; *véase también* Stalingrado, batalla de
Selbstschutz (Polonia), 156-157
Senger, Valentin, 126
Servicio de Trabajo del Reich, 17, 19, 60, 86, 98-103, 105, 106, 110, 166, 168, 218
Shirer, William, 31, 70
Sin novedad en el frente, véase Remarque, Erich Maria
sindicatos, 48, 51
sionismo, 125, 139
Smith, Howard K., 178, 203
Sobibor, 206-207, 209, 211, 214
socialdemócratas, 22-23, 29, 34-35, 38, 46, 47-48, 50, 53, 54, 55, 91, 98, 109, 128
soldados, 143-150, 173-174, 176, 217; discutiendo el asesinato de judíos, 193-194, 253-254, 263-264; y la guerra total, 147-148, 262-263; *véase también* Wehrmacht
solución final del «problema judío»: asesinato de los judíos soviéticos en la, 179, 181, 186-195; balance de la: 211-215, 281; y la Conferencia de Wannsee, 200; conocimiento acerca de la, 21-22, 144, 148-151, 190-192, 215, 225-226, 231-233, 240-247, 272-273, 291-292; deportación de judíos en la, 141-143, 181-183, 185, 186, 196-205, 221-222, 227-229, 233-236, 241-246; documentación de la, 189, 243; y eutanasia, 118; expansión de la, 205-212; imaginada para los alemanes, 9, 12, 270; marchas de la muerte, 225, 280; orígenes de la, 154-155, 174-175, 181-185; propaganda de la, 202-203, 204-205, 272-273; repre-

sentación de la, 21-22, 250-251, 282-292; reserva en Lublin como parte de la, 161, 163, 181-182, 199; y la resistencia de los judíos, 192, 210; testimonios acerca de la, 141-143, 150-151, 227-239, 285
Speer, Albert, 68, 87
SS, 92, 105-108, 160, 252; y los campos de exterminio, 208; cooperación con la Wehrmacht, 156, 190-194; certificación genealógica de los miembros de la, 81, 106; y las deportaciones, 228, 235, 244; operaciones en Polonia, 155-157, 158, 182, 189; operaciones en la Unión Soviética, 176, 179, 185-193, 195, 197; políticas imperiales de la, 152; talleres de propaganda, 10, 187, 190
Stahl, Viktor, 76
Stahlecker, Walther, 186
Stalin, Joseph, 177, 178, 186
Stalingrado, batalla de, 18, 64, 68, 169, 211, 231, 255, 257, 266-270
Stanislau, 166, 239
Steinbacher, Sybille, 189, 210
Stern, Dora, 134-135
Streicher, Julius, 95, 96, 127
Studnitz, Hans-Georg, 277
subastas de bienes judíos, 247-248, 253

Taylor, A. J. P., 154
testigos de Jehová, 29, 112, 161
Thamer, Hans-Ulrich, 100
Theresienstadt, 142, 200-201, 234, 235, 236, 280-281, 288, 327 n. 37
Tobias, Paula, 120
Tolstoi, Leo, 239
Tooze, Adam, 66
trabajadores, 51-55, 62-63, 64-65, 173, 265
trabajadores esclavos judíos, 163, 200, 207
trabajadores esclavos no judíos, 161, 166, 170, 179, 218-221, 279
Tratado de Versalles: desmantelamiento del, 17, 67, 151, 173; y los judíos, 36, 120; oposición al, 17, 18, 45
Treblinka, 207, 209, 222, 238
trenes y estaciones de tren, 105, 130, 137-138, 141, 142, 160, 166, 192, 207, 217-224, 226, 228,
triunfo de la voluntad, El, 70, 102
turismo, 64-66, 68-69, 105, 170-171, 210; *véase también* «Fuerza a través de la alegría»

Ucrania, 142, 152, 162, 166, 172, 173, 177, 189-190
Udet, Ernst, 52
Unión Soviética: invasión de la (1941), 12, 144-145, 147, 153-154, 176-181, 260-261; ocupación de la, 212-213; peligro de la, 129-130; planes de la invasión de la, 174-176, 178-181, 184-185; reclamaciones raciales en la, 165-166
1 de mayo (1933), 35, 39, 51-53, 55, 68

Varsovia (gueto), 209, 210, 236, 237, 238
vocabulario, 60, 81, 240-241
Volksempfänger, véase radio
Volksgemeinschaft: aspectos raciales de la, 80, 87, 97; atracción de la, 23-24, 44-61, 267, 270; historiadores y la, 14; en películas, 75-76
Volkssturm, 114, 259, 278
Volkswagen, 63-64, 188
Vrba, Rudolf, 251

Wagner, Gerhard, 115
Walb, Lore, 16, 57, 66, 105, 107, 123, 179, 255-257, 264
Waldoff, Claire, 74
Wantzen, Paulheinz, 203-204, 243-244, 266, 272
Warner, Konrad, 283-284, 289
Wartheland, 159, 162-170, 207, 209
Wecker, Ingrid, 228
Wehrmacht, 67, 70, 73, 101, 128, 145-147, 175, 178, 179, 252, 261, 276, 277, 287-288; cooperación con las SS, 156, 190-194; justicia militar en la, 262
Weigmann, Bruno, 288

Weigmann, Horst, 288-289, 290, 291, 337 n. 145
Weigmann, Toni, 288, 337 n. 145
Weimar, República, 14, 22, 23, 34, 37, 41, 46, 71, 104
Welzer, Harald, 195
Werner, Kurt, 190-191
Westerbork, 208, 236, 238, 240, 285; *véase* campos de concentración
Wette, Wolfram, 192
Wetzler, Alfred, 251
Wildt, Michael, 134
Winter Relief, 57-61, 63, 68, 73, 74, 77, 82, 264
Winterfeldt, Hans, 139-140
Wolf, Christa, 81
Wunschkonzert, 73-77

yidis, 211

Ziegler, Sandra, 237
Zyklon B, 251

Índice

Prefacio 7

Introducción 9

1. Revivir la nación 27
   «Heil Hitler!» 27
   ¿Cuánto respaldaron los alemanes a los nazis? 32
   Volksgemeinschaft: la comunidad del pueblo 44
   Consumir la nación. 61
   Unter uns: el espacio audiovisual del nazismo 69

2. Acicalado racial 79
   Pasaportes arios. 79
   La biología y la revolución nacional 85
   Ver como un ario. 93
   El campo. 97
   Vida indigna 108
   El ataque contra los judíos alemanes 119

3. El imperio de la destrucción 141
   Escribir cartas 141
   El proyecto imperial 151
   La expansión del imperio alemán 172
   Soluciones finales del «problema judío» 181
   La deportación de los judíos alemanes 196
   El Holocausto. 205

4. Conocimiento profundo 217
Estación de tren 217
Testigos judíos 226
Testigos alemanes 240
Perpetradores y víctimas 254
Imaginar el final de la guerra 260
Leer la catástrofe 282

Notas 293
Índice alfabético 339